

LA RED DE CARONTE

VERSION EXTENDIDA



GEMMA HERRERO VIRTO

LA RED DE CARONTE

VERSIÓN EXTENDIDA

GEMMA HERRERO VIRTO

Copyright 2015 Gemma Herrero Virto

Licencia de uso:

Gracias por descargar este libro electrónico.

Si disfrutaste este libro, puedes encontrar información sobre mis otras obras en las páginas finales de esta novela. Gracias por tu apoyo.

A Julen, por creer en mis locuras más que yo misma.

A Luana y Halley, por las miradas más bonitas del mundo.

A Iratxe, Jessica e Izaskun, por las peleas y las risas.

A mis padres, por todo.

NOTA DE LA AUTORA

Muchos de vosotros ya habéis leído La red de Caronte en la versión que una editorial publicó allá por el 2006. Otros ni siquiera habréis oído hablar antes de ella y, al igual que los primeros, os estaréis preguntando el por qué de una versión extendida.

Cuando terminé de escribir mi novela, tenía delante un manuscrito enorme que ocupaba 666 páginas a doble espacio (lo recuerdo porque me hizo gracia el número). Comencé a enviarlo a editoriales y a una de ellas le encantó. A pesar de que el editor se había devorado la novela completa en un fin de semana, me dijo que era imposible publicarle un libro tan grande a una escritora novel.

Yo accedí a acortarla, con todo el dolor de mi corazón, y tuve que eliminar escenas y tramas enteras, conversaciones entre los personajes... Además, me obligaron a cambiar el punto de vista de la novela, que iba alternando a los tres protagonistas, para fijarlo en la forense metódica y profesional, porque según ellos, yo me iba a sentir mucho más identificada con ella (que poco me conocen).

La novela quedó muy bien. Prueba de ellos son las más de 5.000 descargas que ha conseguido en menos de un año y los cientos de comentarios y reseñas positivas que he recibido (muchísimas gracias a todos). Sin embargo, yo siempre llevaba clavada la espinita de no haber publicado la novela tal y como era, tal y como yo había querido contarla.

Además, muchos lectores me habían comentado que la novela se les hacía corta, que les faltaba conocer más a los personajes, que necesitaba más profundidad. Y creo que pueden encontrar eso en esta versión extendida.

Por desgracia, mis sucesivos ordenadores desde el año 2006 han sufrido

siempre la extraña obsesión de achicharrar mis discos duros hasta dejar todos los datos irre recuperables, así que yo pensaba que la novela original se había perdido para siempre. Sin embargo, hace unos meses, buscando alguna tontería en un disco extraíble antiguo, la encontré. Fue como un regalo del cielo, como reencontrarse con un amigo al que pensabas que no ibas a volver a ver.

Así que, después de revisarla de nuevo, aquí la tenéis.

Quiero comentaros también algo sobre el tiempo en que se escribió la novela. Escribí La red de Caronte sobre el 2004 o 2005 y ya han pasado diez años de eso. Mientras la revisaba, yo misma aluciné con las cosas que han cambiado en este tiempo. El dinero se contaba en pesetas y no en euros, la gente fumaba en los bares y en el puesto de trabajo, no había redes sociales (sí, en serio. No había facebook, ni twitter, ni WhatsApp y la gente no se moría por ello). El acceso a Internet se había a través de “tarifas planas” que normalmente pagabas por horas y que podían arruinarte. Había gente que no tenía teléfono móvil e incluso existían personas que decían que nunca en la vida tendrían uno porque era ridículo ir hablando solo por la calle (juro que las había, yo era una de ellas).

El mundo ha cambiado tanto y tan rápido que, mientras revisaba la novela, estuve planteándome si debería “actualizarla”. Al final he decidido dejarla como estaba por estas razones:

- Si mi intención es publicar la historia original, tal y como fue escrita, no tiene sentido cambiarla.
- Es posible que un día escriba una segunda aventura para Carlos, Natalia y Gus. Si hubiese dos versiones de La red de Caronte, en dos puntos temporales diferentes, esto se complicaría muchísimo.
- Y ya por último, una buena historia es una buena historia, aunque hayan pasado diez años. Si no fuera así, tendríamos que quemar todos

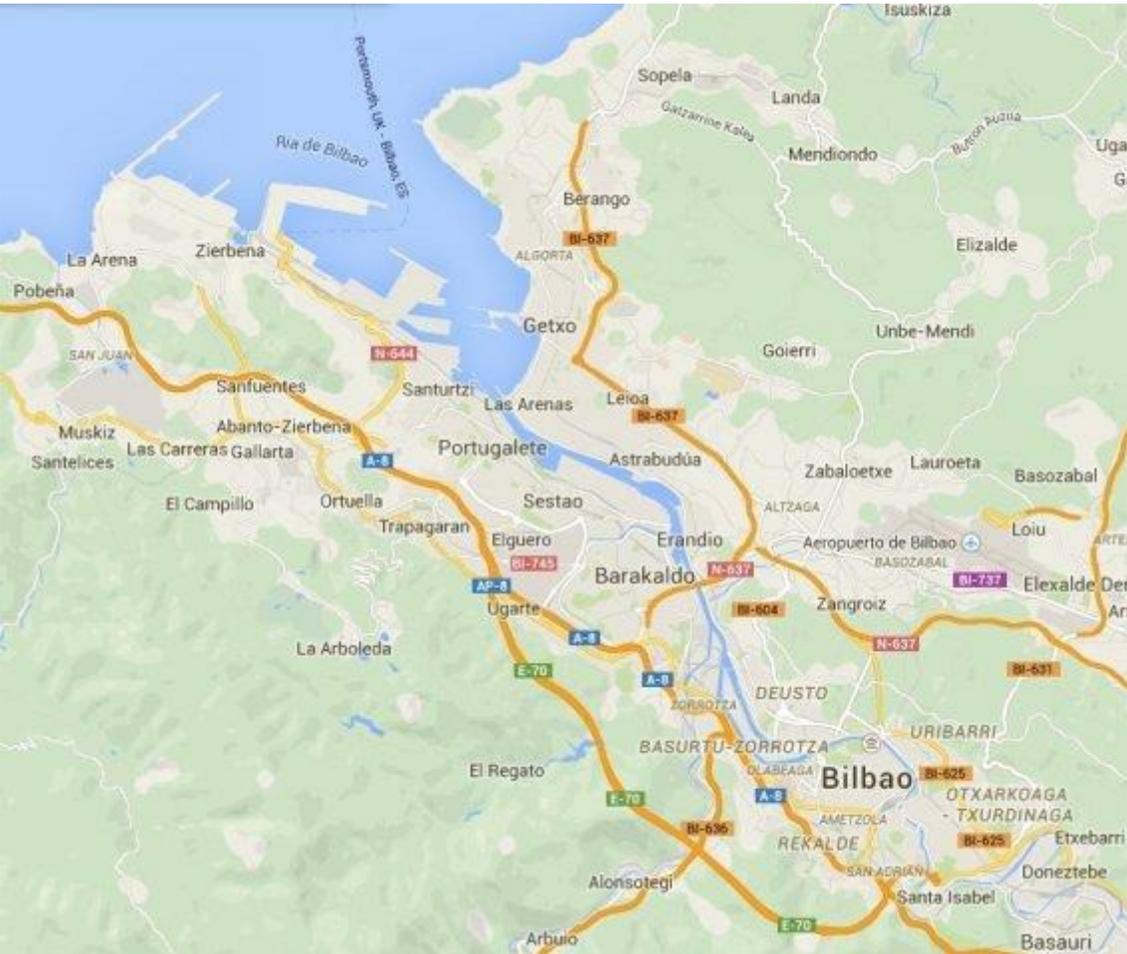
los ejemplares de El Quijote porque los molinos de viento ya no se llevan.

Por último, quiero indicaros que el libro original, tal como fue concebido, incluía una serie de transcripciones de chats en las que, para diferenciar a los participantes, se utilizaban diferentes fuentes. Incluso se incluye en uno de los capítulos un análisis grafológico de la fuente que el asesino utiliza en sus chats (por si tenéis curiosidad, es la Lucida Calligraphy).

Por desgracia, Amazon no permite el uso de diferentes tipos y tamaños de fuente, por lo que he tenido que eliminarlas. Os pido que, al igual que utilizáis la imaginación para ver los diferentes lugares y personajes de la novela, podáis utilizarla para suplir este problema técnico.

Espero que disfrutéis con la novela. Un abrazo,

Gemma Herrero Virto



PRÓLOGO

El lugar era perfecto. La cuneta de una carretera oscura y solitaria, la pronunciada caída, la maleza espesa del fondo del barranco... Tardarían mucho tiempo en encontrarla. Abrió el maletero y, haciendo un gran esfuerzo, extrajo el bulto envuelto en plástico. Parecía imposible que un cuerpo tan pequeño pudiese pesar tanto. Intentó arrastrarlo pero no encontró ningún lugar por donde sujetarlo. El sudor de sus manos hacía que se resbalase. Con un fuerte tirón, lo hizo girar sobre el asfalto para liberarlo del envoltorio que lo cubría. Se agachó y la sujetó por debajo de los brazos, intentando no fijarse en la sangre, en las terribles heridas... Tiró con fuerza y consiguió mover el cuerpo, unos centímetros cada vez.

Una luz iluminó la escena. Se oía el ronroneo lejano de un motor. Algo se acercaba. Se esforzó aún más en arrastrar el cadáver, hasta interponer el coche entre el otro vehículo y la carretera. Se agachó y contuvo la respiración mientras la brillante luz se hacía más potente. Le pareció que reducía la velocidad y rogó en silencio por que no se detuviera. El coche pasó a su lado lentamente, la luz se deslizó sobre el cuerpo de la chica revelando los cortes, las mutilaciones... Cerró los ojos con fuerza. Quería olvidarlo, no volver a verlo. El ruido del motor pasó de largo y se perdió en la distancia. Se mantuvo con los ojos cerrados, intentando borrar de su memoria las imágenes que asaltaban su mente, haciéndole daño: sus ojos brillantes, su sonrisa ilusionada, su dulzura... Se levantó, luchando por contener las lágrimas. Debía acabar con aquello cuanto antes. No serviría de nada torturarse. Ya estaba hecho y no había marcha atrás.

Volvió a tirar del cuerpo, lo acercó al borde y lo empujó. Cayó durante un tiempo infinito, como si el viento intentase conservarlo en el aire. Se forzó a

observarlo hasta que desapareció en la oscuridad, intentando asegurarse de que no sería visible desde la carretera. Ya estaba hecho. Ahora debía olvidar los remordimientos, borrar los recuerdos de los gritos, de la sangre, de la blandura del cuerpo y la dureza del hueso. Había hecho lo que debía y no tenía por que arrepentirse. Ese sacrificio había cumplido su cometido, le había proporcionado algo de tiempo, una oportunidad de redención. Y le había hecho sentir en paz, algo que, hasta esa noche, había creído vedado para siempre.

1.

LA CONEXIÓN

CAPÍTULO UNO

Carlos detuvo el coche en el arcén y se dirigió a la cuneta. Empezó a bajar hacia la zona del bosque desde donde llegaban las luces del cordón policial. Llovía débilmente, aquel sirimiri que no paraba nunca y que siempre le hacía sentirse melancólico. Resbaló en la tierra húmeda y estuvo a punto de caer al suelo. Sólo le faltaba llegar cubierto de barro y quedar en ridículo delante de un montón de novatos para acabar de fastidiar la noche. Lo único que le apetecía era acabar pronto y poder volver al calor de su casa, huir de aquella fría lluvia y poder desconectar bebiendo algo y escuchando un viejo disco antes de irse a dormir, pero tenía que estar ahí, mojado, frío, andando por un bosque difuminado por una niebla que le hacía ponerse nervioso.

Los árboles, tristes y enfermizos con aquella luz, se encontraban muy juntos, haciendo que le fuese difícil avanzar. El círculo de luces se veía varios metros más abajo. El terreno era empinado y resbaladizo, así que tuvo que andar varios metros en zig—zag, apoyándose en los árboles para evitar caer rodando. El aire estaba tan saturado de humedad que parecía llenar su boca de agua con cada bocanada de aire. El bosque olía a tierra mojada, a hojas podridas, a lugares oscuros... Casi parecía que estuviese andando sobre un colchón blando, formado por el barro y las hojas muertas acumuladas allí durante años. Esa sensación bajo sus pies le trajo a la memoria la blandura de la carne de los cadáveres en descomposición, haciéndole sentir enfermo.

Al fin llegó al claro. Varios agentes se movían de manera frenética pero organizada, buscando cualquier pequeña pista. A pesar de la actividad reinante su mirada se clavó en el bulto que yacía en el suelo, cubierto por un impermeable amarillo que la lluvia había pegado al cuerpo, dibujando con

claridad cada contorno. Sintió un golpe en el estómago. Era tan pequeño...

Se acercó, saludando con la cabeza a los demás agentes, hasta llegar a unos metros del cuerpo. Se paró mientras se ponía los guantes, observando la escena en conjunto. Roberto estaba allí, levantando una esquina del impermeable para echarle un vistazo. Carlos se detuvo y miró los bajos de sus pantalones, cubiertos de barro. Se preguntó como lo habría hecho Roberto para mantener un aspecto tan impecable después de bajar por el mismo sitio que él.

El otro se giró y le vio, pero ni siquiera le saludó. Siguió observando la escena, como si Carlos no estuviese o, para ser más exactos, como si no le importase si existía o no. Carlos resopló, intentando mantener la compostura. El sargento Aguirre le había confiado a ese novato, recién salido de la elite de la Academia, para que fuesen compañeros de equipo y que el chico pudiese aprender de su experiencia, pero desde un primer momento la antipatía había sido mutua y no parecía que la situación fuera a arreglarse. Daba la impresión de que Roberto se había saltado todas las clases en las que se hiciese referencia al trabajo en equipo. Simplemente para él esa expresión no existía: investigaba por su cuenta, no compartía los resultados con él y despreciaba cualquier sugerencia que viniese de Carlos. Se comportaba como un superagente del FBI, incluso lo parecía: pelo engominado, impecables trajes grises de marca, joven, alto, guapo... Hasta lucía un perfecto hoyito en la barbilla. Por el momento tendría que seguir tragándole. Después de todo, aún no había hecho nada lo bastante grave como para que pudiese pedir que le cambiaran de compañero. Tan solo era inaguantable.

Se aproximó a él y observó la libreta en la que Roberto tomaba anotaciones. Por la cantidad de ellas que había escritas, Carlos dedujo que debía llevar allí mucho tiempo.

— ¿Hace mucho que has llegado?— le preguntó, inclinándose aún más hacia la libreta.

— Una media hora— dijo Roberto, cerrándola para impedir que la leyese.

— Pues a mí no me han avisado hasta hace veinte minutos. ¿Tienes idea de por qué puede ser eso?— continuó Carlos— ¿No será que creyeron que mi compañero de equipo se encargaría de llamarme?

— La verdad es que no lo sé— dijo Roberto, fingiéndose muy ocupado en observar la escena del crimen—. A mí nadie me dijo que te avisara.

— Está bien, déjalo. Vamos a ver qué tenemos.

Carlos se acercó al cadáver, seguido por Roberto. Cuando estuvo al lado, levantó el impermeable por una esquina. En ese momento, deseó no haber cenado, pero consiguió demostrarle a su estómago quien mandaba allí. Volvió a tapar el cuerpo y se giró hacia Roberto.

— ¿El impermeable puede pertenecer al asesino?

— No, es de uno de los dos cazadores que la encontraron— contestó Roberto, riendo entre dientes—. Al muy estúpido le dio pena dejar a la chica así y la tapó antes de ir a llamarnos.

Carlos sintió ganas de preguntarle qué tenía de graciosa la compasión, pero prefirió dejar la fiesta en paz. Se alejó de Roberto y llamó a uno de los agentes.

— Perdona— le dijo cuando se hubo acercado—, ¿podrías ir tú y algún compañero a acordonar esa zona?

Carlos señaló una campa situada varios metros más arriba de donde se encontraba el cuerpo. Por las luces de los coches que la iluminaban de vez en

cuando, debía haber una carretera muy cerca.

— ¿Para qué les has mandado ahí?— se interesó Roberto.

— Es imposible que el asesino bajase el cadáver hasta aquí por donde hemos llegado nosotros. Y también sería muy difícil haberla obligado a bajar si aún seguía viva, a no ser que lo haya hecho un grupo, lo cual no me convence. Por eso creo que, dado lo apartado de este lugar, el asesino debió llegar hasta aquí con ella en coche, paró durante unos instantes en ese lugar y la arrojó desde ahí— le explicó, forzándose a ser amable una vez más—. Además, por la disposición de sus miembros es fácil deducir que el cuerpo cayó desde una altura, aunque por el resto de sus lesiones creo que ya estaba muerta para entonces. ¿Alguna pregunta más?

Roberto no contestó. Se limitó a apartarse unos pasos para seguir analizando la escena. Al cabo de unos minutos, Carlos observó con malsano regocijo que volvía a abrir la libreta y tachaba la mayoría de sus anotaciones.

Se separó unos pasos y sacó su libreta para apuntar todo lo que le quedaba por hacer esa noche. Debía esperar a que viniese el forense a certificar la muerte para organizar la búsqueda y registro de todas las pistas que hubiese podido dejar el asesino y después tendría que interrogar a los hombres que habían encontrado el cuerpo, realizar un informe preliminar y conducir hasta la central de Erandio para entregarlo... Iba a ser un trabajo de horas.

Echó de nuevo una mirada en derredor, se apartó unos metros y se apoyó en un árbol, observando como los potentes focos rasgaban la niebla y doraban la suave lluvia. En medio de todo aquello, el impermeable amarillo reclamaba toda su atención, ocultando aquel cuerpo que desearía no haber visto nunca. Durante varios minutos, lo único que le vino a la cabeza fue lo pequeño que era aquel cuerpo, lo sola y asustada que habría estado, lo tristes que resultaban los esfuerzos de la niebla por ocultar algo que jamás debería haber ocurrido.

Y entonces una lágrima escapó de sus ojos y se camufló con la lluvia recordándole que, después de catorce años en ese trabajo, todavía había hijos de puta con la capacidad de hacerle daño.

Después de dar un par de vueltas a su manzana sin encontrar plaza de aparcamiento, decidió dejar el coche en el parking del hospital de Basurto. Sabía que cualquier día se levantaría y la grúa se lo habría llevado, pero era imposible encontrar aparcamiento en Bilbao a las tres de la madrugada. Salió del coche y empezó a caminar hacia su casa. Al doblar una esquina, una ráfaga de viento hizo danzar un grupo de hojas doradas a su paso. Septiembre acabaría pronto, trayendo una sucesión interminable de días grises y tristes. Se abrazó, cerrando su abrigo para impedir que el aire frío se colase hasta sus ropas mojadas. Apresuró el paso, intentando dejar atrás cuanto antes la persistente lluvia. El cansancio acumulado hizo que aquellos metros se le hicieran eternos. Giró otra esquina y divisó por fin el oscuro edificio en el que se encontraba su casa. Acompañado tan sólo por el eco de sus pasos sobre los charcos llegó al portal. Abrir la puerta le pareció una liberación, como si aquel lugar fuese su santuario, como si pudiese dejar en la calle el cansancio, la frustración y el horror de aquella noche. Al llegar a casa, colgó el abrigo mojado al lado de la puerta y se dirigió hacia la sala, dejando la alfombra llena de barro en su camino. Encendió el equipo de música y la cadencia triste de las notas de la guitarra de Stevie Ray Vaughan inundó la habitación. Su reflejo le saludó desde el espejo. Lo miró con atención. La verdad era que no ofrecía buen aspecto. Unos cercos oscuros, testigos del agotamiento acumulado en esa larga noche, rodeaban sus ojos verdes, que aparecían tristes y cansados. En el fondo de ellos descubrió que seguía presente ese brillo cínico que hacía que no le cayese bien a alguna gente. Intentó arreglarse el pelo, que le caía en mechones negros sobre la frente. Seguía húmedo, así que

al cabo de unos segundos lo dejó por imposible. Iba a revolverse de nuevo en cuanto dejase de mirarlo.

Comparó su físico con el de Roberto, del que todo el mundo decía que tenía aspecto de triunfador. La verdad era que no había comparación posible. En lugar de los impecables trajes de Roberto, él siempre había preferido sus inseparables y desgastados vaqueros y sus cómodas y amplias camisas. Abandonó el reflejo del espejo. Después de todo, ya era muy tarde para cambiar. El estilo de ejecutivo joven y agresivo no iba a quedarle bien a sus treinta y siete años. Se acercó al armario de la sala y cogió un vaso. Lo llenó de vodka hasta arriba, tras lo cual volvió a mirar al espejo para brindar con su reflejo, dirigiéndole una cansada sonrisa. Dio un par de pasos hacia el sofá, pero cambió de opinión y se llevó también la botella. Aquella noche estaba demasiado cansado para andar dando paseos con la frecuencia con la que iba a necesitar rellenarlo. Se sentó y apuró la mitad de un solo trago. Su estómago se rebeló por el pequeño incendio, que consiguió, no obstante, adormilar un poco su alma. Apoyó la cabeza en el sofá y cerró los ojos, dejando que la música se le metiese dentro y que el ritmo repetitivo y lento tranquilizase sus pensamientos. Encendió otro cigarrillo y se obligó a no pensar y a no rellenar de nuevo su vaso hasta haber terminado de fumárselo. No quería emborracharse. Lo único que conseguiría con eso sería una espantosa resaca. Después de pensarlo unos segundos, volvió a abrir los ojos y rellenó su vaso. Esa noche de verdad necesitaba otro trago.

Su vista tropezó con el reloj que adornaba la mesa. Las tres y cuarto de la mañana. Debería irse a dormir, pero sabía que esa noche no podría hacerlo, que la oscuridad y el silencio le recordarían aquel claro del bosque, su lluvia triste y su neblina fantasmal y que le harían volver a plantearse la soledad y el miedo de aquella pequeña.

Sacó su libreta de notas. Casi no había nada. Una descripción del lugar y de la posición del cuerpo y las primeras impresiones de la forense a la que habían adjudicado el caso, una tal Natalia. La chica no le había gustado, una cría recién salida de la universidad, con nula experiencia y pinta de estirada. Sólo había sido capaz de decirle que la causa de la muerte había sido una puñalada en el corazón, como si él no supiera eso, y que, si quería saber más datos, esperase al día siguiente para ver el informe preliminar. Que esperase al día siguiente... ¿Es que ella no había visto lo que le habían hecho a esa niña? ¿Es que iba a poder dormir tan tranquila y olvidar esa muerte hasta el día siguiente? Él sabía que, después de tantos años en homicidios, debería poder separar el trabajo de su vida personal, pero nunca había sido capaz de hacerlo. Y menos después de ver el cadáver de esa pequeña... ¿Por qué le habían asignado a él ese caso? Como si su vida no estuviese ya lo bastante jodida...

Volvió a llenar su vaso de vodka para tranquilizarse y cerró los ojos. La imagen del claro volvía a su mente una y otra vez. Sin darse cuenta, se quedó dormido. En sus sueños caminaba de nuevo por aquel bosque, frío y mojado, asustado por el espectral brillo de los árboles en la niebla. A lo lejos se oía el llanto de la niña. Apresuró sus pasos, resbalando en el barro, pero el llanto seguía estando igual de lejos, llegando de todos los sitios y de ninguno a la vez, inundando el bosque con su angustia. Empezó a correr, chocando con los troncos de los árboles, enganchándose la ropa con los arbustos, cayendo una y otra vez para volver a levantarse y seguir corriendo aún más rápido. De repente, los árboles se separaron para dar paso al claro. La niña estaba allí, sentada en el centro, llorando de espaldas a él, temblando de frío y de miedo. Se acercó para consolarla y entonces la niña se dio la vuelta y él se quedó paralizado, con la vista clavada en las cuencas vacías de sus ojos.

Carlos despertó asustado, cubierto de sudor. La débil luz del amanecer

empezaba a colarse por las ventanas. Se levantó y se puso su abrigo, aún húmedo. Aquella noche no dormiría más, seguro que había alguien en comisaría con quien hablar. Cualquier cosa antes de volver a aquel claro.

CAPÍTULO DOS

Las teclas del piano se le resistían aquella tarde. No hacía otra cosa que pensar en cambiar aquellas teclas por las de su ordenador, en estar con él de nuevo. Pero su madre no la dejaría hasta que hubiesen pasado las tres horas de ensayo impuestas desde que tenía uso de razón. Toda su vida había sido aquel piano, aquellas paredes... Nunca había podido hacer amigos, ni mucho menos encontrar un amor. ¿Cómo habría podido hacerlo si su vida era ir del colegio a ensayar y de vuelta al colegio? Su madre nunca le había permitido hacer nada más y ella había pensado que aquello mejoraría al hacerse mayor, pero ya tenía trece años y todo seguía igual. Sonrió, aquello ya no le importaba. Ahora le tenía a él y su madre no podía decir nada. Mientras ella siguiera pensando que usaba Internet sólo para estudiar la vida de antiguos músicos o para obtener nuevas partituras, podría seguir siendo feliz, dejando que Alex la invitase a soñar con el paraíso que le prometía cada día.

Vanessa volvió a fallar una nota. Su madre se asomó y la miró con severidad. Si seguía así, no iba a poder hablar con él. Ella le insistiría hasta que algo de música decente surgiese de aquel piano. Desde luego no era el mejor día para intentar tocar un concierto de Rachmaninov, que era difícil incluso en las mejores condiciones de concentración. Lo dejó por imposible y empezó a tocar *Claro de luna* de Beethoven. Era una de sus piezas favoritas. La sabía de memoria, de manera mecánica, sin tener que pensar. Su madre, que, a pesar de su obsesión por tener una hija pianista, no sabía nada de música, no se daría cuenta.

Mientras las notas surgían de sus dedos, dejó vagar su mente y volvió a estar en aquella gran habitación con la que había soñado miles de veces. Era un

enorme salón de mármol blanco, con todos los ventanales abiertos. Una suave brisa entraba por ellos moviendo las cortinas, también blancas, y dejando entrar el sonido y el aroma del mar. Ella estaba sentada en un piano negro, tocando aquella canción y él se acercaba por detrás y le acariciaba el pelo mientras ella seguía tocando. Había tenido ese sueño miles de veces pero al fin había encontrado a la persona que habría de compartir ese sueño: Alex.

Ella recordó cuando, con vergüenza y timidez, le había contado ese sueño y él, en vez de reírse como ella había temido, le había prometido que conseguirían esa casa y que haría lo imposible para que esa escena acabase siendo real, los dos juntos para siempre. Suspiró. Era tan maravilloso, tan dulce y sensible... Ella había pensado al principio que se reiría de ella. Después de todo, Alex ya tenía diecisiete años y podía verla como a una cría tonta y tímida, pero no había sido así. Él la había querido y, siendo dulce y cariñoso con ella, le había hecho olvidar esa timidez. Vanessa sabía que tenían que esperar para poder estar juntos para siempre, pero él le había prometido que muy pronto iría a visitar a una tía suya que también vivía en Neguri y que se conocerían. Al pensar esto no pudo evitar sentir una punzada de nervios en el estómago. ¿Y si a él no le gustaba en persona? ¿Y si se ponía tan nerviosa que no sabía qué decir? Volvió a sonreír recordando sus palabras: "No te preocupes, todo estará bien. En cuanto estés conmigo por primera vez todos tus problemas, miedos y tristezas habrán acabado para siempre. Te lo prometo". Y ella le creía, confiaba en él más de lo que había confiado en nadie en toda su vida.

Terminó la canción y la empezó de nuevo. Todavía tenía que soportar esa tortura durante diez minutos más, pero después se encontraría en el cielo, como sólo él podía hacerla sentir. Se dejó llevar por la música, intentando concentrarse para que el tiempo pasase más rápido.

Al fin llegó la hora. Cerró el piano, recogió las partituras con rapidez y se

dirigió a su cuarto a encender el ordenador. Allí estaba él, esperándola como todas las tardes. Ella se lanzó hacia el ratón para pedirle chat, pero, antes de que pudiese hacerlo, le llegó una petición en la que podía leerse: "Te he echado de menos, princesa". Ella aceptó el chat y se dispuso a volver a soñar por unas horas.

— Yo también te he echado de menos, Alex.

— *No tanto como yo, Vanessa. Empiezo a sentirme celoso de ese piano, voy a tener que ir a quemarlo. :-)*

— No seas tonto... No creo que lo odies tanto como yo. Hoy me era imposible tocar, sólo podía pensar en ti y echarte de menos. Si pudiese dejar de tocar para siempre...

— *No digas eso, algún día podrás tocar para mí y yo me quedaré atontado mirándote y pensando que soy el chico más afortunado del mundo por haber conseguido a alguien tan maravilloso como tú.*

— Gracias, nunca nadie me había tratado así de bien.

— *Eso es porque los demás chicos son unos estúpidos y no saben apreciarte como te mereces, pero yo estoy contentísimo por ello, así serás sólo para mí. Pero será mejor que no te diga muchas veces lo encantadora que eres o te darás cuenta de que es verdad y me cambiarás por otro. :-)*

— No pienses eso. Sabes que no es verdad, que yo te voy a querer a ti siempre.

— *Lo sé, pero me gusta que me lo digas. Me haces muy feliz cada vez que me dices que me quieres.*

— Pues te lo digo otra vez: Te quiero muchísimo.

— *Gracias, pues por ser tan buena chica te mereces un premio.*

— Un premio? ¿Qué es?

— *¿Recuerdas que te dije que algún día iría a ver a mi tía para poder visitarte?*

— Vas a venir?

— *Sí, me ha llamado y me ha invitado a ir a su casa cuando quiera. ¿Qué te parece, cariño?*

— Qué me va a parecer? Lo mejor que me ha pasado en mi vida. Gracias, gracias, gracias!!!!!!

— *Ja, ja, ja... Tranquila, a ver si te va a dar algo y te voy a tener que ir a visitar al hospital.*

— Estoy tranquila... ¿cuándo llegas?

— *El viernes de la semana que viene. Yo hubiera ido este mismo viernes, pero me parecía una faena para mi tía avisarla con tan poco tiempo. Además, no sabía que pensarías tú.*

— Y qué iba a pensar? Por mí puedes venir cuando quieras.

— *Vale, lo único malo es que llegaré por la noche. Ya te avisaré de la hora.*

— Por la noche? Entonces no voy a poder verte hasta el día siguiente.

— *Escápate.*

— No seas bobo. Sabes que no puedo hacer eso.

— *Sí que puedes. Imagínanos a los dos solos, paseando por la playa bajo la luz de la luna, ¿No te parece la mejor manera de empezar nuestra vida juntos?*

— Sí, sería maravilloso, pero ya sabes que mi madre no me va a dejar.

— *¿Que tu madre no te va a dejar? Vanessa, por Dios, tu madre no te va a tratar nunca como a una persona adulta si no le demuestras primero que lo eres.*

— Ya lo sé, pero no puedo pedírselo. Me da miedo... Sé perfectamente que va a decir que no.

— *Vale, ya veo que no estás tan enamorada como decías. Me has estado tomando el pelo, soy un imbécil. Después de todo, quizá no sea tan buena idea que vaya.*

— Que no, Alex, que no es eso...

Pero ya no pudo seguir hablando con él, se había desconectado. Vanessa sintió que el mundo se le caía encima. Alex era la única persona para la que valía algo y por su cobardía estaba a punto de perderle. Él tenía razón. Ya era hora de que le demostrase a su madre que era una persona adulta y que podía elegir, pero de pedírselo a ella ni hablar. Se escaparía, no sería tan difícil. Ya vería lo que ocurría cuando volviese a casa al día siguiente, pero, fuese cual fuese el castigo, merecería la pena con tal de estar un solo segundo en sus brazos. Así que le escribió un mensaje para que él lo recibiera en cuanto volviese a conectarse:

"Lo siento mucho, tienes razón. Me estoy portando como una cría y ya es hora de que cambie. Sólo dime a qué hora y estaré ahí, mi amor. Te lo juro".

CAPÍTULO TRES

Ya eran las seis y media de la tarde. Llevaba desde las ocho de la mañana esperando a que la forense le quisiera contar algo sobre su maldito informe. Al principio la había llamado cada media hora preguntándole si sabía algo nuevo, hasta que ella se había hartado y, con toda educación, le había mandado a la mierda, diciéndole que seguro que él comprendía que nunca podría terminar su trabajo si tenía que contestar las llamadas telefónicas de cierto pesado.

Así que se había tenido que callar y esperar, pero ya llevaba más de diez horas. Había acabado el trabajo del día y había estado rellenando informes de rutina para pasar el rato. Incluso había intentado ordenar la mesa de su despacho, pero ya no sabía qué hacer para matar el tiempo. Levantó el auricular del teléfono y empezó a marcar el número de su extensión. Volvió a colgar. Si la niña esa le volvía a tratar con ese aire de superioridad no se iba a poder callar, así que sería mejor darle un poco más de tiempo. Quizá lo mejor sería bajar al bar de la esquina y tomar un trago. Llevaba allí desde las seis de la mañana, ya era hora de dejar de estar de servicio. Se levantó y se puso el abrigo pensando que quizá encontraría en el bar a algún compañero con el que poder hablar de fútbol, de política o de lo mal que le iba al otro con la familia para poder olvidarse un rato de sus cosas. Y justo en el momento en que esa perspectiva empezaba a parecerle agradable, sonó el teléfono de su mesa.

— Carlos Vega, ¿diga?

— Soy Natalia Egaña. Ya tengo su dichoso informe. Le estoy esperando.

Ella colgó, sin decir más, sin darle tiempo a contestarle que él llevaba diez

horas esperando y que ahora iba a ser ella la que tendría que pasarse horas sentadita entre sus pacientes, que sólo la aguantaban porque estaban muertos y no tenían otro remedio, hasta que él se pasase por allí. Podría haberle llamado y decírselo, pero le pareció infantil, así que volvió a quitarse el abrigo y se dirigió hacia el sótano, pensando que, si las mujeres habían tenido siempre la misteriosa virtud de sacarle de quicio, Natalia las superaba a todas ellas. Y con creces.

Carlos entró en la sala de autopsias y se quedó parado, mirándola. La verdad era que la chica no estaba nada mal: una larga cabellera castaña clara, recogida en un moño para trabajar, glaciales ojos grises, cara de muñeca estropeada por el perpetuo gesto de enfado y un bonito cuerpo que estaba oculto ahora por una bata blanca. Pensó que habría sido muchísimo más simpático con ella si la hubiese encontrado trabajando en el bar de la esquina, pero, por desgracia, Dios debía haberla puesto allí con el único objetivo de hacer su vida aun más difícil.

Ella fingió no haberle oído durante unos segundos y siguió ordenando papeles encima de su mesa. Al cabo de un rato, levantó la cabeza y clavó sus ojos en los de él.

— ¿Y bien? ¿Tanta prisa todo el día y ahora se queda ahí parado sin preguntar nada? ¿No tiene ninguna duda?

— Sí, tengo una... ¿Cómo consigue usted parecer el ser más frío de esta habitación si todos los demás están muertos?— preguntó Carlos con una sonrisa.

— Encantador. ¿Conquista usted muchas mujeres con ese carácter tan dulce?

— Mi carácter es muchísimo más dulce con las mujeres que me interesan. Por desgracia, ésa es una faceta de mí que usted nunca descubrirá— Natalia le miró sarcásticamente durante unos segundos, dejando traslucir el poquísimo interés que las facetas de personalidad de Carlos le provocaban—. Bueno, dejémonos de bobadas. Tenemos que trabajar juntos, así que intentemos no matarnos. ¿Qué ha descubierto?

— Está bien, Bianca Rodríguez, catorce años, hembra de raza blanca...
— comenzó a recitar ella.

— Eso lo sabe toda Vizcaya a estas horas, lo he oído hasta en la tele... ¿Algo que sólo usted sepa?

— Había dicho que íbamos a intentar llevarnos bien— dijo ella, levantando la vista del informe para volver a clavarle su fría mirada—. La causa de la muerte es una puñalada en el corazón que seccionó la arteria coronaria derecha. También presenta amputación de las dos manos, extirpación de los globos oculares y tres hematomas en el occipital...

— ¿En el qué? Oiga, si quisiera palabras técnicas, leería su informe. He venido aquí para que me lo explique.

— Bien, no se enfade. Pensé que me estaba entendiendo— una sonrisa irónica apareció en su rostro. Carlos no pudo evitar sentir de nuevo ganas de asesinarla, pero respiró hondo y la miró, esperando a que ella siguiera hablando—. Bianca recibió tres golpes en la nuca, seguramente con el objetivo de dejarla inconsciente y poder trasladarla. El asesino le clavó un cuchillo de unos quince centímetros de largo en el corazón y le cortó las dos manos, creemos que con un hacha o machete. Después le vació las cuencas oculares, suponemos que con el mismo cuchillo con el que la asesinó, ya que hemos encontrado gran cantidad de muescas muy profundas en las orbitas supraoculares, lo que señala que la extirpación no fue realizada con un

instrumento de precisión. Ni el cuchillo ni el hacha han sido encontrados, lo mismo que los ojos y las manos. Como usted supuso en la escena del crimen, no fue asesinada en el lugar en el que la encontraron. La falta de coagulación en los hematomas demuestra que la muerte fue anterior a la caída.

Carlos consiguió reprimir un escalofrío y seguir preguntando:

— ¿Grupo sanguíneo del asesino? ¿Restos de semen?

— Nada de eso. Por el estado de descomposición del cuerpo podemos deducir que llevaba muerta unas tres semanas, expuesta a los elementos y a los animales salvajes. La verdad es que, si el asesino dejó alguna pista, se ha esfumado todo... Sólo hemos encontrado sangre del grupo A positivo, que es el de Bianca. En cuanto a los restos de semen, no la violó. Ni siquiera creo que lo intentara.

— ¿No la violó?— preguntó Carlos, incrédulo— Mierda, estaba convencido de que el móvil era sexual. ¿Algún otro dato?

— Por ahora, no... Ni huellas, ni trozos de piel, pelo o tejidos, nada... Pero seguiremos estudiándolo. Si encontramos algo más, se lo notificaremos de inmediato— terminó Natalia.

— Bien, en cuanto pueda, envíeme una copia del informe preliminar a mi despacho. Gracias.

Carlos se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta. Vaya mierda de caso, no sabía por dónde cogerlo. La voz de Natalia le llegó firme, con un leve tono de enfado:

— ¿Es qué no va a preguntarme qué pienso del asesino?

— Hombre, pues supongo que no le caerá a usted muy simpático, como a todos— contestó Carlos, dándose la vuelta.

— No sea imbécil. Me refiero a si no se va a interesar por las conclusiones que he podido sacar sobre nuestro hombre mientras hacía la autopsia.

— ¿"Nuestro hombre"?— Carlos se acercó hasta situarse a pocos centímetros de ella— Creo que no le han explicado bien las funciones de cada cual en esto. Yo investigo, yo saco conclusiones, yo busco a "mi hombre". Usted destripa y apunta. ¿Lo entiende?

— No, no lo entiendo... Tengo un master en psicología forense y puedo hacer más cosas que destripar y apuntar. Puedo decirle cómo piensa ese tipo, cuáles son sus motivaciones, cómo volverá a atacar...— insistió ella.

— ¿Y de dónde saca usted qué volverá a atacar?— preguntó él, fingiéndose interesado.

— Los asesinos en serie no pueden detenerse, así que...

— Pues un solo asesinato no es una serie muy larga que digamos— Carlos sonrió. La estaba sacando de quicio y le encantaba.

— Si me escuchara, vería que tengo razón en lo que digo.

— No, llevo diez minutos escuchándola y lo que veo es a una novata que quiere tener entre sus manos a un Jack el destripador para resolverlo solita y ascender muy rápido, pero que lo único que va a conseguir es complicarme la vida si la dejo, así que haga el favor de concentrarse en su trabajo y dejar que los profesionales de verdad hagamos el nuestro.

Carlos volvió a sonreír, le dijo adiós con la cabeza y se dirigió a la puerta. Su humor había mejorado en pocos minutos. Por fin había conseguido dejarla en su sitio y que ella supiese sin ninguna duda lo que él pensaba que podía hacer con su "maravilloso diploma de psicología forense". Pero la voz de ella volvió a llegar con el mismo tono enfadado.

— ¿Acaso tiene miedo de que una mujer pueda superarle?

Carlos se giró de nuevo. Su buen humor había vuelto a esfumarse como por arte de magia.

— No sé cómo tengo que explicárselo para que le quede claro. No tengo miedo de que nadie me supere, sea hombre o mujer. Sólo quiero hacer mi trabajo sin tener que cuidar de que alguien me meta en problemas y menos que nadie usted, que ni siquiera me cae bien. ¿Lo entiende ahora?— Carlos intentó imprimir a su voz toda la firmeza de que era capaz. Empezaba a estar cansado de esa discusión.

— Sí, lo entiendo. Hagamos un trato. Usted me deja que le ayude con el caso...

— ¡Que no, joder! ¿Es que no hablamos el mismo idioma? Además, yo ya tengo un compañero. ¿Por qué no va a molestarle a él?

— Lo pensé, pero Roberto me cae incluso peor que usted— contestó ella—. Y sospecho que a usted tampoco le gusta.

Carlos la miró, sorprendido. Parecía que la chica era intuitiva, o quizá la antipatía entre los dos era evidente para todo el mundo en la central menos para Aguirre, para su desgracia. Natalia aprovechó esos segundos de silencio para continuar insistiendo.

— Escúcheme, usted me odia, ¿no? Pues bien, le estoy dando la oportunidad de librarse de mí. Yo le ayudo con el caso y, según usted, meteré la pata y le causaré problemas, ¿no?

— De eso no tengo ninguna duda. Siga, que lo de librarme de usted me interesa— Carlos sonrió y esta vez ella le devolvió la sonrisa.

— Bien, en la primera ocasión en que yo interfiera en sus investigaciones o le cause un problema, por pequeño que parezca, solicitaré

mi traslado a otro centro.

— ¿Y si no acepto?

— Me tendrá aquí para siempre, me ofrezcan el puesto que me ofrezcan. Puedo ser su peor pesadilla.

Carlos resopló, dirigió su mirada al techo con expresión desesperada y murmuró "mujeres". Después la miró y no pudo evitar sonreír de nuevo.

— Está bien. Le doy una oportunidad, pero sólo una. ¿Qué piensa del asesino?

Una chispa de alegría iluminó los ojos de ella, haciéndole pensar que quizá no era tan fría, mientras chocaba su mano con la de él y contestaba:

— Que no me cae muy simpático, como a todos.

Estaban sentados en el Capri, el bar donde él y todos los compañeros de comisaría solían ir a pasar un rato al acabar el servicio antes de volver a casa. Carlos había pensado en pedir un vodka hasta que se dio cuenta de que llevaba desde el día anterior sin comer nada y casi sin dormir, así que se decidió por un café, al igual que ella. Se sentaron en una mesa al final del bar, un sitio cómodo y en penumbra donde podrían hablar con tranquilidad sin ser molestados, a no ser por los dos compañeros de oficina que jugaban en esa esquina a los dardos y que, tras haber admirado las largas piernas de Natalia mientras pasaba, ahora se dedicaban a mandarle sonrisitas cómplices a Carlos, que empezaba a sentirse bastante incomodo. Intento olvidarse de aquello y concentrarse en lo que habían ido a hacer allí, así que sacó su libreta y se quedó mirando a Natalia:

— Bien, empieza con tus eruditas conclusiones. Estoy esperando a ser iluminado.

— Deja de ser sarcástico y escúchame— Natalia removía su café mientras revisaba sus notas.

Estaba distinta, tan concentrada en lo que hacía que su agresividad habitual parecía haberse esfumado. Carlos no pudo evitar pensar que a lo mejor se había equivocado con ella y que podía ser una autentica profesional, pero desterró ese pensamiento en el siguiente segundo. Si era buena, que lo demostrara.

— Está bien. Te escucho.

— Todo esto no son más que hipótesis sacadas de la contrastación de los datos obtenidos en la autopsia con las teorías de la personalidad criminal que establece la psicología forense. Con esto quiero decir que no lo tomes por hechos objetivos, sólo por un punto por el que empezar— comenzó ella con la vista clavada en sus anotaciones.

— Tranquila, no pensaba tomar por un hecho objetivo nada de lo que dijese.

— ¿Sarcástico otra vez? ¿No habías prometido ser bueno?— Natalia levantó la mirada de sus papeles y le sonrió con dulzura.

Carlos no pudo evitar asentir con la cabeza pidiendo disculpas y se apresuró a buscar un cigarrillo para que ella no se diese cuenta de que estaba a punto de sonrojarse. ¿Qué demonios tenía la sonrisa de aquella mujer que lo desarmaba de esa manera? Debía empezar a controlarse. Carlos le ofreció un cigarrillo a Natalia. Ella rechazó con un gesto de la cabeza mientras volvía a sus notas.

— Bien, empecemos por el análisis de los golpes en la cabeza. Por la trayectoria de los golpes podemos suponer que el asesino es un hombre de corta estatura. La víctima era baja y sin embargo los golpes no siguen una trayectoria descendente por lo que hay que suponer que el asesino era de la

misma altura o sólo un poco más alto, es decir, yo apostaría por un asesino que mida entre un metro sesenta y un metro sesenta y cinco.

— Vaya, no está mal... No hay muchos hombres de esa altura. Eso reduce algo las posibilidades. Mandaré que se busquen las fichas de los asesinos de esa altura que estén en libertad y tendremos por dónde empezar...

— Espera, no creo que sirva para nada— Carlos la miró sorprendido—. Puedes hacerlo si ese es el procedimiento, pero, analizando los golpes en la cabeza, creo que este es el primer crimen de nuestro asesino.

— ¿Por qué dices eso?

— Necesitó tres golpes para dejar a la víctima inconsciente y poder trasladarla. Eso prueba una falta de experiencia y además que el asesino es una persona débil. Estoy segura de que en los siguientes crímenes mejorará. Si le dejamos, claro.

Carlos empezó a apuntar en su libreta. No podía creérselo pero lo que aquella chica decía tenía sentido. Ella continuó:

— También deducimos que es débil por los rasponazos que he observado en las piernas de la víctima. El asesino tuvo que arrastrarla para conducirla desde el coche hasta el lugar en el que la arrojó al bosque. Nada de llevarla en brazos, ¿comprendes?

Carlos asintió con la cabeza mientras seguía apuntando interesado, sin levantar la vista de su libreta de notas, así que no pudo advertir la sonrisa de triunfo que se dibujó en la cara de Natalia mientras proseguía:

— Los datos que te he dado hasta ahora son más o menos conclusiones objetivas extraídas de la autopsia sobre el físico de nuestro hombre. Pasaré ahora a lo que he podido deducir de su personalidad— Natalia paró y bebió un trago de su café.

Carlos levantó la cabeza y la miró. Así que hasta se permitía paradas para crear suspense. Estaba disfrutando con aquello. Carlos consiguió contener su lengua para no hacer otro comentario que estropease la situación. La chica había trabajado, podía dejarla lucirse por ahora. Ya llegaría el momento de saldar cuentas, así que siguió mirándola hasta que ella continuó hablando:

— A pesar de que no hubo ni siquiera intento de violación, sigo pensando que el móvil del crimen fue sexual, al menos mientras no tengamos pruebas de que el asesino la conocía y que tenía motivos para odiar a la víctima de esa manera y, francamente, no se me puede ocurrir que puede haber hecho una niña de catorce años para merecer eso.

— ¿Qué tal un compañero de clase despechado?

— No, nada de eso. A pesar de que la altura y la fuerza física podrían coincidir, no creo que haya sido un niño. Un niño puede asesinar en un momento de rabia e incluso ser muy cruel pero la premeditación y el ensañamiento con el cadáver, que además parece responder a algún tipo de ritual obsesivo, nos hablan de una personalidad muy perturbada que no suele darse en los niños. Además, el asesino tiene que ser mayor de edad y tener coche para haber podido transportar a la víctima hasta el bosque, no lo olvides— Carlos asintió, animándola a continuar—. Por el momento, nos quedaremos con la hipótesis de un móvil sexual. Podemos deducir de los datos anteriores que, si el asesino es pequeño y débil, no ha tenido mucho éxito con las mujeres, incluso podría tener alguna deformidad física, como muchos otros asesinos en serie.

— Te vuelvo a pedir que no le trates como a un asesino en serie. Por ahora sólo ha habido un asesinato y mi intención es que siga así. Parece hacerte mucha ilusión participar en una secuela de "El silencio de los corderos", pero a mí me pone los pelos de punta sólo pensar en más niñas

asesinadas.

— Estoy de acuerdo en que no debería haber más víctimas pero, si descartamos la venganza personal como móvil, sólo nos queda el comportamiento perturbado y éste tiende a repetirse, así que sigamos con esta hipótesis y recemos porque me esté equivocando— Natalia respiró hondo y continuó—. Bien, imaginemos que su deformidad es sexual. Él quería mantener una relación sexual con Bianca, pero sabía que iba a ser imposible. Pensemos en una persona que ha sufrido una castración o que sabe que padece una deficiencia sexual crónica. De ahí el ensañamiento con la niña, pagando su frustración con ella, ¿comprendes?— Carlos asintió mientras seguía apuntando—. Y de ahí también lo del vaciamiento de las cuencas oculares, es algo típico entre los asesinos con algún defecto físico evidente, como si quisieran borrar ese defecto que la víctima ha visto de ellos. También puede deberse a la superstición de que la última imagen que la persona tiene en vida queda grabada en las pupilas de la víctima, pero, no sé por qué, no me convence. Considero al asesino más inteligente que todo eso.

Carlos estaba sorprendido. Había pensado en escucharla cinco minutos fingiendo interés para quitársela de encima y, por el contrario, se encontraba pensando que esas hipótesis tenían sentido y le daban algunas ideas interesantes por las cuales empezar y que a él no se le habrían ocurrido nunca. Al final iba a tener que admitir que hacían un buen equipo, aunque sólo lo haría ante ella bajo terribles torturas.

— ¿Has encontrado alguna razón para que le amputara las manos?

— La verdad es que no, en eso estoy perdida. No es algo muy común pero estoy investigando. Después de todo, los asesinos múltiples no son todos iguales. Este sería su rasgo de identidad, su firma personal para reconocerle si le salen imitadores, cosa que esperemos que no ocurra y que, de todos modos,

es más habitual en Estados Unidos que aquí. Supongo que lo de amputarle las manos tiene que ver con algún episodio de la vida del asesino, con el acontecimiento que lo perturbó, así que es algo que deberemos investigar... Bueno, creo que por ahora no tenemos mucho más. ¿Qué te parece?

— No está mal.

Ella frunció el ceño, como si hubiese esperado un desfile con fuegos artificiales. A él le gustó seguir siendo capaz de enfadarla, además había algo de encantador en su ceño fruncido. Carlos desterró aquellos pensamientos de su mente para seguir hablando en un tono profesional:

— Así que tenemos a un asesino de alrededor de un metro sesenta y de constitución débil, con alguna disfunción sexual o deformidad física evidente y que se halla muy perturbado desde el punto de vista psicológico, aunque este sería su primer asesinato— él revisaba su libreta mientras hablaba y ella iba asintiendo con la cabeza—. Por lo tanto, considero que debemos revisar todas las fichas de asesinos y criminales sexuales de todo tipo que se encuentren en libertad y compararlas con los datos que poseemos del asesino. También vamos a pedir información a todos los psiquiátricos de la zona sobre las personas que puedan responder a estas características, aunque no estén fichadas. Sólo esto ya será un trabajo de semanas.

— Supongamos una cosa por un momento— Carlos levantó la mirada de su libreta—. Supongamos que su comportamiento hasta ahora ha sido totalmente normal, que ha aguantado su problemática durante muchísimos años hasta que finalmente ha estallado.

— ¿Sugieres que nunca haya estado fichado ni en tratamiento psiquiátrico?

— Exacto. Sin embargo, la disfunción sexual que le suponemos ha debido recibir tratamiento en algún momento— dijo ella.

— Si estás intentando sugerir que pidamos informes, que por cierto son confidenciales, a todos los urólogos, psicólogos, sexólogos y psiquiatras del País Vasco, lo único que puedo decirte es que estás loca y que ese trabajo llevaría años. Además, ni siquiera podemos saber si ese tipo acaba de llegar aquí o incluso si sólo estaba de paso. Empezaremos como he dicho a ver si tenemos suerte.

— ¿Y si no?

— Rezaremos para que se me ocurra otra manera de cazarle. ¿Has acabado el café?

— Sí, ¿dónde vamos?

— Tenemos que volver a comisaría para decirle a Roberto que empiece a comparar fichas. Me va a odiar— Carlos sonrió como un niño travieso y ella le devolvió la sonrisa—. Por cierto, mañana tengo que ir a la casa de Bianca a hablar con sus padres e investigar su habitación, por si hay algo ahí que pueda conducirnos al asesino. Bueno, el caso es que yo había pensado...

— ¿Qué?

— Bueno, que si no estás muy ocupada...

— Pareces un colegial pidiéndome una cita. Está bien, te acompaño— la sonrisa de ella fue triunfal.

— No te alegres tanto. Sólo te estoy dando más oportunidades de meter la pata para librarme de ti pronto. ¿A las diez en la puerta de la central?

— Allí estaré y, si lo que buscas es que yo me equivoque, voy a tener que defraudarte.

CAPÍTULO CUATRO

Carlos esperaba apoyado en el volante de su coche. Un cuarto de hora tarde. ¿Por qué todas las mujeres tenían que ser así? Siempre haciendo esperar, debían hacerlo adrede para sacar de quicio a los hombres. Al menos en el caso de Natalia estaba seguro de que era así. Aquella chica le odiaba y quería volverlo loco, pero no se lo iba a permitir. El día anterior había estado a punto de pensar que trabajar juntos podía ser una buena idea, pero, a cada minuto que pasaba, aquello le parecía más y más estúpido. Le daría cinco minutos más, mientras se fumaba un cigarro, y después se marcharía y su colaboración habría acabado para siempre, dijese ella lo que dijese.

Mientras esperaba siguió pensando en aquel maldito caso. Los resultados en archivos no estaban siendo muy alentadores. La comparación de las fichas con los datos que poseían iba a durar días y después tendrían una lista de decenas de posibles culpables. Aquello podía llevarles semanas, quizá meses... Rezaba con toda su alma para que Natalia estuviese equivocada con la idea del asesino en serie porque, si se le ocurría volver a atacar, ellos no iban a estar preparados para detenerlo. De eso estaba seguro.

Los cinco minutos habían pasado, así que encendió el motor del coche. Una pena. Podría haber funcionado, después de todo parecía una chica inteligente. Lástima que tuviese tan mal carácter. En ese momento ella apareció doblando la esquina, corriendo con todas sus fuerzas a pesar de los impresionantes tacones. ¿Cómo eran capaces de hacer eso? Ella saludó con la cabeza desde fuera del coche y entró:

— ¿No pensabas esperarme?— preguntó enfadada.

— La verdad es que no. Considero que veinte minutos son más que suficientes, incluso teniendo en cuenta la cantidad de tiempo que las mujeres

malgastan en pintarse y arreglarse el pelo.

— Así que eso es lo que piensas que he estado haciendo, ¿verdad?

— ¿Qué otra cosa si no? De todas maneras, no te preocupes. Has quedado muy bien— le sonrió Carlos.

— Si eso era un cumplido, puedes guardártelo. No necesito que me aconsejes sobre mi aspecto. Deberías preocuparte más del tuyo— dijo Natalia mientras se ataba el cinturón de seguridad.

— ¿Qué le pasa a mi aspecto?— preguntó él, incomodo.

— Nada, déjalo— Carlos miró al techo del coche y resopló desesperado—. De todas formas, puedes estar tranquilo. No necesito tanto tiempo para arreglarme. Si he llegado tarde es porque me acordé de que el colegio de Bianca quedaba de camino hacia aquí y entré a pedir su historial académico. Quería saber si había sido una chica con problemas escolares o de conducta antes de ir a hablar con sus padres.

— ¿Y para qué? No la estamos investigando a ella.

— Sí, ya lo sé, pero quizá conociendo más a la víctima podamos deducir algo de su asesino. Bueno, el caso es que fui a por el informe y me entretuve hablando con su tutora: niña ejemplar, buena estudiante, excelente expediente académico...— empezó a explicar Natalia.

— Me suena. Todo el mundo es buenísimo después de muerto— dijo Carlos, irónico.

— No seas bruto... Además en este caso es cierto, su expediente lo demuestra: unas calificaciones estupendas, ningún problema de disciplina... Lo único que ha podido decir su tutora en su contra es que era una niña muy tímida, que no se relacionaba con los demás alumnos... Y una cosa interesante: en los últimos dos meses se retraía aún más, parecía distraída e incluso sus

calificaciones bajaron un poco.

— ¿Crees que le sucedía algo desde hace dos meses? ¿Algo como que pudo conocer al asesino?— sugirió Carlos, interesado.

— No lo sé, pero es una hipótesis.

Carlos empezó a conducir, pensativo. Podría ser. Él seguía creyendo en un asaltante desconocido, pero, por lo que sabían de Bianca, no parecía el tipo de chica que haría auto-stop a altas horas de la madrugada o que se marcharía a dar una vuelta con el primer chaval que apareciese. Si ella ya le conocía, quizá la visita a su casa resultase más fructífera de lo que él había supuesto: un diario, cartas, una foto... ¿Por qué no iba a ser éste su día de suerte? ¿Por qué no iba a encontrar por fin un caso fácil? Además así se libraría de Natalia, que, a pesar de decir que no le preocupaba su aspecto físico, acababa de moverle el retrovisor para arreglarse el pelo. Ella se encontró en el espejo con el reflejo de la mirada de él, entre burlona y enfadada, así que intento sin éxito volver a colocarlo en su sitio y se recostó en el asiento, dedicándose a mirar las calles de Bilbao por la ventanilla.

Sumidos en un tenso silencio llegaron a la urbanización donde había vivido Bianca, un grupo de casas de dos pisos, con pequeños jardines interiores, todo ello rodeado por una valla. Un pequeño remanso de paz en la gran ciudad, un lugar en el que uno pensaría que podía criar a sus hijos sin que nadie fuese a clavarles un cuchillo en el corazón. Una pena que los últimos acontecimientos hubiesen hecho que el sueño de aquella gente se desvaneciese para enfrentarles a una pesadilla que, además, correspondía al mundo real. Carlos intentó alejar aquellos pensamientos de su mente. Hacía muchos años aquellos sueños habían sido también los suyos, siempre había envidiado a la gente que podía vivir como había vivido la familia de Bianca hasta entonces, aunque la vida le había enseñado que debía conformarse con un apartamento pequeño en

el que nadie le esperaba. Pensando en lo ocurrido en los últimos días la envidia desaparecía, se sentía tranquilo de poder vivir todo aquello más o menos desde fuera. Después de todo nunca había podido decidir si era mejor haber tenido algo y haberlo perdido o no haberlo tenido nunca. Estar sumido en una melancolía eterna podía ser duro, pero, aunque fuese una postura cobarde, él prefería aquello al dolor agudo de la pérdida. La voz de Natalia le atrajo al mundo real:

— Es aquí, ¿verdad?

— Sí, es aquí— Carlos salió del coche y lo rodeó hasta quedar frente a Natalia—. Escúchame ahora con atención. Vamos a entrar ahí, pero quien hablo soy yo, quien pregunto soy yo y quien mando soy yo. Tú estás calladita, escuchas y observas por si a mí se me escapa algo, pero nada más. ¿Entendido?

— Sí, señor— Natalia se puso firme e imitó un saludo militar—. ¿Algo más, señor? ¿Le limpio las botas, señor?

— Sería una buena idea pero dejémoslo para otra ocasión. ¿A qué viene esto?

— ¿Y a qué viene lo de mandarme callar?— por su tono se notaba que estaba dolida— ¿Crees que no estoy cualificada?

— Lo que creo es que vamos a hablar con una familia que acaba de perder a su hija y no me gustaría que a ti se te escapase algún comentario desafortunado. Tú sabes mucho de destripar gente y yo sé muy bien cómo comportarme en estas situaciones porque, por desgracia, he tenido que vivirlas muchas veces, así que te rogaría que no te entrometieses en mi trabajo y yo prometo no ir a robarte el bazo de tu próximo "cliente". ¿Trato hecho?

— Está bien, pero me gustaría mucho verte intentando encontrar un bazo

— respondió ella riéndose.

— Listilla— masculló él.

— Borde— contestó ella, también entre dientes.

Carlos prefirió fingir que no la había oído. Pasarse la mañana plantados delante de aquella puerta no era su ideal de cómo matar el tiempo y, además, estaba seguro de que con esa mujer nunca llegaría a ponerse de acuerdo. Así que rezó para que ella le hiciese caso y llamó al timbre.

— Créame que sentimos tener que molestarle en estos momentos pero comprenderá que es necesario. Intentaremos que sea lo más breve posible— empezó Carlos con un tono suave.

— No se preocupe, lo comprendo. Mi mujer no podrá atenderles hoy, está dormida. Sedantes, ya sabe...

Frente a ellos se sentaba un hombre de unos cuarenta años, alto y delgado, cuyo cabello empezaba a escasear. Detrás de sus pequeñas gafas podían verse unas marcadas ojeras y sus ojos, rojos de tanto llorar, reflejaban una angustia y una pena infinita. En ellos Carlos pudo leer la pregunta que había visto en los ojos de muchísimas otras personas en situaciones parecidas: ¿por qué? Y lo peor era que, la mayoría de las veces, esa pregunta quedaba sin respuesta.

— No hay ningún problema. Creo que usted podrá respondernos, pero, si necesitamos que su mujer conteste a algo, esperaremos a otro día— el hombre asintió despacio, con la mirada fija en el suelo, ausente—. Nos gustaría que nos hablase sobre las amistades de Bianca. Cualquier detalle que usted pueda recordar sobre algún amigo o conocido suyo puede ser importante. Sé que ya estuvieron hablando de esto con otros agentes cuando denunciaron la desaparición, pero quizá ahora pueda recordar algo más.

— Como ya les dije, Bianca no tenía amigos. Supongo que hablaría con las chicas y chicos de su escuela, pero nunca salía los fines de semana, nunca trajo amigas a casa. Era una niña muy tímida, siempre leyendo, jugando al ordenador, viendo la tele... Nosotros no le dábamos importancia a eso. Nunca dio problemas y siempre traía buenas notas. Era una niña tan buena...— la voz del hombre se quebró en un sollozo y durante un segundo pareció que iba a derrumbarse pero consiguió reponerse y seguir hablando— Recuerdo que últimamente su madre y yo estuvimos insistiéndole para que saliese un poco y tuviese más contacto con chicas de su edad. Ya tenía catorce años y no era normal que estuviese tan sola. Además, en los últimos meses, ni siquiera hablaba ya con nosotros y su profesora también nos dijo que estaba muy rara, así que pensamos que lo que necesitaba era distraerse un poco aunque sus notas estuviesen bajando. Nos tenía un poco preocupados, así que nos alegramos mucho cuando ese domingo por la tarde nos dijo que iba a ir al cine con unas compañeras de clase— el hombre volvió a callar y esta vez no pudo reprimir las lágrimas. Enterró la cara entre sus manos mientras todo su cuerpo se convulsionaba por los sollozos—. ¿Pero dónde fue? ¿Qué fue lo que pasó? ¿Por qué a mi niña?

— Sabemos que sí estuvo en el cine. Encontramos una entrada en su bolsillo— Natalia se había sentado al lado del hombre y apoyaba una mano en su espalda, intentando tranquilizarle. Carlos la miró, recordándole su promesa de estar callada.

Los sollozos remitieron poco a poco y el hombre pudo continuar hablando:

— Cuando comenzó a hacerse de noche y Bianca no volvió, empezamos a asustarnos. Siempre había sido tan responsable que no era normal que hiciese eso, así que buscamos su libreta de teléfonos y llamamos a la amiga con la que se suponía que había quedado. Cuando nos dijo que no había visto a

Bianca en todo el día y que era mentira que hubiesen quedado, pensamos que quizá nos habíamos equivocado en el nombre de la amiga, así que llamamos a todas las chicas que aparecían en su agenda, pero no había estado con ninguna. A las doce llamamos a la policía, pero nos dijeron que teníamos que esperar para que pudiesen hacer algo. Bueno, el resto ya lo sabe...— volvió a sollozar desesperado—. Esperar... Mientras ustedes estaban esperando, ya la habían matado. ¿Por qué no se dieron más prisa? Quizá habrían podido evitarlo, quizá ahora mi niña estaría viva si no fuese por ustedes...

Volvió a callar, dejándose llevar por la angustia. Era normal pasar por aquella rabia, intentar buscar culpables, rebelarse... Cualquier cosa con tal de no tener que enfrentarse al dolor sordo de la pérdida. Natalia volvió a apoyar el brazo sobre sus hombros, mientras le susurraba palabras de consuelo. Carlos decidió dejar las preguntas para otro momento. De todas formas, no pensaba que pudiera sacarle mucha más información. Esperó unos minutos a que se tranquilizase para preguntarle si podía revisar la habitación de Bianca. El hombre asintió con la cabeza, sin levantar la mirada.

Carlos se dirigió al pasillo buscando el cuarto de Bianca. Cuando abrió la puerta se encontró con una pequeña habitación pintada de rosa. Estaba tan ordenada como si su dueña fuese a aparecer en cualquier momento para seguir con su vida. Carlos cerró la puerta a su espalda y se quedó parado en medio de la habitación por unos segundos, tratando de contener la incomodidad que le impulsaba a salir de aquella casa tan cargada de dolor. Podía comprender cómo se sentía el padre de Bianca. Era como haber estado mirando un hermoso futuro en un espejo mágico que de repente se cae al suelo, y lo único que queda es un presente hecho pedazos y que no puede recomponerse y los reflejos de un pasado que sólo causa dolor.

Cuando estuvo un poco más tranquilo empezó a registrar la habitación.

Después de todo, cuanto antes acabase, antes podría salir de aquella atmósfera opresiva. La habitación podría haber sido la de cualquier otra chica de catorce años: un escritorio, libros, un ordenador, peluches, frascos de colonia... En la mesilla podían verse varias fotos de Bianca, una chica pequeña y con aspecto débil que no aparentaba los catorce años. Carlos cogió una de esas fotos. Se veía a una niña rubia, con el pelo muy largo y lacio. Tenía una sonrisa muy bonita y detrás de las gafas brillaban alegres unos enormes ojos castaños. Parecía muy dulce y tenía un cierto aire desvalido que provocaba ganas de cuidarla. ¿Cómo alguien podía hacer daño a una niña así?

La puerta se abrió y Natalia entró en la habitación. Carlos se dio cuenta de que ella había perdido aquel aspecto profesional y duro. Miraba las cosas con el respeto de alguien que visita un mausoleo y un aire de tristeza empañaba sus fríos ojos grises. Revisaron la habitación en silencio. No había cartas, ni un diario. En su agenda sólo aparecían apuntadas las fechas de exámenes o de entrega de trabajos, nada de citas. Una hora después se dieron por vencidos. Carlos recogió la foto que había estado observando para preguntarle al padre de Bianca si podían llevársela. La necesitarían para preguntar en el cine si alguien había visto quien acompañaba a aquella chiquilla.

Natalia se encontraba en la otra esquina de la habitación, acariciando a uno de los ositos de peluche con aire distraído. Carlos se acercó y puso una mano en su brazo. Ella le miró desconcertada, como si saliera de un sueño y él pudo ver que había lágrimas contenidas en sus ojos.

— Vamos, aquí ya no nos queda nada que hacer.

Salieron de la casa en silencio, dejando a sus habitantes la dura tarea de sobrevivir con la presencia de la muerte.

CAPÍTULO CINCO

Vanessa se levantó de la cama y encendió la lámpara de su mesita de noche. Intentó no hacer ningún ruido, se puso las botas y se arregló el pelo en el espejo. Se había acostado vestida para no tardar demasiado tiempo en prepararse. Miró su reloj. Dentro de media hora se encontraría con él. Al pensarlo sintió una punzada de nervios en el estómago y volvió a mirarse en el espejo. ¿De verdad le iba a gustar? Tenía el pelo negro muy largo y unos ojos azules que eran la envidia de muchas chicas de su colegio, pero, al mirarse, volvió a odiar su cara de niña. Decidió dejar de pensar en eso, él decía que la quería y que no importaba la edad que ella tuviese. Además, él la había visto en foto y le había dicho que era muy guapa. Pero ¿y si se estaba riendo de ella? ¿Y si ni siquiera aparecía? Desterró aquellos pensamientos de su mente con un sentimiento de vergüenza. Tenía que confiar en él, no se merecía aquellas dudas.

Abrió la ventana de su habitación para salir por ella. Quizá debería dejarle una nota a su madre. Le había dicho a las nueve que se iba a la cama porque tenía dolor de cabeza, así que no entraría a molestarla. Esperaba volver antes de que nadie se diese cuenta, pero no le gustaría que se preocupase demasiado si la descubrían. Lo mejor sería dejar una nota y, si volvía antes de que nadie la leyese, la rompería y todo habría resultado perfecto. Cogió un papel y un bolígrafo de su escritorio y escribió varias frases. Dejó el papel en un sitio visible de su mesita de noche y salió por la ventana. Ocultándose en la sombra de los árboles del jardín, se deslizó como una fugitiva hacia la carretera, sintiendo su corazón latir tan fuerte que pensó que todo el vecindario iba a oírlo. Cuando su casa quedó atrás, se sintió liberada. Ahora sólo tenía que

llegar a la playa para que todos sus sueños empezaran a cumplirse. Una enorme sonrisa le iluminó la cara. Iba a ser una noche fantástica.

Cogieron sus cafés y volvieron a sentarse en la mesita del fondo. Eran las diez de la noche y no había mucha gente en el Capri, sólo otras tres personas tomando algo en la barra. Carlos sacó su libreta y empezó a comentar:

— Como me suponía, preguntar en el cine no sirvió de nada. Cada día pasan por allí cientos de críos, así que nadie se fijó en Bianca.

— Así que seguimos atascados, ¿no?

— Parece que sí, pero, de todos modos, seguiremos preguntando. Alguien tuvo que ver a Bianca subirse a ese coche.

— A no ser que no quedase con ella allí. Quizá Bianca sólo acudió al cine para hacer tiempo, para despistar a sus padres— Carlos la miró en silencio, esperando a que se explicase—. Imagina que había quedado con él a las diez de la noche. Para una niña de catorce años resultaría menos sospechoso decir que iba a salir a las siete para ir al cine con unas amigas. Después, cuando llegó la hora de la cita, Bianca fue hasta el lugar que habían acordado, seguramente un lugar solitario, donde nadie pudo verla subir al coche.

— Pues no me lo estás poniendo muy fácil, aunque la verdad es que tiene lógica. Si suponemos que Bianca conocía a su asesino, él podría haberle hecho acudir a donde más le conviniese— Carlos empezó a tomar notas en la libreta mientras iba hablando—. Teniendo en cuenta que no hemos podido encontrar una sola pista, deberíamos empezar a plantearnos que nuestro asesino es demasiado listo como para haber quedado con ella en un lugar público. Seguramente fue a buscarla en su coche y se la llevó al bosque. Pero

entonces no me cuadra lo del golpe en la cabeza. Si Bianca había quedado con él y estaba confiada, ¿para qué dejarla inconsciente?

— No sé, quizá ella no confiase tanto como para irse con él a un bosque, quizá descubrió algo en el asesino que la asustó... Tendremos que seguir investigando. ¿Qué tal está resultando la comparación de las fichas policiales?

Carlos negó con la cabeza mientras encendía un cigarrillo:

— Frustrante, llevamos una semana y no hemos conseguido nada. Mientras no tengamos más datos que nos permitan reducir el número de sospechosos, no va a dar ningún resultado. Te sorprendería saber la cantidad de degenerados que tenemos sueltos.

— Les echaré un vistazo mañana a ver si puedo reducir un poco la lista comparando sus delitos pasados con la forma de actuar de nuestro asesino— se ofreció Natalia.

— Mañana es sábado, ¿no libras?

— Sí, pero no me sirve de nada estar en casa dándole vueltas a esto.

Carlos se sorprendió. Pensaba que sólo a él le podía obsesionar tanto un caso. Después de todo, en él era normal porque se podía decir que no tenía vida aparte de su trabajo. ¿Pasaría lo mismo con Natalia? Apenas sabía nada de ella, pero tampoco le parecía que tuviesen la confianza suficiente como para preguntar. Quizá otro día, tampoco estaba de humor para investigar sobre nada más.

— Entonces mañana en comisaría. ¿Te llevo a casa?— le preguntó, acabando su café de un trago.

— No, gracias. Tengo el coche aparcado fuera.

Ella se levantó con gesto cansado y se puso el abrigo. No era la misma desde

que habían estado en casa de Bianca. Su agresividad, su frialdad, su cinismo, se habían extinguido. A él le había sucedido lo mismo cuando empezó a trabajar en homicidios. Se le pasaría con el tiempo, como a la mayoría de la gente. Llegaría a observar la crueldad humana como si su alma estuviese anestesiada, sintiendo la pena como una voz muy lejana que no se resignaba a morir del todo pero que tenía que permanecer oculta para permitirle seguir viviendo. Le habría gustado poner la mano en su hombro y decirle que todo estaría bien, que le encontrarían y pagaría por todo aquello, pero no lo hizo. Después de todo, tampoco estaba seguro de que aquello fuese a ser verdad y Natalia lo notaría, así que se limitó a salir en silencio del bar detrás de ella.

Empezó a andar hacia la salida de la playa, sin volverse una sola vez. No tenía valor para mirar lo que había hecho. Sabía que, si observaba los restos de Vanessa, ahora que la rabia había pasado y la adrenalina abandonaba su cuerpo, se quedaría allí llorando durante horas, incapaz de soportar la visión de aquello que minutos antes era una chica llena de vida y de sueños.

Miró alrededor, comprobando que nadie hubiese presenciado lo que había hecho. La playa estaba desierta. Había tenido mucha suerte. La noche estaba tranquila, en el cielo despejado brillaba una luna casi llena. Lo más probable era que, en muy poco tiempo, alguien apareciese para pasear por la orilla.

Apresuró sus pasos hacia el lugar en el que había dejado aparcado el coche. Su buena suerte continuó, no se cruzó con nadie en el camino al aparcamiento. Una vez allí abrió el maletero y dejó la mochila. A pesar del aire frío de la noche, se quitó también el abrigo. Estaba cubierto de sangre y, aunque con tan poca luz nadie advertiría las manchas a esa distancia, prefería no llevarlo encima. Se limpió las manos en él, con fuerza, hasta hacerse daño, tratando de borrar las manchas del todo. Era su sangre, la sangre de aquella niña...

Empezó a sollozar mientras restregaba las manos cada vez más fuerte. Le parecía que nunca desaparecerían.

Oyó el eco de unos pasos acercándose. No podía quedarse allí. Dentro de poco alguien descubriría el cuerpo de Vanessa y daría la alarma. Cerró el maletero y entró en el coche. Las lágrimas aun surgían imparables de sus ojos. Se las limpió con el dorso de la mano, apelando a toda su fuerza de voluntad para controlarse. Debía tranquilizarse, lo que había hecho podía parecer terrible, pero no lo era. Había tenido que suceder así, Vanessa lo había elegido. Arrancó el coche y se dirigió a la salida de la ciudad, intentando convencerse de que sólo había hecho lo que era justo, lo que su destino le había empujado a hacer. Sabía que, sin esos momentos en los que descargaba toda su culpa y su rabia en los cuerpos de aquellas chicas, enloquecería, se condenaría a vivir para siempre en un mundo de desesperación del que la única salida sería la muerte. Y todavía no podía morir. Aunque doliese, tenía que seguir adelante.

Natalia salió de la ducha y se puso unos vaqueros y una camiseta. Cepilló su pelo mojado, desenredándolo, intentando que su mirada no se cruzase demasiadas veces con los ojos de aquella chica del espejo que parecía tan cansada y triste. Decidió no secarse el pelo, no se sentía con fuerzas para nada. Salió del baño y entró en el salón. El silencio y la tenue luz le hicieron verlo como un lugar muerto, abandonado. Pensó en cocinar algo, pero la idea de cenar acompañada tan sólo por el sonido del televisor le pareció deprimente. Además, ni siquiera tenía hambre. Se recostó en el sofá y cogió sus papeles para echarles una ojeada, pero, al igual que en las cien veces anteriores, no pudo encontrar nada relevante. Se sintió frustrada, como si todas las esperanzas que había tenido al empezar todo aquello hubiesen huido,

dejándola llena de miedos. ¿Y si no podían encontrarle nunca? ¿Y si aquel espantoso asesinato quedaba sin venganza?

Se levantó, abrió su ventana y encendió un cigarrillo, mirando las calles de Bilbao. A aquellas horas la ciudad estaba silenciosa, sólo podía oírse de vez en cuando alguna sirena a lo lejos. Una ráfaga de aire frío le hizo tiritar, pero decidió quedarse un rato más allí, dejando que le despejase la cabeza. En ese momento sonó el teléfono:

— Diga.

— Natalia, soy Carlos. Te recojo en comisaría en treinta minutos.

— ¿En treinta minutos? Oye, estoy sin preparar, ¿adónde vamos?

— A Neguri. No sabes lo que me duele tener que decirte que tenías razón pero es así. Estamos detrás de un asesino en serie.

Aparcaron a la entrada de la playa y bajaron del coche. Al instante siguiente estaban rodeados por una multitud de periodistas que les cegaron con flashes y focos y les agobiaron con multitud de preguntas. Lo que faltaba, la prensa molestando. Carlos caminó entre ellos y cruzó el cordón policial, mirando al frente sin contestar nada. Con Natalia a su lado se dirigió hacia la orilla, donde un grupo de policías observaba la escena.

La playa aparecía desierta a no ser por aquel grupo. La noche estaba tranquila y en el cielo despejado, brillaba la luna. Carlos no pudo evitar pensar en lo agradable que tenía que ser aquella playa en cualquier otra situación. El viento era suave, el mar estaba en calma y las luces de las estrellas y de la luna se reflejaban en el agua que había quedado atrapada en un millar de charcos antes de que la marea se retirase, haciéndole pensar que caminaba por el cielo, que el mundo se había vuelto del revés. Y debía ser así si un lugar tan hermoso

podía convertirse en el escenario de aquel crimen.

Natalia se adelantó para inspeccionar el cadáver. Carlos se alejó, caminando hacia la orilla, y siguió contemplando el mar, dejando que la brisa le alborotase el pelo y que el rítmico sonido de las olas trajese un poco de paz a su alma. Al cabo de unos minutos, Natalia se acercó por detrás, le ofreció un cigarrillo y ambos se quedaron mirando el mar en silencio.

— Es él, ¿verdad?— preguntó por fin Carlos.

— Sí, mismo modo de actuar, mismo tipo de víctima... Es él— Natalia suspiró—. Sabíamos que iba a volver a atacar y no pudimos hacer nada por evitarlo... Ahora esa niña está muerta y seguimos sin poder hacer nada.

— No te desmoralices, lo conseguiremos. Sólo hay que seguir investigando— Carlos intentó consolarla, pero se dio cuenta de que su voz no sonaba tan confiada como le hubiese gustado—. Tarde o temprano encontraremos algo que nos conduzca a él, o cometerá un error y le cogemos.

— De eso estoy segura— dijo Natalia con la mirada perdida en el horizonte—. Lo único que me preocupa es cuántas veces más vamos a tener esta conversación antes de que eso suceda.

CAPÍTULO SEIS

Carlos estaba agotado. Había pasado toda la noche registrando la playa, intentando localizar alguna pista por pequeña que fuese. Al menos en eso el asesino no le daba mucho trabajo, no dejaba nada que pudiese investigar o analizar, no había nadie que le hubiese visto... Era como un fantasma, como un vampiro. Atraía a niñas que se suponía no se relacionaban con nadie y aparecían muertas sin que se supiese cómo. La frustración y el cansancio empezaban a causar estragos en su ánimo. Debería irse a dormir, pero sabía que no sería capaz. El asesino no iba a aguardar que ellos estuviesen preparados para buscar a su siguiente víctima. Además estaba esperando a que Natalia terminase su informe para ir los dos juntos a hablar con la madre de Vanessa, que se había mostrado dispuesta a contestar a sus preguntas ese mismo día. Cogió sus papeles y volvió a revisarlos para seguir sin encontrar nada. Releyó la nota de Vanessa, sintiendo rabia otra vez por haber llegado demasiado tarde:

He quedado en la playa con un amigo. No te preocupes, no me va a pasar nada, le conozco muy bien y es un chico fantástico. Sé que no lo entenderás y seguramente me castigarás durante años. No te escribo la nota para que me perdones, sólo quiero que no te preocupes. Volveré en una o dos horas. Besos.

Vanne

A las diez llamó Natalia, diciendo que ya había terminado su trabajo y que podía acompañarle a casa de Vanessa. Se sentaron en el coche y, antes de arrancar, él sacó cigarrillos para los dos y se quedó esperando a que le

comentara los resultados de la autopsia:

— No hay muchas cosas nuevas— respondió Natalia a la pregunta de sus ojos—. Esta vez sólo necesito un golpe en la cabeza, parece que va mejorando. Además el golpe fue realizado con algún objeto contundente que el asesino llevaba consigo y que tampoco hemos encontrado. Y no hay rasguños en las piernas de la víctima, así que supongo que no la trasladó, quedó con ella en el lugar en que iba a asesinarla. El asesinato de Bianca debió costarle tanto esfuerzo que ha decidido volverse más práctico. Por el momento tampoco hemos encontrado huellas, sangre ni semen... La verdad es que, o es muy listo o tiene una suerte asombrosa. La otra vez tardamos tres semanas en encontrar el cuerpo, con lo cual perdimos toda oportunidad de encontrar pistas...

— Sí, ya sé... y ahora subió la marea y lo borró todo— interrumpió Carlos con voz cansada—. Si hubiesen tardado un par de horas más en encontrarla, el mar podría incluso haberse llevado el cuerpo, con lo cual todo le habría salido redondo... ¿Y la manera de asesinarla?

— Todo igual. Amputación de las dos manos, herida de arma blanca en el corazón y extirpación de los globos oculares. Y como la otra vez ni las manos ni los ojos se encontraron en el lugar del crimen.

— Nuestros hombres ya han rastreado toda la zona donde se produjo el otro asesinato y no encontraron ni rastro de eso. ¿Qué crees que hace con ello?

— La verdad es que no lo sé. Puede hacer muchas cosas, depende de la patología que le impulse a cometer los crímenes... Puede que lo quemé, que lo guarde, que se lo coma...— aventuró Natalia.

Carlos no pudo reprimir la cara de asco:

— ¿Que se lo coma? Dios, ¿qué dices?

— Es sólo una hipótesis. Personalmente me inclino más por la idea de que los colecciona, una especie de trofeos.

— Pues podía jugar a fútbol y coleccionar copas. Nos daría menos trabajo.

Natalia le sonrió pero no había alegría en esa sonrisa, sólo cansancio:

— Creo que seguimos atascados. ¿Qué hacemos ahora?— le preguntó.

— Bueno, ahora iremos a casa de Vanessa a ver si podemos encontrar algo allí. Tengo una cita con su madre en media hora.

Natalia asintió conforme y Carlos arrancó el coche, rogando para que esta visita resultase productiva, para encontrar un mínimo indicio que probase que estaba siguiendo algo más tangible que una sombra.

— *Hola Susana, te he echado de menos. :-)*

— Hola Alex, yo también, Llevo una mañana horrible, solo me apetecía hablar contigo.

— *¿Qué ha pasado? ¿Algún problema?*

— Nada, he tenido bronca con mi madre. No quiere dejarme salir esta noche, que si sólo tengo quince años y todas esas pijadas.

— *Ya te entiendo, todos los padres son iguales. Parece que en el hospital les dan un manual sobre como amargar la vida de sus hijos...*

— Ya te digo, chaval... No sé cómo voy a convencerla de que no soy una cría. Estoy más harta...

— *Si quieres hablo yo con ella. Te conozco bien y le puedo jurar que eres una buena chica. :-)*

— Ja, ja, ja... no seas bobo. Si mi madre se entera de que me paso el día hablando con un chico mayor que yo, es capaz de prohibirme usar el ordenador.

— *Vale, pues no hablo con ella, pero yo podría decirle que tiene una hija maravillosa, muy madura y sensible, y que es la chica más simpática que he conocido nunca.*

— Gracias, tú siempre me haces sentir tan bien. Pareces la única persona de este mundo que me entiende.

— *Es fácil entenderte, sólo hay que escucharte... Y a mí me encanta escucharte.*

— A mí también me encanta hablar contigo, pero empiezo a estar un poco harta de esto. Me gustaría tanto poder estar cara a cara y hablar en persona. Esto está muy bien pero no es lo mismo, no me llena...

— *Vaya, vaya... ¿Y qué quieres decirme tú que no puedas decirme por ordenador?*

— Nada... Es sólo que me gustaría mucho conocerte.

— *¿Seguro que es sólo eso? No te estarás enamorando de mí, ¿verdad? :-)*

— Sabes que no es eso, pero tú eres mi mejor amigo y me resulta muy raro eso de no saber ni cómo es tu voz.

— *¡Qué pena! No estás enamorada de mí, con lo que a mí me gustas... Pues ahora no te digo la sorpresa que te tenía preparada...*

— ¿Qué sorpresa?

— *Nada, nada... No te la digo que no me quieres... :-P*

— Alex, por favor, no te cachondees de mí, ¿vale? Dime cuál es la sorpresa.

— *Nada, una tontería... Pensé que para ti yo era alguien importante y llevo tres semanas sin salir de casa para poder pasar un fin de semana en Muskiz. Creo que podría ir el sábado de la semana que viene.*

Susana saltó de alegría en la silla. Su sueño se estaba cumpliendo. Él quería venir a verla y además quería saber si podrían ser algo más que amigos. Se lo preguntaba con ese estilo suyo, medio en serio, medio en broma, que no comprometía a nada, seguramente porque él era tan tímido y sensible que le daba miedo que ella pudiera herirle, pero se lo estaba preguntando de todos modos. Y ella tenía que poder hacerle sentir tranquilo, tenía que conseguir que él se sincerase.

— *¿Susana? ¿Estás ahí?*

Respiró tres veces, intentando tranquilizarse, y volvió a escribir.

— Sí, estoy aquí. Es que me ha sorprendido tanto que vayas a venir tan pronto que no sabía qué decir.

— *Si no quieres que vaya, sólo tienes que decirlo. :-)*

— No, no... No es eso, es que **SI** quiero que vengas, no hay nada en el mundo que me pueda hacer más feliz.

— *¿Hablas en serio? Lo digo porque si me has mentido y tienes novio y vas a tener problemas porque yo vaya, o si en realidad eres un señor con barba de cincuenta tacos, me dices que no vaya y seguimos tan amigos.*

— Que no, que no te he mentado. Quiero que vengas, de verdad. Y si fuese un viejo te lo diría, ¿cómo iba a seguir engañándote?

— *Quizá yo preferiría seguir engañado.*

— No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

— *Que me he vuelto tan adicto a hablar con Susana que preferiría seguir engañado toda la vida a perderla, aunque fuese falsa.*

— Bufff, vaya... no sé qué decir. ¿Hablas en serio?

— *Totalmente en serio, y yo si sé qué decir, aunque quizá te rías de mí. Llevo semanas deseando decir esto y no puedo aguantarlo más. A lo mejor decides dejar de hablar conmigo o ya no quieres que vaya a verte cuando lo sepas, pero yo no podré vivir en paz hasta que haya dicho esto.*

— ¿Decirme qué? ¿Pasa algo malo? No me asustes, anda.

— *Está bien, ahí va... No sé si es algo malo o bueno, eso depende de ti. Lo que tengo que decirte es... que te quiero, que me he enamorado de ti como un imbécil y que no paro de pensar en ti ni un solo segundo.*

Se quedó paralizada delante del ordenador. Era aún mejor de lo que había imaginado. Nada de un "me gustas", o "¿quieres salir conmigo?". Le había dicho "te quiero". Él, el chico más sensible y atento del mundo, le había dicho que la quería. Tenía que estar soñando.

— *¿Susana? ¿Te has enfadado? Oye, si he dicho una bobada o te he molestado, lo olvidamos y ya está. No quiero perderte como amiga, al menos permíteme que tenga eso.*

— No, no es eso, tranquilo... es que... yo también te quiero.

Cuando la última frase de Susana apareció en la pantalla de su ordenador, se echó atrás en su silla, encendió un cigarrillo y cerró los ojos por unos segundos. Todo estaba resultando tan fácil... Casi le parecía que tenía menos valor. Apartó esos pensamientos de su mente, debería agradecerlo y no preocuparse. Daba igual si le resultaba fácil o difícil, tenía que seguir adelante. Dio otra calada a su cigarrillo y volvió al teclado para seguir tejiendo la delicada trampa.

La casa de Vanessa era un precioso chalet a la orilla de la playa, situado en la mejor zona de la ciudad. Estaba rodeado por una valla baja desde la que se podía ver un jardín bien cuidado en el que abundaban los rosales. La casa, de dos pisos, era de piedra blanca y en el tejado, de color azul, destacaban dos pequeñas torres. Carlos pensó que el jardín debía ser un sitio muy agradable para sentarse en las tardes de verano, a la sombra de los árboles. Pero aquel día todo parecía triste. El cielo estaba gris y una suave llovizna caía sin interrupción sobre los sauces. La verja estaba abierta, así que entraron y caminaron por un sendero de piedra blanca flanqueado de rosales hasta la puerta principal de la casa.

Les abrió una mujer alta y elegante, vestida de negro. A pesar de que debía rondar los cuarenta años, Carlos pensó que era muy atractiva. Les miró de arriba abajo con unos espléndidos aunque fríos ojos azules:

— ¿La policía?

— Sí, inspector Carlos Vega —le enseñó su placa y ella les dejó pasar—. Sentimos tener que molestarla en un momento como éste.

— No hay problema, lo mejor será acabar con esto cuanto antes. Síganme, por favor— la mujer les guió hacia un lujoso salón

Carlos se fijó en la decoración de aquel lugar: sillones de cuero, paredes paneladas con maderas nobles adornadas con tapices, un amplio ventanal con vistas al mar, antigüedades... No sabía mucho de aquellas cosas, pero estaba seguro de que no sería capaz de pagar el piano con su sueldo de un año. Y lo que también pensó es que ninguna niña podría ser feliz en un ambiente tan ordenado y elegante y con una madre capaz de mirar de aquella manera. La mujer les invitó a sentarse en uno de los sofás, mientras ella se sentaba en otro sillón, separada de ellos.

— Nos gustaría que nos contara todo lo que pueda recordar sobre las amistades de su hija, si conoció a alguien nuevo últimamente, si notó algún comportamiento extraño...— empezó a preguntar Carlos.

— Las únicas amistades de mi hija eran las otras niñas del colegio, nada de malas compañías o de andar por ahí con gente rara— contestó la mujer con voz serena—. Mi hija casi no salía de casa. Era una niña muy reservada y además tenía que estudiar sus lecciones de piano, así que estaba muy ocupada. Tenía un gran talento, habría llegado muy lejos.

El tono de la mujer era tan neutro que Carlos no pudo reprimir un escalofrío. Estaba sentada en su elegante sillón, vestida y maquillada de forma impecable, hablando de la muerte de su hija con la misma tranquilidad con la que se comportaría en una de sus reuniones sociales. Parecía claro que Vanessa había buscado en su asesino una vía de escape.

— En cuanto a si se comportaba de forma extraña — continuó la mujer —, la verdad es que llevaba una temporada bastante rara... Cantaba por los rincones, sonreía distraída... Una mujer se da cuenta enseguida de lo que significa eso, seguramente se había encaprichado de algún chico— le dirigió una mirada cómplice a Natalia, que asintió animándola a continuar.

— Pero el colegio al que asistía era sólo para chicas, ¿verdad?— preguntó Carlos.

— Sí, así que supuse que sería alguien que conocía a sus amigas e iba a esperarlas a la salida del colegio. Decidí controlar el tiempo que tardaba en volver de clase. En un cuarto de hora tenía que estar aquí y ella cumplía siempre, ni siquiera dio muestras de enfado por tener que volver pronto— continuó explicando la mujer.

— Entonces, ¿no sabe dónde pudo conocer al chico del que habla en su nota?— insistió Carlos.

— Sintiéndolo mucho, no voy a poder ayudarles. Mi hija no faltaba a ninguna clase, volvía a casa a la hora y no salía los fines de semana. Se podría decir que sus contactos sociales, aparte de la gente de su colegio, eran nulos.

— Muchas gracias. Es todo por el momento. Llámenos si recuerda cualquier cosa. ¿Ahora podríamos registrar su habitación?— pidió Carlos mientras se levantaba.

— Sí, claro, sin ningún problema. Si esperan un segundo, la chica les acompañará. Yo tengo que atender algunos compromisos.

Les tendió la mano y salió del salón. Carlos y Natalia se miraron extrañados.

— Si no fuese porque el culpable es el mismo hombre que mató a Bianca, esa mujer sería mi primer sospechoso. ¿Cómo puede ser tan fría?— susurró Carlos.

— No lo sé. Estoy segura de que mostraría más emoción si se cancelase su lección de squash— contestó Natalia con desprecio.

En ese momento una jovencita de uniforme abrió las puertas del salón y les pidió que la acompañaran. La siguieron por un amplio pasillo. La chica abrió la puerta de la habitación de Vanessa y se retiró dejándoles solos. La habitación era enorme. Había una gran cama, un escritorio de roble y muchas estanterías con libros y muñecas de porcelana.

— ¡Qué ordenado está esto! No parece la habitación de una chavala— dijo Carlos.

— Tienes que tener en cuenta que no limpiaba ella, pero estoy de acuerdo en que no parece el cuarto de una adolescente. Es como si hubiésemos vuelto al siglo XVIII.

— Al menos tiene ordenador. Parece que su madre no se oponía al progreso— al decir esto, Carlos se quedó parado en medio del dormitorio,

concentrándose.

— ¿Pasa algo?— preguntó Natalia.

— Bianca también tenía ordenador, ¿verdad?

— Creo recordar que sí. ¿Por qué?

— Dos chicas que no salían de su habitación, que en la calle no se relacionaban con nadie, ¿dónde podrían haber conocido a su asesino?— los ojos de Carlos brillaban, emocionados.

— ¡En Internet! ¡Dios, es verdad! ¿Cómo no nos hemos dado cuenta?— Natalia abrió la puerta de la habitación. La chica que les había guiado estaba en la esquina del pasillo, esperando por si necesitaban algo—. Venga aquí por favor, tenemos algunas preguntas.

La chica se acercó por el pasillo y entró en la habitación con la cabeza baja.

— ¿En qué puedo ayudarles?

— ¿Cuánto tiempo llevas trabajando en esta casa?— preguntó Carlos.

— Unos tres años— contestó la chica.

— ¿Tenías mucha relación con Vanessa?

La chica abrió la boca para contestar, pero no consiguió pronunciar ningún sonido. Se sentó en la cama, como si no aguantase más en pie, y empezó a sollozar, cubriéndose la cara con las manos. Natalia se sentó a su lado, poniendo una mano en su brazo, intentando tranquilizarla. Esperaron en silencio, hasta que la chica recuperó un poco el control y volvió a mirarles.

— Sí, bastante...— contestó entre hipidos— Hablábamos todos los días. Yo solía ordenar su habitación cuando ella estaba dentro, para poder acompañarla un rato. Me parecía que estaba tan sola... Pobre niña... Y ahora esto...

Volvió a llorar. Carlos sintió tener que seguir presionándola con preguntas, aunque se alegró de que alguien en aquella casa hubiese sentido algo por Vanessa. Esperó a que se calmase de nuevo y siguió preguntando, en un tono más suave.

— Si quieres, podemos hablar otro día,... Perdona, ¿me has dicho cómo te llamas?

— Amaia— contestó ella, levantando la cabeza—. No hace falta que vengan otro día... Estoy bien.

— ¿Estás segura? Comprendo que esto sea duro para ti— dijo Carlos.

— En serio... Pregúnteme lo que necesite. Lo único que quiero es que atrapen al que le hizo eso y que pague por ello... Pobre niña...— las lágrimas volvieron a resbalar por sus mejillas, pero consiguió controlarse.

— Está bien. ¿Sabes si Vanessa se conectaba a Internet?

La chica asintió, mientras sacaba un pañuelo de su bolsillo para secarse la cara. Por el estado del pañuelo se veía que lo había usado muchas veces ese día.

— ¿Y sabes para qué lo utilizaba?

— Su madre pensaba que sólo lo usaba para estudiar, pero ella me enseñó una vez que hablaba con gente de todo el mundo. Parecía divertido, aunque no lo entendí muy bien.

— ¿Sabes si hablaba con alguien en especial?— insistió Carlos— ¿Te hablo alguna vez de algún amigo que hubiese conocido a través de Internet?

Amaia negó con la cabeza. Natalia se levantó y encendió el ordenador. Esperaron unos segundos, mientras se ponía en funcionamiento.

— ¿Encuentras algo?— preguntó Carlos.

— Nada, ni siquiera sé por dónde empezar a buscar. Siempre he sido malísima con estos trastos. Antipatía mecánica, ya sabes. ¿Y tú?— dijo Natalia, con la mirada clavada en la pantalla.

— No tengo ni idea, estoy muy mayor para empezar a manejar cosas de esas.

— ¿Entonces qué hacemos?

— Roberto sabrá de eso. Mañana haremos que revise el ordenador de Vanessa y el de Bianca. Ahora será mejor que nos vayamos, se va haciendo tarde.

Salieron de la habitación precedidos de la chica. Al llegar a la puerta, Natalia le tocó el hombro para que ella se girara.

— ¿Sabes si Vanessa escribía algún diario o si tenía una agenda con teléfonos?

— Un diario, no. Estoy segura porque yo ordenaba su habitación y lo habría encontrado, pero una agenda sí que tenía. Esperen un momento.

Se alejó de nuevo por el pasillo y volvió al de pocos minutos con una elegante agenda de cuero negro.

— Bien, nos llevamos esto y lo devolveremos mañana— dijo Carlos, guardándola—. Sólo una cosa más. Me gustaría hablar con el padre de Vanessa, quizá él se fijase más en su hija.

— No creo que vaya a sacar nada de él. Los señores están separados y el señor vive en Nueva York. Hace dos años que no viene a visitar a su hija, creo que por no ver a la señora— un destello de desprecio apareció en sus ojos. Estaba claro que no le tenía gran aprecio a su jefa—. De todos modos, si quiere hablar con él, llegará mañana por la tarde para asistir al funeral.

— Muchas gracias por todo, Amaia. Haremos todo lo que esté en nuestra mano para coger al culpable, puedes estar segura— dijo Carlos, tendiéndole su tarjeta—. Si recuerdas cualquier cosa, no dudes en llamarme. Dile a la señora que pasaremos mañana por la mañana, por si sus numerosas ocupaciones no le impidiesen atendernos. Y gracias otra vez por contestarnos. La chica asintió mientras cogía la tarjeta y cerró la puerta detrás de ellos. Empezaron a andar hacia el coche en silencio.

— Pobre chica— habló por fin Carlos—. Me revuelve el estómago pensar que es a la madre a quien todo el mundo le dará el pésame en el funeral.

— Bueno, que la madre no demuestre sus sentimientos, no significa que no los tenga— dijo Natalia—. Seguro que por dentro se encuentra fatal.

— Por favor, Natalia... He visto piedras con más sensibilidad. Su hija no le importaba una mierda. Si le hubiese hecho más caso, quizá Vanessa estaría viva.

— No podemos echarle la culpa a ella. Podía ser muy mala madre, pero no fue ella quien le clavó un cuchillo en el corazón— le corrigió Natalia. Carlos aceleró sus pasos, separándose de Natalia. Estaba furioso con aquella mujer y le molestaba que Natalia no le comprendiese y se pusiese de su parte. Natalia le alcanzó al llegar al coche.

— ¿Se puede saber qué te pasa ahora?— le preguntó, mientras abría su puerta— Si tanto crees que es culpa suya, quizá deberíamos ir a detenerla y cerrar el caso.

— ¿A qué viene esa gilipollez?— le preguntó Carlos, enfadado.

— A que no deberías olvidar que esto es un trabajo. No debes tomártelo como algo personal— le contestó ella.

— Pues claro que es algo personal... Puede que a su madre no le importe, pero a mí me duele no haber podido salvarla. Me duele cada lágrima de Amaia y la desesperación de los padres de Bianca, y la tristeza de sus compañeras de clase...— Carlos se sentó al volante, con la mirada perdida en el infinito— Y si tú no puedes entenderlo, no creo que vayas a poder ayudarme con esto.

Natalia no contestó, se limitó a girar la cabeza y mirar por la ventanilla. Carlos arrancó y condujo hacia la autopista. Al cabo de unos segundos, apartó la vista de la carretera y miró de reojo a Natalia. Estaba cabizbaja y unas lágrimas contenidas brillaban en sus ojos. Carlos se dio cuenta, sin que ella dijese una sola palabra, de que le entendía mejor de lo que él habría imaginado, que sólo le había dicho aquello para tranquilizarle, para tratar de protegerle de todo ese dolor. Apartó una mano del volante para colocarla encima de la de ella y, cuando Natalia levantó la cabeza, sonrió comprensivo.

— Estaba contigo en la habitación de Bianca, ¿recuerdas? Sé lo que sentiste allí porque yo sentí lo mismo. Y sé que también te sientes mal por la muerte de Vanessa. ¿Por qué me pides que sea insensible si a ti también te duele?

Ella asintió, dándole la razón, y volvió a dirigir la mirada hacia la ventanilla. Carlos apartó la mano para seguir conduciendo, fingiendo que no veía como Natalia se secaba con disimulo las lágrimas que escapaban de sus ojos.

CAPÍTULO SIETE

Roberto salió de casa de sus padres y se dirigió hacia el coche. La tradicional comida en familia de los domingos se había alargado más de lo habitual. Ya empezaba a anochecer. Se sentó al volante y arrancó, en dirección a su casa, disfrutando por anticipado de la sensación de tranquilidad que tendría al llegar.

Se había pasado toda la tarde ausente, aburrido. Nunca le habían divertido esas reuniones familiares, rodeado por sus hermanos y sus mujeres y un montón de chiquillos ruidosos. Pero esa tarde había sido aun peor, su mente había vuelto al caso una y otra vez, impidiéndole relajarse.

El silencio del coche le tranquilizó, permitiendo que empezase a poner en orden sus pensamientos. Llevaba enfadado desde esa mañana, desde el mismo momento en que, al descolgar el teléfono, había escuchado la voz de Carlos al otro lado. Como siempre, había conseguido sacarle de quicio con sólo unas frases. ¿Quién se creía que era para decirle que cambiase su domingo libre por acompañarle a recoger unos ordenadores?

Se había negado, obligando a Carlos a que lo postergase todo hasta el día siguiente, poniendo como excusa la reunión en casa de sus padres. La verdad era que habría preferido estar en cualquier otro sitio, pero no con Carlos. Y además, le había gustado dejarle en su lugar, hacerle ver que él no era una marioneta que pudiese manejar a su antojo.

Entonces, ¿por qué seguía inquieto? ¿Por qué esa llamada llevaba todo el día dando vueltas en su cabeza? Enseguida se dio cuenta de la razón. Le molestaba que Carlos hubiese descubierto que el asesino contactaba con las chicas a través de Internet. Si al mirar los ordenadores de las chicas descubrían la

identidad del asesino, la gloria sería para Carlos. A no ser que él se adelantase... Siguió conduciendo y, en vez de tomar la salida de la autopista que le llevaría a casa, siguió adelante, en dirección a la central. Si tan sólo tuviese un poco de suerte...

Cuando llegó, se dirigió a la sala de archivos. Estaba casi vacía, así que se sentó en uno de los escritorios desocupados y abrió el programa de búsquedas en el ordenador. Introdujo los datos que sospechaban del asesino: su sexo, su rango de edad, la zona geográfica y una posible detención por delitos sexuales. Después añadió la última variable de la que Carlos le había hablado, Internet, e inició la búsqueda. Mientras el ordenador comparaba los datos siguió rogando para que la suerte le sonriese esta vez, para que le permitiese adelantarse a Carlos. Si pudiese presentarle a Aguirre una lista reducida de posibles sospechosos en la que estuviese el nombre del asesino, Carlos podría protestar lo que quisiera diciendo que la idea había sido suya. Nadie le creería.

El ordenador terminó y le mostró el resultado de la búsqueda. Roberto se quedó mirándolo unos segundos, incapaz de creer en su buena fortuna. Una sola ficha aparecía en la pantalla. Leyó todos los datos, sonriendo al ver que cada uno de ellos confirmaba que acaba de dar con el asesino.

El despertador sonó muy lejano, como en un sueño. Por un momento, Carlos intentó ignorarlo metiendo la cabeza debajo de la almohada pero fue inútil. Entreabrió los ojos y miró el reloj. No estaba equivocado, ya eran las siete. En los últimos días no había podido dormir bien y, para una vez que lo conseguía, parecía como si solo hubiese pasado media hora desde que se había acostado. Se levantó y fue a la ducha para intentar despejarse. Después de cinco minutos bajo el agua, empezó a resucitar. Pensándolo bien, debería

sentirse más contento y optimista. Parecía que por fin el asesino había dejado un rastro, que iba a dejar de ser un fantasma para perfilarse como un ser real al que se pudiese atrapar.

Se sentó en la cocina a tomarse un café cargado mientras se fumaba el primer cigarrillo del día. Una lluvia débil golpeaba los cristales de la ventana, invitando a quedarse en casa. Apartó las cortinas para mirar afuera. El cielo estaba cubierto de nubes grises. Por la calle se veían pasar paraguas y los primeros coches. Pensó que, si no se daba prisa, ese escaso tráfico se convertiría en un atasco que haría imposible atravesar Bilbao. Después de abstraerse durante unos segundos más mirando las gotas en los miles de charcos de la calle, dejó caer la cortina y volvió a sentarse para acabar el café.

Los días de lluvia le ponían siempre triste. Sabía desde hacía años que un día como ése no podía traer nada bueno. A pesar de que parecía que por fin iban a poder avanzar algo en la investigación, no conseguía sentirse bien. Sonrió con amargura. Si tanto odiaba los días lluviosos, debería haberse planteado cambiar de ciudad hacia años. Bilbao podía ser muy deprimente en días nublados.

Además, esa lluvia débil le recordaba a Ana. Intentó no pensar en ella encendiendo la radio, pero fue inútil. Una vez que el mecanismo de su mente empezó a funcionar, ya no pudo pararlo. Empezó a recordar aquel día, cinco años atrás, en que volvió a casa y encontró su nota.

Volvió a verse en el aeropuerto, mirando como el avión en el que ella se marchaba iba haciéndose más pequeño hasta desaparecer, sintiendo la lluvia caer sobre él y maldiciéndose por no haberse atrevido a decirle nada mientras ella embarcaba, por haberse quedado mirándola escondido entre la gente. Ahora todo eso había pasado. Ella estaba casada con otro y tenía un hijo y en

sus postales de Navidad parecía feliz. No solía permitirse pensar en ello pero, en días como aquel, la lluvia le recordaba el aeropuerto y él volvía a preguntarse que habría pasado si le hubiese dicho algo.

Apagó el cigarrillo. Pensar en eso no serviría de nada. Lo mejor sería concentrarse en el trabajo y olvidar que no tenía una vida de verdad. Se dirigió a la habitación a vestirse. No todo tenía que salir mal en un día gris, Natalia le estaría esperando con Roberto para ir a mirar los ordenadores. Su hombre estaba más cerca de lo que había estado nunca.

Salió de casa y cruzó la calle corriendo bajo la lluvia, que en aquellos momentos era más fuerte. Para cuando llegó a su coche ya estaba empapado. La gente que pasaba con paraguas no parecía mucho más afortunada. El viento soplaba con fuerza, haciendo que la lluvia cambiase de dirección y que el paraguas se convirtiese en un enemigo con el que había que luchar a brazo partido. Vaya mierda de tiempo, si pudiese volver a la cama y quedarse allí hasta que llegase el verano...

Su coche se internó en las calles de Bilbao, dirigiéndose al centro. En pocos minutos se encontró sumergido en un atasco, rodeado por el estruendo de cientos de coches. La fila en la que se encontraba Carlos no se había movido un centímetro en los últimos minutos, poniendo a prueba su paciencia. Después de mirar durante un rato los altos edificios grises, decidió encender la radio para entretenerse un poco. Una estúpida cancioncita de moda empezó a sonar. ¿Es que ya nadie hacía buena música? Cuando acabó la canción, el reloj de la emisora dio las ocho. Estupendo, ya llegaba tarde. En ese momento la voz de la locutora empezó a retransmitir las últimas noticias locales.

"Según noticias de última hora, empieza a hacerse la luz en los casos de los misteriosos asesinatos de las adolescentes Bianca Rodríguez y Vanessa Lozano, cuyos cuerpos sin vida aparecieron en las pasadas semanas. A pesar

de que, desde fuentes oficiales, no hemos podido encontrar confirmación, los últimos rumores apuntan a que la policía detuvo la noche pasada a un sospechoso que en estos momentos estaría siendo interrogado. Les mantendremos informados de cualquier avance que se produzca en la resolución de estos crímenes..."

La chica siguió hablando sobre una nueva subida en los precios de los carburantes, pero Carlos ya no la escuchaba. ¿Un sospechoso detenido? Pero si él era el que llevaba el caso, tenía que haber un error. Empezó a hacer sonar el claxon de su coche e intentó colarse en la fila de al lado que, por alguna misteriosa razón, sí se movía, provocando con ello la ira de algunos conductores.

No podían haber encontrado al asesino, era imposible... Si él era el que más detalles tenía del caso y estaba perdido... Quizá se había entregado él mismo... Aquello sería una bendición, no más niñas asesinadas, no más noches sin dormir. Recordó que Natalia le había comentado esa posibilidad en una de sus últimas conversaciones, explicándole que a veces los asesinos en serie sienten una gran culpabilidad por sus crímenes pero no pueden contener sus impulsos, así que acaban dejando pistas para ser atrapados o entregándose ellos mismos. Recordó que mientras Natalia se lo contaba, con aquel aire suyo tan intelectual, él la había mirado sonriendo con cinismo y pensando "ya puedes soñar lo que quieras, guapa, pero apuesto lo que sea a que para nosotros no va a resultar tan fácil". ¿Otra vez Natalia teniendo razón en algo? El mundo se había vuelto del revés si ella le estaba dando tantas vueltas en un trabajo en el que él llevaba catorce años. En ese momento sonó su móvil. Natalia, por supuesto. Debía llamar dispuesta a regodearse de cómo había acertado otra vez. La fila de coches en la que había conseguido colarse con tanto esfuerzo llevaba parada más de dos minutos, mientras que aquella en la que había estado, avanzaba ahora sin ningún problema... Siempre pasaba lo mismo, le

hacía a uno pensar en un dios cuya misión era sacar a la humanidad de quicio y arrastrarla al suicidio colectivo. Ya sabía que aquel no iba a ser su día, así que, suspirando, contestó al teléfono:

— Soy Carlos, dime.

— ¿Le has pillado anoche sin mí? ¿Cómo puedes ser tan cabrón?— Carlos se sobresaltó al oírla. ¿Así que la fría reina de las nieves tenía vocabulario?— Pensé que estábamos juntos en esto, que estabas contento con la forma en que estábamos colaborando e incluso que no eras tan ogro como parecías en un primer momento pero ya veo que me equivoqué. Sí, claro que me equivoqué. Eres igual que todos los demás, te da miedo que alguien pueda quitarte la gloria, y si es una mujer aún más, ¿verdad?

Lo que le faltaba, aguantar el discurso feminista de una histérica a esas horas de la mañana... La voz de Natalia había ido subiendo de volumen a cada palabra llegando a hacerse insoportable. Parecía que no habría nada capaz de pararla, así que dejó el teléfono móvil en el asiento de al lado y siguió conduciendo. Su fila había aprovechado el momento en el que él se había distraído para empezar a moverse, así que tuvo que volver a aguantar los furiosos pitidos de varios conductores. Desde el asiento contiguo seguía llegándole el murmullo de la voz de Natalia. ¿Es que esa chica no se cansaba nunca?

La fila volvió a pararse. Se distrajo observando cómo la gente que caminaba por la calle peleaba con sus paraguas, que habían decidido que su sentido de la vida era estar al revés en el momento en que más llovía. De repente se dio cuenta de que el torrente de palabras de Natalia parecía haber amainado, así que volvió a coger el teléfono.

— ¿Has escuchado algo de lo que te he dicho?— preguntó ella.

— Pues la verdad es que no. No tengo muchas ganas de escuchar

tonterías a estas horas de la mañana. Antes de que me grites de nuevo, escucha una cosa— por el teléfono le llegó el sonido de Natalia tomando aire para volver a atacar, así que calculo que disponía de unos cinco segundos antes de que ella empezase de nuevo—. Yo no he tenido nada que ver con la detención. Ni siquiera sé quién es el tipo, ni cómo le han detenido, ni si es nuestro hombre o no. Tengo tanta idea como tú acerca de qué va todo esto.

— Pero, ¿cómo que no tienes ni idea?— Natalia parecía confusa— Carlos, el caso es tuyo...

— Eso díselo al asesino que no ha tenido la gentileza de venir a entregármeme en persona... A lo mejor no le habían informado de quien estaba encargado del caso o también puede ser que los asesinos no tengan educación.

— Perdona por todo lo que te he dicho.

— No tiene importancia, ya te he dicho que no te he escuchado— esta vez oyó un resoplido de desesperación al otro lado de la línea—. Estoy llegando, hablamos en la central, ¿vale?

— Perfecto, estoy ahí en diez minutos.

— Bien, pero tengo que avisarte de que llegas tarde.

— Tú también, Carlos.

— Ya, pero yo soy un inspector y puedo permitírmelo. Si me haces mucho la pelota, igual puedo conseguir que no te abran expediente— bromeó él.

— Por mí puedes abrirme expediente con el mismo Satanás.

— Pues empieza a temblar porque es colega mío.

— De eso no tenía ninguna duda— esta vez le llegó el sonido de su risa—. Oye, te dejo. Hablar por móvil mientras conduces es ilegal.

— Bah, no para un poli... Ventajas de estar en el bando de los buenos. Hasta ahora.

Después de unos interminables minutos más llego al Sagrado Corazón y cruzó el Puente del palacio Euskalduna. A partir de ahí, el tráfico se hizo algo más fluido. Tardó un cuarto de hora en llegar y encontrar aparcamiento. Natalia ya estaba en la puerta. La saludó con un gesto de la cabeza y sin una palabra se dirigieron hacia el despacho del sargento Aguirre. Carlos avanzaba deprisa, conteniéndose para no echar a correr. No podía evitar que miles de emociones contradictorias invadiesen su mente. Iba a ver la cara del fantasma, podría mirarle a los ojos, hablar con él, preguntarle por qué... Le intrigaba de verdad la causa de todo aquello, no lograba imaginarse que podía pasar por la cabeza de alguien capaz de cometer ese tipo de actos... ¿Qué se le podía decir a una persona así, a alguien que creía estar por encima del bien y del mal tal y como lo conocían el resto de los humanos? Se sentía nervioso, inseguro, pero sobre todo se sentía aliviado. Aquel tipo iba a dejar de ser asunto suyo en cuestión de horas y, a pesar de que no lo había atrapado él, saber que todo se había acabado era el mejor premio para sus esfuerzos.

Llamó a la puerta de la oficina y abrió. Roberto se encontraba allí, sentado enfrente de Aguirre.

— Carlos, te estaba esperando... Pasad y sentaos. Usted debe ser la nueva forense, la señorita...

— Egaña, Natalia Egaña...

— Bien, entonces ya estamos todos— Aguirre esperó unos segundos a que los dos se hubiesen sentado antes de continuar—. Veo que los rumores acerca de que los dos estáis trabajando juntos se confirman.

Natalia asintió, orgullosa. El ceño de Aguirre se frunció un poco más antes de que siguiera hablando.

— ¿Y puedo saber con qué autorización está usted entrometiéndose en una investigación oficial?

La sonrisa se borró del rostro de Natalia. Se quedó unos segundos callada, paseando la mirada del sargento a Carlos.

— Bueno..., no se puede decir que haya estado entrometiéndome. He estado colaborando con el inspector Vega, ayudándole con las implicaciones psicológicas del caso.

— Ya tenemos gente en esta central que puede encargarse de eso y Carlos lo sabe. Y, aunque hubiese sido usted necesaria para esa cuestión, no estaba autorizada a pasearse por las casas de las víctimas.

— Yo le pedí que me acompañara, pensé que sería mejor llevar a otra persona. Ya sabes, por si a mí se me escapaba algo— intervino Carlos.

Aguirre asintió en silencio, como si recapacitara sobre las palabras de Carlos.

— Tienes razón, cuatro ojos ven más que dos— volvió a callar durante unos segundos—. Lo que no me acaba de quedar claro entonces es para qué cojones te he asignado yo un compañero de investigación.

Carlos desvió su mirada hacia Roberto, que había permanecido en silencio desde que habían entrado. Sonreía triunfal.

— Supongo que te habrás dado cuenta de que Roberto y yo no nos llevamos muy bien. Nos ha sido imposible trabajar juntos.

— Carlos, joder... No vienes aquí a hacer amistades. Esto es un trabajo, y muy serio además. Creí que después de tantos años eras consciente de eso— el volumen de la voz de Aguirre se elevaba cada vez más.

— Eso ya lo sé. Pero no es sólo que no me caiga bien. Es imposible trabajar con él, no sigue ninguna de mis indicaciones...

— Es que no es tu subordinado. Es tu compañero. Os puse juntos porque tú tenías experiencia y él ha recibido formación en áreas de la investigación que tú no conoces. Deberíais haber colaborado y tú no has querido poner nada de tu parte desde el primer día.

— Él tampoco— se defendió Carlos, sintiéndose como un niño nada más pronunciar esas palabras.

— Eso no es lo que dice Roberto. Éste es el informe sobre la investigación que él me ha pasado, en el que se reflejan las quejas que tiene sobre tu conducta— le pasó unos folios a Carlos para que pudiese observarlos—. Como puedes ver ahí, Roberto te acusa de haberle apartado de la investigación y de no haber ido informándole del desarrollo de la misma.

Carlos levantó los ojos de los papeles para clavar una mirada envenenada en Roberto.

— Carlos, sabes que lo que digo ahí es cierto— se defendió éste—. No me has informado en ningún momento de lo que estabas haciendo. Me he presentado en la casa de las víctimas después de que tú y tu amiguita ya les hubieseis interrogado. Me has hecho quedar en ridículo por toda Vizcaya.

— Yo tampoco he recibido ningún mensaje tuyo avisándome que ibas a ir, así que estamos en paz. Quizá deberías darte más prisa la próxima vez— contestó Carlos.

— Joder, esto no es una carrera— estalló Aguirre, golpeando la mesa con el puño—. ¿Qué impresión crees que está dando la Ertzantza gracias a vosotros dos? ¿Qué confianza pueden tener los familiares de las víctimas en que vayamos a resolver esta investigación si no somos capaces de coordinar a

los dos agentes encargados del caso?

Carlos se mantuvo en silencio, mirando al suelo. No sabía cómo había llegado a esa situación, como había pasado a ser el malo de la película. Roberto se había negado a colaborar con él desde el principio, era individualista y mal compañero. En ningún momento se había acercado a preguntarle a Carlos cómo iba la investigación o cómo podrían coordinarse y ahora había conseguido que pareciese que toda la culpa era suya.

— Y además tenemos el hecho de que tú y la señorita Egaña no habéis conseguido descubrir nada, mientras que Roberto, a pesar de todas las dificultades que ha encontrado en la investigación, ya nos ha proporcionado el nombre de un sospechoso— esperó unos segundos por si Carlos o Natalia querían rebatirle algo antes de proseguir—. Por eso les sugiero que, a partir de ahora, dejen sus relaciones personales para sus horas de ocio.

— Carlos y yo no mantenemos ningún tipo de relación. Estábamos trabajando— protestó Natalia, indignada.

— Me alegro, así les dolerá menos tener que separarse. A partir de ahora cada uno de ustedes se dedicará a las funciones que tiene asignadas. No quiero enterarme de que siguen dando paseítos por ahí.

— Pero eso no es justo. Estábamos avanzando— le interrumpió Natalia.

— Pues yo no lo he visto. Y, aunque lo hubiesen hecho, me daría lo mismo. Por esta vez no voy a emprender acciones disciplinarias contra ustedes, pero no seré tan magnánimo si algo así vuelve a suceder. Supongo que no le gustaría que una expulsión del cuerpo manchase su espléndido currículum, ¿verdad?— volvió a hacer una pausa, dejándole a Natalia tiempo para contestar— Bien, si no tiene nada más que decir, le sugiero que vuelva a su puesto de trabajo.

Natalia se levantó sin decir una palabra y salió del despacho sin mirarles siquiera, con la cabeza muy alta. Cuando hubo cerrado la puerta, Aguirre se volvió de nuevo hacia Carlos y le pasó otro fajo de papeles.

— Ésta es la información de la que disponemos de la persona detenida esta mañana. Quiero que vayas a interrogarle.

— Pero si la detención ha sido cosa mía— protestó Roberto—. Debería ser yo quien le interrogase.

— Perdona, pero Carlos tiene mucha más experiencia que tú, así que será él quien le interrogue. No creo que estés preparado para enfrentarte a algo así.

— Pero si nunca me deja probar, nunca estaré preparado.

— Lo siento, pero no voy a permitir que hagas tus prácticas con un asesino que tiene en vilo a toda la provincia— se volvió hacia Carlos que ojeaba el informe del detenido—. ¿Qué te parece?

— Veamos, Agustín Guevara, veintiún años... Estudiante de cuarto de informática en la Universidad de Deusto... Residente en Sestao. Detenido por presunta corrupción de menores en agosto del dos mil, puesto en libertad sin cargos, ningún otro antecedente...— Carlos levantó la vista de los papeles y miró a Aguirre con cinismo— Pues no sé si felicitaros... ¿Esto es todo lo que tenemos contra él? Hemos detenido a un tío porque hace año y medio se le acusó de corromper a una menor, lo cual no pudo demostrarse. Aguirre, por favor, si con unas pruebas así uno puede ser acusado de asesinato, tendríamos que detener a la mitad de la población de Vizcaya.

— No fue una menor, fueron dos... y, si miras bien los papeles, verás que el medio utilizado para contactar con esas chicas fue Internet, lo cual coincide con la hipótesis que Roberto ha presentado— Carlos se giró hacia

Roberto, que desvió la mirada. Decidió no decir nada. Aguirre no iba a creerle si le contaba ahora que aquella idea había sido suya—. Mira, no sé si el tipo es el que buscamos, de eso tienes que encargarte tú. Y espero que vuestra rivalidad no te impida discernir si el sospechoso es culpable o no. Necesitamos resultados. La prensa se pasa el día agobiándome, la población está asustada y los políticos están metiendo las narices en esto, lo cual está empezando a ponerme muy nervioso y te aseguro que, si me pongo nervioso de verdad, vosotros dos tampoco vais a estar a gusto, ¿entendido?

— Está bien, está bien... Voy a interrogarle y espero que hayáis acertado.

— Yo también, pero, si no es así, vais a tener que seguir trabajando en el caso y quiero que lo hagáis como un equipo y que os comportéis como profesionales.

Carlos miró a Roberto, que asintió obediente, fiel a su papel de niño bueno. Decidió intentarlo otra vez, no podía soportar la idea de tener que aguantarle un solo día más.

— Aguirre, por favor. Ya te he dicho que no funcionamos como equipo. ¿No podrías cambiarme de compañero?

— ¿Te interesa seguir en esta investigación?— Carlos asintió— Bien, pues Roberto está asignado a ella, así que trabajas con él o no trabajas. ¿He hablado claro?

Carlos volvió a asentir, se levantó y abandonó el despacho. Roberto salió detrás de él, pero Carlos aceleró el paso. No tenía ganas de hablarle en aquel momento. Lo último que necesitaba era protagonizar una pelea a puñetazos delante de la puerta del sargento. Se dirigió hacia la zona de las salas de interrogatorios, pensando que no podía salir nada bueno de todo aquello. ¿Cómo iba a poder trabajar con Roberto sabiendo lo traidor que podía llegar a

ser? Rogó con todas sus fuerzas para que el detenido fuese culpable, a pesar de que, si resultaba ser el asesino, él quedaría como un incompetente que podía ser superado con facilidad por un novato con un ordenador.

Preguntó por la habitación en la que se encontraba el sospechoso y entró. A la amarillenta luz de una bombilla se encontraba un joven poco aseado y con aspecto cansado. En cuanto Carlos le miró a los ojos, supo que sus ruegos no iban a ser contestados.

CAPÍTULO OCHO

Cuando Carlos cerró la puerta el chico volvió a mirar la mesa a la que estaba sentado como si no hubiese visto algo tan interesante en toda su vida, así que Carlos pudo observarle con detenimiento. Tenía el pelo castaño oscuro y lo llevaba muy largo. La ropa que vestía, toda ella de color negro, correspondía a una persona mucho más grande que él, pero aun así se adivinaba que estaba muy delgado. El chico levantó la vista de la mesa y se ajustó las gafas. Si se le miraba bien, el chaval no era feo. Facciones delgadas, labios gruesos y unos ojos enormes: carita de crío. Cuanto más le miraba, menos pensaba que podía estar ante el asesino, a pesar de que todo parecía coincidir. Era pequeño y con poca fuerza física y aparentaba menos edad de la que tenía, lo cual le podría venir muy bien para engatusar a crías de catorce o quince años.

— Y bien...— dijo el chico— ¿Piensa quedarse ahí mirándome hasta que me aburra tanto que confiese todo lo que se supone que tengo que confesar? Es una técnica muy innovadora, pero no sé si les va a funcionar...

— Vaya, así que aún nos quedan ganas de cachondeo, ¿eh?— Carlos se sentó en la silla de enfrente y desplegó el informe— ¿Agustín Guevara?

— Claro, solo faltaría que se hubiesen confundido. ¿Y usted es?

— Carlos Vega— se aclaró la garganta y le miró—. Vamos a ver si dejamos claras un par de cosas para que todo esto se pueda hacer rapidito, que no tengo todo el día...

— Pues en eso estoy de acuerdo porque, no se ofenda, pero este sitio es un antro...— miró a Carlos y, ante la cara de pocos amigos de éste, volvió a callar.

— Bien, pues ya que pensamos lo mismo, ahora voy a preguntarle unas cuantas cosas y usted me va a contestar con sinceridad y lo más clara y brevemente posible— continuó Carlos.

— Oiga, ¿y qué hay de eso de "tiene usted derecho a un abogado" y todas esas pijadas?

— ¿Necesita usted uno? Si quiere, podemos asignarle uno de oficio.

— La verdad es que paso. Yo no he hecho nada, así que no creo que lo necesite. Ni siquiera sé de qué me están acusando. Si veo que la cosa se pone chungueta, puedo pedir uno luego, ¿no?— preguntó el chico, echándose hacia atrás en la silla.

— Claro, por eso no se preocupe— le tranquilizó Carlos—. Empecemos, ¿recuerdas lo que estuviste haciendo el domingo dos de septiembre entre las nueve de la noche y la una?

— Eh, parece usted un poli de verdad, de los de las pelis, ya sabe...

— Soy un poli de verdad— la cara de Carlos expresaba que las palabras del chico no le estaban haciendo la más mínima gracia.

— Vale, vale, perdone... Déjeme que piense...— el chico cerró los ojos unos segundos, concentrándose— Eso fue hace cuatro fines de semana... Ah, ya me acuerdo... Tenía que hacer un trabajo para una tía de mi clase, Lorena. Tendría que verla, la tía está buenísima, de veras, pero todo lo que tiene de guapa lo tiene de tonta, así que me suele pedir que le haga los trabajos y se los pase a ordenador. La tía está forrada, ya sabe, una pijilla de esas y a mí me vienen bien las pelis... Si fuese a tener alguna oportunidad, se los haría gratis, pero no soy imbécil y ya sé que no voy a poder tener nada con ella en la vida, así que le suelo cobrar unas diez mil pelillas por trabajo...

— ¿Puedo saber a qué viene todo esto?— Carlos empezaba a

preguntarse si el término "brevemente" tenía algún significado para el chaval.

— Joder, pues lo que le decía— contestó el chico, molesto por la interrupción—. El otro día viene Lorena a mi casa, por cierto, llevaba una minifalda acojonante, y me dice, cuatro días antes de la fecha de entrega que a ver si le puedo hacer el trabajo de Informática Teórica para que se pueda presentar al examen de septiembre. Yo, claro, le dije que no, que tenía que hacer también el mío y que me lo tendría que haber dicho antes y ella va y cruza las piernas y me echa una sonrisa capaz de derretir a cualquiera y entonces yo le digo que vale, como un imbécil, pero eso sí, le digo que le va a costar quince mil pelas y que es la última vez que me avisa con tan poco tiempo...

Carlos se apoyó en la mesa y encendió un cigarrillo. Parecía que aquello iba para largo.

— ¿Me da uno? Es que se me ha acabado el tabaco y los tíos de la puerta no me han dejado salir a comprar más— bromeó el chico. Carlos le tendió un cigarrillo y se lo encendió—. Bueno, pues como le decía, me ofrecí a hacer yo el trabajo, pero le avise que no iba a estar hasta el domingo ese del que me está hablando...

— El dos de septiembre.

— Sí, ése, el día anterior al examen— asintió el chico—. Bueno, pues estuve toda la tarde haciendo el trabajo y Lorena llamándome cada hora o así y diciéndome que a ver cuándo iba a estar. Al final me tuve que poner borde y decirle que ya la avisaría yo y entonces va la tía y me dice que a ver si creo que no tiene más que hacer un domingo que esperar a que yo la llame... Aquello me jodió, ¿sabe? Porque después de todo yo era el que le estaba haciendo un favor y llevaba toda la tarde currando como un desgraciado en vez de estudiar para lo mío y encima va la tía y se me pone chula porque

tendría que ir al club de golf o alguna pijada por el estilo, así que le dije que hiciese lo que se le pusiese en el culo y le colgué. Ahí la tía se acojonó porque si no presentaba el trabajo estaba suspendida automáticamente y ya no podría presentarse hasta el año siguiente y habría perdido una convocatoria, así que me volvió a llamar pidiéndome perdón con voz muy dulce y explicándome que me había tratado así porque estaba muy nerviosa por los exámenes. Normal, como que las ha dejado todas la muy imbécil... Bueno, pues eso, la tuve rogando durante un rato y al final le dije que estaba bien porque, después de todo, ya tenía el trabajo casi acabado y las quince mil pelass las necesitaba para una grabadora nueva para el ordenador, pero le dije que tenía que venir a buscarlo ella a mi casa. Me dejó trabajar tranquilo una horita más y luego la llame sobre las once y media y le dije que viniese a buscarlo y va la tía y me llama al portero al de media hora y me dice que se lo baje y cuando bajó, pensando que quizá podríamos ir a tomarnos algo, me la encuentro sentada en un coche acojonante al lado de un pijo de mierda que conducía y la tía baja la ventanilla, pilla el trabajo, me lo paga y se pira, sin darme las gracias ni nada... Joder, es que no se digno ni a bajarse del coche, ni a preguntarme si me había costado mucho... Pero bueno, que se joda porque yo las quince mil pelass me las he quedado y ella, a pesar de tener buena nota en el trabajo, porque eso sí, el trabajo que le hice era cojonudo, ha pncado el examen teórico y ya veremos quién se lo hace el año que viene porque yo paso...

— Vale, vale... Ya te he entendido— Carlos se frotó los ojos mientras intentaba que su mente procesase la enorme cantidad de datos que aquel chaval era capaz de soltar en segundos—. Bien, veamos, ¿quién puede probar lo que dices?

— Pues la chica, Lorena Saiz Álvarez, va a mi clase y vive en Algorta. Y el tío que iba con ella también me vio, pero no tengo ni idea de quién era. Ella sabrá.

— ¿Y antes de eso? Aparte de las llamadas de teléfono que Lorena estuvo haciendo, ¿tienes algo más para confirmar que estuviste en casa toda la tarde?

— Bueno, estaba mi madre, pero supongo que eso no les vale porque una madre siempre protege a sus hijos, o eso se supone. No sé si vi a alguien más en toda la tarde, aunque si me da unos segundos— el chico se calló durante unos momentos, lo cual fue un autentico regalo para Carlos—. Ya sé, vino la vecina del segundo, Amelia creo que se llama. Me acuerdo porque le abrí yo la puerta, así que ella también se acordara de mí, supongo. Bueno, la señora traía un cabreo increíble, algo acerca de que la del tercero había colgado la ropa chorreando lejía y le había pringado todo. Decía que la iba a matar y que le iba a sacar los ojos. Estuvo chillando durante unos quince minutos y mi madre calmándola y diciendo que no hiciese una locura. La verdad es que no sé cómo mi madre la sigue escuchando porque todas las semanas viene una o dos veces con lo mismo y luego no mata a nadie. Estuve aguantando los gritos sin poder concentrarme hasta que la señora se calmó. Luego estuvo hablando con mi madre de los cotilleos del barrio alrededor de una hora y se marchó.

— Está bien, mandaré comprobar esos datos. ¿Puedes contarme brevemente donde estuviste el viernes veintiocho de septiembre entre las nueve y las doce?— preguntó Carlos, recalcando la palabra “brevemente”.

— Eso fue este viernes pasado... Sí, claro que me acuerdo. Quede con dos amigos para ir a casa de uno de ellos. Quedamos a eso de las ocho, pedimos unas pizzas y estuvimos viendo "El episodio Uno".

— ¿El episodio uno de qué?

— Hombre, de "La guerra de las galaxias". ¿Es que usted no es de este planeta?— Carlos le sonrió para darle a entender que le había comprendido,

lo que fue suficiente para que el chaval se lanzase de nuevo— Bueno, pues eso... Mi colega se acaba de comprar un DVD y le ha puesto un conjunto de altavoces acojonante y parece que estás dentro de la peli. Lo quería estrenar así que nos invito a su casa. De verdad le aconsejo que se compre un cacharro de esos. Mi colega tiene también una pantalla gigante de esas planas y es igualito que estar en el cine. Me pasé toda la película alucinando. Este fin de semana vamos a alquilar “Matrix” porque eso sí que tiene que ser una autentica pasada— Carlos carraspeó para conseguir que volviese al mundo real—. Bueno, a lo que iba, estuvimos viendo la película hasta las once o así y luego hablando un poco. Después le estuve arreglando ciertos problemillas que tenía con el ordenador a mi colega y a eso de la una me fui para casa. Ah, sus viejos también estaban en casa por si quiere preguntarle a alguien más.

— ¿Puedes decirme el nombre de tus "colegas"?

— Claro, el dueño de la casa era Rubén Palacios... No me sé el segundo apellido y eso que somos amigos de toda la vida. Vive en el portal de al lado de mi casa, en el quinto. El muy capullo no tiene ascensor y no sabe lo que jode cuando uno tiene que subir en verano, sobre todo con lo que yo fumo... Por cierto, ¿me podría dar otro cigarrillo?— Carlos le tendió el paquete y el mechero y esperó a que continuase hablando— El otro chaval se llama Joseba Martín y va también a mi clase.

— Está bien, es todo lo que necesito saber por ahora— la verdad es que la sola idea de hacerle más preguntas le daba escalofríos. Nunca había interrogado a alguien tan colaborador—. Espera aquí mientras mando que comprueban los datos. Puedes quedarte con el tabaco.

El chico le sonrió agradecido. Carlos se dirigió hacia la puerta pero entonces se le ocurrió otra pregunta:

— Oye, sólo por curiosidad... ¿Por qué te detuvieron la otra vez?

— Ah, sí... Pensé que ya me había librado de aquello... Bueno, me detuvieron por hacer cyber con una cría de dieciséis años.

— ¿Cyber? Perdona, pero no sé lo que es.

— Bueno, es hablar de sexo en un chat— la cara de Carlos volvió a demostrar que entendería más al chaval si le hablase en alemán—. Será mejor que se siente un momento.

Carlos se sentó y el chico suspiró antes de empezar, como si hablar de aquel tema le desagradase.

— ¿Sabe lo que es un ordenador? ¿Internet?

— Sí, hasta ahí llego, pero poco más.

— Bien, pues hay programas que sirven para hablar con gente de todo el mundo a través de Internet. Tú mandas mensajes a gente que no te conoce y, si ellos quieren, podéis hablar más y haceros colegas. Una conversación en Internet es un chat, para que nos entendamos. ¿Me sigue hasta aquí?

— Claro, no te preocupes. Si me pierdo, te aviso.

— Bueno, pues en los chats la gente habla de muchas cosas y una de ellas es de sexo. Eso es el cyber. Te pones a describir una relación sexual con la persona con la que hablas y la persona colabora.

— ¿Cómo una línea erótica?— le preguntó, intentando entender.

— Parecido, pero escrito... Bueno, esto es gratis y la gente no es profesional, se hace por divertirse— le explicó el chico.

— Me parece una chorrada. Es como hablar de comida cuando se tiene hambre— comentó Carlos.

— Podríamos decir que lo es, sobre todo porque, como tienes que escribir todo el rato, tienes las manos ocupadas. Ya me entiende...— Carlos no

pudo evitar sonreír al advertir que el chaval había enrojecido.

— Vale, vale, ya he entendido lo básico... Puedes seguir.

— Bueno, la cosa es que yo hablaba con dos chicas que eran amigas. Ellas me habían dicho que tenían dieciocho y yo me lo creí. Con una de ellas hablaba solo como amigo, pero con la otra... Bueno, éramos como novios por ordenador y hacíamos cyber de vez en cuando... La verdad es que, para tener dieciséis años, la chavala sabía latín... Bueno, la cosa es que su padre descubrió los chats grabados y me denunció y los padres de la otra chica también, como si yo hubiese estado pervirtiendo a sus hijas o violándolas o qué sé yo. Me detuvieron, pero los abogados de los padres debieron decirles que ese tipo de delitos no estaba tipificado todavía y que iba a ser muy difícil conseguir algo, así que al final retiraron los cargos. Pensé que estaba todo olvidado. ¿Me han vuelto a detener por eso?

— No, la verdad es que es un asunto mucho más feo, pero tú no te preocupes— respondió Carlos mientras se levantaba—. Volveré lo antes posible.

CAPÍTULO NUEVE

— Hola, Alex. ¿Qué tal, mi vida?

— *Esperándote pero ya veo que has estado muy entretenida como para acordarte de mí... :*(*

— No seas bobo. Claro que me he acordado, si he venido lo más pronto que he podido.

— *¿Las seis y cuarto es lo más pronto que has podido? ¿Se puede saber que tenías que hacer que fuese tan importante como para tenerme esperando sin mandar siquiera un mensaje para avisar que llegarías tarde?*

— He estado dando una vuelta con unas amigas, pero tampoco he tardado tanto, ¿no?

— *Te vuelvo a repetir que son las seis y cuarto. Llevo conectado desde las cinco, con la esperanza de que llegases pronto. No sé por qué fui tan tonto como para imaginar que tendrías ganas de hablar conmigo.*

— Claro que tenía ganas, pero no me di cuenta de la hora que era y me quedé hablando un rato más. ¿Es que no tengo derecho?

— *No quiero discutir, Susana. Es sólo que no te tengo cerca y la espera me pone muy nervioso. Me da miedo que puedas encontrar a alguien de carne y hueso allí. Después de todo, yo soy sólo unas letras en una pantalla de ordenador. No puedo competir con alguien de verdad.*

— No te preocupes, Alex. Si encontrase a alguien, te lo diría, yo no jugaría contigo,

— *Debe ser que te quiero demasiado. Lo siento. Menos mal que la*

espera acaba el viernes que viene. ¡Por fin nos vamos a ver! ¿No estás nerviosa? Yo llevo dos días durmiendo fatal.

— Tengo algo que decirte sobre eso... Es que el sábado es el cumpleaños de mi abuela y nos ha invitado a pasar el fin de semana en Santander. He intentado convencer a mis padres de que me dejen quedarme aquí, pero es imposible. Tuvimos una bronca ayer...

— *Vale, ahora empieza la fase de las excusas. El fin de semana que viene es el cumpleaños de tu abuela, al siguiente se te habrá muerto un primo lejano, al otro tendrás que llevar a tu perro al veterinario... Ya entiendo.*

— Oye, que es verdad... ¿Por qué iba a mentirte? Sólo te estoy diciendo que lo retrasemos una semana. Tampoco te estoy pidiendo tanto. Y te juro que lo he intentado todo. Yo también tengo muchas ganas de verte, cari. :-*

— *Vale, vale... Hablaré con mi tía y supongo que no tendrá ningún problema porque vaya la semana que viene en vez de esta. Sólo espero que no me vuelvas a hacer quedar mal.*

— No te preocupes. Será la semana que viene, te lo prometo. Tengo tantas ganas de verte...

— *Y yo... tengo un montón de planes para hacer contigo.*

— ¿De verdad? ¿Cómo qué?

— *Es una sorpresa, ya lo veras. Te aseguro que no habrá otro fin de semana en tu vida que pueda superarlo.*

Siguieron hablando hasta que Susana tuvo que marcharse. Cambió su cuenta de ICQ a modo invisible de manera que, si Susana volvía, pensara que ya se

había marchado y para que, en caso de que alguna de las otras chicas entrara, no se dieran cuenta de que estaba. Necesitaba pensar. ¿Cómo podía haberle fallado Susana? Lo tenía ya todo planeado: el sitio, la hora, la manera de hacerlo... Además, le preocupaba la sensación, cada vez más apremiante, de que Susana se le escapaba. La notaba fría, independiente... Aquello hizo que su furia creciese aun más. Había sabido desde el principio que ella no era como las demás: era mayor, tenía amigos, era popular. Una presa difícil. Por eso se había empeñado más en ella. Cuanto más le costase, el sacrificio tendría más valor. Pero no podía soportar la sensación, que no había tenido con ninguna de las otras chicas, de que estaba perdiendo el control, de que Susana tenía una vida aparte de sus conversaciones y que esa vida le importaba más. Quizá por esos miedos, había decidido adelantar la fecha del encuentro, pero parecía que se había precipitado. Susana no estaba preparada todavía, no lo deseaba con todas sus fuerzas. Tendría que darle más tiempo.

Se recostó en la silla y encendió un cigarrillo, intentando tranquilizarse. Ya que Susana había conseguido retrasar el momento, tendría que encontrar alguna otra solución. Debía encontrar a alguien que la sustituyese. Los sacrificios no podían dejar de realizarse. Empezó a repasar su lista de contactos, descartando a las que todavía no iban a aceptar una cita. Y entonces sonrió. Perfecto. Patricia acababa de conectarse. ¿Cómo no había pensado en ella? Tan inocente, tan enamorada... Sin esperar ni un segundo más le mando un cariñoso mensaje de bienvenida.

Carlos entró en su oficina, cerró la puerta y se sentó tras la mesa. Debía esperar la confirmación de las coartadas del chico. Estaba nervioso, enfadado. La conversación que habían mantenido con Aguirre daba vueltas y vueltas en su cabeza, produciéndole deseos de matar a Roberto o mandar toda la

investigación a la mierda. Empezó a ordenar todos sus apuntes sobre el caso, en un intento de mantener ocupada su mente durante unos minutos, releendo algunos párrafos con la esperanza de encontrar algo que se le pudiese haber escapado, pero, como siempre, no encontró nada. Un montón de años de servicio, decenas de casos resueltos y en este no sabía ni por dónde empezar. Y encima tenía que aguantar los delirios de grandeza del gilipollas de Roberto que creía que podía resolver ese rompecabezas pegándole a cuatro teclas.

Se recostó en la silla y siguió mirando las hojas, intentando ordenar los datos. Resopló desesperado. ¿Qué datos iba a ordenar si no había? Lo único que sabía era que unas niñas que jamás se habían metido en líos desaparecían en compañía de un fantasma. Un argumento mediocre para una película de terror, de esas de las que ni te acuerdas una vez que empiezan los títulos de crédito. La diferencia era que al ver esas películas nadie se plantea cómo debe sentirse el policía encargado de interrogar a una familia destrozada, ni cómo debe ser no poder dormir por la noche porque cada vez que cierras los ojos las caras de esas niñas aparecen en tu mente y porque no puedes parar de pensar que dentro de poco nuevas imágenes vendrán a añadirse a tu colección de pesadillas. Carlos sí lo sabía... Demasiado bien, por desgracia. Y encima Aguirre le venía con esas chorradas de que la prensa y los políticos querían resultados. Joder, ninguno de ellos podía estar tan interesado en obtenerlos como él mismo pero no habría manera de conseguirlos con tanta gente metiendo las narices.

Sabía que la investigación no podría salir adelante si Roberto y él tenían que colaborar. Estarían demasiado ocupados en sacarse los ojos como para ver algo. Y además seguía confiando en el equipo que formaba con Natalia. No podía permitir que, sólo por el capricho de Aguirre de que ellos dos trabajasen juntos, la investigación se estancase. Había demasiado en juego. Miró el teléfono, planteándose si debía llamar a Natalia. No sabía cómo se

sentiría ella después de lo que Aguirre le había dicho. Después de todo, ella sólo se había metido en la investigación para conseguir un rápido ascenso en su carrera. Era muy posible que, ahora que sabía lo que arriesgaba, no quisiera oír una sola palabra acerca de continuar en contra de los deseos de Aguirre. Sin embargo, el recuerdo de la mirada de Natalia en las habitaciones de las víctimas le trajo algo de esperanza. Sin esperar un segundo más para no darse tiempo a considerar el lío en el que se estaba metiendo, descolgó el auricular.

— Diga.

— Natalia, soy Carlos.

— Carlos, menos mal. Estaba histérica por no saber qué tal te había ido. ¿Está todo bien?— A Carlos le pareció percibir verdadera preocupación en su voz.

— Prefiero no hablar de eso aquí si no te importa. ¿Podrías dejar a tus pacientes un ratito y venir a tomar un café?

— Claro, no creo que vayan a ir a ningún sitio. Además tú eres un poquito más entretenido— bromeó ella.

— Parece que seguimos tan adorables como siempre, ¿eh?— Carlos intentó imprimir un tono de alegría a su voz. Después de todo, ella sólo intentaba animarle.

— Meto unas muestras en la nevera y estoy ahí en cinco minutos— la contestación de Natalia sonó muy seria, mostrándole que no podía engañarla ni por un segundo. Y entonces su voz cambió, se hizo aún más suave, casi protectora, lo más cercano a una caricia que podía sentirse a través de un hilo telefónico—. Carlos, confió en lo que decidas. Sé que harás que todo salga bien.

Por unos breves segundos sintió que todo se le venía encima: la presión de los últimos días, las noches sin dormir, la culpabilidad por no conseguir avances, las palabras de Aguirre, la traición de Roberto... Pero lo que más parecía pesar en ese momento era la confianza de Natalia, una persona a la que casi no conocía pero que parecía dispuesta a seguirle a través de esa pesadilla sin medir las consecuencias. Y por unos breves segundos deseó con toda su alma que ella estuviese allí y que le abrazara como si fuese un niño, deseó poder deshacer con lágrimas el nudo que en esos momentos le atenazaba la garganta y poder decirle que él no estaba en absoluto seguro de que todo fuese a salir bien, que de hecho consideraba que nada en su vida en lo que él se hubiese metido había salido bien... Deseó poder decirle lo solo que se sentía, poder hablarle de su sensación de perpetuo fracaso, de su inseguridad, de lo duro que era mantener esa fachada de frialdad. Deseó poder contarle que lo único que le mantenía vivo era la absoluta certeza de que en su trabajo era muy bueno y que ese maldito caso empezaba a crear las primeras brechas en esa muralla... Y sobre todo deseó poder levantar la mirada después de hablar de todo eso y encontrar en sus ojos comprensión y no pena. Pero sólo fueron unos segundos y ella ni siquiera estaba allí, así que consiguió controlar su voz para despedirse. Colgó el teléfono y salió del despacho para preguntar si ya habían contrastado las coartadas del chico.

Recogió en la barra su vodka y se sentó en la mesa del fondo. Por el cristal de la cafetería vio acercarse a Natalia. Carlos tomó aire con fuerza, intentando desterrar el abatimiento. Se moriría si ella supiese cómo se había sentido. Toda la confianza que Natalia tenía en él se desvanecería y necesitaba que ella quisiera seguir trabajando a su lado, sabía que juntos podrían conseguirlo. Y, aunque no quisiera reconocerlo, llevaba años necesitando que alguien confiase en él como ella lo hacía. Natalia se acercó a la mesa y él le sonrió, borrando todo rastro de preocupación de su rostro y de su mente.

— Hola. ¿Qué tal te ha ido con la fiera?

— Creo que el chico es inocente...

— No, si me refería a Aguirre.

— Tranquila, se cómo manejarle— Carlos la miró con expresión seria, señalando una silla enfrente de la suya—. Natalia, siéntate, por favor. Tengo que hablar contigo de algo muy importante.

Natalia se quitó el abrigo, pidió un café desde la mesa y se sentó.

— ¿Qué es lo que pasa? ¿Vas a tener problemas por mi culpa?

— No, no te preocupes... No es por ti por lo que Aguirre estaba enfadado. Está obsesionado con la idea de que Roberto y yo formaríamos un gran equipo y no hay manera de sacarle esa idea de la cabeza. Me ha dicho que, o trabajamos juntos, o dejo el caso.

— ¿Y qué vas a hacer?— preguntó Natalia preocupada.

— Lo más sensato sería escucharle, lo que supondría dejarte fuera del caso. Sería muy arriesgado continuar investigando por nuestra cuenta en contra de sus órdenes— la miró, intentando adivinar qué pensaba ella—. Si nos descubriesen, los dos podríamos acabar en la calle.

— Eso ya lo sé, pero es una pena que tengamos que dejarlo. Sigo pensando que podría haber funcionado— le interrumpió Natalia—. Creo que nuestras hipótesis eran buenas y que, si hubiésemos seguido trabajando, le habríamos atrapado.

— Yo también lo pienso. Por eso quería hablar contigo. No pienso colaborar con Roberto, al menos no más de lo necesario para mantener tranquilo a Aguirre. La vida de no sabemos cuántas niñas puede estar en peligro y no voy a permitir que la investigación se eternice sólo porque

Roberto no sabe trabajar en equipo.

— ¿Y qué piensas hacer? ¿Cómo vas a llevar el caso solo?

— No estaba pensando en llevarlo solo. Estaba pensando en que siguiésemos juntos, como hasta ahora. Claro que eso también depende de ti. No puedo prometerte un ascenso si al final esto sale bien y, si sale mal y nos descubren, tendríamos que empezar a buscar otro trabajo. No voy a intentar convencerte, depende sólo de tu decisión y, sea cual sea, la respetaré.

Natalia desvió la mirada y se mantuvo en silencio durante unos segundos, removiendo el azúcar del café que el camarero había colocado delante de ella. Carlos se sintió culpable por estar empujándola a una situación que podía resultar peligrosa y que, en realidad, sólo le concernía a él. Quizá debería decirle que lo dejara, ser razonable e intentar llevar la investigación como le ordenaban. Se planteó que tal vez se estaba comportando como un niño malcriado y hasta qué punto esa rabieta podía afectar sus vidas. No tenía derecho a meter a Natalia en aquello.

— ¿Estás seguro de que no hay ninguna manera de que Aguirre comprenda que nuestro método es mejor y cambie de idea?— preguntó Natalia.

— No, Aguirre no va a aceptarlo.

— Tiene que haber alguna manera de convencer a Aguirre, de hacérselo ver... Quizá si vas a hablar con él mañana, cuando esté más tranquilo.

— Natalia, no funcionará. Conozco a Aguirre y sé cómo piensa... Pero es que además hay otros factores que hacen que ésta sea la única manera.

— ¿Qué factores?

— Lo que ha pasado con Roberto, por ejemplo... Me hace plantearme en quién puedo confiar y en quién no... Me da la impresión de que estoy

rodeado de trepas que sólo están esperando que yo falle para subir. Y necesito confiar en mi equipo para resolver esto. No puedo concentrarme en el caso si tengo que estar cuidando de que no me apuñalen por la espalda— Carlos suspiró, resignado—. Pero ya te he dicho que no voy a presionarte. Comprendo que no quieras hacerlo sin la aprobación de Aguirre.

Natalia volvió a concentrarse en revolver su café, esquivando de nuevo su mirada. Carlos se mantuvo también en silencio, intentando enterrar su frustración para poder consolarla. Seguro que ella se sentía culpable, que consideraba que le estaba dejando tirado. Debía tranquilizarla, decirle que realmente aquel problema era sólo suyo. Natalia respiró con fuerza, levantó la mirada y sonrió.

— Bien, si no hay otra manera, seguiremos adelante en contra de todo el mundo. No llevo lo suficiente en este puesto para haberle cogido cariño.

Carlos sabía que mentía, que para Natalia una carta de despido debía ser el equivalente al fin del mundo, pero eso hacía que el gesto de ella tuviese muchísimo más valor. Le sonrió mientras le agarraba la mano con suavidad:

— Gracias, no esperaba menos de ti— la miró a los ojos y durante un breve momento sintió que por ella podría olvidar sus promesas de no permitir que otra mujer volviese a hacerle daño.

— Esto..., bueno..., no es nada...— Natalia había enrojecido y aprovechó la excusa de sacar el paquete de tabaco para retirar la mano. Durante unos segundos pareció perdida, como si ese día se hubiese dejado la profesionalidad en casa—. ¿Y cómo vamos a continuar la investigación? Roberto era el único que sabía algo de ordenadores.

— Sí, bueno...— Carlos tomó un trago de su vodka para recuperar la compostura— He estado pensando en formar un grupo de investigación completo, apartado de los politiqueos de comisaría. Yo aportaré mi

experiencia como investigador y toda la información que pueda conseguir en la investigación "oficial". Tú aportarás todos los datos que puedan conseguirse en el laboratorio forense y tus conocimientos sobre psicología criminal. Eso nos hace ser un equipo con bastantes posibilidades, pero, como bien decías, seguimos cojos en algo que es imprescindible en este caso: los ordenadores.

— ¿Y cómo lo vamos a arreglar?

— No podemos pedir ayuda a nadie que trabaje en la central porque correríamos el peligro de que Roberto o Aguirre se enterasen del curso de nuestras investigaciones. Y tú y yo no podemos hacerlo. Sinceramente, no me veo con ganas de apuntarme a un cursillo acelerado de informática. Por eso he pensado en invitar a alguien más a nuestra pequeña fiesta.

— ¿Quién?

— El sospechoso que han detenido hoy— la boca de Natalia se abrió tanto que Carlos no pudo reprimir la risa—. No me mires así, mujer. He hablado con él y estoy seguro de que es inocente. Y sabe de ordenadores. Está estudiando informática y, además, por lo que me ha dicho, debe ser bueno.

— Ah, ¿pero ya se lo has propuesto?

— No, pero me lo ha dicho igual que otras mil cosas que tampoco le había preguntado. Ése es el único fallo que le veo: no hay manera de callarle. Pero no se me ocurre otra opción. No conozco a nadie más que pueda hacerlo. ¿Y tú?

— Tampoco... ¿Estás seguro de que aceptará?

— Sí, sólo hay que ofrecerle algo de dinero... Ése es otro de los riesgos de este plan. Si conseguimos atrapar al culpable, quizá podamos hacer que la policía lo pague, hay presupuesto destinado a colaboradores, pero si no,

tendremos que ponerlo de nuestro bolsillo y eso sí que sería una faena.

— Bueno, mejor lo vemos como otra motivación para cogerle. Bien, estoy de acuerdo en todo... Espero que tengas razón y que ésta sea la manera de hacerlo— Natalia suspiró con aire de preocupación—. ¿Qué hacemos ahora?

— Estoy esperando a que me llamen de comisaría confirmándome las coartadas del chico. En cuanto le suelten, iremos a hablar con él.

— Bien, entonces sólo queda un pequeño detalle.

— ¿Cuál?

— Bueno, antes has hablado de "tu equipo" y, creo que dado que yo voy a aportar una cantidad tan importante de datos a la investigación deberíamos empezar a llamarlo "mi equipo" porque yo he tenido que estudiar durante un montón de años para tener esos conocimientos mientras que tú... Bueno, tú sólo eres un policía.

La expresión de Carlos se quedó congelada hasta que Natalia soltó una carcajada.

— Dios, que cara has puesto. Es tan fácil tomarte el pelo.

Carlos no pudo evitar una media sonrisa:

— Mira, Natalia... Si no fuese un caballero, te mandarían a la mierda.

— No mientas. Si no sabrías qué hacer sin mí.

Carlos tomó otro trago de vodka para acallar la voz en su interior que le advertía que lo que ella acababa de decir tenía muchas probabilidades de convertirse en realidad.

CAPÍTULO DIEZ

Gus se levantó de la silla y dio unas vueltas por la sala por enésima vez en la última media hora. Hacía ya muchísimo rato que el policía con él que había estado hablando se había marchado. Le había parecido un tipo majo ese tal Carlos y había pensado que le sacaría de ahí enseguida, pero, por lo visto, tenía cosas más importantes de las que preocuparse. Al menos le había dejado tabaco, pero, con lo nervioso que estaba, no le duraría una hora más.

Y encima ni siquiera sabía de qué le estaban acusando. Si hubiese sabido que esas chicas le iban a dar tantos problemas... Se sentó de nuevo y apoyó la cabeza en las manos. ¡Vaya follón! A ver cómo le explicaba a su madre que un coche de policía había ido a buscar a su hijo por segunda vez. A estas horas lo sabría todo el barrio y todas las vecinas le estarían calentando la cabeza a su madre. Gus miró de nuevo su reloj. La una y media. Seguro que tampoco se acordaban de traerle algo de comer.

En ese momento se abrió la puerta y entró un policía de uniforme.

— Venga, chaval. Estás libre. Te puedes largar.

Gus se levantó y salió. Aquello era lo mejor de la policía, sus modales. Nada de "Lo sentimos, señor Guevara. Todo ha sido una lamentable confusión", nada de explicaciones o disculpas. Tan sólo le decían que se podía largar y encima esperarían que estuviese agradecido.

Salió a la calle y se puso la chaqueta. Perfecto, además llovía, un día redondo. Metió la mano en el bolsillo y contó las monedas que llevaba. Tenía el dinero justo para coger el tren, así que ya podía olvidarse de comprar tabaco. Pensó que debería entrar de nuevo en comisaría y decirles que, ya que le habían

llevado allí en uno de sus preciosos coches, deberían ser tan amables de devolverle a su casa y, de paso, hablar con su madre para que no lo matara. Aunque, desde luego, las vecinas hablarían mucho más si volviese a llegar escoltado. Metió las manos en los bolsillos y empezó a andar hacia la estación. En ese momento, un coche frenó a su lado, con la buena puntería de salpicarle los pantalones. Levantó la cabeza, dispuesto a acordarse de toda la familia del conductor, y reconoció al policía con el que había estado hablando:

— ¿Agustín Guevara, verdad? Oye, perdona por lo del agua. No he visto el charco.

— No pasa nada. Hay días que es mejor quedarse en la cama. Claro que hoy ustedes no me han dejado— contestó intentando quitarle importancia. Después de todo, lo único que quería era volver a casa.

— No te preocupes. Les diré que la próxima vez te pregunten si te viene bien.

— No es que no me caigan ustedes simpáticos— dijo Gus mientras comenzaba a andar—, pero preferiría no tener que volver a verles.

Carlos le sonrió y le señaló el interior del coche con la cabeza:

— Anda, sube que no está el día para ir andando. Te llevamos a casa.

Gus lo pensó un segundo. Después de todo no era un coche oficial, así que no tendría que preocuparse por su madre. Además este policía parecía majo y la minifalda de la chica que se sentaba a su lado merecía una inspección más exhaustiva, así que entró por la puerta trasera y se sentó, apoyando los brazos en los asientos delanteros.

— Vives en Sestao, ¿verdad?— le preguntó Carlos mientras arrancaba.

— Sí. Oye, muchas gracias por sacarme. Hasta que hablé contigo pensé

que iba a tirarme ahí días. Nadie me decía nada.

Carlos se incorporó al tráfico, que seguía tan infernal como por la mañana.

— No ha sido nada, la verdad es que no deberían haberte arrestado. Éste es mi caso y no se me informó de que habían encontrado un sospechoso, pero, si me lo hubiesen dicho, no te habría molestado. Las pruebas contra ti eran de risa.

— Hombre, al menos hay un poli bueno. ¿Ella es el "poli malo"?— preguntó Gus sonriéndole.

— No, perdona por no presentaros. Ella es Natalia. Es forense.

— Encantadora profesión. Espero que, cuando me muera, me atienda una forense como tú— Natalia le sonrió y le tendió la mano—. Yo soy Gus.

— Encantada. Oye, ¿te han dado de comer?

— No, y la verdad es que me muero de hambre.

— Lo que me suponía, la buena educación no es materia obligatoria para conseguir la placa— Carlos gruñó desde el asiento contiguo—. Si tenemos que llevarte hasta Sestao con este tráfico, nos van a dar las tres de la tarde. Creo que lo mejor será dejar que Carlos nos invite a comer para disculparse contigo.

— Estoy de acuerdo en invitar a Gus para disculparme en nombre de la Ertzantza, pero, ¿por qué debería invitarte a ti?

— Porque soy una dama y a las damas no se les deja pagar— le dirigió a Gus una sonrisa cómplice—. ¿Ves lo que te decía de la educación?

— Está bien, está bien... Por esta vez cuela, pero a ver si empiezas a comportarte como una dama y te quedas en casa esperando a tu valiente caballero— respondió Carlos sarcástico.

— Tranquilo, lo haré en cuanto conozca a uno.

— Vale, acepto la invitación— intentó mediar Gus—. Pero elijo yo, que conozco un sitio por aquí donde ponen una comida buenísima. Estuve aquí la semana pasada con mis colegas, porque habíamos ido al Corte Inglés a comprar unos CDs. La verdad es que al final no los compramos ahí porque estaban carísimos, así que yo les dije un sitio que conocía donde eran mucho más baratos y nos fuimos allí...

Carlos suspiró desesperado. Ya empezaba otra vez. Miró de reojo a Natalia. La muy hipócrita sonreía a Gus y asentía, como si lo que le estaba contando el chico le interesara. Le dejó a ella la tarea de soportarle y se concentró en conducir.

El fantástico sitio para comer que Gus conocía resultó ser una hamburguesería. Natalia torció un poco el gesto al entrar, pero no dijo nada, demostrando además una mágica habilidad para no mancharse en absoluto. Gus consiguió seguir hablando incluso mientras devoraba sus patatas:

— Oye, si no es mucha indiscreción... ¿Puedo saber de qué se me acusaba?

— Del asesinato de dos niñas— contestó Carlos.

Gus estuvo a punto de escupir toda su comida encima de la mesa:

— ¿De asesinato? ¿A mí? Pero si en mi vida le he puesto la mano encima a nadie, soy incapaz de hacer daño, a no ser que me toquen mucho las narices, pero no me vayas a malinterpretar. Tengo un punto malo, como todo el mundo, pero de ahí a matar a dos niñas...

— Para, para... Ya sabemos que no has sido tú— le cortó Carlos—. Por eso estás aquí.

— No te entiendo.

Natalia le dedicó una de aquellas sonrisas a las que ningún hombre vivo podría resistirse e intervino en la conversación:

— Hemos estado pensando en ofrecerte un trabajo, pero, antes de que te contemos nada, tienes que prometernos que, lo aceptes o no, lo que se diga en esta mesa no saldrá de aquí.

— ¿Para la Ertzantza?

— No, para nosotros. Es un asunto relacionado con un caso, pero estamos pensando en llevarlo entre Carlos y yo. Y tú si te apuntas— Natalia volvió a sonreírle, haciendo que Gus bajase la mirada para concentrarse en las patatas. Carlos no pudo evitar sentir pena por el pobre chico. Natalia le tendría comiendo en su mano en menos de cinco minutos—. ¿Prometes guardar la confidencialidad de lo que te contemos?

— Sí... Claro...— por increíble que pareciera, Gus se había quedado sin palabras.

Natalia le hizo un gesto con la cabeza a Carlos, invitándole a que fuese él quien lo explicara.

— Bien, supongo que habrás oído hablar de los asesinatos cometidos contra dos menores en las últimas semanas.

— Sí, claro. A una la encontraron muerta en un bosque y a otra en una playa, ¿no?

— Exacto. Pues eso es lo que estamos investigando. Y eso mismo es de lo que te habían acusado. La verdad es que el asesino no ha dejado muchas pistas. Yo he estado interrogando a gente y buscando cualquier indicio, pero, por el momento, no hemos conseguido resultados. Natalia ha sido la encargada de realizar las autopsias de las víctimas, además de ayudarme en el caso e

iluminarme con sus teorías— le dirigió una sarcástica sonrisa a Natalia. Ésta no dijo nada pero sus ojos le advirtieron de que hablarían de ello cuando Gus no estuviese delante—. El problema es que en comisaría no están muy contentos con los resultados que tenemos hasta ahora y, por ello, además de apartar a Natalia del caso, decidieron seguir las "maravillosas ideas" de cierto patán de comisaría, con lo cual tú acabaste detenido.

— Hasta aquí entiendo, pero sigo sin saber qué pinto yo en todo esto— dijo Gus, perplejo.

— Natalia y yo hemos decidido seguir con una investigación "extraoficial". Creemos que nuestras ideas darán resultado, pero necesitamos llevarlas a cabo sin que todo el mundo esté metiendo las narices en ello. Nuestro único problema es que, a pesar de que Natalia y yo formamos un buen equipo, necesitamos a alguien como tú.

— ¿Para qué puedo servir yo? Si no tengo ni idea de investigar ni de nada... Ni siquiera me gustan las series de detectives.

— Pensamos que el asesino contacta con sus víctimas a través de Internet y necesitamos a alguien con tantos conocimientos de ordenadores como él para poder atraparlo— respondió Carlos, sacando su paquete de tabaco para ofrecerle un cigarrillo.

Gus se apoyó en el respaldo de la silla y lo encendió mientras pensaba:

— Bueno, todo esto está muy bien... Lo de servir a la comunidad y atrapar a los malos y salvar víctimas inocentes pero, ¿qué gano yo? ¿Ni siquiera me vais a dar un traje de ayudante de Batman o algo por el estilo?

— Te pagaremos, por supuesto— contestó Carlos—. Sólo di el precio, pero ten en cuenta que necesitaremos dedicación absoluta hasta que le atrapemos.

— Cinco mil al día— respondió Gus después de unos segundos.

— ¿Pero qué dices? ¡Si te vas a llevar la mitad de mi sueldo!

— Y del mío— intervino Natalia—. De eso ni hablar, Gus. Es demasiado. Tres mil.

— Bien, fue bonito mientras duró. Ya lo siento— Gus se levantó y empezó a ponerse la chaqueta—. Espero que, aunque no haya aceptado, la invitación a comer siga en pie porque no llevo un duro.

Carlos miró a Natalia con aire implorante y ésta asintió:

— Cuatro mil es nuestra última oferta— ofreció Carlos—. Y ten en cuenta que nos estás arruinando.

— Bien, ya que veo que vais a ser unos ratas como jefes, espero que al menos invitéis a café— volvió a sentarse y les sonrió—. Ya somos un equipo.

II. LA BÚSQUEDA

CAPÍTULO UNO

Una vez consiguieron salir de Bilbao, el coche avanzó a más velocidad. La lluvia caía ahora lenta, débil, impidiéndole desprenderse del todo de la sensación de melancolía que le había invadido durante la mañana. La voz de Gus desde el asiento contiguo no favorecía su humor, aunque al menos tenía que agradecerle que le evitase concentrarse en pensamientos más sombríos.

—... y por eso creo que deberías ir informándome de los detalles técnicos del caso porque esto de la informática no es como en las pelis, ¿sabes? En la realidad es más complicado. La gente conoce un montón de maneras de defenderse de un hacker, así que no va a pasar eso de que yo me siento dos minutos enfrente del ordenador y os digo quién es el chico malo. Esto puede tardar bastante tiempo, depende de lo listo que sea el tío. Te digo esto porque no quiero que, si empiezo a tardar, os creáis que lo estoy haciendo adrede para sacaros las pelis. Yo soy un tío legal y quiero que quede muy claro que, aunque esté fichado, tenéis que confiar en mí para que esto funcione porque si no es así, me bajo del coche ahora mismo y todos tan contentos y podéis estar tranquilos porque no volverías a saber nada de mí...

— No caerá esa breva— murmuró Carlos.

— ¿Qué? Perdona, no te he escuchado.

— No me extraña— Carlos separó un momento los ojos de la carretera para lanzarle una mirada amenazadora— Es imposible que oigas algo aparte del sonido de tu propia voz.

— Oye, ¿te pasa algo conmigo? Porque yo sólo intentaba que nos llevásemos bien, pero, si te molesta que hable, sólo tienes que decirlo y yo me

callo y no te vuelvo a molestar. Por eso no tienes que preocuparte que sé captar las indirectas...

— Pues sí, me molesta, así que haz el favor de estar calladito un momento que quiero escuchar la música.

— Vale, vale... Ya me callo, pero deberías saber que así no vamos a formar un buen equipo porque las relaciones personales dentro de un grupo de trabajo influyen directamente en la productividad.

Carlos resopló con fuerza y subió el volumen. La guitarra de Eric Clapton llenó todo el coche con el sonido lento y triste de “Old love”. Gus se recostó en el asiento con cara de enfado y se puso a mirar la lluvia por la ventanilla. Carlos suspiró con alivio y volvió a concentrarse en la carretera y en el sonido de la música.

— Oye, ¿cómo se titula este disco que has puesto? ¿Música para suicidarse?

— Es el unplugged de Eric Clapton. ¿Es que también sobre la música que me gusta vas a tener que opinar? ¿Es que tienes que opinar sobre absolutamente todo lo que pasa en el universo?— Carlos notó que sus nervios estaban al límite.

— No, no... Tranquilo..., si me gusta. Solo quería sugerirte que podíamos poner algo un poquitito más animado.

— Pues hazme un favor y no sugieras nada.

— Oye, tú no tienes muchos amigos, ¿verdad?— Carlos le miró de nuevo con cara de ir a asesinarlo— Perdona, perdona... Sólo bromeaba. Tranquilo que ya me callo.

Esta vez pareció que lo había dicho en serio. Gus volvió a recostarse y encendió un cigarrillo. Carlos no pudo evitar sonreír cuando, al comenzar la

siguiente canción, Gus se puso a seguir el ritmo con el pie sin darse cuenta. Quizá se había pasado con el pobre chaval.

— Bueno, ¿te ha quedado claro lo que vamos a hacer ahora?— le preguntó para congraciarse con él.

—Clarísimo. Vamos a robar ordenadores. Entramos en la casa de las chavalas, les decimos a los padres que los necesitamos para la investigación oficial y nos los llevamos a casa de Natalia en vez de a comisaría. Oye, ¿qué pasa si nos pillan?

— De todo... Desde luego Natalia y yo perderíamos nuestro puesto: ocultación y manipulación indebida de pruebas. Pero bueno, tú podrías decir que pensabas que estabas colaborando en una investigación oficial, así que no tienes de que preocuparte. Y además, no nos van a pillar. Siempre que no abras demasiado la boca, claro.

— Tú tranquilo, si yo soy una tumba.

Carlos tuvo que reprimir una carcajada.

— ¿Una tumba? Sí, claro, eso es precisamente lo que me viene a la mente cada vez que te veo: “Que chico tan callado. Debe ser tímido”.

— Joder, ¿tienes que ser siempre tan sarcástico?— Gus parecía realmente enfadado— Espero que no te ofendas, pero Natalia es muchísimo más simpática que tu, aparte de que es mucho más agradable para la vista. ¿Por qué no ha venido ella?

— Porque, tal y como están las cosas por comisaría, lo mejor es que Natalia se quede dentro las ocho horas que tiene que cumplir y se una a nosotros luego. Su trabajo es hacer autopsias y los muertos no suelen estar paseando por la calle, así que es mucho más difícil para ella poner la excusa de que tenía que hacer trabajo fuera.

— ¿Así que vamos a por los ordenadores y luego a buscarla?

— Cuánto interés en volver a verla, ¿no?— Gus se ruborizó hasta las orejas.— ¿No crees que es un poco mayorcita para ti?

— Bah, no te creas... Igual de mayorcito eres tú para ella— repuso Gus, hiriente.

— No sé qué quieres sugerir con eso, pero tengo que advertirte que estás muy equivocado. Mi relación con Natalia es puramente profesional.

— Sí, claro... Como que no te he visto como le miras las piernas.

Carlos paró el coche y volvió a dirigirle a Gus una mirada envenenada.

— Eh tío, tranquilo... Que sólo estaba bromeando. No voy a intentar entrarle a Natalia ni nada por el estilo— Gus se echó hacia atrás en el asiento, intentando alejarse lo más posible de Carlos.

— No tienes que tranquilizarme sobre Natalia. Yo no soy su padre y además sabe encargarse ella solita de mandarte a la mierda. Y te vuelvo a repetir que no tengo nada con ella, así que puedes estar tranquilo que no te voy a pegar.

— Entonces, ¿para qué has parado el coche?— preguntó Gus, aún asustado.

— Hemos llegado. Esta es la casa de Bianca, la primera de las víctimas. Y ahora ya sabes lo que tienes que hacer: yo me entiendo con las personas y tú con los cables.

Los dos bajaron del coche y caminaron hacia la entrada de la casa. Gus iba un paso por detrás mirando el suelo para evitar meterse en los charcos, sonriendo ante la ironía de haber pensado que Carlos era un tipo muy majo cuando le había conocido.

Natalia se dirigió a la máquina de bebidas del final del pasillo. Mientras salía el café solo que había pedido, encendió un cigarrillo y le pegó tres rápidas caladas. Se apoyó en la pared y cerró los ojos, intentando calmarse con respiraciones lentas y profundas. No podía concentrarse en su trabajo, era incapaz de separar su atención del plan de Carlos durante más de quince segundos seguidos. Si seguía así, todo el mundo en el edificio iba a saberlo. Estaba segura de que su nerviosismo no sería más evidente si llevase un cartel luminoso que dijese “Natalia está incumpliendo ordenes”.

Cogió el café de la máquina y se sentó en uno de los bancos del pasillo. Tenía que liberarse de esa horrible sensación, de esa voz en su cabeza que le decía una y otra vez que no estaba haciendo lo correcto. Si no conseguía controlarse, lo estropearía todo. No podría cumplir en su trabajo y la gente sospecharía que algo grave tenía que estar sucediendo para que Natalia Egaña, la perfecta, la número uno, estuviese fallando. Al menos era nueva en este trabajo y la gente no la conocía lo suficiente como para darse cuenta de que algo le estaba pasando, de que no era ella. Además tenía que tener cuidado con el sargento Aguirre. Seguro que el incidente de esa mañana ya la había colocado en los primeros puestos de su lista negra: “la novatilla con delirios de grandeza”.

Y ahí estaba lo peor de todo. Si la echaban no podría ayudar a Carlos. Él confiaba en que ella pudiese proporcionarle datos e hipótesis que acabarían situándoles en el camino correcto para atrapar al asesino. Y ella creía que funcionaría... Entonces, si estaba tan segura de que el plan era bueno, ¿por qué no podía dejar de pensar que lo mejor sería decirle a Carlos que lo sentía pero que lo dejaba? Tendría que haberle dicho que no desde el principio, tendría que haber podido explicarle que ella no estaba hecha para desafiar órdenes, que su carrera era lo más importante en su vida. Entonces ¿qué era lo que la

había detenido?

Al principio se había metido en todo aquello buscando gloria, reconocimiento... Pero no podía seguir engañándose, ya no seguía por esos motivos. Tal y como estaba la situación lo más probable era que se encontrara cualquier día con una carta de despido y una mancha del tamaño de Asia en su expediente. Entonces, ¿qué era lo que la retenía dentro de esa locura?

La respuesta se abrió paso en su cabeza: Carlos. Mientras le explicaba el plan esa mañana, ella había visto en sus ojos una fuerza y una ilusión que no había percibido nunca antes en alguien. Él confiaba en aquel plan y, lo más importante, la necesitaba. No por sus logros académicos, ni por su brillante expediente. La necesitaba como persona. Había visto en sus ojos una esperanza, una necesidad que rayaba en la desesperación y, tanto en aquel momento como ahora, Natalia no se veía capaz de fallarle. Entonces estaba decidido. Si iba a jugársela, al menos habría que hacerlo bien.

Miró su reloj. Sólo quedaban tres cuartos de hora antes de salir e ir a su casa, donde había quedado con Carlos y Gus. Dio una última calada a su cigarrillo, respiró hondo para tranquilizarse y volvió a entrar al laboratorio dispuesta a vaciar su mente de preocupaciones externas hasta la hora de salir. No le resultó tan difícil volver a colocarse la máscara de profesionalidad. Después de todo llevaba veintiocho años llevándola.

La densidad del tráfico había descendido, lo que permitía que estuviesen atravesando el puente de Deusto a la nada despreciable velocidad de ciento veinte kilómetros por hora.

— Joder... ¿Cuántas veces tengo que decirte que tengas cuidado con los baches?— volvió a quejarse Gus.

— Hijo, que sensible... Si no nos va a pasar nada. ¿Te da miedo?— preguntó Carlos con una sonrisa.

— Que me va a dar miedo...— la voz de Gus intentaba aparentar que estaba tranquilo, aunque su rígida postura contra el asiento lo desmentía— Es que los ordenadores son unos aparatos muy sensibles y si uno de los discos duros se lleva un golpe, nos quedamos sin la mitad de las pistas. Y además a esta velocidad nos pueden detener...

— ¿A mí? Gus, por Dios, que soy poli.

— Por eso mismo, vaya ejemplo que le das a la sociedad. Además, ¿a qué viene tanta prisa?

— Habíamos quedado con Natalia en su casa hace veinte minutos, y no sabes la mala leche que le canta a la niña.

— Bueno, si no te hubieras parado en ese bar más de media hora para meterle fichas a la camarera, habríamos acabado mucho antes— Gus le lanzó una sonrisa cómplice.

— ¿Qué es metiendo fichas?

— Joder, perdona... Olvidaba que estaba hablando con alguien del Paleolítico. Intimando, ligando... Flirteando creo que se decía en la época de los guateques.

— Ya te he entendido, tú sigue jugando y acabas en la ría. No estaba ligando. Ese bar estaba en la zona por la que Vanessa tuvo que pasar la noche que la asesinaron. Siempre viene bien tener buenos contactos por si algún cliente le comenta algo o por si necesitamos algo más de ella.

— Sí, claro... Algo como una cita para el sábado por la noche.

— Pues creo que no soy yo precisamente el que tiene que pasarse

horas haciendo trabajos de clase para que una tía le mire a la cara, ¿no?— Carlos le lanzó su sonrisa más encantadora mientras aparcaba el coche.

— Eso ha sido un golpe de lo más bajo. Y además yo te conté eso como poli... ¿No deberías guardarme el secreto de confesión?

— ¿Me ves pinta de cura o algo así? Mira, hacemos un trato: tú no le dices a Natalia una palabra sobre la chica del bar y yo no haré que publiquen tu desesperación por tu amiguita de clase en el próximo boletín universitario.

Gus suspiró resignado:

— No es que me den miedo tus amenazas, pero no voy a decir nada porque ya te he dicho antes que no quiero nada con Natalia, así que tranquilo que es toda para ti.— Gus se bajó del coche y empezó a andar hacia el portal.
— ¿Es aquí?

— Sí, sí es... Y ya te he dicho que no estoy interesado en Natalia... Es que es muy susceptible y se enfada mucho si la gente no es puntual, nada más.

— Que sí, Carlos... Tú tranquilo que no se te nota nada. Oye, vaya edificio, ¿no?

Carlos echó un vistazo mientras abría el maletero para sacar los ordenadores. Se encontraban en una moderna zona residencial rodeada de amplios jardines. El lugar parecía muy cuidado, agradable, tranquilo y sobre todo caro. Carlos intentó imaginarse como podría pagar un piso así con su sueldo. Bueno, podría hacerlo siempre que quitase ciertos vicios como el vodka, los cigarrillos, la gasolina del coche y la comida. No se explicaba como Natalia podía permitirse aquello si había estado estudiando hasta hacia poquísimo tiempo y aquel era su primer trabajo. Carlos se encogió de hombros. Quizá los forenses cobraban muchísimo más de lo que él pensaba.

Sacó del bolsillo trasero de los vaqueros la tarjeta de visita que ella le había

dato para consultar la dirección. Sí, era ahí, no se había equivocado. Pulsó el botón del segundo izquierda. La voz de Natalia le llegó a través del vídeo portero:

— ¿Quién?

— Somos nosotros.

— Ya era hora, pasad.

Entraron en el portal. El portero se acercó a ellos y, después de que se identificaran, les ayudó a llevar los ordenadores hasta el ascensor. Carlos seguía mirando sorprendido a su alrededor. Sólo el ascensor ya era más grande que su sala de estar. Tenía que preguntarle a Natalia como conseguía administrarse. Aunque quizá la respuesta era que traficaba con drogas metidas en las muestras conservadas en formol que los forenses se mandaban unos a otros. Llegaron al segundo piso y llamaron a la puerta. Al cabo de unos segundos oyeron pasos, pero la puerta que se abrió fue la que estaba situada a la izquierda de aquella a la que habían llamado. Natalia apareció en el umbral, sonriéndoles.

— Es por aquí. Esa es la puerta de servicio, pero nunca la uso.

— Entonces yo tengo que entrar por esa, ¿no?— preguntó Gus señalando con la cabeza la puerta cerrada— Como sólo soy un pobre proletario explotado...

— Por favor, dejémonos de payasadas que esto pesa— Carlos entró en la casa con el otro monitor y a punto estuvo de atropellar a Natalia que seguía plantada en el umbral—. ¿Dónde puedo dejar esto?

Sin esperar a la respuesta lo dejó en el suelo y volvió a salir a por las demás piezas. Una vez que acabaron de meterlo todo, se dedicó a echar un vistazo alrededor mientras Gus instalaba los ordenadores. El salón estaba dominado

por un enorme ventanal que iba de una pared a otra y a través del cual podía verse la ciudad y la ría. Hacia una hora que había dejado de llover y ahora estaba bastante despejado. Mientras oscurecía, el cielo de la ciudad iba cobrando un color azul muy oscuro, profundo, intenso... Las primeras farolas se habían encendido y se reflejaban en la ría que cruzaba Bilbao como una cinta de plata. El tráfico casi había desaparecido, los ruidos habían cesado y la ciudad parecía dormida. Carlos no pudo dejar de plantearse, casi con extrañeza, lo realmente hermosa que era. Gus le sacó de su ensimismamiento al preguntarle a Natalia dónde estaban las tomas de corriente, con lo cual terminó el hechizo que el ventanal había ejercido sobre él y volvió a concentrarse en la habitación.

Carlos pensaba que la casa de una persona dejaba traslucir muchos datos: sus gustos, sus aficiones, sus secretos... Era en casa cuando una persona dejaba de usar las máscaras que se ponía ante los demás, cuando podía comportarse como realmente era y, por ello, podías deducir sus pequeñas manías, sus secretos, su verdadera personalidad... Por eso el salón de Natalia le dejó perplejo: no le decía nada. El salón era muy amplio, con grandes espacios. Todos los muebles estaban realizados en acero y cristal. Todo estaba limpio, ordenado, aséptico... Si, esa era la impresión: resultaba tan impersonal como un quirófano. Era tan moderno, tan profesional, tan “de diseño” que no podía imaginarse a nadie viviendo allí. ¿Es qué realmente Natalia en su interior era tan fría y perfecta como aparentaba?

El timbre de la puerta sonó y Natalia pasó a su lado:

— ¡Qué interesado! ¿Te gusta mi casa?

— Parece sacada de una revista de decoración.

Natalia lo tomó como un cumplido y le sonrió mientras abría la puerta. En el umbral un joven oriental con varias bolsas la saludó. Natalia pagó, cerró y le

mostró las bolsas a Carlos.

— Bueno, la cena está lista. ¿Me ayudas a poner la mesa?

— ¿No se suponía que ibas a encargarte tú de la cena?

— Claro, y lo he hecho. ¿O no he sido yo quien ha llamado por teléfono?— Natalia dejó las bolsas encima de una mesa y empezó a abrirlas ayudada por Carlos. Se acercó a su oído y le susurró— Soy una pésima cocinera.

A Carlos le tranquilizó aquella confesión. Al menos era humana.

— Pues el próximo día me dejas cocinar a mí, os vais a chupar los dedos. Hago una tortilla de patata increíble.

— No puedo creérmelo. ¿El poli duro sabe cocinar?

— No te queda más remedio si vives solo.

— Vaya, vaya... Si al final vas a ser una joya. Esto se lo tengo que decir a todas las solteras de comisaría.

— Si se te ocurre decir una palabra, colaborarás en mi próximo caso de asesinato, pero como víctima— amenazó Carlos.

Natalia se rió y se marchó a la cocina a por unos vasos. Cuando tuvieron todo colocado, arrancaron a Gus del ordenador último modelo que había pertenecido a Vanessa y se pusieron a cenar. Durante los diez primeros minutos de cena, Carlos fingió estar interesadísimo en el arroz frito. No podía dejar de plantearse si había visto un brillo de interés de los ojos de Natalia cuando le había dicho que vivía solo o si lo había imaginado.

Cuando terminaron de cenar, volvió a sentarse a la mesa en la que había instalado los ordenadores. Carlos y Natalia fueron a la cocina a preparar café.

Gus podía oír sus risas desde el salón. ¿Cómo podían tener la cara de negar que estaban enrollados? Gus no pudo evitar sonreír. Desde luego lo disimulaban muy bien. El truquito de Carlos de sacar la tarjeta de visita de ella como si nunca hubiese estado en esa casa había quedado de Oscar. Se encogió de hombros. A él le daba lo mismo, le habían contratado para trabajar y pagaban bien. Encendió el ordenador de Bianca para ver los programas que tenía instalados. Carlos llegó de la cocina con un café para cada uno y se sentó a su lado.

— ¿Qué tal va?

— Bueno, acabo de empezar. Estoy buscando con qué programa pudo haberla contactado el asesino. Hay infinidad de programas de chat. Dependiendo del programa que usasen para hablar, tendré que hacer unas cosas u otras para pillarle. ¿Puedes ir haciendo lo mismo en el ordenador de Vanessa?

— ¿Yo? Pero si no sé ni encenderlo...— contestó Carlos, asustado— Además no me gustaría cargármelo todo...

— Ése es el problema de la gente, que se piensa que si lo toca lo jode y le tiene tanto miedo a los ordenadores que no aprende nunca. Para fastidiar un ordenador de verdad hay que saber hacerlo. Anda, quita que ya lo hago yo.

Gus colocó los monitores de manera que pudiese ver los dos a la vez. Aquello resultaba muy divertido, era casi como estar metido dentro de una película de detectives. Ya había estado hackeando otros ordenadores. Algunas veces lo había hecho por diversión para asustar a un colega, otras como reto con gente que había conocido por Internet y otras para fastidiar a alguien que se había metido con él. Pero esta vez era mucho más emocionante. Joder, si lo pensaba le entraban sudores. No estaban hablando de hackear a un criajillo que te había dicho cuatro payasadas sin saber con quién se estaba metiendo. Iban a

cazar a un asesino.

Por un momento no pudo evitar sonreír al pensar en lo que iban a decir sus amigos cuando pudiese contárselo. Iba a ser el héroe de la puta uni. A lo mejor Lorena empezaba a mirarle de otra manera.

Los dos ordenadores estaban encendidos. Empezó a buscar el programa que usaban para chatear en Internet. ICQ estaba en los dos ordenadores. Tenía que haberlo imaginado, era uno de los más utilizados. Abrió el programa y, mientras se cargaba, encendió un cigarrillo.

— ¿Qué tal va eso?— Natalia había cogido una silla y se había sentado al otro lado de Gus, mirando interesadísima la pantalla.

— Por ahora no ha pasado nada. Ya os he dicho que esto llevará tiempo y que seguramente será aburrido.

— ¿Estás intentando que nos vayamos?— se interesó Natalia.

— No, pero es que miráis el ordenador como si la cara del asesino fuese a aparecer en cualquier momento y esto puede llevar días.

— ¿Qué estás haciendo ahora?— preguntó Carlos.

Por su expresión Gus comprendió que no le había hecho el menor caso. Estaba en tensión, como si esperase que Gus le dijese “estoy abriendo un programa que nos dirá dónde vive el asesino en unos quince segundos, así que vete sacando la pistola”. Gus suspiró. Bien, ya se aburrirían ellos solos, él ya les había avisado.

— Creo que este es el programa de chat que el asesino utiliza para buscar a las chicas. Por desgracia, eso no nos ayuda mucho porque lo usan unos cien millones de personas en el mundo, así que no podremos detenerlos a todos ni avisarles de que tengan cuidado porque hay un asesino muy malo suelto— la cara de Gus se iluminó con una enorme sonrisa.— Perfecto,

ninguna de las dos lo tiene protegido con contraseña. Me encantan los usuarios confiados.

— ¿Y si lo hubiesen tenido protegido?— preguntó Natalia.

— Nada, lo habría podido abrir igual, pero me habría llevado un rato. Bien, veamos con quienes hablaban estas chicas.

Gus abrió la lista de contactos de Bianca. Una larga serie de nombres apareció en la pantalla:

Andromeda

Angelmist

Aroha

Becky

Caronte

Chuck

Frodo

Galadhran

Ghost

Jeroen

Mary&Dick

Moonchild

Noone

Pepe Toño

Phoenix

Ramón

Ray

Target

The crow

Vance

— Bien, señores. Uno de esos nombres corresponde al de nuestro asesino. Ahora sólo hay que saber cuál es— comentó Gus.

— ¿Eso son nombres? – Carlos miraba la pantalla con tal aire de extrañeza que Gus no pudo evitar reír.

— Bueno, son nicks... Motes por los que se te conoce en Internet. La gente es bastante original.

— ¿Y cuál es el tuyo?— preguntó Natalia.

— Bueno, esto... Gus...— respondió él, sonrojándose.

— Tenías razón, qué original— Carlos volvió a lanzarle una de esas sarcásticas sonrisas suyas.

— Bueno, es que pasaba de llamarme algo ridículo como Sex Machine o alguna estupidez por el estilo. Y además a mí me gusta— bebió otro trago de su café mientras Carlos y Natalia terminaban de reírse—. Veamos la lista de Vanessa.

La lista que apareció esta vez ante sus ojos era aun más larga:

Aina

Albert

Bluesman

Bristol

Bronyaur

CallistaZM

Caronte

Cft

Crystal

Darunee

Djm

Fade In

Frothug

Germangod

Jurgen

Lestat

Linamaria

Lucifer

Matrix

Mic

Mr. Brown

Neo

Pascal

Radek

Salvatore

Shital25M

Sileef

Tolly

Virgi

—Bien, ahora sólo hay que esperar que nuestro asesino sea tan tonto como para no usar un nick para cada víctima o nos va a tocar leer todos y cada uno de los mensajitos— siguió explicando Gus.

Durante un par de minutos los tres observaron las pantallas sin pronunciar una sola palabra, casi conteniendo la respiración.

— ¡Caronte! Ese nombre se repite en las dos listas— Natalia saltaba en la silla mientras señalaba como loca a la pantalla.

— Bueno, creo que hemos tenido suerte. Ahí le tenéis— Gus sonrió a Carlos mientras le estrechaba la mano.

Carlos levantó su taza de café brindando por aquella pequeña victoria. Por primera vez en muchos días sintió que su ansiedad bajaba un poco, sintió la paz que producía saber que estaba en el camino correcto.

CAPÍTULO DOS

Hola Patricia:

Ya sé que hemos hablado hace hora y media y que ahora mismo estarás dormida y espero que soñando conmigo... Ya sé que debería estar contento con eso y que no debería agobiarte porque puedes cansarte de que sea tan pesado, pero no puedo evitar escribirte de nuevo.

Cada minuto que paso sin ti se me hace un siglo... No puedo estudiar, no puedo dormir, no tengo ganas de comer ni de divertirme... Te has convertido en una obsesión y los últimos días sólo vivo para ver aparecer tu nombre en la pantalla. Sólo me siento vivo durante los momentos en los que hablo contigo... y se me hacen tan cortos...

No puedo dejar de recordar tus palabras, reproduzco una y otra vez nuestros chats en mi cabeza... Nunca en toda mi vida había encontrado a una persona tan maravillosa, tan dulce, simpática y divertida. Ni siquiera había podido imaginar que encontraría a alguien con quien encajase tan bien, que fuese a comprenderme del modo casi mágico en que tú lo haces. Sólo con que estés conmigo, todos mis problemas desaparecen, la vida deja de ser gris para convertirse en un sueño. Eres tan increíble...

Cada vez que te vas es como si me arrancasen la razón por la que vivo. Te has convertido en una droga para mí y lo peor de todo es que no quiero desengancharme. Quiero caer más y más en esta adicción, quiero necesitarte y adorarte más cada día, quiero volverme totalmente loco por ti hasta un punto en el que no haya salvación posible.

Estoy dejando mi vida en tus manos. Podrías destrozarme con una sola palabra, pero no me importa. Aunque supiese seguro que vas a hacerme daño, sacrificaría toda mi vida por estar contigo una sola vez. Pero es que además no tengo miedo. Creo de verdad que lo nuestro va a funcionar, que una vez que nos veamos el sábado todos nuestros sueños se cumplirán, que ya no habrá problemas ni dudas.

No sé si voy a poder aguantar el tiempo que queda para que nos veamos. Estoy tan nervioso que no puedo pensar en otra cosa. Creo que me sentiré tan feliz cuando por fin nos veamos que lo más seguro es que mi corazón no lo resista y tengamos que pasar nuestra primera cita en el hospital. Es broma, llevo toda la semana pensando y planeando esta primera cita para que todo sea perfecto, así que no te preocupes.

Por cierto, el amigo que me va a llevar en coche a Portu me ha llamado y me ha dicho que tiene partido el sábado por la tarde, así que no creo que pueda llegar antes de las once. Espero que eso no sea ningún problema para ti porque, si me dices ahora que no puedes, me muero. Pero bueno, de eso ya hablaremos mañana, cuando vuelvas de clase.

He estado pensando en dónde podríamos quedar y no me apetece que nos conozcamos en un bar, rodeados de gente y de música alta y sin que podamos hablar. Mi amigo me ha hablado del paseo del faro de Portugalete y me ha dicho que es un sitio muy tranquilo y muy romántico, así que he pensado que sería el sitio ideal para conocernos, ¿no crees? Nada de ruidos ni de extraños molestando... Solo tú y yo, el mar y las estrellas. ¿No te parece perfecto?

Bueno, espero que mañana entres pronto a Internet para poder hablar de todo esto. Voy a dejar de escribir porque si no, te vas a pasar leyendo mi email todo el tiempo que estés conectada y no quiero perderme un solo

segundo de estar contigo. Hasta mañana, mi vida.

Te quiere,

Alex

Volvió a releer el email mientras tomaba su café a pequeños sorbos. Funcionaría, eso seguro. Escribió la dirección de Patricia y lo envió. Ahora sólo había que esperar a que la presa mordiese el anzuelo y, por las apasionadas conversaciones que habían mantenido los últimos días, no le parecía que fuese a ser muy difícil. A pesar de las dificultades que había tenido con Susana, parecía que al final iba a conseguir su objetivo. El siguiente sacrificio se realizaría según el plan previsto. Se reclinó en el asiento y suspiró, intentando expulsar la tensión que había sentido los últimos días. Todo estaba bien, Patricia era la solución perfecta. Entonces, ¿por qué seguía sintiéndose mal? Por Susana. Se había escapado dando excusas estúpidas, creyéndose muy lista. Si ella pensaba que podía jugar impunemente, iba a encargarse de demostrarle que se equivocaba. Sería la próxima víctima, no iba a poder retrasar una nueva cita. Sonrió. Iba a pagar cada uno de los segundos de sufrimiento que le había hecho pasar. Volvió a abrir el Outlook y empezó a escribirle un email. Esta vez tendría más cuidado, iría más despacio y Susana ni siquiera se daría cuenta de que la trampa estaba cerrándose alrededor de ella y de que no tenía la más mínima posibilidad de escapar.

— Bien, vale... Tenemos su nombre clave pero con eso no podemos hacer nada, ¿no?— Carlos miraba a Gus desesperado, maldiciéndose por no saber usar un ordenador para poder arrancarle del asiento y hacer algo. Le parecía que Gus tardaba siglos para cada movimiento.

— Tranquilo... Lo primero es que no se llama nombre clave, se llama nick— le explicó Gus.

— Al cuerno con eso. ¿Qué más da ahora cómo se llame?

— Es sólo que no quiero ver que pones cara rara cada vez que te diga algo de informática, así que lo mejor es que vayas aprendiendo las palabras técnicas poco a poco.

— Vale, vale... Tenemos su nick, ¿contento?— Gus asintió, sonriéndole — ¿Y ahora qué?

— En ICQ puedes ver la información de cada persona que tienes en tu lista de contactos. Veamos que pone en esta.

Gus abrió la página de información que correspondía a Caronte en las dos listas. No se lo comentó a Carlos y Natalia para que no se desesperaran, pero temía que el mismo nombre en las dos listas no fuese más que una casualidad. Entre más de cien millones de usuarios era bastante normal que los nicks se repitieran. Se tranquilizó al ver que el número de usuario era el mismo en los dos ordenadores.

— Bien, estos son los datos que tenemos de nuestro chico... Se llama Alex, los campos correspondientes a los apellidos están en blanco. Tampoco aparece una dirección, un teléfono o algo por el estilo. Ya lo siento. Aquí dice que tiene diecisiete años, nació el 19 de abril de 1982. Vive en San Sebastián y le encanta la fotografía, los viajes, las ciencias ocultas y la música alternativa. Es todo lo que tenemos y siento decepcionaros pero lo más seguro es que la mitad de los datos sean falsos. Nadie dice la verdad en Internet.

— ¿Cómo que nadie dice la verdad?— Natalia le miraba con una expresión de abatimiento tal que Gus no pudo evitar sentirse culpable por continuar hablando.

— Ya lo siento, pero es así. Incluso cuando la gente no tiene nada que ocultar se pone nombres falsos, se inventa maravillosas personalidades para ligar más, mienten sobre su edad, su sexo, su estado civil... Es lo que tiene de guapo esto de chatear, que durante un rato puedes ser quien tú quieras. Y si además tenemos en cuenta que nuestro chico sí tiene un montón de cosas por ocultar como, por ejemplo, que entre sus aficiones está la de asesinar a jovencitas inocentes, podemos suponer que no habrá sido muy sincero.

— ¿Y entonces qué hacemos?— preguntó Natalia.

— Mientras no tengamos nada más vamos a suponer que los datos son ciertos— Carlos estaba apuntándolo todo en su libreta—. Mañana llevaré esta información a la central y buscaremos a la gente que coincida con algunas de las pistas que tenemos. Quizá el asesino no se planteó que pudiésemos llegar a acceder a estos datos y no se molestó en mentir.

— Bueno, no es por fastidiar, pero no lo creo— se disculpó Gus—. Muy tonto tendría que ser para pensar que la policía no acabaría descubriendo que las contactaba por Internet y él no tenía ninguna manera de poder acceder a los ordenadores de las víctimas para borrar las pistas que hubiese podido dejar, así que supongo que habrá tenido cuidado. De todos modos, no se pierde nada por probar con estos datos. Y ya que vamos a creérnoslo todo, vamos a ver si las chicas tienen su foto guardada... Espera unos segundos a que la busque.

Carlos contuvo el aliento mientras Gus buscaba la foto entre los archivos recibidos de las dos chicas. Seguramente Gus tenía razón y todos los datos serían falsos, pero, después de tanto tiempo persiguiendo una ilusión, incluso una fotografía falsa significaba mucho para él. Era algo que el asesino había dejado, una pista de la que quizá pudiese sacar algo... Y, aunque no sacase nada, al menos le permitiría salir de una inactividad que llevaba semanas

volviéndole loco.

— Bien, aquí está... la misma foto en los dos ordenadores.

La fotografía apareció en la pantalla mostrando a un chico joven y muy guapo. Tenía el pelo castaño bastante largo y los ojos oscuros. Su piel era muy morena y su sonrisa destacaba por su blancura como en un anuncio de dentífrico. La forma cuadrada de la cara y los hombros anchos hacían pensar en un deportista, en el capitán del equipo de fútbol de una película americana.

— Vale, tenías razón. La foto es falsa – dijo Natalia convencida.

— ¿Y por qué estás tan segura?— preguntó Carlos.

— Es claro como el agua— Gus encendió otro cigarrillo y siguió hablando—. Un tío tan guapo no gastaría su tiempo en asesinar jovencitas, se las tiraría. Perdón por el vocabulario, Natalia.

— Tranquilo, no me voy a asustar a estas alturas... Además, estoy de acuerdo. Este chico no puede ser nuestro asesino. La constitución no coincide. Recuerda que hablábamos de una persona pequeña y débil y, aunque en la fotografía no puede apreciarse la altura, apostararía lo que fuese a que el chico de la foto mide cerca de metro ochenta. Y eso sólo desde el punto de vista físico... Si tomamos esta foto como cierta, todas nuestras hipótesis se invalidan. Hablábamos de una persona perturbada en el ámbito emocional, con problemas de socialización e incluso con algún defecto físico evidente que era la razón de que les extirpase los ojos. ¿A ti te coincide esa descripción con esta foto?

Gus no pudo evitar sentir un escalofrió:

—Joder, ¿les saca los ojos? Oye, si me llegáis a decir que estaba tan tarado, os habría pedido más pelás porque esto de jugar a detectives está muy bien, pero que nos pueda pillar y hacernos todo tipo de barbaridades ya es

otra cosa y la verdad es que no mola nada. Claro, vosotros sois polis y sabríais que hacer porque para eso os han entrenado, pero yo... Joder, imagínate que el bicho ese me pilla andando solo por Sestao y...

— Gus, por favor... No empieces otra vez. No te va a pasar nada— Carlos suspiró. Debía reconocer que tenían razón. Nunca había podido ponerle una cara del asesino, pero, desde luego, ésa sería la última que elegiría—. Bien, de todos modos no descartaremos la foto. ¿Puedes imprimírmela, Gus?

— Pues aquí no tenemos impresora, pero mañana traeré la mía por si nos hace falta para más cosas. Por cierto, hoy he estado usando los datos de mi tarifa plana pero, si voy a tener que trabajar mucho, necesitaremos una de veinticuatro horas y no son baratas.

— Joder, más gastos...— se quejó Carlos— Bien, ¿puedes contratar una mañana?

— En cuanto me deis los datos de vuestro número de cuenta.

— Eso ni lo sueñes. Mañana rellenaremos esos datos mientras tú vas a la cocina a preparar un café.

— Carlos, por Dios, ¿qué pensáis que voy a hacer? ¿Robaros todo el dinero? Si no confiáis un poco más en mí, esto no va a funcionar. Tenemos que ser un equipo— protestó Gus, ofendido.

— Que sí, lo que tú digas, pero el número de mi cuenta no se lo doy ni a mi padre— Carlos le sonrió y le dio una palmadita en la espalda—. Pero no te lo tomes a mal que no es nada personal, ¿eh?

— Vale, vale... Como queráis, pero que sepáis que esta falta de confianza me ha dolido.

— Bueno, ¿y qué es lo que vas a hacer ahora?— preguntó Natalia

intentando cambiar de tema.

— Vigilaré por si se conecta y, mientras tanto, voy a revisar los chats buscando alguna pista. No es igual de fácil mentir si hablas mucho tiempo con una persona. Se te puede escapar algo, puedes contradecirte... Además, seleccionare los que me parezcan importantes para que los analices— le contestó Gus—. Quizá puedas deducir algo de su personalidad que pueda ayudarnos, ¿no crees?

— Sí, me parece bien. ¿Y tú que harás, Carlos?

— Pediré que comprueben los datos para ver si podemos sacar algo en claro de todo esto. Puede que no consiga nada, pero será mejor que no dejemos ningún cabo suelto. Bueno, es muy tarde. ¿Te llevo a casa, Gus?

— Pues me harías un favor porque ya no hay trenes. ¿Cómo quedamos mañana?

— Te recojo a las ocho y te traigo aquí. Natalia y yo nos iremos a trabajar y, cuando acabemos, volveremos para que nos comentas si has conseguido algo. ¿Os parece bien?

Natalia asintió y se levantó para empezar a recoger las tazas de café. Gus, sin embargo, no puso tan buena cara:

— ¿A las ocho? Joder, Carlos, que es la una... No me vas a dejar tiempo ni para dormir. Si llego a saber que era tanto curro, os habría pedido diez mil pelas al día. Y además voy a tener que pasarme todo el día aquí solo, sin poder hablar con nadie...

— Toma mi número de móvil y el de Natalia para que puedas llamarnos si te da miedo estar solito— le dijo Carlos tendiéndole el papel en el que acababa de apuntarlos.

— No seas gilipollas. No me da miedo, es que me voy a aburrir.

— No lo creo, sueles mantener conversaciones tú sólo sin ningún problema. Imagina que alguien te está escuchando y todo será como siempre.

— La verdad es que no sé por qué hablo contigo.

— Porque no puedes estar callado más de cinco segundos— le contestó Carlos—. Dame tu número por si se te ocurre quedarte dormido.

— No tengo móvil, no me gusta que me puedan tener controlado las veinticuatro horas del día.

— Bien, como quieras, pero si mañana no estás en la puerta de tu casa a las ocho, entro y te vuelvo a detener.

— Hablando de eso...— le interrumpió Gus— Ya que me llevas a casa, vas a entrar para convencer a mi madre de que lo de ayer fue un error. Yo he intentado explicárselo, pero no me cree y es muy posible que me mate y os quedéis sin colaborador.

— Vale, vale, sin problema...

Cogieron sus chaquetas y se despidieron de Natalia hasta el día siguiente. Mientras iban en el coche, Gus se mantuvo silencioso y con una sonrisa en la cara que hizo que Carlos se sintiese nervioso. La razón de su sonrisa era que estaba imaginando la conversación de Carlos con su madre. Ahora iba a pagar por todos los comentarios hirientes y las sonrisitas sarcásticas de todo el día. Tuvo que contener una risa. “Sin problema” había dicho Carlos. Al lado de su madre en pleno ataque de histeria, cualquier delincuente que hubiese conocido en su vida le iba a parecer un angelito.

CAPÍTULO TRES

Carlos entró en su despacho y dejó la chaqueta tirada en una de las sillas. Se sentó a fumarse un cigarrillo mientras se tomaba el café que acababa de sacar de la máquina, intentando despejarse. Había estado dándole vueltas a los últimos datos hasta las tres o las cuatro de la mañana y le había parecido que sólo había dormido cinco minutos cuando el despertador sonó a las siete para que fuese a recoger a Gus a Sestao. Se encontraba tan cansado que con gusto se habría vuelto a la cama para dormir dos o tres días enteros.

La puerta de su despacho se abrió y la cabeza de Javi, otro de los detectives de comisaría, apareció en el umbral:

— Tenemos mala cara hoy, ¿eh? ¿Mucha juerga anoche?

— Ya me gustaría que fuese por eso. Es esta mierda de caso, que me está volviendo loco.

— No sabes cómo me alegro de que no me lo asignaran a mí. ¿Cómo te va?

— Igual que cuando empecé. No tengo nada. No te imaginas cómo está Aguirre...

— Me lo imagino de maravilla, recuerda que yo también trabajo aquí... Y hablando de Aguirre, ha dicho que te espera a las nueve en su despacho y eso es dentro de diez minutos. Que haya suerte.

— Gracias, tío... Acabo el café y voy a verle.

Perfecto. Parecía que su “maravilloso” día aún le deparaba nuevas sorpresas. Apuró el café de un trago y recogió las notas que había preparado con las

pistas que habían recogido sobre el asesino. Se dirigió a la sección de archivos y le entregó las hojas a uno de los novatos, dándole la orden expresa de que cualquier resultado que arrojase la comprobación de esos datos pasase única y exclusivamente por él. Después de darle las gracias, se encaminó al despacho de Aguirre. En la puerta se encontraba Roberto, que miró hacia otro lado, fingiendo que no le había visto. Carlos se situó a su lado y le saludó.

— Hola, Roberto.

— Buenos días, Carlos. ¿Qué tal?— preguntó Roberto mientras ojeaba unos papeles que llevaba en las manos.

— No muy bien. ¿Tú no tendrás alguna idea de por qué nos ha llamado Aguirre? ¿No será que has vuelto a quejarte de nuestra forma de trabajar en equipo?

— ¿Yo? Podría hacerlo porque no tienes ningún derecho a dejarme una nota ordenándome que me pase toda la semana en la puerta del cine preguntando si alguien vio a Bianca. Pero puedes estar tranquilo, no voy a quejarme.

— ¿Y eso por qué? Pensé que delatar a los compañeros era una de tus aficiones.

Roberto levantó los ojos de los papeles y clavó una mirada de autosuficiencia en Carlos:

— Sé por qué me dejaste esa nota. Querías que fuese a protestar para provocar un enfrentamiento, pero no te voy a dar esa satisfacción. Si no podemos trabajar juntos, planificaré la investigación por mi cuenta y que gane el mejor.

— Pues me parece una gran idea porque yo voy a hacer lo mismo. Lo que no me parece tan bien es que lo digas como si yo fuese el culpable de que

no podamos trabajar juntos, como si hubiese sido yo el que llevó la investigación por libre desde el principio, el que se negó a compartir datos, el que utilizó información del grupo para llevar a cabo una detención y quedar como un héroe y el que mintió a Aguirre para perjudicar al otro.

— Por mí puedes pensar lo que quieras, pero eso no es cierto— se defendió Roberto.

— ¿No? ¿Podrías explicarme entonces qué fue lo que pasó? ¿Puedes darme una buena razón para que no te parta la cara?

Carlos se acercó un par de pasos. Roberto intentó retroceder y tropezó con una papelerera. Al intentar recuperar el equilibrio todos los papeles que llevaba se le escaparon de las manos, quedando esparcidos por el suelo.

Desde la puerta les llegó la voz de Aguirre:

— Carlos, ¿hay algún problema?

— No, ninguno... Estaba aclarando algunos detalles con Roberto.

— Bien, prefiero que dejéis esos asuntos para después del trabajo. Tengo que hablar con vosotros. Acompañadme, por favor.

Carlos volvió a lanzarle una mirada cargada de odio a Roberto, que empezó a recoger los papeles del suelo. Carlos sonrió satisfecho. Había percibido el miedo en los ojos de Roberto y sabía que no le causaría problemas por el momento. Sin decir una palabra más siguió a Aguirre hasta su despacho.

Se sentó en una de las sillas y miró a Aguirre. Roberto entró detrás, cerró la puerta tras de sí y se sentó. Durante unos segundos, Aguirre no dijo nada. Se limitó a mirar unos papeles que tenía en su mesa, como si ellos no estuviesen allí. Maravilloso. Ahora intentaba jugar con ellos. ¿Qué quería? ¿Ponerles nerviosos? Pues por él podía estar callado hasta que el infierno se congelase porque Carlos sabía que, en cuanto abriese la boca, no iba a ser para nada

bueno. Echó mano a su bolsillo para sacar un cigarrillo, pero descubrió con rabia que se lo había dejado en su despacho. Aguirre levantó la mirada de sus papeles:

— Espero que no estéis teniendo ningún problema para trabajar juntos.

— Tranquilo, creo que las cosas han quedado muy claras entre nosotros dos. No tendrás nada de lo que preocuparte.

— Por el bien de los dos, espero que sea así. La situación ya es lo bastante tensa sin que tengamos problemas internos.

Carlos le lanzó una sonrisa angelical, dándole a entender que por él no iba a haber ningún conflicto más. Y por la cara que puso Roberto, parecía que este tampoco iba a ocasionárselos. Por el momento podía dar la cuestión por zanjada. Sin embargo, pensó con amargura que le hubiese gustado haber aclarado más las cosas. Dentro de su cabeza seguía rondando la inquietud de no saber la causa de aquella puñalada. Era cierto que no se llevaban bien y que trabajar juntos era imposible, pero él nunca habría traicionado a un compañero de investigación, nunca habría intentando robarle sus logros y mucho menos se habría quejado de su comportamiento ante un superior, intentando perjudicarlo. Quizá fuera estúpido, pero él creía en su interior en algo así como un código de honor en el que no encajaba joder a un compañero. Pensó que lo mejor sería dejarlo todo como estaba, no darle más vueltas. Si Roberto quería plantearse aquello como una competición, se encargaría de demostrarle quién era el mejor.

— De todas maneras no os he pedido que vinierais para hablar de vuestra relación— dijo Aguirre mientras abría una carpeta—. ¿Qué hay de vuestro trabajo? ¿Algún progreso?

— La verdad es que no. Ya te pasé un informe hace unos días explicándote las dificultades que estaba encontrando— contestó Carlos.

Aguirre se puso aun más serio, aunque Carlos habría jurado dos minutos atrás que aquello era imposible:

— Pues así no podemos seguir. Los de arriba me han dicho que van a emitir un comunicado de prensa mañana y algo hay que decirle a la población. No podemos seguir diciendo que no tenemos nada y menos después de haber detenido a un sospechoso y haberle soltado al cabo de unas horas...

— Perdona, pero de eso no soy responsable y creo que os lo deje muy claro cuando hablamos la otra vez. Debió haberseme informado antes de dar ningún paso. No pienso cargar con los errores de otro, bastante tengo con los míos— Carlos habló con voz firme, mirando a Aguirre fijamente a los ojos. Éste volvió a dirigir la mirada a sus papeles.

— Bien, ahí tienes razón, pero, ¿qué le vamos a decir a la prensa? Había pensado decirles que contacta a sus víctimas por Internet para que la gente esté avisada. ¿Qué pensáis?— preguntó Aguirre, usando un tono más conciliador.

— No lo sé. Podemos asustarle y que cambie su manera de actuar y nos quedaríamos tan ciegos como estábamos al principio de la investigación— contestó Carlos—. No sé hasta qué punto debemos filtrar a la prensa la única información que poseemos de él.

— Pero si no lo hacemos y muere otra niña y al final alguien se entera de que lo sabíamos y no avisamos, se nos van a lanzar encima— intervino Roberto, poniéndose de parte del sargento.

Aguirre miró de nuevo a Carlos, expresándole que era su opinión la que esperaba para tomar una decisión. Carlos se quedó silencioso, calibrando todas las posibilidades. Por un lado estaba la frustración que produciría perder el único hilo que podía llevarles a atraparlo, saber que podía asustarse y escapar para siempre, pero, por otro lado, no podía dejar de imaginarse a

otra niña hablando con aquel monstruo, confiando ciegamente en él sin que nadie la avisase del peligro que corría. Le vino a la mente una imagen de sí mismo recogiendo otro cadáver en un claro del bosque. Bueno, la vida de un ser humano bien valía correr el riesgo de que cambiase su modo de actuar. Además, si avisaban, se lo pondrían algo más difícil a ese hijo de puta y también existía la posibilidad de que pensase que se encontraban más cerca de atraparlo de lo que estaban en realidad y se asustase tanto que lo dejase para siempre...

— Bien, por mí puedes decirlo...— cedió Carlos— Intenta que no se cree demasiada alarma social, no quiero que inunden las centralitas con llamadas de padres histéricos diciendo que sus niñas se conectan a Internet y que deberíamos revisar sus ordenadores. Sólo hay que intentar que la gente esté un poco alerta. Pero una cosa, se descubra lo que se descubra a partir de ahora, no vamos a decir nada más a la prensa. No voy a permitir que se me escape sólo para que los de arriba den buena imagen. ¿De acuerdo?

— Totalmente de acuerdo— aceptó Aguirre—. Sólo espero que empiece a haber resultados pronto porque por el momento tampoco es que tengamos nada más que ocultar.

— No te preocupes. Los habrá.

Carlos se levantó y salió del despacho pensando que le encantaría sentir en su interior la mitad de la seguridad que su voz había expresado. Roberto salió detrás de él y se marchó a paso rápido sin mirarle siquiera. Parecía furioso, no debía haberle sentido bien que Aguirre se basase únicamente en la opinión de Carlos a la hora de tomar una decisión.

Volvió a su despacho y cerró la puerta para disfrutar de unos segundos de tranquilidad. La central parecía un manicomio a esas horas. Miles de teléfonos sonando y gente que corría de un lado a otro. Era demasiado para él, se

encontraba tan cansado... Apoyó la cabeza en la mesa durante unos segundos, pensando en cómo les iría a Gus y a Natalia y, sin darse cuenta, se quedó dormido.

Gus se levantó de la silla y se dedicó a pasear por la sala por décima vez en lo que llevaba de hora. No podía aguantarlo más, se estaba ahogando allí dentro. La primera hora de leer chats había resultado emocionante, la segunda interesante y la tercera digerible, pero, si tenía que pasar un solo minuto más leyendo aquello, iba a acabar tirándose por la ventana.

Fue hasta la cocina, abrió la nevera y, con una coca-cola en la mano, se dirigió de nuevo a la mesa. Revisó la hoja en la que tenía apuntados los chats que ya había leído. Había empezado por los chats de Bianca y por el momento llevaba seis revisados. Su desesperación creció aún más. Le quedaban setenta y nueve más de Bianca y cincuenta y seis de Vanessa, y eso sin contar con los cientos de e-mails y mensajes que también debería leerse. Incluso acelerando la velocidad de reproducción de los chats al máximo, le iba a llevar días.

Por el momento, sólo había descubierto que el asesino era la persona más cursi y pegajosa sobre la faz de la tierra. Se pasaba el día diciendo chorradas como “cuanto te quiero”, “como te he echado de menos”, “no puedo vivir sin ti”... No había encontrado ni una sola frase original, algo como para pensar “Muy bien, chaval... Ahí te lo has currado”. Parecía que el tío ligase usando una mezcla entre letras de baladas y novelas rosas. Y las chicas se volvían locas por él. ¿Pero de verdad a las mujeres les gustaban esas gilipolleces?

Suspiró y abrió el siguiente chat. Intentó verlo de manera positiva. Quizá pudiese aprender algo de su método de conquista y, además, no había ido allí a divertirse sino a currar. Sólo quedaban cuatro o cinco horas hasta que volviesen Carlos y Natalia, así que apoyó un codo en la mesa e intentó

convencerse de que no se levantaría de nuevo hasta no haber leído cinco chats más.

Carlos habría jurado que, hacía tan solo un segundo, descansaba sobre la mesa de su despacho y, sin embargo, ahora se encontraba rodeado de una espesa niebla que le impedía distinguir con claridad dónde se encontraba. Le restó importancia encogiéndose de hombros y empezó a andar. La bruma resplandecía y ni siquiera podía percibir el suelo que pisaba. Era casi como caminar en el interior de una nube, pero la niebla era cálida, pegajosa... Empezó a sentirse intranquilo. ¿Dónde se encontraba? Y lo más importante, ¿cómo se salía de allí? De repente le llegó un susurro. No podía precisar la dirección o la distancia de la que le había llegado. Parecía venir de miles de kilómetros y haber sonado como si alguien suspirase en su oído al mismo tiempo. Volvió a oírlo, más claro esta vez. “Por aquí, Carlos”. Era una voz femenina, dulce y muy familiar, aunque no podía ubicar dónde la había oído antes. La voz seguía susurrando una y otra vez las mismas palabras, alejándose y acercándose como llevada por una ola. Carlos empezó a seguir ese sonido y al cabo de un rato pudo percibir la figura de una mujer entre la niebla. Apresuró el paso y fue acercándose a la figura poco a poco. Cuando estuvo más cerca, la reconoció por su larga cabellera castaña y sus andares elegantes: — ¿Natalia?— preguntó con extrañeza.

Ella paró y, muy despacio, se dio la vuelta. Se le quedó mirando con sus espléndidos ojos grises. Le sonreía de una manera encantadora, como si le hiciese feliz que la hubiese encontrado. Sin decir ni una sola palabra se acercó, paso a paso, sin separar ni un solo segundo la mirada, hasta quedar solo a unos centímetros de la cara de Carlos. Muy lentamente empezó a caminar en círculos alrededor de él, rozándole apenas con la punta de uno de

sus dedos, realizando dibujos en su pecho y su espalda. Carlos no se atrevía a moverse, ni a hablar, ni siquiera a plantearse qué era lo que estaba sintiendo. Los círculos que ella realizaba a su alrededor fueron acelerándose y, en cada vuelta, Carlos descubrió nuevos cambios en ella. En algunos momentos le parecía que el pelo era moreno, algo más corto... Sus ojos variaban del gris al castaño claro, la cara parecía mayor y algo más redondeada... Finalmente reconoció a la mujer en la que se estaba convirtiendo Natalia: era Ana, su amada Ana... Al reconocerla y susurrar su nombre se quedó parada delante de él, le rodeó el cuello con los brazos y le besó. Carlos sintió como las lágrimas bañaban su rostro. Estaba allí de nuevo con él, no iba a volver a sentirse solo... La abrazó con fuerza, intentando que ese momento no terminase. Al cabo de unos segundos, ella se separó de él y volvió a sonreírle y, en ese momento, empezó a fundirse con la bruma. Carlos intentó agarrarla, pero no pudo encontrar nada. La imagen fue borrándose con rapidez hasta que lo último que quedó de ella fue el destello fugaz de unos gélidos ojos grises.

Carlos se sentó en el suelo y ocultó la cabeza entre las manos. ¿A qué venía aquello? ¿Es que sólo había vuelto para hacerle daño? Se sintió frustrado, impotente... Otra vez la había dejado marchar sin decirle lo que la necesitaba. Pero, ¿de verdad seguía necesiéndola tanto? ¿Hasta cuándo iba a seguir torturándose con una historia acabada tanto tiempo atrás?

Levantó la mirada y descubrió que ya no se encontraba sumergido en la bruma dorada. Todo era oscuridad a su alrededor, solo podía distinguir los troncos de cientos de árboles que le rodeaban. ¿Cómo había llegado a aquel bosque? Se levantó y miró hacia arriba. El cielo no podía distinguirse, los árboles estaban tan juntos que formaban un techo que impedía que pudiese divisar el cielo. ¿Entonces cómo era posible que las estrellas se reflejasen en el suelo? Comenzó a andar con dificultad, resbalando sobre los miles de pedazos de espejo roto. Más adelante se vislumbraba más claridad, como si hubiese un

claro en el bosque, pero la distancia entre los árboles era muy pequeña, sus ropas se enganchaban con las ramas bajas y cada vez se encontraba más cansado y le costaba más no resbalar. Apoyándose en los troncos de los árboles fue dándose impulso y consiguió acercarse poco a poco al claro. Su respiración estaba acelerada, se encontraba exhausto y los árboles parecían estar aun más juntos cuanto más cerca se encontraba. Notaba sus ropas mojadas por la humedad del bosque y por el sudor del esfuerzo. Y de repente, al empujar hacia delante para soltarse de una rama que había enganchado su chaqueta, los árboles acabaron y se encontró de rodillas en medio del claro.

Al mirar con más detenimiento se dio cuenta de que en el centro había algo que en un primer momento había confundido con unos arbustos. Era un bulto pequeño, tapado con una tela de color amarillo brillante. En ese momento se dio cuenta de que conocía ese sitio, recordó el cuerpo de Bianca y deseó con todas sus fuerzas no estar allí. Se levantó del suelo y echó un vistazo a su alrededor. El bosque le rodeaba por completo, oscuro, amenazador... Por un momento se sintió como un niño, asustado por la soledad y la noche... Y en ese momento lo oyó. No estaba solo en el bosque. Podía oír con claridad una respiración fuerte entre los árboles, a pocos pasos de donde él se encontraba. Miró hacia la dirección de la que procedía el sonido y divisó una sombra que se levantaba y echaba a correr bosque adentro.

Carlos no pudo controlar la furia que surgió en su interior... Era como una llamarada que le abrasaba por dentro y le impedía pensar con claridad. Lo único que podía sentir era rabia y deseos de venganza... Echó a correr detrás del asesino como un animal salvaje detrás de su presa. No se dio cuenta de si los árboles le arañaban la cara o las manos, más bien parecía que se apartasen a su paso. Pero la figura continuaba delante de él, a la misma distancia, sólo una sombra irreconocible en mitad de la noche. Y entonces, al llegar a otro claro se paró y le esperó. Carlos detuvo su carrera y se acercó despacio,

seguro ya de que lo tenía, de que no iba a escapar. Según se iba acercando, empezó a sentir una aguda sensación de pánico. No podía reconocer ningún rasgo humano en la figura. Era sólo una sombra de negrura en la que dos ojos verdes brillaban, amenazadores como los de un animal salvaje. La sensación de odio irracional, de rabia infinita que despedía la criatura le asustó hasta el punto de paralizar todos sus miembros.

La figura negra empezó a establecer giros alrededor de Carlos, con unos movimientos que eran casi felinos. Los círculos eran amplios, dejando una distancia de varios metros entre ellos, pero mientras Carlos seguía a la figura con la mirada, incapaz de realizar ningún otro movimiento, pensó que podría abalanzarse sobre él en cualquier momento para destrozarle. Y entonces saltó. Carlos cerró los ojos con fuerza y esperó sentir las garras en su pecho. Pero no ocurrió nada.

Cuando abrió los ojos, volvía a encontrarse en el primer claro. Ya no podía percibir la presencia de la criatura. Sólo le acompañaba el bulto del suelo. La tela que lo tapaba aparecía ahora cubierta con manchas de sangre fresca. Sin poder evitarlo, a pesar de los gritos que resonaban en su mente intentando impedirselo, se acercó como si alguien poseyese su cuerpo y tendió su mano para descubrirlo. Era el cuerpo de Natalia, cubierto de sangre. Carlos se arrodilló a su lado y le acarició la mejilla y en ese momento ella abrió los ojos, pero en ellos sólo encontró dos enormes vacíos de negrura que amenazaban con tragársele.

Carlos despertó sobresaltado. Por un momento no supo dónde se encontraba, ni si todo había sido un sueño. Había parecido tan real. Su cuerpo estaba cubierto de sudor y aún tenía la respiración agitada. Se preguntó si habría gritado, pero nadie entro en su despacho, así que supuso que su último grito de

horror sólo había sido pronunciado en sueños. Intentó respirar despacio para calmar los latidos de su corazón, que golpeaba desesperado en su pecho. ¿Qué había significado toda aquella locura?

Al cabo de unos segundos se encontró algo más tranquilo y orientado y algunos detalles del sueño empezaron a difuminarse en su memoria. Miró su reloj. Sólo había dormido unos veinte minutos. Habría jurado que había pasado horas corriendo por aquel bosque. Se encontraba muchísimo más cansado y dolorido que en el momento de quedarse dormido, seguramente por la tensión y la mala postura de la espalda. Se levantó y se dirigió al cuarto de baño para refrescarse y espantar así los últimos recuerdos del sueño, que aún se paseaban por su mente como una bruma que se niega a levantar.

Cuando llegó a la calle en la que vivía Natalia, vio que su coche ya estaba aparcado allí. No era extraño que le hubiese adelantado. Al lado de aquel flamante Mercedes deportivo, su coche no era más que una cafetera. Volvió a preguntarse si se había equivocado de profesión. ¿Tanto cobraba un forense novato? Él, que llevaba catorce años trabajando como detective de homicidios, tenía que conformarse con un SEAT de segunda mano. Cerró la puerta y le dio unas palmaditas en el capo. Tampoco quería cambiarlo. Esa niña caprichosa no le iba a hacer sentirse inferior.

Subió hasta el piso de Natalia y llamó a la puerta. Ésta le abrió sonriente:

— ¿Cómo has tardado tanto?— su sonrisa era sarcástica— ¿Problemas con el tráfico?

— No, paré para comprarle un ramo de flores a mi compañera, pero luego me acordé de que eras tú y decidí que había miles de formas mejores de tirar el dinero.

Natalia fingió no haber oído el comentario y le condujo al salón. Gus había sabido darle un toque personal al lugar en un solo día. Había varios ceniceros rebosantes de colillas, latas de coca-cola vacías, bolas de papel tiradas por el suelo... Eso sin contar con el ambiente que daba la música atronadora que surgía de uno de los ordenadores y el humo de tabaco que envolvía la habitación. Natalia echó de nuevo un vistazo y frunció el ceño:

— ¿Qué pasa?— le preguntó Carlos, sonriendo divertido— ¿No te gustan las variaciones de la decoración del salón?

— Prefiero no mirarlo. ¿Alguien quiere un café?

Carlos y Gus asintieron y Natalia se dirigió a la cocina. Carlos se sentó al lado de Gus, que seguía con la mirada unas letras que se movían en la pantalla:

— ¿Cómo te va? ¿Mucho trabajo?

Gus movió el ratón para detener la reproducción del chat y le miró con aire de desesperación:

— No te lo puedes ni imaginar. Tengo trabajo para días y encima esto es aburridísimo. No puedo creer la cantidad de horas que es capaz de llenar el tío este con chorradas del tipo “te adoro”, “me muero por ti”, “necesito verte”... Si yo fuese una tía le habría mandado a paseo al de media hora de escuchar este montón de estupideces, pero ¿a que no te imaginas lo que sucede?— Carlos intentó intervenir para decirle que no tenía ni idea, pero Gus no le dio la oportunidad— Pues que ellas están encantadas, se les cae la baba por él. La verdad es que cada día entiendo menos a las mujeres porque mira, aquí tienes un tipo como yo, que no es por fardar, pero soy ocurrente, buen conversador, inteligente... ¿Y crees que ligo? No, ellas se enamoran de un gilipollas que repite lo mismo una y otra vez... Joder, si eso es lo que quieren las tías que me lo hubiesen explicado hace años. Lo que dice ese tío, lo puedo

decir yo dormido...

— Para, para... Joder, ¿cómo quieres que las chicas se comuniquen contigo si no callas? A la gente también le gusta que la escuchen.

— Perdona, normalmente yo no soy así— Carlos le lanzó una mirada de incredulidad—. Es que llevo aquí encerrado nueve horas con la única compañía de los chats del mamarracho este y me tengo que desahogar. Por hoy lo voy a dejar ya porque si me leo una sola pastelada más, me va a dar un coma diabético.

Carlos no pudo evitar reírse. Estaba seguro de que Gus exageraba, pero tampoco le envidiaba el trabajo de tener que leer horas y horas de conversaciones amorosas. La gente no tenía ni idea de lo que significaba un trabajo de investigación, no imaginaban la cantidad de tiempo que había que pasar comprobando datos que la mayoría de las veces no llevaban a ningún sitio. La verdad es que se alegraba de que esta vez la peor parte del trabajo se la fuese a llevar otro.

Natalia apareció con una bandeja en la que traía los cafés y un cenicero limpio:

— La verdad es que las mujeres no somos así— Natalia se sentó en la otra silla y les miro con aire profesional—. Ten en cuenta que son chicas muy jóvenes, con un índice de socialización muy baja, todo eso unido a los problemas de autoestima que ocasiona la adolescencia. Esas chicas estaban deseando que alguien les dijese que las quería y tampoco habían tenido experiencias amorosas previas, así que no tenían con qué comparar. Además, estoy segura de que el asesino ha tenido que aguantar un montón de rechazos antes de encontrar a sus víctimas. No creo que tuviera tanta suerte como para haberlas encontrado a la primera.

— Por una vez estoy de acuerdo contigo. No tiene que ser fácil para él

encontrarlas... Y a partir de ahora lo será aún menos— Carlos sonrió con nerviosismo, no sabía cómo se iban a tomar la noticia—. Mañana emiten un comunicado de prensa en el que se dice que el asesino contacta con sus víctimas a través de Internet.

— Pero ¿por qué?— Natalia se le encaró, furiosa— ¿Y si se esconde y lo perdemos?

— Bueno, si se esconde, al menos habrá parado de matar y eso nos dará más tiempo para encontrarle— contestó Carlos.

— Pero podemos perderle para siempre. Esto ha sido una absoluta estupidez. ¿Es que quieres tener a un asesino suelto para siempre?— Natalia levantó aún más el tono.

— ¿Y tú quieres encontrar otro cadáver porque no avisamos a la gente de que tuviera cuidado?— contestó Carlos, demostrando que él también sabía hablar alto.

Gus, que hasta el momento había estado muy callado sentado entre los dos mientras ellos empezaban a gritarse, murmuró un “perdonad” y aprovechó para ir al cuarto de baño. Por él podían gritarse lo que les diese la gana, pero prefería que sus tímpanos no estuviesen en medio.

— ¿Y qué va a pasar si cambia de nick o de programa para chatear pero sigue matando? ¿Cómo vamos a encontrarle entonces, listo?

— Bueno, Gus le encontrará de nuevo. Creo que nuestra primera obligación es proteger la vida de la gente inocente. Y deja de hablarme en ese tono... Yo no tengo la culpa de que no vayas a hacerte famosa en cuatro días con este caso— le recriminó Carlos.

— ¿Quién dice que yo quiero hacerme famosa? Sólo intento hacer bien mi trabajo, no como tú que no eres capaz de pasar veinticuatro horas con la

boquita cerrada.

— Escúchame bien, guapa...— la paciencia de Carlos empezaba a agotarse— Aguirre ya sabía cómo contactaba el asesino con sus víctimas. Se enteró por Roberto, ¿te acuerdas? Ha sido el sargento quien ha decidido contarle a la prensa, así que yo no he podido hacer nada, pero al menos intento encontrar la parte positiva al asunto, como que, por ejemplo, Aguirre ha prometido dejarme en paz a partir de ahora y no hacer ninguna otra filtración a la prensa.

— Claro, a partir de ahora, cuando ya se ha estropeado todo. Deberías haberme consultado antes. Ahora ya no conseguiremos nada y será por tu culpa...

— Mira, si tienes tanto miedo a fracasar y piensas que lo mejor es rendirte, dilo. Gus y yo cogemos los trastos y nos largaremos a otra parte. Así podrás seguir jugando a que eres una princesita sin mancharte nunca los zapatos de mierda. ¿Es eso lo que quieres? ¿Comportarte como una cobarde?

Natalia le fulminó con una mirada cargada de odio:

— Por mí puedes hacer lo que te dé la gana— se levantó rápidamente y se dirigió a la cocina. A Carlos le pareció que su voz se quebraba durante un momento—. No me importáis nada ni tú ni tu dichosa investigación.

La puerta de la cocina se cerró de un portazo. Gus apareció en ese momento, se sentó al ordenador, encendió un cigarrillo y le ofreció otro a Carlos:

- Joder, vaya bronca... ¿Sois siempre así?

Carlos cogió el cigarrillo, lo encendió y le dio un par de rápidas caladas intentando serenarse:

— Bueno, algo más descafeinado, pero se podría decir que nunca nos hemos llevado del todo bien.

— ¿Quieres que vaya a hablar con ella?— se ofreció Gus.

— Tú estás loco, ¿Es que no aprecias nada tu vida?

— Hombre, si voy yo tampoco va a poder decirme muchas barbaridades. Según la idea que tienes de mí, no le iba a dejar tiempo para hablar.

Carlos le sonrió y le dio una palmada en la espalda:

— No, déjalo. Si dentro de un rato no se le ha pasado, iré yo que para eso tengo algo de entrenamiento en lucha cuerpo a cuerpo. Gracias de todos modos. Bueno, ¿acabamos de leer ese chat?

Gus resopló con todas sus fuerzas y se agarró el estómago como si acabase de ser apuñalado:

— ¿En serio? ¿No podríamos dejarlo para mañana?

— Venga, hombre... Tampoco puede ser para tanto.

— Bien, bien... Lo voy a poner, pero bajo tu responsabilidad. Así verás que no exagero. Te apuesto lo que quieras a que antes de cinco minutos los dos preferimos ir a la cocina a que Natalia nos saque los ojos antes de leer una sola línea más.

Natalia se sentó en la cocina y escondió la cara entre las manos. No iba a llorar, no le daría esa satisfacción. Se irguió en la silla y levantó la cabeza, tratando de hacer desaparecer el nudo que le atenazaba la garganta. ¿Cómo podía ser tan estúpido? No la conocía en absoluto. ¿Quién se creía que era para juzgarla de ese modo?

Intentó relajarse. Después de todo, la culpa no había sido sólo de Carlos, aunque si hubiese explicado desde el principio que la idea de hacer pública la

noticia había sido de Aguirre, ella no le habría atacado así. Y después ya no había sabido cómo parar... Carlos tenía razón en algunas cosas. A pesar de que en un primer momento hubiese seguido en una investigación que suponía un peligro para su carrera sólo por fidelidad a Carlos, seguía pensando que, si al final lograban cazar al asesino, Aguirre no podría negarle las alabanzas, las felicitaciones, un ascenso... Estaba demasiado obsesionada con conseguir triunfar. En seis meses tendría el título de prosector y estaría capacitada para dirigir un laboratorio forense. Ése sería el momento en que podría ser asignada a otro puesto más importante, quizá a dirigir su propio equipo de la policía científica. No podía permitir que un fracaso la retuviese durante varios años en un trabajo de mala muerte. Tenía que ser la número uno, conseguir el mejor destino y demostrar que podía triunfar por sí misma. Y para ello necesitaba cazar al asesino, necesitaba ese trofeo en su currículum y ni Carlos ni nadie se iban a interponer.

Suspiró y volvió a sentirse hundida. ¿Por qué tenía que castigarse a sí misma con tanta presión? Se sentía culpable por el daño que pudiese haberle causado a Carlos con su actitud, aunque él tampoco se había quedado muy atrás. La verdad es que se había comportado de una manera muy grosera con ella y que no se lo iba a perdonar con facilidad.

En ese momento se sintió como una niña tonta. ¿Qué iba a hacer? ¿No hablarle? ¿Dejar de respirar hasta ponerse morada? Sabía que Carlos no era de los que se disculpaban y ella tampoco era una especialista en admitir equivocaciones. Lo único en lo que tenía que pensar era en si creía que podían conseguirlo y seguir adelante sin importarle nada más o abandonar en ese mismo instante para dedicar sus energías a conseguir un triunfo de otra manera. Se levantó y se dirigió hacia el salón. Al llegar a la puerta, respiró hondo y se irguió aún más. Siempre estaba a tiempo de abandonar, le quedaban seis meses antes de ser asignada a otro destino. Y además, aunque no supiera

por qué, aquel par de chapuceros le inspiraba confianza.

Carlos levantó la mirada al oírla entrar. Ella se sentó en su silla y observó la pantalla del ordenador:

— Oye, ¿queda mucho para que acabe esto?— preguntó Carlos con voz aburrida.

— Nada... Sólo veinticinco minutos más de “cuanto te quiero”, “que maravillosa eres”. ¿A que cansa?

— Tengo que admitir que tenías razón. Esto es lo más empalagoso que he leído en toda mi vida.

— Pues eso que tú llevas diez minutos de tortura. Imagínate como estaré yo después de nueve horas... Sólo pensar que me queda trabajo para varios días me da ganas de abandonar ahora mismo.

— ¿Crees que vas a sacar algo de esto?— le preguntó Carlos.

— No sé... No creo que se traicione y nos diga dónde vive, pero quizá podamos encontrar algo interesante. Por el momento he encontrado algunas cosas. Primero, aquí tienes una copia de la foto de Alex a ver si puedes encontrar algo. Y sobre los chats...— recogió los folios que tenía esparcidos encima del escritorio y se puso a leer— Veamos, a Bianca la conoció el día quince de mayo así que su relación duró unos 4 meses. Al de aproximadamente diez días ya estaban hablando de amor. Con Vanessa se encontró el día veinte de agosto. Su noviazgo fue bastante más corto, sólo dos meses hasta que se encontraron el viernes pasado.

— ¿Así que Bianca se lo puso más difícil?— preguntó Carlos, mientras tomaba nota de todo.

— Ahí está lo que me ha extrañado. Bianca llevaba pidiéndole una cita desde finales de junio. Por eso lo he anotado y he apuntado los chats en los que él le da largas— le tendió una hoja a Natalia y le sonrió como si la discusión de quince minutos atrás no hubiese sucedido—. Aquí tienes apuntadas las fechas de todos los chats en los que me parece que hay información relevante, así sólo tienes que buscarlos en esta lista. En el resto sólo hablan de cómo se echaban de menos, de los problemas de la chavala en la escuela y esas cosas... A ver si tú puedes decirnos algo.

— ¿Por qué crees que tardó tanto en concertar esa cita, Natalia?— Carlos hizo la pregunta sin levantar la vista de su cuaderno. No sabía cómo estaban las cosas entre ellos en aquel momento y tampoco estaba de humor para otra discusión.

— No podré saberlo con seguridad hasta que los lea... Puede que estuviese jugando con ella, como un cazador que persigue a su presa o quizá todavía no sentía el valor necesario para hacer lo que hizo... No lo sabremos hasta que descubramos más cosas de su personalidad.

— Pues ahí vamos a tener problemas porque ese es precisamente el otro dato que quería comentaros— Gus rebuscó entre sus papeles y les mostró otra hoja llena de anotaciones—. Parece que nuestro chico es muy tímido porque NUNCA habla de sí mismo.

— ¿Cómo que nunca habla de sí mismo? Es una conversación entre dos personas, algo tendrá que contar de él— Carlos le arrebató la hoja de las manos—. ¿Qué se supone que tienes anotado aquí?

— Una relación de las veces en las que Bianca le realiza una pregunta personal y él escapa con evasivas. Es más resbaladizo que una anguila. Aparte de los datos que aparecen en su información de ICQ, no ha soltado un solo dato más.

— ¿Y cómo se libra de responder?— Natalia le miraba como si pensase que la falta de datos se debía más a la ineptitud de Gus que a la habilidad de Alex.

— Hay que reconocer que ahí el chaval se lo curra— Gus recuperó el papel de las manos de Carlos y leyó—. Usa cosas tan ingeniosas como “mi vida no es tan interesante”, “prefiero que sigamos hablando de ti, cariño, eres tan maravillosa...” o “no hay mucho que contar sobre mi vida, tengo la sensación de que nací el día en que nos encontramos”. Encantador, ¿verdad?

— Pues ya lo siento, pero tendrás que seguir leyendo a ver si al final encuentras algo— dijo Carlos, negándose a aceptar un fracaso.

— Carlos, joder... Me voy a acabar tirando por la puta ventana.

— Tú sigue, a ver si con tanta palabra bonita se te dulcifica el carácter y dejas de decir tanto taco. Quizá Vanessa fue más insistente y consiguió sacarle algo, o quizá al tener más confianza con Bianca acabó escapándosele algún dato... Después de todo son cuatro meses de conversaciones diarias. No se pueden llenar sólo con te quiero y demás bobadas.

— Te sorprendería lo que es capaz de alargar ese tema el pelmazo este. Bueno, está bien... Espero que al menos Natalia saque algo de todo esto.

Natalia levantó la cabeza de la hoja que le había pasado Gus:

— Espero poder encontrar algo... Uno puede esconder datos sobre su vida pero no su manera de hablar, sus expresiones... Creo que podremos deducir alguna hipótesis sobre su personalidad.

— Bien, coméntame todo lo que encuentres a ver si puedo empezar a buscar algo. Estoy seguro de que avanzaremos en cuanto me des algún dato— Carlos le sonrió, en un intento de borrar del todo la discusión. Natalia le devolvió una tímida sonrisa y volvió la mirada hacia la hoja. Carlos no se dio

por vencido—. ¿Has conseguido algún dato más de las autopsias?

— Por el momento no... En unos días espero recibir el informe completo de la autopsia de Bianca. Supongo que los resultados finales de la autopsia de Vanessa no estarán hasta dentro de diez o quince días... Un estudio completo lleva tiempo. A pesar de que algunos órganos como los torácicos solo necesitan uno o dos días de fijación en formol para poder ser estudiados, otros, como el encéfalo, precisan de unos diez días antes de poder ser manipulados adecuadamente...

— Vale, vale... No hace falta que des más detalles, me gustaría poder cenar esta noche. Lo siento pero tengo el estómago muy delicado— Gus se disculpó. Le daba vergüenza tener que admitirlo, pero la sola mención de la sangre o los órganos internos le hacía ponerse enfermo. Volvió a pensar que quizá debería habérselo pensado dos veces antes de meterse en aquel caso. Intento cambiar de tema—. ¿Y tú Carlos? ¿Has conseguido algo con los datos de Alex?

— Por el momento, no. Le he pasado mis anotaciones a uno de los chicos de archivos y me avisará cuando tenga algo. Tampoco he conseguido nada del padre de Vanessa. He estado esta tarde con él y su ex mujer pero hacía más de un año que no la veía. Ella solía ir a pasar las vacaciones de verano en Nueva York, pero este año él tenía negocios muy importantes que atender, así que decidieron retrasarlo para Navidad. Lo único que he sacado de la conversación ha sido un horrible dolor de cabeza. No hacían otra cosa que gritarse y echarse la culpa el uno al otro de lo que le había pasado a Vanessa...

— Bueno, la verdad es que podríamos decir que el padre de Vanessa tuvo algo de responsabilidad— Gus continuó explicando ante la mirada de extrañeza que le dirigieron los dos—. Si hubiese estado en Nueva York en

verano, no habría conocido a Alex y ahora estaría viva.

— Espero que la madre de Vanessa no piense nunca en eso por el bien de ese pobre hombre— Carlos se encogió de hombros—. De todos modos, es una tontería pensar en ello. Si no hubiese conocido a Vanessa, estaríamos hablando del asesinato de otra chica. No debemos olvidar que el problema es que tenemos un asesino suelto. No podemos distraernos buscando culpables en otro lado— Carlos se levantó de la silla y recogió su chaqueta. Se había hecho muy tarde—. Entonces seguiremos investigando tal como lo hemos hecho hoy. Mañana nos reuniremos de nuevo para comentar cualquier posible avance. ¿Todos de acuerdo?

Carlos clavó su mirada en Natalia, buscando la confirmación definitiva de que todo estaba olvidado y que continuaba en el equipo. Natalia asintió sonriéndole y les acompañó a la puerta:

— De acuerdo, mañana todos en mi casa a las ocho. Y a ver si mañana estás de humor y nos haces una de tus famosas tortillas. He estado esperando toda la noche y no te has movido de la silla.

— Mañana, lo prometo— Carlos le sonrió, agradecido.

Entró en el ascensor con Gus y pulsó el botón del bajo:

— Bueno, parece que las cosas se han arreglado, ¿no?— Gus le dio un codazo amistoso— Por un momento había pensado que me quedaba sin curro el primer día.

— Oye, que podías haber seguido trabajando conmigo.

— Por favor, Carlos. Si yo confío en cobrar, es por Natalia...

— ¿Y de dónde sacas que yo no tengo dinero para pagarte y ella sí?

Salieron del portal mientras Gus pensaba cómo darle una explicación sin

ofenderle:

— No te mosquees pero mira, aquí tienes un ejemplo. Ese es el coche de Natalia— lo señaló—. A su lado, el tuyo es un cacharro viejo. Pero no te enfades, ¿eh?

Carlos le sonrió tranquilizador mientras subía al coche:

— No te preocupes. Yo no me enfado por esas tonterías.

Gus se dirigió a la puerta del copiloto y en ese momento Carlos arrancó a toda velocidad. Para cuando reaccionó, el coche ya había desaparecido tras la primera curva. Cojonudo. Ahora tendría que andar hasta la calle Luchana para coger el autobús porque, después de la bronca que había habido con Natalia, no se atrevía a pedirle que le llevara. Y todo por bocazas, tenía que aprender a controlar lo que decía. Encendió un cigarrillo, miró su reloj y empezó a caminar con rapidez porque el último autobús salía en unos cuarenta y cinco minutos y la parada quedaba en la otra punta de Bilbao. Cuando llevaba andados unos cinco minutos, oyó un coche acercándose a toda velocidad. Carlos paró a su lado:

— Vamos, entra que te llevo.

— ¿A qué ha venido esto?— Gus entró con rapidez para no darle la oportunidad de que cambiara de idea. Cuando Carlos arrancó, se encaró con él — ¿Sabes que a veces te comportas igual que un crío?

— Solo quería que aprendieses tres cosas. Primero, este cacharro viejo es el que te lleva a casa todas las noches, así que trátale con un poco de cariño. Segundo, yo había prometido llevarte a casa y he vuelto por ti, porque cuando yo me comprometo a algo lo cumplo, así que no vuelvas a preocuparte por tu dinero, ¿vale?— Carlos apartó la mirada de la carretera aprovechando que habían parado en un semáforo para comprobar si le había entendido. Gus

asintió.

— ¿Y la tercera cosa?

— La tercera es que he escuchado la música que tenías puesta en casa de Natalia y tienes un gusto pésimo, así que vas a estar yendo en mi coche hasta que se te afine el oído.

— Estoy pensando que ir en autobús tampoco era tan mala idea. Si sigo escuchando esto, me pegaré un tiro antes de llegar a Baracaldo.

Carlos le ignoró y aceleró a fondo en cuanto el semáforo se puso verde. Gus se reclinó en el asiento y sonrió. La verdad era que tanto la música como el carácter de Carlos empezaban a gustarle pero le parecía que sacarle de quicio le daba un toque de emoción a la vida.

CAPÍTULO CUATRO

Natalia estuvo tratando de dejar su salón en el estado en que se encontraba antes de que Gus lo convirtiera en un basurero. Al de diez minutos se dio por vencida. El salón necesitaba una limpieza a fondo. A pesar del enorme cenicero que Gus había estado usando, había más ceniza rodeándolo que dentro. Quizá nadie le había explicado que la verdadera función de un cenicero era ser invadido por la ceniza, no sitiado. Intentó no mirar la mancha de algo indeterminado que se esparcía por su alfombra. Al día siguiente la mandaría a la tintorería y ya la recogería cuando acabasen la investigación. Por si esto fuese poco para sacarla de quicio, había papeles esparcidos por la mesa y el suelo. Natalia no supo precisar si eran de utilidad o en qué orden debería colocarlos, así que los agrupó por montones y decidió no recoger nada más. Después de todo, por muy ordenado que lo dejase todo, él volvería al día siguiente.

Resopló resignada y se dirigió al cuarto de baño para darse una ducha. Parecía que las devastadoras consecuencias del huracán “Gus” no habían llegado hasta allí, pero, eso sí, la tapa del inodoro estaba levantada. Mientras se quitaba la ropa empezó a pensar que debería dictar una serie de normas de convivencia a ese par de bestias si no quería que la casa fuese declarada siniestro total en el plazo de una semana. Cuando el agua caliente empezó a caer sobre su cuerpo y la hizo sentirse más relajada, cambió de opinión. Después de todo, bastante se había pasado con su escenita de aquella noche. Debía ser más flexible con la gente. Se decía lo mismo una y otra vez y al final siempre acababa estropeándolo todo con sus ataques de orgullo y su intolerancia.

Las caras de las personas que había ido perdiendo en la vida por su estúpida manera de ser desfilaron en ese momento por su mente. Volvió a preguntarse por qué era incapaz de confiar en la gente, por qué nunca podía desnudar su alma ante los demás y comportarse tal y como era en realidad. Una sonrisa cínica asomó a sus labios. Tal y como era en realidad... Ni siquiera ella sabía cómo era después de tanto tiempo tratando de demostrar al mundo que era perfecta. Salió de la ducha y se vistió con una camiseta enorme y unos vaqueros. Limpió el vaho del espejo y se miró. La imagen que el espejo le devolvía no tenía nada que ver con la forense elegante y profesional que salía de su casa todas las mañanas. Parecía mucho más joven, desvalida, sola, triste...

Lo curioso del caso es que podía recordar una época de su vida en la que había sido feliz con su manera de ser. Era cierto que de pequeña nunca había tenido amigas íntimas, que no había tenido tiempo ni ganas de jugar con niñas de su edad, pero nunca le había importado. Estaba orgullosa de ser la número uno de su clase, la responsable, la madura... Volvió a sonreír. Debía haber sido la niña más repelente del mundo, pero en aquellos momentos no se lo había planteado. Los problemas no llegaron hasta el instituto, cuando empezaron a considerarla una estirada, una marginada. “La rara”. Y tampoco le importo. Sabía muy bien cuál era su meta: llegar a ser la mejor especialista en anatomía patológica del mundo, dar conferencias, hacer grandes descubrimientos. Había seguido luchando por ello sin importarle que el resto de su vida se estuviese perdiendo para siempre... hasta el día en que se dio cuenta de que nunca había sido la protagonista de su propia vida, hasta el día en que por fin se había rebelado.

Intentó borrar de su cabeza el recuerdo de aquel día. Cada vez que pensaba en ello le entraban ganas de llorar. Pensó que era muy curioso que, a pesar de haberse liberado de él, la semilla continuara muy arraigada en su interior.

Seguía comportándose como si su vida fuese una continua carrera de obstáculos. A pesar de que se había dado cuenta hacia tiempo de que su manera de comportarse sólo la llevaba a vivir bajo presión y sola, no sabía cómo actuar de otra manera. Esa misma noche había estado a punto de volver a alejar de su vida a las únicas personas que le importaban en aquel momento.

Volvió al salón y conectó el ordenador de Bianca mientras se encendía un cigarrillo. Era muy irónico pensar que las únicas personas que le importaban eran un compañero de trabajo que no la soportaba y un chico al que conocía sólo de dos días atrás y que estaba con ellos porque le pagaban. Ahí tenía lo que se había ganado siendo la número uno. Felicidades, Natalia.

Intentó desterrar la amargura de su mente. Al menos no se encontraba sola del todo y disfrutaba de su compañía y eso era mucho más de lo que había tenido en muchas ocasiones, así que pensó que intentaría no ser tan dura con ellos en el futuro. Aunque sabía que le iba a resultar muy difícil controlarse, la recompensa valía la pena. Las sonrisas, las conversaciones, encontrar a alguien al volver a casa, la mirada brillante de los ojos verdes de Carlos cuando se reía con ella... y la satisfacción de estar haciendo algo porque creía en ello y no sólo por demostrarle al mundo lo fantástica que era Natalia Egaña.

Carlos salió del despacho en el que había estado realizando entrevistas durante más de cuatro horas y se dirigió hacia la salida del colegio. Caminó por los pasillos silenciosos, cruzándose de vez en cuando con algún grupo de niñas de uniforme que le saludaban con una educada inclinación de cabeza. En el colegio se respiraba un ambiente de recogimiento y férrea disciplina religiosa. Carlos se detuvo en el vestíbulo antes de salir a la calle y miró en derredor. Aquel sitio le recordaba a una cárcel, justo lo que menos había

necesitado Vanessa viniendo de un hogar destruido y sin muestras de cariño.

Por lo que le habían comentado tanto las profesoras como las compañeras, Vanessa no había sido una persona que se relacionase con las demás, con lo cual ni siquiera había podido encontrar el aprecio y la ternura que tanto necesitaba en las conversaciones, los cotilleos o las risas con un grupo de amigas. Al final, había ido a buscar ese amor en el peor sitio, pensando que había encontrado un príncipe para ir a caer en los brazos de un demonio.

Cruzó los cuidados jardines, adornados con rosales y estatuas de mármol que representaban santos. El otoño empezaba a hacerse notar y una brisa fría soplaba entre las copas de los árboles, haciendo que cayesen las primeras hojas. Pronto empezaría a llover un día tras otro, con esa lluvia lenta y débil que se te metía dentro y te hacía olvidar lo que era el sol. Sin embargo, ese día unos rayos débiles traspasaban las copas, dando a todo el jardín un brillo dorado, casi mágico.

Entró en su coche, encendió la música y se puso a repasar las notas que había tomado. La verdad es que aquellas cuatro horas no habían sido muy productivas. Aparte de corroborar las hipótesis que tenían acerca de la personalidad de Vanessa y las razones por las que había contactado con ella el asesino, no le habían aportado nada nuevo. Suspiró, sintiéndose frustrado. Si examinaba los resultados que habían obtenido hasta el momento, no tenía demasiadas razones para sentirse contento. Contaban con unas hipótesis que él creía podían ser acertadas, estaban utilizando unos métodos que podían dar resultados positivos y además los tres juntos reunían unos conocimientos y habilidades que deberían aumentar sus posibilidades, pero, aun así, la verdad es que por el momento no tenían nada. Quizá debería llamar a Natalia. Seguro que se le habían ocurrido un millón de hipótesis nuevas que probar que le harían entusiasmarse de nuevo. Además podía aprovechar para invitarla a

comer y hacer las paces por lo de la noche anterior. Más animado con esta idea, sacó el móvil y marcó su número.

Natalia no disponía de demasiado tiempo libre para comer, así que quedaron en una cafetería cercana y pidieron dos bocadillos. Carlos sacó su cartera para pagar y Natalia le miró con extrañeza:

— ¿Vas a pagar tú otra vez? Creó que te tomas el papel de caballero demasiado en serio.

— No seas boba. Tú nos invitaste a cenar la otra noche.

— Claro, pero porque es responsabilidad mía no tener ni idea de cocinar. Además, ese mismo día tú habías pagado la comida y esta noche te toca a ti hacer la tortilla de patata.

— Bueno, pero..., es que yo... Quería invitarte porque anoche fui muy grosero contigo y..., bueno, pues quería hacer algo para que lo olvidáramos.

— Bueno, si es por eso...— Natalia le sonrió con dulzura— Yo también me comporte muy mal. Espero que no me lo tomes en cuenta.

— ¿Entonces todo olvidado?— Carlos le tendió la mano. Ella se la estrechó con una amplia sonrisa en la cara.

— Olvidado y perdonado, pero estos bocadillos los pago yo porque fuiste muy, muy borde y para compensarme me vas a tener que invitar a algo mucho mejor que unos bocadillos, así que espero una invitación formal a comer un día de estos en un restaurante muy, muy caro.

— ¡Vaya cara que tienes, guapa! Si te crees que me vas a engañar, lo llevas claro. Ya me has dicho que estoy perdonado, así que puedes ir olvidándote de comer caviar a mi costa. Y ahora los bocadillos los pagas tú

por intentar pasarte de lista— Carlos recogió su bocadillo y se sentó en una de las mesitas.

Natalia pagó en la barra y se sentó frente a él riendo:

— ¿Cómo puedes ser tan tacaño? Tienes que aprender a ser más amable con las chicas. Supongo que sabrás que nos encantan los detallitos como las flores, los diamantes o los abrigos de pieles y esas cosas cuestan dinero.

— Pensé en ahorrar para cuando encontrase a una que se lo mereciera, pero, después de ver lo que hay por ahí, decidí que era más productivo que me lo gastase en vodka.

Natalia abrió la boca para contestarle, pero en ese momento empezaron a retransmitir las noticias.

— Mira, van a decir lo del asesino— la cortó Carlos. Se giró para dirigirse al hombre de la barra—. Perdona, ¿le importaría subir un poco el volumen de la tele? Gracias.

El camarero hizo lo que le habían pedido y ambos se quedaron en total silencio, escuchando con atención:

— Les comunicamos a continuación los últimos datos recibidos acerca de los brutales asesinatos de las jóvenes Bianca Rodríguez y Vanessa Lozano. Según información proporcionada por el Gabinete de Prensa de la Ertzantza, de las últimas investigaciones realizadas se desprende que ambos asesinatos habrían sido realizados por la misma persona. Esta hipótesis se basa en que ambas víctimas contactaron con su agresor a través de un programa de chat de Internet y en que, según el análisis forense de los cuerpos de ambas jóvenes, puede deducirse que las armas y modus operandi del asesino fueron similares en ambos casos— en la pantalla una elegante locutora leía un comunicado

mientras sonreía a la cámara. Carlos pensó que aquella sonrisa estaba fuera de lugar. Parecía quitarle importancia a todo aquello, haciendo que incluso a él le pareciese algo irreal y lejano—. La Ertzantza informa también de que se están realizando todos los esfuerzos posibles para esclarecer estos crímenes con la mayor brevedad posible. Para ello se ha desplegado un fuerte contingente policial destinado a asegurar que esta clase de sucesos no vuelvan a producirse. Asimismo, agradecerían la colaboración de cualquier persona que pueda disponer de datos que ayuden a un pronto esclarecimiento de estos delitos. El Gabinete de Prensa de la Ertzantza también aclara, ante la inquietud pública que suscitó la detención de una persona presuntamente relacionada con este caso hace tres días, que esa persona tan sólo fue reclamada policialmente como informador y no como sospechoso, con lo cual hasta el momento no se habría realizado detención alguna. Nuestro colaborador en la zona les amplía a continuación esta noticia...

Carlos miró a Natalia, temeroso de volver a encontrarse con su airada reacción de la noche anterior:

— Bueno, tampoco ha sido tan malo, ¿no?— le preguntó con timidez.

— No sé... Creo que tenías razón en que es conveniente que la población esté alertada. Si con esto le perdemos o no, es algo que descubriremos en los próximos días.

— Bueno, yo creo que esto le habrá asustado... Tiene que figurarse que si sabemos que las encontró en Internet, también sabemos sus datos, su nick...

— Carlos sonrió— Me he acordado de la palabreja.

— Si, Gus se sentirá muy orgulloso de ti. De todos modos, creo que la facilidad con que hemos encontrado esos datos confirma la hipótesis de Gus de que son falsos. ¿Has conseguido algo de ellos?

— Por el momento no, pero hay que probarlo todo. Y volviendo al

tema de antes, para que veas que no soy un racán los cafés los voy a pagar yo.

Natalia puso cara de estar sorprendida:

— Por Dios, Carlos... ¡Qué derroche! Tampoco quiero que te sacrifiques tanto, no sea que te vayas a poner enfermo.

— No me has dejado acabar. Los voy a pagar yo si te portas bien y no te metes conmigo en todo lo que queda de comida, que al final me va a sentar mal con todo el veneno que echas cada vez que abres la boquita.

— Si me estoy callada, me vas a echar de menos.

— No sé por qué me he tenido que buscar dos socios que se creen que dicen cosas divertidas y ocurrentes todo el rato y que yo no iba a poder vivir sin sus ingeniosos comentarios, cuando la realidad es que el solo sonido de vuestra voz me marea— la corrigió Carlos.

— Menos mal que sé que lo dices de broma porque, si por cada comentario hiriente te hiciese pagarme una cena, ibas a estar hipotecado para el resto de tu vida.

— Vale, vale... Tú sigue pensando que es broma... No sé para qué hablo, nunca me escucháis.

Natalia no le hizo ningún caso, pero, a pesar de todo, mientras ella le comentaba los últimos chismes de comisaría, no pudo evitar pensar en lo mucho que se alegraba de que hubiesen arreglado la pelea de la noche anterior y en que no podía recordar la última vez que se había sentido tan a gusto hablando con alguien.

Hola cari:

Acabo de ver las noticias en la tele y, aunque supongo que tú también las habrás visto, me he asustado tanto con lo que han dicho que te escribo esto para avisarte. ¿Te enteraste de los asesinatos de esas dos chicas, una en Bilbao y otra en Neguri? Pues hoy he oído en la tele que la policía cree que el asesino busca a sus víctimas en Internet y las contacta a través de un programa de chat.

Como ya te imaginarás, nada más oírlo he pensado en ti. Ya sé que quizá me esté preocupando demasiado y que no te va a pasar nada, pero, sólo con imaginarme que ese tío pueda llegar a hablar contigo, me pongo enfermo. Estarás pensando que parezco tu madre y que ya sabes cuidarte por ti misma pero, ¿cómo no voy a preocuparme de la posibilidad de perder a la persona que más me importa en este mundo? Me moriría si te pierdo, así que, por favor, ten cuidado, ¿vale?

No estoy intentando que te asustes. Sólo quiero que estés alerta, que si sospechas de alguien no hables más con esa persona o que me lo digas. Quiero estar seguro de que no va a pasar nada que pueda impedir que un día nos encontremos para que podamos cumplir nuestros sueños.

Siento que este e-mail no sea romántico y que no te exprese todo lo que siento por ti, pero es que estaba muy preocupado. Mañana hablamos más, mi vida.

Un beso enorme,

Alex

Releyó el e-mail y fue mandándolo a todas las chicas de su lista de contactos con las que tenía una especial confianza. Con eso estaría todo arreglado. Decían que la mejor defensa era un buen ataque y eso era lo que estaba

haciendo. Siempre sería más convincente sacar el tema que esperar a que ellas le preguntasen o que empezasen a hacerse ideas raras. Nadie esperaba que un asesino alertase a sus víctimas contra sí mismo.

Ahora sólo tenía que esperar a sus respuestas para ver si la relación seguía estando igual que antes del comunicado. Debía asegurarse de que todo iba bien, de que ninguna sospechaba. No podía arriesgarse a tener una cita con alguna de ellas y encontrarse con una patrulla de policía esperando. No podía permitir que aquello parase. Ellas eran culpables y tenían que pagar.

Recordó el comunicado que habían emitido por televisión. Parecía que se había armado un buen lío, que la policía estaba poniendo todo su empeño en esclarecer el caso. Golpeó la mesa con frustración. ¿Por qué tenían que entrometerse? Después de todo, las chicas se lo merecían, se lo estaban buscando desde el principio. Nadie las obligaba a caer en su pecado, nadie las forzaba a enamorarse y aceptar una cita. Ellas tenían la capacidad de elegir entre la vida y la muerte. Si escogían la muerte, nadie era culpable más que ellas mismas.

Empezó a pensar en las recomendaciones que habían dado por televisión: nada de quedar en la vida real con alguien de Internet con quien no tuvieses mucha confianza, avisar siempre a alguien de con quién ibas dando todos los datos de los que disponías, comprometerse a llamar por teléfono durante la cita para avisar de que todo iba bien... Se preguntó hasta qué punto podía interferir eso en sus objetivos. Sonrió con satisfacción. No influiría en nada. Ellas eran muy jóvenes, sus padres ni siquiera permitían a muchas de ellas que saliesen con alguien y, por lo tanto, ni siquiera sabían de su existencia. Además, gran parte del encanto de su relación consistía en el secreto, en la prohibición... Y, por otro lado, una cosa era pensar que había un asesino buscando presas en Internet y otra muy distinta sospechar de “su Alex”, ese chico tan dulce y que

tan bien las hacía sentir.

Acabó de enviar los e-mails. Ya había hecho todo lo que estaba en su mano, ahora podía relajarse. Pensó de nuevo en la policía. No había esperado que descubriesen tan pronto cómo las encontraba, pero eso tampoco era un gran problema. Ya había pensado en ello y había colocado la suficiente cantidad de datos, pistas falsas y protecciones en Internet como para tenerles ocupados durante bastante tiempo. Ya pensaría lo que debía hacer si se acercaban demasiado. Si querían plantearlo como un desafío, no pensaba echarse atrás. Y además, iba ganando.

Cuando Carlos y Gus se marcharon, Natalia empezó a recoger los platos de la cena. Carlos había cocinado su “maravillosa tortilla de patata” y habían estado los tres cenando entre risas y sarcásticos comentarios de Gus a Carlos acerca de que esa tortilla era una autentica bazofia en comparación con la que hacía su madre. Después de la cena, mientras tomaban un café, habían estado comentando el caso, y, a pesar de que no habían conseguido ningún avance durante ese día, la conversación había ido alargándose hasta la una de la mañana.

Natalia observó el penoso estado en que se encontraba su cocina. Tenía que reconocer que Carlos no cocinaba mal, pero manchaba más cacharros que si hubiese preparado comida para un ejército. Con un suspiro de resignación Natalia salió de la cocina para no verlo. Estaba demasiado cansada como para ponerse a recoger todo aquello. Se dirigió hacia su habitación, pero, al pasar por delante de los ordenadores, no pudo evitar sentarse un rato frente a ellos. Allí estaba la clave, lo sabía. A pesar de que el día anterior había estado revisando chats hasta las tres de la mañana sin encontrar nada, sabía que el asesino no podía ser tan cuidadoso como para que no se le escapase nada.

Tenía que haber algo ahí que pudiese contarles cómo era, qué pensaba, cómo sentía, por qué lo hacía... No podía irse a dormir sin al menos intentarlo. El asesino podía matar a la noche siguiente, la vida de otra niña podía depender de lo que ella encontrase allí. Encendió el ordenador y empezó a leer otro de los chats entre Alex y Bianca.

Durante las siguientes tres horas las letras fueron pasando sin interrupción, hablándole de los sueños de Bianca, de sus ilusiones, de sus preocupaciones... Natalia se sentía cada vez más frustrada. Empezaba a conocer a Bianca mucho mejor de lo que podrían conocerla muchas de sus compañeras o familiares, pero Alex seguía siendo un auténtico misterio. La mayoría del tiempo se limitaba a escuchar lo que Bianca le contaba, haciéndole comentarios sobre ello, preguntándole dudas, dándole su opinión, mostrándose comprensivo... Pero los datos sobre él eran inexistentes. Además, se sentía incómoda leyendo aquello. Le parecía morboso, hasta el punto de resultarle doloroso, estar leyendo las confesiones de amor y los sueños de una niña cuyo cuerpo estaba guardado en diversos botes de su laboratorio. No podía entender cómo alguien podía matar a una persona después de conocerla tan bien, de pasarse días diciéndole que la amaba, de compartir sus sueños de amor y sus esperanzas de un futuro feliz. Si a ella le dolía leer eso y le hacía sentirse culpable por el simple hecho de no haber podido evitarlo, ¿cómo era posible que Alex no sintiese remordimientos siendo él quien la había matado y sabiendo desde el principio que iba a hacerlo?

Abrió otro chat esperando encontrar más datos. Según iban pasando las letras se sentía más y más cansada. Los párpados se le cerraban y le dolían los ojos por mirar la pantalla durante tanto tiempo. Además Alex usaba una letra tan incómoda de leer... En ese momento se despertó por completo. La letra. Cada persona en Internet usaba una letra diferente, ¿no? Cerró el chat que estaba leyendo y fue abriendo mensajes de Bianca con otras personas:

Frodo: **“Pues hoy he tenido examen de historia, algo sobre la revolución industrial, creo... Ya verás cómo se va a poner mi madre cuando vea el cero.”**

Virgi: “El sábado voy a salir con ese chico de mi clase del que te hablé. Bueno, en realidad vamos a ir en grupo pero estoy tan nerviosa como si hubiéramos quedado solos.”

Jeroen: *“Joder, se me ha acabado el tabaco y estoy que me subo por las paredes... Espera un segundo que voy a ver si le puedo mangar uno a mi hermana.”*

Siguió mirando mensajes durante un rato. Algunas personas mantenían el tipo de letra que venía por defecto con el programa, pero el resto elegía una letra y la mantenía a lo largo de meses, como si fuese una manera de expresar su personalidad, de dejar ver algo de sí mismos a los demás en un medio tan impersonal y frío como un programa de ordenador. Encendió un cigarrillo mientras pensaba en la viabilidad de lo que se le había ocurrido. Las letras no eran diseñadas por uno mismo, había que elegir entre las que aparecían en el ordenador y por lo tanto no tendría tanta validez como una letra manuscrita en la que cada trazo ha ido evolucionando según la personalidad a través de toda la vida. Pero el hecho de elegir una letra y no otra podía expresar algo... De todos modos no iba a perder nada por intentarlo. Abrió uno de los e-mails de Alex y, después de pelearse con el ordenador durante un cuarto de hora, consiguió sacar una hoja impresa. Cuando estuvo estudiando el master de psicología forense en Madrid conoció a una chica que estaba muy interesada en la grafología. Recordó que se habían reído mucho mientras ella analizaba la letra de todas las chicas del grupo y les decía que eran unas histéricas o unas reprimidas sexuales. Y también recordó que, hablando más en serio, le había analizado varios folios de su letra y le había hablado de su personalidad como

si la conociese de toda la vida. Buscó en su agenda. Allí estaba su número de teléfono. Lo único que tenía que hacer era llamarla al día siguiente y mandarle el escrito por fax, pidiéndole que realizase un estudio grafológico completo.

Ya eran las cuatro y media y tenía que levantarse a las ocho. Se sintió cansada pero también satisfecha. Quizá con aquello pudiese conseguir algún resultado. Apagó el ordenador y se fue a la cama. Estaba tan agotada que se tumbó un segundo antes de desvestirse y ya no fue consciente de nada más.

CAPÍTULO CINCO

Se despertó por un rayo de sol que le estaba dando de pleno en los ojos. Se dio una vuelta en la cama, tapándose por completo con las mantas, intentando volver a conjurar el sueño, a pesar de saber que iba a resultar imposible. Al cabo de unos minutos volvió a sacar la cabeza y miró por la ventana, con la expresión aún aturdida. Fuera brillaba el sol y el cielo estaba azul. Se levantó desperezándose y maldiciendo por no ser capaz de dormir con la persiana bajada.

Mientras se preparaba el primer café del día se prometió no volver a quedarse en Internet hasta las cinco de la mañana. No solía hacerlo nunca, las chicas no podían quedarse tanto tiempo y tenían que desconectarse para las once como muy tarde, pero ayer había estado hablando con Marta, su última adquisición, y tenía que reconocer que, aunque sus sentimientos no fuesen reales, aquello tenía una magia que a veces enganchaba. Habían estado hablando de cosas rutinarias, de los estudios, de la familia, de sus diversiones... No parecía que fuese a conseguir más de ella aquel día, pero sin darse cuenta las horas habían ido pasando y había conseguido llevar la conversación a un terreno cada vez más íntimo, se habían encontrado cada vez más a gusto... Ella no se había dado cuenta de cómo se iba tejiendo la tela de araña en la que iba a quedar atrapada: unas bromas, unas palabras cariñosas, la emoción de estar hablando a medianoche con un desconocido, con todos los sentidos alerta por si oía un ruido, sabiendo que debería haberse ido a dormir hacía horas, pero sintiéndose incapaz de marcharse... Y había caído, habían acabado hablando de amor, de que pasaría cuando se conociesen, de lo felices que podrían ser... Sonrió triunfante. Ahora solo tenía que seguir conquistándola hasta que le

llegase su turno, después de Patricia y Susana.

Con el café en la mano se dirigió al ordenador y lo encendió. Aún no había recibido respuesta de todas las chicas a su e-mail del día anterior y tenía que saber cuántas seguían confiando y a cuántas sus padres les habían prohibido chatear, asustados por las noticias de la televisión. Se conectó a Internet y revisó su correo. Tenía un nuevo e-mail de Patricia. Se extrañó. Había hablado con ella la tarde anterior, ultimando los detalles para la cita del sábado. Se suponía que no volverían a hablar hasta las seis. Quizá estaba tan nerviosa por la cita que no había podido evitar escribir antes de marcharse al colegio. Abrió el e-mail y empezó a leerlo mientras se fumaba el primer cigarrillo de la mañana:

Hola Alex:

No tengo mucho tiempo para escribir esto, me marcho a Zamora en quince minutos. Un tío mío ha muerto. Nos avisaron anoche y tenemos que ir al funeral. No volveré hasta el domingo por la noche o el lunes por la mañana. No sabes cómo siento lo de la cita. Me he pasado toda la noche llorando, pero espero que no te enfades y que podamos vernos el fin de semana que viene. Hablamos el lunes, ¿vale? Lo siento muchísimo de verdad, me muero de ganas de que podamos estar juntos. Te quiero.

Patricia

P.D.: Escríbeme algún mensaje si puedes, diciéndome que me perdonas. Quizá encuentre algún cyber en Zamora y pueda conectarme un momento para tener noticias tuyas. No sé cómo voy a vivir tres días sin ti. Un beso muy gordo.

Cada palabra que iba leyendo hacía crecer su ira. Cuando terminó el e-mail, se levantó de la silla y lanzó el vaso de café contra la pared opuesta. ¿Cómo podían hacerle esto? El cumpleaños de la abuela, el funeral de un tío... Se estaban burlando de sus sentimientos, de su angustia, de su rabia... Sin darse cuenta de lo que hacía empezó a golpear las paredes, a arrojar todo lo que estaba a su alcance mientras un torrente de lágrimas afluía a sus ojos. Sintió como la congoja crecía más y más en su interior. Ya no había tiempo para buscar a otra persona, no podría realizar el sacrificio necesario... No, no podía ser... ¿Quién iba a pagar su culpa? ¿Cómo iba a tranquilizar su conciencia si nadie pagaba por su pecado?

Llevaba días sintiendo como los remordimientos crecían en su interior, sabiendo que llegaba el momento de descargar todo aquel odio si no quería que se volviese en su contra. ¿Qué podía hacer ahora? Nada, nada, nada... No había nada que pudiese hacer, todo estaba perdido...

Era su culpa, no sabía hacer nada bien. Merecía morir en vez de ellas, como había merecido morir desde el primer momento, como aquella vez en la que fracasó... Si no hubiese fallado... Ni siquiera era capaz de suicidarse, ni siquiera tenía valor para eso... Por eso la sangre de ellas tenía que correr en lugar de la suya, por eso debía matarlas aunque no quisiese hacerlo... Pero ellas lo elegían, cometían su mismo pecado, por eso debían pagar, era su deber moral, no era justo que escapasen... ¿Por qué le hacían eso? ¿Qué podía hacer ahora? Nada, nada, nada...

Sintió como su respiración se aceleraba, pero, a pesar de ello, el aire parecía no llegar a sus pulmones. La habitación empezó a dar vueltas a su alrededor y tuvo que sentarse para no caer. El corazón latía enloquecido, golpeando con fuerza su pecho, amenazando con estallar... Iba a morir... Todo acabaría. Adiós a la pesadilla, adiós al dolor, no más pena, no más sangre.

Se reclinó en la silla esperando que la muerte se lo llevara todo, pero al cabo de unos segundos notó que el ritmo de su corazón volvía a la normalidad. Había pasado. La muerte se había deslizado a su lado y se había negado a acabar con su sufrimiento. Quizá no se lo mereciese, quizá todavía no había pagado lo suficiente... No lo sabía, su única certeza era que vivía en un infierno y no encontraba la forma de salir de allí. La única manera que conocía de seguir viviendo era cambiar su culpa por la de ellas, pero habían escapado. El torbellino de su mente volvió a acelerar. ¿Cómo podía arreglarlo? Debía encontrar una solución, tenía que haberla... Quería gritar y destrozarlo todo, pero ni siquiera se sentía con fuerzas para eso.

Se pasó una mano por la cara para enjugarse las lágrimas y descubrió que la tenía cubierta de sangre. Miró a su alrededor. El suelo estaba cubierto de ropas, papeles, cristales rotos... Parecía que el tornado de su cabeza hubiese salido a destrozar toda la habitación. Volvió a sentir un agudo dolor en el pecho y se sentó en el suelo entre todo aquel desorden mientras emitía ahogados sollozos. Nada estaba bien en su vida, nada... Si pudiese encontrar una salida a todo ese dolor, una luz al final del túnel...

Y entonces lo vio... Un rayo de sol entraba por la ventana. Sonrió a través de las lágrimas, y eso le hizo pensar en un arco iris a través de la lluvia. Quizá era el mismo rayo con el que se había despertado, quizá intentaba decirle algo. Se reflejaba en uno de los cristales del suelo, haciéndolo brillar de una manera mágica. Allí estaba su luz al final del túnel, la salida del infierno... Esta vez lo conseguiría, sería fácil... Dormir sin dolor, quizá para siempre.

Recogió el cristal y lo miró con fascinación mientras lo pasaba suavemente por sus muñecas. No se había equivocado, casi no dolía. Se tumbó en el suelo y cerró los ojos. Esta vez saldría bien. La dama oscura no podría evitar hacerle una visita esta vez. Mientras las lágrimas caían de sus ojos y una

canción de amor sonaba en su cabeza, pensó que ojalá no hubiese un cielo o un infierno, que ojalá no hubiese nada... Sólo el olvido, el perdón, el consuelo de un sueño que durase para siempre...

Aquella noche los tres estaban mucho más callados que de costumbre. Carlos levantó la vista de los papeles que estaba releendo, asombrado por el silencio. Buscó a Natalia con la mirada y la vio en la cocina preparando café. La conversación que habían tenido hacía unos minutos le volvió a la cabeza. Natalia había estado preguntando a Gus sobre los diferentes tipos de letra que la gente utilizaba en ICQ y les había expuesto su idea de analizar la letra que utilizaba Alex en sus mensajes con la esperanza de encontrar algún dato sobre su personalidad. La verdad es que Carlos tenía sus dudas sobre la utilidad de los análisis grafológicos, y más aún si se trataba de una letra hecha por ordenador, pero tenía que reconocer que no sabía mucho sobre ese tema, así que lo mejor sería dejarle hacer a Natalia. Ella ya había hablado por teléfono con una ex-compañera de estudios especializada en grafología y le había enviado muestras de la escritura por fax, así que tendrían los resultados el lunes por la mañana. En fin, no tenían nada que perder. A ver si las extrañas ideas de Natalia daban algún resultado.

Miró a Gus, que se mantenía en silencio desde hacía más de diez minutos. El pobre chico estaba sentado frente al ordenador mientras las letras de otro chat desfilaban por la pantalla. Tenía medio cuerpo apoyado en la mesa y una cara de aburrimiento tan manifiesta que Carlos tuvo que reprimir una carcajada. Decidió salvarle por unos minutos dándole un poco de conversación, aunque estaba casi seguro de que era una decisión de la que se arrepentiría más adelante:

— Oye, Gus, ¿qué pasa con la música? ¿He conseguido convencerte ya

de que quemes todos tus discos?

— Que va, no conseguirás convencerme aunque me arranques las uñas. Lo que pasa es que me duele muchísimo la cabeza y tengo un sueño que me muero y encima tengo que seguir leyendo esto, que es soporífero a tope. Si sigo así muchos días más, me va a estallar la cabeza y voy a pringar todas las paredes de la sala de Natalia con mis sesos.

— No te preocupes por eso, los metería en un frasco para analizarlos — Natalia llegaba en aquel momento con una bandeja en la que humeaban tres tazas de café—. De todas maneras creo que Gus lleva razón, estamos trabajando demasiado. Llevamos toda la semana leyendo chats y lo peor de todo es que tampoco nos ha servido de mucho.

— Pero servirá. Al final encontraremos algo, no te preocupes— Carlos aceptó la taza que Natalia le ofrecía y le sonrió, intentando animarla—. Al final aparecerá algo que nos llevará hasta él. Tenemos muchísimos datos en esos chats, sólo hay que encontrarlos.

— Ése es el problema, que tenemos muchísimos datos, demasiados datos...— se quejó Gus— Empiezo a estar tan cansado que creo que, aunque dijese su dirección en uno de los chats, no la vería. Hasta sueño que leo chats, las mismas payasadas una y otra vez y, si cierro los ojos, veo letras apareciendo en una pantalla. Todo el rato sus “te quiero mucho”, “cuanto te echo de menos”, “no sabes las ganas que tengo de que podamos estar juntos”. Es como si me hubiese muerto y me hubiesen condenado a leer esas borregadas una y otra vez. De verdad os digo que no puedo imaginarme una versión peor del infierno...

— Para, para... Joder, Gus, ¿es que tú no necesitas respirar? No me extraña que te duela la cabeza. Haces que me duela a mí también.

Carlos sonrió al ver la cara de enfado del chico. Puede que tuvieran razón y

que les estuviese exigiendo demasiado, pero no podía dejar que empezasen ya a quejarse y que se desanimasen. El asesino no iba a parar porque ellos estuviesen cansados. Que ellos no lo supieran no quería decir que no hubiera ya una fecha fijada para el próximo asesinato.

— Vale, vale... Me paro, pero es que si no lo digo, revienta... No sabes lo que es aguantar todo esto.

— Venga, Gus... Yo también me los estoy leyendo y no protesto tanto aunque tengo que reconocer que es cierto que, al cabo de un rato, se hace un poco cansino— Natalia le dirigió una mirada de suplica a Carlos como si éste pudiese hacer algo para arreglarlo.

— ¿Y qué queréis que haga yo? ¿Qué os cante mientras leéis? Puede que sean aburridos, pero hay que leérselos y punto. Por mucho que protestéis eso no va a cambiar.

— Claro, para ti es muy fácil hablar. Como te has escaqueado para no leer ninguno...— Gus le miró con aire retador y Natalia asintió, apoyándole.

— ¿Y cuándo queréis que los lea? Ahora estás tú con el ordenador y no me voy a quedar aquí leyendo mientras Natalia duerme.

— Al menos podrías intentar ser un poco más comprensivo con tus pobres esclavos, amo— Natalia se levantó y le hizo una reverencia.

Carlos suspiró desesperado. Lo que le faltaba, que los dos se aliasen en su contra. Probó a cambiar de tema:

— Y ya que trabajáis tanto, ¿habéis conseguido encontrar algo?

— Bueno, yo creo que tengo algo, pero es sólo una corazonada— contestó Gus mirando al suelo, como si no estuviese muy seguro de hablar. Carlos le animó a que continuase con un gesto de la cabeza—. A ver cómo lo explico... Alex dice que es de San Sebastián, pero no me acaba de cuadrar. A

mí me da la impresión de que es de Vizcaya, pero que usa lo de vivir allí como una excusa para retrasar las citas hasta el momento en que le convienen. Un momento, tenía unas anotaciones por aquí...— rebuscó entre los miles de papeles que rodeaban la mesa y al cabo de unos segundos sacó unas hojas arrugadas y manchadas de ceniza— Aquí está, fui apuntando las cosas que encontraba en los chats y que podían probarlo. Primero, todas las víctimas son de Vizcaya...

— Por el momento no podemos deducir nada a partir de ese dato— Natalia le sonrió disculpándose—. Sólo ha habido dos asesinatos y no deberíamos sacar conclusiones de una muestra tan poco representativa. Puede ser de cualquier sitio. Podemos imaginar que es de San Sebastián y que prefiere realizar los asesinatos lejos de su casa para que sea más difícil que alguien le reconozca. O podemos pensar que es de Bilbao porque ¿qué razón iba a tener alguien para venirse desde Guipúzcoa a asesinar gente de Vizcaya?

— Creo que la razón es muy clara. Siempre nos han tenido envidia, pero de ahí al asesinato... — bromeó Carlos— Podemos imaginar que es de cualquier sitio, incluso de Tombuctú, pero eso no basta. ¿Qué más tienes?

— Os lo habría dicho si me dejarais... Y luego decís que yo hablo... Como iba diciendo, como todas las víctimas son de Vizcaya, a veces hablan con él de ciudades de aquí y él no tiene ningún problema para saber dónde están esos sitios o hablar sobre muchos de ellos. Cuando ellas se lo comentan, él les pone como excusa a una tía suya que vive en Vizcaya y con la que a veces pasa las vacaciones. A mí no me convence— Gus levantó la mirada de sus papeles para consultar su opinión. Ambos asintieron—. Además, cada vez que ellas le preguntan sobre San Sebastián el tío escurre el bulto como siempre que se le pregunta por algo personal. Ya sabéis “estoy cansado de mi ciudad, yo lo único que quiero es estar allí contigo” y pijadas por el estilo...

Tengo aquí montones de anotaciones sobre eso. Resumiendo, que yo creo que Alex no ha visto San Sebastián ni en foto, así que, como sospechábamos desde el principio, los datos que aparecen en su información de ICQ son falsos.

— Está bien, tendremos eso en cuenta. Le diré al chico de los archivos que se centre en Vizcaya, aunque creo que no sacaremos nada en claro de los archivos con los datos que tenemos. ¿Algo más?

— Por el momento, no... Y de verdad que lo siento porque, por no tener que volver a leer una línea suya en mi vida, daría dinero— volvió a protestar Gus—. ¿Y tú has encontrado algo, Natalia?

— No, no tengo nada nuevo— contestó ella—. Como ya os he comentado antes, estoy intentando hacer un estudio de su personalidad. Creo que, si conseguimos conocerle en profundidad, podremos predecir cómo va a actuar y adelantarnos a él. Por eso me gustaría conocer sus motivaciones, sus pensamientos, el tipo de víctima que elige y por qué, pero por el momento es muy difícil. Es una persona muy hermética en cuanto a mostrar su interior, tal y como dijo Gus desde el principio. Se comporta de una manera tan típica... Es como un personaje de novela romántica de mala calidad, como si estuviese hueco. Por el momento no podría decir si es solo un papel o si tiene algún problema emocional grave que le impide sentir emociones. Si resulta ser esto último, tendríamos un verdadero problema.

— ¿Por qué?— preguntó Carlos— Yo ya suponía que no estábamos buscando a alguien sensible y romántico.

— No estoy hablando de que no sea romántico. Estoy sugiriendo que podría ser un psicópata y es muy difícil cazarlos.

— Joder, esto parece cada vez más una peli— Gus se echó hacia delante en su silla para escuchar con atención—. ¿Por qué es tan difícil?

Natalia miró al techo y suspiró, concentrándose para encontrar una manera de explicarlo. Se colocó bien el pelo para hacer un poco de tiempo, cruzó las piernas y se puso muy recta en la silla, como si fuese a dar una conferencia:

— Veamos si puedo exponerlo con claridad... Se podría decir que la inteligencia de la mayoría de la gente está coartada por sus emociones y sus directrices morales, mientras que la de un psicópata no se encuentra con esas trabas, por lo cual es muchísimo más efectiva— las caras de Gus y Carlos dejaron ver que su explicación no estaba resultando nada clara. Ella carraspeó y comenzó de nuevo—. A ver así... cuando tú tienes que encontrar una solución a algún problema personal que significa mucho para ti, la ansiedad por encontrar esa solución puede hacer que tu mente esté nublada y que te resulte más difícil ver la salida. ¿Me seguís hasta aquí?

Carlos y Gus asintieron al unísono, pero continuaron sin decir una palabra. Natalia empezó a sentirse nerviosa por la expectación. Se sentía igual que si estuviese realizando un examen oral de psicopatología, pero, aún así, consiguió continuar con la explicación:

— Además, aunque encuentres la solución, puede que ésta no sea lícita desde un punto de vista moral. Por ejemplo, uno puede decidir que la solución a sus problemas laborales es asesinar a su jefe, pero su conciencia no le dejaría hacerlo— Natalia hizo una pausa para tomar un sorbo de café. Ellos volvieron a asentir demostrando que seguían entendiéndola—. Bien, un psicópata no tiene esos problemas. No tiene emociones, no sigue un código moral, no tiene conciencia ni sensación de culpa, no hay nada que perturbe la decisión que ha de tomar. Es intelecto y eficacia pura, sin límites ni barreras de ningún tipo.

— Se diría que le admiras. ¿Es que ya no te acuerdas del bosque? ¿Y de la playa?— Carlos se sentía molesto. Estaba intentando cazar a una bestia y

no podía olvidar las barbaridades que había cometido. ¿Cómo podía ella hablar de él como si fuese alguien digno de elogio?

— No, no me malinterpretes— intentó explicarse ella—. No admiro a los psicópatas, pero me da pena que una capacidad tan perfecta de razonamiento sea tan mal utilizada. Lo que quiero expresar con esto es que sería muy difícil capturarlo. Lo planean todo tan bien que pueden calcular todos los factores para no dejar el más mínimo rastro, para cometer un crimen perfecto. Y desde luego, si no tiene moral, no podemos esperar que se sienta culpable y se entregue.

— Pues nos estás pintando un panorama encantador. Creo que lo mejor que puedo hacer es decirle a Aguirre que me rindo y que asigne a otra persona al caso porque una buena amiga me ha dicho que va a ser imposible atraparlo — dijo Carlos irritado.

— No te pongas así. No estoy diciendo que no se le pueda atrapar, estoy diciendo que sería difícil, pero, tarde o temprano, todos acaban cometiendo un error. Por ejemplo a Andrei Chikatilo, el carnicero de Rostov, tardaron doce años en atraparlo y cuando lo hicieron ya había cometido más de cincuenta asesinatos...

— Pues eso no va a pasar aquí, ¿entiendes? Yo no voy a cargar con cincuenta asesinatos en mi conciencia, de eso ni hablar...— el tono de Carlos había ido subiendo y se dio cuenta de que estaba casi gritando— No puedo soportar imaginarme los cuerpos mutilados de más niñas. ¿Es que tú puedes hacerlo y quedarte tan tranquila? Joder, Natalia, cuando te oigo hablar así, se me ponen los pelos de punta. Casi parece que te hiciese ilusión que estuviésemos tras los pasos del asesino del siglo.

— ¿Cómo puedes decir eso? Yo sólo quiero que estemos preparados para todas las posibilidades porque no sé cuánto va a durar esto. Pero

tranquilo que yo tampoco quiero pasarme doce años trabajando contigo— Natalia le agarró una mano y le sonrió, intentando tranquilizarle.

— Eh, yo tampoco quiero pasarme la vida trabajando con vosotros— intervino Gus, temiendo una nueva discusión entre ellos dos—. Joder, cuando acabásemos la investigación, yo tendría treinta y tres años, estaría acabado. Me habría perdido toda mi juventud, las juergas con los colegas, las borracheras, las tías... De eso ni hablar.

— Y eso sin contar con el pastón que nos habrías costado— Carlos les sonrió, más tranquilo. La verdad es que no sabía qué le había pasado—. Espero por nuestro bien que estés equivocada.

— Sólo es una hipótesis, como otras mil más que se me han pasado por la cabeza...

— Pues hazme un favor y otro día me cuentas las otras mil. Estoy seguro de que ninguna podría ser más desesperante que imaginarme que voy a estar doce años sin librarme de vosotros dos.

Carlos entró en su casa y tiró su abrigo encima del sofá. Se dirigió al equipo de música y lo conectó. Mientras se recostaba en el sofá, las primeras notas de “River of tears” inundaron su cabeza. Dejó que la armonía cambiase su estado de ánimo ansioso por otro melancólico, nostálgico, suave, dulcemente triste... Era curioso como las simples notas de una guitarra conseguían calmarle incluso en las peores situaciones. Aquella noche lo necesitaba con urgencia. No sabía qué le había pasado en casa de Natalia, por qué había perdido los papeles de esa manera. Menos mal que no se lo habían tenido en cuenta y la conversación había continuado como si nada hubiese ocurrido. Aún así, se sentía avergonzado. Había empezado la noche intentando dar ánimos a los demás, tratando de tranquilizarles y darles esperanzas, y había acabado

demostrando que él era quien más lo necesitaba de los tres.

Se levantó y se sirvió un vodka. Al día siguiente no tenía que trabajar, así que podía permitirse pillar una borrachera de escándalo y pasarse todo el fin de semana de resaca. Apuró todo el vaso de un trago y se sirvió otro. Volvió a sentarse en el sofá y sacó sus notas. Esparció las hojas por encima de la mesa y las observó. Estaban llenas de transcripciones de los interrogatorios que había realizado, de anotaciones de Gus, hipótesis de Natalia... Montones de palabras escritas que no les llevaban a ningún sitio. No se sentía ni un paso más cerca de atrapar al asesino de lo que se encontraba al empezar la investigación. Si lo pensaba bien, se sentía incluso más lejos, más cansado, más viejo...

Ahora empezaba a comprender porque había tenido aquel arranque de furia en casa de Natalia. La tensión de las últimas semanas empezaba a afectarle. No sabía cuánto tiempo más iba a aguantar la incertidumbre de no saber cuándo volvería a atacar, cuándo le llamarían de nuevo para recoger un cadáver, cuántas llamadas más tendría que hacer para comunicar a una familia que su niña había sido encontrada muerta. Lo peor era que no se sentía capaz de hacer nada. No había podido contribuir a la investigación, no había conseguido ni una sola pista, no había podido encontrar a nadie que aportase algo... Y se consideraba a sí mismo un buen policía... Apuró de nuevo el vaso y se levantó para volver a llenarlo.

Intentó comparar las sensaciones que le torturaban ahora con lo que había sentido en otras investigaciones que al final había solucionado con éxito. Ya había experimentado en otras muchas ocasiones la angustiada sensación de ir un paso por detrás del asesino, de ignorarlo todo hasta que ya no se podía hacer nada. Siempre le quedaba el mismo regusto amargo: para la víctima ya era demasiado tarde. A pesar de haber pasado por aquello tantas veces no

acababa de acostumbrarse, seguía pensando lo mismo sobre Bianca y Vanessa. Por mucho que lo atrapase y evitase así que siguiese haciendo daño, ya no había justicia posible para ellas dos. Y aunque supiese que él no había podido hacer nada por evitarlo, no podía dejar de sentirse culpable.

Trató de expulsar esos pensamientos ordenando los papeles, volviendo a mirarlos por si encontraba algo que se le hubiese pasado por alto. Al cabo de unos minutos volvió a terminar su vaso y dejó los papeles a un lado con frustración. Ya casi se los sabía de memoria y, por mucho que los mirase, seguiría teniendo los mismos datos. Se sentía como si le hubiesen colocado delante dos piezas de un puzzle de cinco mil y le estuviesen pidiendo que lo resolviese.

Llenó de nuevo su vaso con el poco vodka que quedaba en la botella. Estupendo, encima se le acababa la bebida y eran las cinco de la mañana. Le convenía irse pronto a la cama. El alcohol ya estaba empezando a atontarle, así que quizá pudiese ir a dormir sin tener que preocuparse por las pesadillas. Terminó el último vaso y se tumbó en el sofá. Se sentía tan cansado que no se creía capaz de llegar a la cama.

Repasó sus planes para el fin de semana. Habían decidido no reunirse hasta el lunes por la noche, a no ser que alguno de los tres descubriese algo importante o que Alex decidiese actuar de nuevo. Natalia iba a seguir repasando chats y Gus se había llevado una copia por si tenía algún rato libre para hacer lo mismo en su casa, lo cual le dejaba todo un fin de semana por delante para estar solo y darle vueltas a la cabeza. Genial, justo lo que estaba necesitando... Decidió dormir hasta tarde y darse después un paseo por Neguri para intentar encontrar a alguien que hubiese visto algo la noche del asesinato de Vanessa. Quizá algún vecino la había visto salir de casa o paseando por la playa con su asesino y no hubiese dicho nada. Se removió en

el sofá intentando encontrar una postura más cómoda. Sabía que iba a ser inútil. Si alguien hubiese visto algo y quisiese contarlo, ya lo habría hecho, pero, al menos, le mantendría la cabeza ocupada durante un rato. A la vuelta podría parar en la tienda de alguna gasolinera para comprar una o dos botellas de vodka y pasarse el resto del fin de semana en pleno coma etílico. No era mala idea, además no se le ocurría nada mejor que hacer. Siguió escuchando las notas de la guitarra de Eric Clapton con los ojos cerrados hasta que se quedó dormido.

Sólo llevaba media hora chateando con Susana pero se despidió de ella con la excusa de que había quedado con unos amigos para salir de juerga. Aunque era una explicación bastante creíble para un sábado por la noche, Susana pareció molesta de que la dejase tan pronto. Era su problema si se enfadaba, quizá aquello le haría plantearse que su relación no era tan segura como ella creía. Parecía que la nueva estrategia estaba dando fruto. Desde que había decidido no ir tan rápido con ella y había dejado de insistir para que quedaran, ella se mostraba más cariñosa, más impaciente... Sólo tenía que seguir haciéndose de rogar un poco más y ella aceptaría una cita en dos o tres semanas. Y entonces iba a pagar por lo que le habían hecho. Igual que Patricia.

De todas maneras, aunque hubiese querido hablar con ella más tiempo, no se sentía con fuerzas para hacerlo. A pesar de que no había tardado mucho en darse cuenta de que estaba cometiendo una estupidez, le había resultado muy difícil detener la hemorragia. Los cortes en las muñecas habían resultado más profundos de lo que pensó en un principio y había perdido una gran cantidad de sangre. Hubo momentos en que temió que no iba a poder pararlo y el miedo a morir le hizo pensar en avisar a un médico, pero, por suerte, había podido controlarse y curar las heridas sin ayuda de nadie. No quería volver a pasar

dos meses en un frío manicomio, con la cabeza atontada por unos fármacos que no necesitaba y teniendo que soportar la compañía de un montón de locos que gritaban o se golpeaban con las paredes o se acunaban sumidos en su propio mundo de pesadillas. No era como ellos y no iba a volver a aquel infierno. Y no quería que los fármacos le hiciesen perder el control. Podría decir cosas que no le convenían.

Además, tenía asuntos muy importantes que resolver. Cada vez que pensaba que aquellas dos crías habían estado a punto de estropearlo todo, sentía crecer su cólera como una marea, amenazando con romper el dique de su cordura. Pero el peligro ya había pasado. Ahora tenía la mente más clara, su voluntad era más firme y sabía cuál era el objetivo hacia el que tenía que enfocar esa furia. Lo único que debía hacer era mantener la calma, encaminar todas sus acciones hacia su único objetivo. A partir de ahora sus decisiones serían tan inapelables como las del mismo Dios, tan inexorables como el destino. Ya no habría remordimientos, dudas ni aplazamientos. Patricia moriría el sábado por la noche.

El lejano sonido de un teléfono empezó a sacarle de las brumas del sueño. Carlos se tapó la cabeza, intentando que dejase de sonar, pero el endiablado cacharro seguía martilleando dentro de su dolorida cabeza una y otra vez, con la única intención de torturarlo. ¿Por qué nadie cogía ese maldito teléfono? No debía haber nadie en la casa a la que llamaban, así que, ¿por qué no se daba por vencido el pesado ese? Cuando ya estaba empezando a pensar que quizá si hubiese un dios y que le estaba castigando por la enorme cantidad de vodka que había ingerido en las últimas horas, el teléfono paró. Carlos sacó la cabeza y volvió a quedarse dormido.

El teléfono empezó otra vez. Carlos gimió de dolor y se incorporó en el sofá

con esfuerzo. Tenía una resaca increíble y, ahora que el teléfono había conseguido despertarle, se dio cuenta de que se moría de sed. Pensó que debería aprovechar para beberse dos o tres litros de agua mientras su vecino contestaba al teléfono o lo arrancaba para tirarlo contra la pared más cercana.

Cuando ya estuvo de pie se dio cuenta de que el sonido de aquel teléfono se parecía mucho al de su móvil y que además procedía de su sala. Joder, ¿quién le llamaba a esas horas? Sólo eran las nueve y media de la mañana. ¿Es que la gente ya no respetaba ni los domingos? Cogió el móvil, lanzándole una mirada que amenazaba con un viaje por las cañerías de su váter:

— Dihah y más vasdje que sea impporitanje.

— ¿Qué? Perdone, ¿está Carlos?

Carraspeó, intentando pronunciar mejor. Tendría que haber bebido algo antes de contestar al teléfono. Dedujo, por la cantidad de paquetes de tabaco vacíos que había por el suelo de su sala, que debía haber dejado sin cigarrillos al resto de fumadores de Bilbao. Volvió a intentarlo:

— Sí, yo soy Carlos. Decía que más vale que sea importante.

— Soy David.

— ¿Quién? Oye, creo que te has equivocado.

— David, del departamento de archivos, ¿recuerdas? Me diste unos datos y me dijiste que te llamase si encontraba algo.

— ¿Y qué haces tú en archivos un domingo a las nueve de la mañana?

— Bueno, esto... Es que es lunes— la voz del chico sonaba débil y asustada, como si desease poder hacer algo para no contradecir a Carlos.

— ¿Lunes? Joder, no puede ser lunes— al parecer la borrachera había sido incluso más impresionante de lo que había planeado. Se prometió que

nunca volvería a comprar tres botellas de vodka “para tener, por si acaso”—. Aguirre me va a matar. ¿Y para qué me llamabas?

— Bueno, tengo una noticia buena y otra mala. ¿Cuál quieres primero?

— La buena, joder— el tono de Carlos fue agrio. No estaba para bobadas esa mañana. Además, si tenía en cuenta su dolor de cabeza, lo mejor que podía hacer era dejar la mala noticia para otro día.

— Está bien, ahí va. He encontrado a tu chico, ese tal Alex de San Sebastián, 17 años, nacido el 19 de abril de 1982...

Carlos sintió que la resaca se retiraba de golpe. Su mente volvía a estar lúcida y ya planeaba la detención hasta el último detalle. De repente se sentía lleno de energía. Iban a atraparlo y había sido tan fácil... El tipo había sido tan estúpido como para poner sus verdaderos datos en Internet. Sólo de pensar que se había dejado calentar la cabeza por Natalia y sus historias de asesinos superdotados, le daban ganas de reír.

— Joder, voy ahora mismo para allí. No lo comentes con nadie hasta que yo llegue y no te muevas de ahí. Estaré contigo en unos quince minutos...

— Tranquilo, no hace falta que te des prisa. No se va a escapar.

— ¿Y cómo lo sabes?

— Porque aún falta la mala noticia.

Carlos resopló. Parecía que iba a tener que seguirle la corriente hasta el final con aquel estúpido jueguito:

— ¿Y se puede saber cuál es la mala noticia?

— Que tu sospechoso lleva muerto un año y medio.

CAPÍTULO SEIS

Querida Natalia:

Tal como te prometí, te envió el análisis grafológico perteneciente a la muestra de escritura que me remitiste. Como ya te comenté cuando hablamos, no estoy segura de que se pueden extrapolar los datos de este tipo de análisis a un escrito realizado por ordenador, por lo cual, te pediría que me enviases una muestra de la escritura manuscrita del sujeto en cuanto te sea posible.

Olvidándonos de este punto, he realizado el análisis grafológico y estos son los resultados:

— En una visión general observamos que las letras están proyectadas hacia la derecha, lo cual nos habla de un carácter dinámico y explosivo y de una afectividad intensa y primaria muy poco controlada de manera consciente. También vemos que las letras son trazos rectos que presentan curvaturas lo cual nos indica que el sujeto está sometido a una gran ansiedad y tensión interna.

— El sujeto muestra agresividad e irritabilidad tanto hacia el ambiente como hacia sí mismo, lo cual queda patente en los rasgos "de látigo" de la "t" y la "f" y en las curvas hacia la derecha de la parte superior de la "d", "b", "v" y "p".

— Si hablamos de rasgos generales de su personalidad, podemos decir que la "m" y la "n", cerradas totalmente por arriba, nos hablan de un individuo con una gran preocupación por su autodefensa, desconfiado y cerrado a los demás. Las letras curvas nos muestran a una persona con grandes dotes

persuasivas y una gran intuición que compensa su falta de lógica.

— Encontramos también trazos que nos hablan de un elevado egocentrismo. Esto queda patente en la separación excesiva que aparece entre las mayúsculas y las minúsculas, lo cual nos habla de dificultades en las relaciones sociales y de un menosprecio de los demás ante el propio "yo". Esto queda ratificado por las espirales que aparecen en algunas letras y por la predominancia del primer monte frente al segundo en algunas mayúsculas como la "M", "H", "V" Y "LL".

— En cuanto a su sexualidad, esta muestra de letra nos aporta datos muy interesantes: la "g" con el pie muy a la izquierda nos habla de fuertes impulsos libidinosos inconscientes. La escritura curva, de crestas y pies muy amplios y redondeados, manifiesta una personalidad hipersexual. Además, al estar la escritura adornada con la presencia de bucles, lazos y espirales típicos de una escritura femenina, nos daría pruebas de unos fuertes impulsos homosexuales.

— La letra de inspiración caligráfica expresa que el sujeto está muy apegado al pasado y al modo de vida tradicional. Esto, unido a las espirales que adornan su escritura, nos podría estar hablando de una persona aquejada de una neurosis obsesivo-compulsiva, causada por esa importancia que el sujeto da al pasado, lo que podría estar indicando unos fuertes sentimientos de culpabilidad. Las tensiones en las crestas, las puntas a la izquierda, la letra sobrealzada, las mayúsculas muy grandes (sobre todo el primer monte en "M", "H", "V" y "LL", como ya dijimos antes) y la firma en la zona izquierda muestran una fuerte tendencia a la autodestrucción y al suicidio.

— Respecto a la pregunta que me realizaste sobre si el sujeto de investigación podía presentar un cuadro de psicopatía, puedo responderte con rotundidad que no, según esta muestra de letra. La escritura de los psicópatas es angulosa y no curva, los segundos montes de las mayúsculas son más

pronunciados que los primeros y la inclinación y el tamaño de las letras es variable.

Resumiendo, nos encontramos ante un sujeto impulsivo y agresivo, tanto hacia sí mismo como hacia los demás; cerrado, desconfiado y con un nivel bajo de relaciones sociales, que además da mucho más valor a su persona que a los sentimientos ajenos; con unos impulsos sexuales descontrolados, de rasgos homosexuales y que pueden estar teñidos de un alto grado de culpabilidad por su apego a las tradiciones. Esto podría haber provocado un trastorno obsesivo-compulsivo con pensamientos de culpa y agresividad, que puede ser enfocada hacia sí mismo o hacia el entorno.

Comprenderás, leyendo esto, que sienta curiosidad por el sujeto de investigación, por lo cual reitero mi disposición a analizar cualquier otra muestra de escritura que puedas enviarme o cualquier información adicional que puedas facilitarme que me ayude a rebatir o afianzar mi diagnóstico.

Por último, si a pesar de tratarse tan sólo de una muestra mecanografiada, la personalidad del sujeto coincide con mi diagnóstico, éste necesitaría tratamiento psicológico urgente, ya que al estar sometido a elevados grados de ansiedad, podría infringir graves daños a los demás o a sí mismo. Para finalizar, y como opinión personal, espero que la razón de que me hayas enviado esta muestra de escritura sea profesional y no personal, ya que no me gustaría pensar que estás implicada con un individuo de estas características.

Espero que me mantengas informada. Un beso.

Raquel González

Natalia releyó el informe tratando de retener toda la información. Al menos no

era un psicópata, lo que tranquilizaría a Carlos, aunque la personalidad del individuo que Raquel describía en su informe no era mucho mejor. La descripción de una persona agresiva, ansiosa y con unos impulsos destructivos descontrolados no la dejaba muy tranquila, aunque ya supiese que estaban buscando a un asesino. Tenía que encontrar las partes positivas del informe, cualquier dato que les permitiese tener esperanza. Y los había. El hecho de que se tratase de una persona que padecía un trastorno obsesivo quería decir que no mataba al azar, que seguía un plan elaborado de acuerdo con su obsesión. Si ella conseguía llegar al centro de esa obsesión, comprender sus motivaciones, podrían saber a quién elegiría y por qué y adelantarse a sus movimientos.

Repasó algunas líneas de nuevo. La parte que hablaba de sus impulsos homosexuales la dejaba desconcertada, pero añadía una nueva luz a la investigación. Varias ideas rondaron por su cabeza. Tendría que consultar algunos libros antes de compartir sus hipótesis con Carlos y Gus esa noche.

Guardó el informe y volvió a su trabajo sintiéndose algo más optimista. Después de todo, el asesino tenía sentimientos y le afectaba una alta carga de culpabilidad. Era posible que acabase entregándose o que empezase a cometer errores para que pudiesen atraparlo. Muchos asesinos de ese tipo se comportaban así cuando ya no podían soportar la carga que suponían sus crímenes. Y no pudo evitar sentirse bien pensando que quizá decidiese suicidarse y acabar por fin con la pesadilla.

Carlos entró como una tromba en el departamento de archivos y se dirigió hacia la mesa de David. Éste levantó la vista de su teclado y le saludó desde detrás de sus enormes gafas de concha:

— Hola, Carlos, qué rápido has llegado. Ya te dije que no hacía falta

tanta prisa...

— Tú calla y enséñame lo que has encontrado.

El chico frunció el ceño ante los modales de Carlos, pero obedeció sus órdenes. Salió del programa en el que estaba trabajando e introdujo los datos de Alex mientras explicaba como los había conseguido:

— Bueno, me pase toda la semana buscando fichas que coincidiesen con alguno de los datos que me diste entre todos los criminales fichados del estado. Es una investigación muy amplia ir comparando cada uno de los datos con todas las fichas policiales y en toda la semana pasada no conseguí nada. El caso es que esta mañana llegue medio dormido e introduje los datos sin darme cuenta de que en vez de estar utilizando el programa de búsqueda de fichas policiales estaba en el de casos abiertos, que estuve usando el viernes antes de marcharme. Y de repente ahí estaba... Todos los datos coincidían. Míralo tú mismo.

Carlos se inclinó hacia el ordenador y comprobó los datos. En la pantalla aparecía una foto diferente a la que habían encontrado en el ordenador, pero, sin ninguna duda, pertenecía al mismo chico. Los datos que tenía correspondían: Alejandro Vázquez, San Sebastián, nacido el diecinueve de abril de 1982, diecisiete años... Entonces cayó en la cuenta:

— Pero que estúpido soy... Si el asesino hubiese nacido en el 82 no podría tener ahora diecisiete años, tendría diecinueve... Ha conservado todos los datos del verdadero Alex, incluso la edad que tenía cuando murió.

— Sí, de eso ya me había dado cuenta porque el programa me decía todo el rato que los datos eran erróneos, así que tenía que hacer la búsqueda primero con diecinueve años y nacido en el 82 y luego con la fecha de nacimiento en el 84 y diecisiete años de edad... No te lo comenté porque pensé que era una tontería.

— Bueno, puede que para nosotros sea una tontería, pero parece que para el asesino es importante. Tan importante como para conservarlo a pesar de que las chicas podían hacerle preguntas. ¿Podrías sacarme toda la información que haya disponible sobre este caso? Ya sabes, todos los datos, interrogatorios, análisis forenses...

— Claro, llevará un rato reunirlo todo, pero lo tendrás para principios de esta tarde. ¿Te viene bien?

— De maravilla... Y oye, muchas gracias. Te lo has currado muy bien — Carlos le dio una palmada en la espalda, agradecido.

El chico enrojeció hasta el nacimiento del pelo. Debía ser la primera vez que alguien elogiaba su trabajo desde que había entrado:

— Bueno, en realidad no ha sido nada. Ya te he dicho que lo descubrí por suerte...

— Pero lo descubriste. Te debo una cerveza.

Carlos salió del departamento de archivos con una sonrisa. Mientras se dirigía a su despacho se extrañó de sentirse tan bien. Después de todo, aquella mañana había pensado que estaba a punto de atraparlo y al final no había conseguido nada. Debería sentirse frustrado, pero no era así. Al fin tenía algo por dónde empezar a buscar, sitios a los que ir, informes que leer, gente a la que preguntar... Por fin había encontrado un hilo que podía seguir y estaba seguro de que esta vez iba a llevarle a algún sitio.

Natalia empezó a recoger todo su instrumental diez minutos antes de la hora de salida. Se sentía inquieta, sin poder concentrarse en el trabajo, mirando una y otra vez el gran reloj que adornaba la pared de la entrada.

Llevaba todo el día impaciente por comentar los resultados del análisis

grafológico con Carlos y Gus para saber qué opinaban y hasta qué punto podían ser útiles las nuevas hipótesis que había elaborado. Y además, Carlos la había llamado a las tres de la tarde para decirle que no se entretuviese a la salida y que fuese directa a casa porque él también había encontrado nuevos datos. Parecía que todos sus esfuerzos empezaban a dar fruto, quizá estuviesen mucho más cerca de atraparlo de lo que ellos mismos habían pensado.

Natalia metió sus cosas en el bolso, recogió el abrigo y salió, murmurando una disculpa sobre una visita al médico a su jefe de departamento. No soportaba más la inactividad. Tenía que moverse o se volvería loca allí adentro.

En el aparcamiento vio a Carlos a lo lejos, abriendo la puerta de su coche. Le saludó con la mano y él sonrió y se acercó:

— Hola, veo que has salido rápido. ¿La chica responsable haciendo pira?

— No, casi todos los días me quedo mucho más tiempo, así que no pasa nada porque hoy salga cinco minutos antes. Si supieras todo lo que tengo sobre el caso...— empezó a rebuscar el informe en su bolso.

— No, espera...— la interrumpió Carlos— Primero, tienes que oír lo que he descubierto.

— No seas maleducado, estaba hablando yo.

— Pero lo mío es más importante.

— ¡Qué prepotente eres! ¿Cómo sabes que lo tuyo es más importante que lo mío si no tienes ni idea de lo que yo he descubierto?

— Porque no puede haber nada más importante que lo que he encontrado yo— Carlos se dio cuenta de que podían estar años discutiendo sobre aquello, así que decidió dejarlo—. Mira, de todos modos, creo que es una estupidez hablar de ello aquí porque luego se lo tendremos que repetir a

Gus. Será mejor que lo dejemos para cuando lleguemos a tu casa.

— Claro, como no puedes hablar tu primero, no se habla— le recriminó Natalia.

— No seas infantil. Mira, apostemos a ver quien habla primero.

— Me parece bien. ¿Cómo?

— Con una carrera. El primero que llegue a tu casa, habla.

Los ojos de Carlos brillaban emocionados, como los de un niño travieso. A Natalia le encantó esa mirada y la idea le pareció divertida y emocionante, pero, una vez más, la parte racional de su mente tuvo que protestar.

— ¿Y yo soy la infantil? Por favor, Carlos... Pertenece a la Ertzantza, no podemos jugar a carreritas por el centro de Bilbao.

Carlos le dio la espalda y se dirigió a su coche. Cuando ya había llegado a la puerta, se volvió hacia ella.

— Tú sabrás si quieres correr o comportarte como una buena chica. Ya habías aceptado la apuesta, así que te espero en tu casa para hablarte de las maravillas que he descubierto.

Carlos le sonrió y le guiñó un ojo mientras se metía en el coche. Natalia corrió hacia allí, intentando parar aquella estupidez. Golpeó la ventanilla con los nudillos, sonriéndole. Él la abrió mirándola con aire de superioridad mientras ponía el contacto:

— ¿Qué quieres?

— Es mejor para ti que nos lo apostemos a otra cosa. No tienes ninguna posibilidad con esa cafetera.

— Eso ya lo veremos, muñeca.

El coche arrancó a toda velocidad, dejando la mitad de las ruedas en el pavimento. Natalia se puso furiosa. No era más que era un macarra, un chulo y un prepotente. Entonces, ¿por qué estaba mirando como se alejaba el coche con una sonrisa de colegiala? Encima la había llamado muñeca. Reaccionando con rapidez, echó a correr hacia su coche. No iba a dejar que se saliese con la suya. Abrió su bolso y empezó a buscar las llaves entre las miles de cosas que llevaba dentro. Después de unos angustiosos segundos las rozó con la mano y consiguió sacarlas sin tirar nada. Abrió el coche e intentó arrancarlo, pero los dos primeros intentos de encajar la llave fueron un fracaso. Respiró con fuerza intentando calmarse. Era una tontería ponerse así, sólo era una carrera estúpida y además él ya estaría tan lejos que no conseguiría darle alcance. Al levantar la vista del contacto vio el coche de Carlos parado a unos cien metros, esperándola con el motor encendido. ¿Así que creía que no necesitaba ventaja para ganarla? Se iba a enterar...

Consiguió encenderlo y el motor le respondió con un potente rugido. El coche salió disparado del aparcamiento y en ese momento Carlos volvió a moverse. Natalia sonrió. No se encontraba tan seguro como para esperar a que ella se le pusiese al lado. Aceleró aun más y se colocó en pocos segundos justo detrás del otro coche.

Salieron de Erandio y se dirigieron hacia Bilbao bordeando la ría. Estaba anocheciendo y la contaminación lo rodeaba todo como si fuese bruma, haciendo que el cielo brillase con un espectral fulgor dorado. A toda velocidad fueron dejando atrás viejas fabricas abandonadas, muros grises y derruidos, paredes amarillentas desde las que parecían mirarles cientos de ventanas sin cristales. La carretera era estrecha, sólo un carril para cada dirección. Las verjas y los muros que la bordeaban estaban muy cercanos, y pasaban tan veloces por su ángulo de visión que daba la impresión de que en cualquier momento iba a perder el control del coche. Pero aun así no frenó. Su

corazón latía deprisa, tenía la respiración agitada y empezaba a tener muchísimo calor. Pulsó el botón que bajaba la ventanilla de su lado y dejó que el frío aire de Octubre le golpease la cara y le arremolinase el pelo. Se sentía libre, despreocupada, feliz... Lo único que le importaba en aquel momento era correr, adelantar a Carlos, ganar...

Natalia comprendió al cabo de unos segundos que, a pesar de que su coche era mucho más potente que el de Carlos, no podría aprovechar esa ventaja en medio de la ciudad, y menos a esa hora en la que todo el mundo salía de trabajar. Tenía que adelantarle antes de que saliesen de la Ribera de Erandio. Si seguía detrás de Carlos cuando llegasen a Deusto, ya no tendría nada que hacer. Se pegó aun más a su coche, esperando una mínima oportunidad para adelantar. Carlos hacía pequeñas eses con su coche, burlándose de sus intentos de asomar el morro del Mercedes. Natalia empezó a sentirse cada vez más nerviosa, no podía permitir que se riese de ella.

En ese momento vio que por el carril contrario no venía ningún coche. La línea era continua en esa parte de la carretera, se suponía que no debía adelantar. Pisó el acelerador a fondo. Al diablo con lo que se suponía que no debía hacer. Llevaba toda la vida haciendo lo correcto. El indicador de velocidad marcó ciento cuarenta, pero aún así Carlos no se dejó amedrentar. Lanzó el coche hacia el mismo lado de la carretera, intentando cruzarse lo suficiente para que ella no pudiese pasar. Natalia continuó a la misma velocidad, demostrándole que no iba a rendirse. Carlos volvió a su carril, acelerando al máximo que le permitía su coche. Durante unos eternos segundos los dos coches corrieron a la par. Natalia miró a Carlos a través de la ventanilla, sonriéndole triunfante mientras aceleraba aún más. En ese momento unas luces la deslumbraron haciéndole mirar de nuevo la carretera. Un enorme camión se le acercaba de frente. Carlos frenó en seco para permitirle adelantar y Natalia dio un bandazo para incorporarse a su carril. El camión pasó a su lado,

haciendo sonar el claxon con estruendo para demostrar su enfado. Natalia volvió a acelerar. Por fin había conseguido pasarle y ahora nada iba a impedir que ganase la carrera. Sonriendo feliz dejó atrás el coche de Carlos. Jamás se había sentido tan viva.

Unos minutos después llegó a Deusto y tuvo que aminorar la marcha para incorporarse al lento tráfico que llenaba las calles a esa hora. Mientras estaba parada en un semáforo, miró por su retrovisor y vio a Carlos, unos cuantos coches más atrás. Sonrió eufórica. Había ganado.

En ese momento, empezó a oír el ruido de una sirena y vio una luz azul brillando en su retrovisor. Los otros conductores fueron apartándose y el coche de Carlos fue abriéndose paso poco a poco. Al pasar por su lado, la saludó con la mano mientras le sonreía. A pesar de que no llevaba coche oficial había colocado una sirena destinada a casos de emergencia. Natalia se sintió furiosa. No era justo, estaba haciendo trampa. Intentó colarse detrás de Carlos, siguiendo el hueco que él iba abriendo, pero los demás coches se cerraron tras él de inmediato y lo único que consiguió fue despertar las iras de los conductores que la rodeaban. Frustrada se reclinó en el asiento mientras veía como el coche de Carlos desaparecía a lo lejos.

Carlos aparcó y sonrió con expresión triunfante. Salió, cerró la puerta y dio unos golpecitos cariñosos en el techo de su coche:

— Así aprenderán a no llamarte cafetera. ¿Quién necesita un Mercedes deportivo?

Por la carretera se podía oír el rugido del motor de Natalia. Él se apoyó en una de las puertas y encendió un cigarrillo. El coche enfiló la calle a toda velocidad, llegó hasta su altura y frenó en seco. Sin aparcar siquiera, Natalia se lanzó fuera del coche y se dirigió a él como si fuese a matarlo:

— Eres el tío más tramposo y con peor perder que he visto en la vida. Sabes que he ganado yo.

— ¿Cómo que has ganado tú? ¿Quién ha llegado aquí primero?— Carlos no podía evitar la sonrisa de triunfo. En realidad verla en ese estado le hacía tanta gracia que tenía que luchar para contener las carcajadas.

— Pero yo te adelanté en la carretera. Mi coche es mucho más rápido y yo conduje mejor.

— Si a casi conseguir que ese camión nos aplastase a los dos le llamas conducir mejor...

— Claro que eso es conducir mejor. Me arriesgué y lo conseguí...

— No, nos arriesgaste a los dos y sólo por ganar una estúpida carrera...

— ¡Una estúpida carrera! Pero si fue idea tuya...

— Pero a ti te gustó y ha sido totalmente legal.

— ¿Legal? No me hagas reír... Lo de la sirena es el truco más sucio que he visto en mi vida. Sabías que no tenías posibilidades con esa mierda de coche.

— La sirena es una prestación de mi coche, igual que la potencia del motor del tuyo...

— No digas gilipolleces...— Carlos se sorprendió. No conseguía acostumbrarse a oír a Natalia diciendo tacos— Has hecho trampa y lo sabes.

— No he hecho trampas...

— Sí las has hecho...

— No las he hecho...

— ¡Que sí!

Carlos suspiró. Ya empezaban otra vez. Se acercó a Natalia, la agarró fuerte de la cintura y atrajo el cuerpo de ella contra el suyo:

— Como no te calles, te beso para que tengas la boca cerrada.

Los ojos de Natalia se abrieron desmesuradamente y su respiración se agitó, pero consiguió mantenerle la mirada y contestar:

— Bésame si quieres pero la carrera la he ganado yo y hablaré primero.

Carlos le sonrió y acercó más su cara a la de ella:

— ¿Y que te lleves dos premios en una noche sin merecerte ninguno? De eso nada, guapa.

La soltó con suavidad y se dirigió hacia el portal. Natalia necesitó unos segundos para comprender qué era lo que había pasado antes de lanzarse de nuevo a la carga:

— Eres el tío mas presumido que he encontrado en mi vida... No me explico cómo puedo aguantarte... Primero casi consigues que me mate en la carretera y ahora intentas hacer ver que yo quiero que tú me beses... La verdad es que no sé por qué no me doy la vuelta y me voy ahora mismo...

— ¿Puede ser porque estamos en tu casa?— contestó Carlos con una sonrisa irónica.

Natalia le miró sin saber qué contestarle. La sacaba de quicio, pero, al mismo tiempo, aquel brillo travieso en sus ojos era tan adorable... Se sorprendió a si misma arrepintiéndose por no haber dejado que él la besara. Apartó esos pensamientos de su mente:

— Debería matarte... No voy a volver a seguirte el juego nunca más.

No voy a permitir que me vuelvas a liar para que haga tonterías como las de esta tarde...

Ante su asombro, Carlos se echó a reír. Luego la miró a los ojos, con ese brillo en la mirada que le hacía parecer un niño y le dijo:

— Pero ha sido divertido, ¿eh?

Sin poder evitarlo, Natalia también se echó a reír. Era extraño que él, que era bastante mayor que ella, tuviese la capacidad de hacer que se sintiera más joven. No podía recordar una ocasión en la que se hubiese sentido más libre y viva.

— Sí, ha sido divertido. Anda, vamos.

— No, tienes que aparcar bien el coche. Después del numerito del camión, sólo faltaba que lo dejases cruzado en la carretera toda la noche. Estoy pensando en hablar con algún colega de tráfico para que te deje encerrada durante dos o tres meses.

— Que se te ocurra y te juro que te realizo una autopsia en vivo.

— Tú siempre tan encantadora... Sabes que decirle a un hombre para seducirle, ¿verdad?

— Ni falta que me hace contigo...

Natalia se dirigió a su coche y lo arrancó. Carlos la esperó apoyado en el dintel del portal, con los brazos cruzados. Le miró de nuevo, planteándose que sentía por él en realidad. No podía darle un nombre a las emociones que la habían desbordado cuando sus dos cuerpos se apretaron y todo su campo de visión quedó inundado por el brillo de sus ojos verdes. Intentó concentrarse en aparcar bien el Mercedes a fin de apartar su mente de esas tonterías. Estaban en medio de una investigación, buscando a un peligroso asesino en serie. Y además eran Carlos y ella, la peor pareja del milenio. No era buen momento

para enamorarse.

CAPÍTULO SIETE

Se sentaron en el salón, cada uno con los papeles que contenían su trabajo del día, un café humeante delante y un cigarrillo en los labios. Natalia miraba sus papeles con una expresión entre ausente y enfadada. Carlos empezó a hablar:

— Parece ser que nuestros esfuerzos están empezando a dar fruto. Tanto Natalia como yo hemos obtenido nuevos datos. ¿Tú has conseguido algo nuevo, Gus?

— Nada, pero al menos estoy acabando con todos los chats. Creo que habré revisado todos para mañana por la tarde. Luego me quedarán los e-mails y mensajes, pero también los acabaré pronto... ¡Y me habré librado de él para siempre!

— No cantes victoria tan rápido. No habremos acabado con él hasta que le hayamos atrapado. Bien, Natalia, cuéntanos que has encontrado tú.

Natalia le miró sorprendida. Ahora se las daba de magnánimo dejándole hablar primero:

— No tranquilo, habla tú... Lo mío puede esperar— Natalia le lanzó una mirada de rencor, dándole a entender que no necesitaba su compasión.

— No, habla tú. Las damas primero...

— No te las des de caballero conmigo después de lo que ha pasado ahí abajo.

— ¿Qué ha pasado?— preguntó Gus, intrigado.

— Nada— contestaron los dos al unísono.

— Vale, vale... Si a mí no me importa lo más mínimo lo que pase entre

vosotros dos. Lo único que quiero es que alguno de los dos empiece a contar algo ya porque no pienso pasarme aquí toda la noche mirando como discutís. No sé si lo sabréis, pero soy una persona ocupada. Tengo una carrera abandonada, una casa a la que volver, amigos a los que casi no veo...

— Está bien, está bien... Empezaré yo— Natalia decidió intervenir antes de que Gus se lanzase a hablar durante toda la noche. Cuando pillaba carrerilla, resultaba imparable— Lo primero es que por fin he recibido los informes finales de las autopsias...

— Yo me voy al baño un momento. Podéis seguir hablando sin mí— Gus se levantó de su sillón con rapidez.

— No, quédate... Cualquier dato puede ser importante y quiero que los tres dispongamos de toda la información. Además, será bueno para ti que sepas qué clase de persona estamos buscando— Carlos le sonreía como si disfrutase de la sensación de asco que ya se estaba dibujando en la cara de Gus—. Llevas días quejándote de lo cursi que es. Ahora vas a poder conocer otra faceta mucho menos dulce.

— Está bien, pero yo no voy a pagar la limpieza de la tapicería de Natalia. Continua— Gus volvió a sentarse, abatido.

— Veamos, lo tenía por aquí...— Natalia rebuscó entre sus papeles y sacó tres informes, repartiendo uno para cada uno. Gus abrió el suyo y comenzó a ojearlo— Los datos confirman más o menos lo que yo averigüé en la autopsia preliminar. Mirad las fotografías de la tercera página, hay datos nuevos sobre la extirpación de los ojos. El examen de las órbitas oculares revela muescas en el hueso malar, el borde supraorbital y el ala mayor del esfenoides lo que señala que no se utilizó un instrumento adecuado para extirparlos. Debió utilizar el mismo cuchillo que usa para asesinarlas. Además, esto nos indica que no tiene ni idea de cirugía. La verdad es que

realizó una autentica carnicería al intentar extraerlos, incluso dejó gran parte del globo ocular izquierdo de Bianca ante la imposibilidad de extraerlo entero. Gus, ¿te encuentras bien?

Gus no respondió, se limitó a negar con la cabeza mientras se levantaba del sillón. Se dirigió hacia la ventana y la abrió, sacando la cabeza para que el aire frío le despejara. Natalia se levantó para ayudarlo. Él se giró y le hizo un gesto negativo con la mano:

— Estaré bien en un momento, no te preocupes. Sólo necesito un poco de aire— dijo mientras volvía a asomarse—. Podéis seguir con lo vuestro.

— ¿De verdad estás bien?— Natalia parecía preocupada— Oye, Carlos, ¿crees que es necesario que escuche esto?

Carlos encogió los hombros, dejándole la elección a Gus. Se sentía un poco culpable por como parecía sentarle aquello al pobre chico. No había pensado que fuera tan sensible.

— Tranquilos, ya estoy bien. Aguantaré, pero preferiría escuchar desde aquí, sin ver las fotos... Prefiero dejar eso para otro día, si no os importa— sonrió, intentando disculparse. Siempre se había sentido ridículo por su fobia ante todo lo que tuviese que ver con sangre, órganos, médicos u hospitales, pero tendría que superarla o abandonar aquella investigación. Volvió a plantearse que quizá habría sido mejor decir que no desde el principio.

— De todas maneras lo que queda es más suave— le tranquilizó Natalia—. Hemos realizado análisis de sangre de las víctimas y por los niveles de adrenalina sabemos que Bianca se dio cuenta de que estaba siendo atacada, ya dije que había necesitado varios golpes para dejarla inconsciente. Sin embargo, los niveles de adrenalina en la sangre de Vanessa son normales lo que confirma que no se enteró de nada y cayó inconsciente al primer golpe.

Bianca perdió gran cantidad de sangre lo cual nos indica que la golpeó, la dejó inconsciente y después la trasladó al lugar donde la asesinó. Con Vanessa fue mucho más práctico y rápido, lo cual es una mala noticia porque, cuanto más mejore, más difícil será atraparlo. Lo peor de todo es que ni siquiera con el instrumental más moderno y los análisis más exhaustivos hemos encontrado ni una sola gota de sangre, ni pelo, ni muestras de tejido de Alex.

— ¿Y eso era todo lo que tenías que decir?— Carlos le lanzó una de sus sonrisitas sardónicas— ¿Qué seguimos sin encontrar nada?

— No, espera... He dejado lo mejor para el final. Como ya os comenté, le envié una muestra de la escritura de Alex a una amiga experta en grafología y aquí están los resultados— sacó otra hoja del montón que tenía apilado enfrente—. Y lo primero que tengo que decir es una buena noticia para Carlos. Tenías razón, no es un psicópata.

— ¿Lo ves? Ya te lo decía yo, pero nada, tu empeñada en capturar a Jack, el destripador...

— ¿Y qué es entonces?— intervino Gus interesado, volviendo a su asiento.

— Bueno, nuestro chico no será un psicópata, pero tampoco es ningún angelito. Según el análisis de mi amiga, estamos buscando a un individuo agresivo y descontrolado, que sufre una obsesión caracterizada por grandes sentimientos de culpabilidad que le llevan a ser destructivo con los demás o consigo mismo y que además puede tener fuertes impulsos homosexuales.

— ¿Homosexuales? ¿Entonces por qué asesina niñas?— preguntó Carlos extrañado.

— Si recuerdas, cuando empezamos nuestra investigación, te comente que el asesino podía tener alguna malformación. Según esto, su malformación

podría no existir de manera física, sino sólo en su mente. Se siente culpable por ser homosexual e intenta cambiarlo. Es un trastorno llamado egodistonia, o sea, no estar conforme con la propia identidad sexual. Por eso, cuando intenta seducir a las niñas, utiliza esas palabras tan vacías y faltas de emoción, porque no lo siente, sólo está actuando. Cuando al fin consigue seducirlas, planea una cita con ellas, en la cual él tiene la esperanza de poder mantener una relación sexual y “curarse”, por decirlo de alguna manera, de su homosexualidad. Cuando ve que esto no funciona, se siente lleno de odio y de rabia contra sí mismo, pero enfoca la culpa hacia las niñas, por lo cual las asesina y mutila.

— Joder, vaya bicho... Pues no sé si me gustaba más lo del psicópata
— Gus se encendió otro cigarrillo intentando calmarse. Cada vez dudaba más de su capacidad para superar todo aquello. No sabía hasta que punto iba a ser capaz de mantener la mente fría mientras sabía que iba a intentar hackear a alguien tan peligroso.

— Bueno, primero tengo que decir que siguen siendo hipótesis. Hay cosas que no cuadran, como que, por ejemplo, las víctimas no muestran ni siquiera que haya habido un intento de violación. Lo más lógico sería que al menos tratase de comprobar si es capaz de hacerlo. Además, su ira a la hora de mutilarlas debería descargarse contra los órganos sexuales de las víctimas y no contra los ojos y las manos... Esos puntos no tienen sentido, pero supongo que todo acabará cuadrando si seguimos investigando.

— Parece que por fin empezamos a saber algo de él. Felicidades—
Carlos le sonrió. Natalia se sintió tan orgullosa que no pudo evitar sonrojarse
— Y desde un punto de vista práctico, ¿cómo nos ayuda esto?

— Por un lado nos da esperanza, ya que este tipo de asesinos no suelen soportar la culpa durante mucho tiempo. Acaban dejando pistas o

entregándose, o incluso suicidándose.

— Pues nos haría un verdadero favor, pero, ¿qué hacemos si no es así?
— insistió Carlos.

— Según el informe de mi amiga, Alex está sometido a una ansiedad y unos impulsos autodestructivos terribles, por lo cual creo que deberíamos pedir a los psiquiátricos de todo el País Vasco informes de la gente que haya cometido intentos de suicidio frustrados en los últimos años. Quizá tengamos suerte y encontremos una ficha que coincida con nuestro asesino.

— Eso será fácil. Tiene que haber una sentencia judicial para ingresar a una persona en un psiquiátrico después de un intento de suicidio, así que tiene que estar archivado. Le pediré a David que me saque los datos y los tendrás lo antes posible. ¿Algo más?

— Por el momento, no. Ya puedes hablar tú— le dirigió una sonrisa burlona—. A ver si lo superas.

Carlos se levantó y les dedicó una reverencia teatral:

— Eso está hecho. Agarraos al asiento...— dejó pasar unos segundos para aumentar la tensión— He encontrado a Alex.

— ¿Cómo que lo has encontrado? ¿Está detenido? ¿Por qué no nos habías dicho nada?...— Natalia y Gus se levantaron de sus asientos y empezaron a hacerle preguntas al mismo tiempo.

— Tranquilos. Si os sentáis, os lo aclararé todo— esperó hasta que los dos se sentaron y continuó— He encontrado a Alex, pero nuestro asesino sigue suelto.

— Joder, pues vaya manera de aclararlo. Creo que me he perdido algo mientras estaba mareado— dijo Gus perplejo.

— No, tranquilo. Yo tampoco entiendo nada— Natalia le miraba desconcertada— ¿Qué quieres decir con eso?

Carlos rebuscó entre sus papeles y repartió copias del informe que le había pasado David. Empezaron a hojearlo frenéticos mientras él les explicaba:

— Bien, como veis en ese informe existió un Alex Vázquez de San Sebastián, nacido exactamente el 19 de Abril de 1982, pero esta persona lleva muerta un año y medio. Si nos hubiésemos fijado bien en los detalles, nos habríamos dado cuenta de que la edad que aparece en su información de ICQ no corresponde con la que tendría en la actualidad... Pero sí corresponde con la que tenía en el momento en que le mataron.

— ¿Quieres decir que Alex podría ser la primera víctima de nuestro asesino? ¿Que lo mató para usurpar su identidad?— Gus miraba los papeles con la misma expresión de no entender nada de lo que estaba pasando.

— No lo sé, eso nos lo debería decir Natalia. ¿Tú qué piensas?

— Espera unos segundos, estoy echando un vistazo al informe forense — Natalia se apartó el pelo de la cara y leyó durante unos minutos. Los demás se mantuvieron en un respetuoso y expectante silencio—. Sí, las señas de identidad son muy similares. La víctima murió de una puñalada en el corazón al serle seccionada la arteria carótida, las manos resultaron amputadas... Perdona, Gus.

— No, tú a lo tuyo... Ya sé dónde está el baño.

— Cuando quieras, paro. Parece que este asesinato fue mucho más sangriento. Los ojos no fueron extirpados sino destrozados y una vez que estuvo muerto le asestaron veintisiete puñaladas más en la región torácica. Además, no hay golpes en la cabeza, lo que puede indicarnos que no creyó necesario dejarlo inconsciente porque la víctima confiaba en él.

— Sí, esa hipótesis queda reforzada por el hecho de que Alex fue asesinado en su propia casa, en la cocina, y que la puerta no había sido forzada. Conocía al asesino y le dejó pasar— añadió Carlos.

— Pues al asesino no le caía nada bien, se cebó una pasada con el pobre chico— Gus intentaba superar su fobia a pasos agigantados echando un vistazo al informe forense. Por el tono verdoso de su cara, la fobia iba ganando.

— Parece ser que este asesinato es la fuente de todo. Los siguientes crímenes sólo serían recreaciones de este. Podríamos decir que, cuando mató a Alex, tenía un verdadero móvil, mientras que con sus víctimas actuales sólo intenta reproducir la liberación que sintió al realizar el primer asesinato— Natalia seguía ojeando el informe mientras hablaba, pero la expresión de su cara daba a entender que no estaba muy convencida de lo que estaba diciendo —. No sé por qué esta hipótesis no me acaba de cuadrar.

— Pues a mí me parece bastante razonable— Carlos intentó animarla para que siguiese hablando. Sin sus hipótesis se encontraría perdido a la hora de entender las motivaciones de aquellos crímenes.

— Los asesinos en serie suelen centrarse en un tipo de víctimas. Algunos asesinan niñas, otros prefieren ancianos o gente de color u homosexuales o mujeres jóvenes... A pesar de que esto puede resultarles limitante a la hora de asesinar, no se salen de su norma, ya que ésta está fundada en el trastorno que padecen. Por eso no es lógico que primero asesinase a Alex y ahora vaya buscando niñas.

— Pues si tú no lo entiendes, imagínate cómo me encuentro yo— Carlos la miró implorante, pidiéndole que intentase llegar un poco más allá.

— Bien, veamos...— Natalia suspiró y se tomó unos segundos para reflexionar— Tomemos como válida la hipótesis de que es homosexual y que

se siente culpabilizado por ello. Alex podría haber sido su primera relación homosexual, quizá incluso estuvieron enamorados. Al sentirse culpable y despreciar esa identidad sexual, culpó de todo a Alex, por lo cual le asesinó. El resto ya lo he explicado antes: intenta mantener una relación heterosexual con las chicas que conoce en ICQ y, al no ser capaz, se siente furioso y las mata.

— Bueno, es una explicación posible...— aceptó Carlos— Tomémosla como válida por ahora.

— Está bien, pero sigue sin cuadrarme— insistió Natalia—. Lo normal con esos antecedentes sería que sus víctimas fuesen otros homosexuales, ya que pondrían en peligro sus intentos de llevar una relación más tradicional.

— ¿Y qué vamos a hacer ahora con todo esto?— preguntó Gus.

— Por un lado, vamos a investigar al verdadero Alex, su familia, sus amistades... Parece ser que este asesinato es la fuente de todo y que el asesino se ensañó con él como si tuviese algo personal en su contra, así que creo que no es tan disparatado suponer que se conocían en persona. Mañana voy a San Sebastián a hablar con sus padres. Me gustaría que Gus viniese conmigo por si tenía un ordenador. Habría que hacer copias de sus archivos. ¿Te viene bien que te recoja a las diez?

— De maravilla, me estoy levantando todos los días a las ocho para venir aquí. Así podré dormir más.

— De acuerdo, entonces... Por otro lado, vamos a probar la idea de Natalia de buscar todas las fichas de suicidios frustrados. Empezaremos desde la fecha del asesinato de Alex hasta la actualidad para intentar acotarlo un poco y si no encontramos nada, buscaremos más atrás en el tiempo— miró a Natalia buscando su aprobación—. Mañana le pediré una lista al chico de archivos y te la pasaré en cuanto la tenga. Tú tendrías que revisarla para pedir

los informes psiquiátricos de los que te parezca que pueden coincidir. Hará falta una orden judicial para cada uno de los informes que haya que pedir, así que intenta ser lo más precisa posible. Debemos tener una duda más que razonable de que ese informe puede corresponder a Alex antes de pedir una orden.

— Yo me estoy haciendo un lío con tanto Alex, uno vivo y otro muerto, uno víctima y otro asesino...— le interrumpió Gus— Creo que deberíamos buscar otra manera de referirnos a él porque si no, el que va a acabar tarado, voy a ser yo.

— Ya le llamamos “el asesino”.

— Joder, pues a mí eso no me vale. Me pone nervioso. Llamémosle Caronte, es el nick que él eligió y además le viene al pelo— Gus esperó su opinión pero al ver la cara de desconcierto de Carlos continuó explicando—. Ya sabes, el barquero que llevaba las almas de los condenados al más allá, el de la laguna Estigia...

— Creo que se te ha caído el cerebro por la ventana al asomarte. ¿Se puede saber de qué estás hablando?

— Joder, Carlos... Hablo de mitología griega. No sé para qué tienes la cabeza si no llevas nada dentro.

— Y yo no sé para que la llevas llena de tanta mierda. Así te pasas todo el día ido... Si no haces otra cosa que pensar en esas bobadas— Gus abrió la boca para contestarle, pero Carlos decidió ceder—. Está bien, llamémosle Caronte. Si a mí me da igual llamarle una cosa que otra. Bueno, entonces todo el mundo de acuerdo, ¿no?

Los demás asintieron. Carlos sonrió y se encendió un cigarrillo. Se sentía satisfecho, por fin el equipo empezaba a funcionar, empezaban a encontrar

pistas, puntos por los que empezar a cazar a su espectro. Muchas veces, más de las que quería admitirse a sí mismo, había dudado de que su idea fuese a dar resultado. Había pensado que ellos tres no valían nada como equipo y que todo aquello sólo desembocaría en un fracaso y una lamentable pérdida de tiempo, pero allí estaban, cumpliendo cada uno con su función y empezando a cosechar los primeros frutos.

— Bien, entonces hemos terminado por hoy. No sé si tengo que recordaros que el último día hice yo la cena, así que espero que hoy se mueva alguno de vosotros dos.

— ¿Cómo no voy a recordarlo si me pase toda la noche con dolor de tripas por culpa de tu tortilla? – Gus no pudo resistir la tentación de picarle de nuevo con el tema— Ya cocino yo. No pienso morir envenenado tan joven.

— Dices eso por envidia. Ya veremos la mierda que haces tú hoy.

— Tú sigue tocándome las narices y te cocino algo que te haga pasarte la noche en el cuarto de baño.

Gus se dirigió a la cocina con Natalia pisándole los talones para que no lo destrozase todo. Carlos se quedó recostado en el sillón, disfrutando de su cigarrillo y de la agradable sensación de saber que estaban en el buen camino.

El viaje en coche se le hizo eterno. Había cedido a que Gus pusiese una de sus cintas de música heavy, con la esperanza de que así se mantuviese un rato callado, pero aquel sacrificio no había servido para nada. Además de escuchar la música estridente a todo volumen, había tenido que soportar las explicaciones a voz en grito de Gus sobre el ritmo de la batería o las distorsiones de la guitarra. Así que cuando por fin San Sebastián apareció ante sus ojos, su dolor de cabeza era superior al de cualquier resaca que hubiese

sentido en su vida. Lo único que le apetecía era volver a Sestao para dejar a Gus en su casa y no volver a verlo nunca. Intentó relajarse y concentrarse en la conducción por el centro de la ciudad, dejando que Gus hablase solo. Fueron moviéndose lentamente entre el tráfico por las rectas y limpias calles. La ciudad era bonita, parecía haber sido bien planificada, con sus calles bien trazadas, sus amplias avenidas, sus elegantes edificios con un toque de antigüedad, no como Bilbao en la que cada calle había salido de donde Dios le dio a entender sin que nadie se fijase en los edificios que tenía al lado para mantener un poco de coherencia. Sonrió orgulloso, sin embargo. Bilbao podía ser gris y triste, pero tenía un encanto que no poseía ninguna otra ciudad que hubiese visitado. Y además tenían un equipo de fútbol de verdad, no como en San Sebastián.

Por fin llegó al edificio en el que había vivido Alex. Se detuvo en doble fila por un momento para comprobar que la dirección era correcta y aparcó. Al bajarse del coche le pareció que la ciudad estaba sumida en un total silencio en comparación con el estruendo que había tenido que soportar durante todo el viaje. Pensó que no le extrañaría haberse quedado sordo, pero Gus aprovechó aquel momento de calma para sacarle de su error:

— ¿Es aquí? Menos mal que ya hemos llegado porque el viaje se me estaba haciendo eterno. Casi no has hablado, me dejas a mí todo el peso de la conversación y así no puedo saber si te interesa lo que te estoy contando o te estoy aburriendo...

— Me estabas aburriendo, pero no pasa nada. Ya estoy acostumbrado — le contestó Carlos, cansado.

— Joder, tío..., qué borde eres. Pues todo lo que te he estado contando era importante. ¿Quién sabe si algún día irás a algún concurso de televisión y te harán una pregunta acerca de las características de la música heavy o de sus

diferentes estilos? Entonces te acordarás de mí y te arrepentirás de no haberme escuchado.

— Vale, pues perderé el concurso y me arrepentiré muchísimo, pero ahora calla un momentito que ya te he dejado desahogarte todo el viaje. Vamos a entrar a la casa, tú te quedas aparte mientras yo hablo con la madre de Alex. Te presentaré como mi ayudante, así que no vayas a decir que no trabajas en la policía— le echó una mirada reprobadora—. La verdad es que te podías haber puesto algo más presentable, ¿no?

— Pero si es de lo mejorcito que tengo. Esto lo suelo llevar los sábados a Portu...— Gus se dio una vuelta para que Carlos pudiese apreciar el efecto que producían los pantalones vaqueros raídos junto a la enorme camiseta negra en la que podía leerse “Dark Age has come” sobre la imagen de un tenebroso castillo rodeado de relámpagos.

— Vale, dejémoslo, pero no creo que la señora se vaya a tragar que eres poli.

— Joder, pues le digo que voy de incógnito.

— Mejor no digas nada. Anda, vamos que llegamos tarde.

Cuando llamaron a la casa, una mujer pequeña de alrededor de cincuenta años les abrió la puerta. Después de que Carlos se identificase, les hizo pasar a una pequeña salita y sentarse en el sofá. Ella se sentó en un enorme sillón que había al lado y les miró con aire asustado, encogiéndose tanto que parecía que el sillón fuese a devorarla. Por fin habló con un hilo de voz:

— Les he preparado café. Espero que me acepten una taza.

Carlos y Gus asintieron y la mujer se dirigió a la cocina. Carlos observó la sala. Estaba decorada en un estilo demasiado femenino, todo pintado en rosa y abarrotado de macetas y jarrones con flores artificiales. Un armario saturado

de libros ocupaba toda la pared y en él la televisión, con el sonido desconectado, retransmitía un programa matinal sobre personajes del corazón. Los dos se mantuvieron callados hasta que la mujer volvió de la cocina con una bandeja en la que se podían ver dos tazas de café humeante:

— Bien, aquí tienen— fue colocando las tazas delante de ellos y a continuación se sentó y les miró, sonriendo nerviosa—. ¿Podría saber en qué puedo ayudarles? Ya contesté a miles de preguntas cuando todo eso pasó. ¿O es qué tienen alguna información nueva?

— En realidad pertenecemos a la Central de Vizcaya de la Ertzantza. Estamos investigando ciertos delitos que podrían estar relacionados con la muerte de su hijo y por ello le estaríamos muy agradecidos si pudiese contestarnos a algunas preguntas.

— Claro, no hay ningún problema— se ofreció la mujer, intrigada.

— Bien, lo primero que nos interesa es la vida sentimental de su hijo. ¿Le conoció usted alguna pareja estable?

— ¿Alguna pareja estable?

La mujer rió, recordando. Se levantó y se dirigió al armario, del que extrajo un álbum de fotos. Pasó varias páginas hasta encontrar lo que buscaba y se lo mostró. En ellas Alex aparecía sonriente, en diversos momentos de su vida. Incluso les mostró la misma foto que ellos habían encontrado en Internet. En todas ellas, Alex traslucía un aire de encanto, de carisma.

— Miren, mi hijo era muy guapo. Ya desde pequeño era un niño monísimo y cuando creció...— suspiró mientras acariciaba con un dedo la cara que aparecía en una de las fotografías.— Se volvían locas por él, tenía montones de relaciones, pero ninguna en serio. Incluso se equivocó alguna vez y quedó con más de una chica el mismo día. Yo solía regañarle por ello, pero

él se reía y decía que no era nada serio, que sólo estaba jugando... Pero una relación seria... No, lo habría sabido. Era muy joven todavía para comprometerse.

Carlos frunció el ceño intentando cuadrar aquello con las hipótesis de Natalia acerca de que el asesinato se debía a una relación homosexual. De todos modos, decidió no rendirse tan pronto y seguir investigando por esa línea:

— ¿Y qué me puede decir de sus amigos? ¿Tenía algún amigo especial, alguien con quien saliese a menudo los fines de semana?

— Sí, solía salir en cuadrilla con un grupo de cinco o seis chicos. Todos estuvieron muy afectados cuando aquello pasó. Estuvieron apoyándonos mucho... Creo que aún conservo sus números de teléfono, un momento.

La mujer volvió a levantarse para coger una agenda. Buscó en las diferentes hojas durante unos segundos y fue dictándoles los nombres y números de seis chicos.

— Hace mucho tiempo que no hablo con ellos. Al principio, cuando me los encontraba por la calle, me preguntaban cómo estábamos, pero fuimos perdiendo el contacto.

Cerró la libreta y volvió a colocarla en su lugar. Cuando se hubo sentado, Carlos estuvo haciéndole algunas preguntas más sobre los hábitos de Alex, los lugares que frecuentaba, los estudios, sus aficiones...

— Era un chico muy listo. Le gustaba mucho estar horas delante del ordenador, lo manejaba de maravilla. Yo nunca he entendido mucho de eso, pero a él se le daba muy bien. Quería estudiar informática en la universidad.

Una chispa de interés apareció en las miradas de Carlos y Gus. Por fin iban a poder preguntar por lo que les interesaba:

— Hablando de eso, ¿su hijo se conectaba a Internet?

— Sí, claro... Tendría que haber visto usted las facturas de teléfono que nos llegaban. Le echaba unas broncas a mi pobrecillo— volvió a suspirar con la mirada perdida en las fotografías.

— ¿Podríamos ver su ordenador?— esta vez fue Gus el que pregunto, impaciente ya por poder hacer algo útil.

— No, lo siento. Intente conservar sus cosas y dejar la habitación como él la tenía, pero todo el mundo me decía que eso no era bueno, así que lo regale todo. Aunque pueden preguntarle a Eneko— señaló el segundo número de teléfono que tenían apuntado— Era su mejor amigo, siempre iban juntos a todas partes, así que se lo regalé. Como a él también le gustan mucho los ordenadores... Solían hablar mucho por Internet. pero su ordenador era mucho peor, así que le di el de Alex.

— ¿Podría decirme algo más sobre ese chico?— preguntó Carlos.

— Si, es un chaval estupendo. Venía con nosotros de vacaciones y algunas veces también Alex fue con él y sus padres a pasar unos días. Eran inseparables, incluso había gente que pensaba que eran hermanos porque siempre se les veía juntos. Hasta decían que se parecían muchísimo... Miren, aquí tengo una foto de los dos juntos.

La mujer le mostró una fotografía en la que se podía ver a Alex en una playa agarrándose por el hombro con otro chico. Tenían un gran parecido: la piel muy morena, la barbilla cuadrada, la sonrisa, los ojos y el pelo oscuro. Carlos pensó que una chica que sólo hubiese visto a Alex en una foto de ordenador podría confundirles con facilidad. Las siguientes frases de la madre de Alex desataron por completo las señales de alarma en su cabeza:

— El pobre chico quedó destrozado por lo de Alex. Llevaban unas semanas enfadados, un asunto de chicas, creo. Ese día habían quedado en que Eneko se pasaría por aquí para arreglarlo... El pobre chico se entretuvo por el

camino y cuando llegó a casa ya era demasiado tarde. Encontró a Alex tirado en la cocina y fue él quien avisó a la policía. El pobre chaval se pasó una semana diciendo que era culpa suya.

CAPÍTULO OCHO

Aprovechando la hora del café, Natalia se marchó al bar para echar un vistazo a los informes sobre suicidios que Carlos le había pasado antes de volver a San Sebastián. Habían estado comentando los resultados que Carlos había obtenido el día anterior y las sospechas acerca del amigo de Alex. Natalia había tenido que reconocer que, según sus propias hipótesis acerca de la personalidad del asesino, Eneko sería un sospechoso perfecto: edad y aspecto físico similar, alta involucración emocional con la víctima, afición a Internet y lo más importante de todo, la ocasión para cometer el crimen. Era todo tan perfecto que le hacía sospechar.

Carlos había vuelto a San Sebastián para ponerse en contacto con la Unidad de Investigación Criminal, con el fin de que le proporcionasen más datos acerca de la muerte de Alex y que le ayudasen a encontrar a Eneko, que por el momento no había podido ser localizado. Natalia suspiró mientras empezaba a ojear los papeles. Le hubiese gustado acompañarle, pero se suponía que había aceptado las órdenes de mantenerse apartada del caso. Tendría que dejar actuar a Carlos por su cuenta. Volvería el viernes para comentarles lo que había encontrado y, con un poco de suerte, quizá Gus y ella podrían sorprenderle con nuevos hallazgos.

Abrió el dossier que David había confeccionado para ellos con los datos sobre intentos de suicidio desde julio del año anterior. Al recibirlo, le había sorprendido el enorme montón de folios que lo componían y había supuesto que David se había esmerado en exceso, proporcionándole toda la información sobre cada caso a la que podían tener acceso sin necesidad de una orden judicial. Nada más empezar con la primera página se le cayó el alma a

los pies. No había detalles, solo una lista de nombres, con el sexo, la edad y la fecha. Eran muchísimos. Nunca había imaginado que existiese tanta gente desesperada. Agradeció que David fuese una persona meticulosa y los datos apareciesen ordenados de forma metódica para que pudiese manejarlos con facilidad. Dio un sorbo a su café, respiró hondo y comenzó a analizar los datos armada con un bolígrafo con el que ir tachando cada uno de los nombres cuyos datos no pudiesen coincidir con Caronte, tratando de apartar de su cabeza la horrible voz que se burlaba de ella diciendo que era muy posible que estuviesen siguiendo una hipótesis falsa y que nunca hubiese tratado de suicidarse.

En el informe aparecían relacionados ochocientos diecisiete intentos de suicidio. Empezó por eliminar los suicidios que habían sido culminados con éxito, con lo cual consiguió reducir la lista a seiscientos veintinueve. Una vez eliminados los muertos, que eran los únicos cuya inocencia estaba fuera de toda duda, empezaban las dificultades. Intentó pensar en todos los datos que conocían sobre el asesino. Tanto Carlos como Gus estaban casi seguros de que procedía de Vizcaya, aunque tampoco podía descartarse que fuese guipuzcoano. Eso eliminaba a los alaveses. Otros ochenta y cinco nombres fuera. Por desgracia Álava era la provincia con menos intentos de suicidio.

Volvió a tomar un sorbo de café para seguir pensando. Bueno, al menos sabían que el asesino era un hombre y, por suerte, la mayoría de suicidios frustrados eran cometidos por mujeres, con lo cual podía eliminar trescientos ochenta casos más. Con esto terminaban los datos más claros que poseían y la lista seguía siendo enorme: ciento sesenta y cuatro casos.

Pasó ahora a analizar las edades de las personas que quedaban en su lista. Tachó a todos los menores de diecisiete años, que no podrían ser Caronte porque no sabían conducir, y a los mayores de veinticinco porque las chicas

no habrían confiado en irse con alguien tan mayor. Con cada nombre que tachaba su mente se llenaba de inquietud ante la posibilidad de estar descartando al verdadero asesino, de tener ante sus propios ojos el nombre y apellido del culpable y no ser capaz de verlo. Intentó desterrar esos pensamientos mientras encendía un cigarrillo. No podía investigarlos a todos, tenía que filtrar todos aquellos datos o la investigación se haría eterna. Y de nada le serviría a la próxima víctima que la investigación se estuviese realizando de una manera científica y meticulosa si no conseguían detener a Caronte con la suficiente rapidez. Agarró de nuevo el bolígrafo y siguió tachando. La lista quedaba ahora reducida a sesenta y seis nombres. Eliminó los ingresos posteriores al día 15 de mayo de ese año, ya que según había confirmado Gus, ese era el día que había conocido a Bianca y había mantenido contacto con sus víctimas a diario, lo cual habría resultado imposible si hubiese estado internado en un psiquiátrico por un intento frustrado de suicidio. Esto reducía la lista a cuarenta y cuatro personas. Por mucho que pensó no se le ocurrió ningún otro criterio que pudiese aplicar para reducir aún más la lista. Con cualquier otro filtro que aplicase tenía muchas probabilidades de eliminar el nombre del asesino. Bueno, tampoco eran demasiados. Sería complicado conseguir las órdenes judiciales necesarias para poder acceder a todos esos informes psiquiátricos confidenciales, y Carlos pondría el grito en el cielo ante la perspectiva de tener que pedirle aquello a Aguirre, pero no veía otro camino. A no ser que, tal como sospechaba Carlos, el amigo de Alex acabase resultando ser el asesino, lo cual les simplificaría muchísimo la tarea.

Levantó por fin la vista de los papeles y miró el reloj. Su descanso para el café había terminado hacía cuarenta y cinco minutos. Desesperada empezó a recoger todos los papeles de la mesa, el tabaco y el bolso, dándose tanta prisa que varios folios acabaron desparramados por el suelo. Los recogió a toda

prisa y salió corriendo del bar. Era la primera vez en su vida que llegaba tarde y no se le ocurría qué podía decir para disculparse. Atravesó la carretera a la carrera, sin mirar siquiera si había tráfico y no paró hasta llegar al ascensor que la llevaría al laboratorio. Mientras esperaba a que el ascensor bajase pensó en contar que se había sentido indispuesta y que había tenido que ir a buscar una farmacia. En cuanto las puertas del ascensor se abrieron, se dirigió a su jefe de departamento y le contó la excusa. El hombre la miró con aire distraído, asintió dando a entender que no pasaba nada y siguió observando por su microscopio como si no tuviese la más mínima importancia.

Natalia se dirigió a su puesto entre asombrada y liberada. Así que era tan fácil como eso... Y ella llevaba toda la vida preocupada por la puntualidad cuando no hacía falta nada más que una pizca de imaginación. Se sintió mucho más libre, divertida como una niña que comete una travesura sin que la pillen. Parecía que Carlos y Gus la estaban cambiando.

Carlos metió dinero en la máquina de café por quinta vez en lo que llevaba de mañana. Pegó el primer trago pensando que tantos cafés no iban a ayudar en absoluto a calmar los nervios y el ataque de mal humor que estaba sufriendo. ¿Cómo era posible que llevasen dos horas y media para encontrar el domicilio actual de Eneko? Paseó como un tigre enjaulado por el pasillo, observando a los demás agentes que seguían con sus actividades cotidianas como si se hubiesen olvidado de que estaba allí. Acabó el café de un trago y decidió ir a visitar el departamento de archivos por enésima vez, a pesar de que le habían dicho que le avisarían en cuanto tuviesen algo. En ese momento, Alfredo, el agente destinado para que colaborase con él, salió de la sala de archivos y se dirigió hacia Carlos:

— Lo tenemos. Ha sido más difícil de lo que pensábamos. Se

cambiaron hace tres meses de domicilio y todavía no se habían empadronado ni habían actualizado el DNI. Así que hemos tenido que preguntar al Departamento de Urbanismo para que cotejaran todas las escrituras realizadas desde entonces. Si la gente se comportase según lo que mandan las leyes, todo sería más fácil.

— Si, sobre todo porque no cometerían delitos y tú y yo tendríamos que buscarnos otro trabajo. ¿Vamos?— preguntó impaciente. Toda la tensión acumulada en esas horas le urgía a moverse. En unos minutos podía estar delante del asesino, su triunfo podía estar tan cerca...

— Sí, sígueme. ¿Necesitas una orden de detención?

— Por el momento no tengo nada en lo que basarme para pedirla, así que le diremos que nos acompañe para un interrogatorio rutinario. Si no quiere acompañarnos, no tendré más remedio que solicitarla.

Los dos se dirigieron hacia la salida y se montaron en el coche de Alfredo. Carlos pensó que el uniforme de su compañero y el coche oficial deberían ser suficientes para que un chico de diecinueve años se asustara y no opusiese resistencia a acompañarles. Estaba preocupado por el informe sobre el asesinato de Alex que había leído aquella mañana. Eneko había sido el primer sospechoso de aquella investigación y, sin embargo, habían tenido que soltarle sin ninguna prueba en su contra. No se había encontrado ni una sola huella suya en el lugar del asesinato. Lo primero que había hecho nada más llegar, había sido llamar a la policía sin tocar nada para no estropear la escena del crimen. Todas sus respuestas en el interrogatorio habían sido perfectas, su coartada no tenía ningún hueco. Mientras se dirigía a casa de Alex se había encontrado con una ex-novia y había pasado un rato hablando con ella. Incluso se había cruzado con una vecina de Alex que le abrió la puerta del portal dos minutos antes de que llamase a la policía denunciando el asesinato. Se

preguntó cómo iba a conseguir hallar algo donde la anterior investigación había fracasado, pero era lo único que tenía por ahora y quizá pudiese encontrar algún dato en su ordenador que lo cambiase todo:

— Oye, Alfredo. Necesito que nos llevemos el ordenador del chico. Ya te he dicho que estoy investigando ciertos casos relacionados con éste que tienen que ver con Internet. No habrá ningún problema, ¿verdad?

— No, claro. No te preocupes por nada. Ya rellenaré luego los informes que hagan falta.

— Muchas gracias.

— Nada, hombre. A ver si les hablas bien de nosotros a los de tu central.

— La verdad es que no esperaba tanta colaboración. Ya sabes, como siempre ha habido piques entre las dos provincias— Carlos sonrió amistosamente, intentando disculparse.

— Pero es que yo soy de Gallarta y tampoco es que me lleve muy bien con los *giputxis*— respondió el otro entre risas.

— Ah, eso explica que puedas conducir y hablar al mismo tiempo— Carlos se unió a las risas, sintiéndose mucho más cómodo.

Siguieron intercambiando chistes hasta llegar a la nueva dirección de Eneko. Carlos se bajó del coche agradeciendo que aquella conversación le hubiese distraído y hubiese reducido su tensión de forma considerable. Tal y como se encontraba veinte minutos antes, habría podido derribar la puerta y agarrar al chico por el cuello para llevárselo. Al pensar en ello, sintió la ansiedad aferrándose a su estómago. Sin decir una palabra más se dirigió hacia la casa.

Gus apartó la vista del ordenador al oír sonar el timbre. Mientras Natalia iba a abrir, miró el reloj de la pantalla. Las nueve y media. Llevaba todo el día repasando e-mails sin encontrar nada. Natalia había llegado a las ocho y había empezado a ayudarle usando el otro ordenador, pero, aún así, todavía les quedaba trabajo para tres o cuatro días. Y lo peor de todo era que daba la impresión de que ese camino de investigación ya estaba cerrado, que Caronte no iba a dejar traslucir ni un solo dato acerca de él por muchos más chats que leyese.

Natalia volvió a entrar seguida de Carlos. La cara de éste dejaba entrever que su día no había sido mucho mejor. Se desplomó en uno de los sillones y resopló:

— Hola, Gus. ¿Cómo te va?

— No tienes cara de querer escuchar más quejas mías— contestó Gus—. ¿Qué tal tú?

— Fatal, hemos encontrado al chico, pero no hay manera de sacarle nada. No he visto a alguien tan tranquilo en una comisaría en la vida. Contesta a todo de maravilla, tiene respuesta para cada cosa que le pregunto. Hoy le hemos interrogado durante dos horas y se ha marchado a casa tan feliz— Carlos sacudió la cabeza, abatido—. Mañana voy a pedir una orden de detención para ver si eso le pone un poco nervioso. Le tendremos encerrado cuarenta y ocho horas a ver si así se desarma, pero empiezo a pensar que quizá no tiene nada que ver con Caronte.

— ¿Tenía todavía el ordenador de Alex? Quizá, aunque Eneko no sea el asesino, podamos encontrar algo ahí. Podríamos ver una lista de la gente con la que chateaba Alex antes de morir— sugirió Gus.

— Sí, sigue teniendo el mismo ordenador. Ahora mismo lo tengo en la central pero me ha dicho que, cuando la madre de Alex se lo regaló, lo...—

Carlos sacó un papel del bolsillo y leyó lo que llevaba apuntado— lo formateó. Me han explicado que eso es borrar todo y que, si ha estado escribiendo datos nuevos encima durante todo este tiempo, no habrá manera de recuperarlo. ¿Es así?

Gus asintió apesadumbrado mientras sus labios musitaban un juramento.

— ¿Le has preguntado sobre su relación con Alex? Ya sabes, sobre si habían mantenido una relación que fuese más allá de la simple amistad...— preguntó Natalia, intentando encontrar algún dato positivo.

— Sí, fue la única pregunta que le descolocó un poco. Parecía no saber a qué me estaba refiriendo, puso una cara muy cómica— Carlos sonrió recordando—. Pero creo que no es homosexual, me pareció sincero. A no ser que consigamos probar con el ordenador que él es Caronte, me parece que no vamos a sacar nada más de esto. Por cierto, no puedo sacar el ordenador de la central de San Sebastián y no sé qué hacer con él. No se me ocurre como podrías mirarlo tú sin tener que dar un millón de explicaciones y sin que se enteren Aguirre o Roberto. ¿Qué podemos hacer?

— Bueno, podríamos meter un troyano, creo que el subseven podría servir. Luego tendrías que conectarte a Internet de manera que yo tuviese acceso desde aquí al ordenador de Eneko. Tú sólo tendrías que contactar conmigo para que yo supiese su IP y dejarme un rato y yo podría mirar los datos que necesito.

— Te he dicho miles de veces que no me hables en arameo que no te entiendo nada.

Gus resopló. Ahora iba a tener que explicarle todo aquello a la persona con menos idea de ordenadores que había conocido en toda su vida. Colocó una silla al lado de la suya para que Carlos se sentase y se armó de paciencia ante lo que prometía ser una noche muy larga.

Carlos entró en el edificio y fue a buscar a Alfredo. Le pidió que le facilitase un lugar con conexión a Internet en el que pudiese estar solo para echar un vistazo al ordenador. Alfredo se marchó dejándole de nuevo con la única compañía de la espantosa maquina de café y volvió al de media hora:

— Tienes el ordenador. Puedes tardar el tiempo que te haga falta, no te preocupes. Sígueme— dijo Alfredo desde la puerta.

— Joder, tío. Voy a proponer que te den una medalla a la colaboración. Muchas gracias por todo, no sé cómo te lo voy a pagar— Carlos salió con rapidez y se colocó a su lado.

— Pues yo sí. Con un par de entradas para San Mames— contestó el otro con una sonrisa.

— Eso está hecho. Oye, ¿qué hay de la orden de detención?

— Está pedida, pero tardará todavía, quizá no la tengamos hasta mañana por la mañana. En cuanto la tengamos, mandaremos un par de agentes a por él.

— ¿Tanto tiempo? ¿Hay algún problema?— preguntó Carlos preocupado.

— Parece que los de arriba no están muy contentos con eso de que vayamos a detener a alguien sin tener nada en claro. Tienen miedo de que se filtre información a la prensa y luego tengamos que decir que nos habíamos equivocado.

— Ya, claro... Así que tengo que pagar yo por la chapuza que hicieron la otra vez. Pues que se encarguen de que no se filtre nada a la prensa que para eso están.

— Ya hemos llegado— indicó Alfredo parándose frente a una puerta —. Te dejo aquí tranquilo porque tengo que ir a arreglar unos papelillos. Cuando acabes, me buscas en archivos y nos vamos a comer algo, ¿vale?

— Vale, y gracias de nuevo.

Alfredo se encogió de hombros quitándole importancia y le dejó solo. Carlos entró en la pequeña oficina. Era oscura, sólo tenía una pequeña ventana a través de la cual se filtraba una pálida luz. Carlos se acercó para mirar la calle. El día era gris y apagado, pero al menos no llovía a cántaros, como en Bilbao. Dirigió la mirada hacia la mesa en la que habían colocado el ordenador de Eneko e intentó recordar las instrucciones de Gus. Lo llevaba todo apuntado en un folio que Gus había escrito la noche anterior al ver que era incapaz de realizar todas las operaciones y, además, Natalia le había prestado al chico su móvil por si tenía que llamarle para preguntar algo. Respiró varias veces y se sentó frente al ordenador. Después de todo no tenía que estar nervioso, sólo era una máquina, no le iba a atacar. Pulsó el botón de encendido y sacó un cigarrillo mientras se iniciaba.

Gus se paseaba arriba y abajo del salón esperando la llamada de Carlos. Se sentía tan frustrado por no poder estar allí... Él habría conseguido la información que necesitaban con sólo tener acceso al ordenador de Eneko durante cinco minutos y, sin embargo, tenía que quedarse allí temiendo que Carlos no fuese capaz de hacer algo tan sencillo como conectarse a Internet, ejecutar un programa desde el disquete que le había entregado y mandarle un mensaje por ICQ. La noche anterior había pasado por momentos en los que estuvo a punto de renunciar al trabajo, e incluso al sueldo que ya le debían, con tal de no volver a hablar con Carlos de informática en lo que le quedaba de vida. Fue a la cocina, sacó otra coca-cola y volvió al salón a pasearse.

Carlos pulsó rápido dos veces sobre el programa que Gus le había pasado en el disquete. No sucedió nada. Después de los angustiosos minutos que había pasado la noche anterior para aprender aquello que Gus llamaba “doble click”, aún tenía sus dudas sobre si lo habría hecho bien. El chico le había dicho que, cuando lo pulsase, el programa no tenía que mostrar nada porque estaba diseñado para que la persona que lo usase no supiese que alguien iba a poder meterse en su ordenador, pero a Carlos le había quedado la duda de cómo iba a saber si lo había hecho bien si no iba a haber ningún resultado visible. No lo había preguntado porque había visto en los ojos de Gus que podría ser peligroso seguir insistiendo. Ahora se arrepentía de no haberlo aclarado más.

Volvió a mirar el papel para estar seguro del siguiente paso. Tenía que abrir ICQ y llamar a Gus para avisarle de que iba a mandarle un mensaje. Bien, el suplicio ya acababa. Si todo había ido bien en unos segundos todo estaría en manos de Gus y él podría volver a mantenerse alejado de los ordenadores.

El móvil de Natalia empezó a sonar. Gus se lanzó hacia él mientras se sentaba frente al ordenador. Vio en la pantalla del teléfono que el número era el de Carlos y no supo si alegrarse o asustarse por ello:

— Dime, ¿lo has hecho todo bien?

— Bueno, eso creo— la voz de Carlos no sonaba todo lo segura que a Gus le hubiese gustado—. Ahora lo veras tú.

— Bien, yo también estoy conectado a Internet. ¿Has conseguido entrar en la cuenta de ICQ de Eneko?

— Si, no tenía contraseña. Hemos tenido suerte, ¿verdad?

— Si, mucha suerte— Gus suspiró. Habría sido mucho más fácil que Carlos hubiese consultado cuál era la IP en el propio ordenador, pero la noche anterior se había resignado a la evidencia de que era imposible pedirle más a Carlos. Empezó a teclear y lo dejó todo preparado para que, en cuanto Carlos mandase el mensaje, su ordenador buscara la información que necesitaba—. Bien, dame unos segundos y lo tengo todo preparado. Ya está, mándame el mensaje.

— ¿Qué pongo?

— Joder, Carlos, lo que te dé la gana. Como si me lo mandas en blanco — Gus intentó serenarse. El dolor de cabeza del día anterior volvía de nuevo tras solo un minuto de conversación telefónica con Carlos. Esperó a que llegase el mensaje pero en vez de eso, escuchó la voz de Carlos por el teléfono.

— En blanco no me deja. ¿Qué hago?

— Pon hola, simplemente hola. ¿Tan difícil es?

— Mira, no te pongas borde conmigo que estoy nervioso. Ya sabes que esto no es lo mío.

— Vale, perdona. Pon hola y mándalo como te explique ayer.

Por fin el sonido de mensaje recibido sonó a través de los altavoces. Gus pulsó el enter en su ordenador y éste empezó a seguir la señal hasta llegar a la fuente de la que había partido el mensaje. Cuando terminó, Gus sonrió y volvió a coger el móvil:

— Carlos, el ordenador es mío. Lo conseguimos.

— ¿Lo hice todo bien? No me lo puedo creer...

— Yo tampoco. Te llamo cuando haya sacado lo que necesitamos.

Hasta luego.

— Vale, que haya suerte.

Colgó el teléfono y empezó a buscar la información. El dolor de cabeza había desaparecido por completo. Ya sólo quedaba la emoción de saber que podían estar muy cerca de su objetivo.

Carlos paseó una y otra vez la mirada de la pantalla del ordenador al móvil. No podía evitar sentirse aún un poco nervioso por lo que estaban haciendo. Después de todo, estaba pasándole información confidencial a un civil desde una central de la Ertzantza. Si le pillaban, podía ir pensando en hacer una visita a la oficina de empleo más cercana. Consultó el siguiente paso de la lista de Gus: sacar el disquete. Carlos lo sacó con una sonrisa y se lo guardó en la chaqueta. Menos mal que el chico le había escrito esa lista. Estaba tan preocupado porque no les pillasen que habría olvidado sacar la “prueba del delito”. Observó de nuevo la pantalla del ordenador. No pasaba nada y, sin embargo, se suponía que en ese mismo momento Gus estaba trasteando en él con toda tranquilidad desde kilómetros de distancia. Todo aquello seguía pareciéndole cosa de brujería, así que decidió no intentar entenderlo, sobre todo porque, si le pedía a Gus que se lo explicase, era muy probable que el chico acabase con un ataque de nervios.

Gus se dedicó a morderse todas las uñas de la mano izquierda mientras los archivos que estaba copiando del ordenador de Eneko llegaban al suyo. Sólo eran cuatro archivos de ICQ en los que quedaban registrados los números de usuario. Con ellos podría saber si uno de ellos era el de Caronte, incluso aunque Eneko fuese tan inteligente como para eliminar todos los días la cuenta de su ordenador después de utilizarla para que no quedasen pruebas. Además,

los números de identificación quedaban guardados en cada uno de esos archivos con lo cual, por muy precavido que fuese, era muy difícil que lo hubiese borrado todo.

Decidió dejar de machacarse los dedos y encendió un cigarrillo. Aquello no podía tardar mucho más de diez minutos. Se levantó y volvió a pasearse. Se acercó a la ventana para ver si así se distraía un rato. Seguía lloviendo de manera débil pero constante. Se entretuvo unos segundos observando el agua en los charcos de la carretera y los transeúntes que pasaban rápido resguardados por sus paraguas, mientras lanzaba rápidas ojeadas a la pantalla para asegurarse de que aún no había terminado de bajar todos los datos. Por fin terminó de descargar todos los archivos. Se sentó al teclado y empezó a ojearlos.

El teléfono sonó en el preciso instante en que Carlos iba a volver a llamar a Gus para preguntarle por qué demonios tardaba tanto.

— Ya puedes desconectarte de Internet, he acabado— la voz de Gus sonaba cansada al otro lado de la línea.

— ¿Qué has encontrado? ¿Es él?

— Bueno, con un noventa y cinco por ciento de posibilidades de acertar, te aseguraría que no. No hay nada, el número de identificación de Caronte no aparece por ningún lado.

— ¿Y el otro cinco por ciento?

— Siempre cabe la posibilidad de que Eneko esté tan paranoico que todos los días borre todos los archivos que pudiesen incriminarle por si se produjese una investigación que él no tenía ni idea de que iba a suceder. Pero yo no apostaría nada, creo que nos hemos colado.

— Bueno, pues por ese cinco por ciento voy a seguir adelante con la orden de detención— Carlos no quería rendirse ya y admitir que se había equivocado. Seguiría adelante y ya pagaría las consecuencias.

— Está bien, ya que vamos a meter la pata que sea hasta el fondo. ¿Ya vas a saber apagar el ordenador?

— No seas gilipollas. Sólo hay que darle al mismo botón que para encenderlo.

Por el teléfono le llegó un suspiro de desesperación de Gus:

— Haz lo que te dé la gana. Eres un caso perdido. Mejor lo desenchufas, no tengo ganas de dar explicaciones. Tranquilo que no se rompe.

— Oye, siento que esto no haya funcionado— Carlos también se encontraba frustrado, pero, por encima de eso, se sentía culpable por haberles ilusionado en lo que parecía otro callejón sin salida—. Y siento ser tan torpe con el ordenador.

— No pasa nada, no te preocupes. Si supieses manejarlos, no me necesitarías a mí. Y además, habría que verme a mí intentando interrogar a alguien o haciendo una autopsia. Sería penoso. Cada uno a lo suyo. ¿Nos vemos a la noche?

— Allí estaré. Hasta luego.

Colgó el teléfono, desenchufó el ordenador y volvió a enchufarlo. Bien, se quedaba apagado. No había manera humana de explicarle a Alfredo que se había pasado más de media hora consultando un ordenador que no sabía apagar. Volvió a comprobar que llevaba el disquete en el bolsillo de la chaqueta y salió de la oficina. Quizá una buena comida y un poco de charla intrascendente le hiciesen olvidar lo frustrante que estaba resultando el día.

Alfredo le llamó a la mañana siguiente, cuando estaba a punto de entrar en San Sebastián, para avisarle de que habían conseguido la orden de detención y que tendrían a Eneko en la Central en unos veinte minutos. Cuando colgó, Carlos no supo si alegrarse o preocuparse por la noticia. Había seguido adelante con esa línea de investigación por pura testarudez, a pesar de que estaba casi seguro de que no iban a conseguir nada, aparte de una bronca de Aguirre.

Suspiró preocupado. La noche anterior Natalia le había dicho que necesitaba cuarenta y cuatro peticiones de informes confidenciales de los pacientes que habían intentado suicidarse el año anterior, y que le era imposible reducir ese número. Seguro que, inmediatamente después de que la investigación sobre Eneko acabase en un rotundo fracaso, Aguirre estaría de tan buen humor que le proporcionaría los informes sin ningún problema. Las perspectivas eran una maravilla y eso sin contar con que podía darse el caso de que todos esos informes tampoco sirviesen absolutamente de nada. Se obligó a parar esa marea de pensamientos negativos. Un problema, una solución. Ya había conseguido torear a Aguirre en otras ocasiones. Por el momento sólo tenía que pensar en que tendría a Eneko durante cuarenta y ocho horas y, aunque no creía que tuviese nada que ver con Caronte, el hecho de permanecer encerrado quizá le permitiese recordar algún dato interesante sobre los meses anteriores a la muerte de Alex.

Llegó a la central y aparcó. Miró la fecha y la hora en su reloj. Viernes, doce de octubre. Encima era fiesta y él tenía que estar ahí trabajando. Suspiró con resignación. Las cuarenta y ocho horas de detención acabarían el mediodía del domingo, así que quizá pudiese invitar a Gus y a Natalia a comer en cuanto volviese de San Sebastián. Con el ánimo más sosegado, entró en el edificio dispuesto a soportar otro café mientras esperaba a que le trajesen al chico.

— Creo que ya es la décima vez que me hace esa pregunta. Joder, llevo aquí siete horas. ¿Cuánto más voy a tener que aguantar esto?

Carlos miró a Eneko mientras se tomaba su tiempo para sacar un cigarrillo y encenderlo antes de contestarle. Él también empezaba a estar cansado de hacer una y otra vez las mismas preguntas, de atacar la misma cuestión desde todos los frentes posibles sin conseguir nada aparte de las mismas respuestas que el chico le había dado el primer día. Cada vez estaba más convencido de que era sincero, pero quizá al final recordara cualquier cosa que, aunque a él le pareciese insignificante, pudiese ponerles en el buen camino. Así que continuó:

— El tiempo que yo te diga, ya lo sabes.

— Pero si ya le he dicho todo lo que sé— suspiró resignado y volvió a contestar, con tono cansino—. Está bien, se lo diré todo de nuevo. No soy homosexual y, por lo que yo sé, Alex tampoco lo era. Mantuvo varias relaciones con chicas, pero nada serio, nada que pasase del mes.

— ¿Y por Internet?— insistió Carlos.

— Joder, que ya se lo he dicho... No tengo ni la más remota idea de que hacía Alex en Internet. Sé que hablaba con chicas, pero supongo que serían bobadas. Alguna vez si me habló de que se había ligado a alguna por Internet, pero no parecía nada serio.

— ¿Sabes dónde vivían esas chicas?

— Yo qué sé, tampoco le hacía mucho caso. Me habló una vez de una chica de México, de una de Londres, de otra de Argentina... Pero eran ligues de Internet, nada por lo que se mate a una persona.

— ¿Y españolas?

— Tenía bastantes amigas por toda España, sí. Pero no sabría decirle.

De Madrid, de Barcelona, de Bilbao, de Sevilla...

— ¿Ninguna en Guipúzcoa?

— No, ninguna— sonrió, evocando un recuerdo—. Decía que no quería ligarse a ninguna que se le pudiese plantar en la puerta de casa.

— Bien. ¿Y amigos? ¿Alguno con el que mantuviese una relación algo más íntima?

— Ya volvemos a lo mismo— Eneko parecía cada vez más exasperado—. Ya le he dicho que Alex no era gay, y si lo era, a mí no me lo contó.

— Parece que te molesta demasiado la idea de que Alex pudiese ser gay. ¿Tienes algún problema con eso?

Eneko se levantó de su silla y golpeó la mesa con el puño. Carlos se alegró, pensaba que nunca iba a conseguir que aquel crío perdiese los papeles. Ahora por fin podía ver las lágrimas de rabia contenidas en sus ojos y notó como la voz se le quebraba al contestar:

— Yo no tengo ningún problema con los homosexuales. Tengo un problema con ustedes. No tienen ni puta idea de por dónde cojones coger el caso y pretenden hundirme a mí, aunque para ello tengan que echar un montón de mierda sobre la memoria de Alex. Y era mi mejor amigo, ¿sabe? Y no tengo ganas de seguir recordando como lo encontré en su cocina, cubierto de sangre, destrozado... Joder, casi no le reconocí, aún tengo pesadillas con eso... Sólo quiero olvidarlo todo. ¿Tan difícil es entenderlo?

Las emociones que Eneko había estado conteniendo salieron a flote. Se derrumbó sobre la mesa con la cabeza entre los brazos, llorando como un chiquillo, ahogándose con sus propios sollozos. Carlos respetó su dolor por unos segundos, sintiéndose culpable aunque en el fondo sospechaba que Eneko llevaba meses ocultando esa angustia, que había tratado de mentirse a si

mismo diciéndose que se sentía más fuerte de lo que era en realidad. En el fondo era un crío asustado y solo que había perdido a su mejor amigo. Se levantó, dispuesto a dejarle unos minutos, y al llegar a la puerta se volvió y le susurró:

— No sabes lo fácil que me resulta entenderte. A mí también me gustaría olvidar todo esto.

CAPÍTULO NUEVE

Se ató los botones de la camisa y se miró al espejo. Suspiró frustrada. Tampoco eso le iba a servir. Parecía una cría con esa camisita blanca. Se volvió hacia su armario y removió un poco las perchas rebuscando algo más. Nada, ya debía haberse probado todo lo que tenía y nada le servía para la cita de esa noche.

De repente la voz de su madre llegó desde el salón, haciéndole volver a la realidad:

— Patricia, ven un momento.

— Ya voy, mama. Espera un segundo.

Se quitó a toda velocidad la camisa y los pantalones y volvió a enfundarse en el chándal que solía usar para estar en casa. No podía presentarse ante su madre vestida para salir cuando les había repetido una y otra vez que no iría con ellos de cena a Castro porque se encontraba mal. Una vez vestida se dirigió hacia el salón. Sus padres ya estaban preparados para marcharse.

— ¿Qué quieres?

— ¿De verdad no quieres venir, cariño?

Su madre le agarró la barbilla con suavidad, como hacía cuando ella era pequeña. Sin saber por qué, apartó la cara y empezó a jugar con la correa de su reloj. No se sentía capaz de mirar a los ojos a su madre mientras la mentía y menos si ella la llamaba “cariño”.

— No, de verdad. Me sigue doliendo un poco la tripa.

— Si quieres, nos quedamos. Llamamos a los tíos y les decimos que

dejamos la cena para otro día. No hay ningún problema.

— Que no, que no pasa nada. Estaré bien, pero no me apetece salir y estropearos la cena a vosotros.

— Está bien, pero si te sientes mal, nos llamas al móvil de tu padre. Y cena algo que llevas todo el día sin comer nada. Te he dejado comida en la nevera, sólo tienes que calentarla.

— Que sí, tranquila.

Sus padres le dieron un beso para despedirse y salieron. Patricia saltó de alegría. Por fin libre. Por un momento había pensado que su madre insistiría en quedarse y lo estropearía todo. Pero parecía que todo iba a salir tal y como Alex lo planeó. Ahora sólo tenía que ponerse manos a la obra.

Mientras volvía a su habitación para seguir probándose ropa, se asombró de nuevo de lo valiente que había sido al aceptar el plan de Alex. Escaparse de su casa por la noche para ir a encontrarse con él en el faro de Portugalete le seguía pareciendo una autentica locura. Si la pillaban, no volvería a ver la calle ni en fotografía. Pero sonaba tan romántico... No había podido decirle que no. Alex había hecho todo lo posible por venir a verla, no era culpa suya que su amigo no pudiese traerle hasta las once.

Siguió probándose una y otra vez todo lo que tenía en el armario, enfadada con su madre, que se resistía a darse cuenta de que ella estaba cambiando y que hacía mucho tiempo que no le hacían gracia los lazos y volantes. Por fin encontró algo con lo que podría presentarse ante Alex sin que se le cayese la cara de vergüenza. Se puso unos vaqueros negros, un jersey rojo y el plumífero negro que le habían regalado en su último cumpleaños. Al mirarse al espejo, volvió a sentirse decepcionada. La ropa negra hacía resaltar la palidez y pureza de su piel, de la que solía sentirse orgullosa al comparar su cara con las espinillas y rojeces de sus compañeras de clase. Ahora, sin

embargo, le recordaba la cara de las muñecas de porcelana que tenía en su cuarto. Y seguía sin aparentar ni un solo año más de los catorce que tenía.

Corrió al cuarto de baño y volvió a mirarse. Soltó su coleta y dejó caer su larga melena negra. Se cepilló el pelo y decidió dejárselo así. Sonrió, ahora estaba un poco mejor. Sólo quedaba el toque final. Sacó el estuche de maquillaje de su madre y empezó a rebuscar. Nunca antes se había maquillado, pero había observado miles de veces a su madre realizando aquel ritual que de pequeña la dejaba maravillada. Estaba segura de poder hacerlo. Empezó por usar un estuche de polvos de maquillaje oscuros para ocultar su cara de muñeca. Después eligió una barra de labios de color rojo para que fuese a juego con el jersey. Examinó de nuevo su reflejo. Ahora estaba mucho mejor. Sólo necesitaba elegir bien el color de la sombra de ojos. Rebuscó un rato en el estuche, buscando algo que combinase con sus ojos verdes. Por fin se decidió por una sombra verde clara. No se atrevió con la raya de ojos, el colorete o el rímel porque no estaba muy segura de cómo iba a quedar. Además ya era suficiente con lo que se había puesto. Pensó que, si no fuese porque casi no tenía la más mínima curva por ningún lado, aparentaría dieciséis o diecisiete años. Pero eso no sería problema, con el plumífero puesto no se notaría nada.

Mucho más satisfecha consigo misma, salió del cuarto de baño y se dirigió a la cocina. Sacó de la nevera la comida que su madre había preparado para ella y la tiró por el váter. No tenía ninguna gana de comer. Llevaba todo el día tan nerviosa que habría sido incapaz de tragar un solo bocado. Era como si todo su interior se hubiese vuelto loco. Sentía el corazón acelerado y el estómago le dolía como si algo se lo estuviese retorciendo desde dentro, pero se sentía tan bien...

Después de mirarse por última vez al espejo salió de casa. El ruido de la

puerta al cerrarse a su espalda sonó como una sentencia. Ya estaba, había dado el primer paso. Se sintió tan eufórica que tuvo que reprimirse para no empezar a saltar. Mientras bajaba en el ascensor consultó la hora de su reloj. Al final se había preparado tan rápido que le sobraba hora y media para llegar hasta el faro y no se tardaba más de media hora. Salió a la calle. Al menos había parado de llover, así que podía ir dando un paseo para que pasase algo de tiempo en vez de ir en autobús.

Empezó a andar, con los pensamientos perdidos en sueños sobre lo maravillosa que iba a resultar esa noche, en recuerdos de las dulces palabras de los chats de Alex, en las esperanzas sobre un futuro juntos, en los miedos acerca de si le gustaría a Alex tanto como por Internet. Salió del barrio de Repélega y empezó a bajar la cuesta. Esa zona de Portugalete no estaba tan repleta de gente como el centro de la ciudad. Caminó casi sin cruzarse con nadie, abrazándose cada vez que una racha de viento frío soplaba con fuerza y le atravesaba las ropas. Dejó atrás el cementerio y llegó a la entrada de Carlos VII. Esa calle estaba mucho más concurrida. Se cruzó con parejas que paseaban de la mano, con mujeres que salían de las cafeterías, con grupos de chicos que empezaban la fiesta del sábado noche. Apenas los vio. Seguía sumida en sus pensamientos. Sin darse cuenta, sus pasos se aceleraban. No podía soportar más la ansiedad de saber que ya quedaba tan poco para estar con su amor. Volvió a mirar su reloj. Todavía faltaba hora y cuarto. Parecía una eternidad.

Se forzó a pararse frente al escaparate de una tienda de ropa para perder algo de tiempo. Pensó en lo bien que le habría quedado el pantalón vaquero y la camiseta ajustada que lucía uno de los maniqués. Era una pena que la tienda ya estuviese cerrada y que sólo llevase dos mil pesetas en el bolsillo. Se resignó y siguió andando.

Empezó a bajar la Cuesta de las Maderas. La calle era empinada y estaba resbaladiza por la lluvia que había caído durante todo el día, así que se forzó a andar despacio y con cuidado. Una mujer que caminaba delante de ella resbaló y estuvo a punto de caer. Patricia reprimió la risa y continuó andando. En ese momento oyó un grito a su espalda:

— ¡Pero si eres tú, Patricia! No te había reconocido, que guapa estás...

Su estómago se retorció de nuevo, aún con más violencia. Se dio la vuelta despacio para ver quién la había reconocido, maldiciéndose por no haber elegido un camino menos concurrido. Al girarse se encontró con Irune, una de sus compañeras de clase. Suspiró aliviada y le sonrió:

— Irune, qué susto me has dado. Pensé que serías alguna amiga de mis padres.

— ¿Qué pasa? ¿Te has escapado?

— Algo así. He salido sin que lo supieran mis padres.

— Y yo que pensaba que eras una buena chica. Anda, entra al bar que están ahí mis colegas y me lo cuentas.

— Yo, es que... No sé...— respondió Patricia, dudando. No conocía a los amigos de Irune, ni siquiera se llevaba bien con ella en clase. Irune había repetido curso varias veces y se relacionaba con gente mayor. Sin embargo, no tenía nada mejor que hacer en una hora— Está bien, no he quedado hasta las once.

Entró en el bar. El interior era oscuro, excepto por unas luces de colores que giraban sobre la pista de baile, que en ese momento se encontraba vacía. Había muy poca gente dentro del bar, tres o cuatro grupos repartidos por las diferentes esquinas. Irune la condujo hacia uno de los grupos y fue

presentándola a todos, a pesar de que la música no le permitió quedarse con el nombre de nadie. Después se la llevo a un banco que había en un rincón para hablar con ella. Sacó un paquete de cigarrillos de su chaqueta y le ofreció uno. Patricia negó con la cabeza.

— Bueno, al menos me dejarás que te invite a un trago. Y no me digas que no o me mosqueo. Sé de algo que te va a encantar. Espera aquí un segundo. Se marchó a la barra y volvió al cabo de unos minutos con un vaso lleno de algo que parecía chocolate:

— ¿Qué es eso?

— Es licor 43 con batido de chocolate, lo he sacado para las dos. Pruébalo, ya verás como te gusta.

Patricia lo probó y una sensación de dulzor infinito inundó su paladar. Intentó pasárselo de nuevo a Irune, pero ésta lo rechazó:

— No, sigue bebiendo tú un rato que yo ya voy cargada. Y, mientras bebemos, me vas a contar con quien has quedado porque me muero de curiosidad.

Cuando se dio cuenta ya eran las once menos cinco. Se despidió de Irune y sus amigos y salió del bar corriendo mientras se ponía el plumífero. Llovía de nuevo y la calle estaba aún más resbaladiza, pero Patricia no redujo la marcha. No podía creérselo, meses soñando con aquel encuentro y ahora iba a llegar tarde. Y todo por su culpa, por no haber estado atenta al reloj. Si Alex pensaba que no había acudido a la cita y se marchaba antes de que ella llegase no iba a perdonárselo nunca a sí misma.

Siguió corriendo, mientras se reprochaba una y otra vez lo imbécil que había sido. Podía perder al chico que quería por una hora de estúpida conversación

con una chica a la que veía todos los días en clase y que sólo la había parado para poder cotillear a su costa el lunes con las otras chicas de su grupo. Y había picado. Se había dejado engatusar por unas sonrisas, unas frases amables y la sensación de ser aceptada en un grupo de gente mayor. ¡Qué estúpida!

Llegó al final de la cuesta y cruzó la calle sin mirar siquiera. Un coche frenó en seco a unos centímetros de ella y oyó el estridente ruido del claxon. Asustada, echó a correr aún más rápido. Por fin llegó al paseo del Puente Colgante y siguió a toda velocidad hacia el faro. A pesar de que estaba lloviendo, se veía a bastante gente esperando el puente o andando bajo sus paraguas de cafetería en cafetería. Los esquivó a la carrera, fijándose sólo en sus pies, urgiéndoles a que fuesen aún más rápido. Por fin llegó a la piscina municipal. A partir de ahí empezaba el espigón que llevaba hasta el faro. Esa zona estaba mucho menos frecuentada, sólo se cruzó con algunos pescadores que probaban suerte a pesar de la lluvia y el frío, por lo que pudo correr con más libertad.

Empezaba a notarse cansada y el aire se colaba helado en sus pulmones, produciéndole pinchazos en la garganta y el costado derecho, pero se forzó a seguir corriendo. Un rato más, sólo un rato más. No podía haberse ido todavía. Además, si se decidía a marcharse, tendría que cruzarse con ella. La idea de que él tenía que estar ahí, apenas a doscientos metros, le dio nuevas fuerzas para seguir corriendo.

La silueta del faro fue haciéndose más clara. Ya quedaba muy poco y, sin embargo, no podía verle. Intento tranquilizarse pensando que podía estar al otro lado del faro, mirando hacia el mar. Subió las escaleras llenas de verdín que llevaban a la plataforma. Corrió unos cuantos pasos más, rodeo el faro y se sintió desilusionada. No había nadie, absolutamente nadie.

Intento calmarse y detener el caos de sus pensamientos para pensar con claridad. El pinchazo en su costado se hizo más agudo al haber parado de correr, obligándola a doblarse. Se quedó así durante unos segundos, intentando recuperar el aliento. Los nervios y lo que había bebido en el bar habían convertido su estómago en un auténtico torbellino. Se sentía tan mareada que tuvo que inclinarse sobre la barandilla para vomitar en la ría. Cuando hubo terminado se encontró bastante mejor. Se sentó en la base del faro a pensar. Miró su reloj. Sólo eran las once y diez. Alex no podía haber hecho un viaje desde San Sebastián si no iba a ser capaz de esperarla diez minutos. Quizá era él quien llegaba tarde. Volvió a repetirse que era imposible que se hubiese marchado, ya que se habrían cruzado por el camino.

La duda de que quizá él nunca pensó en venir asaltó su cabeza. Claro, era una broma divertidísima. La cría de catorce añitos que se queda tan colgada de un chaval de diecinueve como para tirarse esperándole varias horas bajo la lluvia. Muy divertido.

Al segundo de pensarlo, se sintió culpable. Alex no era así, nunca haría eso. Le había confiado más cosas que a nadie en toda su vida y él nunca se había reído de ella. Siempre había estado ahí para apoyarla en lo que hiciese falta, para escucharla, para ser su amigo. Y todo eso porque la quería. Él se lo había dicho y ella lo creía. No podía ser tan injusta como para dudar de eso cuando él le había abierto su corazón de esa manera.

Se enjugó las lágrimas mezcladas con lluvia que empañaban su cara. Todo su maquillaje estaba destrozado, tenía el pelo y la ropa empapados. ¿Cómo iba a presentarse delante de Alex con esa pinta? ¿Por qué tenía que llover? Al pensar en la lluvia se dio cuenta de lo que pasaba. El espolón del faro tenía un paseo inferior en el que no se mojaría. Alex habría pensado lo mismo y estaría esperándola allí, en vez de estar haciendo el imbécil como ella bajo una lluvia

cada vez más fuerte.

Se levantó y corrió de nuevo. Bajó otra vez al paseo principal del faro y siguió corriendo hasta encontrar una de las escaleras que llevaban a la parte inferior del espigón. Las escaleras eran muy antiguas y desgastadas y estaban cubiertas de verdín y resbaladizas por la lluvia, así que, a pesar de que cada centímetro de su cuerpo le urgía a apresurarse, se obligó a si misma a bajarlas con cuidado. Sonrió pensando que no le serviría de nada a Alex que se rompiese la cabeza cuando apenas quedaban cinco minutos para que se encontrasen.

Cuando por fin llegó abajo se sintió asustada. La parte inferior del faro no estaba alumbrada por ninguna farola. Ante ella se extendía en ambas direcciones un pasillo húmedo y oscuro, iluminado por los tenues reflejos de las farolas de la parte superior en la oscura superficie de la ría. No había paredes, solo unas viejas barandillas verdosas que cerraban el paso entre columna y columna. Respiró varias veces para tranquilizarse. Se encontraba nerviosa y perdida, sin saber qué hacer ni hacia dónde ir. ¿Dónde podía estar Alex? Se sintió aterrada ante la idea de ir buscándole en aquella oscuridad plagada de sombras y reflejos. Apoyó un momento su mano derecha en una de las anchas columnas, pero la apartó asqueada al sentir que algo húmedo y frío la tocaba. Reprimió un grito mientras un insecto parecido a una cucaracha cruzaba corriendo la columna para refugiarse en las sombras.

No podía quedarse ahí parada pensando hacia dónde ir. Tenía que moverse hacia algún sitio. ¿Por qué había bebido? Había pensado que el alcohol la tranquilizaría y que así podría estar más simpática cuando estuviese con Alex, pero lo único que había conseguido era que su cerebro no pudiese pensar con claridad. Volvía a sentirse mareada. El estómago se le revolvió de nuevo por el olor a humedad y orina que lo inundaba todo. Se forzó a ponerse en marcha.

Iría hacia la izquierda, hasta el final del pasillo, hasta estar segura de encontrarse debajo del faro. Alex tenía que estar allí.

Al cabo de unos segundos, sus ojos empezaron a acostumbrarse a la oscuridad y pudo andar con un poco más de seguridad. Pocos metros más adelante, vislumbró una sombra que se movía. Sonrió llena de alegría. Por fin le había encontrado. Pero, al aproximarse, se dio cuenta de que se trataba de una pareja que buscaba un poco de intimidad. Intentó pasar sin mirarles, pero sus jadeos la acompañaron durante los siguientes metros. Se sintió ridícula al darse cuenta de que se había ruborizado. A pesar de que le hacían sentirse incomoda, el hecho de saber que no estaba sola en ese lugar le hizo sentirse más segura. Siguió andando hacia el final del pasillo, cada vez más rápido.

Unos metros más adelante vislumbró una barandilla que marcaba el fin del camino. Ese punto debía encontrarse justo debajo del faro y, sin embargo, no había nadie. Sin poder creérselo siguió andando hasta llegar a la barandilla. Se agarró con ambas manos y permaneció unos segundos observando el agua sucia y oscura. Se sentía perdida, asustada, ridícula... ¿Dónde podía estar Alex? La idea de tener que desandar sola el camino y recorrer además el lado derecho buscándole le producía escalofríos. No quería tener que andar asustada por cada sombra, por cada reflejo del agua, por las personas que podía haber ahí abajo. Sólo quería encontrar a Alex, pero, cuanto más lo pensaba, menos lógica le veía a la idea de que él pudiese estar en el otro lado del pasillo. Incluso empezaba a encontrar ridícula la idea de haber bajado allí. Alex ni siquiera podía conocer la existencia de ese nivel del espigón y mucho menos se le habría ocurrido pensar que ella pudiese bajar allí.

Empezó a llorar sin poder contenerse. El que iba a ser el día más maravilloso de su vida se había convertido en una pesadilla. Tenía frío, se encontraba enferma y aterrada. Lo único que quería era encontrarse con él, que la

abrazase, que le dijese que todo estaba bien... Su llanto era cada vez más fuerte, sentía que la angustia la estaba ahogando y que lo único que le quedaba por hacer era suplicar, sin saber a quién, para que todo aquello se arreglase. Sin darse cuenta de lo que hacía, susurró entre sollozos:

— Alex, por favor, por favor... ¿Dónde estás?

El reflejo del agua le mostró por un segundo una silueta más oscura aproximándose a la suya. Antes de que pudiera volverse, sintió como si algo se hubiese roto dentro de su cabeza y su conciencia se hundió en unas aguas más negras que las de la ría.

CAPÍTULO DIEZ

El sonido del teléfono la despertó sobresaltada. Miró el reloj de su mesilla. Apenas hacía una hora que había conseguido quedarse dormida. Levantó el auricular y contestó, aún somnolienta:

— Diga...

— Soy Carlos. En un cuarto de hora estoy en tu casa.

— ¿Ocurre algo?

— Ha pasado de nuevo— la voz de Carlos sonaba furiosa—. Ese hijo de puta lo ha vuelto a hacer.

— Te espero en mi portal. Hasta luego.

Él colgó sin despedirse. Natalia se levantó y empezó a vestirse con lo primero que encontró, unos vaqueros y una camiseta. No tenía tiempo para arreglarse y además sentía la cabeza embotada. Su cerebro se negaba a empezar a funcionar para no tener que aceptar que lo que le había dicho Carlos podía ser verdad. Se negó a pensar en ello, a creerlo hasta que lo viese con sus propios ojos.

Corrió hacia el cuarto de baño y se lavó la cara con agua fría para despejarse un poco. Prefirió no fijarse demasiado en la imagen que el espejo le devolvía. Estaba pálida y tenía ojeras, debido a las noches que llevaba durmiendo poco y mal. Sus ojos mostraban una expresión que nunca había visto en ellos: la seguridad de que la vida no era justa y que sería estúpido pensar que podía serlo. Se recogió el pelo intentando no mirar aquella expresión de fracaso y salió corriendo hacia el portal.

Recorrieron a paso rápido el espigón del faro hacia la zona acordonada que podía verse a unos cien metros. Justo antes del cordón, sentados en un banco, Carlos vio a una pareja de adolescentes. El chico la abrazaba mientras ella lloraba, presa de un ataque de nervios. El agente que los acompañaba les susurró que eran los que habían descubierto el cuerpo y avisado a la policía. Carlos pensó en hablarles al volver, cuando la chica se hubiese calmado un poco. Ahora lo único en lo que podía pensar era en ver el cuerpo, con la secreta esperanza de que Natalia le dijese que no se trataba del mismo asesino, que aquella chica no había muerto por su incapacidad de encontrar a Caronte.

Llegaron a las escaleras que bajaban a la parte inferior del paseo. El lugar había sido iluminado con varios focos, pero, aún así, era oscuro y tenebroso. La voz de Natalia le sacó de sus pensamientos:

— ¿No dirá nada Aguirre porque yo haya venido hoy? No estoy de servicio.

— No, tranquila. Ya he hablado con él. Le dije que tú te habías encargado en los casos anteriores y que quería a la misma persona. No puso ninguna pega.

— Muchas gracias.

— ¿Gracias? ¿Por qué?

— Bueno, ya sabes, por seguir confiando en mí aunque...— la voz se le quebró y no pudo continuar.

— ¿Aunque hayamos fracasado? Bueno, estamos juntos en esto, ¿no? Hay que seguir adelante aunque no sea agradable.

Ella no supo qué responderle. Siguió andando con la vista clavada en el suelo.

Carlos la miró de reojo. Nunca la había visto así, tan derrotada. Todo el aplomo y la seguridad que la caracterizaban habían desaparecido. Después de todo, Natalia era tan sólo una novata recién salida de la universidad y, a pesar de ser muy buena en su trabajo, le habían enseñado a ver los cadáveres como números. Carlos se preguntó si ella iba a ser capaz de soportar el ver a las víctimas como seres humanos, como niñas enamoradas, engañadas, mutiladas y asesinadas por un loco del que se sentían responsables. A él le había costado mucho dolor, muchas pesadillas, muchas noches sin dormir, el hecho de vivir cada caso como un asunto personal y al mismo tiempo poder mantenerse lo bastante frío y alejado como para no perder la cordura. No estaba seguro de que Natalia pudiese soportarlo. Quizá era injusto pedirselo.

Llegaron al final del espigón. Esa zona estaba aún más iluminada y en el centro de la luz Carlos vio el bulto tapado con una sabana brillante. Sintió como si una garra le atenazase el estómago. Su cerebro seguía negándose a aceptar la evidencia, pero una voz en su mente le iba abofeteando con la verdad: un cuerpo tan pequeño, una chica tan joven, un lugar solitario... Es él, es él, es él...

Se apartó y se apoyó en una de las barandillas, dejando que Natalia empezase su trabajo. Encendió un cigarrillo mientras se concentraba en las leves ondulaciones de la ría, en las luces de las farolas de la otra orilla... Un barco pesquero pasó por delante, lento, oscuro, triste como un cortejo fúnebre. Su sirena cortó el silencio de la noche como el grito de un animal herido que se lamentase. Se giró y volvió a encaminarse hacia la zona iluminada. Natalia levantó la cabeza y le miró. No tuvo que preguntarle nada. Sus ojos llenos de lágrimas le confirmaron que habían fracasado.

Recorrieron la A-8 de vuelta a Bilbao en completo silencio. La sensación de

frustración era profunda, casi física, parecía que iban a ser aplastados dentro del coche por el peso de la decepción y la culpa. Carlos intentó parar el torbellino de pensamientos acusadores que le invadía la mente para concentrarse en conducir. A pesar de que eran más de las tres de la mañana, aún se cruzaban con algunos coches, gente que iba de fiesta en aquella noche de sábado. Carlos miró la larga cinta negra de la ría bordeada por una interminable línea de farolas, las miles de luces que alumbraban el Gran Bilbao, el cielo nocturno dorado por el reflejo de la iluminación de la ciudad contra la polución. Si uno sabía mirarlo de la manera adecuada era un hermoso lugar, casi no se podía creer que un sitio tan bello albergase tanto mal. Y sin embargo, lo que había visto era real, no podía consolarse a si mismo pensando que era una pesadilla. Había sucedido y parte de la culpa era suya.

Se sintió cansado, al límite de su resistencia tanto física como emocional. Después de haber pasado todo el día trabajando en San Sebastián, había tenido que organizar la investigación de la escena del crimen, preparar los interrogatorios de las siguientes horas, organizar la vigilancia de la zona... Por suerte, había podido rellenar apresuradamente un informe preliminar y marcharse una vez que todo estuvo organizado, aunque tendría que presentarse al día siguiente para rellenar los informes de forma adecuada. Pensó que, al menos, no tenía que preocuparse por madrugar. No iba a poder dormir en toda la noche.

Entró en Bilbao por Simón Bolívar y enfiló hacia el Puente de Deusto. Dejaría a Natalia en casa y después volvería a la suya a intentar olvidar de nuevo con la ayuda de un trago.

— No me lloves a casa, por favor— la voz de Natalia era un susurro, su tono era suplicante, triste—. No voy a poder dormir. ¿Te importaría que diésemos un paseo?

Carlos lo pensó. La verdad es que no le apetecía nada hablar. Tenía ganas de estar solo y tranquilo, de olvidar todos los problemas en la suave inconsciencia del alcohol, pero, por otro lado, sabía que, si ahora se marchaba a casa, se pasaría horas dándole vueltas a la idea de la derrota y que, al final de la noche, acabaría llorando como un imbécil. Además, no era justo que dejase sola a Natalia en ese momento. Si él, que estaba acostumbrado después de tantos años de servicio, se encontraba tan mal, para Natalia tenía que ser un infierno. Y además eran un equipo, para lo bueno y para lo malo.

— Está bien. Aparcaré el coche aquí mismo.

Bajaron del coche. Natalia se quedó parada, mirándole con ojos tristes, como una niña perdida. Carlos empezó a andar hacia el puente del Palacio Euskalduna.

— ¿Dónde vas por ahí? No hay nada.

— Ya. Pensé que era lo que querías: dar un paseo tranquilo. Si seguimos por la Gran Vía, vamos a encontrar un montón de gente y no tengo el ánimo para fiestas.

— No, yo tampoco. Vamos.

Cruzaron andando el puente, cayendo de nuevo en el silencio, sólo quebrado por el eco de sus pasos. Siguieron así unos minutos. Carlos pensó que era extraño ese silencio porque no le incomodaba, no sentía la necesidad de tener que decir algo. Podían seguir así, respetando cada uno la rabia, la decepción y la frustración que no permitía hablar al otro, pero sintiéndose mejor por el simple hecho de saber que no estaban solos.

Llegaron al otro lado de la ría. La oscura mole del Palacio Euskalduna se levantaba en la otra orilla, amenazadora, ocultando la visión de los edificios que tenía detrás. Empezaron a andar hacia Deusto. Su silencio era

interrumpido de vez en cuando por el ruido de algún coche que pasaba lento sobre los charcos que aún quedaban en la carretera. El ánimo de Carlos se fue calmando por efecto de la tranquilidad y la belleza que ofrecía la ciudad dormida. Ante ellos apareció la silueta del Museo Guggenheim, brillando con matices dorados y plateados. Carlos se paró un momento para sacar un cigarrillo. Le ofreció otro a Natalia y siguió contemplando el museo y su nítido reflejo en las quietas aguas de la ría durante unos minutos.

— Es bonito, ¿verdad?— la voz de Natalia le hizo dar un respingo. Casi se había olvidado de que estaba allí. Se volvió hacia ella, esbozando una sonrisa.

— Bueno, al principio me parecía horrible, pero, cuanto más lo miró, más me gusta. Tiene algo de... No sé cómo explicarlo.

— De magia. Cuando brilla así parece que este no es su lugar, que podría desvanecerse en cualquier momento.

— Si, algo así.

Estuvieron contemplándolo un rato más sin decir palabra y después continuaron paseando. Carlos se permitió mirarla de reojo. Estaba tan cambiada... Parecía mucho más joven con la ropa que llevaba aquella noche y el pelo recogido con descuido en una coleta. La expresión melancólica de sus ojos grises borraba toda la frialdad que solía brillar en ellos. Era como ver por vez primera a la verdadera Natalia. Le gustó. Pensó que le encantaría ver más de aquella desconocida que paseaba a su lado, saber más de cómo era ella en realidad, cuando todas las mascararas parecían haber caído.

En ese momento pasaban al lado de un pequeño parque. Carlos se adentró en él y se sentó en un banco. Natalia le siguió sin preguntar nada y se colocó a su lado. Enfrente de ellos se encontraba una pequeña fuente de la que en ese momento no salía agua. Carlos paseó la mirada por los columpios

abandonados, por los bancos vacíos, por los montones de hojas secas movidas por el viento. Sintió un escalofrío por la impresión de que el mundo se había terminado. Sólo quedaban ellos dos, abandonados en medio de un planeta muerto.

Volvió a sacar tabaco para los dos. Se giró en el banco hasta quedar de frente a Natalia. Ella levantó la cabeza y se le quedó mirando.

— Háblame de ti— le dijo Carlos.

— ¿De mí? ¿Y qué quieres saber?

— No sé, cualquier cosa. Algo sobre tu familia, tus aficiones, por qué te hiciste forense...

— ¿Qué es esto? ¿Una conversación de ligue? No creo que sea el momento.

El brillo glacial había vuelto a sus ojos. Carlos se recriminó por haber hablado, los muros habían vuelto a levantarse. Algo en el tono de Natalia le avisaba de que estaba pisando terreno resbaladizo, que en alguna de esas preguntas tan típicas había algo que Natalia no quería comentar.

— Sólo lo decía por hablar de algo, no creo que haya preguntado nada malo. Llevo un mes trabajando contigo, viéndote todos los días y tengo la impresión de que no te conozco de nada.

— Perdona. Tienes razón— Natalia bajó la mirada y miró la punta de sus zapatillas durante un rato, como si allí estuviese la respuesta a si debía confiar en él o no—. Está bien, pregunta lo que quieras.

— Bueno, no sé...— Carlos se rascó la cabeza mientras pensaba. No quería volver a molestarla— Dime algo sobre tu familia. Ya sabes: dónde están, por qué vives sola...

— Eso no es tan fácil de contestar como parece, pero lo intentare. Mi padre vive en Plencia.

— ¿En Plencia? Yo pensé que vivían lejos, como nunca has hablado de ellos...

— Ya, es que nunca voy a verle. No tenemos una relación muy estrecha — Natalia levantó la vista. Una sombra de duda cruzó sus ojos, como si estuviese midiendo hasta qué punto podía abrir sus barreras. Carlos la miró interesado, invitándola a seguir hablando—. Bueno, no me hablo con mi padre desde poco antes de ingresar en la Ertzantza. El no quería por nada del mundo que yo entrase a trabajar ahí.

— ¿Pues? ¿Ya tenía otros planes para ti?

— Siempre ha tenido otros planes para mí— Natalia suspiró y apartó de nuevo los ojos, fijándolos en el cielo amarillento—. Cuando yo era pequeña ni siquiera me lo planteaba, pero muchas veces, cuando pienso en todas las cosas que he hecho, no sé hasta qué punto he vivido mi vida o la de él.

— No entiendo a qué te refieres.

— A pequeños detalles de los que no te das cuenta hasta que lo piensas en conjunto, como la imagen de un puzzle en el que no sabes lo que estás construyendo hasta que tienes colocadas la mayoría de las piezas. Su manera de educar era tan fría, tan autoritaria... Sólo recibía cariño cuando daba los pasos adecuados para seguir la dirección que él había establecido para mí, creo que desde el día en que nací.

— ¿Y qué dirección era esa?

— Llegar a ser un reflejo suyo: una gran forense, una afamada catedrática, una eminente científica...

— Yo pensé que te gustaba tu trabajo...

— Y me gusta, pero a veces creo que toda mi vida ha estado condicionada: mis estudios, mi forma de ser, mis aficiones, incluso mis deseos. Igual que una rata de laboratorio— la voz de Natalia se quebró y quedó en silencio.

— Si no quieres hablar de esto, no pasa nada— Carlos se sentía culpable. Sólo había intentado entablar una conversación para que los dos pudieran olvidarse por unos momentos de los acontecimientos de la noche y había acabado sacando a la luz los fantasmas de Natalia.

— No, no me importa. Ahora que ya he empezado es más fácil y, si me callo, quizá no pueda volver a empezar esta conversación nunca más. A no ser que te esté aburriendo...— la duda volvió a aparecer en sus ojos.

— No, claro que no. Sigue, por favor.

— Bueno, yo ya llevaba tiempo planteándome estas cosas, desde que era adolescente. Recuerdo el día que llegue a casa diciendo que había encontrado mi vocación, que quería estudiar Psicología— Natalia esbozó una sonrisa triste—. Mi padre estuvo dos meses sin hablarme, hasta que le dije que había sido una chiquillada y que, por supuesto, quería ser forense.

— No puedo entenderlo... Sé que hay padres así, pero se supone que tus padres deberían quererte, seas como seas...

— Yo también pensaba eso, pero él siempre fue así. Era mi padre, pero con condiciones.

— ¿Y tu madre? ¿No decía nada?

— Murió cuando yo tenía seis años.

— Vaya, lo siento— se disculpó Carlos.

— No pasa nada. Casi no la recuerdo.

— ¿Qué más pasó?

— Cuando por fin entre en la Universidad, todo fue a peor. Mi padre tiene un cargo muy importante en la Facultad de Medicina y mis compañeros empezaron a decir que yo era una enchufada y que lo tenía todo hecho. Siempre había tenido dificultades para relacionarme con la gente, pero la Universidad fue un auténtico infierno. Me convertí en una amargada. Sólo vivía para estudiar y ser la número uno, para demostrar que no tenían razón, aunque ninguno se molestó en comprobarlo nunca.

— Joder, pues vaya vida... Ahora empiezo a comprender muchas cosas.

— ¿Como qué? ¿Que a veces soy insoportablemente perfeccionista y que me comporto como una trepa?— Natalia le sonrió.

— Sí, por ejemplo eso.

Se arrepintió en el mismo momento en que pronunció la frase. Había intentado bromear un poco, como hacía siempre, para intentar quitarle plomo a la situación y que Natalia se sintiese más cómoda hablando. Pero había sido un error. En cuanto dijo esas palabras, un centelleo de tristeza y vergüenza apareció en los ojos de Natalia. Unas lágrimas brillaron, pero Natalia apartó la mirada y no las dejó caer. Al cabo de unos segundos volvió a mirarle y esbozó una tímida sonrisa, como intentando demostrar que no había pasado nada.

— Era una broma, lo siento de verdad si he dicho algo que no debía...
— se excusó Carlos, avergonzado.

— No, tranquilo... No has hecho nada malo, es culpa mía. Le doy demasiada importancia.

— Le das la que tiene. Me estás contando cosas que te duelen de verdad. Lo que pasa es que soy un borrego que no sabe callarse.

— Bueno, eres el único borrego en el que me he atrevido a confiar.

— Gracias, en serio.

Carlos sacó otros dos cigarrillos. A pesar de aquella horrible noche, del cansancio de todo el día, del error que acababa de cometer, se encontraba tan a gusto... Eso desató una alarma en su cabeza. No le gustaba poder quedarse enganchado, que alguien confiase en él y que pudiese defraudarle, tal y como acababa de pasar. Él no estaba hecho para las relaciones personales, no se le daban bien. No sabía si podría manejar el hecho de que Natalia confiase en él porque, aunque fuese egoísta pensar aquello mientras ella le contaba sus sentimientos, él no estaba preparado para confiar en nadie. No quería exponerse a que pudiesen hacerle daño.

Desechó esos pensamientos y volvió a mirar a Natalia. Estaba girada hacia él, con las dos piernas cruzadas encima del banco. Parecía tan joven... Estaba tan guapa esa noche, el tipo de chica que siempre le había gustado, con aquel aire desvalido y sensible, alguien de quien él pudiese cuidar. La alarma volvió a sonar. No quería ver a Natalia como una posible relación. Eso sólo podría ocurrir en su imaginación y, además, le daba un miedo atroz. Natalia se agarraba con ambos brazos para protegerse del viento helado. Carlos se levantó y le tendió la mano.

— Vamos, podemos seguir hablando por el camino.

— ¿Por el camino a dónde?— Natalia le dio la mano para que la ayudase a levantarse. Por un momento se quedaron con las manos juntas, como si no supieran si separarlas o seguir caminando agarrados. Carlos la soltó para señalar.

— Conozco un bar cerca del Ayuntamiento que abre a las cinco.

Empezaron a andar hacia allí. Natalia seguía abrazándose para protegerse del frío. Carlos se quitó el abrigo y se lo tendió.

— ¿Qué haces? Te vas a quedar helado...

— No, yo tengo calor. Póntelo tú.

— ¿Pero cómo vas a tener calor con la noche que hace?

— Yo siempre tengo calor, en serio. Si no te lo pones, lo voy a llevar en la mano...— Carlos se preguntó a sí mismo como podía ser tan mentiroso... y tan tonto. El viento helado se le estaba clavando en la piel como si no llevase nada puesto, pero, aún así, se sintió mejor cuando ella cogió el abrigo y siguió andando.

— Muchas gracias— Natalia le miró, sonriente. Carlos sonrió también. Le quedaba enorme, era justo lo que le faltaba para parecer una cría.

— Venga, cuéntame. ¿Qué pasó al final con tu padre?

— Cuando acabé la carrera de Medicina, mi padre se empeñó en que optase a una plaza para estudiar un par de años en una prestigiosa universidad de Estados Unidos. Yo no quería ir, pero, como siempre, le hice caso y me apunté. Entonces, estando un día en el baño de la universidad, oí entrar a dos chicas de mi clase. Estaban hablando de la plaza para ir a Estados Unidos. Comentaron que nadie más de la clase se quería presentar porque yo me había apuntado y ya se sabía para quien iba a ser la plaza, teniendo yo el enchufe que tenía. Entonces salí y les dije que no tenían de que preocuparse porque yo no quería la plaza.

— ¿Y te enfrentaste a tu padre?

— No, no tenía valor. Pero había que hacer un trabajo para que

evaluasen tus capacidades, así que lo hice fatal, todo el trabajo era incorrecto. Cuando lo entregué, estaba segura de que iban a rechazarme.

— ¿Y qué pasó?

— Me eligieron de todas formas. Entonces empecé a plantearme si todos mis logros a lo largo de mi carrera habían sido míos, si mi vida era en verdad mi vida o sólo el papel que mi padre me había hecho desempeñar...

Natalia se mantuvo callada por unos instantes. Carlos respetó su silencio mientras seguían caminando. De repente, ella se paró y elevó la vista hacia uno de los edificios. Encaramada en el techo se elevaba la estatua de un enorme león de piedra. Incluso desde la distancia se percibía su gran tamaño y las luces de la noche le daban un aspecto sombrío, inquietante, como si pudiese cobrar vida de un instante a otro. Natalia emitió una risa desprovista por completo de humor:

— Me recuerda a mi padre: grandioso, encumbrado, vigilándolo todo como si estuviese preocupándose por ti, aunque tú vivas con el miedo de que, en cualquier momento, puede saltar y devorarte. Siempre pienso lo mismo al pasar bajo esta estatua.

— Yo ni siquiera me había fijado nunca en ella, pero tienes razón. Da miedo— Natalia desvió la mirada de la estatua y siguió andando. Carlos se situó a su lado y volvió a preguntarle—. ¿Y entonces? ¿Te fuiste a Estados Unidos?

— No, ni hablar... Ya no lo aguanté más. Renuncié a la plaza y solicité matricularme en Anatomía Forense en la Universidad de Madrid. Mi padre se enfadó muchísimo, pero, de todos modos, aunque me hubiese desviado un poco del camino, seguía sirviendo a sus propósitos. Él quería que me doctorase en esa especialidad y que le ayudase en sus clases y sus investigaciones en la Universidad para, algún día, ocupar su plaza.

— Vamos, que necesitaba a alguien que siguiese viviendo su vida cuando él ya no pudiese.

— Exacto. Pero cuando terminé de especializarme en Madrid, no volví. Me quedé allí haciendo un Master en Psicología Forense. Él se enfadó, me amenazó con no darme más dinero, pero yo, en vez de agachar las orejas como siempre, empecé a vivir sin su ayuda gracias al fondo que mi madre me había dejado como herencia. Entonces mi padre simuló calmarse, pensando que yo volvería a entrar en razón.

— Pero no lo hiciste, ¿verdad?

— No, claro que no. Los años que pasé en Madrid, lejos de sus tentáculos, fueron los más felices de mi vida. Por fin podía ser yo misma y estar segura de mis propios logros. Incluso, cuando algún profesor me preguntaba si era familiar del famosísimo doctor Egaña, yo contestaba que el apellido era sólo una coincidencia.

En ese momento pasaban por debajo del Puente de Deusto. Natalia paró de hablar y le miró.

— Oye, si vamos hasta el Ayuntamiento y luego tenemos que volver hasta donde hemos dejado el coche, vamos a tardar muchísimo. ¿Qué te parece si vamos a buscar el coche ahora que estamos cerca y te invito a café en mi casa?

Carlos no supo qué decir en un primer momento. Todo aquello empezaba a parecerse demasiado a una cita. Por alguna estúpida razón, la idea de estar en casa de Natalia sin que Gus se encontrase presente le resultaba incomoda... y excitante. Volvió a enfadarse consigo mismo por dejar que su imaginación se desbocara y consiguió sonreír antes de contestar:

— Me parece una buena idea. La verdad es que se está haciendo muy

tarde. ¿Vamos por aquí?

Natalia asintió. Los dos empezaron a subir por unas escaleras muy viejas y sin iluminación hacia la parte superior del puente. Carlos tuvo que contener un escalofrío ante el recuerdo de las escaleras del faro que había bajado apenas tres horas antes. Se sorprendió al pensar cuánto tiempo llevaba sin recordarlo, sin torturarse. Era extraño como Natalia le había hecho abstraerse de todo aquel dolor. Decidió dejarse llevar por esa sensación de paz, de estar viviendo el momento sin que importasen para nada el ayer o el mañana. Ya tendría tiempo de atormentarse cuando llegase a casa. La sola idea de estar en su cama vacía, a merced de los sádicos pensamientos de su cerebro le producía terror. Ojalá ese paseo no acabase nunca. Cuando volvió a salir a la calle iluminada sintió una sensación de inmenso alivio.

— Bueno, que nos hemos ido del tema. ¿Qué pasó cuando volviste de Madrid?

— Que me di cuenta de que mi padre no había comprendido nada. Incluso tenía ya una plaza reservada para mí como su ayudante adjunto. Intenté hacerle entender que eso no era lo que quería, pero no me hizo caso. Mis pensamientos y mis deseos no importaban en absoluto. Creo que ni siquiera puede concebir que yo tenga unos pensamientos diferentes de los suyos. Así que me marché de casa, esta vez para siempre.

— ¿Y cómo lo hiciste? ¿De dónde sacaste el dinero?

— Bueno, seguía quedándome dinero de la herencia de mi madre. Y mi abuela materna, al morir, me dejó el piso en el que vivo ahora y algo de dinero. Yo era su única nieta. Entonces decidí intentar entrar en la Ertzantza. Estaba segura de que él no podría influir en ello, ni para bien ni para mal.

— Así que por fin eres libre.

— Bueno, se podría decir que sí...— respondió Natalia, dubitativa.

— ¿Cómo que se podría decir? Ya no dependes de él económicamente. Tienes un buen trabajo, tu propia casa, tu coche... Y no le debes nada de eso a él.

— Sí, pero muchas veces me sorprendo obsesionándome con seguir siendo la número uno, con ser perfecta... Intento engañarme diciendo que lo hago por mí misma, pero sé que no es cierto. A mí no me gusta ser así, no me hace feliz comportarme como una trepa, y mucho menos que los demás me veáis así. Pero no puedo cambiar.

— Es normal, después de tantos años de tener que comportarte de una manera, no puedes pretender cambiar de un día para otro. Date tiempo.

Natalia esbozó una sonrisa triste:

— Yo puedo darme ese tiempo, pero ¿me lo darán los demás?

— No puedo hablar por los demás, pero por mí tienes todo el tiempo que necesites.

Natalia le miró durante unos segundos y después sonrió tímidamente antes de seguir andando. Carlos no pudo saber si lo que había visto en sus ojos había sido el brillo de nuevas lágrimas o si sólo lo había imaginado. Empezó a andar tras ella hasta situarse a su lado, arrepintiéndose de haber pronunciado un compromiso para el que no se sentía preparado.

Siguieron paseando, como si no hubiera nada de lo que preocuparse, como si aquella noche fuese a durar para siempre. Los dos andando eternamente con toda la ciudad para ellos solos. Habían llegado al final del Puente de Deusto. Carlos enfiló por una de las calles que llevaban hacia la Gran Vía. Natalia se paró y señaló hacia el parque:

— ¿Podríamos ir por ahí? Creo que se llega antes si atravesamos el

parque.

— Eres una chica valiente. ¿No sabes que el parque por la noche es muy peligroso?

— Ya lo sé, pero yo voy acompañada de un duro policía. No tengo nada que temer, ¿no?

— Está bien, vamos— Carlos se encogió de hombros. Sentía que aquella noche nadie iba a molestarles, que ese lugar sería también para ellos dos y que nada ajeno vendría a estropearlo.

Entraron en el parque, pasando cerca del Museo de Bellas Artes. Se internaron por uno de los caminos de asfalto, bordeado de altos árboles que ya empezaban a perder sus hojas. Carlos se entretuvo en darles patadas mientras caminaban en silencio, disfrutando de la tranquilidad del parque, del rumor del viento entre las ramas de los árboles, de los cantos de los primeros pájaros... Natalia se separó unos pasos y se sentó en un banco. Sacó el paquete de tabaco del bolsillo de su chaqueta, después de pelear unos segundos con el enorme abrigo, y le ofreció un cigarrillo. Carlos se sentó a su lado y lo encendió, mientras observaba como el cielo empezaba a tomar un tono rojizo, anunciando la inminencia de otro amanecer. No pudo evitar una punzada de pena al darse cuenta de que sus plegarias no habían sido escuchadas. Pronto la noche acabaría y la ciudad volvería a ser ocupada, disipando toda la magia.

— ¿Sabes una cosa? Los únicos recuerdos que guardo de mi madre son en este parque. Muchas veces, cuando estoy preocupada por algo, vengo aquí y me siento a pensar, en este mismo banco en el que estamos sentados, delante de la fuente. Puedo pasarme horas mirando el agua correr, o los niños jugando o la gente paseando... Y me pregunto qué pasará por su cabeza, qué problemas tendrán, qué clase de vida llevarán... Cuando me marchó, mis problemas me parecen más pequeños— Natalia hablaba distraída, casi como si conversase

en voz alta consigo misma. Entonces pareció volver a la realidad, le miro y sonrió avergonzada—. Pensarás que sólo digo tonterías. Vaya rollo te he soltado esta noche.

— No, me gusta oírte hablar, en serio. Además, he sido yo el que ha dicho que quería saber cosas de ti.

— Ya, pero no creo que tantas...— rió nerviosa, como si se avergonzase de haber desmontado demasiado sus murallas.

— Ya sabes que nunca he tenido problemas para decirte algo borde y cortarte. En serio que me apetecía escucharte.

— Gracias. Creo que me has ahorrado un montón de sesiones de psicoanalista. No sé cómo te lo voy a pagar.

— Pues, en este momento, con el café que me habías prometido. Esta amaneciendo y empieza a hacer frío.

— Si quieres el abrigo, te lo devuelvo.

— Como vuelvas a ofrecérmelo, lo tiro a la ría sin quitártelo antes. Anda, vamos.

Se dirigieron rápido al coche. Carlos condujo hacia casa de Natalia, dándose prisa porque no quería cruzarse con mucho tráfico. Deseaba seguir manteniendo la ilusión de que estaban solos en el mundo unos momentos más.

Carlos se encontró revolviendo con la cucharilla una taza de café vacía. El tiempo había pasado tan rápido... Pensó en pedir otra taza para prolongar algo más el momento, pero no se atrevió. Sabía que tenía que marcharse, que aquella noche había sido un regalo, que seguramente nunca volvería a repetirse, pero se resistía a volver a la vida real, a la soledad, a las

pesadillas... Lo mejor sería hacerlo sin pensar: levantarse y marcharse, sin más. Después de todo no era una despedida. Iban a verse al día siguiente, sólo faltaban unas horas. Se preguntó si al día siguiente podría encontrar a la Natalia de esa noche, si podría ver de nuevo ese brillo en sus ojos, esa sonrisa abierta, o si, por el contrario, ella se escondería aún más detrás de su máscara, avergonzada por haberse sincerado con él. Decidió no pensar más en ello y se resignó a marcharse.

— Bueno, ya que he visto que no te gusta, ahora sí que me lo llevo— se levantó de la silla y cogió su abrigo—. Supongo que no es tu estilo. Te veo mañana, ¿no?

— Sí, claro...— Natalia parecía perdida. Permaneció unos segundos sentada, mirándole extrañada, como si no se hubiese planteado que él tuviese que marcharse.

Carlos se dirigió a la salida mientras se ponía el abrigo. Natalia se adelantó y le abrió la puerta. Carlos salió y se giró para despedirse, pero no supo qué decirle. Se quedó mirándose los zapatos, intentando encontrar algo que pudiese sellar aquella noche, algo que no fuese inadecuado, pero no se le ocurrió nada. Levantó la vista dispuesto a marcharse con un simple adiós y se encontró con la mirada cargada de lágrimas de ella. En sólo un segundo descubrió en sus ojos ese mismo miedo a quedarse sola, a tener que enfrentarse consigo misma y con los recuerdos. Y entonces ella se lanzó a sus brazos y le besó.

En un primer momento no supo cómo reaccionar. Aquello no podía estar sucediéndole a él. La abrazó fuerte por la cintura y correspondió a su beso con una pasión que le consumía por dentro. Ella se apretó aún más contra él, como si quisiera que sus cuerpos se fundieran para no tener que separarse nunca. Él acarició su espalda, su nuca, su pelo, sintiendo que deseaba aquello más que

ninguna otra cosa en el mundo y sabiendo por otro lado que había algo que no estaba bien. Empezó a besarla con ternura, mientras las lágrimas de ella resbalaban por sus mejillas hasta llegar a sus labios, dando a aquel beso un sabor triste. Se separó con suavidad, sin soltar del todo su cintura y le dio un beso suave, apenas un roce de sus labios antes de susurrarle:

— No hace falta que hagas esto para que me quede, Natalia. Sólo tienes que pedírmelo.

Ella abrió los ojos y se quedó mirándole, llorando cada vez más fuerte, sin poder decir nada. Carlos le acarició una mejilla y siguió hablando en susurros:

— No quiero que hagamos nada de lo que mañana podamos arrepentirnos, pero comprendo que no quieres estar sola esta noche. A mí también me da miedo. Me quedaré y te cuidaré mientras duermes. ¿Quieres?

Natalia asintió entre sollozos. Carlos la cogió en brazos y la apretó contra su cuerpo. Ella ocultó la cabeza en su hombro y dejó que la llevase a la habitación. Carlos la depositó en la cama y se acostó a su lado, agarrándola desde atrás por la cintura.

— Ahora duerme, mi niña. Yo estaré aquí toda la noche.

Los sollozos de Natalia fueron remitiendo hasta que, por fin, quedó en silencio. Carlos se mantuvo quieto, esperando a que ella se durmiese. Cuando su respiración se hizo lenta y regular, se apoyó en un brazo para mirarla con la suave luz que entraba por la ventana. Parecía tranquila por fin, aunque una leve arruga de preocupación fruncía su ceño. Se inclinó sobre ella y le dio un suave beso en la mejilla. Le pareció que, en sueños, ella sonreía.

CAPÍTULO ONCE

Carlos estaba muy cansado. No había dormido ni una sola hora la noche

anterior, pero aun así, notaba su mente despierta, agitada por todo lo que había sucedido en las horas anteriores. Al desánimo y frustración producidos por la muerte de Patricia tenía que añadir ahora todo lo que había sucedido entre Natalia y él. Ni siquiera podía explicarse qué era lo que había pasado, pero parecía claro que la relación había tomado un nuevo rumbo. Aunque tampoco supiese decir hacia dónde.

Intentó ordenar los acontecimientos y pensamientos que le venían sin cesar a la cabeza para dar algo de claridad a sus ideas. En realidad, no había sucedido nada entre ellos. No podía decirse que estuvieran enrollados, ni que mantuviesen una relación. Sólo había sido un beso. Y no podía saber cómo iba a sentirse Natalia sobre aquello cuando despertase. Quizá hubiese surgido una verdadera amistad entre ellos, quizá ella esperaba algo más de él, quizá le odiase por haberse mostrado tan débil. ¿Quién podía decirlo? Desde luego, él nunca había sido un experto en cuanto a entender a las mujeres.

Ni siquiera era capaz de saber que había significado aquello para él, ni cómo veía a Natalia, ni cómo quería verla. Intentó convencerse de nuevo de que no era el momento apropiado para introducir más confusión en su vida. Y desde luego, que ellos dos se enredasen con asuntos sentimentales, no favorecería la investigación. ¿Pero qué podía hacer si las complicaciones aparecían sin que nadie las buscara?

Por suerte, había terminado pronto con los informes que dejó inacabados la noche anterior y, tras concertar entrevistas con los padres y amigos de Patricia para el día siguiente, había podido marcharse. Aparcó frente a la casa de Gus sin haber llegado a ninguna conclusión clara. Decidió actuar con naturalidad delante de Natalia, ser sincero y comportarse como si nada hubiese pasado. Si ella se sentía incomoda por lo que había sucedido, eso sería lo que más podría ayudarla. Y si ella esperaba algo más de él, siempre podía hacérselo saber.

Una voz burlona se rió dentro de su cabeza. ¿Qué iba a hacer si ella quería algo más? ¿Arriesgarse o correr como un conejo asustado? No lo sabía. Decidió no pensar en ello y resolver la situación cuando llegase. Mientras llamaba a la casa de Gus luchó de nuevo, como llevaba haciendo toda la mañana, por desterrar las dudas de su mente.

Natalia despertó poco a poco, sin salir aún del todo de las brumas del sueño. Se sentó en la cama y miró el reloj de la mesilla. La una y cuarto de la tarde. ¿Qué hacía ella durmiendo hasta esas horas? En ese momento recordó lo que había sucedido la noche anterior y sonrió, a pesar de sentirse un poco avergonzada por su comportamiento. Se sentó en la cama y miró hacia el otro lado. Carlos no estaba. Se preguntó si estaría desayunando en la cocina o trabajando en el salón. Salió de debajo de la manta con la que él debía haberla tapado mientras dormía y fue a buscarle, aunque no sabía qué podía decirle.

Salió de la habitación. Al llegar a la cocina, se quedó parada en la puerta. No estaba en la casa. Ni siquiera le había dejado una nota. Se sintió decepcionada y estúpida, muy estúpida. No debía haber esperado más. Después de todo, él se había portado de maravilla la noche anterior, le había ofrecido su amistad, le había permitido expresar sus sentimientos sin hacer que se sintiese incomoda en ningún momento y la había comprendido y respetado en un momento de debilidad del que muchos otros se habrían aprovechado. Pero ahí acababa todo. No eran novios, ni amantes. Sólo compañeros de trabajo y amigos.

Pensó que debería sentirse feliz. Carlos era la primera persona a la que consideraba un verdadero amigo en mucho tiempo, quizá en toda su vida. Entonces, ¿por qué se sentía tan decepcionada? ¿Qué era lo que quería en

realidad? ¿Acaso se había enamorado de él? Pensó que aquello era imposible. Carlos era el prototipo de antinovio para ella y, además, no necesitaba a ningún hombre en su vida. No encajaban, se matarían en una semana. Pero, si era así, ¿por qué le dolía tanto que no se hubiese despedido? Se convenció a sí misma de que esos sentimientos sólo se debían a los largos días de trabajo, al fracaso de la noche anterior, a la sensación de vulnerabilidad que sentía. Se sentiría mejor en cuanto pasasen unos días y volviera a concentrarse en el trabajo.

Convencida con estas razones volvió al salón. En el teléfono parpadeaba una luz roja, indicándole que tenía un mensaje. Había dormido tan profundamente que ni siquiera había oído el teléfono. Levantó el auricular y oyó el mensaje:

— Natalia, soy Carlos. He tenido que marcharme porque tenía trabajo que hacer en la central. Estaré ahí hacia las dos con Gus— la línea quedó en silencio y, al cabo de unos segundos, volvió a oírse su voz, dubitativa—. Espero que estés bien, siento haberme marchado así... Pensé que sería mejor dejarte dormir... Bueno, que estaré ahí lo antes que pueda. Adiós.

Natalia colgó y sonrió. Había sentido nervios en la boca de su estómago con sólo escuchar su voz. Quizá él le importaba más de lo que ella quería admitirse.

Carlos y Gus llegaron al de media hora y todos se sentaron en el salón, con sus papeles ordenados frente a ellos y los cigarrillos humeando en los dedos. Natalia y Gus estaban muy serios, como esperando a que Carlos hablase primero.

— Bueno, no sabemos cuánto vamos a tardar en atrapar a Caronte— empezó Carlos, serio—. Espero que sea poco, pero la escena de anoche puede repetirse muchas veces. Por eso, si no queréis o no podéis volver a pasar por

ello, lo entenderé.

— Yo quiero continuar, creo que al final vamos a atraparlo— se defendió Natalia, preocupada por haberse mostrado tan vulnerable la noche anterior.

— No te pongas a la defensiva. Yo también quiero que sigamos. Lo único que quiero dejar claro es que si alguien quiere retirarse, estará en su derecho.

— No puedo retirarme ahora. Es un asunto personal. Voy a sentirme mal por la muerte de cada una de sus víctimas, tanto si estoy en la investigación como si no. Pero al menos ahora sé que estoy haciendo todo lo que puedo— respondió Natalia con voz firme.

— Bien, ¿y tú qué piensas, Gus?— preguntó Carlos.

— Que no he leído todas esas payasadas para retirarme ahora. Para mí también es un asunto personal.

— Bien, gracias a los dos— Carlos sonrió, sintiéndose satisfecho y orgulloso. Necesitaba saber que no iban a dejarle solo en aquello y ahora veía que podía confiar en ellos—. Sé que lo que pasó anoche nos ha afectado a todos, pero deberíamos haber estado preparados. No estamos jugando, estamos persiguiendo a un asesino y los asesinos matan. Y éste intentará volver a hacerlo. Por eso, aunque en algún momento nos sintamos furiosos o frustrados, tenemos que estar seguros de que estamos haciendo todo lo posible para atraparlo y que, además, lo estamos haciendo bien— hizo un silencio para observarles. Ambos asintieron y siguieron esperando—. Mañana tengo que interrogar a los padres de Patricia y a una amiga que estuvo con ella poco antes de que la mataran. Intentaré sacar toda la información posible y traeré el ordenador. Natalia, ¿cuándo tendrás los resultados de la autopsia?

— Supongo que para el martes tendré los resultados preliminares.

— Bien, hablé ayer con Aguirre sobre los informes psiquiátricos que pediste. Puso el grito en el cielo, como cada vez que se le pide algo, pero los tendrás a mediados de semana. Espero que eso nos dé algún resultado. Por cierto, ya han soltado a Eneko, creo que ha quedado probado que es inocente, a no ser que sea capaz de matar a alguien desde una celda.

— ¿Y yo qué voy a hacer? ¿Seguir leyendo chats?— Gus no parecía dispuesto a volver a protestar por tener que realizar ese trabajo, pero en su expresión podía leerse la convicción de que no sacarían nada de todo aquello.

— Lo siento, pero tendrás que hacerlo. No podemos arriesgarnos a que se le haya escapado algún dato y no lo veamos por no leerlo todo— contestó Carlos.

— No te preocupes, Gus. Yo te ayudaré— Natalia le sonrió—. Entre los dos acabaremos enseguida.

— De todas maneras, si tienes cualquier otra idea, sólo tienes que decirla— propuso Carlos—. Estamos abiertos a cualquier sugerencia.

Gus miró a Carlos, indeciso. La verdad era que llevaba un par de días con una idea rondándole la cabeza, pero no se había atrevido a decirla. Carlos parecía dispuesto a escuchar, así que se lanzó:

— Pues he estado pensando en algo, pero puede ser arriesgado.

— Dilo. No te preocupes.

— Bueno, podría crear una cuenta en ICQ con un nombre de chica y mandarle un mensaje. Si consigo que él me conteste, podré rastrear su mensaje como hice con el tuyo desde San Sebastián y saber su IP. Luego sólo necesitarías una orden para saber a qué teléfono le había sido asignada esa IP en ese día y a esa hora.

— ¿Y dónde está el riesgo?— preguntó Natalia.

— Bueno, puede no funcionar. Si es un poco listo, estará protegido. Y puede que se mosquee si alguien quiere hablar con él de repente. Si yo fuese un asesino buscado por la policía, no hablaría con nadie que no hubiese elegido personalmente. El peligro está en que, si se asusta, podría cambiar de cuenta y perderíamos su rastro.

— Habrá que arriesgarse— dijo Carlos después de pensarlo unos segundos—. Si lo hacemos con cuidado, no tiene por que asustarse. ¿Cuándo podrías hacerlo?

— Esta misma tarde, en cuanto él se conecte.

Mientras Natalia y Carlos repasaban los planes para el día siguiente, Gus encendió uno de los ordenadores y empezó a trabajar. Sacó unos disquetes que llevaba en su mochila y que había preparado hacía unos días, cuando se le ocurrió la idea. Aprovechando que Natalia había ido al baño un momento, Carlos se acercó y se sentó en una silla a su lado:

— ¿Qué haces?

— ¿De verdad quieres que te lo explique?— Gus intentó imprimir a su voz el tono más suplicante que pudo, pero Carlos lo ignoró y se limitó a asentir con la cabeza— Está bien, pero, si no lo entiendes a la primera, lo dejamos. No quiero acabar con dolor de cabeza.

— Hombre, que tampoco es que sea idiota. Tú explícamelo despacito y en castellano y ya verás como lo cojo enseguida.

Gus se resignó. Estaba casi seguro de que no iba a ser tan fácil como Carlos pensaba. Aun así, empezó a explicarle a medida que iba dando los pasos en el ordenador:

— A ver por dónde empiezo... Este es el ordenador de Bianca. Lo primero que he hecho es borrar a Caronte de su *visible list*— Carlos abrió la boca para preguntar, pero Gus le interrumpió—. Espera, que ahora te lo explico. En ICQ puedes estar invisible, es decir, tú ves que personas están conectadas, pero ellos no te ven a ti, a menos que les mandes un mensaje. La *visible list* es la lista donde apuntas a la gente que quieres que te vea siempre, aunque estés invisible. Digamos que es donde apuntas a la gente con la que te llevas mejor y con la que quieres hablar siempre que estés en Internet. ¿Hasta aquí me sigues?

— Sí, claro. Creo que habría que inventar algo así para la vida real. No sabes la cantidad de desgraciados con los que me tengo que hablar todos los días. Sigue.

— Bianca tenía a Caronte apuntado en esa lista. Si nos hubiésemos conectado sin quitarlo, él nos habría visto y creo que habría sospechado si hubiese visto conectarse a alguien que está muerto. Ahora si él está en Internet, nosotros le veremos, pero él a nosotros no.

— A no ser que él también esté invisible, ¿no?— intervino Carlos.

— Exacto, ya veo que lo vas pillando. Esperemos que se asome un ratillo para poder mandarle un mensaje.

— ¿No le iras a mandar el mensaje desde la cuenta de Bianca?

— Claro que no, para eso acabo de instalar este programilla. Normalmente en un ordenador sólo puedes estar conectado con una cuenta de ICQ en cada momento, pero este programa permite tener hasta siete cuentas abiertas al mismo tiempo. Ahora crearemos una cuenta con los datos falsos de una chica de la edad de sus víctimas y, cuando veamos que está online, le mandaremos un mensaje desde ahí. ¿Lo entiendes?

— Sí. Por ahora, sí. ¿Qué vas a hacer luego?

— Bueno, confío en que él conteste al mensaje. Si lo hace, le rastrearé como hice el otro día contigo y conseguiremos su IP, ya sabes, el número que asignan a tu teléfono en el momento en que entras a Internet. Si conseguimos eso, averiguar el número de teléfono desde el que llama será coser y cantar para ti.

Natalia ya había vuelto del baño y les había estado escuchando con atención.

— Parece muy fácil. Deberíamos haberlo hecho mucho antes.

— No os emocionéis. Pueden fallar mil cosas. De hecho me sorprendería que fuese tan sencillo, pero hay que probarlo— Gus puso una expresión melodramática—. Todo sea por no leer más chats. Venga, vamos a crear la cuenta falsa.

— ¿Qué hay que hacer?— preguntó Carlos.

— A ver..., tiene que ser alguien a quien Caronte contestaría— indicó Gus.

— O sea, alguien que se corresponda con el perfil de las víctimas con las que suele contactar— Natalia se concentró mientras echaba un vistazo a sus notas.

— Bueno, sí... Eso es lo que quería decir. Empecemos por el nombre. ¿Qué os parece Lorena? Es un nombre bonito, ¿no?

— Todavía pensando en la pijita rubia de tu clase, ¿eh?— Carlos no pudo reprimir una sonrisa cínica.

— Joder, tío, qué memoria... Vale, vale... Di tú otro nombre.

— No, si ese está bien. Pon lo que quieras.

— Vale, ahora hay que ponerle un nick.

— Ponle Lore— terció Natalia—. Hay mucha gente que usa diminutivos, ¿no? Y además significa flor en euskera.

— Sí, me gusta. Veamos, ahora hay que poner la edad.

— Bianca tenía catorce, Vanessa trece y Patricia catorce. Parece que no le gustan más mayores.

— Bien, le pongo catorce entonces. ¿Dónde debería vivir?

— En algún sitio de Vizcaya en el que no haya actuado todavía— Carlos encendió un cigarrillo mientras pensaba—. Ya sé que dicen que los asesinos siempre vuelven al lugar del crimen, pero, en estos momentos, las ciudades en las que ha asesinado están siendo patrulladas intensivamente para tranquilizar a la población, así que no creo que le haga mucha gracia volver a ellas por el momento.

— Bien, entonces pondré Sestao. ¿De acuerdo?

— ¿Qué más queda?— preguntó Natalia, sentándose a su lado para observar el formulario que estaba rellenando.

— Nada, lo demás son bobadas... El signo del zodiaco, las aficiones... Un momento y lo relleno todo... Vale, ya está.

— ¿Y ahora qué?— Carlos parecía nervioso, tenía un brillo en los ojos que Gus no le había visto en los últimos días. Parecía que estaba disfrutando de verdad con aquello.

— Ahora esperamos a que aparezca.

— ¿Y si no lo hace?

— Doy fe de que se conecta todos los días a partir de las cinco. Me he leído todos sus chats y conozco sus costumbres. Así que, si no aparece le mandaremos un mensaje de todas maneras, porque, aunque no le veamos, estoy

casi seguro de que estará ahí.

Gus abrió las dos cuentas de ICQ. Al cabo de unos segundos, en la cuenta de Bianca aparecieron marcados en azul los nombres de varias personas que se encontraban conectadas. Gus sintió una punzada de decepción. Caronte no estaba entre ellos. El hecho de saber que él podría estar ahí sin que pudiese verlo le ponía nervioso. Intentó tranquilizarse, esperaría unos minutos más. A su lado Carlos se revolvía inquieto, esperando que hiciese algo.

— Vamos a darle algo de tiempo. Después de todo, sólo son las cinco menos diez. ¿Por qué no os vais a preparar unos cafés?— Natalia se levantó para traérselos— No, llévate a Carlos que me está sacando de quicio con tanto movimiento. Y a él ponle una tila.

— Oye, ¿sabes que te pones muy chulo cuando tienes un teclado delante?— se ofendió Carlos.

— Perdona, pero en serio que me estás poniendo nervioso.

— Ya me quedo quieto.

Siguieron esperando. Natalia volvió con los cafés y los tres permanecieron en silencio mirando la pantalla durante unos minutos que se les hicieron siglos.

— Joder, no pasa nada— Carlos se puso de pie y empezó a pasear por la sala—. ¿Por qué no le mandas ya un mensaje?

— Son las cinco y diez. A lo mejor llega tarde.

— Ya, y a lo mejor ya está ahí y está preparando su próximo asesinato.

— Joder, Carlos... Suele esperar semanas entre un asesinato y otro. No va a pasar nada porque tardemos media hora más.

— Pues claro que va a pasar, me va a dar algo si sigo mucho rato aquí

plantado sin hacer nada...

En ese momento, Carlos se quedó callado y señaló la pantalla del ordenador. Gus se giró y su corazón latió mucho más rápido al verlo. El nombre de Caronte parpadeaba, cambiando del azul al rojo. Su fantasma acababa de conectarse.

Hola, soy Lorena, de Sestao. Es la primera vez que entro a ICQ y no tengo a nadie en mi lista. ¿Te importaría hablar un rato?

Gus mandó el mensaje y tecléo en el ordenador lo necesario para poder seguir el rastro de Caronte en cuanto contestase. Los tres se mantuvieron quietos, conteniendo incluso la respiración. El tiempo fue pasando. Al cabo de unos minutos, Carlos estalló de nuevo:

— ¿Qué pasa ahora? Nos has tenido mirando su nombre en la pantalla más de quince minutos para que el tío no se mosqueara y ahora no dice nada. ¿Tanto cuesta contestar?

— Tranquilízate, lo más seguro es que esté chateando con alguien. Contestará en cuanto pueda.

— Joder, es que no lo entiendo. Le estamos poniendo a una nueva víctima en bandeja y no la quiere— se quejó Carlos.

— Quizá desconfíe— explicó Natalia, intentando tranquilizar a Carlos—. Después de todo, no estamos intentando hablar con una persona cualquiera de Internet. Es un asesino y sospechará que podemos estar buscándole.

— Pues de alguna manera tendrá que contactar con chicas nuevas.

— Puede que prefiera cazarlas él— dijo Gus—. Yo no hablaría con

nadie que me entrase así si fuese un asesino.

— Pues estamos arreglados, ¿y ahora qué hacemos?— Carlos miró a Gus como si él tuviese la culpa de todo.

— Insistiremos. Puede que así sospeche aún más, pero si yo fuese una chica sin nadie en la lista de contactos, insistiría.

— Vale, prueba, no tenemos nada que perder— concedió Carlos—. Si esto no funciona, estaremos igual que esta mañana.

Oye, si estás muy ocupado ahora, dímelo y hablamos en otro momento. Estoy buscando a alguien que hable castellano y no consigo que me conteste nadie. ¿Podrías autorizarme para que hablemos otro día?

Volvieron a esperar en silencio. El ordenador seguía sin recibir ninguna respuesta. La situación empezaba a resultar frustrante, casi ridícula. Tenerle ahí, estar hablando con él y, sin embargo, no poder hacer nada...

— ¿Qué es eso de que te autorice?— preguntó Natalia, intentando romper el incomodo silencio.

— La autorización sirve para que podamos verle otro día desde esta cuenta cuando se conecte. No creo que nos la quiera dar si ni siquiera ha querido saludarnos. Esperemos unos minutos. Aun guardo otro as en la manga, pero no quiero usarlo si no es totalmente necesario. Voy a intentar enfadarle para que nos conteste, aunque sólo sea para mandarnos a la mierda.

— ¿Y cómo vas a hacer eso?— preguntó Carlos interesado. Parecía que la idea de fastidiar a Caronte le resultaba muy atractiva.

— Normalmente la autorización hay que pedirla y la otra persona la

acepta o la rechaza, con lo cual Caronte podría rechazarla y nos quedaríamos igual— explicó Gus—. Pero yo tengo instalado un programita que sirve para que la petición de autorización sea aceptada sin que él pueda hacer nada. Si está tan paranoico como pensamos, se enfadará y quizá diga algo.

— Pero podría asustarse y saber que está hablando con un hacker y no con una chica de catorce años que entra a ICQ por primera vez, ¿no?— intervino Natalia preocupada— No sé si deberíamos arriesgarnos a que se escape ahora que estamos algo más cerca.

— No tiene por qué pensar que soy un hacker. Hay muchísima gente en ICQ que usa este programa. Y si se mosquea que nos pregunte de dónde lo hemos sacado. Es lo único que queremos: un mensaje suyo.

— Nos arriesgaremos. Si no nos va a hablar, tampoco nos sirve de nada verle ahí— Carlos volvió a levantarse, incapaz de mantenerse quieto por más tiempo.

— Bueno, pues allá vamos. Esperemos que tenga una versión antigua de ICQ porque con las nuevas no sirve— Gus movió el ratón y mandó la petición—. Bien, hemos tenido suerte, ya está añadido a nuestra lista. Ahora le mandaré un mensaje.

Te he añadido a mis contactos, espero que no te importe. Ahora te dejo tranquilo que debes estar muy ocupado. Hasta otro día.

Gus encendió un cigarrillo, todo aquello estaba poniéndole muy nervioso. Cada vez que se acordaba de que la persona con la que estaba hablando era la responsable de aquellos crímenes se le encogía el estómago. En ese momento, el sonido de un mensaje entrante sonó por los altavoces mientras un sobrecito

parpadeante al lado del nombre de Caronte le avisaba de que por fin había contestado. Pulso el *enter* para que su ordenador empezara a buscar la procedencia del mensaje.

— Le tenemos, le tenemos... Ha caído el muy imbécil.

Gus no podía creerse que estuviese funcionando. El ordenador iba mostrando los diferentes puntos por los que el mensaje había ido pasando para llegar desde el ordenador de Caronte al suyo. El corazón le latía con tal fuerza que parecía que le iba a estallar el pecho. Natalia y Carlos se habían situado uno a cada lado de su cabeza, de pie, con la vista fija en la pantalla, como si pudiesen entender lo que allí iba poniendo. La tensión era insoportable. Unos segundos más y le tendrían... Entonces el ordenador acabó la ruta.

— Mierda, no...— Gus sintió que el mundo se le caía encima— El puto Mirabilis.

— ¿Y qué demonios es eso?— le interrogó Carlos.

Gus se sentía tan defraudado que no tenía ganas de dar ninguna explicación, pero al mirar las caras de Carlos y Natalia se dio cuenta de que eso era lo que menos importaba. Ellos debían haber engendrado las mismas ilusiones que él, o incluso más, porque ellos no sabían que había cosas que podían fallar en su plan. Cosas como aquella.

— Bueno, en ICQ puedes hablar directamente de un ordenador a otro, con lo cual habríamos podido sacar su IP, o puedes hacerlo a través del servidor, o sea de Mirabilis. Para que me entendáis, Mirabilis es como un gran ordenador que organiza toda la información de ICQ. Caronte manda sus mensajes a Mirabilis y éste se los manda a la persona con la que él quiere hablar, así que sólo podemos llegar hasta ese ordenador. Ahí se pierde el rastro.

— ¿Y no hay nada que podamos hacer?— Carlos parecía desesperado. Gus negó con la cabeza— Mierda, con lo fácil que habría sido. Mandar los mensajes así debería ser ilegal.

— No puede ser ilegal. La gente suele usarlo para protegerse de los *hackers*, para evitar que se puedan meter en su ordenador. No se puede acusar a nadie por intentar defenderse— Gus suspiró—. Bueno, pues se acabó. Ya os dije que podía no funcionar.

— ¿Qué ha dicho en el mensaje?— Natalia no parecía querer darse por vencida todavía— Quizá haya aceptado que hablemos otro día.

— Bueno, no perdemos nada por mirarlo.

Gus abrió el mensaje y la última esperanza se desvaneció. Caronte no parecía dispuesto a ser una presa fácil.

Búscate otra persona, Internet está lleno. No me gusta lo que has hecho, así que no te molestes en mandar más mensajes. En un segundo estarás en mi Ignore List.

— ¿Qué es eso del *Ignore List*?— dijo Carlos.

— Una lista en la que pones a las personas con las que no quieres hablar para que no te lleguen sus mensajes.

— Así que esta cuenta ya no nos vale para nada, ¿no?

— No, pero no te preocupes. Como has dicho antes, no hemos perdido nada, estamos igual que esta mañana. Y ya se nos ocurrirá algo.

CAPÍTULO DOCE

El agua de la bañera volvía a estar roja. Quitó el tapón y dejó que se vaciara para volver a llenarla después y continuar lavando el abrigo. Llevaba en remojo desde la noche anterior, pero parecía imposible sacar la sangre, al igual que no podía borrar de su mente el sonido de los sollozos de Patricia, sus pasos vacilantes y asustados acercándose entre las sombras, su figura frágil apoyada en la barandilla, su cuerpo sacudido por el llanto... Deseó que todos sus recuerdos pudiesen escapar con el agua, que sus pensamientos cambiaran por otros nuevos y limpios, verse libre por fin de esa pesadilla. Pero sabía que no sería tan fácil. Había que seguir pagando.

Salió del baño, incapaz de soportar la vista de su sangre, de revivir las mismas imágenes. El precio de esa noche había sido muy alto. Cuando se acercó por detrás a Patricia y la oyó llorar, estuvo a punto de darse la vuelta y perdonarla. Pero la elección no estaba en su mano. Debía hacerlo, la obligación moral era más importante que su propia voluntad.

Pasó por delante del ordenador, pero se sintió incapaz de volver a sentarse. Sabía que debía buscar nuevas chicas para su lista, que tenía que encontrar a otras Patricias, pero no se sentía con fuerzas. Había estado intentándolo, pero se sentía tan irascible, tan culpable que no había sido capaz. Incluso había tenido que meter a una pesada en el *ignore list*. Sonrió pensando en lo enfadada que estaría esa chica por su comportamiento. Si supiera que acababa de salvarle la vida...

El ambiente de la casa le resultaba agobiante. Debía hacer algo para no pensar. Salió con una pequeña pala y se arrodilló cerca de los rosales, para cavar un pequeño agujero en el que enterraría los restos de Patricia cuando se

hiciese de noche. Cuando acabó, se apartó unos pasos y observó las flores. En cierto modo era justo que los restos de las pecadoras alimentasen las rosas que llevaba al cementerio. Con ello conseguía que el círculo se cerrase, esas rosas alimentadas con dolor y sangre eran el justo pago por su pecado. Por eso los sacrificios debían seguir realizándose.

La conversación que había mantenido con los padres de Patricia no había dado ningún resultado. Mientras conducía de vuelta a la central, pensó que tampoco había esperado que ellos pudiesen decirle nada. Natalia le había explicado que una de las razones que el asesino podía tener para elegir chicas tan jóvenes, era asegurarse de que éstas no comentasen nada con sus padres. Ningún padre del mundo habría aceptado como normal la idea de que su hija se enamorase por Internet de un desconocido que además le llevaba tres o cuatro años de edad. Las niñas lo sabían y por eso mantenían la relación en el más absoluto secreto.

El hecho de pensar sobre Natalia hizo que una arruga de preocupación apareciese en su ceño. No sabía qué pensar sobre ella. El día anterior, cuando estuvieron en su casa, ella no había mostrado ninguna señal acerca de lo que había sucedido la noche anterior entre los dos: ni una sonrisa de complicidad, ni un comentario... Tampoco esperaba, ni deseaba, que su relación diese un giro de ciento ochenta grados, pero, al menos, le habría gustado saber qué había significado para ella y a qué debía atenerse. Sin embargo, por el comportamiento de ella, había llegado a pensar que todo había sido producto de su imaginación, que nada de aquello había sucedido. Decidió dejarlo pasar. Después de todo, ya se sentía demasiado mayor para aprender a entender el comportamiento de las mujeres.

Echó un vistazo al asiento trasero, aprovechando una parada en un semáforo,

para comprobar el estado del ordenador de Patricia. Por la tarde se lo llevaría a Gus para que empezase a revisar los chats. No tenía ninguna confianza en que esa revisión fuese a dar más resultado del que habían dado las anteriores, pero había que intentarlo todo. Y además, había que darle trabajo a Gus, ya que le estaban pagando. Sonrió, visualizando de antemano la cara de Gus cuando él llegase con aquella nueva colección de “lecturas rosas”.

Miró su reloj. Llegaba puntual para la cita que había concertado con la amiga de Patricia. Esperaba conseguir algo más de esa entrevista. Después de todo, era la primera vez que una de las víctimas había hablado sobre Caronte con alguien. Más esperanzado con esa idea, enfiló los últimos metros hasta la Central.

— Inténtalo de nuevo. ¿De verdad no recuerdas nada más? Cualquier cosa, aunque no te parezca importante, podría ayudarnos a encontrar al asesino de tu amiga— Carlos intentaba mantener un tono paciente y tranquilo para no asustar a la chica, pero la total falta de resultados empezaba a exasperarle.

— No, ya se lo he dicho. Estaba borracha, de juerga con mis amigos. Estuvimos hablando un rato, pero lo recuerdo todo bastante borroso. Lo siento.

— Cuéntamelo todo de nuevo.

La chica le lanzó una mirada desafiante. Parecía que empezaba a estar cansada de todo aquello. Carlos miró su reloj y la comprendió. Llevaban más de dos horas dando vueltas a la misma historia una y otra vez. Carlos se planteó si no sería su propia tozudez la que le impedía darse cuenta de que no iba a sacar nada más de ella. Aun así decidió insistir:

— Por favor, sólo una vez mas y podrás irte.

— Está bien. La encontré sobre las diez de la noche. Yo estaba fuera

de un bar tomando un poco el aire, para ver si se me bajaba la borrachera. Cuando la saludé, se asustó mucho. Me dijo que había salido sin que sus padres lo supieran y que no quería que nadie que la conociera la viese. Luego estuvimos bebiendo algo y me contó que había conocido a un chico maravilloso en Internet y que habían quedado para conocerse.

— ¿Qué te contó de él?

— Que tenía diecisiete años, que era moreno con los ojos negros, que estaba buenísimo y que era un encanto de chaval— su tono era cansado, despectivo.

— Mira, Irune. Ya sé que hemos repetido esto mil veces, pero te rogaría que pusieses un poco de interés. Sólo serán unos minutos más y, después de todo, era tu amiga.

— Ya le he dicho que casi no la conocía. Sólo íbamos juntas a clase, pero no teníamos ninguna relación— le corrigió ella.

— ¿Y eso por qué?

— Bueno, ella era muy cría, la típica mosquita muerta... Era muy tímida y casi no hablaba con nadie. Quizá eso debió hacerme sospechar.

— ¿El qué?— se interesó Carlos.

— Que un tío como el que ella me contó, no la habría mirado ni a la cara.

Carlos intentó controlar la irritación que crecía en su interior ante aquella cría que, por llevar una minifalda de escándalo y fumar sin parar, se creía con derecho a hablar con esa repelente autosuficiencia de una persona a la que conocía y que había sido brutalmente asesinada. ¿Es que no tenía sentimientos? Sintió ganas de agarrarla por el pelo y llevarla a rastras hasta el laboratorio donde Natalia debía estar realizándole la autopsia a Patricia, para

ver si ella tenía valor ahora de mirarla a la cara. Consiguió controlarse. Una denuncia por brutalidad policial era lo último que necesitaban sus relaciones con Aguirre.

— Bien, veamos... ¿Qué te contó sobre la cita?

— Que habían quedado en el faro a las once. Me dijo que a él le traía en coche un amigo de San Sebastián y que no podía llegar antes. A mí me pareció raro y le dije que podrían haber quedado en un sitio menos apartado e ir juntos hasta el faro, si tanta ilusión les hacia ir allí.

— ¿Y qué te contestó ella?

— Que le parecía lo más romántico del mundo haber quedado allí. Ya le he dicho que era medio mema.

Carlos respiró varias veces para controlar su enfado y continuó preguntando:

— ¿Qué más te contó?

— Nada más. Estuvimos hablando de otras cosas, de cotilleos de las otras tías de clase, cosas así... Cuando se iba a marchar, a todo correr porque llegaba tarde, le ofrecimos acompañarla. La verdad es que yo pensaba que el tío le estaba tomando el pelo y que no se iba a presentar y quería ver la cara que ponía. Pero ella dijo que él había insistido mucho en que fuese sola, que sería mucho más bonito que no hubiese nadie más y que esa era una de las razones por las que había elegido el faro.

— ¿Y tú la dejaste ir?

— Claro. Cuando se fue, les dije a mis colegas que la siguiéramos, pero el faro estaba muy lejos y llovía a cantaros, así que la dejamos.

Carlos se resignó. No iba a sacar nada más de Irune por mucho que le preguntase, así que se levantó para acompañarla a la salida:

— Entonces hemos acabado. Muchas gracias por tu colaboración y, si recuerdas cualquier cosa, nos llamas. ¿De acuerdo?

Irene recogió su chaqueta y le siguió. Cuando ya estaban llegando a la salida, una duda apareció en la mente de Carlos:

— Oye, Irene, una cosa más... Ya sé que no la tratabas mucho, pero, ¿notaste algo raro en ella?

— Sí, ya le he dicho que iba muy maquillada, y como una payasa, por cierto. Se notaba que era la primera vez que se pintaba.

— Me refiero a su manera de comportarse.

En ese momento Carlos pudo ver por fin una chispa de sentimiento en los ojos de Irene, y lo que ella le contestó le hizo estremecerse, como debe hacerlo el médico que descubre una epidemia:

— Sí, parecía feliz, como si brillara. ¿Sabe una cosa? Cuando me hablaba de él, de lo maravilloso y cariñoso que era, de las horas que pasaban hablando juntos, me dio envidia. Incluso pensé que yo también me enamoraría de alguien así.

— Eso es todo lo que saqué en limpio, pero tampoco podíamos esperar que Irene nos revelase algo del asesino que Patricia no hubiese sabido por los chats. Lo único que ha podido decirme sobre Caronte son los datos que ya aparecen en su ficha de ICQ. ¿Y a ti qué tal te ha ido, Natalia?

— Por el momento, mal. Los resultados que hemos obtenido en la autopsia no hacen otra cosa que confirmar que ha sido él. El asesinato es una réplica de los dos anteriores.

— Pues creo que volvemos a estar atascados— Carlos se reclinó en el

asiento, clavando la mirada en el techo.

— No me preguntéis a mí qué tal me ha ido el día, no...— la voz de Gus surgió desde debajo de la mesa, donde se había metido para enchufar el ordenador de Patricia— Total, como yo no le importo a nadie, como sólo soy el chico de los recados... ¿Para qué me vais a preguntar si yo sólo soy el que se lee toda la mierda que ninguno de vosotros quiere leerse? Como los datos que yo pueda encontrar no le importan a nadie...

— Vale, vale, perdona. ¿Es que has descubierto algo?— preguntó Carlos.

— Pues no, pero vosotros tampoco y, al menos, os lo preguntáis. Ya está instalado el ordenador de Patricia.

— Bien, ya sabes lo que te toca ahora.

— Sí, ya lo sé. No hace falta que te regodees en mi sufrimiento. Veamos que tenemos aquí— encendió el ordenador y arrancó ICQ—. A ver cuánto tengo que leer... Vaya, qué pocos.

— ¿Qué quieres decir con eso?— Carlos se levantó y se dirigió al ordenador.

— Pues que solo hay treinta y ocho chats, en comparación con...— buscó entre sus folios— los ochenta y cinco de Bianca y los cincuenta y seis de Vanessa.

— ¿Cuándo se conocieron?— Natalia también se había levantado y les miraba con expresión grave.

— El veinte de agosto. Su relación duró un mes y tres semanas.

— ¿Cuánto duraron las anteriores?

Gus rebuscó un poco en sus anotaciones y encontró los datos que Natalia le

había preguntado:

— Con Bianca tardó tres meses y veinticinco días, con Vanessa dos meses y nueve días.

Carlos volvió a mirar a Natalia. Parecía preocupada, incluso se la veía más pálida:

— Natalia, ¿pasa algo? ¿Qué quiere decir esto?

— Espero que no signifique nada, pero da la impresión de que está acelerando. Quizá esté perdiendo el poco control que le quedaba.

Gus levantó la mirada de sus apuntes. Le resultaba imposible concentrarse, pero estaba empezando a retrasarse en sus estudios y tenía que aprovechar cualquier momento libre que le dejase la investigación para adelantar algo de trabajo. Bostezó aburrido y decidió ir a por una coca-cola a la nevera. Salió de la habitación. Las luces estaban apagadas. Era ya muy tarde y todos dormían. Al cruzar el pasillo oscuro y silencioso, sintió un escalofrío. El crujir de la madera le pareció durante un momento el eco de unos pasos que no eran suyos. Se apresuró y encendió la luz de la cocina. Con la estancia iluminada sus temores le parecieron infantiles. Era imposible que el asesino pudiese tener la más mínima idea de su existencia y además él no encajaba en su perfil de víctima. Entonces, ¿a qué le tenía miedo?

Mientras ojeaba la nevera en busca de algo para picar, volvió a invadirle la misma sensación. Se sentía desprotegido, como si hubiese alguien acechándole, dispuesto a saltar sobre él en cualquier momento. Agarró una lata de coca-cola y se giró con velocidad, levantando la lata como si pudiese utilizarla para defenderse. Pero no había nadie. Se sintió aún más estúpido que antes y volvió a la habitación intentando convencerse a sí mismo de lo

irracional de su miedo. Pero cuanto más pensaba en ello, peor se sentía. Quizá no estaba hecho para ser un héroe. El cementerio estaba lleno de valientes y no sentía la más mínima gana de imitarles. La investigación empezaba a afectarle demasiado, sobre todo desde la noche anterior, en la que el asesino había dejado de ser un caso del que le hablaban para convertirse en alguien real, alguien que seguía matando, que seguía saliendo de caza en Internet, alguien con quien había hablado...

Abrió un paquete de cigarrillos y sacó el primero. Lo encendió apoyado en el respaldo de su silla, mientras se balanceaba en ella. Se esforzó en dar caladas largas y profundas, intentando que la nicotina calmase sus nervios. Al cabo de unos segundos, empezó a encontrarse mejor. Estaba en su casa, con su familia durmiendo a sólo unos pasos. No había nada que temer.

De todos modos, sólo encontraba dos salidas: vencer a su miedo o rendirse. Y no iba a rendirse. Una cosa era saber que uno no era un héroe y otra muy distinta comportarse como una rata asustada. Al menos delante de Natalia y Carlos tendría que fingir, aunque estuviese muerto de miedo.

Buscó en su mochila y sacó un disquete en el que había grabado los primeros chats entre Patricia y Caronte. A pesar de que ya era muy tarde, no podía soportar la sensación de inactividad. Desde el último asesinato algo había cambiado en su cabeza. Hasta el momento había estado jugando, sin prisa, dedicando a su trabajo el esfuerzo exacto por el que le pagaban. Ahora era algo más personal. Recordó durante un segundo la llamada de Carlos anunciándole la muerte de Patricia, el nudo en la garganta, el espasmo de dolor en la boca del estómago, las lágrimas de rabia y culpa en el cuarto de baño, intentando ahogar los sollozos para que su madre no se preocupase. Eso no debía volver a pasar. El pecho le dolía al recordarlo, no conseguía apartar la sensación de frustración, y menos el remordimiento de pensar que habría

podido hacer más. Pero no se repetiría. Sintióse más tranquilo por esa nueva determinación, apartó todos sus miedos y empezó a leer.

Susana abrió los ojos. El despertador gritaba con desesperación desde la otra punta del cuarto. Se levantó y cruzó la habitación en dos rápidos pasos para apagarlo antes de que despertase a toda la casa. Volvió de nuevo a la cama y se sentó, tapándose con las mantas hasta la barbilla. Tenía tantas ganas de volver a dormir... Hacía demasiado frío y no tenía que levantarse para ir al instituto hasta una hora más tarde. Rindiéndose al calor de la cama volvió a tumbarse, pero, antes de que sus ojos se cerrasen, se sintió culpable. Le había prometido a Alex que se levantaría temprano para que pudiesen hablar un rato antes de que ella se marchara. La noche anterior le había parecido tan romántico que él quisiera darle los buenos días... Ahora no podía dejarle tirado. Suspirando resignada, volvió a levantarse.

Mientras el ordenador se encendía, empezó a vestirse para evitar los escalofríos. Una vez preparada, se sentó y esperó a que ICQ se conectase. Una vez vencido el sueño inicial, la idea de encontrarse de nuevo con él volvía a parecerle maravillosa. Alex había estado frío y distante después de que ella le dijese que no podía acudir a la cita. Incluso había pasado unos días en que apenas le vio por ICQ. Pero, por fin, todo parecía haberse arreglado y él volvía a ser el chico romántico y cariñoso del que ella se había enamorado. Incluso los celos estúpidos que él había demostrado habían desaparecido. Ahora todo iba bien y ella casi no podía esperar el momento en que él le propusiese de nuevo que se encontraran.

Sonrió al ver su nombre iluminado en la pantalla. Ahí estaba, puntual como un reloj, cumpliendo siempre lo que prometía. Sin esperar siquiera un saludo él le mando una petición de chat que ella aceptó.

— Hola, Alex. ¿Qué tal has dormido?

— *Muy bien, mi vida. Soñando contigo toda la noche :-)* ¿Y tú?

— Bien, pero todavía tengo sueño. Y hace un frío...

— *Pobrecilla. No te preocupes que ya no te haré madrugar más.*

— No, si no me quejo. Me encanta estar hablando contigo. Lo que pasa es que soy un poco protestona.

— *Eso es porque quieres más cariño. Tendré que esforzarme más.*

— No pasa nada, me cuidas bastante bien... Aunque siempre se puede mejorar.

— *¿Es un reto? Porque puedo esforzarme tanto que acabes harta de besos y abrazos.*

— No creo que pueda pasarme eso.

— *Espera a conocerme en persona y veras.*

— Hablando de eso... ¿Cuándo vamos a poder vernos?

— *No sé, eso depende de tu apretadísima agenda.*

— ¿Sigues mosqueado todavía? Pensé que había quedado claro que no tuve la culpa. Yo sí quería quedar contigo ese día.

— *Que era broma. Ya lo sé, cariño. Dime tú cuándo quieres quedar.*

— No sé, ¿este sábado?

— *Este sábado no puedo, ya he quedado con unos amigos para celebrar un cumpleaños.*

— Vaya. ¿Quién es el de la agenda apretada ahora? :-/

— *No te enfades, en serio que quiero verte. La verdad es que me muero de ganas de conocerte, pero es que ya había quedado con ellos antes y se van a mosquear... Bueno, da igual. Si es por ti, que se enfaden lo que quieran, como si no me vuelven a hablar.*

— *Tranquilo, hombre... Tampoco es eso. Podemos quedar otro día.*

— *Es que parece que tenemos una maldición. Cada vez que intentamos quedar, aparece alguna dificultad.*

— *No te pongas tan trágico. Quedamos para el siguiente sábado y ya está.*

— *Pero seguro, ¿no? ¿No saldrás luego con que tienes algún compromiso familiar?*

— *Te prometo que estaré allí. ¿Y tú? ¿Vas a tener algún problema?*

— *Por el momento sólo tengo el problema de cómo voy a soportar los nervios hasta ese momento. No todos los días va uno a conocer a la chica más maravillosa del mundo. Pero no te preocupes por nada más. Nada ni nadie me impedirá estar en esa cita.*

Cuando Susana se desconectó, aún permaneció unos minutos mirando la pantalla. No sabía si había hecho bien en retrasar la cita una semana más. Después de todo, Susana era la presa más difícil que había tenido. Quizá darle tanto tiempo para pensar podía significar que al final escapase. Pero, por otro lado, necesitaba la completa seguridad de que ella iba a estar allí, de que deseaba ese encuentro con todas sus fuerzas y para eso tenía que hacerla esperar. No podía permitirse el lujo de que ella no estuviese segura y avisase a algún familiar o a la policía. Debía estar enamorada, confiada, tan encerrada en su ilusión que no pudiese plantearse nada más.

Por otra parte, Patricia acababa de morir. No sentía la urgencia de volver a hacerlo, al menos de momento. Sentía la culpa que siempre estaba presente en sus pensamientos, el recordatorio de que el pecado todavía no estaba pagado. Sabía que los únicos momentos en los que esa culpa se apagaba eran los posteriores a los encuentros con las chicas. Pero le costaba demasiado encontrar, enamorar y conseguir citarse con una de ellas como para desperdiciar uno de los sacrificios mientras todavía podía tolerar la ansiedad.

Y, además, tenía miedo. Si empezaba a matar cada vez más a menudo, llegaría un momento en que ya no podría controlarse y se volvería un monstruo. Debía tener muy claro en cada momento cuál era su razón y su objetivo, para no convertir los sacrificios a un amor perdido en una carnicería sin sentido, en un torbellino de locura del que no habría más salida que la muerte. A pesar de que la muerte le había parecido en ocasiones un consuelo, un último refugio, sabía que no podía ir a ella hasta que su deuda no estuviese pagada. Cuando por fin el dolor y el arrepentimiento desapareciesen, podría ir al otro mundo con la cabeza muy alta, sabiendo que todo estaría perdonado, que había pagado por todos sus pecados y que iba a recuperar la felicidad que una vez había vivido.

CAPÍTULO TRECE

Carlos paró su coche en el aparcamiento del hospital. Salió y, respirando con fuerza, cerró la portezuela y miró alrededor. Siempre le habían producido impresión los enfermos mentales, y, a pesar de llevar tres días visitando centros, la sensación de incomodidad no desaparecía. Volvió a repetirse que no pasaba nada, que la locura no era contagiosa, pero la parte de su cerebro que se encargaba de su miedo no quería darse por enterada. Echó un vistazo a las órdenes judiciales correspondientes a ese centro. Era el último que tenía que visitar, lo mejor sería acabar cuanto antes.

Con paso decidido se dirigió a la recepción. Allí una enfermera sonriente le pidió que aguardase unos segundos en la sala de espera. Carlos entró allí obediente y decidió entretenerse mirando por la ventana. Al instante el espectáculo le dejó paralizado. En el jardín pudo ver a más de veinte pacientes, pasando la mañana bajo los suaves rayos del sol otoñal. Algunos enfermeros se paseaban entre ellos, dirigiéndoles unas palabras o ayudando a alguno a caminar o levantarse. Carlos observó sus miradas perdidas, sin brillo, sin objetivo, como si estuviesen en un mundo al que los demás no podían ni querían llegar. Observó sus arrítmicas y cansadas maneras de caminar, sus antinaturales y dolorosas posturas, sus carcajadas o lágrimas sin sentido. Una sensación de incomodidad y disgusto le hizo girarse con violencia para encontrarse de bruces con la figura de un hombre que le observaba desde la puerta.

Carlos se tranquilizó al observar la bata blanca y la mirada inteligente:

— ¿El doctor Martínez?— el otro asintió, sonriéndole y le tendió la mano— Soy el inspector Carlos Vega. Hablé con usted anunciándole mi visita,

¿recuerda?

— Sí, por supuesto— el doctor caminó un par de pasos hasta situarse frente a la ventana que Carlos acababa de abandonar— ¿Qué le ha parecido nuestro jardín? Estamos muy orgullosos de él. ¿Sabía que son los propios pacientes los que lo cuidan? Forma parte de su proceso de recuperación.

— Es muy bonito, sí... Aunque no se puede decir que yo sea un experto en jardinería.

— No, claro, supongo que no...— el doctor sonrió. Carlos se sintió algo más cómodo. Tenía una sonrisa franca, producía confianza—, pero le vi tan impresionado cuando entré...

— Sí, bueno...— Carlos carraspeó, incomodo.

— No se preocupe por su reacción, es normal. La mayoría de la gente se pone nerviosa ante las enfermedades mentales. Creo que les hace sentirse demasiado conscientes de su propia carga de locura. Eso siempre da miedo, ¿verdad?— Carlos asintió. No quería seguir hablando de aquel tema y le incomodaba que el doctor hubiese penetrado con tanta facilidad en sus pensamientos— A mí me fascinan, sin embargo. Me parece que no hay premio mejor que conseguir que uno de ellos sonría, o que alguien que había decidido desconectar del todo de este mundo, vuelva a hablar.

— Después de todo, creo que no es tanta locura querer desconectar de este mundo. A lo mejor los locos somos los demás.

— Sí, claro. ¿Quién podría decirlo?— el doctor volvió a sonreír— Pero usted no ha venido aquí a filosofar conmigo sobre el origen de la locura, ¿verdad?

— Pues, no. Ya le dije por teléfono que necesito unos expedientes— Carlos se sintió liberado al volver a llevar el tema a su terreno.

— Los tengo preparados en mi despacho. Acompañeme, por favor.

Carlos le siguió por los blancos pasillos, mirando con rapidez a cada puerta que se abría, sobresaltándose por el sonido de los pasos o por algún grito lejano. El doctor Martínez se volvió y le señaló su puerta:

— Es por aquí, pase. Y no se preocupe por los gritos. No va a pasarle nada.

— Ya, bueno... Es que no estoy acostumbrado. ¿Por qué gritan así?

— No se preocupe, no les estamos haciendo nada malo. La imagen del oscuro manicomio y el psiquiatra loco que electrocuta a sus pacientes pasó a la historia. Gritan por los monstruos de su mundo interior. Nosotros intentamos sacarles de ese mundo, a veces con éxito, como ha visto en el jardín.

— ¿Esa gente estaba bien?— Carlos se estremeció al imaginarse el espectáculo que debían esconder las habitaciones cerradas.

— Están mejor. La mayoría de ellos podrá salir en uno o dos meses. Esto no es una cárcel, tratamos de que los pacientes pasen aquí el menor tiempo posible y los reintegramos a su medio. Por eso está usted aquí, ¿verdad? Por un antiguo paciente.

— Exactamente. Supongo que comprenderá que todo lo que hablemos aquí es confidencial, ¿verdad?

— Por supuesto, dígame— asintió el doctor.

— Bien, ¿ha oído algo acerca de los asesinatos en serie cometidos en Vizcaya en el último mes y medio?

— Claro, ¿quién no ha oído hablar de eso? Todo el mundo lo comenta.

— Soy el encargado de esa investigación y tenemos razones para sospechar que esa persona ha podido ser ingresada en un centro psiquiátrico

por un intento frustrado de suicidio. Por eso necesitamos las fichas de esos pacientes.

El doctor Martínez le tendió una carpeta. Carlos comprobó que los expedientes que allí se encontraban coincidían con los nombres de la lista que le había facilitado Natalia. El doctor le observó en silencio hasta que Carlos levantó la vista de los papeles:

— Sí, esto es lo que necesito. Muchas gracias.

— Si puedo hacer cualquier cosa por usted, sólo tiene que decírmelo.

— Pues la verdad es que sí puede. Voy a comentarle ciertos detalles del caso por si recuerda algo de algún paciente que pueda coincidir con el perfil del asesino, aunque no esté en la lista— Carlos sacó su libreta de notas para leer los datos, a pesar de que los había mirado ya tantas veces que parecían tatuados en su memoria—. Creemos que el asesino es un varón blanco, de baja estatura, alrededor del metro sesenta, de constitución débil. Podría tener algún defecto físico evidente o incluso una deformidad de tipo sexual, aunque esto es sólo una hipótesis.

El doctor Martínez iba asintiendo en silencio mientras tomaba apuntes en una agenda. Carlos continuó:

— El asesino les amputa las manos y les extirpa los ojos después de haberlas apuñalado en el corazón. ¿Le suena algo por ahora?

— Pues gracias a Dios, no. Imaginaré que si algún paciente mío me hubiese manifestado esas tendencias, no le habría dado el alta con facilidad.

— Sí, claro. Ya le he dicho que le digo todo esto por si pudiese recordarle algo.

— No se disculpe, por favor. Continué.

— También pensamos que el origen de los asesinatos podría estar en...
— Carlos leyó textualmente— “una homosexualidad vivida con culpabilidad”, algo llamado egodistonia, y que esa culpabilidad podría ser la fuente de sus tendencias agresivas y suicidas.

— Saben ustedes más de ese hombre sin conocerle que yo de muchos pacientes a los que llevo tratando meses— le cortó el doctor, con una sonrisa irónica.

— Sí, bueno... Sólo son hipótesis, pero por algún sitio tenemos que empezar— Carlos levantó inseguro los ojos de su libreta. El otro le animó a seguir hablando con un gesto de la cabeza—. Bien, por último puedo decirle, aunque supongo que ya lo habrá oído por la televisión, que busca a sus víctimas a través de Internet. ¿Siguen sin decirle nada estos datos?

— Siento decirle que no— movió la cabeza negativamente mientras seguía concentrándose—. Lamento no poder ayudarle más.

— No se preocupe. Ya nos ha ayudado bastante facilitándonos los expedientes. Muchas gracias de nuevo por su tiempo— dijo Carlos levantándose.

— No hay de qué. Espero que lo encuentren pronto.

— Estamos haciendo todo lo que podemos— Carlos sacó una tarjeta de su chaqueta y se la tendió—. Aquí tiene el número de mi móvil. Si recuerda cualquier cosa, por insignificante que le parezca, llámeme sin importar la hora.

— Descuide, lo haré— el doctor se levantó y se dirigió a la puerta—. Le acompaño a la salida.

— Gracias, muy amable— Carlos le sonrió aliviado. Se sentiría más tranquilo en su compañía si se cruzaba con los pacientes a su vuelta del jardín.

Salieron juntos hacia la salida. Por el camino no se cruzaron con nadie aparte de varios enfermeros que se dirigían a hacer sus tareas. Una vez en la puerta volvieron a despedirse y Carlos regresó a su coche sintiéndose más aliviado. Por fin había acabado con aquello. En su asiento trasero descansaban todos los expedientes que había pedido Natalia. Sonrió satisfecho. Si aquello podía ayudarles, aunque fuese un poco, a atrapar a Caronte, todos los esfuerzos habrían merecido la pena.

La cabeza de Gus reposaba sobre la mesa, al lado del teclado. Natalia le miró durante unos segundos, planteándose si debería despertarle. Decidió que no. El pobre chico llevaba varios días trabajando muchas horas y Natalia sospechaba que dormía muy mal o muy poco. Sus ojeras se habían acentuado y tenía mal color. Incluso diría que había adelgazado, aunque era casi imposible saberlo bajo las enormes ropas que siempre vestía. Se sentó en el sofá sin hacer ruido y revisó los resultados de la última autopsia por si encontraba algo que podía habersele escapado.

El timbre sonó. Natalia se levantó y abrió la puerta. Carlos le sonreía, cargado con un enorme montón de carpetas:

— Hola, mira los regalos que te traigo.

— ¿Son los informes de los pacientes?

— Exacto. Los cuarenta y cuatro que pidió la señorita. No falta ninguno. ¿Me dejas pasar o piensas mirarlos aquí en la puerta?

— Sí, sí, claro...— Natalia se apartó y le siguió hacia el salón— No hagas ruido. Gus está dormido.

— ¿Cómo que está dormido? No le pago para que duerma— Carlos se volvió hacia ella, enfadado.

— Déjale, está muy cansado. Está trabajando mucho aquí estos días y creo que por la noche también adelanta trabajo. Si sigue así, caerá enfermo— susurró Natalia.

— ¿Es que ni siquiera vamos a poder hablar en un tono normal? ¿Y qué hago con todo esto ahora?

— Llévalo a la cocina. Iremos allí.

— Está bien, pero empiezas a comportarte como su madre— le recriminó Carlos.

— Me comporto como un ser humano y no como un capataz de esclavos. Venga, a la cocina. Te prepararé un café.

Carlos la siguió, dejó los expedientes encima de la mesa y se sentó. Mientras Natalia preparaba café para los dos, empezó a ojear las carpetas.

— En la vida habría imaginado que se podría escribir tanto sobre una persona. Yo no sería capaz de escribir todo esto ni sobre mí mismo, y mira que me conozco.

— Supongo que, además del diagnóstico y el tratamiento, cada historial contendrá transcripciones de las diferentes sesiones. Por eso ocupan tanto— Natalia se acercó por detrás y observó por encima de su hombro el caso que él ojeaba—. Mira eso. Como te decía, describe todo el historial clínico y los avances terapéuticos que se van realizando.

— ¿Sabes que me pone muchísimo que uses un lenguaje tan profesional?— Carlos giró la cabeza, quedando a muy pocos centímetros de la cara de Natalia. Esta se apartó, enfadada.

— ¿A qué viene eso ahora?— Natalia notó como una oleada de calor trepaba por sus mejillas.

— A nada. Es que odio que la gente lea por encima de mi hombro— Carlos esbozó una sonrisa burlona—. Eh, no te enfades. Era una broma.

Natalia le ignoró, dedicándose de nuevo a preparar café. Carlos se encogió de hombros y siguió leyendo. Al cabo de unos minutos, Natalia se sentó frente a él y cogió otra de las carpetas. Levantó la vista de sus papeles para tomar un sorbo del humeante café y observó a Carlos. El pelo moreno le caía sobre la frente, en la que se dibujaba una arruga provocada por la concentración. Su mirada se movía inquieta sobre el papel. Natalia contempló sus ojos, su gesto serio, su mandíbula cuadrada que reclamaba a gritos un afeitado... Se extrañó de no haber pensado antes en lo atractivo que resultaba. O quizá sí lo había pensado y se lo había negado a sí misma. Volvió a sentir la inquietud por la situación que habían dejado inacabada varios días atrás y de la que no habían podido hablar hasta el momento. Se preguntó si debería sacar el tema en ese momento, aprovechando que Gus estaba dormido o si, al hablar de ello, la situación entre los dos se volvería aun más incómoda. La voz de Carlos la sacó de su ensimismamiento:

— Joder, cuanto más leo, menos entiendo. ¿Es necesario que los psiquiatras hablen para que nadie más les comprenda? ¿Que se supone que significa “esquizofrenia hebefrénica con episodios catatónicos”?

— Significa que es muy probable que esa ficha no pertenezca a nuestro asesino. Un esquizofrénico catatónico no se mueve.

— Ah, vale— Carlos cerró la carpeta y levantó los ojos para encontrarse con la mirada fija de ella—. ¿Pasa algo?

— No, nada...— Natalia apartó la mirada y la fijó en sus papeles.

— ¿Cómo que nada? Me estabas mirando con una cara rarísima. ¿Tengo algo manchado?

— Nada, en serio... Es sólo que..., me estaba preguntando sobre la otra noche..., ya sabes..., sobre que pensarás de mí después de lo que pasó...

— No pienso nada malo. ¿Por qué iba a hacerlo? Ya te dije que me había gustado mucho que compartieras todo aquello conmigo...

— No me refiero al paseo... Hablo de lo que pasó aquí— Natalia bajó la mirada, sintiendo el calor subir por sus mejillas—. Ya sabes..., que yo te besara...

— Bueno, comprendo que estuvieras nerviosa y que necesitaras a alguien cerca. No hay nada de lo que avergonzarse, somos dos adultos— la voz de Carlos le pareció nerviosa, dubitativa.

— Entonces, eso no cambia para nada la situación entre los dos, ¿verdad?— preguntó Natalia— Es que no hemos podido hablar de ello desde que pasó y no me gustaría que hubiese algún malentendido entre nosotros.

— Claro que no. Tranquila, no tendrás que casarte conmigo sólo por un beso que no significo nada para ninguno de los dos. Tampoco pasó nada grave — bromeó Carlos.

— Por supuesto. Únicamente quería aclarar la situación. Sólo somos compañeros de trabajo y ya está.

— Bueno, y amigos ¿no?— Carlos le sonrió suplicante y esperó a que ella asintiese para continuar— Además, estamos en medio de una investigación y no podemos permitirnos que una situación equivoca nos distraiga. ¿Todo arreglado?

— Sí, me alegro de que hayamos podido solucionar esto como dos personas maduras. Estaba preocupada por si podía perjudicar a nuestro trabajo— Natalia levantó la mirada y clavó sus ojos en los de él, tratando de aparentar la mayor tranquilidad y frialdad posible.

— Bien, ¿entonces lo olvidamos?— Carlos le sonreía, pero Natalia no pudo apreciar la más mínima sombra de humor en sus ojos.

— Olvidado, nunca ha sucedido. Si me perdonas un momento, tengo que ir al baño.

Se levantó con tranquilidad y salió de la cocina. Tras cerrar la puerta del baño, se colocó delante del espejo.

— Eres una estúpida y una mentirosa— se dijo mientras la primera lágrima acudía a sus ojos.

Se sentó en el borde de la bañera y dejó que sus lágrimas fluyeran durante unos segundos, mientras se preguntaba qué era lo que estaba sintiendo en realidad. Había intentado convencerse de que no quería nada de él aparte de amistad y se había dado a si misma todas y cada una de las razones que él acababa de decir: que estaban en medio de una investigación, que en realidad no había sucedido nada entre ellos dos... Muy bien, acababa de comportarse de nuevo como una adulta, ahogando cualquier asomo de verdadero sentimiento, de vulnerabilidad... Debería sentirse orgullosa de haberlo llevado de manera tan madura. Tuvo que ponerse la mano delante de la boca para contener un sollozo. Estaba harta de comportarse como una adulta. En cuanto él había empezado a hablar se había dado cuenta de cuánto le apetecía besarle de nuevo, de lo bien que se había sentido mientras él la abrazaba, de lo mucho que le dolía que él dijese que entre ellos no había pasado nada... Pero así debía ser. Ella no volvería a sacar aquella conversación. Carlos había dejado muy claro lo que ella significaba para él: una compañera de trabajo y una amiga. Nada más. Y así debía ser. Abrió el grifo del agua para lavarse la cara, ahogando las lágrimas que aún luchaban por salir. Más tarde podría volver a llorar. Lloraría cuando estuviese sola, precisamente por estar sola y por no tener el valor suficiente para luchar por dejar de estarlo. Hizo un esfuerzo para

que su mente volviese a tomar el control de la situación: imperturbable, profesional, sin sentimientos. Se miró de nuevo al espejo y se prometió que nunca volvería a quitar sus barreras.

En cuanto Natalia salió hacia el baño, Carlos pensó que era un gilipollas y un cobarde. Cuando ella le había preguntado lo que había significado para él todo lo que sucedió entre ellos, había querido contarle lo bien que se había sentido con ella, lo feliz que se había encontrado cuidándola, lo mucho que le apetecía volver a besarla... Porque sí, le apetecía, más que nada en el mundo. Pero su boca se había abierto para decir aquella sarta de estupideces sobre la madurez que ni el mismo se creía y que cerraban para siempre cualquier posibilidad de que ocurriese algo entre los dos. Y lo peor es que se había sentido bien al decirlo. La posibilidad de una relación le había provocado tanto terror que había tenido que asegurarse de que desapareciese para siempre. Seguía sintiéndose inseguro, atemorizado... No quería que una mujer pudiese volver a hacerle daño. Y se preguntó si sería capaz de vencer ese miedo alguna vez. La respuesta apareció clara en su cabeza. Si con alguien con quien se había sentido tan a gusto como con Natalia no había podido, no sería capaz de dar ese paso nunca. Y además, si no era con ella, tampoco merecería la pena.

La vuelta de Natalia le sacó de sus pensamientos. Ella parecía nerviosa por algo. Se acercó a la mesa, abrió el paquete de tabaco y sacó un cigarrillo. Sin decir una palabra, lo encendió y se dirigió a la ventana, dándole la espalda. Carlos la observó durante unos momentos antes de atreverse a hablarle:

— ¿Te pasa algo?

— No, no me pasa nada. ¿Por qué lo preguntas?— su voz era fría, sin ninguna inflexión, como si estuviese hablando con un robot.

— Por nada... Te notaba rara.

— Pues no me pasa nada— Natalia se giró y le clavó una mirada glacial, mientras volvía a sentarse a la mesa—. Ahora sigamos trabajando. ¿Cómo vamos a organizar la investigación de los expedientes?

Carlos sintió como el peso de todos sus errores le caía encima para aplastarle el alma. Lo había estropeado todo. Ahora Natalia le retiraba toda la confianza que había depositado en él para volver a ser tan fría como era antes. Había sospechado que aquello iba a pasar desde el momento en que empezó a hablar, pero ahora ya no sabía que podía hacer para arreglarlo. Y, aunque lo hubiese sabido, no habría tenido el valor de hacerlo. Era el camino que había elegido: ser un cobarde, dejar pasar las oportunidades de ser feliz. Debía pagar las consecuencias de su elección. Se obligó a pensar sólo como un profesional:

— Bueno, yo no sé nada de psicología, así que lo mejor será que los revises tú, para ir descartando los que no nos sirvan— levantó la mirada para observarla. Ella revolvía entre los expedientes mientras asentía a lo que él iba diciendo. Sin embargo, a Carlos le pareció que tenía la mirada ausente, que sus pensamientos estaban muy lejos—. Cuando creas que alguno de los expedientes puede corresponder a Caronte, me lo dices y yo le investigaré.

— Con la lectura de esos expedientes eliminaré a bastantes, pero es posible que muchos de ellos coincidan con nuestros datos— objetó ella.

— Da igual, no te preocupes por eso. No voy a detenerles a todos. Sólo iré a hablar con ellos para investigar sus coartadas, su modo de vida, si se conectan o no a Internet... ¿Te parece bien?

— Sí, claro, como tú quieras... Tú eres el investigador.

Los dos se quedaron en silencio, no sabiendo qué más decirse. Carlos sintió la tensión que había entre ellos como una fuerza que les alejase aún más y que ya no pudiera traspasarse. Natalia abrió uno de los expedientes y empezó a leer y a tomar notas, como si ella no notase aquella incomodidad. Parecía que a

partir de ese momento su relación iba a ser sólo profesional y que cualquier conversación acabaría en el preciso instante en que hubiesen terminado de hablar de trabajo.

— Voy a despertar a Gus— Carlos se levantó y se acercó a la puerta, quedándose allí parado, esperando cualquier comentario de Natalia que pudiese sugerir que aún quedaba algo de la complicidad anterior.

— De acuerdo— la voz de Natalia seguía siendo seca, impersonal.

Carlos salió de la cocina sintiéndose derrotado. Se quedó al otro lado de la puerta, sin saber bien para qué lo hacía, quizá esperando una llamada de ella que sabía con seguridad que no se produciría. Por fin se resignó y se acercó a Gus, tocándole con suavidad en el hombro.

— Gus, despierta.

— Sí..., que... ¿qué pasa?— Gus abrió los ojos y le miró desconcertado— Ah, Carlos... Perdona, he debido quedarme dormido un rato...

— Llevas así más de una hora, pero da igual. Creo que debería llevarte a casa.

— ¿Por qué?— Gus miró su reloj— Todavía es pronto, puedo trabajar una o dos horas más.

— Estás agotado. Si sigues así, no te vas a enterar de lo que estás leyendo y prefiero que pares ahora a que te pases un dato que pueda ser importante. Venga, vamos.

— Tú sabrás, jefe. Voy a despedirme de Natalia.

— Bien, yo voy llamando al ascensor.

Carlos salió de la casa derrotado, cansado, como si hubiese envejecido más

de veinte años. Se sentía culpable y estúpido por la situación que había creado. Había intentado no sentir, no exponerse al dolor y ya lo estaba sintiendo. Lo único que deseaba era llegar pronto a casa para olvidarse de todo aquello con unos pocos tragos de vodka. O quizá fuesen muchos. O quizá una botella. Le daba igual, sólo quería dejar de pensar.

Gus abrió los ojos a la oscuridad de la habitación. La luz del reloj despertador le advertía de que sólo eran las cuatro de la mañana. Se sentó en la cama, preguntándose a sí mismo por que se había despertado tan pronto. Entonces recordó que Carlos le había traído a casa a las ocho de la tarde y que llevaba durmiendo desde entonces, aparte de lo que hubiese dormido en casa de Natalia. Volvió a tumbarse para intentar dormir de nuevo, pero, al cabo de unos minutos de girar en la cama, se dio cuenta de que sería inútil. Ahora que se había desvelado no podía dejar de pensar en la investigación y en como Caronte había conseguido burlarle usando algo tan tonto como mandar los mensajes a través del servidor.

Se colocó boca arriba en la cama y contempló las estrellas fluorescentes que adornaban el techo mientras pensaba qué pasos podía dar a continuación. Él nunca había sido un buen hacker, joder a los demás nunca había sido un área de la informática que le apasionase. Sabía hacer cuatro trucos, suficiente para asustar a algún pardillo de ICQ, pero aparte de eso era un completo inútil. Quizá debería confesarle a Natalia y Carlos que él no era ningún genio de la informática, como ellos pensaban.

Encendió la luz de su mesilla. Estaba seguro ya de que no iba a poder volver a conciliar el sueño. Tenía que hacer algo pero no sabía qué. Encendió un cigarrillo y fumó durante unos minutos mientras seguía pensando. Bien, si él solo no podía hacerlo, tendría que pedir ayuda. Saltó de la cama y encendió el

ordenador. En su lista tendría que haber alguien que pudiese ayudarlo, sobre todo si les contaba lo importante que era. Abrió ICQ y buscó entre sus contactos a las personas en las que había estado pensando. Antes de mandarles un mensaje, reflexionó durante unos segundos en la posibilidad de que a Carlos no le gustase la idea de que compartiese información confidencial con gente ajena a la investigación. Durante un momento estuvo a punto de volver a desconectarse y dejarlo hasta haberlo hablado con él, pero las fotos de las chicas asesinadas volvieron a su mente, como si exigiesen justicia. Respiró hondo y mandó el primer mensaje. Carlos tendría que entenderlo.

CAPÍTULO CATORCE

El sonido del teléfono explotó en su cabeza. Intentó abrir los ojos, pero la luz que entraba por la ventana se clavó en sus pupilas como agujas al rojo vivo. Entornando los ojos, se dirigió con paso vacilante hacia el teléfono, derribando una silla a su paso. Se preguntó atontado por qué estaba en el salón, pero no supo contestarse. Por fin pudo descolgar y terminar así con la causa de su dolor:

— Carlos, soy Gus. Tienes que venir a buscarme ya.

— ¿Qué hora es?— Carlos se frotó los párpados, intentando espabilarse.

— Las seis y media.

— Joder, ¿de la tarde?— se asustó Carlos.

— No, tío... De la mañana... ¿Se puede saber qué te pasa?

— ¿Qué cojones me va a pasar? Que son las seis y media. Estaba dormido— Carlos había conseguido salir por fin del embotamiento del sueño para encontrarse con la cruel dureza de una resaca histórica—. ¿A qué viene tanta prisa?

— Creo que tengo algo. Puede que consigamos sacar su IP.

— ¿Su qué?

— Su IP, joder, ya te lo expliqué. Ese numerito que te identifica en Internet y con el que podremos descubrir su número de teléfono.

Aquello le despertó por completo. Por fin, resultados. Sobreponiéndose a los dolores que invadían cada milímetro de su cerebro, contestó con voz más

firme:

— Estoy en tu casa en media hora.

Colgó el teléfono y echó un vistazo al salón. Una botella de vodka medio vacía resistía de pie sobre la mesa. Su compañera no había tenido tanta suerte y yacía volcada sobre la alfombra. Dedujo que no se la había bebido toda por la mancha que se extendía por el suelo y el terrible olor a alcohol que invadía todo el cuarto. Decidió ir a la habitación a prepararse, pero se dio cuenta de que ya estaba vestido. Esbozó una sonrisa. Mejor, así tardaría aún menos, aunque el olor de sus ropas también delatase la noche de borrachera. Sin pensarlo más cogió su abrigo y salió de casa.

Natalia descolgó el portero, asustada por una llamada tan temprana. La voz que escuchó la sobresaltó aún más:

— Natalia, soy Carlos. Abre.

Abrió sin contestar, preguntándose qué querría ahora. Quizá venía a disculparse, quizá había pasado la noche sin dormir, como ella, pensando en qué era lo que había hecho mal, en cómo podría dar marcha atrás para volver a sentirse como aquella noche. El timbre de la puerta sonó. Natalia tardó unos segundos en abrir mientras se miraba en el espejo de la entrada para arreglar su pelo. Después abrió, con la mejor de sus sonrisas para encontrarse con Carlos... y con Gus.

— ¿Qué hacéis aquí a estas horas?

Ambos entraron y Gus se lanzó hacia el salón. Natalia oyó los pitidos que producían los ordenadores al encenderse. Carlos permaneció parado en la puerta para explicarle:

— Gus cree que ha encontrado algo. Una manera nueva de que

podamos encontrar el teléfono de Caronte. Perdona, quizá debimos haber llamado antes.

— No, no importa. Pasa.

Carlos se quitó el abrigo y entró. Natalia le siguió mientras observaba su aspecto. Llevaba toda la ropa arrugada y algunas manchas adornaban su camisa. Se acercó a él y un fuerte aroma a alcohol la golpeó.

— ¿Se puede saber qué miras tan seria?

— ¿Vas a ir así a trabajar?— Natalia intentó interrogarle con la mirada acerca de qué era lo que había ocurrido esa noche.

— Bueno, sí... Es que el chaval tenía prisa y no he tenido tiempo de cambiarme. ¿No tendrás algo de café por ahí?

Natalia estuvo a punto de ofrecerse a ponerle uno, pero cambio de opinión. Seguro que se había pasado la noche de juerga, a saber con quién. Elevó un poco su tono de voz para contestar, alegrándose al observar el gesto de dolor de la cara de Carlos:

— Sí, hay en la cocina. Ya sabes cómo funciona todo.

Sin decirle más entró en el salón y se sentó al lado de Gus para observar qué hacía. El chico había abierto todas las cuentas de ICQ y estaba esperando a que se conectasen.

— ¿Qué estás haciendo?

— Me han pasado un programa que sirve para encontrar las IPs, aunque mande los mensajes a través del servidor. Pero necesito que esté conectado— la cara de Gus se iluminó—. Aquí está nuestro chico.

— Joder, ¿a estas horas? ¿Es que nunca duerme?— preguntó Carlos, situándose detrás de ellos.

— ¿No ibas a ponerte un café?— Natalia se giró para mirarle.

— No, esto es más importante. Ya me lo tomaré en el bar— Carlos acercó una silla y la colocó al otro lado de Gus—. ¿Qué vas a hacer ahora?

— Bueno, ahora usaré este programa que me han pasado unos amigos de ICQ. Únicamente tengo que poner el número de usuario de Caronte y me dirá la IP. Luego tú sólo tendrás que pedir una orden judicial para que te den el número de teléfono que correspondía a esa IP este día a esta hora y le tendremos. Eso si funciona, claro.

— ¿Como que “si funciona”?— preguntó Carlos.

— A veces fallan. Pero no te preocupes. Tengo cuatro programas que hacen lo mismo. Alguno funcionará.

— Si tenías todos esos programas, ¿por qué no los hemos usado antes?

— Ya te he dicho que no los tenía. He estado preguntando en ICQ a algunos amigos y me han pasado esto.

— ¿Qué amigos?— la voz de Carlos sonó enfadada.

— No te mosquees. Son de confianza, y necesitaba ayuda y tampoco es que les haya dicho nada que vaya a joder la investigación. Sólo he tenido que explicarles un poco por encima lo que estábamos haciendo y lo que necesitaba y se han ofrecido enseguida, sin poner ningún problema, así que no tenéis que preocuparos de nada.

— ¿Cómo que no tenemos de que preocuparnos? ¿Y si le dicen algo a la prensa? ¿Cómo te parece que quedaría que dijese en el telediario que la Ertzantza va reclutando voluntarios por Internet porque no es capaz de resolver por sí sola una investigación?— Carlos se levantó y empezó a pasear furioso por el salón.

— No te preocupes, no dirán nada. Si ni siquiera son de este país...

Carlos se paró en seco y se acercó, hasta colocar su cara a pocos centímetros de la de Gus. Bajó el tono de voz y le preguntó, casi en un susurro:

— ¿Y se puede saber de dónde has sacado tú unos amigos que ni siquiera son de este país?

— Pues de Internet. No los conozco en persona, pero sé que son de fiar y...

— Por favor, Gus...— la voz de Carlos volvió a subir de volumen, hasta convertirse en un grito— Y si no les conoces, ¿cómo coño sabes que son de fiar? ¿Cómo sabes que no van a decir nada?

— ¿Cómo sabes que alguno de ellos no es Caronte?— intervino Natalia. Los dos se volvieron hacia ella y se quedaron unos segundos en silencio.

— Ninguno de ellos es Caronte. Sería muchísima casualidad. Hay millones de usuarios en ICQ y a estos les conozco desde hace meses...

— Pero no puedes estar seguro al cien por cien de que ninguno de ellos sea Caronte— Carlos volvió a apartarse de Gus, paseando de nuevo—. ¿Sabes qué podrías haberlo jodido todo? ¿Es que no entiendes que esto no es un juego?

— Claro que lo entiendo. Por eso decidí esto, porque quiero atraparle tanto como vosotros. Y sé que no he metido la pata. Puedo confiar en ellos y sé que esto funcionara— Gus contestó en un susurro, con la mirada clavada en el suelo—. Lo único que quiero es evitar otra muerte.

Carlos fue a contestar, aún de mal humor, pero, en vez de eso, se quedó contemplando a Gus con una mirada triste con la que expresaba hasta qué punto le comprendía:

— Está bien, perdona. Ya sé que esto es duro para todos. Pero para la próxima vez, consúltanoslo antes. Si esto sale mal, no vas a ser el único en perder el trabajo.

Gus sonrió, agradeciendo que lo comprendiera y volvió a mirar a la pantalla.

— Bien, enseñanos cómo funciona esa maravilla— dijo Carlos volviendo a sentarse.

— Es muy sencillo. Abro este programa e introduzco el número de ICQ de Caronte. Como él está conectado, el programa se pone a rastrear su pista...— Gus iba tecleando al mismo tiempo que lo explicaba— Esperamos unos segundos y... Ahí está: su IP.

— ¿Tan fácil?— Carlos miraba la pantalla desconfiado.

— Sí, así de fácil— Gus se levantó de la silla de un salto, eufórico—. Ya está. Os dije que podíais confiar en mí. ¡Lo tenemos!

— No me lo puedo creer. Ya está, le hemos cogido— la cara de Natalia resplandecía de contento. Se levantó y le plantó un fuerte beso a Gus en la mejilla.

— ¿Y ahora qué hacemos con eso?— preguntó Carlos, aún sin poder creérselo del todo.

— Ya te lo he dicho. Coges este número— Gus lo apuntó y le tendió el papel—, lo llevas a comisaría y pides una orden para que se investigue qué número de teléfono correspondía a esta IP, hoy a esta hora. Y ya está. Luego sólo tendrás que ir a detenerle.

— Salgo ahora mismo. Además entro a trabajar en media hora. Os llamaré en cuanto tenga resultados.

A paso rápido salió de la casa. No podía acabar de creérselo y, sin embargo,

era cierto. Volvió a meter la mano en el bolsillo del abrigo en el que había guardado el papel, para asegurarse de que no lo estaba soñando. Sonrió lleno de alegría y, sin poder contenerse más, corrió hacia su coche.

Natalia paseaba nerviosa por el salón. Caminó hasta la cocina, decidida a matar el tiempo ordenando un poco. Al entrar recordó que ya había utilizado esa solución media hora antes y que, por lo tanto, la cocina estaba tan limpia que no había nada que recoger. Se dirigió de nuevo al salón y dedicó unos minutos a pasear por detrás de Gus, que se entretenía jugando al póquer por Internet. Él se giró enfadado:

— ¿Te importaría mucho pasear por otro sitio? Ya sé que es tu casa, pero me estás poniendo nervioso.

— Lo siento, es que no sé que ha podido pasar. Carlos podría haber llamado para decirnos qué ha decidido el juez— Natalia se sentó a su lado y volvió a levantarse, frenética.

— Bueno, interprétalo como algo positivo. Lo más seguro es que el juez haya decidido aprobar la orden y ya estén buscando la información, así que tranquilízate.

— ¿Cómo quieres que me tranquilice si llevamos tres días intentando que nos aprueben una orden judicial? Podríamos tenerle detenido ya si no fuese por esas ridículas excusas acerca de un vacío legal sobre la protección de datos en Internet— Natalia se iba exaltando con cada palabra que pronunciaba—. Y mientras tanto Caronte estará tan tranquilo, planeando otro asesinato.

En ese momento, sonó el timbre. Natalia corrió hacia la puerta. Cuando la abrió, se encontró con Carlos, que entró sin decir una sola palabra y cerró de

un portazo. Natalia le siguió sin decir nada. Carlos llegó al salón y se sentó abatido en el sofá.

— ¿Qué ha pasado?— preguntó Gus.

— No lo sé exactamente, pero no ha funcionado— Carlos buscó en su bolsillo y sacó una hoja arrugada que les leyó—. Parece ser que es imposible encontrar el número de teléfono de Caronte porque la IP pertenece a un servidor Proxy de Telefónica. ¿Me puedes explicar qué es eso?

— Bueno, para que me entiendas... Nos la ha vuelto a jugar de la misma manera que con lo de mandar los mensajes a través del servidor— explico Gus—. Un Proxy es un ordenador a través del cual acceden a la red otros ordenadores.

— Sigo sin entenderlo.

— A ver... Caronte se conecta a Internet “llamando” a ese servidor Proxy. Ese servidor tiene una sola IP pero muchos usuarios, de manera que su pista se pierde. Después manda y recibe todos sus mensajes a través del servidor de ICQ para que tampoco se le pueda seguir por ahí. La verdad es que el tío se lo monta bien. Menudo paranoico.

— No se puede decir que sea paranoico— intervino Natalia—. Tiene razones para no querer que lo encontremos.

— ¿Pero no dijiste tú que este tipo de gente suele querer que se le encuentre?— preguntó Carlos.

— Bueno, eso era una hipótesis... Tampoco estamos muy seguros de cuál es su desequilibrio y, de todas maneras, una cosa es que se sienta cada vez más angustiado y cometa errores y otra que nos lo ponga todo en bandeja desde el principio.

— ¿Y qué vamos a hacer ahora?— Carlos les miró, mientras arrugaba

el papel y lo arrojaba furioso encima de la mesa. Ante la falta de respuesta por parte de los otros dos continuó hablando, cada vez más enfadado— Me he pasado los últimos tres días insistiéndole a Aguirre sobre esa puñetera orden judicial, teniendo que ocultarle de dónde había sacado ese dato, así que os podéis imaginar el mosqueo que tiene. Y todo para nada.

— ¿Se ha enfadado mucho?— preguntó Natalia, preocupada.

— Aún no lo sé. En cuanto me han dado el resultado he venido para aquí sin hablar con él. Pero supongo que no estará muy contento. Necesitamos resultados o esto se va al carajo— Carlos se frotó los ojos con gesto cansado. De repente parecía muchísimo mayor.

— Yo había tenido otra idea— dijo Gus con un tímido hilo de voz—. Pero no estoy seguro de que vaya a funcionar.

Carlos y Natalia clavaron sus miradas en él, escuchando con interés, expresando que cualquier esperanza, por pequeña que fuese, sería bien recibida.

— Ni siquiera sé si lo que estoy pensando se podrá hacer. Bueno, el caso es que existen unos programas que se llaman “Password Sniffers” que sirven para encontrar la contraseña de ICQ de un usuario una vez que sabes su IP. Yo había estado pensando en utilizarlos para robarle a Caronte su cuenta de ICQ.

— ¿Y de qué nos va servir robarle la cuenta?— preguntó Natalia— Podría hacerse otra y nos encontraríamos en el mismo punto.

— Me refiero a robarle la cuenta de manera que podamos entrar en ella y recibir alguno de los mensajes que le manden las chicas, esperando que él no se dé cuenta y piense que ha sido algún fallo de ICQ. Pasa mucho. Luego podríamos intentar contactar con esas chicas y hablar con ellas. Si las

convencemos, podríamos usar sus cuentas y tenderle una trampa.

— O al menos evitar alguna víctima. Me gusta. ¿Cuál es el problema?

— Carlos sonrió, esperanzado.

— Otra vez el Proxy. Esos programas no funcionan si el usuario está conectado a través de un servidor.

— ¿Entonces para qué nos cuentas todo esto?— Carlos volvió a hundirse en el sofá mientras rebuscaba su paquete de tabaco en el bolsillo.

— Porque puedo volver a pedir ayuda a mis amigos de Internet. Son muy buenos hackers. Podrían programar algo para robarle su cuenta, sin importar que esté conectado a un Proxy. En teoría sería posible hacerlo. El problema es que no sé cuánto tardaremos, ni si al final servirá para algo.

— Pues habrá que intentarlo. A peor no podemos ir...— Carlos se levantó del sofá para quitarse por fin el abrigo— Venga, a Internet.

— A la orden, señor— rió Gus.

— Natalia, ¿qué tal va la revisión de los expedientes?

— Bueno, yo... No he empezado... Es que pensé que le íbamos a detener ya y...— Natalia se sonrojó al contestar.

— Pues por el momento vamos a tener que trabajar todos, así que muévase, soldado— Carlos sonreía mientras hablaba.

— ¿Todos? ¿Y puede saberse qué vas a hacer tú?— preguntó Natalia.

— Vigilarte, que te estás volviendo muy vaga.

— ¿Cómo que me estoy volviendo muy vaga? Yo hago mi trabajo, pero es que estábamos tan seguros...

— Que era broma, mujer...

— Pues si era broma, de vigilarme ni hablar. Tú a la cocina a poner café.

— Está bien, pero que conste que me tenéis explotado.

Carlos se levantó y se dirigió a la cocina. En cuanto entró, la sonrisa desapareció de su cara. Aguirre le había llamado por teléfono mientras se dirigía a casa de Natalia para decirle que quería hablar con él a primera hora de la mañana. Era muy posible que todo acabase ahí, incluida su participación como investigador en ese caso. Y lo peor de todo es que no podía compartirlo con ellos. Tenían que seguir adelante, debía mantenerlos motivados. Ya encontraría la manera de convencer a Aguirre. Preparó los cafés y volvió al salón.

Carlos respiró un par de veces para coger fuerzas y llamó a la puerta del despacho. La voz de Aguirre contestó desde el interior, invitándole a pasar. Abrió con determinación, no debía demostrar lo nervioso que estaba. Se repitió un par de veces que no tenía nada de lo que preocuparse y entró:

— Buenos días, querías verme, ¿verdad?

— Si, siéntate— dijo Aguirre mientras le señalaba una silla.

Carlos tomó asiento en silencio, esperando a que el otro diese el primer paso.

— Bien, Carlos...— Aguirre carraspeó, incomodo, antes de empezar— Supongo que imaginas por qué quería verte.

— Por el caso de los asesinatos en serie, ¿no?

— Sí, en concreto por el asunto de la orden judicial.

— Ya sé que al final no sirvió de nada, pero era una buena pista. Podríamos haberle atrapado— se defendió Carlos.

— ¿Podríamos? ¿Quiénes?— Aguirre levantó una ceja, suspicaz.

— Bueno..., nosotros..., la Ertzantza.

— Sí, claro— Aguirre le lanzó una mirada desconfiada—. Podría haber funcionado, pero no lo hizo. Tu investigación no ha arrojado ningún dato positivo por el momento.

— Estas cosas llevan tiempo. Un asesino en serie es difícil de atrapar. Para coger a algunos se ha tardado años...

— Pero no tenemos años— el tono de voz de Aguirre se elevó y se hizo más duro—. No tenemos tiempo. Estoy recibiendo llamadas muy incómodas desde arriba y están empezando a cansarse de que les diga que estamos avanzando. Quieren ver los avances y quieren verlos ya.

— Pero funcionará. Estoy siguiendo varias líneas de investigación y alguna dará resultado.

Carlos intentó que su voz se mantuviese firme y calmada, a pesar de que cada vez le resultaba más difícil controlarse. Para él también era duro no haber atrapado a Caronte. Seguro que mucho más duro que para la gente que se dedicaba a exigirle avances a Aguirre porque otro asesinato significaría una pérdida de un par de puntos en los próximos resultados electorales.

— Lo siento, Carlos, pero eso no basta. Por el momento lo único que has hecho es dar un montón de problemas sin que haya servido para nada.

— Eso no es cierto— se quejó Carlos.

— ¿No? A ver, ¿qué ha sido de las cuarenta y cuatro órdenes que hubo que pedir para que te facilitasen informes psiquiátricos?

— Esa es una de mis líneas de investigación. Estoy trabajando en ello.

— Pero por el momento no han dado ningún resultado, ¿verdad?—

Carlos negó con la cabeza y Aguirre continuó hablando, sin dejar que se explicara— Igual que la orden que pediste para que una compañía telefónica te facilitase los datos confidenciales de un número de teléfono.

— Bueno, Aguirre. Tú conoces el procedimiento policial. No voy a dejar algo sin investigar por no molestar.

— Ya, pero cada orden que me pides hace que los de arriba se mosqueen un poquito más. Así que quiero que la próxima orden que me pidas sea la de la detención de ese tipo, ¿entendido? Ni un fallo más, Carlos— Aguirre clavó en él sus ojos para comprobar si le entendía.

— Sí, claro, sin problema— Carlos asintió con tranquilidad. En ese momento sólo quería que aquello acabase— ¿Puedo irme ya?

— No, una cosa más. Hablando de conocer el procedimiento policial, ¿se te explico en tu instrucción qué había que hacer con las pruebas?— Aguirre sacó unos papeles de la carpeta que tenía sobre la mesa— Aquí hay tres listados, pertenecientes a las víctimas de tu caso, en los que se detallan los objetos que fueron confiscados como pruebas y en los tres aparece un ordenador que nadie ha visto por aquí. ¿Sabes algo de esto?

— Sí, bueno... Los tengo yo en casa— Carlos sintió que una oleada de frío le corría por la espalda. Ahora sí que estaba en un buen lío.

— ¿Y puede saberse por qué están en tu casa?— la voz de Aguirre volvió a elevarse.

— Yo..., no quería que Roberto volviese a meter las narices en mi caso— Carlos mintió con rapidez, rogando que funcionase.

— Pero es que no es TU caso. Creí que había quedado claro en la última conversación que mantuve con vosotros dos. Roberto tiene tanto derecho como tú a acceder a esa información. ¿En qué cojones estabas

pensando? ¿No sabes que debería echarte a la calle por esto?— gritó Aguirre, dando un puñetazo encima de la mesa para reforzar sus palabras.

— Sé que hice mal, pero es que después de lo de la última vez preferí poner los ordenadores fuera del alcance de Roberto para evitar que se entrometiese. Pensé que sería mejor para todos evitar que volviese a detener a un inocente sin comentarme nada— Carlos bajó la mirada en un gesto de arrepentimiento, aunque en realidad trataba de evitar que Aguirre viese en sus ojos que estaba mintiendo.

— ¿Cómo la que tú llevaste a cabo en San Sebastián hace unas dos semanas? ¿Le comentaste algo de ella a Roberto?— Carlos bajó aún más la mirada— Joder, esto parece una guardería. Quiero los tres ordenadores aquí mañana, sin falta. Y ya podéis arreglar lo vuestro porque a la próxima que montéis os vais los dos a la calle.

— Está bien— contestó Carlos sumiso—. ¿Puedo irme ya?

— Sí, claro.

Carlos se levantó y se dirigió a la puerta. En ese momento, Aguirre volvió a llamarle:

— Carlos, recuerda lo que te he dicho. No me gustaría tener que echarte, pero esto no es un farol, estoy muy presionado por los de arriba.

Carlos asintió con una sonrisa y salió. Se dirigió a su despacho, entró y encendió un cigarrillo para calmarse. Sentía la ira invadiendo su cuerpo como un veneno. Había sentido la necesidad de gritarle a Aguirre que no tenía razón, que estaba haciendo lo correcto y que si no le gustaba podía quedarse con el caso. Pero no podía hacer eso. Tenía que atrapar a Caronte, y tenía que hacerlo él, con Gus y Natalia. Al pensar en ellos dos se sintió aún más nervioso. ¿Qué iban a hacer sin los ordenadores? ¿Y cómo iban a tomarse aquello? Quizá les

hundiese aún más saber que, además de no obtener resultados, las puertas se les cerraban, el tiempo se acababa...

Se levantó y se fumó el resto del cigarrillo mirando por la ventana. El cielo estaba nublado de nuevo, con un color gris enfermizo y agobiante. La lluvia seguía cayendo lenta, imparable, como si ya no tuviese prisa por caer porque se había adueñado de las calles de la ciudad para siempre. El peso de esas nubes se le clavó en el alma, haciéndole sentirse pequeño y sin fuerzas. Quizá estuviese esperando demasiado de sí mismo, de alguien que no era capaz de organizar siquiera su propia vida. Por primera vez la lluvia no evocó en su pensamiento la marcha de Ana en el aeropuerto, sino el sabor agridulce de las lágrimas de Natalia en sus labios.

Carlos entró en casa de Natalia y echó una mirada triste a los ordenadores que descansaban desmontados en la entrada, a la espera de que los llevase a comisaría. Pasó hacia el salón y encontró a Gus tirado en la alfombra intentando enchufar otros dos ordenadores.

— ¿De dónde ha salido eso?— preguntó asombrado.

— Es mi contribución a la causa— contestó Natalia con una sonrisa— Digamos que es mi manera de pedir perdón por no haber trabajado mucho estos últimos días.

— ¿Estás loca?— Carlos no podía creerse lo que estaba viendo— ¿Sabes lo que vale eso?

— Mejor que tú, recuerda quién los ha pagado.

— Yo también le he dicho que estaba loca y que no hacía falta comprar nada. Podía haber traído el mío y nos habríamos arreglado— dijo Gus, desde el suelo.

— No, tú necesitas el tuyo para trabajar en casa. Además no quiero que te me cueles aquí cada vez que tengas que hacer los deberes o que quieras chatear con tus amiguitas— explicó Natalia.

— Si yo te agradezco poder quedarme con el mío pero sigo sin saber para qué has tenido que comprar dos.

— Para que podamos revisar chats al mismo tiempo. Encima que quiero quitarte trabajo...

Gus salió de debajo de la mesa y sonrió.

— Te adoro. Si no fuera porque eres mi jefa, te daría un beso. Bueno, creo que ya están instalados— Gus los encendió y volvió a sonreír—. Todo perfecto a la primera. Si es que soy un genio.

— ¿Puedo llevarme los otros entonces?— preguntó Carlos, aún escéptico.

— Todavía no. Tengo que hacer una copia de todos los datos. Pero no te preocupes que en un par de horas lo tendré todo listo— dijo Gus sin apartar los ojos de la pantalla.

Carlos sonrió a Natalia. Se sentía orgulloso de ellos. Había pensado que se hundirían por aquel obstáculo y en cambio lo habían superado sin que supusiese ningún problema.

— Muchas gracias, Natalia. Creo que te debo una cena por esto.

— Me deberías muchísimas cenas, pero lo he hecho porque he querido. Este también es mi caso, así que no es necesario que me invites a nada— rechazó Natalia cortante.

Sin decir nada más Natalia se sentó en el sofá y empezó a revisar los expedientes. Carlos no supo qué decir. Sólo había querido ser amable y

demostrarle lo agradecido que estaba, pero parecía que ella seguía enfadada. Al cabo de unos segundos se dirigió hacia Gus y se sentó a su lado.

— ¿Funciona todo bien?— se interesó.

— Como un tiro. Son una maravilla— afirmó Gus, sin dejar de mirar al monitor—. ¿Tienes un cigarrillo?

— Sí, claro. Toma— Carlos le tendió su paquete—. ¿Y qué tal va lo del programa para robarle la cuenta a Caronte?

— Bueno, va... Me han dicho que va a ser complicado, pero que se puede hacer. Están intentando programar algo que genere todas las contraseñas posibles y las vaya probando una detrás de otra sin que él se entere, pero llevará unos días.

— ¿Cuántos?

— No lo sé, cuatro o cinco.

— ¿Podrías pedirles que se den un poco de prisa? Se acerca el fin de semana y me pone nervioso. Tengo un mal presentimiento.

— ¿Crees que podría volver a atacar este sábado?— Gus desvió por fin la mirada de la pantalla, preocupado.

— Bueno, ya te he dicho que es un presentimiento. Puede ser sólo que estoy nervioso— se disculpó Carlos.

— Está bien, lo intentaremos. No te preocupes, si vuelve a atacar estaremos preparados.

CAPÍTULO QUINCE

Susana abrió los ojos y sonrió. Por fin había llegado el día. Esa misma noche iba a conocer a Alex. Casi no podía creerlo después de todos los problemas que habían tenido para fijar esa cita. Se levantó y miró por la ventana. A pesar de que los días anteriores había llovido sin parar, el cielo estaba azul y radiante. Parecía un buen presagio, como si todo fuese a salir perfecto.

Intentó concentrarse en ese pensamiento, en que nada podía fallar para desterrar el nerviosismo que la comía por dentro. No podía dejar de pensar que algo iba a torcerse en el último momento, que algo volvería a impedirles que se encontrasen. Pero no iba a pasar nada. Por fin era el día, su día.

Encendió el ordenador por si había un mensaje de Alex, a pesar de que él le había dicho que ese día iba a estar muy liado y que no sabría nada de él hasta que se encontrasen en la playa. Cuando vio que había un mensaje suyo pensó que sus peores pronósticos se habían cumplido. Seguro que le había escrito para disculparse por no poder acudir. Con una lágrima a punto de salir de sus ojos abrió el mensaje para leerlo y una sonrisa iluminó su rostro.

Casi no puedo esperar al momento de tenerte por fin en mis brazos, mi vida. No sé cómo voy a aguantar las doce horas que quedan hasta que estemos juntos. Pero no te preocupes, aguantaré. Por la recompensa de tu sonrisa sería capaz de esperar doce siglos. Te quiero.

Natalia abrió la puerta y encontró a Carlos de pie, con dos cajas de pizza en las manos. Él le sonrió y se las tendió:

— Como no me dejas invitarte a cenar, he pensado que quizá esto sí me lo aceptes— le dijo con cara de pena.

Natalia cogió las pizzas y le dejó pasar. No entendía aquella insistencia de Carlos por fingir que podría haber algo entre ellos cuando él mismo le había dejado claro días atrás que sólo eran amigos. Le molestaba aquella ambigüedad, esa manera suya de comportarse con la que no sabía que podía esperar de él. Seguro que estaba bromeando, sin darse cuenta de que la hería. Sin embargo, su cara de pena le pareció tan cómica que no pudo evitar sonreírle.

— Pasa, anda. Claro que acepto las pizzas. Además Gus estaba a punto de saquear mi nevera.

— Bueno, pensé que estaría bien invitaros a comer algo ya que estáis los dos trabajando un sábado a marchas forzadas sólo porque yo he tenido un estúpido presentimiento— se excusó Carlos mientras entraba al salón—. ¿Qué tal va el programa, Gus?

— Estamos en ello. Creo que casi lo tienen, estará acabado en unas horas.

— ¿Puedes permitirte una parada para comer?— le preguntó Natalia.

— Claro, después de todo yo no estoy programando, sólo soy el coordinador. Creo que puedo dejarles trabajando sin vigilancia un rato— volvió la mirada a la pantalla y tecleó apresuradamente—. Esperad un segundo que les aviso de que me voy.

— Vamos a tener que invitar también a comer a tus amigos— dijo Carlos mientras abría las cajas.

— Pues te va a salir bastante caro invitar a dos finlandeses y un ruso— señaló Gus mientras se sentaba.

— Joder, que lejos... Es que me da pena tenerles trabajando por nada.

— No te preocupes— le tranquilizó Gus mientras atacaba el primer pedazo de pizza—. Sólo necesitan la misma recompensa que nosotros: que funcione.

El eco de sus pisadas resonó por el camino del cementerio. Paseó despacio, encaminándose sin prisa al único lugar del mundo que consideraba sagrado. Frente a las diferentes hileras de nichos pudo ver a más personas que habían aprovechado la soleada mañana de sábado para visitar el lugar. Prefería venir cuando estaba vacío, cuando podía sentir una unión más fuerte entre los dos, como si fuesen los dos únicos seres del mundo, pero quería ofrecerle el sacrificio de esa noche y recibir su fuerza para realizarlo.

Por fin llegó a la tumba. Permaneció de pie unos minutos mirándola, sin una palabra, sin un sollozo. Ya no tenía que contenerse para no llorar, hacía mucho tiempo que sus ojos se habían secado. Sabía que las lágrimas no servirían de nada. Había que pagar, con sangre y dolor. Acercó su cara al ramo de rosas rojas que había traído, aspirando el suave y dulce aroma. Depositó un beso en ellas y las dejó en la tumba. Se mantuvo unos minutos más allí, respirando el aroma de las flores mezclado con el dulzón olor de las hojas secas y las plantas muertas. Se relajó con la paz y el silencio que invadían el lugar, sólo turbado por el sonido de algún coche, tan lejano que parecía venir de otro mundo. Cuando por fin se sintió más fuerte, se giró hacia la salida. Tenía una cita esa noche y no podía llegar tarde.

Carlos estaba tan relajado en el sofá que empezaba a sentir que el sueño se apoderaba de él. Intentaba mantener los ojos abiertos, pero se encontraba tan cansado que las cabezadas eran cada vez más frecuentes e inevitables. El grito

de Gus desde el ordenador le hizo dar un salto en el sofá, además de despertarle por completo.

— Lo tenemos. Creo que lo tenemos.

— ¿El qué? ¿Le has robado la cuenta?— preguntó Natalia, que ya se encontraba a su lado.

— No, que va... Han acabado de programarlo y creen que va a funcionar. Ahora sólo tenemos que probarlo.

Carlos se levantó del sofá y corrió hacia el ordenador, hasta situarse al otro lado de Gus. No quería hacerse demasiadas esperanzas con aquello. Ya se las había hecho las veces anteriores y Caronte había demostrado ser demasiado listo. Rogó para que esa vez fuese diferente.

— Bien, pues vamos allá— dijo mientras le ponía una mano en el hombro a Gus para demostrarle su apoyo—. Esta vez nos tiene que salir bien.

Susana abrió las puertas de su armario. Hacía días que había decidido lo que iba a ponerse, pero no la convencía. No estaba segura de la impresión que Alex tendría de ella. Se miró en el espejo que ocupaba una de las puertas del armario preguntándose si iba a gustarle, si aquello iba a funcionar. El reflejo la tranquilizó un poco. A los chicos de su clase les gustaba. ¿Por qué no iba a gustarle a él? Sacó una camisa y unos pantalones del armario decidida a no dudar más. Una vez que los tuvo en la mano, la inseguridad volvió. ¿Qué iba a pasar si descubrían que la magia que habían compartido frente al ordenador no existía en el mundo real? ¿Qué pasaría si descubrían que no se gustaban, que no tenían nada de lo que hablar sin el escudo que suponía Internet?

Tiró la ropa encima de la cama y se sentó. No quería dejarse llevar por los nervios, pero la incertidumbre llenaba toda su mente. Quizá debería escribirle

un mensaje disculpándose y diciéndole que dejaban la cita para otro día. Quizá era mejor conformarse con vivir en un sueño que encontrarse con una realidad diferente a la que esperaba. Se dirigió al ordenador para escribir el mensaje y entonces recordó que Alex no iba a estar en casa en todo el día, así que no podía comunicarse con él. Tenía que ir, no podía dejarle tirado. Se levantó de nuevo y empezó a vestirse.

Gus terminó de escribir unos mensajes a sus amigos, dando las últimas instrucciones, y después miró a Carlos y Natalia. Se habían mantenido en un silencio absoluto, quebrado tan sólo por el teclear de Gus y el sonido de sus mecheros al encender un cigarrillo.

— Bueno, allá vamos. Todo está listo. Han preparado cada uno un programa con diferentes variaciones y los van a probar ahora. Esperemos que alguno funcione— la voz de Gus denotaba todo su nerviosismo.

— No te preocupes. Si no funciona, estaremos igual que hace unas horas— le animó Carlos—. Intentémoslo.

Gus asintió y volvió a escribir en el teclado. Al cabo de unos segundos, les llegó el sonido de un mensaje.

— ¿Qué es?— preguntó Natalia.

— Uno de ellos ya ha empezado— explicó Gus. Al cabo de unos segundos recibieron dos avisos más—. Bien, esto está en marcha.

Volvieron a quedarse callados, esperando absortos, mirando al monitor con insistencia, como si pudieran conseguir con ello que diese resultado más rápido. Gus sentía su corazón tan acelerado que le pasó por la cabeza la pregunta de si podría morir de un infarto con tan solo veintiún años. Un nuevo pitido aceleró aún más su ritmo cardiaco. Carlos y Natalia clavaron en él sus

miradas, sin atreverse siquiera a romper el silencio.

— Es Skuld, uno de mis amigos finlandeses— la cara de Gus expresaba desaliento—. Su programa no funciona. Lo está modificando para arreglarlo pero no sabe cuánto tardará.

— Bueno, no te preocupes. Aún quedan los otros dos— le consoló Natalia.

Volvieron a esperar, sin atreverse a moverse del asiento, como si el más mínimo descuido pudiese influir en el resultado de lo que aquellos chicos estaban intentando a kilómetros de distancia. Otro pitido les hizo contener la respiración mientras Gus leía el mensaje.

— Más malas noticias desde Finlandia. Tampoco funciona el programa de Fenris— Gus se lanzó a encender otro cigarrillo, temiendo que su sistema nervioso fuese a estallar.

— Bueno, a mí los rusos siempre me han parecido muy simpáticos. Seguro que su programa funciona— bromeó Carlos intentando, sin éxito, reducir la tensión del ambiente—. Por cierto, vaya nombres más raros tienen tus amigos.

— Son sus nicks. Estos tíos son hackers, Carlos. Se divierten asaltando ordenadores ajenos. ¿Cómo quieres que vayan por ahí diciendo sus nombres a cualquiera?

— A cualquiera no, pero a ti, sí. Después de todo, sois muy amigos y tenéis la confianza suficiente como para compartir los datos de nuestra investigación, ¿no?

Gus resopló y volvió a fijar su vista en la pantalla, fingiendo no haberle escuchado. Estaba demasiado nervioso como para ponerse a discutir aquello de nuevo con Carlos. Los minutos pasaron sin que sucediese nada. Se atrevió a

concebir esperanzas. ¿No decían que la falta de noticias era buena noticia? Decidió que, si no recibía algo pronto, le mandaría un mensaje preguntándole qué pasaba. En el reloj de la pantalla parecía no pasar el tiempo. Al coger el ratón para escribirle, le llegó el pitido que avisaba de un nuevo mensaje entrante. Era de Yeniséi, su última esperanza. Intentó contener el temblor de su mano para abrir el mensaje, sin estar seguro en realidad de querer saber lo que ponía. El contenido hizo que todas sus ilusiones se desvanecieran.

— También ha fallado. Lo siento— Gus agachó la cabeza, incapaz de enfrentarse a las miradas de desilusión de sus compañeros.

El sonido del cuchillo sobre la piedra de afilar se clavaba en su cerebro, recordándole las anteriores muertes, la sangre, los gritos, las lágrimas... No podía seguir pensando en eso o se echaría atrás. Tenía que conseguir la frialdad de las otras veces, no pensar, no sentir... No podía permitirse sentir compasión o pena. Sabía que tenía que hacerlo, que no había marcha atrás. Hacía mucho tiempo que había elegido ese camino, el único posible para alcanzar el perdón y la redención por los pecados cometidos tiempo atrás. Sabía que era su vida o la de ellas y era consciente de que no tenía el valor necesario para terminar. Al menos mientras no hubiese acabado de pagar. No hasta sentirse en paz.

Guardó el cuchillo en la mochila junto con el hacha que había estado afilando momentos antes. La vista de las armas le revolvía el estómago, anticipando las imágenes que había de vivir esa noche. Cerró la mochila y la dejó cerca de la puerta.

Se sentó frente al ordenador para fumar un cigarrillo, antes de terminar de prepararse. Su cuenta de ICQ estaba abierta, pero prefirió dejarla en estado invisible. Si Susana tenía alguna duda acerca de si debían quedar, no iba a

darle la oportunidad de decírselo. Por eso le había dicho que no estaría en casa en todo el día, para evitar un arrepentimiento de última hora. De todos modos, Susana tampoco estaba conectada. Debía estar preparándose para la cita de la noche. Ya no había marcha atrás, todas las cartas estaban echadas, desde hacía mucho tiempo. Sus deseos de volver a controlar su propia vida, de borrar el pasado y ser una persona normal sólo eran pensamientos inútiles que únicamente servían para hacerle daño. Los errores que cometió no podían borrarse, ni ignorarse... Aplastó la colilla contra el cenicero y siguió con los preparativos.

Carlos no podía creer que todo hubiese fallado otra vez. No podía quedarse de brazos cruzados sintiendo el peso de ese presentimiento haciéndose más y más fuerte. Casi podría jurar que Caronte atacaría de nuevo esa noche y el saber que no podría hacer nada por evitarlo le estaba volviendo loco.

— ¿Cómo que tampoco funciona? Algo se podrá hacer, ¿no?— exclamó fuera de sí, deseando abalanzarse sobre el teclado para hacer algo, lo que fuese.

— Bueno, no hay por qué desesperarse. Están intentando arreglarlo— se disculpó Gus.

— ¿Y cuánto tardaran?— interrogó Carlos.

— No lo sé. Puede estar en cinco minutos o en cinco días. O puede que no funcione nunca. Ya os lo avisé cuando os conté mi idea.

— Tiene que estar hoy— Carlos se levantó de la silla, incapaz de seguir quieto un segundo más.

— Tranquilízate, tampoco hay tanta prisa. Sólo han pasado quince días desde el asesinato de Patricia— señaló Natalia, con voz suave—. Seguro que

nos queda más de un mes hasta que vuelva a intentarlo...

— No, va a ser hoy. Lo sé.

— ¿Y cómo lo sabes? ¿Eres vidente?— se burló ella.

— No, joder... Es sólo que lo siento así... Es una corazonada. Y no me ridiculices.

— No estoy ridiculizándote, intento que te des cuenta de que no va a pasar nada hoy. Únicamente estás nervioso.

— Pues no puedo evitarlo. Tenemos que hacer algo— Carlos volvió a sentarse y encendió otro cigarrillo.

— Danos unos minutos. Quizá mis amigos consigan algo— dijo Gus.

Volvieron a esperar hasta que el sonido de un mensaje rompió el silencio. Gus leyó y les tradujo.

— Es Fenris. No encuentra el fallo. Cree que puede deberse a alguna protección del servidor. Pero va a seguir intentándolo.

— Joder, yo no aguanto más esto— protestó Carlos, levantándose de nuevo.

— ¿Y dónde vas a ir?— preguntó Natalia.

— No sé..., adonde sea, a la cocina. A cualquier sitio donde no vea esa puñetera pantalla. Os traeré un café.

Carlos salió de la sala sin darles tiempo a plantearse si el café les apetecía o no. Al cabo de unos segundos oyeron ruido de cacharros.

— Quizá deberías ir a ver que hace— comentó Gus—. Tal y como está, te va a destrozar toda la vajilla.

— Déjale que se desahogue. Si sigue aquí, lo que nos va a destrozar

son los nervios.

Por los altavoces les llegó el sonido de otro mensaje entrante. Carlos abrió la puerta de la cocina y se quedó parado en el dintel, esperando que Gus lo leyese.

— Mensaje de Yeniséi. Dice que el programa sigue sin funcionar— Gus paró unos segundos antes de seguir leyendo, sin saber si continuar—. No quiero daros muchas esperanzas pero me pide la dirección email de Caronte. Ha tenido otra idea y cree que esta vez funcionará.

Susana volvió a mirarse al espejo. Ya estaba. Se había cambiado de ropa tres veces, se había peinado de mil maneras diferentes. Se acabó. O iba así o no iba. Se planteó si sus dudas no tendrían una raíz más profunda que la preocupación por su aspecto. Quizá el problema era que no estaba muy segura de si debería ir.

Se sentó delante de la ventana a pensar. Oscurecía pero seguía sin verse una sola nube en el cielo. Suspiró. Un enorme chaparrón habría sido una buena excusa. Se sintió culpable por el pensamiento, cada vez más apremiante, de que tampoco pasaría nada si no iba. No entendía qué le pasaba. Ella le quería y sabía que él a ella también. No tenía miedo de que él no acudiese. Entonces, ¿qué era?

Volvió a pensar que su problema era el miedo a que el sueño se acabase, a que la magia se diluyese cuando ya no fuesen dos extraños que hablan de amor y que sueñan con verse, sino dos personas corrientes. ¿Qué pasaría si cuando estuviesen juntos se daban cuenta de que entre ellos no había química, que todo había sido un sueño favorecido por la distancia, por su propia imaginación, por sus ganas de encontrar un alma gemela perfecta? ¿Qué iba a ser de ella si se daba cuenta de que el chico al que amaba sólo existía en su

mente? ¿No sería mejor seguir así, soñando con que un día se encontrarían y todo sería perfecto?

Aún más nerviosa, encendió el ordenador. Alex ya debía haber salido de casa, pero si por casualidad pudiese encontrarle... Quizá él tenía las mismas dudas y se había conectado en el último momento. Esperó ansiosa mientras se conectaba a ICQ. Nada, ningún mensaje. Seguro que ya estaba de camino hacia allí. Tenía que haber expresado antes esas dudas, haberse dado cuenta antes de que no estaba preparada... Dejó el ordenador encendido, con la esperanza de que todavía le llegase un mensaje suyo.

Todavía quedaban casi dos horas para la cita. Si seguía así, se volvería loca. Tenía que encontrar algo para distraerse. Pensó en llamar a alguna de sus compañeras de clase. Sí, llamaría a Laura, así podría dejar de pensar por un rato y, si seguía encontrándose tan insegura cuando llegase el momento de marcharse, podría pedirle que la acompañase. Alex había insistido mucho en que debían encontrarse a solas, en que sería mucho más romántico estar los dos juntos en la playa, sin nadie que les molestase. Pero seguro que la perdonaría si le explicaba lo nerviosa que estaba. Se encogió de hombros sin saber todavía que iba a hacer y se dirigió al teléfono.

— ¿Me puedes explicar qué es lo que van a hacer tus amigos ahora?— preguntó Carlos.

— Pero si no lo vas a entender...— se quejó Gus.

— Joder, da igual. Así pasamos el rato.

— No sé si te crees que eres el único que está nervioso. Yo estoy histérico perdido y explicarte esto ahora, con tu nivel de informática, no va a contribuir a que me tranquilice. Sabes que no sueles entenderme una sola

palabra sobre ordenadores, pero, en vez de pedirme que te vaya explicando conceptos en los momentos en los que no tenemos nada que hacer, me dices que te lo explique ahora, como si fuese tan fácil...

— Gus, para— dijo Carlos con voz firme. Lo último que necesitaba era una muestra de la elocuencia de Gus—. ¿Estás ocupado ahora? No, ¿verdad? Pues explica, que para eso te pago.

Gus fue a replicar de nuevo, pero la mirada de Carlos le advirtió de que no era el momento adecuado. Suspiró resignado, encendió un cigarrillo y se recostó en el respaldo de la silla antes de empezar:

— Veamos, ¿cómo te lo explico? ICQ exige una contraseña, que sólo conoce el usuario, para que no todo el mundo pueda instalarse tu cuenta en su ordenador y robarte los mensajes.

— Eso ya lo sé. Esa es la razón de que todavía no tengamos su cuenta.

— Bien, imagínate ahora que tú tienes una cuenta y olvidas la contraseña. Entonces, aunque fueras el legítimo propietario, no podrías entrar. ¿Me sigues?

Natalia dejó de hacer zapping y se acercó a ellos, interesada:

— Pero nosotros no somos los propietarios— repuso ella.

— Natalia, no me lées más. Sigo explicando y veréis como al final lo entendéis— contestó Gus, enfadado—. Bien, cuando olvidas la contraseña puedes pedirle a ICQ que te la recuerde para no perder la cuenta. Entonces ICQ te manda la contraseña a tu dirección email.

— Perdona, pero nosotros tampoco tenemos acceso a esa dirección email— volvió a discutirle Natalia.

— Ya, por eso mis amigos están intentando entrar en su dirección

email. Es muchísimo más fácil de hackear que una cuenta de ICQ. Cuando lo hayan conseguido, pedirán a ICQ que les mande allí la contraseña y ya lo tendremos. Sólo hay un problema.

— ¿Cuál?— preguntó Carlos, a pesar de que todavía seguía intentando asimilar la información anterior.

— Que lo más seguro es que Caronte se dé cuenta de que ha habido alguien trasteando con sus cosas. Va a perder mensajes. Eso es para mosquear a cualquiera.

Carlos se quedó pensativo unos segundos, sin saber qué debían hacer. Era muy posible que, si Caronte notaba lo que estaban haciendo, cambiase de cuenta y le perdiesen la pista. ¿Podían arriesgarse a eso? El sentido común le decía que debían esperar hasta encontrar un modo más seguro de hacerlo, pero su corazonada seguía advirtiéndole de que se acababa el tiempo.

— Que sigan adelante. No necesitaremos saber su nueva cuenta de ICQ si le tenemos en la cárcel. Y si esto falla, bueno... Ya se nos ocurrirá algo.

Todo estaba preparado. No había nada más que pensar, sólo coger la mochila que esperaba al lado de la puerta y salir hacia el coche. Miró por última vez la pantalla del ordenador antes de apagarlo. El nombre de Susana llevaba en azul más de una hora, pero no le había escrito nada. Quizá ella estaba esperando algún mensaje suyo o quería decirle que no iba, pero todavía no se había atrevido a mandar el mensaje. Por unos segundos deseó con toda su alma que ella lo mandase, que le dijese que no iría, que escapase de una muerte segura. Después de todo, no había hecho nada malo, solo enamorarse de quien no debía y ese era un pecado por el que no podía culpar a nadie. Era por ese mismo pecado por el que ahora debía pagar, sin saber cuándo iba a terminar esa tortura.

Se desconectó de Internet mientras un sollozo ahogado salía de su garganta. Se acabaron las oportunidades para Susana, para los dos... Ya no había nada que se pudiera hacer. Se sintió culpable por haber deseado impedir lo que tenía que suceder esa noche. Era su sagrado deber y nada evitaría que lo cumpliera.

Se dirigió a la puerta y recogió la mochila al pasar. Las armas parecían pesar más que otras veces, como si quisieran poner aún más impedimentos. Abrió la puerta de su casa y se encaminó al coche. El silencio de la noche y el aroma de las rosas hicieron que se sintiese mejor. La ansiedad que se había adueñado de su mente los últimos días remitió y su cuerpo se llenó de energía, de euforia, de una alegría salvaje y una paz que sólo sentía en noches como esa... Ahora ya no estaba al mando, no dependía de lo que quisiera o no quisiera hacer. Sólo debía llevar a cabo el sacrificio y se encontraría un poco más cerca de la redención de sus pecados.

Gus había estado mordiéndose las uñas de nuevo, y esta vez con verdadera ansia. Limpió la mancha de sangre que acababa de dejar en el ratón con un papel y se metió el dedo en la boca, para evitar manchar nada más. Si pudiese encontrar algo para distraerse... Los segundos parecían eternos entre mensaje y mensaje.

Ya hacía un buen rato que le había mandado a Yeniséi la dirección email que utilizaba Caronte y aún no había recibido nada de él. Sabía que, si no escribía, era porque se encontraba ocupado intentando hackear la cuenta de Caronte y que eso era mucho más importante que mandarle un mensaje para tranquilizarle, pero no podía contener la angustia. Se decidió a escribirle para saber qué tal le iba. Al cabo de un minuto llegó la respuesta. Gus se giró hacia Carlos y Natalia, que estaban sentados delante del televisor, aunque no lo miraran. El cenicero rebosante de colillas situado entre los dos delataba cuál

había sido su principal actividad esa tarde:

— Dice que Caronte no se dará cuenta de que hemos utilizado su dirección email— comentó satisfecho.

— ¿No? ¿Y cómo lo va a hacer?— preguntó Carlos, sintiéndose más aliviado.

— Sólo entrara a coger el email en el que nos envíen su contraseña de ICQ, pero dejará lo demás igual. No habrá ningún problema porque el único email que vamos a robarle es uno que él no espera recibir— explicó Gus.

Carlos se levantó del sofá para ir a buscar otro paquete de tabaco al bolsillo de su abrigo. Lo abrió y sacó un cigarrillo mientras miraba por la ventana.

— ¿Dice en el mensaje cómo le va?— se interesó Natalia.

— Está trabajando en ello y dice que por el momento no ha encontrado muchas dificultades, pero hay que darle un poco más de tiempo.

— Espero que se dé prisa porque tiempo es lo que no tenemos— Carlos apartó la cortina para señalar el cielo, cada vez más oscuro—. Ya está anocheciendo.

Los tres volvieron a quedar en silencio. Carlos había conseguido contagiarles su inquietud y ahora todos sentían esa urgencia, la seguridad infundada pero apremiante de que esa noche Caronte atacaría de nuevo. Carlos volvió a sentarse junto a Natalia, sin sentir siquiera su presencia, con la mirada perdida en la pantalla del televisor. El sonido de otro mensaje entrante les hizo girarse de nuevo, ansiosos.

— Es Yeniséi otra vez— la cara de Gus resplandecía—. Lo ha conseguido. Ha entrado en su cuenta de correo. Ahora sólo faltan unos minutos para que tengamos su contraseña y será nuestro.

Seguía sin llover. Ya no había excusa. Había quedado en la playa en una hora y tenía que decidirse ya. Sabía que, si seguía en casa dándole vueltas a la cabeza, al final no se atrevería a ir. Debía decidir entre arriesgarse a que su historia con Alex no funcionase o quedarse en casa, con lo que también le perdería. Debería haberse atrevido a decirle a Laura que la acompañara. Mientras había estado hablando con ella, sus nervios habían desaparecido y le había parecido una tontería estropear aquella cita que habían estado esperando tanto tiempo llevándola. Pero ahora que se encontraba de nuevo sola con sus pensamientos volvía a sentirse insegura. Miró de nuevo la pantalla del ordenador. Como era lógico él no estaba. Estaría de camino hacia allí, y quizá tan nervioso como ella. Tendría que arriesgarse. Lo mejor sería salir ya y dar un paseo por la playa para calmarse antes de que él llegara.

Al ir a desconectarse de Internet su ansiedad se desbocó, haciéndole sentir ganas de llorar. Lo más seguro era que todo se estropease en cuanto se viesen, que no fuese capaz de decirle ni una sola palabra. Su sueño terminaría para siempre. Quizá debería aprovechar ese momento para decirle lo que de verdad sentía por él, aunque no lo recibiese hasta que hubiera vuelto a casa. Pulsó el nombre de Alex en la pantalla y escribió un mensaje. Algo más tranquila, apagó el ordenador y cogió su chaqueta. Se repitió varias veces en voz baja que todo iba a salir bien para darse ánimos y salió hacia la playa.

— ¡Mensaje de Yeniséi!— antes de que Gus terminase de gritar, Carlos y Natalia ya se encontraban a su lado, mirando la pantalla con avidez— ¡Lo ha conseguido! Tenemos la contraseña.

— ¿Y cuál es?— preguntó Carlos.

— “Mónica”. La verdad es que es una contraseña muy fácil— contestó

Gus.

— ¿Cómo que fácil?— dijo Carlos— Podríamos habernos pasado años hasta que se nos ocurriese ese nombre.

— Ya, porque para nosotros no significa nada, pero Mónica debe ser un nombre importante para Caronte y alguien que le conociese en persona podría adivinarlo. Es mejor poner una contraseña formada por una combinación de letras y números, algo como A23F57Y— Gus hablaba sin mirarlos, concentrado ya en utilizar la contraseña que acababan de recibir para entrar en la cuenta de Caronte.

— ¿Qué puede significar “Mónica” para él, Natalia?— preguntó Carlos.

— No lo sé... Puede ser el nombre de algún familiar, el de su primera víctima, el de su primera novia...

— ¿Pero no habías dicho que era homosexual? ¿Cómo va a tener una primera novia?— objetó él.

— Te dije que era una hipótesis. Y, de todas formas, quedamos en que podía tratarse de un homosexual que no quiere reconocer que lo es, así que puede haber tenido alguna novia en el pasado. No lo sé, Carlos.

— Lo tenemos. Estamos entrando— los gritos de Gus hicieron que Carlos y Natalia volviesen a concentrarse en la pantalla—. Ya estamos conectados con su cuenta.

— ¿Y no tiene ningún mensaje?— preguntó Carlos, desesperanzado. Tantos nervios, tanto trabajo y de nuevo parecía que no fuese a dar fruto...

— Hay que esperar un poco— el pitido de mensaje entrante hizo que todos quedasen en silencio unos segundos, tan sobresaltados como si les hubieran cogido profanando una tumba. Gus extendió la mano hacia el ratón y

abrió el mensaje:

Ya sé que te veré en una hora, pero estoy tan nerviosa que he pensado escribirte por si algo no sale bien. Pase lo que pase esta noche, tienes que saber que te he querido más de lo que nunca he querido a nadie y que estos meses hablando contigo han sido los más felices de mi vida. Ojalá todo salga bien y pueda devolverte algo de la felicidad que me has dado. Hasta ahora mismo. Te quiero

Susana

— ¡Mándale un mensaje, rápido! ¡No debe salir de casa!— Carlos estaba tan angustiado que tuvo que contenerse para no saltar sobre el teclado.

Gus tecleó con rapidez, sintiendo que el corazón iba a salirse de la boca. El mensaje tardó unos segundos en pasar. La expresión de desaliento de Gus delató que no había funcionado:

— ICQ dice que ya no está conectada. El mensaje es de hace diez minutos, así que ya no debe estar en casa.

Carlos sintió que las lágrimas se agolpaban en sus ojos. Habían estado tan cerca... Ahora tendrían que ir a recoger el cadáver de otra niña. Toda una vida perdida por unos minutos... Tenía que haber algo que pudiesen hacer, cualquier cosa. No podía quedarse ahí parado mientras él la mataba.

— ¡Bien!— gritó Gus desde el ordenador. Carlos se giró hacia él, dispuesto a matarlo por aquella exclamación de alegría fuera de tono, sin permitir que su cerebro lo interpretase como una señal de esperanza.

— ¿Se puede saber de qué cojones te alegras ahora?— preguntó lleno

de ira.

— Parece ser que nuestro asesino ha ligado con una chica muy sociable— la sonrisa de Gus resplandecía—. Mirad lo que he encontrado en la información de ICQ de Susana: su número de móvil.

CAPÍTULO DIECISEIS

El cielo nocturno, de un intenso azul oscuro, estaba iluminado por multitud de estrellas. Carlos desvió su vista hacia el horizonte. El mar se agitaba, llevando hasta la orilla grandes olas cubiertas de espuma. La playa aparecía tranquila, sin gente. Caminó unos pasos por la tarima de madera desde la que observaba hasta situarse en la esquina de una cafetería, ahora cerrada, en la que pudo guarecerse del fuerte viento para intentar encenderse un cigarrillo. Una vez lo hubo conseguido, volvió a su puesto junto a la barandilla para vigilar de nuevo la playa. Por la orilla paseaba una agente de la Ertzantza, vestida con pantalones vaqueros y una camisa clara. Desde la distancia a la que Carlos se encontraba, habría pasado por una adolescente de quince años.

Llevaban allí algo menos de media hora, esperando que sus esperanzas se cumplieran, que el asesino acudiese a la cita y acabasen para siempre los viajes al infierno. Recordó con tristeza su conversación con Susana a través del móvil, la manera en que ella se había negado con desesperación a creer que lo que le estaba contando era cierto, su llanto al saber que todo había sido un engaño. Parecía haberle dolido más el hecho de que todo fuese mentira que la horrible posibilidad de haber sido asesinada esa noche. Volvió a preguntarse cómo era posible que Caronte les impactase tanto, que las enamorase hasta un punto en el que dejaban de pensar, de tener dudas o miedo y lo único que les importaba era un romance a través de una pantalla. Parecía que, después de todo, las advertencias que habían lanzado a través de la televisión no habían servido de nada. Ellas no lo iban a ver, no querían verlo. Pero por suerte, esa noche todo acabaría.

Paseó de nuevo, escuchando el eco de sus pasos sobre la madera. A pesar de

que debajo de la tarima estaba escondido un equipo de policías y de que sabía que no debía tener miedo de Caronte, su anterior cualidad de fantasma inaccesible le hacía sentirse intranquilo. Al girarse para seguir paseando, vio a dos personas que acababan de entrar en la playa. Si seguían así, Caronte nunca se atrevería a entrar. Hacía menos de un cuarto de hora que habían tenido que expulsar a un grupo de adolescentes que se entretenían intentando hacer caballitos sobre sus motos. Y ahora más gente. Tendría que echarlos, aunque no sabía si ponerle las cosas tan fáciles a Caronte podría hacerle sospechar.

Se encaminó hacia la pareja que paseaba por la orilla precedidos de un enorme perro que ladraba a las olas. Mientras llegaba, se planteó cómo pensaba Caronte llevar a cabo un asesinato en esa playa sin que nadie lo descubriese. Hacía un fuerte viento y eso había alejado a mucha gente, pero él no podía saber eso al planear la fecha de la cita y tenía que haberse imaginado que una playa podría estar bastante concurrida un sábado por la noche: jóvenes bebiendo cerveza, gente que paseaba a sus perros, parejas que iban a mirar el mar... ¿Dónde pensaba encontrar un lugar en el que no ser molestado hasta acabar su macabra tarea? Con un escalofrío, imaginó el cadáver de Susana, mutilado y ensangrentado debajo de la tarima. Sí, ese era el lugar más seguro. Consiguió vencer la sensación de malestar gracias a la seguridad de que Susana se encontraba ahora en la central, a salvo.

Se acercó a la pareja que paseaba por la orilla. Eran dos personas de alrededor de sesenta años, vestidos con ropa deportiva. Caminaban de la mano y sonriendo, deteniéndose de vez en cuando para hacerle alguna caricia al perro. Carlos pensó con ironía que parecían perfectos para un anuncio de planes de pensiones. Se dirigió a ellos, elevando la voz para que pudiesen oírle a pesar del viento, que era cada vez más fuerte:

— Perdonen, pero tengo que pedirles que abandonen la playa. Estamos en una investigación policial— les mostró con rapidez la placa que le identificaba—. ¿Pueden acompañarme, por favor?

— Por Dios, ¿es que estamos detenidos?— preguntó la mujer asustada.

— No, no, tranquila. Sólo quiero que me acompañen hasta la salida de la playa. Están entorpeciendo la investigación.

— Está bien, no hay ningún problema— dijo el hombre mientras pasaba su brazo alrededor de los hombros de la mujer para tranquilizarla antes de empezar a seguirle—. ¡Ferrer, vamos!

El perro fue detrás de ellos, saltando y corriendo de un lado a otro. Carlos empezó a andar hacia las escaleras de salida de la playa, seguido de cerca por la pareja. Miró varias veces en todas direcciones, preocupado por la posibilidad de que Caronte les hubiese visto y decidiese marcharse, pero no vio a nadie más por la playa.

— ¿Podría decirnos de qué se trata la investigación?— preguntó la mujer, que parecía ya más tranquila.

— Lo siento, no puedo darle esa información. Quizá se enteren por las noticias en los próximos días, si todo sale bien.

Por fin llegaron a la tarima y Carlos se despidió de ellos, agradeciéndoles su colaboración. Los dos se alejaron, comentando entre sí en voz baja y mirando atrás varias veces, intentando enterarse de algo. Carlos maldijo su mala suerte. Seguro que en media hora todo Muskiz estaría enterado de que había una investigación policial en la playa.

Volvió a colocarse en su posición, observando la orilla. Miró su reloj, preocupado. Pasaban casi cinco minutos de la hora de la cita. Empezó a pensar que habían fracasado de nuevo, que Caronte lo había sabido de alguna

manera y no iba a presentarse. Algo había fallado, pero no sabía qué. No podía ser que llegase tarde, después de todo él era el más interesado en acudir a esa cita. Aunque quizá se hubiese retrasado por algo e iba a presentarse de todos modos, convencido de que Susana estaba tan enamorada que le esperaría lo que hiciese falta. Paseó de nuevo, sin saber qué hacer. No podía suspender la investigación, marcharse de allí y que Caronte apareciese cinco minutos después. Esperarían mientras hubiese alguna posibilidad.

Se fijó de nuevo en la agente que paseaba por la orilla. También parecía estar impacientándose, caminaba de un lado a otro de la orilla, mirando a todas partes. Carlos se preguntó, sintiendo un pinchazo de ansiedad en su pecho, si Caronte estaría oculto en algún lugar, vigilándola como él, esperando el momento oportuno para atacarla como una bestia salvaje. No había manera de saber si también estaba observando desde algún lugar, agazapado, sediento de sangre... Y tampoco podía saber si había visto como desalojaba a la gente de la playa y había sospechado, o si en aquel momento le estaba vigilando a él. Al pensar eso un frío punzante recorrió su columna, haciéndole girarse con velocidad para ver si estaba a su espalda. No había nadie, pero a pesar de sentirse ridículo por ello, no pudo evitar dar una vuelta a la cafetería para comprobar también los rincones oscuros de la pequeña plaza que tenía detrás. Una vez que se hubo convencido de que estaba solo, volvió a su puesto de observación.

Otra persona había entrado en la playa. Carlos soltó una maldición entre dientes. Así no iban a acabar nunca. Bajó las escaleras hacia la playa para pedirle que se marchase. Al acercarse un poco vio que esta vez se trataba de una mujer joven, que paseaba por la orilla. El viento era cada vez más frío, así que, mientras Carlos se acercaba, ella se paró para atarse el largo abrigo negro que llevaba y subirse los cuellos. Carlos se colocó a dos pasos, empezando a aburrirse de repetir lo mismo tantas veces en la misma noche:

— Perdone, señorita. Tengo que pedirle que abandone la playa.

— ¿Y eso por qué? ¿Acaso es suya?— ella sonrió burlona y empezó a caminar de nuevo, sin escucharle.

— Perdone, pero estamos en una investigación policial y usted la está entorpeciendo— Carlos sacó de nuevo su placa y se la mostró con rapidez.

— ¿Podría ver eso más de cerca? Comprenda que es de noche y que a la velocidad a la que me la ha enseñado, eso podría ser su carné de la biblioteca— su tono era irónico y cortante.

Carlos resopló y le tendió la placa. Ella la examinó unos segundos, como si no creyese en lo que le estaba diciendo. Carlos esperó en silencio, empezaba a sentirse cansado. Primero unos chicos que se lo habían tomado todo a cachondeo, luego una vieja cotilla y ahora una chica con problemas para aceptar la autoridad. Si Caronte estaba por allí, no iba a entrar a la playa ni atado. Habría sido más discreto colocar un cordón de seguridad reflectante y una enorme pancarta en la que pusiese “Bienvenido al día de tu detención, Caronte”. La chica acabó de examinar la placa y se la devolvió.

— Bien, ya veo que es usted ertzaina, como dice. Pero, ¿de qué trata la investigación?

— Eso es confidencial. Usted lo único que tiene que hacer es abandonar la playa— respondió Carlos tajante.

— Lo único que quiero es saber por qué tengo que salir de una playa pública. Después de todo en la constitución se reconoce el derecho a la libre circulación, así que creo que merezco una explicación.

Carlos se sintió desesperado. No tenía la más mínima gana de ponerse a discutir sobre derechos constitucionales con aquella mujer y en esa situación, pero, si tenía que llevársela detenida, sería como anunciar su presencia con

fuegos artificiales.

— Mire, señorita. No voy a darle ninguna explicación más. O sale de la playa ahora mismo o la detengo por obstrucción a la justicia y la llevo a comisaría, donde le darán todas las explicaciones que usted quiera. ¿Qué elige?

— Está bien, está bien. ¡Qué humor! Sólo preguntaba, no hay por qué ponerse así— aunque su tono era de nuevo burlón y desafiante, empezó a andar hacia la salida, seguida por Carlos.

Cuando llegaron arriba, ella volvió a pararse y sacó un paquete de tabaco del bolsillo exterior de su mochila. Sacó un cigarrillo y le ofreció otro a Carlos. Este negó con la cabeza, no tenía ninguna gana de intimar con ella. La chica intentó encender el cigarro, pero el fuerte viento le llevaba el pelo hacia la cara y hacía difícil que el mechero funcionase.

— ¿Me puede ayudar? No puedo encenderlo— la chica sonrió, intentando congraciarse con él.

— Oiga, que no estoy aquí para hacer vida social. Lo único que quiero es que abandone la zona.

— Ya he salido de la playa, como usted me pidió. Si me ayuda con esto, prometo que no volverá a verme— la sonrisa de la chica seguía siendo sarcástica, lo que hacía que Carlos se sintiese incomodo en su presencia.

Suspiró y agarró el mechero decidido a acabar con aquello lo antes posible, mientras ella se sujetaba el pelo. La llama iluminó las facciones de la chica y unos ojos verdes y brillantes que le produjeron la sensación de un pasado y molesto recuerdo que no consiguió situar del todo, como si los hubiese visto en un sueño. Carlos le devolvió el mechero y se volvió hacia la playa, dando a entender que la conversación había acabado.

— ¿De verdad no puede decirme de qué trata la investigación?

— Ya le he dicho que no. ¿Es que es usted periodista?— Carlos se giró de nuevo, impaciente.

— No, simplemente curiosa. ¿Tiene que ver con terrorismo, con drogas, con inmigración...?— insistió ella.

— Que no le puedo decir nada— Carlos elevó el tono de voz, a pesar de que seguía intentando controlarse—. Y ahora, váyase.

La chica se alejó caminando, sin decir nada más. Carlos se situó de nuevo en su puesto y encendió otro cigarrillo. Siguió esperando, mientras vigilaba toda la línea de la playa y a la agente que ahora se había sentado un rato en la orilla. El cielo se había puesto gris, cubierto por las nubes que el fuerte viento había ido trayendo. Sólo faltaba que lloviese.

Las colillas apagadas fueron acumulándose a los pies de Carlos. Sus esperanzas empezaron a hacerse más y más lejanas. Había vuelto a ganarles. No podía imaginarse como lo había hecho pero había vuelto a burlarse de ellos. Lo más seguro es que le hubiese visto desalojando a alguien de la playa, quizá cuando echo a los motoristas, que no habían sido discretos precisamente. Golpeó con el puño cerrado la barandilla en la que se apoyaba, sintiéndose furioso. En ese momento oyó el ruido de unos neumáticos chirriando por la carretera que llevaba a la tarima. Un coche se acercó a toda velocidad. De las ventanillas abiertas salía una música atronadora. Aparcaron cerca de él. Dos parejas jóvenes salieron del coche con botellas de cerveza en las manos y se dirigieron hacia las escaleras de la playa. Por sus movimientos, Carlos dedujo que aquellas botellas distaban mucho de ser las primeras de la noche. Estupendo, ahora iba a tener que pelearse con un grupo de borrachos. Y lo peor de todo era que estaba seguro de que ya no serviría para nada. Aún así debía seguir, era su trabajo y se mantendría allí hasta estar seguro de que no

quedaba ninguna posibilidad. Cuando los chicos fueron a bajar las escaleras, se plantó delante y volvió a enseñar su placa:

— Perdonad, pero no se puede bajar a la playa. Hay una investigación policial en curso.

— ¿Una investigación? ¡Qué emocionante!— una de las chicas se acercó y miró su placa desde dos centímetros de distancia mientras se reía como loca. Los demás rieron con ella— ¿Y qué están investigando?

Carlos sintió que iba a estallar. ¿Qué había sido del respeto a la autoridad? ¿Es que todo el mundo tenía que preguntar lo mismo? ¿Tan difícil era que aceptasen lo que se les decía y dejasen de cotillear?

— Mirad, si no hacéis preguntas, yo no me plantearé quien de vosotros estaba conduciendo bajo los evidentes efectos del alcohol, así que dad la vuelta y entrad en el coche.

Los chicos se fueron, todavía riéndose. Carlos oyó a una de las chicas murmurar “vaya tío mas borde”, pero decidió dejarlo pasar y volvió a la barandilla, esperando poder seguir en su puesto al menos cinco minutos seguidos. Al cabo de un rato, sintió una gota caer en su mano. Estupendo, ahora se ponía a llover. El goteo fue haciéndose más intenso poco a poco hasta que de repente empezó a llover con verdadera fuerza. Carlos retrocedió unos pasos para refugiarse bajo el alero de la cafetería. El viento volvió a soplar haciendo que la lluvia cayese en horizontal y que su refugio dejara de ser efectivo. Al cabo de unos minutos tenía las ropas empapadas. Carlos miró hacia la orilla. La agente se paseaba rápido arriba y abajo, abrazándose fuerte para evitar el frío. Carlos sintió que ahí acababan las esperanzas. Estaba claro que Caronte no iba a venir ya. Desilusionado y frustrado, cogió el comunicador:

— Chicos, no ha funcionado. Nos vamos a casa.

III. LOS RESULTADOS

CAPÍTULO UNO

Su mundo se componía de frustración y dolor. Las lágrimas brotaban salvajes, descontroladas, haciendo que un rugido de furia surgiese de su garganta, como el grito de un animal salvaje. Había fallado. Susana se había escapado. No podía ser, simplemente no podía ser. Fue destrozando todo lo que encontraba en su habitación, mientras gritaba con desesperación, cada vez más fuerte, hasta que la garganta pareció romperse en un último alarido de agonía. Cayó al suelo y no intentó levantarse. Se quedó con la cabeza entre los brazos mientras su pecho se agitaba con violencia por los sollozos. ¿Qué podía hacer ahora? No había salvación, no había posibilidad de arreglarlo. Había fallado a todo lo que consideraba sagrado, no merecía vivir. La idea de la muerte volvió a aparecer en su mente como una salida, una salvación... Sólo quería dejar de sufrir, por siempre. Nunca pensó que sería tan difícil conseguir el perdón, que fuese a costar tantas lágrimas, tantas pesadillas, tanto remordimiento...

No podía seguir adelante, no tenía la fuerza suficiente. ¿De verdad debía pagar un precio tan alto? Sus pecados habían sido grandes, habían llevado a la muerte al ser a quien más quería, todo su mundo se había venido abajo por un capricho, pero ahora ya no podía hacer que el tiempo corriese hacia atrás, que nada de aquello hubiese pasado, que todo volviese a ser como siempre... Y toda aquella sangre, todas las muertes, no parecían haber acercado ni un paso ese perdón que tanto ansiaba. Se preguntó si aquello sería una condena para siempre y la sola idea casi hizo que enloqueciese.

No podía seguir viviendo así: sólo lágrimas, arrepentimiento y una culpabilidad que desgarraba su interior, como si su alma se negase a seguir dentro de alguien que ya no lo merecía. No quería que sus únicos momentos de

paz fuesen aquellos en que sus manos estaban cubiertas de sangre y un cuerpo yacía destrozado a sus pies. Pero tampoco había otra salida. Alguien debía pagar y además ellas habían cometido su mismo pecado: enamorarse de unas letras que aparecían en una pantalla. Debía evitar que provocasen el mismo dolor por el que ahora estaba pagando. Si alguien le hubiese aplicado ese castigo, todo el mal que había causado se habría evitado. Incluso lo habría agradecido. Hasta la más horrible de las muertes sería menos dolorosa que la condena que estaba sufriendo.

Los sollozos habían ido remitiendo, dejando un vacío en su interior, un cansancio infinito. Se levantó despacio del suelo, mirando el torbellino en el que había convertido la habitación. Todo estaba destrozado, como su vida, para la que ya no había arreglo posible. Lo único que podía hacer era seguir adelante, por mucho que doliese. Encontraría otra chica y todo volvería a ser como siempre. Sólo tenía que tener un poco de cuidado. Aquella noche habían estado muy cerca. Quizá debería marcharse a otro lugar. Al momento de pensarlo, se dio cuenta de que aquella salida también era imposible. Tenía que seguir visitando el cementerio, necesitaba seguir sintiendo cerca su presencia, en cada sitio que habían compartido, en cada recuerdo de una vida y un amor que se fue por su culpa. ¿Qué podía hacer? Lo único que se le ocurría era parar por el momento, dejarles que se confiaran, que pensasen que todo había acabado. Sí, eso haría. Renunciaría a su cuenta de ICQ y a los contactos que tenía y empezaría de nuevo. Los sacrificios debían esperar. Sería una temporada difícil. La culpa desgarraría su alma y acercaría su mente a la locura, pero debía actuar así si quería impedir que volviesen a acercarse. No sabía cómo habían podido enterarse de lo de Susana, pero a partir de ahora les resultaría mucho más difícil. Sin importar lo que ellos hicieran, no iba a permitir que los sacrificios parasen.

Natalia apartó la vista de las muestras que estudiaba a través del microscopio. No podía concentrarse, le resultaba imposible apartar su mente de Carlos. Había intentado volcarse en el trabajo, como había aprendido a hacer desde niña. Siempre había sido muy fácil, sólo pensar en seguir una serie de pasos ordenados y sistemáticos que te llevaban al resultado que estabas buscando, sin posibilidad de errores ni de interpretaciones erróneas. Pero hoy no funcionaba, quizá porque lo único que le importaba estaba lleno de interpretaciones, de matices, de verdades relativas...

No sabía qué pensar de Carlos. Comprendía que estuviese dolido y furioso por no haber podido atrapar a Caronte. Todos lo estaban. Había parecido que esta vez era seguro, que nada iba a fallar, que caería en sus manos y la pesadilla acabaría para siempre. Pero no había sido así.

Era doloroso, era desesperante, era aterrador, pero no podían dejar que aquello les hundiera. Ella tampoco quería pensar que todo podría volver a repetirse, que tendría que encaminarse hacia algún paraje abandonado a levantar otra sabana bajo las brillantes luces de un cordón policial. Esa misma imagen llevaba repitiéndose en sus sueños toda la semana, desde que había sabido que todo seguía igual y que Caronte volvía a resultar tan inaccesible como siempre había sido: la sombra, el fantasma... No había vuelto a aparecer en Internet desde aquella noche. Al principio, Gus había dicho que podía estar invisible, que no debían preocuparse porque volverían a cogerle, pero, después de entrar un par de veces a su cuenta usando su contraseña, sólo habían recibido mensajes preocupados de las chicas con las que antes chateaba preguntándole dónde estaba, por qué no las hablaba, pidiéndole con desesperación un mensaje de despedida, una explicación...

Parecía que lo había dejado todo atrás, que al menos le habían asustado. Quizá parase durante unos meses, dándoles la oportunidad de acercarse un poco más

sin tener encima la aterradora presión de la posibilidad de otra muerte. Si se sentía acorralado, no atacaría por el momento, pero Natalia sabía que no podría parar ahí. Si su obsesión era tan fuerte como parecía, si dominaba toda su vida, tendría que volver a hacerlo. Y ellos no sabían cuánto podría aguantar. Los crímenes podían parar por unos meses, pero también podía producirse otra muerte al siguiente fin de semana. No había ninguna manera de adivinar lo que pasaba por su mente. Si se hubiese asustado tanto como para desesperarse y acabar con su vida... Pero no, no debía pensar eso. Mientras no estuviesen seguros de que habían acabado con él, tenían que seguir trabajando con todas sus fuerzas. Y ahí era donde estaba el problema: daba la impresión de que a Carlos no le quedaban.

Cuando volvió el sábado de la playa, parecía otra persona: mucho más cansado, desilusionado, harto de luchar y de perseguir espectros. Les había explicado lo que había pasado y se había marchado a su casa sin hablar más con ellos, sin hacer más planes, como si lo que pasase a continuación ya no fuese con él. Natalia lo había comprendido en el primer momento. Aquella investigación estaba poniendo a prueba su resistencia, su capacidad de seguir luchando a pesar de no conseguir nada, a pesar del dolor que suponía cada derrota... Pero los días habían pasado y Carlos seguía igual. No había vuelto a pasarse por su casa, la evitaba en el trabajo, le daba largas cuando le llamaba por teléfono para pedirle que se reuniese con ellos... Sólo recibía confusas excusas acerca de lo ocupado que estaba revisando todos los datos y en su voz Natalia podía percibir como él se iba dejando caer en un pozo sin fondo hecho de alcohol y desesperación.

Intentó de nuevo concentrarse en el trabajo. Pensar aquello le hacía daño. No sólo Carlos había dejado muy claro que entre ellos no podría haber nada, sino que también se negaba a pedirle ayuda en ese momento en que tanto bien podrían hacerse el uno al otro. ¿Era ese su concepto de amistad, la idea que él

tenía de “estar siempre ahí”?

Las paredes del laboratorio se le caían encima. Tenía que hacer algo esa misma noche. Si seguía dejando que pasasen los días sin hacer nada, cada vez sería más difícil arreglar la situación. No quería pensar en la posibilidad de que todo hubiese acabado, de que todos se separasen y dejasen de luchar. No podía permitir que Caronte les venciese. Y sobre todo no podía permitirse perder a Carlos, no volver a verle o que llegase un día en que sólo se saludasen al cruzarse por los pasillos, como dos conocidos que nunca hubiesen compartido nada importante. Aunque él no lo supiera, había adquirido un compromiso al prometerle su amistad. Para ella aquello había sido importante y no iba a dejar que cayese en el olvido.

Carlos levantó el vaso frente a la imagen triste que le miraba desde el espejo. El reflejo le devolvió el gesto, brindando por su destrucción, saludándole con una sonrisa burlona y cansada. Carlos se dirigió al sofá y se dejó caer. Apuró el vaso hasta el fondo, de un trago, sintiendo el fuego del vodka recorrer su garganta y arder en el estómago para morir allí sin causar el efecto que había esperado. Su mente estaba nublada, su cuerpo estaba tan cansado que parecía que el sofá quisiera devorarlo y la habitación había empezado a girar lentamente a su alrededor. Pero el olvido no llegaba.

Dos vasos más tarde empezó a sentir la cabeza cada vez más embotada y los párpados empezaron a pesarle. Sonrió agradecido y se acomodó aún más en el sofá. Al menos el sueño le permitiría dejar de pensar. Mientras se hundía en la inconsciencia, rogó por un sueño tranquilo, sin las pesadillas que le acosaban noche tras noche. No quería volver a perseguir a Caronte por aquel bosque alfombrado de espejos, ni darse cuenta de que era él el perseguido por aquel monstruo que le acechaba entre los árboles y del que sólo podía percibir el

frío destello de unos ojos verdes antes de despertar gritando y cubierto de un sudor frío. Otra vez no, por favor. Necesitaba descansar.

Sus pensamientos fueron haciéndose más lentos y confusos, más pesados. Un ruido lejano, irritante y desagradable trataba de hacerle volver al mundo real. Se resistió durante unos segundos a aquel sonido, intentando que su mente se sumergiese más y más profundo en las brumas del sueño, pero el ruido continuaba allí, haciéndose cada vez más real y cercano. Se enderezó con torpeza, mientras intentaba reconocer qué era lo que le estaba molestando. El timbre de la puerta. Maldijo a quien hubiese venido a molestarle y trató de levantarse apoyándose en el brazo del sofá. Parecía que quien llamaba no estaba dispuesto a marcharse, los timbrazos eran cada vez más apremiantes. Carlos recorrió la distancia que le separaba de la puerta con paso inseguro y tambaleante y por fin abrió. Natalia apareció ante sus ojos, pulsando aún el timbre con insistencia. Él se apoyó en el dintel mirándola, preguntándose qué hacía ella allí y sobre todo, odiando a quien le hubiese facilitado su dirección. Le pareció que un aura negra la rodeaba. Lo que necesitaba en ese momento: una escenita.

Ella no dijo nada, como si esperase que él pronunciara la primera palabra. Carlos no se sintió con fuerzas para vocalizar algo inteligible, así que volvió a dirigirse al sofá, dejando la puerta abierta para que ella entrara. Intentó controlar su tambaleante andar. Cuanto menos borracho pareciese, menor sería la bronca. Por un momento estuvo a punto de darse la vuelta y decirle que se marchase, echarla de cualquier manera y que ella no volviese a mirarle a la cara. Natalia no tenía ningún derecho a venir a su casa a meterse con él. Oyó como suspiraba y cerraba la puerta despacio. Se acercó hasta colocarse a su espalda. Carlos no tuvo valor de girarse, no podía enfrentarse a ella. Había estado preparado para los gritos, para su desprecio, pero no para aquel silencio. Se sintió indefenso, avergonzado... Intentó concentrarse en la rabia,

en el odio que había sentido las últimas noches hacia Caronte y hacia sí mismo. Pero ya no estaban allí, únicamente encontró la vergüenza, el miedo infantil a quedarse solo y la certeza de estarlo, las ganas de llorar y las barreras que se lo impedían y que le ahogaban con más fuerza que una soga en la garganta.

Caminó un par de pasos y volvió a sentarse en el sofá, agachando la cabeza para hundirla en sus manos. Al cabo de unos segundos oyó de nuevo los pasos de Natalia. Ella se sentó, aún en silencio, con su cuerpo tan cerca que pudo sentir su calor. El salón pareció llenarse de pronto de un suave olor a lavanda, como si alguien acabase de abrir una ventana desde su oscuro túnel a un paisaje cargado de luz. Dejó que ese aroma le llegase muy dentro, capturando aquella sensación limpia y luminosa para poder recordarla cuando volviese a quedarse solo. Al cabo de unos segundos pudo hablar, sin miedo a que las lágrimas quebrasen su voz:

— ¿A qué has venido?— su tono no reflejó agresividad sino una curiosidad genuina.

Natalia no contestó, siguió en silencio. Carlos tuvo que levantar la cabeza, con miedo de que ella no estuviese ahí, de haberla soñado. Ella le miraba mientras una solitaria lágrima se deslizaba por su mejilla. Él no supo que decir. No podía entender qué era lo que pasaba, por qué los ojos de Natalia no reflejaban el asco que había esperado.

— Tienes que volver— suplicó ella en un susurro.

— ¿Para qué? No ha servido de nada, no le hemos atrapado... No le cogemos nunca. No me necesitáis— se sorprendió al descubrir que en su voz ya no quedaba rabia, sólo cansancio.

— Claro que ha servido de algo. Estamos mucho más cerca que al principio. Esta vez le cogemos— el entusiasmo de Natalia le sonó tan falso

que consiguió liberar algo de su rabia.

— Llevamos casi dos meses diciendo eso y no es cierto. Cada vez que hemos pensado que íbamos a atraparlo, se ha vuelto a desvanecer. Sólo estamos haciendo el gilipollas. Se está riendo de nosotros. ¿Es que no te das cuenta?— se encaró a ella mientras su voz subía poco a poco de volumen.

— Ya te avisé desde el principio de que no era fácil atrapar a un asesino en serie. Hace falta una personalidad fuerte y persistente...

—...que yo no tengo. No soy la persona que necesitáis y tampoco soy el adecuado para llevar este caso. Me rindo. Voy a dejarle el camino libre a Roberto— mientras iba hablando, se despreciaba más y más. Volvía a rendirse, a perder. La vida volvía a ponerle en su sitio, quitándole la ilusión de ser bueno en el único reducto de autoestima que le quedaba.

— No puedes hacer eso. Para Roberto sólo será un caso más, no lo sentirá como nosotros... Sabes que nadie más podría resolverlo— Natalia bajó aún más el tono de su voz—. Y además, ¿qué pasa con Gus y conmigo? No puedes dejarnos así.

— Tampoco puedo permitirme cargar con otra víctima— la miró implorante—. ¿Es que no ves el daño que me está haciendo esto?

Carlos volvió a enterrar la cabeza entre sus brazos mientras intentaba recuperarse. Se arrepintió de haber bebido. El alcohol había hecho que perdiese el poco autocontrol que podría haberle quedado. Sentía ganas de romper a llorar como un chiquillo y no quería hacerlo delante de ella. Notó el brazo protector de Natalia rodeando sus hombros, haciendo más difícil que se controlase.

— Yo creo en ti... — Natalia esperó unos segundos por si él quería contestar pero no recibió respuesta— Y creo que no puedes dejar el caso.

— Claro que puedo dejarlo. Va a ser lo mejor para todos...

— No, no puedes. Por mucho que te empeñes en considerar que hemos fracasado, ahora mismo hay una niña tumbada en su cama en lugar de en la sala de autopsias y eso es gracias a nuestro trabajo. Y no creo que otro lo hubiese conseguido.

— Yo creo que sí— insistió él, apartándose.

— Pues yo pienso que, si dejas el caso y vuelve a aparecer otra víctima, vas a pasarte el resto de tu vida culpándote por no haberlo intentado, planteándote que quizá tú sí hubieses podido salvarla. Y empezarás a torturarte al darte cuenta de lo cerca que estuvimos, de la cantidad de pistas que teníamos...

— Yo sólo veo indicios falsos y caminos cerrados.

— Eso no es cierto. Tenemos los informes psiquiátricos, tenemos a Gus y sus amigos de Internet para hacerle la vida más difícil, sabemos por donde empezaron los asesinatos... Podemos seguir investigando— el entusiasmo de su voz sonaba más auténtico ahora. Quizá era cierto que creía en él.

— ¿Y si esos caminos también se cierran?

— Encontraremos otros. Pero tenemos que estar los tres juntos— le sonrió con dulzura—. ¿No nos querrás dejar sin el tercer mosquetero?

— ¿Y d'Artagnan?— replicó Carlos, esbozando una media sonrisa.

— Ah, pues no sé...— aquello pareció descolocarla— Ya buscaremos algo, por eso no te preocupes.

— Está bien pero, si se trata de otro colaborador de pago, te encargas tú.

— ¿Significa eso que vuelves?

Carlos se permitió un par de segundos de duda. ¿Qué otro camino le quedaba? No se veía con fuerzas para seguir adelante, pero lo que había dicho Natalia era cierto. Estaba demasiado implicado en el caso como para dejarlo y olvidarse. Cada nueva muerte iba a dolerle, llevase el caso o no.

— Lo intentaré. Si esa va a ser la única forma de que salgas de mi casa...— su sonrisa fue algo más amplia esta vez.

— No creerás que voy a marcharme y dejarte así sólo porque me has dado la razón.

— Pues la verdad es que sí lo creía.

— No, te necesitamos en buena forma. Ahora mismo vas a ir a darte una ducha mientras yo te preparo algo de cenar y arreglo un poco todo esto. Y después vas a ir a la cama. Y no pienso irme a mi casa hasta que estés acostado y dormido.

Carlos intentó pensar algún comentario cortante que la hiciese marcharse, pero no se sintió con fuerzas. Seguía estando cansado y tenía la mente nublada por el vodka, así que, sin decir nada, se levantó y se dirigió al cuarto de baño. Mientras estaba dentro, oyó el ruido de cristales que hacía Natalia al tirar todas sus botellas. Sonrió sintiéndose más tranquilo. Quizá era eso lo único que estaba necesitando: que alguien pusiese algo de orden en su vida.

Fue saliendo lentamente de entre las brumas del sueño, el primero sin pesadillas desde hacía muchas noches. La suave luz que entraba por las rendijas de la persiana le indicó que volvía a ser de día. Le sorprendió que aquella luz no hiriese sus pupilas con un lanzazo de dolor. ¿No había bebido la noche anterior? No lograba recordar con claridad, pero la leve punzada que

sintió en la cabeza al intentar incorporarse le informó de que su estado de sobriedad no había sido completo. Se sentó en la cama y se frotó con fuerza los ojos, intentando despejarse. Al abrirlos descubrió a Natalia, dormida al lado de su cama, en una de las butacas del salón. ¿Qué hacía ella allí? El recuerdo empezó a llegar, a retazos. Ella había estado allí la noche anterior y él le había prometido que volvería a la investigación. El peso de la responsabilidad amenazó con volver a aplastarle, pero una mirada a Natalia bastó para desvanecer la angustia. No iba a estar solo, su vida volvía a tener algo por lo que vivirla. Por mucho que doliese, debía intentarlo, debía volver a concebir esperanzas. No podía seguir escondiéndose siempre por miedo al dolor, no podía seguir huyendo de Caronte... Ni de Natalia.

La observó, iluminada con la suave luz de la mañana. Estaba acurrucada en la butaca, abrazándose las rodillas dobladas. Parecía tan pequeña... Sus labios se curvaban en una sonrisa, haciéndole parecer dulce e indefensa. Varios mechones de pelo habían escapado ocultando parte de su rostro. Carlos deseó estirar su mano y acariciar esos mechones, poder descubrir del todo su cara y observar mejor la curva de sus cejas, sus ojos cerrados, la paz que irradiaba su rostro. Pero no se atrevió. No quería despertarla. Quería disfrutar unos segundos más de tenerla allí, de contemplarla sin explicaciones ni miedos, de quererla en silencio. Se sorprendió por ese pensamiento, aterrado al tomar conciencia de algo que debía llevar ocultándose a si mismo mucho tiempo. ¿De verdad la quería? ¿O era el miedo a volver a quedarse solo?

Natalia empezó a moverse en la butaca. Pestañeó varias veces y después le miró, desorientada durante un momento, y le sonrió.

— Buenos días. ¿Llevas mucho tiempo despierto?

— No, acabo de despertarme. Todavía estaba intentando descubrir qué hacías aquí.

— Se hizo muy tarde y como quería estar segura de que no ibas a volver a levantarte para rescatar tus botellas, decidí quedarme. ¿Te molesta?

— No, para nada— Carlos sonrió, intentando expresar su agradecimiento—. Pero estarás molida, no deberías haber dormido en esa butaca.

— Es que no tienes más camas.

— Ya, pero ésta es muy grande— Carlos le lanzó una sonrisa picara.

— Gracias pero, tal como estabas anoche, no habrías podido garantizarme que te ibas a comportar como un caballero.

— Ni falta que hacía. Ya es la segunda vez que dormimos juntos, mujer. Habrá que empezar a soltarse, ¿no?

Natalia se levantó de la butaca riendo y le lanzó un cojín.

— Voy a prepararte un café cargado. Creo que el alcohol sigue afectándote el cerebro— miró su reloj mientras se dirigía a la puerta—. Y vete vistiéndote que no vamos a llegar a tiempo.

Salió de la habitación. Carlos volvió a tumbarse, entrelazando las manos bajo su cuello y mirando al techo con aire soñador. Se sentía alegre, como si hubiese recuperado la libertad y las fuerzas. Se quedó disfrutando de esa sensación, de la luz de la mañana recién estrenada, de los sonidos que hacía Natalia en su cocina. Era tan agradable tener a alguien allí, no enfrentarse solo a un nuevo día... Ella apareció de nuevo en la puerta del dormitorio.

— El desayuno ya está. Oye, ¿no te he dicho que te levantarás que no llegamos?

— Ya voy. Tardo un minuto en vestirme.

Natalia volvió a salir. Carlos se sentó en la cama, mirándola alejarse por el

pasillo. Ella se giró y le miró con gesto preocupado:

— Oye, te acuerdas de lo que dijiste ayer, ¿verdad? ¿Vas a volver a la investigación?

— Claro. En cuanto salga del trabajo, me paso por tu casa.

Ella sonrió feliz y volvió a la cocina. Carlos se levantó por fin. Su conciencia intentó hablarle de nuevos fracasos, de esperanzas que volverían a ser destrozadas. Apartó esos pensamientos. Le daba igual lo que fuese a pasar en los días siguientes. Esa mañana se sentía feliz.

CAPÍTULO DOS

Era extraño volver a encontrarse los tres juntos, sentados alrededor de la mesa, con un café delante y un cigarrillo humeando en la mano. Sólo había pasado una semana, pero, ante la posibilidad de que esa situación no volviera a repetirse, el tiempo había parecido mucho más largo. Natalia dio un sorbo a su taza, esperando a que alguno de los dos hablase primero, que retomasen de nuevo la situación donde la habían dejado, como si nada hubiese pasado, como si la posibilidad de perder a Carlos sólo fuese parte de un mal sueño.

Carlos abrió su libreta, echó un rápido vistazo a sus últimas notas y empezó a hablar:

— Bien, veamos por dónde íbamos. Tenemos abiertas varias líneas de investigación en este momento, así que habrá que repartirse las tareas. Natalia, ¿tú que estabas haciendo?

— Sigo revisando los historiales clínicos de los suicidas frustrados. Siento ir tan lenta, pero es difícil descartar a alguno teniendo los datos sólo sobre el papel.

— Ya, pero no podemos interrogarlos a todos.

— Lo sé. Es sólo que estoy tardando algo más de lo que había planeado. Espero poder empezar a facilitarte algún nombre para finales de semana.

— Tranquila, tomate el tiempo que necesites. Es preferible que tardes un poco a que tengamos su historial en la mano y lo descartemos por tener demasiada prisa— Carlos la sonrió tranquilizador. Natalia sintió que todo había vuelto a la normalidad. Allí estaba de nuevo él organizando la

investigación, dándoles ánimos. Volvía a tener la sensación de que todo estaba bien, de que volvían al camino correcto—. ¿Y tú, Gus?

— Pues yo no estoy haciendo prácticamente nada. Me siento frente a la pantalla y espero a ver si se conecta, pero por el momento no aparece y, por los mensajes de sus amiguitas pidiéndole que les diga algo, empiezo a temer que haya abandonado la cuenta.

— Mierda, al final le asustamos. ¿Cómo vamos a encontrarle ahora?— Carlos encendió otro cigarrillo y arrojó con furia el paquete de tabaco sobre la mesa.

— Natalia dice que puede ser que vaya a estar parado durante algún tiempo. ¿No es cierto?— ella asintió animando a Gus a que siguiese hablando — Así que seguiré vigilando para cuando aparezca.

— Pero, ¿no es posible que haya abandonado la cuenta para siempre? — preguntó Carlos— ¿Qué haremos si se hace otra?

— Yo creo que no puede hacerse otra. Parece que el nick y los datos son importantes para él— repuso Natalia.

— Pero puede hacerse otra cuenta con los mismos datos— objetó Gus. Carlos y Natalia le miraron preocupados—. No os asustéis, puedo saber si alguien se hace otra cuenta con esos datos en cualquier momento. ICQ te permite hacer búsquedas y saber cuántos usuarios usan el nick de Caronte o cuántos que se llamen Alex dicen vivir en el norte de España. No se nos escapará.

— Bien, entonces tú vigilaras por si vuelve y seguirás revisando chats — Carlos miró a Gus, esperando una protesta, pero éste asintió con firmeza—. También quiero que encuentres todos los datos posibles sobre esas chicas que le escriben. Hay que avisarlas por si decide volver a contactar con ellas. En

cuanto tengas algo, me lo pasas y yo me encargaré de ir a hablar con ellas y sus familias.

— No te preocupes. Creo que podré conseguir los números de teléfono desde los que se conectan en un par de días— informó Gus—. Si conseguimos hablar con ellas, tendremos acceso a más chats de nuestro chico. En algún momento se le habrá escapado algo.

— Bien, yo voy a ir mañana a casa de Susana a interrogarla con más profundidad. Por fin tenemos una víctima con la que se puede hablar, así que no debemos desaprovecharlo. Después recogeré su ordenador y, antes de dejarlo en comisaría, pasaré por aquí para que hagas una copia de lo que necesites. Yo seguiré las pistas que pueda sacar de mi conversación con Susana y, en caso de que tampoco sirva de nada, volveré unos días a San Sebastián a seguir investigando la vida del verdadero Alex. ¿De acuerdo?

Gus y Natalia asintieron y, de inmediato, se levantaron para empezar con sus tareas, con fuerzas renovadas. Carlos empezó a revisar las notas de Natalia acerca de los expedientes psiquiátricos que ya había revisado, con la esperanza de que a él le dijese algo. Después de unos minutos luchando contra los extraños términos que ella utilizaba, levantó la mirada de los papeles y se encontró con sus ojos, que le observaban con fijeza.

— ¿Pasa algo?

— No, nada... Es sólo que... ¿Podrías acompañarme un momento?— preguntó Natalia.

Carlos asintió y se levantó del sillón para seguirla. Ella se encaminó hacia el pasillo y le guió hasta una de las habitaciones del fondo. Al llegar a la puerta se giró y le miró durante un segundo, para bajar después los ojos. Él se quedó plantado delante, sin saber qué significaba aquella situación.

— ¿Qué pasa, Natalia? ¿Algo malo?

— No, es que yo... Bueno... Quería agradecerte que hubieses vuelto a la investigación, para mí es algo muy importante que estés de nuevo con nosotros...

— No tienes por qué agradecerme nada. Después de todo, es a mí al que han asignado el caso. Sois vosotros los que me estáis ayudando, yo debería daros las gracias...— repuso Carlos, sintiéndose cada vez más incomodo.

— Bueno, es sólo que me gusta que estés de nuevo con nosotros— ella levantó la mirada y le sonrió. A Carlos le pareció que se ruborizaba—. Te he echado de menos, así que te he comprado un regalo.

— ¿Un regalo? ¿Y qué es?

Natalia abrió la puerta de la habitación. Carlos entró y una pequeña bola de pelo salió disparada hacia él hasta chocar con sus piernas. Carlos miró hacia abajo, extrañado.

— Es d'Artagnan. Pediste un nuevo colaborador y aquí lo tienes. Ahora ya estamos todos— Natalia se agachó a su lado, acariciando al perro. Levantó la vista y se encontró con la mirada extrañada de Carlos—. ¿No te gusta? Es un pastor alemán.

— Claro,... sí que me gusta. Pero, ¿cómo voy a cuidar yo un perro? Me paso el día fuera de casa y no sé nada de estos bichos.

— Si no lo quieres, puedo devolverlo— dijo Natalia con voz apenada.

— No es eso, me encanta. Pero, con todo el lío que tengo con el caso, no voy a tener tiempo— repuso Carlos, intentando no contrariarla. En realidad, había pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien le había hecho un regalo sin ninguna razón y aquello le había conmovido sin que

podiese explicar bien el por qué.

— Eso no es problema. Puede quedarse aquí mientras dure la investigación. Será el perro del equipo y lo cuidaremos entre todos. ¿Mejor así? Yo te enseñaré como criar a un cachorro.

— Está bien— Carlos se agachó también y trató de acariciar el lomo del perro, a pesar de que a éste le pareció mejor idea intentar morderle la mano. Natalia le sonrió, ilusionada, como si fuese ella la que acababa de recibir un regalo. Carlos le devolvió la sonrisa, contagiado por su alegría—. Gracias de verdad... Por todo.

Le hubiera gustado agradecerle el hecho de que pensase en él como alguien importante, o sus palabras de la noche anterior, o la manera en que se preocupaba por él, pero sólo pudo mirarla con una sonrisa en los labios, deseando que ella pudiese leer todo aquello en su mirada. Natalia se levantó del suelo y agarró al perro para dirigirse con él al salón. Una vez en la puerta se giró para que él la siguiera:

— Vamos, tenemos que presentarle a Gus. Después de todo, él se pasa todo el día aquí, así que tendrá que sacarlo a la calle.

— Espero que no pida un aumento por esto. Ya sabes lo pesetero que es.

Natalia rió y se dirigió al salón. Carlos la siguió, comparando en su mente sus negros pensamientos de la pasada noche con lo que sentía en aquel momento. Al entrar al salón y ver a Gus y Natalia jugando con el perro, se sintió tan a gusto como si estuviese en familia.

Gus apartó la vista de la pantalla. Hacía rato que no oía al perro hacer ningún ruido y eso sólo podía significar malas noticias. Se levantó y empezó a

buscarlo por la casa. Al cabo de unos segundos oyó el sonido de sus pasos al correr por el pasillo. El perro se acercó a él, con la cabeza gacha:

— ¿Dónde estabas, Art?— le preguntó Gus, agachándose a acariciarle — ¿No habrás vuelto a hacerte pis en una de las alfombras?

El perro siguió con la cabeza agachada, como si no supiese de qué le estaba hablando.

— Lo has hecho— Gus suspiró—. Nos estás buscando la ruina, chaval. Tú no sabes lo especial que es Natalia para sus cosas. Para ti no es tanto problema, aunque la culpa sea tuya, porque eres pequeño y simpático, pero a mí me va a arrancar la piel a tiras... Oye, que te estoy hablando...

Art se había levantado y se dirigía al salón meneando la cola, como si nada hubiese pasado. Gus resopló con fuerza, se levantó y fue a buscar el lugar del “accidente”, mientras se decía a si mismo que se notaba que el perro era de Carlos porque ambos eran igual de bordes. Por suerte, sólo tuvo que fregar el suelo de la cocina. Después regresó al salón. El cachorro estaba tumbado sobre la alfombra. Levantó la vista al oírle entrar.

— Bueno, ya está arreglado. Ahora te quedas ahí quieto y, si quieres algo, lo pides, ¿entendido? A ver si te portas bien que tengo más cosas que hacer que andar todo el día detrás de ti para que no hagas ninguna tontería.

El perro bostezó y apoyó la cabeza sobre las patas delanteras, dejando bien claro que no le importaba lo que Gus tuviese que hacer.

— Desagradecido. Ya me vendrás llorando cuando llegue la hora de comer.

Volvió a sentarse al ordenador para continuar con los chats. Llevaba ya dos días revisando lo que habían sacado del ordenador de Susana, a pesar de que no tenían muchas esperanzas de encontrar algo importante. Carlos ya se había

pasado varias horas interrogando a Susana sin conseguir nada de ello. Para Susana todos los datos que Alex le había dado habían sido ciertos, nunca había sospechado nada de él, no podía recordar ningún detalle extraño... Sin embargo, habían decidido ser metódicos y revisar los chats por si, sabiendo lo que ellos sabían de Caronte, alguno de los datos podía interpretarse de otra manera. Mientras encendía el enésimo cigarrillo del día, abrió el chat que había dejado a medias minutos antes:

- *A veces creo que vas a pensar que soy un enfermo o que no tengo vida cuando te digo que no hago otra cosa más que pensar en ti.*
- Y lo pienso.
- *¿De veras? :-/*
- No, tonto, es broma... Es sólo que nunca me cuentas cosas de como es tu vida allí, de tus amigos... Sólo quieres hablar de mí.

Gus sonrió. Parecía que Susana era una chica lista, al menos se lo estaba poniendo difícil.

- *Es que me interesa todo sobre ti. Cada cosa que me cuentas me hace ver lo increíblemente maravillosa que eres. Podría pasarme la vida oyéndote hablar.*
- Bueno, yo no creo que sea tan interesante. Llevo una vida de lo más normal.
- *Pero es tu vida, la vida de la persona que amo. ¿No comprendes que me fascine?*
- Pues gracias. No sé qué decir.
- *¿Qué tal que me quieres?*

- Te quiero.

Suspirando de aburrimiento, Gus se echó hacia atrás en el respaldo. De lista, nada. Ya volvían a lo de siempre.

- *Yo también te quiero, mi vida. No sé cómo voy a poder esperar hasta que podamos vernos. Me muero por verte a mi lado, por oír tu voz...*
- Eso se puede arreglar. No hace falta que te mueras. :-)
- *¿Qué quieres decir?*
- Que si quieres oír mi voz, me puedes llamar por teléfono.
- *¿Llamarte? ¿A casa?*
- Sí, claro. O al móvil, como prefieras. Te puedo dar el número ahora mismo.
- *Bueno, es que no creo que sea buena idea.*
- ¿Por qué? ¿No decías que querías hablar conmigo?

Gus se inclinó hacia la pantalla, interesado. Parecía que al final la chica iba a conseguir algo. Si ella había logrado que la llamase por teléfono, quizá Carlos pudiese pedir una orden judicial para saber la lista de llamadas que Susana había recibido ese día.

- *Ya, pero es que a ver cómo le explico yo a mi madre que he puesto una conferencia de varias horas a otra provincia.*
- ¿Cómo que varias horas? Será solo un momento.
- *Sí, claro. A ver quién me arranca a mí de la línea telefónica una vez que escuche tu voz. Será imposible, créeme. Me conozco. :-)*
- Está bien. Dame tu número. Te llamaré yo.

Al leer esa frase, Gus estuvo a punto de botar en la silla. ¿Tan fácil iba a ser?

Pero, en ese momento, el chat acabó. Caronte se había desconectado. Gus se quedó mirando a la pantalla, perplejo. ¿Por qué habría hecho eso? Se comportaba con tanto cuidado como si en todo momento fuese consciente de que iban a seguirle la pista, de que iban a leer sus chats. Casi parecía que Caronte hubiese sabido desde siempre que él estaría allí, atento a cualquier pequeño error. Por un momento tuvo la absurda sensación de que Caronte lo conocía todo de él, de que sabía desde el principio quien era y que estaba haciendo, como si estuviese observándole desde la esquina del salón, oculto en la penumbra. Ante ese pensamiento, un escalofrío recorrió su espalda y tuvo que volverse para comprobar que estaba solo. Art se sobresaltó ante su rápido movimiento y se levantó para situarse a los pies de Gus. Éste le acarició las orejas, sintiéndose más tranquilo por su presencia. Había que ver lo tonto que era. ¿Por qué dejaba que su imaginación se desbocase de esa manera? ¿Y por qué, siendo tan miedoso, se había metido a buscar fantasmas? Más tranquilo, buscó el siguiente chat. Empezaba dos minutos después de que el anterior acabase. Lo abrió, con la esperanza de que Susana pudiese todavía convencerle para que realizase esa llamada.

- *Lo siento, ICQ se desconectó. No sé qué ha pasado.*
- No te preocupes. Pasa mucho. De todos modos, pronto nos veremos y dejaremos de depender de este cacharro.
- *Sí, no te imaginas lo feliz que me hace pensar eso. Es lo único que me hace seguir adelante.*

Gus sintió ganas de golpear el ordenador. ¿Qué pasaba con la llamada? ¿Lo iban a dejar así? ¿Es que ella no se daba cuenta de que Caronte se había desconectado para ganar tiempo?

- La verdad es que ya estoy bastante harta de hablar a través del ordenador.

- *Yo también, cariño. Pero por ahora es todo lo que tenemos.*
- No, podríamos hablar. Para mí sería muy importante escuchar tu voz, saber que eres alguien real.
- *Claro que soy real. ¿A qué viene eso?*
- A que a veces me da la impresión de estar enamorada de un programa informático. No sé nada de ti. Todo lo que me has dicho podría ser mentira.

Gus sonrió con satisfacción. Al menos ella era insistente, A ver cómo se escapaba ahora de esta.

- *¿Es eso lo que piensas de mí? Pensé que lo que teníamos era importante, que te hacía feliz.*
- Y me hace feliz, pero necesito más.
- *Pues por ahora no puede ser.*
- ¿Por qué? ¿Qué tiene de malo que hablemos por teléfono?
- *Que me voy a poner muy violento. No voy a saber cómo expresarte lo que siento en un par de minutos. En serio, Susana, prefiero que sigamos así hasta que nos encontremos. Quiero conservar esta magia... y quiero saber si confías en mí. Espero que me perdones, pero no puedo darte mi número. :*(*
- Como quieras. Pero espero que tengas razón y podamos vernos pronto porque esto me está volviendo loca.

La conversación siguió por unos minutos más, pero el resto fueron sólo comentarios intrascendentes acerca de lo que Susana había hecho ese día. Gus no podía explicarse cómo se le podía haber escapado a Susana con tanta facilidad. Si hubiese pillado con él, no le habrían servido esas excusas... La idea de que aquella conversación contenía alguna pista importante martilleaba

en su cerebro. Era imposible que Caronte fuese cuidadoso hasta ese extremo. Tal y como había comenzado la conversación, se exponía a perder a Susana y todo por no dejar unas pistas que podían no ser encontradas nunca. Si, como opinaba Natalia, era tan importante para él conseguir nuevas víctimas, no debería arriesgarse tanto a perderlas.

Abrió las cuentas de las otras chicas, haciendo búsquedas apresuradas en todos los chats de las palabras “llamada” y “teléfono”. No encontró nada en los chats de Patricia. Le pareció normal. Sólo habían hablado durante un mes y, casi desde el principio, estuvieron haciendo planes para encontrarse lo antes posible. Patricia había sido la más confiada, se había echado en sus brazos sin ninguna renuncia, sin ninguna duda, buscando el amor de una forma ciega y desesperada. En ningún momento había intentado probarle. Gus sintió de nuevo el dolor de aquella pérdida, como un sollozo contenido que esperase agazapado en lo más profundo de su alma. Controló ese sentimiento. No serviría de nada volver a llorar, con eso no las ayudaría. Abrió los chats de Bianca. Era la que más tiempo había hablado con él, la idea de llamarse por teléfono se le tenía que haber pasado por la imaginación en algún momento de aquellos cuatro meses. Realizó la búsqueda y uno de los chats se lo confirmó. Puso en marcha la reproducción del chat, sintiéndose cada vez más cerca de algo importante.

- Es sólo que me gustaría poder tener algo de ti, una carta, una llamada de teléfono, una foto de verdad...
- *Pero si ya tienes mi foto, tonta.*
- Me refiero a algo de papel, algo que tú hayas tocado. Ya sé que es una tontería.
- *Lo comprendo, pero es que nos vamos a ver enseguida, en cuanto pueda ir para allá. Podría ser este mismo fin de semana y la carta*

llegaría después de mí. Mejor te la doy en persona.

- Bueno, si ya te tengo conmigo, no voy a necesitar la foto.
- *Y no la necesitas. Yo siempre estoy contigo. :-)*
- ¿Tampoco podrías llamarme por teléfono?
- *Es que prefiero no tener que darle muchas explicaciones a mi madre sobre lo nuestro. Ya sabes cómo son las madres. Si se entera de que me he enamorado por Internet, es capaz de quitarme la conexión.*
- Está bien, no te preocupes.

Bianca no había insistido más, por eso el detalle se le había escapado la primera vez que leyó el chat. Sin embargo, durante el resto del chat Bianca había parecido más triste, defraudada. Gus volvió a preguntarse cuál podía ser la razón por la que él no quería llamarlas. En ambas ocasiones había puesto la misma excusa, como si ya la tuviese ensayada por si algún día se encontraba en esa situación.

Se levantó de la silla y empezó a caminar por la habitación, pensando. No le cuadraba la idea de que la causa fuera su excesivo cuidado de que su número no quedase registrado en ningún lugar. Podría haberlas hecho felices llamándolas desde una cabina y habría seguido preservando su anonimato. ¿Qué podía impulsarle a negárselo a riesgo de que la presa se escapase? La respuesta llegó como una luz. Su voz. Había algo en su voz que no encajaba, que él no quería que ellas escuchasen, incluso corriendo el peligro de perderlas. Emocionado se lanzó hacia el teléfono para comentarle sus ideas a Natalia.

CAPÍTULO TRES

La inactividad de los últimos días hacía que la locura se acercase demasiado. Sólo llevaba dos semanas esperando, pero ya empezaba a resultar insoportable. La culpa iba creciendo, un poco más cada día, instalándose en su pecho, invadiendo todo su interior, amenazando con quedarse para siempre, con ir creciendo y creciendo hasta que no quedase más espacio, hasta hacer que todo su ser estallase por la angustia. Y sabía lo que sucedería entonces, que el dolor sería tan insoportable que le parecería que sólo en la muerte podría encontrar el descanso. Pero no quería morir, no todavía. Quedaba mucho por pagar.

Se quedó unos minutos mirando su cuenta de ICQ en el ordenador. No se había conectado a Internet, no tenía valor para ello. No sabía lo cerca que ellos podían estar y no se atrevía a arriesgarse. Había mucho en juego. Así que se limitaba a mirar el programa, los nombres de todas las chicas que había ido consiguiendo y que ahora ya no servirían de nada. Todos aquellos contactos estaban contaminados, debía renunciar a todas ellas. Sintió la frustración golpeando su pecho, como un latigazo en su interior. Con algunas lo tenía tan cerca... Cada uno de esos nombres era un momento de paz, un paso a la redención que ahora estaba vedado.

Intentó tranquilizarse. No debía dejarse llevar por la rabia y la pena. Debía controlarse mucho en esos momentos. Todos sus sentidos parecían tensados al límite, sus sentimientos estaban a flor de piel haciendo que la crueldad del mundo y de sus recuerdos resaltase como una luz potente y cegadora. Y sabía que iría a peor. No sabía cuánto tiempo podía llevarle idear una manera de seguir adelante con la seguridad de que ellos no iban a enterarse hasta que

fuese demasiado tarde. Sabía que, cada día que pasara, sentiría como los remordimientos iban haciéndose más fuertes, reclamando un pago que no se estaba produciendo. Después llegaría la locura. Ya no podría contenerse y tendría que arriesgarse a celebrar un sacrificio o acabar con su vida sin haber completado el pago. Acabar con su vida... Si fuese tan fácil, si tuviese valor, si pudiese convencerse de que después no habría nada más que paz y vacío... Descansar, al fin.

Alejó ese pensamiento, que volvía de manera recurrente, cada día con mayor intensidad. Volvió a mirar la pantalla y acarició con suavidad el monitor pasando con delicadeza su dedo índice por cada uno de los nombres. Eso era lo más cerca que podría estar de ninguna de ellas. Una lágrima de rabia resbaló por su mejilla. No era justo, habían cometido su mismo pecado e iban a salir indemnes. No habría muerte para ellas, no habría dolor ni culpa. Ni siquiera sabrían nunca el alcance de su crimen. No podía soportar seguir viendo sus nombres: un monumento a sus fallos, a su desdicha. Cogió el ratón y, casi sin pensar en lo que hacía, borró su cuenta del ordenador.

Natalia cerró el último expediente, marcándolo con un gran “NO” en la primera página. Por fin, después de días y días de dudas y trabajo había terminado con aquello. Empezó a separar los expedientes en dos montones, retirando los que había desechado. Cuando acabó se quedó mirando los dos bloques, indecisa. ¿Lo habría hecho bien? El informe de Caronte podía habersele pasado y estar en el montón de los que había rechazado, o quizá lo descartó al principio, cuando tuvo que hacer la criba para saber qué informes debían pedir. O quizá sus hipótesis estaban equivocadas desde el principio y nunca había estado internado, o nunca había intentado suicidarse... Tenía que parar aquellas dudas o se quedaría toda la eternidad paralizada delante de

esos montones, dudando.

Se levantó y guardó los informes descartados en uno de los armarios de su salón. Allí se quedarían por el momento. Si había suerte y todo aquello servía para algo, no tendría que volver a pensar en ello. Si no funcionaba, tendría que volver a sacarlos y plantearse en qué se había equivocado, lo cual era muy probable. Ella no era psiquiatra, ni psicóloga, y aquel trabajo le venía bastante grande. Había tardado días en leer los informes, consultando continuamente manuales de psiquiatría de los que sólo entendía la mitad. Basándose en aquello había tenido que descartar nombres, temiendo estar equivocándose a cada segundo.

Volvió a la mesa y observó el fruto final de su trabajo: diecisiete posibles asesinos. Ya estaba, no merecía la pena darle más vueltas. Tendría que servir, ella no podía hacerlo mejor. La culpabilidad hizo que se plantease si debía confiarle sus dudas a Carlos. No era justo para él que se pasase semanas investigando a aquellas personas cuando ella, que era la principal propulsora y defensora de aquella línea de investigación, tenía tan poca confianza en que fuese a dar resultados.

Y además estaba lo que Gus creía haber encontrado leyendo los chats. Ya contaban con la posibilidad de que el asesino tuviese alguna malformación desde el principio de la investigación y aquello parecía corroborarlo. Era posible que lo que traumatizaba a Caronte fuese un defecto en su voz: que tartamudease, que no hablase... Y sin embargo, algo le decía que no era sólo eso, que tampoco quería que le viesen, que había algo en su físico que tampoco encajaba. No tenía ninguna prueba de ello, pero una especie de sexto sentido se lo decía.

De todos modos, habían añadido la hipótesis de Gus a las ideas que ya tenían del asesino, aunque no contribuía a que la investigación fuese más fácil. Era

más sencillo encontrar a alguien con una deformidad física evidente que a alguien con un defecto en su voz, defecto que, por otra parte, podría encontrarse solamente en la imaginación de Caronte.

Suspiró, frustrada. Hipótesis, hipótesis y más hipótesis... Cada nueva idea parecía confirmarlas todas, abrir más las posibilidades sin decantarse nunca por una, como si Caronte fuese formándose al antojo de sus ideas, como si le estuviesen imaginando. Muchas de esas hipótesis tenían que ser falsas, pero, ¿cuáles? ¿Cómo descartar alguna de esas ideas sin que el remordimiento les destrozase cuando un nuevo cuerpo mostrase que se habían equivocado? Lo único que podían seguir haciendo era componer un puzle más y más grande, en el que contaban con varias piezas que encajaban en cada hueco. Y seguirían coleccionando piezas y equivocándose y cada vez el dibujo sería más confuso e irreconocible.

Se levantó y se dirigió al teléfono para decirle a Carlos que había acabado. Mientras marcaba, miró su reloj. Las dos y cuarto de la mañana. No podía llamarle a esa hora. Sería mejor que lo dejase para el día siguiente y que se fuese a la cama, aunque sabía que no iba a poder dormir. Como todas las noches las piezas girarían en su mente, cada vez más rápido e iría examinándolas una y otra vez, como si su cerebro hubiese quedado atrapado en un bucle sin fin.

Mientras se dirigía a la habitación, rendida a la idea de otra noche en vela, pensó en lo mucho que le habría gustado hablar con Carlos antes de dormir, comentarle los datos que había encontrado y que él le contase cualquier cosa. Sabía que él la habría animado con el solo sonido de su voz.

Carlos paró el motor del coche y permaneció sentado dentro, intentando luchar contra la sensación de cansancio que invadía su cuerpo y su mente, que le

decía a cada segundo que no podía más con todo aquello, que era demasiado para él... Llevaba casi dos semanas viviendo entre San Sebastián y Bilbao, intentando encontrar cualquier dato sobre la vida del verdadero Alex que le relacionase con Caronte. Pero no había nada. Parecía que el único dato objetivo que habían conseguido en su investigación no llevaba a ningún sitio. Nadie podía contarle nada especial de los últimos meses de la vida de Alex, nadie había notado nada extraño ni había conocido a algún nuevo amigo con el que Alex pasase mucho tiempo. Había vuelto a encontrarse con la cortina de silencio que rodeaba a todas las víctimas de Caronte. Nunca contaban nada, nunca habían hecho confidencias a nadie. Se lanzaban a la muerte confiados, sin la más mínima duda, sin el más leve grito de auxilio.

Sacó su agenda y comprobó sus citas para los próximos días. Le llevó un par de minutos entender aquel caos: algún post-it medio despegado, anotaciones tomadas de forma apresurada en servilletas de papel, citas para el día siguiente apuntadas dentro de dos días... Sonrió pensando en los gritos de Natalia si encontrase su propia agenda organizada de aquella manera. Quizá debiera aprender algo de ella. Cuando por fin pudo descifrar todo aquello, sintió que el cansancio aumentaba. Aún le quedaban tres entrevistas en relación con Alex: conocidos del instituto cuyos nombres le habían sido facilitados por otros conocidos que nada podían decirle. Y estaba casi seguro de lo que conseguiría de aquellas entrevistas: nuevos nombres que no producirían nada más que frustración y cansancio.

Además de todo aquello, tenía que seguir investigando la lista de nombres que Natalia le había pasado. Ya había descartado a seis, pero todavía le quedaba trabajo para unos cuantos días más. Y, aunque no quisiese decírselo a Natalia, le daba la impresión de que tampoco iban a conseguir nada por ese camino. Podía deberse a su actitud de las últimas semanas, a que ya no creía en nada y Caronte le parecía cada vez más lejano e inaccesible, pero no podía evitar el

pensamiento de que no sería tan fácil, de que todavía no era el momento. Sin embargo, tenía que acabar con esa línea de investigación, intentarlo al menos.

Miró el edificio que tenía que visitar y comprobó la dirección. Sí, allí estaba. En aquel edificio había un piso que tenían alquilado un grupo de pacientes psiquiátricos rehabilitados. Carlos volvió a hojear el informe. Éste era el caso en el que tenía puestas más esperanzas. El chico había estado fichado por alteración del orden público un par de años antes, así que había podido comprobar algunos datos en los archivos de la central. Todo parecía concordar. Era joven, de corta estatura y tenía carné de conducir. No había estado internado en las fechas de los crímenes y, sin embargo, el día en el que evitaron el asesinato de Susana había sufrido una crisis que obligó a su internamiento en la unidad de agudos de psiquiatría de Basurto, lo cual, según le había comentado Natalia, “podía deberse a la frustración que le produjo no poder satisfacer su compulsión”. Volvió a sonreír al recordar cómo había obligado a Natalia a repetirle aquello una y otra vez, sólo porque le había hecho mucha gracia esa manera de hablar y quería poder repetir la frasecita a sus compañeros mientras se tomaban unas cervezas.

Salió del coche y llamó al portero. Le abrieron sin preguntar. Carlos subió los dos pisos, sin esperar al ascensor. Un hombre joven, vestido con una camiseta blanca y vaqueros, le esperaba en la puerta. Le tendió la mano mientras sonreía.

— ¿El inspector Vega?

— Sí, y usted es...— Carlos se maldijo por no ser capaz de recordar el nombre. Tantas noches en vela y tanto vodka debían estar acabando con sus neuronas.

— Asier Azkarraga, el asistente social encargado de este piso— respondió el chico mientras le invitaba a pasar—. Venga por aquí. Manu le

está esperando.

Pasaron por el salón. Carlos observó a dos hombres que, sentados a la mesa, jugaban animadamente a las cartas, mientras un tercero descansaba tumbado en el sofá, escuchando la radio. Se sorprendió pensando que ninguno de ellos parecía peligroso ni extraño, a no ser por la absoluta falta de curiosidad que demostraron ante la presencia en su salón de un poli que venía a interrogar a uno de sus compañeros. Quizá debería revisar algunas de sus creencias según las cuales toda persona que hubiese sido ingresada en un psiquiátrico era para siempre un loco peligroso que sólo estaba esperando una oportunidad para acuchillarte por la espalda. Aunque era posible que la persona que le esperaba en la habitación contigua sí confirmase esa hipótesis.

Cuando entró en el cuarto siguiendo a Asier y se encontró delante de Manu, la posibilidad de que esa hipótesis fuese cierta se derrumbó. Era imposible imaginar a alguien menos culpable. El chico se encogía en su silla como si pretendiese desaparecer, como si viviese en un mundo demasiado grande y aterrador. Mantenía la cabeza baja y sus ojos se movían rápido de Carlos a Asier, como si le diese miedo mirar a alguien durante demasiado tiempo. Aquello podría haber sido un signo de culpabilidad. Sin embargo, Carlos había sabido desde el primer momento, sin poder explicar cómo, que no estaba delante de Caronte. Sabía que estaban buscando a una persona atormentada, pero le suponían una inteligencia y una frialdad que aquella criatura asustada no poseía.

Decidió no fiarse del todo de sus primeras impresiones y sus corazonadas y empezar con el interrogatorio. Miró a Asier invitándole a que les presentara y le facilitara las cosas:

— Manu, éste es el inspector Vega. Ha venido a hacerte unas preguntas. ¿Recuerdas que te lo dije antes, verdad?

El chico asintió con timidez y continuó mirando alternativamente al suelo y a las caras de sus interlocutores. Asier le hizo un gesto a Carlos para que empezase.

— Manu, escucha...— esperó unos segundos para que estableciese contacto visual con él, sin conseguirlo— Bien, quería preguntarte si tenéis acceso a Internet en casa.

Manu negó con la cabeza. Carlos se volvió hacia Asier para que se lo confirmase:

— No, ni siquiera tienen ordenador. Ellos pagan todos los gastos de este piso con sus pensiones y su trabajo en una lavandería de la organización. No pueden permitirse los gastos que supondría un ordenador y pagar una conexión a Internet. Bastante justos van ya.

— Ya, ya veo— Carlos decidió insistir un poco más—. Manu, ¿has utilizado Internet en algún sitio? ¿En casa de un amigo, en un cyber-centro...?

Manu y Asier negaron al unísono con la cabeza. Asier se volvió hacia Carlos, mucho más serio de lo que había estado al principio de la conversación.

— ¿Podría decirme para qué quiere saber esas cosas? ¿Se le acusa de algo?

— Es sólo una comprobación rutinaria. Creo que Manu no es la persona que estoy buscando, pero tengo que asegurarme de ello. Claro que, si van a estar más tranquilos, podemos irnos los tres a comisaría y que ustedes avisen a un abogado... Pensé que lo preferirían así, que sería menos incomodo...— Carlos dibujó su mejor sonrisa de “poli bueno”.

— No, no hay problema. Siga.

— Quería preguntarles sobre las costumbres de este piso. ¿Tienen alguna hora de entrada por las noches?

— Bueno, esto no es una cárcel, es una casa. Sin embargo, yo suelo venir aquí sobre las nueve para supervisar la medicación. Ellos tienen que estar a esa hora, a no ser que hayan avisado de antemano.

— ¿Puede recordar si Manu faltó alguno de estos días?— sacó de un bolsillo de su chaqueta una tarjeta en la que había apuntado las fechas de los asesinatos. Asier la cogió y se pasó unos minutos mirándola pensativo.

— A ver si me acuerdo... Va a ser difícil porque tengo una memoria malísima. Espere un momento, por favor. Llevo un diario de observaciones de todos ellos, para el psiquiatra, ¿sabe? Ahora se lo traigo.

Se levantó y salió de la habitación. Carlos se quedó mirando a Manu, intentando encontrar algún tema de conversación que hiciese menos incómoda la situación, pero éste se encogió aún más en la silla, amenazando con disminuir su tamaño hasta la nada si seguía mirándolo. Por suerte, Asier apareció pronto, llevando un par de cuadernos en las manos.

— Veamos, el domingo dos de septiembre sí estuvo aquí. No hay ninguna observación apuntada. El veintiocho de septiembre no estuvo aquí porque se fue a pasar el fin de semana con su familia, en Burgos— Carlos asintió mientras iba apuntando.

— ¿Podría darme el número de teléfono de alguien de su familia que pueda confirmar que estuvo con ellos?— preguntó Carlos.

— Sí, claro— Asier le dirigió una mirada dolida, como si Carlos hubiese dicho que no se fiaba de su palabra. Rebuscó durante unos segundos entre sus papeles. Después apuntó el número en una hoja y se la pasó.

— ¿Y los otros dos días?

— Este sábado fuimos todos juntos al cine y a comer una hamburguesa y llegamos sobre las doce. Y este último día lo recuerdo bien. Manu se puso

muy nervioso y tuvimos que llevarle al hospital.

— ¿Podría decirme que fue lo que pasó? O que me lo cuente él, si quiere.

— Bueno, Manu es muy tímido delante de desconocidos. Si las preguntas que quedan las puedo contestar yo, lo mejor será dejarle que se vaya a la sala. Le están esperando para una partida de mus.

Carlos asintió. Ya le había quedado claro que no iba a sacar mucha información de él y aquella presencia callada y temblorosa sólo contribuía a distraerle. El chico se levantó, mucho más tranquilo por poder marcharse, y salió de la habitación con una sonrisa en los labios. Asier se volvió hacia Carlos.

— Espero que pueda disculparle, pero no estaba nada cómodo con esta situación y no me gustaría que se pusiese nervioso. Me preguntaba por la última crisis que sufrió Manu, ¿verdad?— Carlos le animó a hablar con un gesto, mientras intentaba imaginarse sin éxito como sería Manu si se pusiera aún más nervioso— Bien, ese día tuvimos una fiesta en la organización para las familias de todos los pacientes. Ya sabe, preparan unos chistes y unas canciones, exponemos las manualidades que hacen en los talleres y se les invita a algo de comer. Manu estaba muy ilusionado con la fiesta porque se había ofrecido voluntario para ayudar a organizarla y quería que su familia viese lo que había hecho.

— Y salió todo mal, ¿no?

— Para nada, la fiesta fue un éxito. Pero sus padres no vinieron, ni siquiera avisaron. Supongo que tendrían cosas mucho más importantes que hacer que visitar a su hijo loco y a todos sus amigos tarados— la voz de Asier sonó resentida, furiosa—. Manu estuvo todo el día esperándolos, intentando encontrar una excusa por la que llegaban tarde, llamándoles una y otra vez a un

teléfono en el que no contestaba nadie. Cuando la fiesta terminó y comprendió que ya no iban a venir, no pudo aguantar más y tuvo una crisis. Se pasó toda la semana en el hospital.

— No sabe cuánto lo siento.

— No se preocupe. No pasa nada, es cosa de todos los días— su tono volvió a sonar sarcástico, cortante. Parecía convencido de que muy poca gente en el mundo sentía de verdad lo que le pudiera pasar a la gente como Manu—. ¿Quiere saber algo más?

— Por el momento no, gracias. Ya le llamaré si le necesito.

Asier le acompañó a la salida. Al pasar de nuevo por el salón, miró como los cuatro hombres se divertían jugando al mus, sin reparar en su presencia. Mientras volvía a su coche, se planteó que algo no marchaba bien en el mundo en que vivía: asesinos invisibles que mataban a niñas inocentes usando como cebo un amor fingido, crías que corrían hacia la muerte por un romance que sólo existía en una pantalla de ordenador, “locos peligrosos” a los que se podía herir en lo más profundo del alma por no acudir a una fiesta... Algo no funcionaba y lo peor de todo es que cada día se sentía más impotente para cambiarlo.

Cuando el chat terminó, Gus cerró el programa y se permitió un momento de respiro. ¿Cómo alguien podía llenar tanto tiempo con conversaciones vacías sin volverse loco de aburrimiento? Se frotó los ojos para intentar aliviar el cansancio acumulado por las horas frente al monitor.

Como siempre, no estaba dando resultado. No estaba encontrando ningún dato nuevo y no conseguía entender a las chicas ni a Caronte. Él podía llegar a comprender que una persona se pasase horas en Internet hablando con alguien

de quien se creía enamorado. Había visto a algunos de sus amigos quedarse pillados por alguna chica de Internet, estar tan fascinados como para vivir sólo para esas conversaciones, como si estuviesen enganchados a alguna droga. Incluso él había estado a punto de caer en esa adicción un par de veces. Recordaba que las horas parecían pasar volando delante de la pantalla, se llenaban con las historias de cada uno, con las tontas vivencias del día, con las más estúpidas ocurrencias, sólo para sentir que había alguien al otro lado. Pero en el caso de Caronte no era eso. Nunca se había enamorado, sabía desde el principio cual era su objetivo. Lo único que intentaba era cazarlas y eso era lo que menos comprendía de él: cómo podía saber el final de la historia y seguir adelante, sin ningún asomo de remordimiento. No lograba entender cómo podía hablar de amor a alguien a quien planeaba matar, ni como era capaz de matar a alguien que le adoraba y que lo daría todo por él.

Caronte tenía que saber que ellas le querían, incluso Gus se daba cuenta de eso sólo con leer los chats, sin estar metido en la historia. Le amaban de una manera torpe, inocente, simple y pura. Notaba su inexperiencia en la falta total de desconfianza, veía su desesperación por ser correspondidas en cada mensaje o email. Gus lo habría dado todo por tener a alguien que le quisiese así y sin embargo él planeaba matarlas mientras se hablaban de amor. Y sin ese juego previo no le servía, tenían que amarle para que pudiese matarlas. ¿Por qué?

Cada vez que pensaba en aquello la sangre le hervía, sentía una rabia irrefrenable que no podía descargar. El objetivo de esa rabia seguía siendo invisible, inalcanzable... Y además, le daba miedo, llenaba sus noches de pesadillas en las que él era el perseguido por aquella sombra. Y eso hacía que a la luz del día le odiase aún más. Por eso ya no protestaba ante la perspectiva de pasarse cientos de horas más delante del monitor leyendo soporíferos chats. Trabajaba a marchas forzadas, en casa de Natalia durante el día y en su casa

por la noche, hasta altas horas de la madrugada. Ya había acabado con casi todos los chats y sólo le quedaban por revisar unos cuantos emails y mensajes. Y, si acababa con todo ello, volvería a empezar, buscando cualquier pequeño detalle que se le hubiese escapado en un momento en el que el sueño le estuviese venciendo, o en los primeros días de la investigación, cuando se tomaba aquello como un juego. Para él se había convertido en una espina clavada en su mente que iba hundiéndose más y más profundo cada día, produciéndole más dolor y más miedo. A pesar de que Caronte seguía sin aparecer por Internet, Gus estaba de acuerdo con Natalia en que no podría dejarlo. Tarde o temprano, volvería a atacar y Gus no sabía si sería capaz de afrontar una nueva muerte.

No se atrevía a comentar esas preocupaciones con Carlos y Natalia porque sabía que no le entenderían. Ellos le veían como el menos implicado en la investigación, como alguien que sólo estaba con ellos porque cobraba. No se daban cuenta de que, si sólo fuese por el dinero, lo habría dejado hacía mucho tiempo. Sus pesadillas noche tras noche, las horas sin dormir dedicado a revisar chats porque no se veía con valor para ir a la cama, las lágrimas que vertió tras la muerte de Patricia... Todo eso no se pagaba con cuatro mil cochinas pesetas diarias. Pero no sabía cómo explicar aquello que sentía, ni si quería abrirse tanto a ellos como para descubrirles sus miedos y angustias. Y tampoco quería darle a Carlos otra causa de preocupaciones, ni que pensasen que aquello era demasiado para él y le apartasen del equipo. Seguiría adelante hasta que le cogieran y entonces podría volver a sus aburridas clases, a las juergas con los colegas y a la paz de sus noches.

Seleccionó el siguiente chat. Era uno de los últimos de Susana, dos días antes de la cita. Volvió a plantearse cómo era posible que las engañase tan fácil, que aceptasen encontrarse con un desconocido en un lugar solitario, con la única disculpa de que “así sería más romántico”. A él no le habría sucedido algo así.

Con alguien como él tendría que haber pillado Caronte: alguien que pusiese pegas a todo, que necesitase pruebas de todo lo que le decían, que se tomase la vida y el amor como una broma. Pero no había sido así. Las chicas debían pasar una criba en las primeras conversaciones. Caronte no malgastaría su tiempo con alguien más maduro y desconfiado, ni se arriesgaría a tener una cita con alguien que no creyese en él con locura. Mientras leía las primeras líneas del chat, llenas de las mismas frases de amor ciego, el pensamiento volvía una y otra vez a su cabeza: “Si hubiese pillado conmigo...”.

CAPÍTULO CUATRO

— Volvemos a estar como al principio, al menos por mi parte...— dijo Carlos, cansado— Nada de lo que he probado estas últimas semanas ha dado resultado.

Miró a Gus y Natalia mientras les tendía un cigarrillo, esperando que alguno de los dos pudiese añadir algo que ofreciese esperanzas. En un primer momento, ambos callaron, dedicando toda su atención al acto de encender el tabaco. Carlos suspiró, dándose por vencido. ¿Por qué esperaba que ellos pudiesen encontrar algo cuando él era incapaz de ver hacia dónde podían encaminar sus pasos en ese momento? Se suponía que él era el encargado del caso. Debía ser él quien abriese nuevas líneas de investigación, quien, basándose en todos sus años de experiencia, les señalase por dónde seguir buscando. Pero estaba perdido. Algo debía haberseles escapado, o alguna de sus hipótesis estaba equivocada, porque no estaban consiguiendo nada por el camino que habían elegido. Al fin, la voz de Natalia rompió el tenso silencio.

— No puede ir todo tan mal. Creo que nuestro problema es que lo vemos todo desde un punto de vista muy negativo. Nos sentimos tan cansados y pesimistas que no vemos una pista aunque la tuviésemos delante de las narices.

— Te aseguro que, si viese una pista, aunque fuese pequeñísima, todo mi cansancio y mi pesimismo desaparecerían en un instante. El problema es que no hay nada que ver— protestó Carlos.

— Tan sólo estoy sugiriendo que pongamos en común todas nuestras observaciones de los últimos días. Seguro que, entre todos, sacamos algo en claro.

— Pero si ya lo hemos hecho mil veces— objetó Gus, aburrido.

— Ya lo sé, pero algo se nos tiene que haber escapado— contestó Natalia—. Además, hay que ser metódicos. Empieza tú, Carlos.

Carlos suspiró. Sabía que no iba a servir de nada seguir protestando y, además, tampoco tenían otra cosa que hacer. Pero seguía pensando que el problema no estaba en los últimos días. Sus últimas investigaciones habían surgido de las hipótesis que habían ido elaborando y no podía dejar de darle vueltas a la idea de que el fallo estaba ahí, en la raíz. Quizá volviendo a repasarlo todo se darían cuenta de cuál era el error.

— Ya he terminado de visitar a todas las personas que seleccionaste al estudiar los expedientes psiquiátricos. O mucho me equivoco o sigo sin tener el placer de conocer a Caronte. La mayoría de ellos quedaban descartados con sólo ponerles la vista encima. No sabrían coger un autobús solos, así que les resultaría imposible actuar con el grado de organización que requiere cada uno de los asesinatos. Los demás tenían coartadas probadas, o no sabían conducir, o no tenían ningún conocimiento de Internet. Ninguno coincide— miró a Natalia y le sonrió, disculpándose—. Creo que tendrás que volver a revisar los expedientes y hacer una nueva selección.

— Está bien, volveré a empezar— suspiró con un gesto de cansancio—. Lo mejor será hacer la nueva selección desde el comienzo. Quizá me equivoqué al hacer la criba de los expedientes que debíamos pedir.

— ¿A qué te refieres?— preguntó Gus.

— A que quizá sea alavés, o tenga más de veinticinco años... Eliminé todos esos expedientes para no pedir tantas órdenes judiciales y quizá Caronte fuera uno de ellos— miró a Carlos preocupada—. ¿Habrá algún problema para solicitar más órdenes?

— No te preocupes. De Aguirre me encargo yo.

— Lo digo porque, aunque yo pienso que sí puede resultar, cabe la posibilidad de que no haya intentado suicidarse nunca, o de que no haya sido ingresado en el País Vasco y que todo esto no sirva para nada...— repuso Natalia, nerviosa.

— Ya te he dicho que no te preocupes. Si tú crees que puede funcionar y que merece la pena investigarlo, lo haremos— contestó Carlos.

— ¿Has conseguido algo en San Sebastián?— se interesó Gus.

Carlos agarró un grueso montón de papeles y los mantuvo un momento frente a sus ojos antes de tirarlos encima de la mesa con gesto cansado. Gus le miró sin comprender, esperando a que dijese algo y por fin le preguntó:

— ¿Y todo eso qué es?

— Combustible para fogatas— se recostó en el sofá antes de seguir hablando—. Tenéis delante cientos de folios con las transcripciones de los interrogatorios de todas las personas que se relacionaban con Alex. Y no hay nada que nos pueda servir en todo eso, ni una sola alusión a Caronte.

— Pero eso no puede ser. Mis amigos y yo solemos comentar con quien hablamos en Internet. Incluso nos pasamos los contactos de la gente que conocemos— dijo Gus mientras echaba un rápido vistazo a los folios.

— A no ser que te avergonzase tener contacto con esa persona. Eso reforzaría la hipótesis de que mantenían una relación homosexual— comentó Natalia.

— Sobre eso quería hablarte— interrumpió Carlos—. ¿Qué pruebas tenemos de esa relación?

— Pruebas, ninguna... Por eso es una hipótesis. Sólo lo pensamos por

el análisis grafológico de su letra de Internet.

— Ya, bueno... El problema está en que, por un lado, tenemos el hecho de que Caronte eligió esa letra, lo cual puede no querer decir nada aparte de que ese tipo de letra le gustaba y, por otro, tenemos las declaraciones de todos sus amigos, familiares y conocidos que afirman que Alex se pasaba el día persiguiendo chicas.

— Pero el análisis puede estar en lo cierto. Mi amiga es una gran grafóloga. Y esa obsesión por las chicas podría ser un disfraz para ocultar su homosexualidad— repuso Natalia, enfadada.

— O puede ser simplemente que le gustaban las chicas— contestó Carlos, sonriendo conciliador ante el tono de Natalia—. No estoy diciendo que rechacemos esa hipótesis, sólo digo que tengamos también en cuenta la hipótesis de que Alex podía no ser homosexual.

— ¿Entonces qué era lo que le unía a Caronte?— preguntó Natalia.

— Bueno, tú misma has dicho algunas veces que la hipótesis no cuadraba del todo, que, si Caronte es un homosexual que reniega de ello, debería asesinar a otros homosexuales o intentar violar a las chicas para demostrarse que es capaz de hacerlo. Creo que deberíamos plantearnos nuevas hipótesis acerca de que era lo que unía a Caronte con Alex e intentar probarlas.

— Puede ser que Caronte sí fuese homosexual y se enamorase de Alex y que éste no le correspondiera— apuntó Gus.

— Sí, pero eso seguiría sin contestar a la pregunta de por qué sus siguientes víctimas son chicas— objetó Natalia.

Los tres se quedaron en silencio durante unos segundos, intentando encontrar una respuesta, una explicación a unos comportamientos que cualquier persona

consideraría inexplicables. Art aprovechó aquel momento de calma para pasar entre los tres y pedirle a Natalia que lo subiese a sus rodillas.

— Podría ser que Alex fingiese ser homosexual para reírse de Caronte. Hay gente que lo hace en Internet, para divertirse— explicó Gus—. Quizá Caronte se enamoró de él y, cuando quiso llevar la relación a la vida real, Alex se rió de él y por eso lo mató.

— ¿Y lo de las chicas?— insistió Natalia.

— Es posible que Caronte saliese tan herido de esa relación que, a partir de ese momento, decidiese no volver a intentarlo con tíos...— aventuró Gus, no muy convencido.

— Es posible, pero eso sigue sin responder a la pregunta de por qué elige chicas como víctimas. Sería más lógico que eligiese a otros homosexuales o que se vengase del daño que le hizo Alex en la persona de otros chicos heterosexuales. Seguimos como al principio— dijo Natalia—. Además, eso sigue sin abrir otros caminos de investigación.

— Estamos negativos hoy, ¿eh?— bromeó Carlos.

— No, no es eso. Podemos tomar como válida cualquiera de esas hipótesis. En realidad, cualquiera de ellas podría ser la verdadera.

— Sí, o todas podrían ser falsas. Con las pruebas que tenemos, hasta podemos imaginar que le mató porque le debía pelas— comentó Gus, frustrado—. Estamos perdidos. No podemos entender por qué mata ni creo que vayamos a saberlo nunca.

— Tampoco hace falta que nos hundamos ahora— intentó animarles Carlos—. Lo que yo quería era que propusiésemos todas las hipótesis posibles para abrir aún más la investigación. Por eso creo que tampoco deberíamos descartar la hipótesis de que ambos fuesen heterosexuales.

— ¿Y qué sentido tendría eso?— preguntó Natalia— ¿Cuál sería el móvil del asesinato entonces?

— Los celos. Imaginad que ambos eran amigos por Internet, o sólo conocidos. Eso explicaría por qué no habló de Caronte con nadie, porque para él esa relación no significaba nada. Los dos conocen a la misma chica por Internet, incluso es posible que, como ha dicho Gus, uno de ellos le pasase al otro el contacto de la chica. Los dos se enamoran de ella, pero la chica prefiere a Alex.

— Es posible. Por eso sus víctimas son mujeres a las que conoce por Internet. Va vengándose de esa chica en la persona de todas ellas— reflexionó Natalia, mientras asentía—. Y por eso no asesina a más hombres. Alex sólo era un rival que debía eliminar, pero, lo que de verdad le hirió, fue el rechazo de la chica, por eso tiene que repetirlo una y otra vez.

— ¿Y qué pasó con la chica? ¿A ella no la mató?— preguntó Gus.

Carlos y Natalia le miraron, planteándose la misma pregunta. Carlos tuvo ganas de golpearse la cabeza contra la mesa por haber sido tan tonto. Había pensado desde el principio que Bianca había sido la primera víctima, sin consultar en archivos si existía algún caso sin resolver en algún lugar de España que pudiese coincidir con la manera de asesinar de Caronte. Había seguido sin planteárselo incluso cuando, al encontrar los datos del asesinato de Alex, quedó claro que Caronte ya había matado antes.

— Le diré a David que busque cualquier informe de asesinato que pueda corresponder con Caronte. Quizá podamos encontrar el ordenador de esa chica y conseguir algo. Supongo que en aquella época no sería tan precavido en los chats.

— E incluso es posible que no esté muerta y podamos hablar con ella — dijo Natalia. Carlos y Gus la miraron sin comprender—. Puede ser que la

ame tanto que no pueda matarla, aunque la odie. Por eso la mata en la persona de sus víctimas.

— Bueno, es otra posibilidad. Volveré a preguntar en San Sebastián. Quizá Alex comentó algo acerca de esa chica a alguien.

— O quizá tengan alguna carta. Los enamorados por Internet se escriben cartas a veces. Ya sabéis, por eso de tener algo físico de la otra persona— comentó Gus.

— ¿Y cómo sabes tú eso? ¿Has mandado cartitas de amor alguna vez?
— se burló Carlos.

— Pues no. Lo sé porque lo sé... Y deja de mirarme así, joder. A veces eres más crío...

— Vale, vale. Perdona. Bien, entonces intentaremos encontrar algo por este camino. Y tú, Gus, ¿has conseguido algo?

Gus se recostó en el sillón con expresión de hastío mientras sacaba un cigarrillo. Negó con la cabeza mientras lo encendía y contestó tras la primera calada:

— Nada de nada. Como siempre. He acabado con todos los chats, emails y mensajes de las víctimas. He revisado también todos los chats de Susana y los que me trajiste de las otras chicas con las que conseguiste contactar. No hay nada. Y es lógico. Él quería que esas chicas pensasen que era un príncipe azul. No iba a dejar que sospechasen que planeaba matarlas. La verdad es que no sé que pretendemos revisando tanto chat. Ese tío es muy listo y tiene mucho cuidado, No ha dejado que se le escape nada que pueda incriminarle.

— Pues habrá que seguir con eso. Por el momento es lo único que tenemos— repuso Carlos—. ¿Sigue sin aparecer por Internet?

— Sí, creo que ha abandonado esa cuenta para siempre. Estoy haciendo búsquedas diarias en ICQ por si aparece alguien con sus datos— contestó Gus—. Espero que tengáis razón y esos datos signifiquen tanto para él como para no cambiarlos.

— Yo también lo espero. Si no es así, le habremos perdido del todo hasta que aparezca la próxima víctima— dijo Natalia, preocupada.

Los tres callaron. La mención a una nueva víctima les había hecho daño, despertando el miedo, la urgencia, volviéndoles a una realidad que intentaban ocultarse. Era tan tentador imaginar que tan sólo le buscaban para que pagase por los crímenes cometidos, que se olvidaban de la posibilidad de que volviese a suceder, de la sensación de impotencia de no poder evitarlo. Art notó que algo no iba bien y se bajó de las rodillas de Natalia para pasear entre ellos. La voz de Gus rompió el silencio:

— Yo he tenido una idea para poder encontrarle— los otros dos le miraron fijamente—. Es que no soporto quedarme de brazos cruzados...

— No te disculpes— le tranquilizó Carlos—. Cualquier nueva idea es bienvenida. Dinos.

— Bueno, creo que deberíamos hacer que nos encontrase él a nosotros.

— ¿A qué te refieres?— preguntó Natalia.

— A ponerle un cebo. Mientras leía los chats, no he podido parar de pensar en la facilidad con que esas chicas se dejaban atrapar, lo sencillo que le resultaba a Caronte manejarlas. Creo que yo podría hacerlo mejor, que podría hablar con él y que pensase que me he enamorado y conseguir una cita en un sitio en el que podamos ponerle una trampa.

— ¿Y cómo vas a ponerle ese cebo?— preguntó Carlos, inclinado hacia delante y observándole nervioso, con los ojos brillantes por la

excitación.

— Bueno, tenemos dos ordenadores. En cada uno de ellos puedo instalar ICQ con un programa que permite tener hasta siete cuentas abiertas al mismo tiempo. Sólo tenemos que crear las cuentas con los datos de posibles víctimas de Caronte.

— Ya lo voy entendiendo. Creamos las cuentas con los datos de chicas de unos catorce años que vivan en Vizcaya y esperamos— dijo Natalia—. Si conseguimos que él hable con una de ellas, le seguiremos la corriente hasta que crea que la chica está enamorada y le proponga una cita.

— Y entonces lo atrapamos. Es brillante, Gus— Carlos se levantó y le dio una palmada en la espalda—. ¿Cuándo podrías tenerlo preparado?

— Mañana mismo— contestó Gus, con la cabeza fija en el suelo para que no se diesen cuenta de que se había sonrojado.

— Bueno, entonces ya tenemos de nuevo un montón de trabajo que hacer— Carlos recogió sus papeles y se dirigió a la mesa para tomar notas de las últimas ideas.

— ¿Veis como no era tan malo ser metódico?— dijo Natalia mientras se levantaba para buscar el listado de intentos de suicidio.

Gus se quedó sentado durante unos minutos, mirando como los demás empezaban a trabajar. Sabía que debían darse prisa, pero llevaba todo el día leyendo chats y lo último que le apetecía en ese momento era volver a sentarse frente al ordenador. No iba a pasar nada porque se tomaran una hora de descanso.

— Perdonad, pero son las once de la noche y no hemos cenado— les gritó desde el sofá.

— Mira a ver si encuentras algo en la nevera— le contestó Natalia

desde el otro lado de la sala, sin levantar la vista de sus papeles.

— No hay nada, ya he mirado esta tarde. ¿Es que vosotros no tenéis hambre?

Carlos y Natalia asintieron, pero siguieron sin moverse. Gus se levantó del sofá, recogió los abrigos de los tres y se dirigió a la puerta. Cuando llegó allí, apagó la luz de la sala.

— ¿Se puede saber qué haces?— le preguntó Carlos, enfadado.

— Tenemos que comer. No va a ser muy útil que trabajemos como burros hasta ponernos enfermos. Vamos, os invito a una pizza.

— ¿Invitar tú?— el tono de Carlos sonó escéptico.

— Sí, invitar yo. Tengo unos jefes muy ratas, pero pagan de vez en cuando.

Al fin oyó como ambos se levantaban y se dirigían hacia la salida. No pudo evitar una sonrisa al oír la ahogada expresión de dolor de Carlos al chocar contra algo en la oscuridad. Por fin salieron de la casa y, más animados, se dirigieron hacia el coche de Carlos.

Gus repasó la lista que había ido creando con los datos de las catorce cuentas que iban a colocar como cebo. Se había pasado varias horas buscando nombres diferentes y lugares de residencia que él conociese, imaginándose aficiones de las que pudiese hablar. No quería que nada fallase, que Caronte le preguntase algo sobre el sitio en el que se suponía que vivía o alguna afición que dijese practicar y no supiese qué contestar. Había tenido que reconocer que no sabía mucho acerca de que cosas les gustaban a las chicas de catorce años, pero de lo que sí estaba seguro es de que no se volvían locas por la informática, las nuevas tecnologías o la ciencia-ficción, que eran los únicos

temas de los que él se sentía capaz de hablar durante horas. Tendría que dedicar algo de tiempo a leer revistas de adolescentes, para saber algo sobre los grupos musicales que les gustaban o cuáles eran las últimas tendencias en moda, por mucho que se le revolviere el estómago de sólo pensarlo.

Terminó de leer todos los datos que había apuntado. Parecía que todo era coherente. Ahora sólo faltaba conectarse a ICQ e ir introduciendo cada una de las cuentas. Cuando por fin el programa estuvo abierto, hizo la búsqueda que llevaba efectuando las últimas semanas cada vez que se conectaba: Caronte, Alex. Todo seguía igual: los cinco resultados que el programa arrojaba siempre. Y sólo uno le correspondía a él. Los demás eran de gente de fuera de España o que decían tener mucha más edad. Parecía que seguía sin hacer nada. En ese momento un pensamiento le inquietó. Él no era el único que podía hacer búsquedas en Internet. ¿Y si Caronte hacía lo mismo, todas las mañanas, buscando nuevas presas? Se levantó y llamó al móvil de Carlos:

— ¿Diga?

— Carlos, soy Gus. Es que tengo una duda.

— Dime.

— He creado ya todos los datos para las cuentas de las chicas, los nombres, las direcciones, edades, aficiones, bueno, todo eso que tienes que poner para abrir una cuenta en ICQ, y las iba a meter en el ordenador y, en ese momento, he pensado que quizá Caronte haga búsquedas todos los días, para ir seleccionando posibles nuevas víctimas. Aunque por el momento no haga nada, eso no impide que ya esté al acecho, ya sabes, eligiendo nuevas chicas para tener una lista creada en el momento en que decida empezar de nuevo...

— ¿Y qué quieres decir con todo eso?— por su tono de voz parecía que Carlos empezaba a impacientarse.

— Que quedaría muy raro que, de repente, apareciesen catorce nuevas posibles víctimas, de las edades ideales, dispuestas para que él las atrape. Huele mucho a trampa, ¿no te parece?

— Pues la verdad es que sí. ¿Y qué podemos hacer?

— Había pensado en ir abriendo las cuentas poco a poco. Ya sabes, tres esta semana, cuatro a la otra... Incluso es posible que Caronte conteste antes de que acabemos de crearlas todas.

— Bien, hazlo así entonces. ¿Algo más?

— No, ¿qué tal te va a ti?

— Vaya, no hay mucho que contar... He pedido que busquen todos los casos abiertos en España que puedan coincidir con la manera de matar de Caronte, pero por el momento no hay nada. Es posible que Natalia tenga razón y no asesinase a esa chica... O es posible que no exista.

— Bueno, siempre es una buena noticia que no haya matado a nadie más— comentó Gus.

— Sí, eso es verdad. Esta tarde me voy a San Sebastián a ver si puedo encontrar algo más. Tardaré unos días en volver.

— No te preocupes. Estaremos bien y trabajaremos mucho. Que haya suerte.

— Ojalá— Gus pudo oír un suspiro de Carlos a través de la línea. Parecía que no tenía muchas esperanzas puestas en esa nueva visita a San Sebastián—. Hasta dentro de unos días, entonces.

Colgó el teléfono y volvió al ordenador para crear la primera cuenta. No le gustaba ver a Carlos y Natalia tan deprimidos, tan preocupados, tan agobiados por la falta de esperanza... Era cierto que hasta el momento no habían

conseguido mucho, pero al menos seguían teniendo ideas y alguna funcionaría. Y él tenía puestas muchas ilusiones en su idea de ponerle un cebo. Podía tardar días, semanas o meses, pero al final acabaría enredando a Caronte en su propia red.

CAPÍTULO CINCO

Carlos respiró hondo, intentando encontrar fuerzas. Llevaba ya tres días en San Sebastián, haciendo una y otra vez las mismas preguntas, hablando de nuevo con las mismas personas sin conseguir nada nuevo. Empezaba a estar harto, a sentirse un completo imbécil, tal como sugería la mirada de todas aquella gente cada vez que le decía “como ya le conté la otra vez...”. En cinco minutos volvería a encontrarse con Eneko, el mejor amigo de Alex. No esperaba hallar en él más colaboración de la que había conseguido anteriormente, y además, se sentía culpable por la manera en la que había presionado al chico. Se levantó de la silla, dio una última calada a su cigarrillo antes de apagarlo y se dirigió a la sala de interrogatorios. No serviría de nada postergarlo más. Eneko había sido la persona más cercana a Alex. Si él no sabía nada de la chica misteriosa, nadie lo sabría.

Mientras se encaminaba hacia allí, se cruzó con un agente que venía a avisarle de que Eneko ya había llegado y le estaba esperando. Carlos le dio las gracias y entró. Eneko estaba recostado en el respaldo de una de las sillas, sin aparentar ningún nerviosismo. Parecía que la conversación no iba a ser fácil. Carlos intentó mostrarse conciliador:

— Buenos días, Eneko— le sonrió mientras se sentaba frente a él—. Parece que volvemos a encontrarnos.

— Sí, esto se está convirtiendo en una desagradable costumbre.

— Ya siento tener que volver a molestarte. Espero que comprendas que lo único que intento es ayudarte. Supongo que tú también querrás que el responsable de lo que le pasó a Alex pague por lo que hizo.

— Usted no vio lo que le paso a Alex, ¿verdad? No hay manera de pagar eso. Y parece que a ustedes no les importó mucho en el momento. Ha pasado más de un año sin que hiciesen nada— Eneko intentaba mantener un tono de voz controlado, pero sus ojos brillaban por la rabia y las lágrimas contenidas.

— Estamos haciendo todo lo que podemos.

— Sí, claro. Como detenerme a mí. ¿Va a volver a hacerlo? ¿Debería llamar a un abogado?

— No, Eneko. No voy a detenerte. Lo único que necesito de ti es información. Sé que empezamos con mal pie, pero creo que deberías intentar ayudarme, no por mí, sino por Alex.

Carlos clavó sus ojos en los de Eneko, intentando que viese que era sincero. El chico bajó la vista durante unos segundos, como si reflexionase sobre lo que debería hacer. Por fin, levantó la mirada, en la que aun se veían signos de rebeldía, y contestó:

— Está bien. Cuanto antes empecemos, antes acabaremos.

— Gracias— Carlos le sonrió, abrió su libreta y empezó a preguntar —. Bien, recuerdas que te pregunté por las amigas de Alex en Internet...

— Sí, y ya le dije que no tenía ni idea de con quién hablaba Alex.

— Pero eso me lo dijiste cuando estabas aquí detenido, y estabas enfadado conmigo, así que es muy posible que no intentases recordar. Ahora estamos intentando colaborar, así que prueba a hacer memoria. ¿Te habló Alex de alguien en especial en los últimos meses?

— No sé... Como ya le dije, en las últimas semanas ni siquiera nos hablábamos. Estábamos enfadados.

— ¿Por qué?— preguntó Carlos.

— Ya se lo expliqué la otra vez— Eneko volvió a lanzarle una de aquellas miradas tan frecuentes en los últimos días, de esas que le hacían sentirse estúpido—. Alex estuvo saliendo un tiempo con una buena amiga mía. De hecho, yo se la presente. Parecía que los dos estaban muy bien y de repente un día ella me viene diciendo que se ha enterado de que Alex se la estaba pegando.

— ¿A qué te refieres?

— A que los fines de semana, cuando la dejaba en casa, se dedicaba a ponerle los cuernos con la mitad de las tías de San Sebastián.

— ¿Te enfadaste mucho por eso?

— No como para matarlo, si es eso lo que está intentando preguntar— la hostilidad volvió a aparecer en la voz de Eneko.

— Ya te he dicho que no estoy acusándote de nada. Sólo intentaba comprender lo que pasó— intentó tranquilizarle Carlos—. Continua, por favor.

— Bueno, pues sí me enfade. La chavala estaba hecha polvo y también era amiga mía. Y me sentía responsable, por haberles presentado, así que fui a ver a Alex.

— ¿Y qué pasó?

— Se cachondeó de mí. Él no le daba importancia, me dijo que la relación con esa chica no funcionaba y que no entendía por qué me ponía así. Nos acabamos calentando y terminamos diciendo cosas que no sentíamos, así que, al final, yo me marché y estuvimos semanas sin hablarnos.

— Y no volviste a saber nada de él en todo ese tiempo.

— No, hasta que un día Alex me llamó y me dijo que no soportaba que estuviésemos enfadados por algo así. Yo también me sentía muy estúpido por eso, así que quedamos para hacer las paces pero cuando llegué...

La voz de Eneko se quebró. Carlos se mantuvo en silencio, dándole tiempo para que se recuperase. Cuando volvió a levantar la mirada, Carlos revisó sus notas y volvió a preguntar:

— Está bien, no pudo contarte con quien hablaba en Internet en las últimas semanas, pero sí antes. ¿No puedes recordar si alguna vez te habló de alguna chica que le importase de verdad?

— Ya le dije que no. Quizá le importase alguna, pero a mí no me lo contó. Hablaba de todas ellas como si sólo fueran un juego.

Carlos suspiró. Parecía que sólo iba a obtener fracaso tras fracaso. Preguntase lo que preguntase, se encontraba con un muro. Se negó a rendirse y lo intentó de otra manera:

— ¿Recuerdas si alguna vez te habló sobre una pelea por una chica con algún contacto de ICQ?

— Sí, eso sí me suena...— Carlos se inclinó hacia adelante, emocionado por ese atisbo de esperanza— Me contó que estaba hablando con una chica que tenía novio y que había tenido un par de broncas con el tío por Internet. Pero no debía ser nada serio, lo contaba como algo gracioso que le había pasado...

— ¿Puedes recordar algo más de esa chica? ¿O del novio?

— No sé, ha pasado tanto tiempo— Eneko agachó la cabeza y se quedó mirando la mesa fijamente, intentando concentrarse—. Sí, creo recordar que eran de Bilbao. Alex me dijo en broma que estaba preocupado por si al tío se le cruzaba la vena y venía aquí a partirle la cara, y que no volvía a echarse una

novia que estuviese a menos de mil kilómetros de distancia.

— ¿Crees que el asunto pudo ser tan serio como para que ese chico quisiera de veras matar a Alex?— preguntó Carlos.

— No lo sé, tal como él me lo contó no parecía algo importante. Claro que después yo pasé varias semanas sin hablar con Alex y no sé si él seguiría la relación con esa chica. No puedo decirle hasta dónde llegó la historia. Creo que ese es su trabajo.

— Sí, lo sé— Carlos hundió la mirada en su libreta para controlar la rabia por el último comentario del chico. Parecía que Eneko reclamaba un precio por colaborar, pero Carlos no estaba dispuesto a seguirle el juego—. ¿Puedes recordar algo más?

El chico se mantuvo en silencio durante unos segundos, intentando rescatar algún otro recuerdo. Carlos le dejó tiempo para que se concentrara. Eneko empezó a negar con la cabeza, dándole a entender que no conseguía recordar nada más, pero entonces su cara se iluminó con una sonrisa:

— Sí, el nombre de esa chica. Se llamaba Mónica.

Natalia se paseaba por el salón mirando su reloj cada dos minutos. Carlos debía estar a punto de llegar. Hacía más de una hora que había llamado diciendo que salía de San Sebastián hacia su casa. Debía haber encontrado un atasco o quizá la lata que tenía por coche había decidido que había llegado el momento de su jubilación definitiva. Encaminó sus pasos hacia la ventana para mirar si veía llegar el coche. Gus dejó de teclear en el ordenador y se giró para mirarla:

— ¿Te pasa algo?— le preguntó— Hace más de media hora que no paras de moverte.

— Nada, es sólo que estoy un poco nerviosa— se sentó en uno de los sillones y encendió un cigarrillo—. Tengo ganas de que llegue Carlos y nos cuente que ha encontrado en San Sebastián.

— Ya, y esos nervios no tienen nada que ver con el hecho de que lleves cinco días sin verle, ¿verdad?— Gus le lanzó una sonrisa pícaro.

— No digas bobadas, Gus. Sólo estoy preocupada por la investigación.

— Claro, claro... Si ya sé que vuestra relación es puramente profesional... Que se os ve mucho el plumero, Natalia.

— No sé a qué viene eso. Mejor sigue con el ordenador porque de personas no tienes ni idea— su tono sonó más herido de lo que pretendía aparentar.

— Eso intento, pero hay cierta persona que se empeña en sacarme de quicio con sus paseítos. Si te paras durante cinco minutos, yo vuelvo con el ordenador. Y no te preocupes, las relaciones personales os las dejo a Carlos y a ti.

— Ya te dejo tranquilo, me voy— al llegar a la puerta se giró, dispuesta a decir la última palabra—. A veces te comportas como si tuvieras quince años. Ya no estamos en el instituto, Gus.

— Pues aplicaos el cuento— contestó Gus sin dejar de mirar a la pantalla.

Natalia se encerró en su habitación. Los comentarios de Gus le habían inquietado más de lo que quería reconocerse a sí misma. ¿Tanto se le notaría? ¿Y qué habría querido decir Gus con eso de que a los dos se les veía el plumero? ¿Notaba él algo en Carlos de lo que ella no se había dado cuenta?

Se sentó delante del espejo y empezó a retocarse el maquillaje. Lo mejor sería

olvidarse de todo aquello. Después de todo, no estaban en el mejor momento para empezar nada, no funcionaría con todo el estrés que estaban teniendo que soportar en esa investigación. Pero quizá después... Se miró al espejo y volvió a reprenderse por las tonterías en las que estaba pensando. Por Dios, Carlos y ella... No durarían juntos ni cinco minutos y, además, Carlos ya le había dejado claro que sólo la veía como una amiga. Pero entonces, si se daba cuenta de que ellos dos juntos no podían funcionar, ¿por qué no podía sacárselo de la cabeza?

El timbre sonó y ella saltó de la silla, como impulsada por un resorte. En el momento en que iba a salir disparada hacia la puerta, la imagen de la sonrisita irónica de Gus apareció en su mente. Debía mantener la dignidad. Volvió a comprobar su imagen en el espejo y después salió caminando con paso tranquilo. Le hizo un gesto a Gus, que ya se levantaba, para indicarle que abriría ella y siguió andando, a pesar de que la impaciencia tiraba de ella. Nunca le había parecido tan grande su salón. Por fin llegó y abrió. Carlos estaba esperando con gesto impaciente, pero al verla en la puerta le dirigió una amplia sonrisa.

— Hola, Natalia.

— Hola...— no supo qué más decirle. Ahora era ella la que se sentía como si tuviese quince años. Incluso sintió que una oleada de calor subía por su cara— Pasa.

En ese momento oyeron los pasos rápidos de Art, que se lanzó a saludar a Carlos. Éste se agachó para acariciarle entre las orejas. Natalia aprovechó aquella distracción para dirigirse al salón.

— Gracias. Ya tenía ganas de volver por aquí. No os podéis imaginar lo que me aburre San Sebastián— Carlos la siguió, con el perro corriendo entre sus piernas, y entró en el salón mientras se quitaba el abrigo—. Hola,

Gus. Desenchúfate un rato del cacharro ese que se te está quedando la cabeza cuadrada.

— Tú siempre tan agradable, Carlos— contestó Gus mientras se levantaba para dirigirse a uno de los sillones—. ¿Qué tal por allí? ¿Has encontrado algo?

— Vaya, no ha ido tan mal— Carlos esperó a que los tres estuviesen sentados antes de seguir—. Tengo nuevos datos que apoyan la teoría del triangulo amoroso y la chica desconocida.

— ¿En serio?— preguntó Natalia— Cuenta, cuenta.

— Bien, Eneko consiguió recordar que Alex le habló de una chica con la que chateaba. Al parecer tenía novio y alguna vez los dos discutieron por ella.

— ¿Novio? Vaya, por fin tenemos un móvil. Parece que la historia era más seria de lo que nosotros habíamos pensado— dijo Gus.

— No para Alex, al menos según lo que me dijo Eneko. Él sólo estaba divirtiéndose, se lo tomaba todo a broma.

— Pues no debería haberse metido en una relación sólo para divertirse. Hay que tener muy pocos sentimientos para hacer eso— intervino Natalia.

— Hombre, Alex podía no ser un angelito, pero eso no justifica que lo matasen— contestó Carlos.

— No estoy justificándolo.

— Es que a veces parece que estuvieses de parte de Caronte— la acusó Carlos.

— Sólo intento ponerme en su punto de vista para comprender sus

motivaciones. Y desde luego los celos son una gran motivación, si es que el novio de esa chica resulta ser Caronte, claro— se defendió ella.

— Esa es la parte buena de la historia, que creo que sí lo es.

— ¿Y cómo lo sabes?— preguntó Gus.

— Por el nombre de la chica: Mónica.

— ¡Como la contraseña de su cuenta de ICQ! ¡Joder, es él! Por fin le tenemos— exclamó Gus.

— No tan rápido. Sólo sabemos el nombre de la chica y que tanto ella como su novio eran de Bilbao. Eneko no consiguió recordar nada más y ninguna otra persona ha sabido decirme algo sobre esa tal Mónica.

— ¿Entonces de qué nos sirve?— el desanimo volvió a la voz de Gus.

— Bueno, por el momento en la central están buscando cualquier asesinato o desaparición en el último año que coincida con esos datos: el nombre, la procedencia y el grupo de edad— contestó Carlos—. Espero que no encuentren nada, porque eso significaría que Natalia tiene razón y Caronte no la mató. Y si no la mató, podremos encontrarla.

— ¿Pero te haces una idea de la cantidad de chicas con ese nombre que puede haber en Bilbao?— dijo Natalia— Y, además, puede haberse cambiado de domicilio.

— Y de nombre, y de sexo... Si es por ponernos negativos...— repuso Carlos— Si está viva, la encontraré. Joder, por fin conseguimos algo que nos puede llevar hasta él y vosotros no hacéis más que poner pegas.

— Perdona, Carlos. Tienes razón— intervino Gus, conciliador—. ¿Y cómo piensas encontrarla?

— No lo sé, pero no voy a parar hasta que lo consiga. Como si tengo

que entrevistar a todas las Mónicas de la provincia. Y además, te tengo a ti— contestó Carlos, mirando a Gus.

— ¿A mí? ¿Y qué quieres que haga yo?

— Si esa chica estuvo conectada a ICQ una vez, es muy posible que siga usando una cuenta. Y si es así, la encontraremos.

Carlos salió de la oficina de Aguirre sintiéndose muy cansado. Había tenido que luchar con él durante más de media hora para que accediese a solicitar los catorce nuevos expedientes que Natalia había seleccionado. Aguirre había terminado cediendo, pero, por sus comentarios, Carlos había notado que su tiempo y la paciencia de Aguirre estaban a punto de acabarse. Cada día le iba con una hipótesis nueva y la mayoría de ellas no estaba dando ningún resultado. En los últimos días, cada vez que le comentaba a Aguirre algún nuevo camino de investigación, podía ver la incredulidad reflejada en su mirada, como si supiese de antemano que unos días después Carlos aparecería con el rabo entre las piernas para confirmarle que tampoco había funcionado.

Al menos parecía que la prensa se estaba olvidando del caso. Las noticias que aparecían en los periódicos eran cada vez más cortas y esporádicas. A pesar de que eso le proporcionaba un respiro, Carlos no podía evitar la indignación por esa indiferencia ante unos crímenes que días atrás parecían horrorizar a la sociedad y que, sin embargo, quedaban enterrados sin dar tiempo siquiera a que los cadáveres de las víctimas se hubiesen enfriado. Y lo peor de todo es que volverían a atacar con la misma saña si Caronte cometía un nuevo asesinato, como si les hiriese en lo más hondo lo que unos días antes tenían olvidado. Aguirre no iba a aguantar esa presión, no iba a tolerarle un fallo más. Todo lo que estaban intentando tenía que funcionar. Sólo les quedaba una oportunidad.

Al menos obtendría los expedientes. La perspectiva de tener que entrevistar a nuevos pacientes no le agradaba demasiado. Pensó que ésa era una línea de investigación que no le importaría cederle a Roberto. No tenía muchas esperanzas en sacar nada de todo ese trabajo. Aunque uno de ellos fuese Caronte, no iba a confesar desesperado sólo porque Carlos se presentase en la puerta de su casa. Aún así, tendría que intentarlo. No iba a ser él quien le dijese a Natalia que no se iba a seguir una línea de investigación que se le había ocurrido a ella.

Volvió a su oficina y revisó sus apuntes. Quizá debería aprovechar la visita a los psiquiátricos para insistir a los directores sobre el caso. No podía creerse que alguien tan perturbado como Caronte no hubiese estado ingresado nunca. Alguien tendría que saber algo. Quizá si preguntase otra vez harían un nuevo esfuerzo por recordar.

Dejó sus notas y volvió a salir de la oficina, camino del departamento de archivos. Hacía sólo dos horas que le había preguntado a David si había encontrado el rastro de Mónica en los informes de víctimas de asesinato o de personas desaparecidas, con resultado negativo. Seguro que volvía a decirle que no, pero, por una vez, el hecho de que no encontrasen nada sería una buena noticia. Y estaba necesitando una esa mañana.

No podía seguir mirando la pantalla del ordenador sin hacer nada. A cada segundo la sensación de culpa iba creciendo, la voz interior que reclamaba venganza se hacía más fuerte, su tono más imperioso. Ellas estaban pecando y no tenían castigo. No podía permitir que se saliesen con la suya, que cometiesen el mismo pecado, que causasen todo ese daño sin que pasase nada. Pero no se atrevía. Habían estado tan cerca la última vez...

Sin embargo, si seguía así, tampoco conseguiría nada. Había logrado escapar

de ellos, pero habían paralizado su misión. Llevaba ya semanas sin hacer nada, mirando como los nombres de nuevas chicas aparecían en su ordenador, riéndose de su impotencia. Tenía que hacer algo. No podría aguantar esa situación mucho más tiempo. La locura total, el ansia de destrucción crecía a cada minuto, amenazando con volverse en su contra. Si pudiese esconderse de ellos...

Se levantó de la silla y salió de la habitación, alejándose del ordenador que parecía gritar su nombre. Tenía que volver pero, ¿cómo? No podía seguir usando su antigua cuenta. Ése era el camino por el que debían haber encontrado su rastro la otra vez y estarían esperando a que volviese, al acecho de cualquier pequeño fallo que pudiese cometer. Tendría que hacerse una nueva cuenta, pero no podía permitirse cambiar sus datos. Los sacrificios no servirían si los realizaba bajo otro nombre. Entonces, ¿cómo hacerlo? ¿Cómo esconderse de ellos?

Paseó por la habitación sintiendo crecer la urgencia. La inactividad había dejado de ser una opción. Debía empezar a actuar. Cada día era más difícil mantener el control y debía tener en cuenta todo el tiempo que tardaría en encontrar y preparar a una nueva presa. Si seguía esperando más, al final la desesperación haría que cometiese un error y allí estarían ellos. Tenía que empezar, ya había esperado demasiado tiempo. Siguió pensando, intentando encontrar la solución a su problema.

Un bosque es el mejor lugar para esconder un árbol. La frase apareció en su cabeza, como si alguien se la hubiese susurrado al oído. Eso era. Crearía todo un bosque a su alrededor. Eso les confundiría, les desanimaría... Incluso era posible que abandonasen. Esa idea tenía otra ventaja. No había por qué esconder un solo árbol. Podría cambiar de uno a otro si le parecía que se acercaban demasiado, podría hacer crecer el bosque a su antojo, un poco más

cada día, hasta que se perdiesen en él. Se dirigió al ordenador, sintiendo que la libertad y la fuerza hacían huir el terror y la angustia de los últimos días. Por fin podía volver a actuar.

CAPÍTULO SEIS

Carlos pensó que, por las caras que tenían los tres, cualquiera habría pensado que estaban en un velatorio. A él, como principal responsable de la investigación, le correspondía la misión de motivarles, pero no se le ocurría nada que pudiese animarles. Ni siquiera era capaz de animarse a sí mismo y, desde luego, no mentía tan bien como para hacerles creer que todavía podrían encontrar algo. Todas las puertas volvían a estar cerradas.

Se levantó y se marchó a la cocina a poner café para todos. En ese momento era lo único que se le ocurría para alegrarles: doparles con cafeína. Mientras se calentaba, volvió a repasar en su cabeza todos los datos. Tenía que estar ahí, en algún detalle, en algo que habían pasado por alto...

Había vuelto a visitar todos los psiquiátricos, y, como la otra vez, nadie supo decirle un solo nombre que encajase con los datos que les daba. Había visitado a las personas que Natalia había seleccionado en la segunda revisión con unos resultados aun más desalentadores que la primera vez, llegando a la única conclusión de que ella había hecho bien en descartarlos en su primera selección.

En cuanto a los nuevos datos que había conseguido de Eneko, tampoco habían arrojado ningún resultado. No había aparecido nada sobre Mónica en los archivos policiales referentes a asesinatos o desapariciones, lo cual era una buena noticia, pero parecía que a la chica se la hubiese tragado la tierra. Nadie más pudo hablarle una palabra sobre ella, no había cartas ni alusiones a ella entre los objetos personales de Alex y en Internet tampoco aparecía. A pesar de que Gus le había comentado que era normal, que ella podría haber cambiado su nombre en la cuenta o que podría haber usado un nombre falso

desde el principio, Carlos sentía que estaba persiguiendo a otro fantasma, como si no tuviese suficiente con Caronte.

Y encima éste no daba ninguna señal de vida. Ya hacía dos semanas que habían terminado de introducir todos los cebos en ICQ, pero seguían sin recibir contestación. Tampoco había aparecido en las búsquedas diarias que realizaba Gus, ni había vuelto a utilizar su antigua cuenta. Era como si se hubiese rendido, o como si hubiese desaparecido. La esperanza le hacía creer muchas veces que todo había acabado, que quizá Caronte se sintió tan cerca de ser atrapado, tan acorralado, que acabó con su vida aquella noche, poniendo fin a la pesadilla. Pero algo en su interior le decía que no. Seguía teniendo los mismos sueños, noche tras noche, en los que unos ojos verdes le acechaban entre las sombras del bosque. Y, aunque a la luz del día pensase que eran tonterías, en el momento en que despertaba, cubierto de sudor y asustado por lo que pudiera ocultarse en las sombras de su cuarto, sabía que el sueño era cierto, que seguía allí, esperando para volver a atacar. Y que les odiaba por haberle detenido.

Y ése era su mayor miedo: saber con seguridad que estaba ahí, que volvería a atacar y que, de nuevo, no estarían preparados. Hacía tiempo que, a pesar de las hipótesis de Natalia, sabía que Caronte no se detendría solo y que mucho menos se suicidaría. Iba a seguir y sólo ellos podían detenerlo. Pero no sabía cómo. Todo volvía a ser confuso, todos los caminos que semanas antes parecían tan claros habían vuelto a difuminarse en la bruma. Estaban de nuevo perdidos. Lo único que podían hacer era esperar y rezar para que mordiese el anzuelo y pudiesen atraparlo. Eso o salir otra noche a recoger un cadáver, esperando que esa vez hubiese cometido un fallo.

Gus terminó de releer otro de los chats y lo marcó en la lista como leído por

segunda vez. Se sentía frustrado y aburrido. Si ya había resultado pesado leer todos los chats por primera vez, aquella segunda lectura le estaba resultando insufrible. Pero tenía que hacerlo, a pesar de estar cada vez más seguro de que no iban a sacar nada de ello, de que no se le había escapado nada. ¿Cómo se le iba a haber escapado algo? Había leído todos los chats con la máxima atención, luchando contra un aburrimiento mortal, y muchos de ellos habían sido revisados después por Natalia.

Se planteó como podía convencer a Carlos de que aquello era una completa pérdida de tiempo. Iba a resultar imposible. Aunque Carlos supiese que no iba a sacar ningún dato nuevo por volverlos a leer, querría mantenerle ocupado para justificar el sueldo que le pagaban. Pero ni por todo el oro del mundo iba a soportar volver a leer de nuevo todo aquello. O le mandaban hacer algo diferente pronto o lo dejaba, que tenía la carrera muy abandonada. Incluso las chapas del profesor de estadística resultarían divertidas comparadas con aquello.

Se dio la vuelta y miró al perro, que estaba dormitando sobre la alfombra, con la misma expresión de agobio que tenía Gus.

— Tú también te aburres, ¿verdad? Pues eso que no sabes leer, que si no ya habrías intentado tragarte tu propia lengua. Pero a tu dueño se le ha metido en la cabeza que hagamos esto— Art se levantó al ver que se dirigía a él e intentó cazar una de las manos de Gus—. Para, que te estoy hablando. Al menos tú podrías prestarme un poco de atención, ya que estamos los dos secuestrados juntos en esta casa. Cuando venga Carlos le decimos que estamos hartos y que dejamos esto. ¿Te parece bien?

El perro le miró con expresión de extrañeza durante unos segundos y después volvió a atacar su mano.

— No, claro que no lo voy a dejar. No sé para qué pienso tantas

tonterías. Además, si lo dejase, ¿quién iba a cuidar de ti mientras esos dos están fuera de casa?— suspiró resignado y retiró la mano que Art estaba mordiendo para sacar un cigarrillo— Por el momento habrá que seguir con esta tortura, pero, en cuanto venga Carlos, le voy a poner las cosas claras. Si no se le ocurre otra cosa que mandarme para hacer, que no me mande nada. Estoy seguro de que en alguna parte de la declaración de los derechos humanos debe poner que es un delito intentar asesinar a alguien por aburrimiento. Esto es un abuso laboral, eso es lo que es. Y no voy a parar hasta que tu dueño me diga que no tengo que seguir con esta mierda. Y aunque no te lo creas, puedo ser muy pesado...

Art se había levantado al ver que ya no podría seguir jugando con la mano de Gus y en ese momento salía de la sala, buscando alguna otra cosa que morder.

— Oye, que te estoy hablando. Joder, que perro más maleducado. Pues hoy no hay paseo hasta que vengan los demás, porque yo no te pienso sacar.

Encendió el cigarrillo y volvió a mirar la pantalla. No le apetecía en absoluto empezar otro chat. Lo mejor sería buscar si algún otro Caronte había aparecido. Introdujo los datos y esperó unos segundos. Al ver el resultado se levantó de la silla, sin apartar la vista de la pantalla y se dirigió al teléfono. Las manos no paraban de temblarle mientras marcaba el número. Al cabo de tres eternos tonos de llamada, Carlos descolgó el teléfono.

— Soy Gus. Caronte ha vuelto.

El doctor Martínez acompañó a su paciente a la puerta y le despidió hasta la siguiente sesión. Volvió a su asiento y echó un rápido vistazo a la montaña de papeles que debía hojear esa mañana. A eso debía añadir las dos sesiones que todavía le quedaban por realizar. Era demasiado trabajo para una sola persona. No debería haber aceptado el puesto de director del psiquiátrico,

estaba resultando demasiada responsabilidad para él. Y menos aún si tenía que seguir pasando consulta a los pacientes. Necesitaban a otro psiquiatra que le quitase parte del trabajo, pero ahora que él llevaba las cuentas, sabía que no podían permitirselo. Se frotó las sienes con la punta de los dedos, intentando ahuyentar el incipiente dolor de cabeza, y empezó a trabajar.

Al cabo de unos minutos se dio cuenta de que no había entendido una sola palabra de lo que estaba leyendo. No era capaz de concentrarse. Llevaba varios días dándole vueltas a la visita del inspector Vega. ¿A qué venía preocuparse tanto por aquello? Ya le había dicho que no podía ayudarle con el caso de los asesinatos en serie, pero algo en su interior le insistía en que sí podía, que debía intentar recordar.

Por más que pensaba, no lograba acordarse de ningún caso de un hombre obsesionado de manera especial con los ojos o las manos, pero esos datos tenían un aire de familiaridad que le impedía olvidarlo. Intentó hacer memoria de los casos de los últimos meses, pero fue inútil. Eran demasiados. Cada día entraban nuevos pacientes y él había realizado el informe preliminar de la mayoría de ellos. Para encontrar esos datos tendría que revisar uno por uno todos los casos del último año, que ni siquiera estaban pasados a ordenador. Otra tarea que no había tenido tiempo de realizar, necesitarían otra secretaria que pudiese encargarse de eso... Era muchísimo trabajo revisar los expedientes a mano, uno por uno. No podía permitirselo con lo ocupado que estaba.

Decidió dejarlo. Seguro que sólo se trataba de su imaginación. La sensación de familiaridad se debería al hecho de que el inspector Vega ya se lo había preguntado en su anterior visita. Sus deseos de poder ayudar en la investigación y convertirse en una especie de héroe nacional habían hecho el resto. Pero ya estaba muy mayor para jugar a vivir una película. Lo dejaría

correr y en unos días la sensación habría desaparecido.

Natalia y Carlos entraron en el salón casi corriendo. Gus estaba sentado, delante del ordenador, mirándoles preocupado. Les saludó con un gesto mecánico y se giró para teclear en su ordenador. Ambos se sentaron, cada uno a un lado, y esperaron en silencio mientras Gus realizaba la búsqueda. Al cabo de unos segundos lo vieron. Donde otros días sólo aparecían cinco nombres, hoy el programa arrojaba un mensaje que avisaba que existían demasiados usuarios con los datos que proporcionaban y que deberían concretar más.

— ¿Qué demonios significa eso?— preguntó Carlos.

— Que se está escondiendo. He hecho varias búsquedas a lo largo del día y cada vez hay más. En este momento ya debe haber unas doscientas cuentas con su nombre. Lleva todo el día creando nuevos usuarios con sus datos, y no sé cuando parará— contestó Gus.

— ¿Y cómo vamos a encontrarle ahora?— dijo Natalia, preocupada.

— Ése es el problema, que no lo sé. Aunque consiguiésemos saber con que cuenta está conectado en un momento dado, puede cambiar cada cierto tiempo para despistarnos. Es imposible tenerlas vigiladas todas— Gus se giró, apartando la mirada de la pantalla, como si le hiciese daño mirarla. Una chispa de rabia brillaba en sus ojos.

— Pero no puede permitirse estar cambiando de cuenta. Tiene que hablar con las chicas que elija y ellas sospecharían— argumentó Natalia.

— ¿Que sospecharían? Una mierda van a sospechar... Tú también has leído sus chats, Natalia. Comen en su mano, sólo ven lo que él quiere que vean. Les dirá cualquier cosa, que hay alguien intentando hackearle y que tiene que andar con cuidado, por ejemplo, y ellas le creerán, sin más preguntas. Lo

sabes tan bien como yo— Gus se levantó airado y se alejó unos pasos del ordenador. Miró un momento a su alrededor, como si buscara una salida y terminó por sentarse en el sofá, apartado—. ¿Alguien tiene un cigarrillo? Me los he fumado todos.

Carlos metió la mano en el bolsillo de su abrigo, que todavía no se había quitado, y le tendió el paquete.

— No te pongas así, Gus. Esto no significa que no vayamos a cogerle — le dijo mientras le ofrecía también su mechero.

— Pues no sé cómo porque, si no hemos podido pillarle cuando estaba confiado, a ver qué vamos a hacer ahora que se ha vuelto paranoico.

— Bueno, si sigue utilizando sus datos en todas sus cuentas, ¿sería posible que también utilizase la misma contraseña para todas ellas? Después de todo, creemos que también tiene un significado importante para él— argumentó Carlos.

— ¿Y qué quieres que haga sabiendo la contraseña? ¿Entrar todos los días en todas las cuentas para ver cuál está utilizando?

— Eso es. ¿Sería posible?

— Posible, sí. Pero, además de ser un montón de trabajo, porque no sabemos si se va a parar en los doscientos Carontes que tenemos ahora mismo o piensa seguir hasta el infinito, cada vez que encontremos su cuenta nos llevaremos sin querer los mensajes que le hayan mandado mientras no esté conectado. Y, si alguien le comenta que le mandó un mensaje que a él no le ha llegado, saltará a otra cuenta y tendremos que volver a empezar— contestó Gus.

— Debemos comportarnos con mucho cuidado— intervino Natalia—. Que haya utilizado este método indica que se siente acorralado. Sabe que le

perseguimos y está asustado. Si seguimos presionándole, puede que se nos escape para siempre.

— ¿Cómo se nos va a escapar? Necesita seguir usando estos datos y, mientras siga haciéndolo, podremos encontrarle— protestó Carlos.

— No necesita usar esos datos, necesita asesinar. Es ahí donde encuentra el alivio a su obsesión. Los datos, el tipo de letra, la contraseña..., son sólo aspectos del ritual. Lo hace así porque para él tiene un sentido, pero lo realmente importante es que los crímenes no paren. Si seguimos asustándole, es posible que se resigne a cambiar alguno de esos detalles, y le habremos perdido— le contradijo Natalia.

— Eso sin contar con que ICQ es sólo uno de los cientos de programas de chat que debe haber por la red. Si decide cambiarse de programa, ahí sí que la habremos jodido, porque podrían pasar meses antes de que volviésemos a encontrarle, aunque conservase todos los demás datos— añadió Gus—. No sé qué podemos hacer ahora.

Los tres se quedaron callados durante unos minutos, intentando encontrar la solución. El silencio, sólo roto por los pasos rápidos de Art, que corría de uno a otro preocupado, cayó sobre el salón. Carlos recogió su paquete de tabaco y encendió un cigarrillo mientras intentaba que las ideas llegasen a su cabeza. Tenía que haber algún modo, no era posible que Caronte hubiese pensado en todo. Pero, por más que pensaba, a su cabeza no venía nada aparte de la ya conocida sensación de fracaso. En ese momento, el sonido de un mensaje entrante rompió el silencio.

— Gus, una de “tus chicas” ha recibido un mensaje— avisó Natalia.

Gus se levantó del sofá y volvió a sentarse frente al ordenador. Llevaba días recibiendo mensajes de chicos a las cuentas que había puesto como cebo. Después de comprobar que no eran Caronte, Gus les ponía alguna excusa y

dejaba de hablar con ellos. En aquel momento, ni siquiera estaba de humor para inventar alguna razón convincente para no hablar. Lo metería en el Ignore List y se acabó. Abrió el mensaje, sin mirar siquiera la información del usuario. En cuanto lo vio, las manos volvieron a temblarle.

— Carlos, Natalia...— sólo consiguió sacar un débil hilo de voz—
Tenéis que ver esto.

Los dos miraron el mensaje y no necesitaron que Gus les diese más explicaciones de su nerviosismo para que ellos también lo sintiesen.

Hola, soy Alex, un chico de San Sebastián. Estaba muy aburrido así que me he puesto a buscar a alguien con quien hablar. ¿Tienes un rato libre?

CAPÍTULO SIETE

Los tres se quedaron mirando al monitor durante mucho tiempo, sin atreverse a decir nada. Por fin le tenían, estaba hablando con ellos... Después de tanto buscar a su fantasma, éste aparecía, dispuesto a meterse de cabeza en la trampa que le habían tendido. Habían esperado tanto tiempo ese momento que la tensión les dejó paralizados. Carlos consiguió por fin vencer su nerviosismo:

— Vamos, Gus. Dile algo que se va a ir.

Gus le miró como si no supiese de qué le estaba hablando y por fin contestó:

— ¿Hablarle yo? Pero si no voy a saber que decirle... ¿Y si lo hago mal y no me contesta?

— Sólo faltaría que te fueses a quedar sin palabras justo ahora. Vamos, saludale— el tono de Carlos fue más firme esta vez.

— Joder, Carlos, que es él... Es un jodido asesino de niñas y tú pretendes que le salude... Hay muchas cosas que me gustaría decirle, pero “hola” no es una de ellas. Lo va a notar y se va a fastidiar todo.

— A ver, ¿qué cojones te pasa ahora?— Carlos se sentía cada vez más enfadado— Éste era tu plan, decías que podías hacerlo y ahora que funciona, ¿te rajas? No te entiendo.

— Pues es que ahora no puedo. Pensé que sería capaz de hacerlo, pero ahora no sé qué me pasa...— contestó Gus.

— Me da igual que puedas o no puedas. Lo tienes que hacer y punto.

— Pues no lo voy a hacer. ¿Quién te crees que eres tú para darme

órdenes?— el tono de Gus fue subiendo. Se levantó de la silla, enfrentándose a Carlos.

— Joder, sólo me faltaba eso por oír— Carlos también se levantó—. ¿Cómo que quién soy para darte ordenes? Pues el que te paga, ni más ni menos.

Natalia se sentó frente al teclado y empezó a escribir. Carlos y Gus dejaron de gritarse y la miraron intrigados.

— ¿Se puede saber qué haces?— preguntó Carlos.

— Darnos un poco de tiempo para que podáis terminar vuestra pelea de gallos y que podamos seguir trabajando. Él no va a esperar indefinidamente y no voy a permitir que le perdamos por el simple hecho de que hayáis decidido comprobar ahora quien es más machito de los dos— contestó Natalia, mientras tecleaba—. ¿No podíais partiros la cara más tarde?

Se quedaron en silencio mirando lo que escribía Natalia y sintiéndose estúpidos por la escena. Natalia terminó el mensaje y lo leyó en voz alta para que le diesen su opinión:

Estoy buscando información en Internet para un trabajo de clase. Si puedes esperar cinco minutos para que tome nota de unos datos, estaré contigo enseguida.

— ¿Qué os parece? ¿Lo envió para que espere mientras seguís peleando?

— ¿Pero cómo vas a mandar eso? Se supone que es una chavala de catorce años, no una académica de la lengua— contestó Gus mientras se

sentaba de nuevo al teclado y empezaba a retocar el mensaje de Natalia—. Hay que usar un tono más coloquial. Si llega a leer eso, no nos vuelve a hablar en la vida, o porque se huele que es una trampa o porque pasa de una tía tan pedante. ¿Qué te parece ahora?

— Que debería haber dejado que Carlos te pegara— expresó Natalia, dolida.

— Joder, Natalia, que era broma— se disculpó Gus—. Anda, léelo a ver qué te parece.

Carlos volvió a sentarse al lado de Gus, sintiéndose más tranquilo al ver que había vuelto a ponerse delante del ordenador. Éste les leyó el mensaje retocado:

Estoy buscando unas cosas para un trabajo de clase. ¿Puedes esperar cinco minutos?

— ¿Has visto que sencillo? No hay que adornarlo tanto. ¿Lo mando?— Carlos y Natalia asintieron— Bueno, ¿y ahora qué hacemos?

— No sé, para mí ha quedado muy claro que puedes hablar con él. De hecho, acabas de hacerlo— señaló Natalia.

— Ya, pero no es lo mismo que mantener conversaciones con ese tío todos los días e intentar convencerle de que me está enamorando y todo eso— objetó Gus.

— Ya sé que no es lo mismo, pero alguien tiene que hacerlo— intervino Carlos—. Y tú eres el que más tiempo tiene y el que mejor maneja Internet. Yo no sabría ni pedir un chat. Tienes que hacerlo, Gus. No podemos desperdiciar esta oportunidad.

— ¿Y si lo hago mal y se da cuenta?

— Pues estaríamos igual que ahora. No perdemos nada por intentarlo
— le animó Natalia.

— Es que me pone los pelos de punta pensar en hablar con el tío ese mientras él está planeando cómo va a sacarme los ojos.

— Por eso no tienes que preocuparte. Sólo estás interpretando un papel. Tú no tendrás que acudir a ninguna cita. Él nunca va a estar más cerca de ti de lo que lo está ahora— el sonido de la respuesta de Caronte les hizo volver a mirar el monitor, expectantes—. Espero que no se haya enfadado por hacerle esperar.

Vale, te espero lo que haga falta. Ahora mismo no tengo nada más que hacer. ¿Me autorizas?

Gus aceptó la autorización para que le añadiese a su lista de contactos y le envió a su vez una petición para que él también les autorizase. Al cabo de unos segundos le llegó la confirmación.

— Parece que le tenemos. Ahora podremos verle cada vez que se conecte y, además, sabemos cuál es la cuenta que está utilizando en este momento, por si nos hace falta— Gus suspiró, sabiendo que no tenía más argumentos para seguir protestando—. Bueno, si me dais un cigarrillo para que me tranquilice, empezaré a dejarme cazar.

Gus terminó su cigarrillo, respiró un par de veces y colocó las manos sobre el teclado.

— No podemos hacerle esperar más. Allá voy.

— Tranquilo, lo vas a hacer bien— dijo Natalia—. Además, estos cinco minutos nos dan más credibilidad. Ningún policía profesional le habría hecho esperar arriesgándose a que se cansara y buscara a otra.

Gus empezó a teclear el primer mensaje, sintiendo los nervios instalados en su estómago. Tenía que conseguir meterse en el papel o se quedaría bloqueado de nuevo en cualquier momento.

Ya he acabado. Podemos hablar ahora, si todavía tienes tiempo.

Esperaron unos segundos en silencio hasta que llegó la respuesta.

Claro, te estaba esperando. ¿Quieres chatear? Es que no me gusta hablar por mensajes, es mucho más lento.

Gus aceptó la petición de chat sintiéndose aún más nervioso. Ahora no tendría ni siquiera los segundos que transcurrían de un mensaje a otro para pensar o consultarles a Carlos o Natalia. No sabía si estaba preparado. Tendría que estarlo, no le quedaba otro remedio.

— *Hola de nuevo. Ya pensaba que te habías olvidado de mí. :-)*

— No, para nada. Es que estaba muy liada con lo del trabajo de clase. Tengo que entregarlo cuando acaben las vacaciones de Navidad y todavía no tengo nada.

— *¿De qué es el trabajo? A lo mejor te puedo ayudar.*

Gus se giró hacia los demás pidiéndoles una respuesta. En esos momentos no se le ocurría qué contestar. Ellos se quedaron mirándole, temerosos de hablar, como si Caronte pudiese escucharles. Viendo que no iban a ayudarle, decidió improvisar:

— De historia. Sobre la revolución francesa.

— *Vaya rollo. Ahora mismo no me acuerdo de nada, pero en caso de que consiga acordarme, te mandaré un mensaje, ¿vale?*

— Gracias, tampoco hace falta que te molestes. Supongo que en Internet habrá algo, el problema es que no consigo encontrarlo.

— *Sí, es el problema de Internet. Hay demasiadas cosas y están todas desordenadas. ¿Qué curso estás estudiando?*

Gus se quedó paralizado ante esa pregunta. Ni siquiera se había acordado de mirar la información de la cuenta que había recibido el mensaje. Si Caronte le preguntaba en ese momento, no podría decirle ni cómo se suponía que se llamaba. Mientras se maldecía por un error tan tonto, buscó a toda velocidad la información de la cuenta. El nickname era Arwen, el nombre Silvia López, vivía en La Reineta, tenía catorce años y era Géminis. Bien, con eso podría contestar a cualquier cosa que le preguntase.

— *¿Qué estudia la gente de catorce años?*— preguntó Gus.

— No sé, como ahora lo han cambiado todo— contestó Natalia—. Creo que tercero de ESO.

Gus volvió al teclado, rezando para que Caronte no hubiese sospechado demasiado por su tardanza.

— Tercero de la ESO.

— *Como has tardado. ¿Te lo has tenido que pensar?*

— No, es que mi madre ha venido a preguntarme si iba a merendar algo. Perdona.

— *No pasa nada. Tienes un nick muy bonito. ¿Te has leído El señor de los anillos?*

Gus pensó antes de contestar. El sí se lo había leído, pero no era muy creíble que una cría de catorce años lo hubiese hecho.

— No, lo intenté pero, cada vez que veía las hojas que me quedaban por leer, me ponía mala. El nombre me lo dijo mi hermano y me gustó, así que lo elegí como nick, pero ni siquiera sé quién es ella en el libro.

— *Bueno, acaban de estrenar la película.*

— Ya, mi hermano está emocionado con verla, así que supongo que tendré que ir con él y sus amigos.

— *No parece que te haga mucha ilusión.*

— Es que ir con ellos es un rollo. Se creen muy mayores porque me sacan tres años. Hasta mi hermano se pone insoportable cuando está con ellos.

Gus desvió la mirada un momento del monitor para saber, por las expresiones

de Natalia y Carlos, si lo estaba haciendo bien. Natalia asintió y le sonrió, animándole a que continuara.

— *¿Y no puedes ir con ninguna amiga?*

— No, no suelo salir por ahí. No me llevo bien con las chavalas de mi clase.

— *Si quieres, te llevo yo al cine. :-)*

— Gracias, pero me va a salir un poco caro ver la película si tengo que ir a verla a San Sebastián.

— *Bueno, la invitación está en pie. Además, siempre puedo ir yo.*

— ¿Me acabas de conocer y ya me estás invitando al cine? Si ni siquiera sabes si soy una borde...

— *Por el momento no lo creo. Pareces bastante simpática.*

— Gracias, tu también. Oye, ¿y tu nick qué significa?

— *Ja, ja... Bueno, no sé si decírtelo. Igual te asustas.*

— No creo. Dímelo.

— *Es el nombre del barquero que cruzaba a los muertos la laguna Estigia, camino al infierno, en la mitología griega. Encantador, ¿verdad?*

— Vaya, pues no mucho. ¿Y por qué te pusiste ese nombre?

— *No sé. Me gustó. Espero que no te creas que soy un bicho raro y me dejes de hablar.*

— No, para nada.

— *Pues me alegro. Oye, te voy a tener que dejar porque he quedado. ¿Podríamos hablar en otro momento?*

— Claro, yo me conecto un rato todas las tardes cuando vuelvo de clase.

— *Bien, hasta mañana entonces.*

— Agur.

Caronte cerró el chat y, al cabo de unos segundos, desapareció de ICQ. Gus miró de nuevo a Carlos y Natalia, esperando su opinión.

— ¿Ya está? ¿Se ha marchado?— preguntó Carlos.

— A lo mejor es cierto que tiene algo que hacer. Esto no tiene que significar que no le hemos gustado— contestó Natalia.

— O a lo mejor está haciendo una preselección y por el momento no tiene mucho tiempo. Recordad que su lista de contactos está vacía— dijo Gus—. Si nos vuelve a hablar en los próximos días, será que le hemos gustado.

— Joder, esto parece una entrevista de trabajo. ¿Y qué vamos a hacer ahora?— preguntó Carlos.

— Esperar y seguir con lo nuestro. Si le insistimos demasiado, podemos asustarle— sugirió Natalia—. Por el momento el cebo está echado y parece que está picando. Y Gus ha hecho un gran trabajo. Ha retratado a la víctima ideal para Caronte: joven, inocente, sin relaciones sociales... Una presa fácil para sus encantos. Yo creo que funcionará. ¿Un café para celebrarlo?

Los tres se separaron del ordenador y se sentaron en los sillones para seguir comentando lo que había sucedido. Cada poco tiempo, uno de los tres giraba la cabeza hacia el monitor esperando ver un mensaje de Caronte, a pesar de que éste había dicho que no volvería hasta el día siguiente. Al de media hora,

Gus se conectó en modo invisible, para que, en caso de que Caronte estuviese observando, no sospechase que le estaban esperando.

Poco después, cuando la conversación languideció porque ninguno de los tres podía mantener la atención en otra cosa que no fuese la pantalla, decidieron distraerse trabajando, así que Carlos y Natalia empezaron a revisar los datos del caso. Gus prefirió volver a releer chats antes que ver de nuevo las fotografías de las autopsias. Al cabo de una hora de estar trabajando, el sonido de otro mensaje hizo que todos levantasen la cabeza, expectantes. Gus lo abrió y después se giró, con una gran sonrisa de triunfo en la cara, para leerles lo que acababa de recibir.

He vuelto rápido de la calle para poder seguir hablando contigo, pero ya no estabas. Me he sentido mal por tener que dejarte cuando acabábamos de empezar a conocernos. Seguro que has pensado que soy un antipático. Para intentar compensarte, te mando la dirección de unas páginas de Internet con información sobre la revolución francesa. Espero que te sirvan de algo. Un beso.

Alex

CAPÍTULO OCHO

El día parecía mucho más luminoso que los anteriores. Incluso las dependencias de la central tenían un aspecto más nuevo, reluciente. Carlos entró saludando a todos los que se cruzaban en su camino con una gran sonrisa en su rostro. Por fin parecía que todo iba a salir bien. Caronte había mordido el anzuelo, y hasta el fondo. La noche anterior habían estado tan emocionados que no pudieron esperar hasta el día siguiente para chatear de nuevo. Gus había vuelto a conectarse, con la excusa de buscar más información para su trabajo, y había estado hablando con él hasta las nueve de la noche. La conversación no fue muy interesante, sólo comentarios acerca de los supuestos estudios, aficiones y relaciones de Silvia, pero parecía que Caronte había caído y la había seleccionado como su próxima víctima.

Paró en la máquina de café antes de ir a su despacho. Le pareció que el primer sorbo sabía mejor que otros días. Entró en su despacho canturreando y permaneció unos minutos mirando por la ventana, disfrutando del café y de la tranquilidad de volver a estar en el camino correcto. El día era luminoso y el cielo tenía ese color azul brillante que sólo aparece en los días de mucho frío. Todo era perfecto.

Sintió la necesidad de llamar a Natalia y hablar con ella unos minutos, preguntarle qué tal le iba y si se había dado cuenta del maravilloso día que hacía. Desechó la idea. Se reiría de él si la llamaba para decirle esa tontería. Además, sólo llevaba sin verla desde la noche anterior. ¿A qué venía esa urgencia por volver a hablar con ella? Seguro que no había conseguido más información sobre el caso en tan poco tiempo, así que tampoco podía llamarla con esa excusa.

Joder, se estaba comportando como un crío. ¿Por qué tenía que estar buscando excusas? ¿Qué había de raro en que la llamara? La parte más cínica de su cerebro despertó para reírse de él. Pues claro que había algo de raro. No quería que hablaran como compañeros de investigación, ni comentar nada del caso. Quería llamarla porque estaba atontado por ella, como un adolescente.

El humor volvió a agriársele ante esos pensamientos. No sabía qué le pasaba cada vez que estaba a su lado. Ella se había ofrecido a colaborar con él en la investigación, e incluso parecía que quería que fuesen amigos, pero ya habían dejado claro que no debía pasar nada más. Lo mejor sería dejar las cosas como estaban, su vida ya era bastante complicada. Esos sentimientos confusos podían deberse a que estaban pasando mucho tiempo juntos, sometidos a una presión que hacía que sus emociones estuviesen muy alteradas, pero, cuando la investigación acabase, ya no quedaría nada entre ellos dos.

Encendió un cigarrillo mientras intentaba convencerse a sí mismo de la verdad de esos pensamientos. Debía volver a ver a Natalia sólo como una compañera y controlar su imaginación. Decidió que lo mejor que podía hacer era no decirle nunca nada para ahorrarse el ridículo.

En ese momento, otra parte de su mente, una que llevaba dormida ya mucho tiempo, decidió sumarse a la discusión. ¿Qué tenía de ridículo que le dijese a Natalia lo que sentía? ¿Qué tendría de malo que dejase de ser un cobarde y se lo reconociese a sí mismo? Con ella se sentía bien. Era una estupidez negarlo. No había por qué plantearse si estaba enamorado o si la quería. Simplemente se sentía a gusto a su lado, y parecía que Natalia sentía lo mismo. Y nunca sabría si sería posible que entre los dos surgiese algo más si no hacía nada. Tampoco se estaría comprometiendo a nada si la invitaba a cenar para celebrar lo bien que estaba yendo la investigación. Ya vería como se las arreglaba para que Gus no pudiese acudir.

Levantó el teléfono para llamarla antes de que el valor le abandonase, pero no fue lo bastante rápido. Sería mejor decírselo cara a cara para poder saber por su expresión cómo se lo tomaba. Y, además, tenía que inventar una manera de librarse de Gus. Volvió a colgar, decidido a no pensar de nuevo en ello hasta que se le presentase una buena ocasión.

— *Hola, Silvia. Ya empezaba a echarte de menos.*

— Hola. Sólo me he retrasado cinco minutos. Tampoco es como para pensar que no iba a venir.

— *Ya, pero sueles ser muy puntual. Y no me gustaría quedarme sin hablar contigo.*

— Perdona, pero es que el perro se había hecho pis en el pasillo y he tenido que limpiarlo.

— *¿Tienes perro? No me habías dicho nada.*

Gus se maldijo por haber dejado escapar un dato real, pero se había puesto tan nervioso por llegar tarde que no se había dado cuenta de lo que decía. Bueno, tampoco tenía importancia, además le daría más credibilidad a su personaje si podía contar historias reales.

— Bueno, no es mío. Es de mi hermano pero, cuando él no está, soy la encargada de cuidarlo.

— *Pobre, todo el día ocupada.*

— No me importa. Es muy majo. Se llama Art y es un cachorro de pastor alemán.

— *Es un nombre muy bonito. ¿Qué significa?*

— Es el diminutivo de d'Artagnan. Una de las paridas de mi hermano, no sé por qué se lo puso.

— *A mí también me gustan mucho los perros.*

— ¿Tienes uno?

— *No, por el momento. Cuando tenga mi propia casa.*

— ¿Tus padres no te dejan?

— *No creo que les gustase la idea. Paso de preguntárselo.*

— ¿No te llevas bien con ellos?

— *No mucho.*

No había manera de sacarle algo acerca de su familia, nada de su vida privada. Cada vez que la conversación se dirigía a esos temas contestaba con monosílabos o cambiaba de tema. Gus decidió presionar un poco, no iba a dejar que se escapase tan fácil.

— ¿Qué es lo que pasa? ¿Se meten mucho en tu vida?

— *No, lo normal. Oye, ¿sabes que hoy es un día de fiesta?*

Ya estaba hablando de otra cosa, pero tampoco se atrevía a insistir más. Aunque Caronte no sospechase que era una trampa, podía decidir que Silvia hacía demasiadas preguntas para su gusto, que iba a ser una presa difícil... No podía arriesgarse a que cambiase su objetivo. Decidió seguirle la corriente. Ya volvería al tema cuando tuviesen más confianza.

— Claro, es Nochebuena.

— *No me refiero a una fiesta mucho más especial, al menos para mí. Hoy hace una semana que nos conocimos. :-)*

— ¿Celebras cada vez que conoces a alguien en ICQ?

— *No, sólo cuando conozco a alguien que me cae muy bien.*

— ¿Y son muchos?

— *Por el momento sólo una persona y no creo que vaya a conocer nunca a nadie más tan simpático.*

Gus sonrió. Iba rápido el chico, ya le estaba entrando. Natalia le había advertido que Caronte estaría desesperado por el tiempo que había pasado inactivo y que sería menos cauto que en otras ocasiones. Él debía ponérselo fácil, pero no tanto como para que sospechase. ¿Y cómo demonios se hacía eso? Quizá las mujeres nacían con un máster en esas cuestiones, pero él no tenía ni idea de cómo comportarse. Lo mejor sería hacerse un poco el tonto.

— Vaya, pues gracias. No sé qué decir.

— *No tienes que decir nada. Sólo espero que sigas siendo tan especial como eres.*

— Vas a conseguir que me ponga roja.

— *Ja, ja... No te avergüences, mujer. He dicho esto para que sepas que, aunque sólo ha pasado una semana, para mí es muy importante hablar contigo. Me haces sentir muy bien. Y espero que tú sientas lo mismo.*

— Claro, me encanta que seas mi amigo.

— *Bueno, y como no quiero que te sientas más incómoda, cambiaré de tema. Cuéntame, ¿qué tal te ha ido hoy el día?*

Cerró el chat y se desconectó de ICQ. Cada día le resultaba más difícil estar chateando con alguna de las chicas sin precipitarse. La inquietud era tan grande, y el hablar con ellas despertaba tanta rabia y deseos de venganza, que sus manos parecían querer escapar a su control, escribir que las quería, hacer que cayesen en su trampa, conseguir ya una cita... Pero no debía apresurarse. Tenía que hacer las cosas con cuidado, seguir el plan trazado desde el principio. Si no tenía cuidado, ellas podían sospechar y hablar con alguien sobre sus conversaciones, o incluso llamar a la policía.

Esa misma tarde había estado a punto de estropearlo con Silvia. Era demasiado pronto para que intentase conquistarla. Por suerte, había logrado contenerse y no pasar de unos piropos que no comprometían a nada. Tenía la seguridad de que ella no había sospechado, pero por sus contestaciones le había parecido que se sentía incómoda. Desde el primer día le parecía que había algo en Silvia que no podía controlar o entender del todo, como si se guardase cosas para ella, como si hubiese algo en su persona que no quisiera mostrarle. Lo notaba en los segundos que dejaba pasar después de muchas de sus preguntas, en la manera superficial en la que le hablaba de su vida, en las preguntas que le hacía continuamente en un torpe intento de desviar la atención. Decidió no preocuparse. Conseguiría romper esas barreras y ella acabaría enamorándose, como todas las demás. Sólo necesitaría un poco más de tiempo.

Se levantó y paseó por la habitación. Tiempo era lo que no tenía. Habían pasado más de dos meses desde el último sacrificio. Y todo por culpa de

Susana. Volvió a sentir la rabia consumiendo su cuerpo, las ganas de matarla... Pero no podía hacerlo, ya no servía. No sabía cómo, pero ella había escapado, se había retractado de su error y no había acudido a la cita. No tenía por qué pagar, ese sacrificio no tendría valor. Necesitaba con urgencia una nueva víctima. Notaba como su autocontrol se debilitaba, más rápido cada día. La furia crecía, amenazando con romper las barreras que mantenían encerrada la locura. Tenía que conseguir una nueva cita y tenía que ser pronto.

Carlos llamó al timbre y esperó unos segundos. Gus le abrió la puerta, con Art correteando entre sus piernas. Carlos le saludó y entró:

— Hola. ¿Natalia no está?— preguntó.

— No, me llamó para decirme que tenía que hacer unas compras y que llegaría más tarde. ¿Qué pasa? ¿Es que mi compañía no te gusta?

— Claro que sí, de hecho voy a aprovechar que estamos solos para pedirte que te cases conmigo— Carlos se derrumbó en el sofá y aprovechó la ausencia de Natalia para subir las piernas a la mesa—. Bueno, dejémonos de bobadas. ¿Qué tal te va?

— Este trabajo me va a matar— contestó Gus con expresión cansada.

— ¿Ya estás quejándote otra vez? Te hemos dejado bastante tranquilo en vacaciones. Sólo has tenido que trabajar un rato cada día para hablar con él y, aún así, te hemos pagado igual.

— Era lo mínimo que podíais hacer en Navidad...— le reprochó Gus.

— Vale, lo que tú digas... Pero, si ya has descansado dos semanas, ¿por qué protestas ahora?

— No he estado descansando. Recuerda que te dije que en un mes

tengo los exámenes de la universidad, así que me he pasado las dos semanas estudiando. Entre estudiar y aguantarle no tengo un momento de respiro...

— Por mucho que me llores, no va a haber aumento de sueldo— le advirtió Carlos.

— Hombre, pero al menos quejándome me desahogo.

— Entonces vale. Si no me va a costar dinero, quejate. ¿Qué es lo que pasa ahora?— Carlos sacó un cigarrillo, lo encendió y se quedó mirando a Gus, invitándole a que hablara.

— El tío no se cansa. Hoy hemos estado hablando unas tres horas, sin parar. Tengo las manos destrozadas. Y además de hablar con él, he tenido que releerme un montón de chats de las otras chicas, para saber cómo reaccionar a las cosas que me diga.

— ¿Por qué? ¿No se te ocurre cómo contestarle?— preguntó Carlos.

— Se me podría ocurrir algo, pero comprenderás que mi manera de ligar se parece más bien poco a la de una adolescente de catorce añitos. Y además, es la primera vez que me dejo conquistar por un tío que me quiere destrozarse el corazón, tanto literal como figuradamente. Supongo que entenderás que las contestaciones no me salen muy naturales.

— Ya te entiendo. ¿Y qué vas a hacer entonces?

— Pues lo que estoy haciendo: estudiar mucho. Me leo los chats de las otras chicas cuando estaban en un momento parecido de la relación. Él no es muy original y no cambia mucho su discurso de una chica a otra, así que yo contesto inspirándome en lo que contestaban ellas. Por el momento parece que va bien— explicó Gus, sonriendo.

— ¿Entonces de qué te quejas?

— De agotamiento. Me paso más de doce horas al día delante del ordenador, chateando con él o leyendo. Y luego por la noche tengo que estudiar para los exámenes. Tengo los ojos destrozados, y los nervios ni te cuento. Hace meses que no oigo hablar de otra cosa que de asesinatos. Eso bastaría para desquiciar a cualquiera. Necesito un descanso o me va a dar algo...

Carlos le hizo una seña con la mano, intentando que parara. Había hecho mal en invitarle a que se expresara. Si era difícil callarle en circunstancias normales, a ver cómo lo conseguía ahora que le había incitado a hablar. En ese momento, una idea apareció en su cabeza, alegrándole el día.

— Tienes razón. Cógete el sábado libre.

— ¿Que tengo razón?— preguntó Gus asombrado.

— Sí, estás agotado y al final te vas a poner enfermo. Queda con tus amigos, alquilad una película o id a tomar algo, o lo que sea que hagáis un sábado. Y no te preocupes por el sueldo, que ese día te lo pagamos igual. Ya hablaré con Natalia y le diré que tienes que estudiar, por eso no te preocupes.

— ¿Te has dado un golpe en la cabeza? No puedo tomarme el sábado libre. ¿Quién hablará ese día con Caronte?

— Nadie. Le dices que tienes una cena familiar o algo por el estilo. En serio, Gus, no puedes seguir trabajando a este ritmo. Necesitas ese descanso y lo vas a tener por las buenas o por las malas— Carlos dejó de sonreír para dar más firmeza a sus palabras y cambió su expresión por una de auténtica preocupación.

— Está bien. Tampoco va a pasar nada si falto un día. Mañana le diré a Caronte que el sábado no estaré. Creo que además eso irá bien para el papel — Gus afinó la voz y cruzó las piernas en una postura femenina—. Una no

debe estar siempre disponible. Hay que hacerse valer.

— Bien, decidido entonces. Pero ahora no quiero escuchar ni una queja más. A seguir trabajando.

— Sí, señor— Gus se giró hacia el monitor y abrió un nuevo chat para repasar.

Carlos se acomodó aún más en el sofá, sintiéndose satisfecho. Ahora sólo tenía que encontrar el valor necesario para pedirle a Natalia que cenase con él. Y que ella dijese que sí, claro. Volvió a sentarse erguido en el sofá. Había algo que le inquietaba, y no era sólo la posibilidad de que Natalia dijese que no. Entonces, ¿qué era? Tenía que ver con la conversación que acababa de mantener con Gus, algo que había dicho él había llamado su atención, había algún detalle importante que se le escapaba.

Al cabo de unos minutos de darle vueltas a sus desordenados pensamientos sin conseguir nada, encendió un nuevo cigarrillo y le dio varias caladas para tranquilizarse. No debía dejar que su preocupación por la cita con Natalia se entrometiese. Cada cosa en su momento, ya se preocuparía de eso cuando ella llegase. Bien, ¿qué le había dicho Gus? Nada importante, sólo queja tras queja. Que le dolían las manos, que tenía los ojos destrozados, que estaba nervioso y cansado... Los ojos, las manos... Se giró hacia Gus y le preguntó:

— Oye, ¿habías dicho algo antes acerca de tu corazón?

— Hombre, Carlos, te estás preocupando demasiado. Estoy cansado, pero no me va a dar un infarto. Soy muy joven todavía. Tu deberías preocuparte, con tu edad y lo que fumas...

— Que no, joder. Y deja mi edad en paz. Has dicho algo acerca de Caronte destrozándote el corazón, ¿no?

— Sí, pero hablaba de manera figurada. Ya sabes, cuando te

enamoras...

— Sí, sí, eso es...— contestó Carlos, concentrado.

— ¿El qué?— preguntó Gus.

— Creo que acabamos de descubrir las razones de su modo de matar.

En ese momento se oyó la puerta de la calle y Natalia entró con varias bolsas. Carlos la llamó para que se diese prisa:

— Natalia, creo que tenemos algo.

— ¿El qué?— Natalia dejó las bolsas en el suelo y se sentó en el sofá, al lado de Carlos.

— A mí no me preguntes— comentó Gus—. No tengo ni idea de que está hablando.

— Sí lo sabes. Tú mismo lo has dicho: que te duelen las manos de tanto escribir en el teclado, que tienes los ojos cansados por pasarte tantas horas mirando a la pantalla. Y luego eso de que él intenta destrozarte el corazón.

— Ya, pero sigo sin entenderte— dijo Gus. Natalia también le miró intrigada, esperando que se explicase.

— ¿No lo veis? Los ojos, las manos, el corazón... Las tres partes del cuerpo que intervienen en una relación amorosa por Internet: los ojos para ver lo que el otro escribe, las manos para contestar, el corazón para enamorarse.

— Sí, eso es— intervino Natalia—. Y esas son las tres partes que mutila, como una especie de castigo simbólico a las chicas por haberse enamorado de él. Eso refuerza nuestra hipótesis de que está repitiendo su venganza. Primero mató a Alex y ahora asesina a Mónica en la persona de esas chicas, y en todos los crímenes tiene que mutilar esos órganos que él considera

culpables de su sufrimiento.

— Y por eso tiene que enamorarlas por Internet. Si no se enamoran de él, no le vale— dijo Gus—. Pero, ¿en qué nos ayuda esto para atraparlo?

— En nada, pero confirma nuestra hipótesis acerca de la relación con Mónica. Si consiguiésemos encontrarla...— respondió Carlos.

— También confirma que es una persona muy desequilibrada que sigue un ritual organizado en sus crímenes. Cada pieza que encontramos va encajando. Todo está muy elaborado y tiene mucho sentido para él. Eso quiere decir que no podría cambiar su método de matar. Si lo hiciese de otra manera, no le serviría, su venganza no se cumpliría— explicó Natalia.

— Sí, todo eso está muy bien, pero yo sigo sin verle ninguna utilidad práctica— insistió Gus.

— Cuanto mejor conozcamos sus motivaciones, más fácil nos resultará predecir sus próximos movimientos— dijo Natalia—. Y además sabemos que tampoco puede cambiar su manera de matar para intentar despistarnos porque para él tiene un significado simbólico muy fuerte.

— Espero que ese punto no tengamos que comprobarlo— señaló Gus preocupado—. Se supone que yo soy su próxima víctima.

— Ya te he dicho que no te preocupes por eso. Esta vez le cogemos, estoy seguro— le tranquilizó Carlos—. Además, a ti no te mataría. No tienes ninguna pinta de llamarte Silvia.

En ese momento, el sonido de otro mensaje llegó desde el ordenador. Gus lo miró como si fuese su peor enemigo.

— Mierda, es él otra vez. Me olvidé de desconectar la cuenta de Silvia. Ahora tendré que volverle a hablar.

— Intenta ver el lado positivo— le consoló Carlos— Puedes aprovechar para decirle que no vas a estar el sábado, a ver qué te dice.

— Sí, eso haré— contestó Gus más animado.

— ¿Cómo que no va a estar el sábado?— preguntó Natalia.

— Ven conmigo y te lo explico— le pidió Carlos, agarrándola del brazo.

Ambos pasaron a la cocina. Carlos notaba como los nervios iban invadiendo su estómago, formando un nudo que amenazaba con hacerle vomitar. Intentó tranquilizarse. Sólo iba a pedirle que cenasen juntos, no que le donase un riñón. Lo más seguro era que le dijese que sí. Natalia se sentó en una de las sillas y le observó, esperando que él se explicase.

— Mira, espero que no te moleste, pero le he dado el sábado libre a Gus— empezó Carlos mientras se sentaba a su lado—. El chaval está muy cansado, está trabajando muchísimo y tiene los nervios destrozados. Además, dentro de poco tiene exámenes y no sabe de dónde sacar tiempo para estudiar...

— Está bien, no hace falta que me des más explicaciones— le cortó Natalia—. Estoy de acuerdo en que le vendrá bien descansar un día. De hecho yo lo llevaba pensando un tiempo, pero no sabía lo que pensarías tú.

— Me alegro de que estés de acuerdo. Estaba preocupado por haberle ofrecido el día libre sin consultártelo a ti. Después de todo, tú también le pagas— dijo Carlos sonriéndole.

En ese momento se quedó callado, intentando encontrar inspiración en esa parte de su mente que llevaba insistiéndole toda la semana para que le pidiese una cita y que parecía haberse esfumado. Natalia pensó que la conversación había terminado y se levantó.

— Voy a ver cómo le va a Gus.

— No, espera— Natalia volvió a sentarse—. Quería comentarte algo más.

— Dime.

— Bueno..., yo..., esto...— empezó Carlos, sintiéndose ridículo— Bueno, es que te has portado muy bien conmigo últimamente, apoyándome en la investigación y con lo del perro y todo eso...

— No tienes que agradecerme nada, no tiene importancia— dijo Natalia, bajando la mirada a la mesa.

— Sí, sí la tiene. Quería agradecerte lo que has hecho por mí y celebrar lo bien que empieza a ir la investigación, así que había pensado en invitarte a cenar este sábado. Como Gus no va a estar, no tendremos nada que hacer aquí, y, bueno, si tú no tienes ningún compromiso ese día...— su voz se hacía más vacilante a cada palabra que pronunciaba. Si ella no decía algo pronto, acabaría haciendo el peor de los ridículos.

— Pero si es para celebrar los resultados de la investigación, quizá deberíamos esperar a un día en el que también pueda venir Gus, ¿no?

— No, no puede ser porque... porque él no puede faltar dos sábados seguidos, tiene que trabajar... Y además, ya te he dicho que sobre todo es para agradecerte lo bien que te has portado conmigo.

Natalia le miró unos segundos con expresión interrogadora y después sonrió, con un brillo travieso en los ojos. Carlos rogó porque ese brillo no significase que le había entendido demasiado bien.

— Está bien. Iremos a cenar, ya va siendo hora de que nos divirtamos un poco. Nosotros también lo necesitamos.

— ¿Entonces te recojo el sábado a las nueve?— preguntó Carlos, sin creérselo del todo.

Natalia le sonrió de nuevo y le dijo con una voz suave que hizo que se le acelerase la respiración:

— Claro, tenemos una cita.

CAPÍTULO NUEVE

Natalia encendió un nuevo cigarrillo y volvió a mirar la hora. Todavía faltaban diez minutos para las nueve. ¿Es que el tiempo no pasaba nunca? Habría jurado que las cinco últimas veces que había mirado el reloj eran las nueve menos diez. Se levantó del sofá y caminó intranquila por la sala. Al pasar por delante del espejo, evaluó su aspecto una vez más. No sabía si se había preparado demasiado para esa cita. Conociendo a Carlos era posible que acabase en una hamburguesería llevando un vestido de noche. Además, quizá el escote y la escasa longitud de la falda le diesen a Carlos una impresión equivocada acerca de lo que ella esperaba.

Se planteó que ni siquiera ella sabía qué quería de esa cita. Le había dado la impresión de que Carlos lo había planeado, de una manera bastante torpe, para que pudiesen estar juntos a solas. Pero, ¿y si se estaba equivocando? ¿Y si él no quería otra cosa que cenar con una amiga?

No podía arriesgarse a que Carlos se llevase una impresión equivocada, ni a que pareciese que estaba desesperada por tener algo con él. Se dirigió a su habitación para ponerse algo menos comprometedor y en ese momento sonó el timbre de la puerta. Ya no había nada que hacer, tendría que ir así. Rogando para que le gustara, se detuvo unos segundos frente al espejo de la entrada para arreglar su peinado y después abrió. El brillo de los ojos de Carlos al verla le confirmó que había elegido bien:

— Hola, Natalia.

— Hola. ¿Quieres pasar?

— Está bien— contestó Carlos mientras entraba—. ¿Te falta mucho

para arreglarte?

— No, ya estoy. ¿Es que voy mal así?— preguntó nerviosa.

— Para mí, no. Estás preciosa— le dijo mientras sonreía—. Es sólo que las mujeres nunca estáis preparadas a tiempo.

— Pues yo sí lo estoy— Natalia desvió la mirada hacia el suelo, temiendo sonrojarse—. Te he hecho pasar por si querías tomar algo antes de ir a cenar.

— No, no te molestes. Mejor vamos a la calle. Conozco un sitio en el que ponen unos combinados increíbles.

— Bien. Espera un momento a que coja el abrigo.

— No, vamos rápido que tengo el coche en doble fila y he visto a unos tíos con una grúa que miraban mi coche con malas intenciones— dijo Carlos cogiéndola del brazo.

— Sólo será un segundo, hombre. No puedo salir así, estamos en enero.

— Era broma. Es que es una pena que tapes ese vestido.

— Pero mira que eres bobo— rió Natalia, soltándose. Cogió el abrigo de la silla en la que lo había dejado y se lo puso frente al espejo—. Anda, vamos.

Salieron de la casa y entraron en el ascensor. Natalia observó a Carlos. Parecía que había acertado al prepararse tanto, Carlos no iba vestido para ir a una hamburguesería. Estaba diferente con aquel traje, y perfectamente peinado y afeitado. Pensó que estaba muy guapo pero que, aunque fuese extraño, ella le prefería con los vaqueros desgastados, el pelo revuelto y la barba de tres días. Carlos la miró, con una expresión interrogante:

— ¿Qué pasa? ¿Estoy raro?

— No sé... Te veo diferente. No te imaginaba así.

— Si te digo la verdad, yo tampoco. Estoy incomodísimo— dijo mientras intentaba aflojar un poco el nudo de la corbata.

— Tampoco hacía falta que te prepararas tanto— sonrió divertida—. Me estoy imaginando lo que se reiría Gus si nos viese así.

— Sí, menos mal que no está. Es una suerte que a Caronte no le importara que se cogiese el día libre.

— ¿No puso ninguna pega?— preguntó Natalia, intrigada.

— No, al contrario. Parece ser que él también tenía algún compromiso este sábado.

— Esperemos que, al estar veinticuatro horas sin hablar, empiece a decirle que la echa mucho de menos. Está tardando mucho en lanzarse, ¿no te parece?

— No sé, llevan sólo dos semanas hablando...— el ascensor se detuvo y salieron. Carlos se paró y se giró hacia Natalia— Oye, ¿podrías hacerme un favor esta noche?

— Sí, dime— contestó Natalia.

— Finjamos que Caronte no existe, que todo esto no está sucediendo. Imaginemos por una noche que sólo somos dos personas que van a cenar y a divertirse. No hablemos de asesinatos, ni de pistas, ni de cómo va la investigación. Me hace falta una noche sin todo eso— el brillo de los ojos de Carlos se había esfumado, dejando paso a una mirada cansada y triste.

— Está bien, no te preocupes. Prometo no hablar del trabajo.

— ¿Solos tú y yo?— le preguntó Carlos, tendiéndole la mano para que

aceptase el trato.

— Solos tú y yo— contestó Natalia, sonriendo.

Al chocar su mano, un escalofrío recorrió su espalda. Él la retuvo con suavidad y empezaron a andar de nuevo para dirigirse hacia el coche.

Carlos echó un vistazo al restaurante mientras esperaban a que el camarero les trajese lo que habían pedido. Se había pasado días pensando dónde podía llevar a cenar a Natalia sin quedar en ridículo y al final había tenido que preguntar a una de las chicas de las oficinas de la central por un sitio elegante para ir a cenar. Con eso había conseguido despertar la curiosidad y las miradas burlonas de todas las mujeres que trabajaban allí, pero la verdad es que había merecido la pena. El sitio era perfecto: la música suave, la chimenea encendida que adornaba uno de los rincones, el enorme ventanal que ocupaba toda una pared del comedor y desde el que se podía ver el mar... Prefirió no pensar en la cuenta.

Por el momento la noche estaba resultando genial. Habían estado tomando unas copas antes de cenar, hablando de tonterías, riéndose, sin preocuparse de nada... Sólo con que Natalia estuviese a su lado le parecía que todos los problemas se esfumaban, que la vida era mucho más fácil. La contempló de nuevo. Con aquella iluminación estaba preciosa, como si brillase. Mientras ella sacaba el paquete de tabaco de su bolso pudo permitirse observarla a voluntad. Le gustaba como contrastaba el blanco de su piel con la tela negra de su vestido, y la manera en que unos rizos castaños escapaban de su recogido para acariciar sus hombros desnudos. Su voz le sacó del ensueño.

— Perdona, ¿habías dicho algo?— le preguntó, distraído.

— Sí, que si querías un cigarrillo. Para una vez que te invito yo...—

Natalia se giró, curiosa— ¿Qué mirabas tan atento?

— A una chica increíble que ha entrado hace poco en el comedor— contestó Carlos, cogiendo el cigarrillo que le había ofrecido.

— ¿Dónde?— preguntó Natalia molesta.

— Enfrente de mí.

Natalia le miró extrañada. Después le sonrió, entre tímida e incómoda, e intentó cambiar de tema:

— Este sitio es muy bonito. ¿Vienes mucho por aquí?

— No, es la primera vez. Me alegro de haber acertado.

Carlos sonrió mientras la miraba a los ojos, pero ella se puso seria de repente, como si se hubiese acordado de algo que la preocupaba.

— ¿Puedo hacerte una pregunta personal?— dijo Natalia.

— Claro.

— ¿Cómo es que vives solo?

Carlos le dio una calada al cigarrillo, intentando ganar tiempo para saber cómo contestar. No tenía ganas de empezar a contar sus miserias en ese momento.

— Supongo que soy demasiado raro para compartir mi casa con alguien. Además, ya has visto que es muy pequeña— bromeó.

— No, en serio. ¿Qué paso?— insistió Natalia.

— ¿Qué pasó con qué?— Carlos empezaba a sentirse incomodo.

— Con tu ex mujer.

— No me parece de buena educación hablar de una mujer estando con otra— sonrió, esperando que se diese por vencida. Natalia frunció el ceño,

indicándole que no iba a ser tan fácil—. ¿Y cómo sabes tú que estoy divorciado?

— Bueno, se te ve en la cara... No sé cómo, pero eso se nota— contestó ella—. Y además se lo he oído comentar a otras chicas en la central.

— ¿Pero no tenéis nada mejor que hacer que hablar de mí?— preguntó ofendido.

— Es que, aunque no te lo creas, eres una presa muy cotizada. Si supieran que estoy aquí contigo, el lunes no me hablaría ninguna.

— Vaya..., no sé si darte las gracias o echar a correr— la incomodidad de Carlos continuaba creciendo.

— ¿Entonces no me lo vas a contar?

— Depende de si lo que te vaya a decir se va a convertir en el tema de conversación del café del lunes.

— Por favor, Carlos...— se indignó Natalia— Creí que sabías que podías confiar en mí. Yo lo hice.

Carlos suspiró, rogando para que la comida llegase pronto y la distrajera o para que se desatase un incendio en el restaurante. No había escapatoria, pero de todos modos ella tenía razón. Le había ofrecido su amistad, tenía que confiar en ella.

— Está bien. Sí, estuve casado. Se llamaba Ana y era contable. Estuvimos juntos tres años y no funcionó. ¿Qué más quieres saber?

— ¿Qué fue lo que pasó?— parecía realmente interesada en saberlo todo. Carlos se resignó a seguir hablando.

— La verdad es que todavía no lo sé. Supongo que los dos queríamos cosas diferentes en la vida. Al principio la relación iba bien, pero ella empezó

a cansarse de que yo no tuviese un horario fijo para volver a casa, de no poder hacer nunca planes conmigo, de quedarse en casa temiendo que la llamasen para decirle que me había pasado algo...

— ¿Y no hablasteis sobre ello?— preguntó Natalia.

— Claro que hablamos. Y yo la entendía. Tiene que ser para volverse loco pasarse el día pensando que puede que tu marido no vuelva nunca. Y así día tras día. Pero es el único trabajo que sé hacer y, además, me gusta.

— ¿Y ella no lo entendió?

— Sí, por eso decidimos que, ya que yo no iba a dejarlo, ella debería buscar un trabajo también, para que no tuviera que pasarse el día en casa temiéndose lo peor.

Carlos apagó el cigarrillo en el cenicero y encendió otro. Miró a Natalia a los ojos. No le gustaba hablar de aquella época, ni de lo que le había dolido todo aquello. Sin embargo, al ver la mirada de Natalia, pensó que algún día debería dejar marchar a todos esos fantasmas y que quizá ella fuese la persona adecuada para ayudarle, así que continuó.

— Encontró un trabajo como contable en una multinacional. Al principio pareció que todo volvía a funcionar. Ana estaba muy contenta y todo nos sonreía. Ella empezó a ascender en su trabajo, yo en el mío... Yo creía que no podíamos quejarnos de nada.

El camarero llegó en ese momento con la cena. Carlos miró su plato, sintiendo que había perdido el apetito. Natalia encendió un nuevo cigarrillo, para indicarle que le interesaba mucho más su conversación que la comida.

— ¿Y qué fue lo que no funcionó?

— No sé, creo que la relación iba tan bien porque no nos veíamos. Nos convertimos en dos extraños y yo ni siquiera me di cuenta. Supongo que

seguía enamorado de su recuerdo, que yo era feliz con saber que volvería a verla por la noche, cuando volviese a casa— Carlos sintió que las palabras iban saliendo más fluidas, como si llevasen mucho tiempo esperando a que él abriese las compuertas—. Pero a ella no debió bastarle con eso. Se centró cada vez más en su trabajo, siguió subiendo en la empresa. Cada vez tenía más ocupaciones, llegaba a casa más tarde, tenía que hacer más viajes de negocios... Y yo seguí sin darme cuenta de que se estaba escapando, que cada vez volaba más alto y más lejos.

— ¿Y ella no te dijo nada? ¿Nunca se quejó de que lo vuestro no funcionaba?— intervino Natalia.

— No, quizá ella tampoco se daba cuenta, no lo sé. Imagino que durante un tiempo ella fue feliz así, que estaba tan centrada en su trabajo que ni siquiera pensaba en si yo existía. Al menos hasta que fui un estorbo para ella. Le ofrecieron un puesto de trabajo en Londres, una de esas oportunidades que sólo se presentan una vez en la vida. Y supongo que pensó que yo sería un impedimento, que no querría dejarlo todo para irme con ella.

— Así que te dijo que se marchaba...

Carlos bajó la mirada hacia su plato, sintiéndose avergonzado por esos recuerdos y por lo que Natalia pudiese pensar. Desde aquellos días había tenido la sensación de no ser importante para nadie, de no valer nada... No quería que Natalia se diese cuenta de eso. Pensaba que había conseguido curarse, que el tiempo había hecho que recuperase la autoestima, pero no era cierto. Seguía teniendo miedo de no ser lo bastante bueno para los demás y de que se diesen cuenta y volviesen a dejarle solo. Y sobre todo tenía miedo de que lo notase Natalia. Sin que se diese cuenta, ella debía haber abierto una brecha en la coraza que siempre llevaba puesta para que los demás no pudiesen importarle, para que nadie tuviese el poder de hacerle daño. Se

sorprendió porque, durante todo el tiempo que había estado hablando, su emoción predominante no había sido la pena, sino el miedo. Miró la expresión de Natalia, temeroso de encontrar en sus ojos el rechazo o la desilusión, pero no estaban. Natalia le miraba interesada, comprensiva. Suspiró y siguió hablando:

— No, ni siquiera me lo dijo. Me dejó una nota diciendo que se marchaba, que lo nuestro llevaba mucho tiempo sin funcionar y que se iba a vivir a Londres. Lo peor de todo es que, si me lo hubiese dicho, yo lo habría dejado todo, me habría ido detrás de ella sin pensarlo un segundo.

— Pero si habías dicho que tu trabajo te encantaba...

— Sí, pero habría hecho cualquier cosa por no perderla. Si me hubiese dado cuenta a tiempo...

— ¿Y no intentaste hablar con ella de nuevo?— dijo Natalia, mientras tendía su mano por encima de la mesa para agarrar la de Carlos.

— Sí, claro. Salí disparado hacia el aeropuerto para detenerla. Llevé mi coche como loco todo el camino, rezando para llegar a tiempo. Y cuando llegué y la vi... No pude decirle nada...— Carlos apretó con suavidad la mano de Natalia, sin darse cuenta de lo que hacía, reconfortado por su contacto— La miré escondido entre la gente. Tenía el mismo brillo en los ojos que cuando la conocí. Estaba feliz, radiante, ilusionada... Me di cuenta de que yo sólo era un freno en su vida, un peso del que por fin se había liberado. Yo ya no significaba nada para ella. Y no tuve valor para volver a esclavizarla con mis ruegos a una vida que ella no quería. Así que la dejé marchar sin decirle nada.

— ¿Y no te arrepentiste?

— Hubo momentos en los que sí. La soledad le hace pensar a uno muchas tonterías, plantearse una y otra vez que habría pasado si te hubieses

comportado de otra manera. Me sentí culpable durante mucho tiempo, pero al final aprendí a seguir adelante.

— Quizá pudieseis volver a intentarlo— la voz de Natalia sonó indecisa.

Carlos la miró a los ojos, perplejo. Ella no debía estar muy interesada en empezar una relación con él si intentaba arrojarle en los brazos de su ex mujer. Su expresión le tranquilizó. Natalia necesitaba oírle decir que no había marcha atrás, que esa historia estaba muerta.

— No, imposible. Ella vive en Londres, está felizmente casada y tiene un hijo precioso. Y yo ya no la quiero— sonrió, feliz al darse cuenta de que, después de las miles de veces que había repetido aquella frase, por fin era cierta.

— ¿En serio?— a Carlos le pareció que la expresión de Natalia era de alivio.

— Sí. Le tengo mucho cariño, eso no te lo voy a negar. Hablamos a veces por teléfono y me gusta saber que todo le va bien. Supongo que siempre me preocuparé por Ana, pero ya no pienso en ella de la misma manera— clavó su mirada en los ojos de ella antes de continuar—. Hace algunos meses que dejé de pensar que la vida no tenía sentido y de atormentarme con su recuerdo. Ahora veo las cosas de otra manera.

— ¿Y qué es lo que te ha hecho cambiar?— preguntó Natalia— ¿Algo que te ha dicho ella?

— No, he cambiado porque conocí a una mujer maravillosa que me hizo volver a ilusionarme, que me hizo darme cuenta de que mis sentimientos no estaban muertos, sólo dormidos y que, al dejar a un lado sus miedos para ser mi amiga, me ayudó a superar los míos.

Natalia apartó la mirada. Carlos sintió miedo de haberla asustado al ser tan sincero, hasta que vio destellar en sus ojos el brillo de una lágrima contenida. Respiró profundo para darse valor. Si no se atrevía a seguir ahora, no podría hacerlo nunca. En ese momento empezó a sonar su móvil. Se maldijo por no haberse acordado de apagarlo. Lo sacó rápido del bolsillo de su chaqueta, decidido a acabar la conversación cuanto antes.

— ¿Diga?... Sí, soy yo...— Carlos fue poniéndose más pálido a medida que le hablaban— Dime la dirección... Sí, estaré ahí en diez minutos.

Natalia le miró sorprendida, sin comprender qué podía ser tan importante como para que tuviese que marcharse en ese preciso momento. Carlos colgó y se levantó de la silla.

— ¿Nos vamos?— preguntó Natalia— Pero si todavía no hemos cenado... Y tenemos que pagar la cuenta.

Carlos abrió su cartera y dejó varios billetes encima de la mesa, sin contarlos siquiera.

— Han notificado la desaparición de otra niña— contestó con la voz cargada de rabia—. Sus datos corresponden al perfil de una posible víctima de Caronte.

CAPÍTULO DIEZ

Parecía que la carretera se burlaba de ellos, alargándose cuanto más corrían para impedirles llegar a su destino. Carlos había vuelto a llamar a la central para asegurarse de la dirección y pedir que todas las patrullas de la zona se pusiesen en alerta vigilando sobre todo los lugares poco concurridos, hasta que él confirmase si se trataba de un nuevo ataque de Caronte. Después de esa llamada los dos se mantuvieron en silencio. No había nada que decir en esos momentos, nada que pudiese suavizar la situación. Carlos mantenía la mirada fija en la carretera. Las farolas pasaban a toda velocidad, iluminando el coche durante un breve lapso de tiempo, dando a la escena un toque de irrealidad y arrancando destellos de odio de sus ojos. Natalia no pudo soportar más la tensión, el silencio, la angustia que sentía por dentro.

— Teníamos que haberlo imaginado... Dios, ¿cómo hemos podido ser tan ciegos?— dijo con la voz entrecortada por las lágrimas que luchaban por salir y que parecían agolparse en su garganta.

— ¿Qué quieres decir con eso?— preguntó Carlos sin apartar la vista de la carretera.

— Cuando Caronte le dijo a Gus que tenía una cita este sábado, debimos haber sabido lo que iba a hacer...— Natalia empezó a hablar entre sollozos, incapaz de seguir conteniendo el llanto— Lo podríamos haber evitado... Y ahora estará muerta...

— No digas eso— grito Carlos, furioso. Al instante se sintió culpable por haberla gritado. No podía pagar su rabia con ella. Uno de los dos tenía que mantener la calma. Siguió hablando, en voz más baja esta vez—. Seguro que sólo se trata de una chica que llega tarde a casa. Caronte no tendrá nada

que ver con esto. No puede tener nada que ver— bajó su voz hasta convertirla en un susurro, en una plegaria—. Esto no puede estar sucediendo.

Volvieron a quedar en silencio, sólo interrumpido por el sonido ahogado de los sollozos de Natalia. Carlos deseó poder consolarla, parar el coche, abrazarla y protegerla del dolor, pero se sentía tan culpable, tan furioso, que no sabía qué podría decirle. Después de una eternidad llegaron por fin a Basauri. Carlos siguió conduciendo a toda velocidad hasta llegar a la dirección que le habían indicado por teléfono. Bajó corriendo, pero Natalia le detuvo, agarrándole por el brazo.

— Voy contigo— le dijo, mirándole con ojos suplicantes.

— No, Natalia. Tú quédate en el coche. Yo bajaré enseguida— su tono de voz fue suave, como si le hablase a una niña. Todavía se sentía culpable por haberle gritado.

— Tengo que subir. Si ha quedado con Caronte, tendremos que mirar en el ordenador para comprobar dónde está y tú no sabes hacerlo— intentó convencerle.

Carlos lo pensó durante unos segundos. Natalia tenía razón. Tendría que sacar la información del ordenador y no podía confiar en que la gente de la casa supiese utilizarlo, ni esperar a que llegase alguien de la central que supiese usar ese programa.

— Está bien, ven conmigo— le tendió su pañuelo—. Pero límpiate la cara primero. Se te ha corrido el maquillaje y no creo que sea bueno para la familia que te vean así.

Natalia lo cogió y fue limpiándose mientras corrían hacia el portal. Subieron con rapidez. Los agentes que habían atendido la llamada de la familia les abrieron la puerta.

— ¿Dónde está el cuarto de la chica?— preguntó Carlos mientras entraba.

Siguieron la dirección que les señalaban y entraron en la habitación. Desde algún lugar de la casa llegaba el sonido de los sollozos histéricos de una mujer, seguramente la madre de la chica. El ordenador estaba en una de las esquinas del cuarto, alimentando sus más oscuros presagios. Natalia se lanzó hacia él. Esperaron en silencio los segundos que tardaba en encenderse, sintiendo la ansiedad creciendo en su pecho, amenazando con hacerlo estallar. Tenía el programa, ICQ estaba instalado. Natalia sintió como el llanto volvía a agolparse en su garganta. No podía derrumbarse de nuevo, no delante de la familia. Esperó a que ICQ se abriese. El nombre de Caronte estaba en la lista, parecía destacar más que los demás. Natalia miró los últimos mensajes y, después de leer durante unos segundos, consultó su reloj, se levantó de nuevo y salió corriendo de la habitación. Carlos fue tras ella.

— ¿Qué has encontrado?— preguntó mientras la seguía fuera de la casa.

— Ha quedado con él hace diez minutos, corre. Todavía podemos llegar a tiempo.

— ¿Dónde están?

— En el parque que sube de El Kalero a Basozelai. ¿Sabes dónde es?

— Sí, rápido. Al coche.

Carlos buscó su móvil para llamar a la central. Quizá estaban a tiempo de evitarlo, quizá incluso pudiesen atraparle y conseguir que todo aquello terminase para siempre. En el momento en que sacaba el teléfono, éste empezó a sonar. Carlos lo cogió y escuchó unos segundos. Natalia lo miraba en silencio. Por fin colgó y se quedó parado delante de ella, con la mirada

perdida.

— La han encontrado— dijo en voz tan baja que ella tuvo que acercarse para escucharle—. Está muerta.

Natalia se acercó aún más a Carlos y hundió la cabeza en su pecho, sollozando con fuerza. Carlos la abrazó, intentando no pensar, no sentir, buscando el consuelo que ella le había proporcionado otras veces, pero no pudo encontrarlo. Sólo quedaba la angustia, inundándoles como una marea. Sintió como sus ojos también se llenaban de lágrimas y esta vez no intentó contenerlas.

Carlos paró su coche fuera del cordón policial y se giró hacia Natalia. Ella estaba en silencio, mirando como hipnotizada las luces azules que salían del interior del parque. La angustia parecía haber desaparecido, dejando paso a unas lágrimas que se deslizaban por su cara.

— Escucha, Natalia— le dijo Carlos mientras agarraba su mano—. Quiero que te quedes en el coche y que, por nada del mundo, te acerques ahí.

— Pero tengo que ir. Soy la forense asignada a este caso— protestó ella.

— Me da igual. Si Aguirre te llama al móvil, le dices que no te encuentras bien y que asignen a otro. No puedo permitir que veas eso— le agarró la barbilla con dulzura para que le mirara a los ojos—. Hazlo por mí, Natalia.

Ella asintió sin decir nada y después apartó de nuevo la mirada hacia las luces. Carlos salió del coche y se dirigió hacia el parque. Los flashes azules de las patrullas aparcadas le daban un aire irreal. Carlos se abrochó el abrigo. Hacía mucho frío, como si la muerte se hubiese apoderado del lugar. Siguió

con paso rápido, sin pensar. Debía ser profesional, ver el caso como otro más. Si seguía centrándose en su propio dolor, no podría estar atento a los detalles. Algo importante podría escapársele y no debía permitir eso. Respiró varias veces mientras se acercaba al lugar intentando que la tristeza y la culpa saliesen con cada expiración.

El círculo de luces rodeaba un pequeño bulto en el suelo cubierto por una sabana brillante. Allí estaba. Horas antes esa niña estaba viva, feliz, enamorada... Y ahora... Sintió que el dolor volvía, como una puñalada en el pecho. Forzándose a actuar, se giró hacia uno de los agentes para que le informase de los datos que habían obtenido hasta el momento. El policía leyó sus notas:

— Esther Urrutia. Tenía trece años y vivía aquí, en Basauri. Presenta una herida de arma blanca en el corazón y le han extirpado los ojos. ¿Quiere verlo?

— Por el momento, no— respondió Carlos mientras negaba con la cabeza.

— De acuerdo. También presenta una herida en la muñeca derecha. La mano aparece casi seccionada.

— ¿No está cortada?— el otro policía negó— ¿Y la izquierda?

— No presenta ninguna herida.

— ¿Cómo encontraron el cuerpo?— preguntó Carlos.

— Él dio el aviso— señaló a un hombre de unos treinta años que estaba sentado en un banco a cincuenta metros.

Carlos dio las gracias y se dirigió hacia allí. Permaneció unos segundos parado a unos pasos, mirándole. El hombre contemplaba el suelo con una expresión ausente, aturdida. Estaba muy pálido y temblaba. A sus pies

descansaba un enorme rottweiler que levantó la cabeza al oírle acercarse y empezó a gruñirle amenazador.

— ¿Es peligroso?— le preguntó Carlos.

— No, que va— contestó el hombre, aunque sujetó con más fuerza la correa del perro—. Lo que pasa es que esta noche está muy nervioso.

— Soy el inspector Vega. Estoy encargado de este caso— se presentó Carlos—. Usted fue el que nos avisó, ¿verdad?

El hombre asintió, pero no añadió nada más, como si quisiera resistirse a contar en voz alta lo que había visto, como si pudiese fingir que no había pasado mientras no hablara de ello.

— ¿Podría contarme lo que sucedió?

— Bueno, yo estaba paseando a mi perro. Siempre lo traigo a este parque antes de irme a dormir. De repente al llegar a esa curva— el hombre señaló a un lugar entre los árboles—, el perro se puso muy nervioso. Empezó a ladrar y a tirar con fuerza de la correa. Yo no sabía que le pasaba, nunca lo había visto tan furioso. Le agarré como pude y le seguí, para ver qué era lo que le había puesto así. Cuando llegamos, vi a la chica...

El hombre volvió a quedarse callado, como si no estuviese seguro de que lo que estaba contando no fuese producto de una pesadilla. Levantó la vista y se quedó unos segundos mirando el círculo de luces, la sabana brillante bajo la que ella descansaba. Eso pareció convencerle.

— Me asusté muchísimo. El perro seguía tirando, cada vez más histérico. Eso me hizo pensar que quizá el que había hecho eso seguía por aquí, así que me agache para ver si la niña estaba muerta y después salí corriendo del parque para llamarles.

— Entonces, ¿no pudo ver ni oír a nadie?

— No, no sé si el asesino estaba escondido cerca o si se asustó al oír los ladridos y huyó. Lo siento.

— No se preocupe. Le llamaremos para pedirle que preste declaración. Muchas gracias.

Carlos se levantó y volvió sobre sus pasos hasta quedar a pocos metros del lugar en el que se hallaba el cuerpo de Esther. Parecía que le habían interrumpido. No sabía si le consolaba pensar que Caronte no había podido obtener lo que quería o si le daba aún más miedo. De todos modos Esther estaba muerta y el hecho de que el ritual no se hubiese completado podría hacer que él sintiese la necesidad de atacar de nuevo en unos días.

Se acercó unos pasos más. Sabía que tenía que mirar el cuerpo, buscar cualquier detalle. Levantó unos centímetros la sabana y se encontró con las cuencas vacías de sus ojos, que parecían acusarle. Intentó concentrarse, sacar algo en claro de aquella tortura, pero sólo sentía vacío y dolor. Su cerebro se negó a funcionar, a procesar aquel horror. Al cabo de unos segundos se separó del cuerpo y retrocedió hasta salir del cordón policial. Se sentó en un banco y encendió un cigarrillo. La columna de humo se fundía con el vaho causado por el frío que salía de su boca, haciéndose interminable. Tembló bajo su abrigo, el frío era demasiado intenso. Una voz muy lejana dentro de su mente le sugirió que se moviese si no quería quedarse helado, pero no la hizo caso. Quizá era eso lo que buscaba: dejar de sentir, de pensar. Acabar con todo aquello.

Un nuevo coche policial se detuvo frente al parque. De él salieron dos hombres que se dirigieron hacia él. Cuando estuvieron más cerca, Carlos pudo reconocer a Roberto y a uno de los forenses de la central. Parecía que ya llegaban los refuerzos. Se levantó del banco y se acercó a saludarles. No le gustó la sonrisa de triunfo de la cara de Roberto:

— Buenas noches.

— Buenas noches, Carlos— le contestó Roberto—. El doctor Salazar va a ser el encargado de realizar la autopsia de este caso.

Carlos le tendió la mano y le comentó brevemente lo que habían observado. El doctor tomó unas notas y después les dejó solos para ir a examinar el cadáver. Carlos sacó otro cigarrillo.

— ¿No sabes que no se puede fumar en la escena del crimen?— le preguntó Roberto.

— Claro, seguro que desde antes de que tú fueses al baño solito. Por eso estoy fumando fuera del cordón. ¿Alguna lección más?— el tono de Carlos fue cortante. No estaba de humor esa noche para las payasadas de Roberto.

— Por mi parte, no. Pero Aguirre ha dicho que tú y tu amiguita os presentéis de inmediato en su oficina— la sonrisa de Roberto iba ensanchándose por segundos.

Carlos se giró hasta quedar enfrente de él, mirándole a los ojos. Su expresión le intranquilizaba, había algo que Roberto sabía y que no iba a resultar bueno para él. Sintió ganas de destrozarle la cara a puñetazos para que no pudiese volver a sonreír en mucho tiempo, pero se contuvo.

— En primer lugar, no es “mi amiguita”, sino una compañera de trabajo. En segundo lugar, si quiere hablar con ella, que la llame, que yo no soy el chico de los recados— le dirigió una sonrisa cínica—. Ya veo que no todos podemos decir lo mismo. Y en tercer lugar, estoy en medio de una investigación, así que esa reunión tendrá que celebrarse en otro momento.

Roberto sonrió de nuevo antes de contestarle, dejando unos segundos para que la rabia de Carlos se disparase aún más.

— No te preocupes, Aguirre debe tener tantas ganas de veros que lo

tiene todo pensado. Sabe que ella está aquí contigo, así que no me vengas con que la llamemos por teléfono. Y sobre lo de la investigación, no te preocupes. Para eso estoy yo aquí.

— ¿Cómo que para eso estás tú aquí? Este también es mi caso, recuerda.

— Eso pregúntaselo a Aguirre. Y ahora, si me disculpas, tengo trabajo que hacer.

Roberto se despidió con un saludo de la cabeza y se dirigió hacia el interior del cordón. Carlos miró como se alejaba, preguntándose qué demonios significaría todo aquello. Después echó a andar hacia el coche. La mejor manera de salir de dudas sería preguntárselo a Aguirre directamente.

La central estaba casi vacía a esas horas de la noche. Carlos y Natalia se dirigieron a paso rápido hacia la oficina de Aguirre, acompañados por el eco de sus pisadas en los pasillos. Cuando llegaron, dedicaron unos segundos a examinarle a través del cristal. Estaba hablando por teléfono y no parecía de muy buen humor. Seguro que la llamada era de algún superior o de alguien de la prensa. Esperaron a que terminase de hablar y entonces Carlos llamó a la puerta.

— Adelante— contestó Aguirre desde dentro.

— Buenas noches— saludó Carlos tras abrir la puerta—. Roberto me ha dicho que querías vernos.

— Sí, así es. Pasa, Carlos. Siéntate— respondió señalándole una silla antes de girarse hacia Natalia—. Señorita Egaña, ¿podría hacer el favor de esperar fuera? Me gustaría hablar a solas con el señor Vega.

Natalia asintió y salió para sentarse. Carlos la miró a través del ventanal.

Parecía muy sola y muy pequeña en aquel enorme pasillo vacío. Pensó que en esos momentos debía sentirse abandonada y asustada. Al menos se alegró de haber conseguido que parase de llorar antes de entrar en la central.

— ¿Carlos?— Aguirre trató de llamar su atención.

— Sí, dime.

— Sabrás para qué te he hecho venir.

— Supongo que para que te informe sobre lo que ha ocurrido esta noche. El problema es que no me has dado tiempo a que acabase la investigación— contestó Carlos.

— No, no es por eso— Aguirre suspiró, como si le costase soltar lo que tenía que decir—. Te avisé muchas veces de que siguieses las reglas. ¿Por qué demonios no me has hecho caso?

— No sé a qué te refieres.

— A lo tuyo con esa chica— Aguirre señaló con la cabeza hacia Natalia—. Mira, Carlos, me da igual lo que tengáis fuera de la oficina, pero ya os advertí que ella no debía entrometerse en la investigación.

— Tan sólo me está ayudando, no creo que a eso se le pueda llamar entrometerse— protestó Carlos—. Reconozco que no seguí las órdenes al pie de la letra, pero está funcionando.

— Pues por ahora yo no he visto ningún progreso. Lo único que tengo es el asesinato de otra niña.

— Eso no tiene nada que ver con ella. No ha interferido para nada en la investigación— volvió a defenderse Carlos.

— ¿Seguro? Entonces, ¿por qué te has presentado con ella en casa de la víctima? ¿Y se puede saber de qué vais vestidos, por Dios?— continuó

Aguirre.

Carlos echó un nuevo vistazo a Natalia y su escaso vestido. Había que reconocer que no les había pillado en el mejor momento.

— Bueno, estábamos cenando juntos cuando nos dieron el aviso de la desaparición de Esther. Pero no creo que haya ningún artículo del reglamento que te prohíba cenar con alguien— Carlos intentó bromear, usando su mejor sonrisa.

— No, no lo hay. Pero hay muchos que prohíben que alguien no autorizado interfiera en una investigación policial— Aguirre le miró apenado antes de continuar—. Lo siento, pero tengo que retirarte del caso.

— ¿Cómo?— preguntó Carlos sorprendido, sin acabar de creer que hubiese escuchado bien— No puedes hacerme esto. Estoy muy cerca de conseguir atraparlo.

— Llevas meses diciéndome eso y no hemos conseguido nada. Si al menos hubiese habido algún resultado, podría haber pasado todo esto por alto, pero así... Compréndelo, Carlos. He confiado mucho en ti, pero no tengo otra salida.

Carlos clavó en él una mirada dolida. Llevaba muchos años trabajando con Aguirre y nunca habría sospechado que fuese a traicionarle así, cuando más necesitaba que le apoyase.

— Tiene que haber otra solución— insistió aunque sus esperanzas eran cada vez más débiles—. Sabes que trabajo bien. Dame una oportunidad más.

— Lo siento, Carlos. Esta orden no es mía, tengo las manos atadas. Sé que eres un buen investigador, uno de los mejores. Por eso no quiero perderte — la mirada de Aguirre parecía sincera—. Era esto o que os abriesen un expediente a los dos. No puedo hacer nada más.

Carlos se levantó para salir de la oficina. Se sentía furioso, tenía ganas de destrozarlo todo, pero lo único que podía hacer era agachar la cabeza y acatar las órdenes. Antes de salir, se giró una vez más:

— Esto no es justo y lo sabes. Y te voy a decir una cosa más. He trabajado bien, lo he dado todo por este caso. Y ella también, aunque ni siquiera era su trabajo y queráis expedientarla por eso. Y si nosotros no hemos podido cogerle, nadie lo hará— mientras hablaba se daba cuenta de que se estaba excediendo, pero no podía controlar la frustración.

— Sé lo importante que es esto para vosotros, Carlos. Esa es una de las razones por las que debéis dejar el caso.

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Es solo un caso más, Carlos. Os lo habéis tomado como algo personal. ¿No te das cuenta de lo que os está haciendo? Mírala a ella y échate un vistazo a ti también.

Carlos se volvió para mirar a Natalia. Seguía sentada en la misma posición, con la mirada perdida. Parecía muy cansada, herida.

— Está bien— concedió Carlos—. Pero estoy seguro de que dentro de unas semanas vendréis a pedirme que vuelva al caso. Y lo peor de todo es que os diré que sí porque nadie más en el mundo conoce a ese hijo de puta como nosotros y porque nadie más tiene tantas ganas de cogerle. Para vosotros “es sólo un caso más”.

Aguirre se mantuvo en silencio, como si ya no supiese que más decirle. Carlos se volvió hacia la puerta y abrió. Natalia se levantó y caminó hacia él, preguntándole con la mirada qué había pasado. Carlos se echó a un lado para dejarla pasar.

— Luego te cuento— le dijo mientras le sonreía, intentando

tranquilizarla—. Te espero fuera, necesito un poco de aire.

Carlos paseó frente a la puerta de comisaría intentando entrar en calor. No quería estar dentro, en aquel momento odiaba ese lugar. ¿Cómo podían haberle hecho eso? No era justo, no iba a permitir que le trataran así. Creía en lo que le había dicho a Aguirre acerca de que ellos eran los únicos que podían atrapar a Caronte, no había sido sólo un discurso para salvar su orgullo. Tenían que seguir. Aguirre tenía razón, para ellos era algo personal.

Encendió su último cigarrillo. Ojalá Natalia saliese pronto. Estaba nervioso por como se lo podía tomar ella. Era tan profesional, tan responsable... Quizá le diese la razón a Aguirre y dejase el caso. Volvió a pasear intranquilo. No debía pensar eso, no de Natalia. Ella no le dejaría solo.

Oyó sus pasos avanzando por el pasillo. Caminaba con la cabeza levantada, con pasos rápidos. Incluso sin verle los ojos, Carlos supo que estaba furiosa. Entró en la central y se dirigió hacia ella.

— ¿Qué ha pasado?— le preguntó— ¿Seguía muy enfadado?

Natalia dejó pasar unos segundos en silencio, con la mirada clavada en algún punto del infinito, intentando controlarse. Al fin dirigió sus ojos hacia él y contestó:

— Sí, está enfadado. Me ha recordado cuales son mis obligaciones y que “pasearme contigo” no es una de ellas— abrió su bolso y sacó su paquete de tabaco.

— ¿Me das uno?— le preguntó Carlos. Ella le tendió el paquete— Bueno, pero se ha quedado todo en una bronca, ¿no?

— No exactamente. Voy a pasarme los próximos meses clasificando y revisando muestras de casos que no están cerrados. Se acabaron las

investigaciones y las escenas del crimen para mí. Y me ha sugerido que debo ser muy obediente si quiero salir de ahí algún día. Ya sabes, según él, tengo un espléndido currículum y unas magnificas perspectivas y no debo desaprovecharlas.

— ¿Y qué vas a hacer?— Carlos desvió su mirada hacia el suelo e intentó imprimir a su voz un tono de neutralidad absoluta para que pudiese tomar una decisión sin que le influyese lo mucho que él necesitaba que ella siguiera adelante.

Natalia echó a andar hacia el coche, con la vista clavada en el cielo. Carlos la siguió en silencio, dejándola pensar. Elevó su mirada hacia las estrellas de lo alto. Brillaban con fuerza, como sólo pueden verse en las más frías noches de invierno. Por un momento se sintió insignificante, perdido en un mundo que le quedaba grande. La voz de Natalia le sobresaltó:

— Seguiré adelante. No voy a rendirme ahora. Hace mucho tiempo que deje de ver este caso como una posibilidad de ascenso. Lo único que siento es que no podré pasarte los informes de las autopsias. Ya te he dicho que no me van a dejar seguir ocupándome de eso— Natalia le dirigió una media sonrisa de disculpa.

— Por eso no te preocupes, ya veremos cómo conseguimos todos los datos. De todas maneras, de haber seguido encargándote tú, habrías tenido que pasarle la información a Roberto.

— ¿Y eso por qué?

— Ya no es mi caso. Me han apartado— se encogió de hombros, intentando no demostrar lo dolido que estaba.

— ¿Ha sido por mi culpa?— preguntó ella.

— No, para nada— la consoló Carlos—. Están cansados de que no

haya resultados y piensan que Roberto lo hará mejor. Pero yo también voy a seguir.

Natalia volvió a quedarse callada, mirándole como si no comprendiese lo que estaba pasando. Carlos temió que en aquel momento ella se echara atrás, que todo le pareciese demasiado difícil y decidiese dedicar sus fuerzas a luchar por salvar su brillante futuro en vez de seguir apostando al bando perdedor.

— ¿Y cómo lo vamos a hacer?— preguntó Natalia, disipando todos sus temores— No tendremos acceso a los datos de la investigación oficial, ni a los informes de las autopsias... No vamos a poder interrogar a los familiares de la última víctima, ni mirar su ordenador...

— Pero tenemos a Caronte, ¿recuerdas? Hablamos con él todos los días y eso es más de lo que Roberto conseguirá en meses. Seguiremos adelante con la trampa y estoy seguro de que acabará cayendo— Carlos intentó imprimir a su voz un entusiasmo que en ese momento estaba muy lejos de sentir, pero no se sintió culpable por ello. Necesitaba que Natalia creyese en él, que alguien pensase que podía tener éxito cuando todo el mundo le daba la espalda—. Además, yo podré conseguir los datos de la investigación de manera extraoficial. Aún me quedan amigos ahí dentro. Y estoy seguro de que tú también podrás enterarte de algo. Es muy posible que los datos de la autopsia pasen por tus manos y no te costaría mucho sacar unas fotocopias, ¿no?

— Lo intentaré. Seguiremos adelante, entonces. ¿Me llevas a casa? Es muy tarde.

Habían llegado al coche. Natalia se colocó al lado de la puerta y esperó a que él abriese. Carlos entró y se sentó, deseando poder decir algo, pero no se le ocurrió ninguna manera de romper aquel silencio. La miró de reojo, contemplando el ajustado vestido negro que se había puesto para él, deseando

deslizar los dedos por sus rizos... Le parecía imposible que horas antes hubiesen estado juntos, cenando en aquel restaurante, disfrutando de la suave música y del calor de la chimenea. Le había abierto su corazón, había cogido su mano, había devorado su mirada, su sonrisa... Ahora todo aquello sólo parecían retazos de un lejano sueño, o una refinada y cruel broma del destino. La vida le dejaba saborear la felicidad durante un segundo, le permitía concebir esperanzas y entonces volvía a colocarlo en su lugar, le devolvía a su papel de protagonista de una pesadilla. Arrancó el coche, apretando con fuerza el volante para descargar toda la rabia que sentía dentro.

CAPÍTULO ONCE

Cuando Carlos terminó de contarle todo lo que había ocurrido la noche anterior, Gus se levantó del sillón sin decir una palabra y se dirigió a la cocina. Carlos y Natalia le dejaron ir. Cerró la puerta tras de sí y se sentó en una de las sillas, apoyando la cabeza entre las manos mientras las lágrimas empezaban a resbalar por sus mejillas, como una corriente silenciosa pero incontenible. Otra muerte que deberían haber evitado, otro nombre en la conciencia, otro rostro que le atormentaría por las noches exigiendo justicia. Su mente se resistía a creer que podía ser cierto, se negaba a aceptar una realidad que dolía tanto... Luchó con el fuego que le ardía en la garganta, intentando contener los gemidos que trataban de salir. No quería que le oyesen llorar y entrasen a consolarle. No había consuelo posible, ninguna palabra tendría sentido en ese momento. Sólo había espacio para el dolor, para dejar salir toda la culpa, toda la rabia.

Se sentía tan estúpido por la sensación de triunfo de los días pasados... Había pensado que todo estaba solucionado, que la agonía que estaba viviendo en ese momento no iba a producirse, que ese sufrimiento sólo era un recuerdo. Había estado tan seguro de tener a Caronte en la trampa, de que él sería la próxima víctima que elegiría y que entonces le atraparían y todo habría acabado... Ni siquiera se había planteado por un solo segundo que él no era el único de la lista de Caronte, que hablaba con más gente, que podía haber otra víctima... Pensar en eso era lo que más daño le hacía. Se sentía el único responsable de que hubiese elegido a Esther. ¿Por qué no había preferido a Silvia? ¿Qué estaba haciendo mal para que se hubiese decidido por otra chica? Debía haber contactado con los dos más o menos al mismo tiempo.

Antes no había estado en Internet, de eso estaba seguro. Y, sin embargo, mientras que él sólo había conseguido una relación de amigos, Esther se había enamorado de Caronte y éste le había propuesto una cita. ¿Por qué? ¿Se habría comportado de manera extraña? ¿Había estado tan seguro de que iban a atraparlo que no había puesto el suficiente interés?

Las preguntas se sucedían en su cabeza, culpabilizándole, atormentándole. Tendría que haber hecho algo para salvar la vida de Esther, pero, ¿qué? ¿Dónde se había equivocado?

Golpeó la mesa con los puños, ahogando un grito de rabia. Si pudiese tenerle delante... En ese momento sintió el deseo ciego y animal de matarlo, de destrozarlo con sus propias manos, de hacerle pagar por todo lo que les estaba haciendo, de que sintiese en su propia carne el dolor de cada muerte, de cada herida... Pero también ese consuelo le estaba prohibido. En unos minutos tendría que sentarse delante de la pantalla del ordenador para esperar a que él se conectase y recibirle con sus mejores palabras, sin poder expresar el odio que sentía, tragándose toda esa rabia que amenazaba con ahogarlo. No se veía capaz de hacerlo, de disimular hasta ese punto... ¿Cómo iba a hablar con él como si nada hubiese pasado, como si nada de lo que sabía importase?

Se irguió en la silla y secó sus ojos con la manga de la camiseta. Tenía que hacerlo. Esos chats eran lo único que tenían, el único camino que les quedaba abierto ahora que habían apartado a Carlos y Natalia de la investigación. Además, ellos confiaban en él. Si quería justicia, si deseaba acallar las voces de las chicas que le llamaban en sueños pidiendo venganza, tendría que seguir. Esta vez todo saldría bien, se aseguraría de ser el siguiente en su lista. Y llegaría el día en que podría mirar en los ojos de Caronte y encontrar por fin el consuelo y la razón de todo ese dolor.

El humo del cigarrillo ascendía lentamente, cargando aun más el asfixiante ambiente de la habitación. Siguió fumando durante varios minutos y, por fin, lo apagó en el cenicero rebosante de colillas. Parecía que Silvia no iba a conectarse nunca. Llevaba esperando desde la mañana a que ella apareciese. Era cierto que no habían quedado hasta las cinco, pero había pensado que quizá ella tuviese ganas de hablar, que demostraría que necesitaba que estuviesen juntos después de tantas horas sin ningún contacto. Todas las otras chicas habían estado esperando alguna vez, aunque no estuviesen seguras de que fuese a aparecer, habían mandado mensajes offline o emails porque no soportaban las horas de separación. Pero con Silvia no sucedía eso. Era como si tuviese una vida aparte de la que no sabía nada. Siempre había sospechado que existía algo en ella que no conocía, algo oculto.

No sabía por qué tenía esa sensación de incomodidad al hablar con ella, por qué estaba tomándose más tiempo del necesario para pasar de la amistad. Ella era simpática, dulce, inocente... Era seguro que estaba abierta a tener algo más que una relación de amigos. Entonces, ¿cuál era el problema? ¿Por qué intentaba retrasar ese momento?

Debía dejar de preocuparse. Esos pensamientos sólo eran producto de la ansiedad. El fracaso con Susana, las semanas de inactividad, el saber que la policía estaba tan cerca, estaba alterando sus nervios, haciendo que viese fantasmas en cada rincón. No podía permitir que el miedo invadiera su vida, que impidiera que realizase su deber. Y además estaba lo de la noche anterior... Maldito perro. No había podido acabar el sacrificio, aquella muerte no había servido de nada. No había alcanzado la sensación de tranquilidad que invadía su alma en las otras ocasiones. La culpa seguía presente, el eco de los pecados pasados retumbaba en su cabeza. Se sentía muy triste por la muerte de Esther. Ella lo había merecido, como las otras, pero había sido una muerte tan inútil... Llevaba toda la noche llorando por ello. Una vida desperdiciada, un

sacrificio perdido... Al menos la muerte de las demás había adormecido su conciencia, le había otorgado un perdón temporal, unos días de paz. Pero con esto no había conseguido nada. Seguía sintiendo el mismo dolor, el pasado seguía pidiendo un pago justo que llevaba ya mucho tiempo de retraso.

Tenía que darse prisa en realizar un nuevo sacrificio y esta vez todo debía salir bien. No podía permitirse un sólo fallo más, no podría aguantar más tiempo esa tensión. Era su vida o la de una de las chicas. Y la única con la que llevaba hablando el suficiente tiempo como para conseguir pronto una cita era Silvia.

Un sonido procedente del ordenador llamó su atención. Sonrió al ver su nombre en la pantalla. Por fin se había conectado. Era hora de aparcar los miedos y pasar a la acción.

— *Hola, Silvia, ¡cuánto tiempo sin verte!*

— Sólo ha sido un día. Me he conectado en cuanto he podido.

— *Pues a mí se me ha hecho eterno. No podía aguantar más sin hablar contigo.*

— ¿Y eso por qué? ¿Te paso algo importante ayer?

— *Bueno, sí y no... No sé cómo explicarlo ni cómo te lo vas a tomar.*

— Dime, no puede ser tan malo. ¿Conociste a la chica de tus sueños?

— *Otra vez sí y no...*

— Pues como no te expliques más... Las adivinanzas nunca han sido lo mío.

— *Está bien... Allá voy... No conocí a la chica de mis sueños, pero me di cuenta de mis sentimientos por una persona que ya conocía.*

Gus se giró en el asiento y miró a Carlos y Natalia con expresión interrogadora.

— Éste se lanza. ¿Sigo haciéndome la tonta?— preguntó.

— Sí, déjale que lleve él la voz cantante. Parece que lo tiene bien pensado. Tú sólo déjate llevar— le aconsejó Natalia, levantándose del sofá para acercarse al monitor.

— ¿Estáis seguros de que se va a lanzar?— cuestionó Carlos, incrédulo, sentándose al otro lado de Gus— A lo mejor ha decidido que esta relación no le convence y nos cuenta que va a salir con una antigua amiga suya.

— Como se nota quien no ha leído una sola línea de los chats. Es su estilo de declararse— contestó Gus mientras Natalia asentía—. Te digo que va a caer, ya lo veras.

Gus volvió a mirar hacia la pantalla y siguió escribiendo:

— ¿Te encontraste con una antigua novia?

— *No, tampoco es eso.*

— Hijo, pues arranca ya. No tengo ni idea de lo que quieres decirme.

— *Está bien pero, te diga lo que te diga, espero que no dejes de hablarme.*

— Mientras no me digas que ayer estuviste cortando gente en pedacitos...

Natalia soltó un respingo y le dio un codazo en las costillas:

— ¿Pero tú eres tonto? ¿A qué viene eso?

— Lo siento, no he podido evitarlo. Y demasiado poco le he dicho para lo que me gustaría— contestó Gus, enfadado.

— Estamos trabajando y esto es muy importante. Tienes que dejar tus sentimientos a un lado— le recriminó Carlos, a pesar de no estar seguro de que él pudiese pasar horas hablando con Caronte sin estallar.

— Vale, vale. Ya sigo. Era sólo que necesitaba desahogarme.

La contestación de Caronte ya había empezado a aparecer en la pantalla, así que siguió leyendo.

— *Ja, ja... No, vaya ideas. Es mucho menos grave que eso.*

— Pues entonces, adelante.

— *Está bien... Esto es muy importante para mí... Bueno, ayer salí con unos amigos con lo que siempre me había llevado muy bien y, sin embargo, pasé una de las peores noches de mi vida.*

— ¿Te peleaste con ellos?

— *No, que va... pero no me divertí ni un solo segundo, tenía la cabeza en otro sitio.*

— ¿En dónde?

— A tu lado. Me pasé la noche pensando en lo mucho que te echaba de menos.

— ¿A mí?

— *Sí, no sé qué me pasa contigo. Sabía que me caías muy bien y que me encantaba hablar contigo, pero no pensaba que te necesitara tanto. Y*

ayer, al pasar tanto rato sin ti, estuve toda la noche pensando en contarte cada cosa que me pasaba, imaginando qué dirías, manteniendo conversaciones contigo en mi cabeza. Acabé dándome cuenta de que me había enamorado de ti.

— Si me estás tomando el pelo, no tiene gracia.

— *¿Por qué dices eso? ¿Por qué iba a querer burlarme de ti?*

— No sé... Tú tienes 17 años y yo sólo 14. Supongo que es muy divertido reírse de mis ilusiones.

— *Yo nunca haría eso, juro que lo que te estoy diciendo es verdad. ¿De qué ilusiones hablas? ¿Acaso sientes lo mismo?*

— Bueno, tú me gustas, desde hace tiempo...

— *No sabes lo feliz que me hace escuchar eso. Tenía tanto miedo de que te enfadases y dejases de hablarme... Pensé en no decirte nada para no asustarte y poder tenerte al menos como amiga.*

— Yo pensaba lo mismo. No podía imaginarme que alguien como tú fuese a fijarse en mí, pero al menos podía hablar contigo...

— *¿Cómo podías pensar eso? ¿Crees que iba a dejar escapar a alguien tan maravilloso como tú?*

Gus dejó de teclear y miró a Carlos y Natalia con expresión triunfal.

— Ha picado, por fin. Ya sólo me queda pasarme horas y horas hablando de cuanto nos queremos, así que hacedme un favor y traedme algo de beber, que esto va para largo.

Natalia entró en la cocina y comenzó a preparar café. Los pasos de Carlos se acercaron por el pasillo hasta pararse al lado de la puerta. Ella se sintió observada, notó la fuerza de sus ojos clavarse en ella, impulsándole a levantar la cabeza y enfrentarse a él. No tuvo valor, siguió colocando las tazas mientras intentaba recordar todos los argumentos que habían llenado de lágrimas la noche anterior. En ese momento, con él tan cerca, tan presente, parecían haber perdido su validez. Se tranquilizó pensando que quizá él tampoco diría nada, que debía sentirse tan culpable como ella y que también habría decidido aparcar los sentimientos por mucho que doliese.

— Te pongo uno a ti, ¿verdad?— se atrevió a preguntarle sin levantar aún la vista de la mesa.

— Sí, gracias.

Él carraspeó y se acercó un par de pasos. Natalia se irguió y le dirigió una fría mirada, intentando evitar que se aproximase más. Sabía que, si la tocaba, todas sus convicciones de la noche anterior se convertirían en humo, que no podría pensar igual si le tenía cerca. Él se quedó inmóvil pero mantuvo los ojos fijos en ella.

— Natalia, creo que deberíamos hablar de lo que pasó ayer por la noche.

Ella sintió que algo se rompía dentro, que sus últimas esperanzas de aplazar todo aquello sin herirle desaparecían. Se sentó con lentitud, desviando los ojos, y le invitó a que hiciese lo mismo con un gesto de la mano.

— Sí, claro. Yo también quería hablarte de eso— empezó ella—. Quieres hablar sobre nuestra cena, ¿no?

Los labios de Carlos dibujaron una tímida e ilusionada sonrisa que se le clavó dentro como una afilada aguja. Tenía que terminar con aquello, no podía

sentirse culpable por todo. Sabía lo que tenía que hacer, lo había decidido la noche anterior, cuando la angustia se apaciguó y fue capaz de pensar con tranquilidad. Sabía cuál era su deber y no podía cambiar todo lo que creía que era correcto y necesario por una sonrisa suya o por la increíble forma en que llegaban a brillar sus ojos. Se esforzó en levantar un muro de hielo alrededor de su corazón, como había hecho tantas otras veces en su pasado, aunque esta vez le pareció que sus afiladas y frías aristas amenazaban con destruirlo, con matar todos los sentimientos que él había logrado descongelar. A pesar del aviso, continuó hablando, refugiándose en su tono más profesional.

— Sé que estarás pensando lo mismo que yo. Me he pasado toda la noche diciéndome que todo era culpa nuestra, que nos distrajimos como dos críos y dejamos de lado lo que, en este momento, debería ser nuestra ocupación más importante, mejor dicho, nuestra única ocupación. No debemos olvidar en ningún momento que estamos tratando con un asesino y que cualquier error o distracción se paga muy caro.

Él frunció levemente el ceño y la miró como si no comprendiera, como si estuviesen manteniendo conversaciones divergentes.

— Bueno, eso ya lo sé— reaccionó por fin—. Pero no debemos culpabilizarnos. Podría haber sucedido lo mismo aunque hubiésemos estado en nuestro puesto...

— Es cierto, pero el caso es que no lo estábamos— le interrumpió ella—. La próxima vida en juego puede ser una de las nuestras. Debemos tener mucho cuidado. Estarás de acuerdo conmigo en que cualquier otro asunto de índole personal debe ser dejado de lado hasta que la investigación haya concluido.

Parecía más perdido a cada palabra que ella pronunciaba, como si estuviese hundiéndose en un oscuro abismo. Aún así, siguió defendiéndose, negándose a

dejar escapar el último rayo de luz.

— Puede que tengas razón, pero sigo creyendo que la culpa no fue nuestra y que el asesinato de Esther no tuvo nada que ver con el hecho de que nosotros dos estuviésemos cenando juntos.

Natalia se dio cuenta de que no iba a poder seguir discutiendo con él durante mucho tiempo. Los argumentos racionales no servirían de nada, Carlos no quería ser racional. Ignoró su último comentario, le sonrió y se levantó para empezar a recoger las tazas y llevarlas al salón, dando la conversación por terminada.

— Sólo estás intentando que no me sienta culpable, pero no debes preocuparte por mí. Ahora de lo único que debemos ocuparnos es de atraparlo — ignoró la tristeza y la ira que reflejaban sus ojos y se giró, camino del salón —. Me alegro de que lo hayamos aclarado. ¿Me ayudas a llevar esto?

— Sí, enseguida voy— contestó Carlos en un susurro, sin moverse de la silla.

Natalia salió sin decir nada más. Carlos observó cómo se alejaba por el pasillo, sintiendo esa separación de sólo unos pasos como una distancia definitiva, insuperable. Pensó que debería volver a llamarla, que no podía permitir que se marchase así pero, ¿qué podía decirle? Ella ya lo había dejado todo claro. No le había permitido decir una sola palabra, había llevado la conversación por donde había querido, ignorando los sentimientos que con tanto esfuerzo le había confesado la noche anterior. ¿Por qué le trataba así? Después de haberse mostrado tan cercana había vuelto a levantar sus conocidas defensas ante cualquier intento de acercarse que él pudiese realizar. Se sentía cansado de intentar derribarlas, de tener que luchar contra ella cada milímetro de avance. Ni siquiera la lejana sugerencia de recuperar los

“asuntos de índole personal” cuando la investigación se hubiese resuelto le daba algo de esperanza. El no quería una relación en la que los sentimientos pudieran ser empaquetados hasta que resultasen convenientes. Necesitaba a alguien con quien hablar durante horas, con quien compartir las noches, alguien a quien abrazar... Quizá Natalia no pudiese ser esa persona.

Natalia se despidió de ellos en la puerta hasta el día siguiente. Al cerrar, la soledad y la tristeza se adueñaron de la casa. Era increíble como parecía vaciarse un sitio cuando Gus dejaba de abarrotarlo con su torrente inacabable de palabras. Natalia había estado muy agradecida toda la tarde a esa elocuencia que había llenado todos los vacíos entre Carlos y ella. Desde que habían hablado en la cocina, Carlos se había sentado en el sofá, ausente, fumando un cigarrillo tras otro con la mirada perdida, contestando sólo a las preguntas directas que le hacían sobre el caso. La culpabilidad volvió a aguijonearle el pecho. ¿Por qué había sido tan dura con él?

Encendió el equipo de música para llenar aquel silencio que la ahogaba y se sentó. El perro notó que ella se sentía triste y trepó al sofá para colocar la cabeza sobre sus piernas. Natalia le acarició mecánicamente. Cerró los ojos, intentando visualizar a Carlos conduciendo en silencio camino de su casa, apretando con fuerza las manos sobre el volante como hacía cada vez que estaba enfadado, acelerando para llegar y encontrar refugio en una botella de vodka, sintiéndose tan solo e indefenso como ella... Y todo por su culpa.

Abrió los ojos, intentando apartar esas imágenes de su mente. Carlos no tenía por qué sentirse así. Estaba siendo demasiado presuntuosa. ¿De dónde sacaba la idea de que le había destrozado el corazón, de que no sería capaz de vivir sin ella? Seguro que él estaba tan tranquilo, pensando en irse a la cama a descansar para seguir con el caso al día siguiente. Carlos era fuerte, ella no

podría hacerle daño.

Su conciencia no se dio por vencida con esos argumentos y siguió martirizándola. ¿Qué estupidez era aquella? ¿Cómo que Carlos era fuerte? Era extremadamente sensible, tal y como le había dejado ver la noche anterior. Le había abierto su corazón, le había dicho lo que sentía y, ¿cómo lo pagaba ella? Intentando postergarlo. ¿Por qué? ¿A qué le tenía miedo?

Natalia se tumbó en el sofá acomodando a Art a su lado e intentó encontrar las respuestas a esas preguntas. Lo que le había dicho a Carlos era cierto: se sentía muy culpable por no haber hecho nada por evitar el asesinato de Esther, por haber estado divirtiéndose, sintiéndose feliz mientras la mataban. Y no quería volver a sentir lo mismo nunca más, no quería que lo que pudiese tener con Carlos quedase marcado desde el principio por el remordimiento. Por eso había preparado todo lo que le había dicho. Sabía que debía cortar aquello de raíz para que él no tuviese la más mínima posibilidad de discutirlo, ni ella de arrepentirse. Entonces, si tan segura estaba de haber hecho lo correcto, ¿por qué le había dolido tanto separarle de su lado? Cerró los ojos con fuerza intentando impedir la salida de las primeras lágrimas.

No tenía sentido seguir dándole vueltas. Debía ser así. En ese momento el único objetivo era salvar vidas humanas, atrapar a un asesino, y para conseguirlo Carlos y ella debían esperar un poco, debían apartar todo lo que pudiese interponerse. Cada argumento, cada poderosa e indiscutible razón caía sobre sus doloridas emociones, intentando aplastarlas, acallarlas para siempre. Esta vez nada de lo que conocía funcionaba. No era capaz de seguir siendo racional, de dejar los sentimientos a un lado.

Se levantó, apagó la música y se dirigió al dormitorio a pesar de que sabía que iba a tardar mucho en dormir. Lo que había hecho seguiría girando en su cabeza durante horas, a pesar de que ya no había marcha atrás. Cada célula de

su cuerpo le pedía que intentase retroceder, que se arrepintiese, que se lanzase hacia el teléfono a pedirle perdón, que corriese hacia su casa para tratar de caer en unos brazos que quizá estaban cerrados para siempre.

Intentó ignorar el llanto que ya escapaba a su control. Se tumbó y apagó la luz. El silencio y la oscuridad la envolvieron. Se acurrucó en las mantas, sintiendo que la cama era demasiado fría, demasiado grande. En la oscuridad las imágenes de la noche anterior inundaron su memoria trayéndole el recuerdo de su sonrisa, la caricia de sus palabras... Deseó poder darse la vuelta y abrazarle, pero sabía que Carlos se encontraba tan fuera de su alcance como si todo un océano les separase. Y era ella quien había elegido que fuese así.

Cerró los ojos deseando dormir y no pensar más, pero su mente seguía trayéndole la imagen de sus tristes ojos verdes. Ahora que nadie podía verla, se dio cuenta de que ya no tenía sentido seguir aparentando una tranquilidad y una seguridad que no sentía, así que abrió las compuertas para dejar pasar el miedo, el arrepentimiento, el dolor... Hasta que se quedó dormida pagó por la soledad que había elegido con unas lágrimas más tranquilas pero más duraderas y amargas que las que había derramado por la culpa la noche anterior.

CAPÍTULO DOCE

Carlos cerró hastiado el expediente del nuevo caso que le habían asignado. Si Aguirre había planeado aquello como una venganza, le había salido muy bien. Encendió un cigarrillo mientras intentaba hacerse a la idea de la cantidad de mierda que le iba a tocar en los próximos días. Lo abrió de nuevo para releerlo por encima. Alfonso Fernández, colombiano, apuñalado en la calle San Francisco el viernes a las tres de la mañana. Por lo que decía el expediente se sospechaba que traficaba con cocaína a pequeña escala. Ya se lo estaba imaginando: pasear por las Cortes y San Francisco haciendo preguntas de las que nadie quería saber nada. Seguramente se trataría de algún ajuste de cuentas en el que estaría implicada gente demasiado importante como para pillarla. Pensó que la manera en la que había sido asesinado no concordaba mucho con la mafia colombiana. Podría tratarse también de algún jovencito pijo al que no le llegaba la paga para comprarse unos gramos. El caso apestaba por todos lados.

Dos golpes en la puerta le hicieron levantar la cabeza. La puerta se abrió antes de que pudiese contestar y Roberto entró, con su impecable traje gris y su sonrisa de triunfador.

— Hola, Carlos— saludó mientras se sentaba en la silla de enfrente—.
¿Muy ocupado esta mañana?

— Sí, demasiado ocupado para aguantar gilipollecés. ¿Qué quieres?

— Veo que tus modales no han mejorado.

— Los tuyos, en cambio, han empeorado— contestó Carlos intentando controlar su tono de voz—. Nadie te ha dado permiso para entrar en mi

despacho y mucho menos para sentarte.

— Perdona, hombre, si será solo un momento— dijo Roberto, sin levantarse—. Vengo a pedirte todo lo que tengas sobre el asesino de Internet.

— Ya he ido entregando todos los informes a Aguirre durante estos meses. Puedes ir a pedirlos a archivos cuando quieras.

— Lo sé, pero supongo que tendrás algo más: transcripciones de interrogatorios, notas personales, reflexiones... Un buen detective guarda esas cosas— la sonrisa de Roberto se ensanchaba por momentos.

— Claro, pero yo no soy un buen detective. Por eso me han quitado el caso. Ya sabes cómo soy: apunto las cosas en cualquier sitio y luego las pierdo. Y ahora, haz el favor de largarte de mi despacho— Carlos notaba que su autocontrol estaba a punto de darse a la fuga, amenazando con permitirle estrellar un puño contra la perfecta mandíbula de Roberto.

— Está bien, está bien..., pero espero por tu bien que Aguirre no se entere de que me estás ocultando información ahora que yo llevo el caso y que desde luego no se te ocurra utilizarla en tus ratos libres— Roberto se levantó por fin y apoyó las manos en el escritorio de Carlos—. Ya no eres el niño mimado de la oficina, recuérdalo. Ahora, yo estoy al mando.

Carlos se levantó, encarándose con Roberto desde el otro lado de la mesa, y le contestó, imitando su encantadora sonrisa:

— Puedes estar tranquilo. Si encuentro alguno de esos papeles, lo único que haré con ellos será limpiarme el culo después de cagarme en tu puta madre. Si quieres, luego te los envío.

— Retira eso inmediatamente...— la sonrisa de Roberto había desaparecido por completo de su rostro, que se había vuelto rojo de ira.

— ¿Y qué vas a hacer si no lo retiro?— Carlos salió de detrás del

escritorio, acercándosele más. Roberto retrocedió un par de pasos hacia la puerta— Vamos, suelta el primer puñetazo. No puedes imaginarte las ganas que tengo.

Roberto se giró y abrió la puerta. Al poner un pie en el pasillo, recuperó algo de su acostumbrado aplomo y se giró para encararsele de nuevo:

— Ya te he ganado, Carlos. Y lo peor de todo es que lo sabes, que siempre serás un perdedor.

— Lárgate ya, si no quieres que salga ahí. Ya no me importa mucho perder mi placa.

Roberto cerró de un portazo. Carlos volvió a sentarse, preguntándose por qué no lo había matado. Estaba más que harto de aquel niño con aires de superioridad. Además, tenía razón. Le había ganado, al menos por el momento. Por eso tenía que seguir controlándose y aguantar. Necesitaba tener acceso a los datos de la investigación y el apoyo de la Ertzantza en caso de que, al final, Caronte les pidiese una cita. Si todo funcionaba como él quería, Roberto tendría que tragarse cada una de sus palabras. Miró el reloj, era la hora en la que su amigo Javi tomaba café en el cuarto de descanso. Habían formado pareja en otros casos y sabía que podía confiar en él para que echase un vistazo a los informes sin llamar la atención. Él no podría hacerlo. En ese momento media central tendría un ojo puesto en sus movimientos. Salió en busca de Javier. A la vuelta se pasaría por archivos para tantear a David. Quizá también podría proporcionarle algo de información. Le había parecido que el chico quería llevarse bien con él, que le admiraba. Catorce años de servicio daban para establecer muchos contactos, y eso era algo con lo que Roberto no contaba.

En cuanto el último de los técnicos de laboratorio salió de la sala, Natalia

levantó la vista de la muestra que estaba analizando. Parecía que nadie había sospechado porque prefiriese quedarse trabajando en vez de tomarse la media hora de descanso reglamentaria para tomar un café. Que empezasen a tomarla por una adicta al trabajo también tenía sus ventajas.

Miró hacia el despacho del jefe de departamento, donde se guardaban los archivos, rezando para que no lo hubiesen cerrado con llave. Se encaminó hacia allí, sintiendo como los nervios se agolpaban en la boca de su estómago. Llevaba tres días sintiéndose enferma ante la perspectiva de robar el informe de la autopsia de Esther. Había esperado no tener que hacerlo, que hubiese habido los suficientes comentarios entre compañeros como para enterarse de los resultados. Era lo que solía suceder, pero esta vez el silencio había sido total. Debía ser una orden de Aguirre, pero, si pensaba que por no oír nada del caso iban a olvidarlo, estaba muy equivocado.

Llegó hasta la puerta y accionó el manillar con suavidad, intentando no hacer ruido a pesar de que nadie podía oírlo. Por un segundo, deseó que estuviese cerrado. Ya la habían castigado a clasificar muestras durante los últimos días, apartándola de cualquier caso importante. ¿Qué pasaría si la descubrían? La puerta se abrió. Entró, cerrando la puerta tras de sí, y se dirigió hacia los armarios donde se guardaban los archivos.

Se acercó y buscó la letra correspondiente al informe de Esther. Abrió y rebuscó frenética. No estaba. Era imposible, tenía que estar. Se obligó a otra revisión. Nada. Entonces cayó en la cuenta de que había buscado por la E de Esther y no por su apellido. ¿Cómo podía ser tan tonta? Estaba perdiendo un tiempo precioso, debía controlar sus nervios.

¿Cómo se apellidaba? Durante unos segundos, no pudo acordarse. Se agarró las sienes con ambas manos, intentando hacer un esfuerzo, pero el apellido continuaba sin venir. ¿Cómo era? Se obligó a respirar despacio varias veces,

intentando tranquilizarse. Urrutia, eso era. Abrió el cajón correspondiente y volvió a buscar. Al cabo de unos minutos, tuvo que darse por vencida. No estaba, debía estar haciendo algo mal. ¿Seguro que era Urrutia? Sí, estaba segura. Entonces, ¿dónde estaba?

Desesperada, sacó el móvil del bolsillo de su bata y marcó el número de Carlos. Los tonos de llamada se repitieron sin respuesta durante una eternidad. Al fin, Carlos contestó:

— Dime, Natalia.

— ¿Por qué no cogías?— preguntó ella, enfadada.

— Estaba ocupado. Estoy en San Francisco, intentando interrogar a la encargada de un bar cercano al lugar del asesinato del caso que me han asignado. Y a pesar de que yo juraría que es sudamericana, insiste en repetirme una y otra vez la misma frase en algo que parece árabe— explicó Carlos, en voz lo bastante alta para que la mujer lo oyera—. Como tenga que pedir un traductor a la central para nada, se le van a presentar aquí inspectores de sanidad hasta que consiga que le cierren este antro de por vida.

— Deja eso ahora. Estoy en los archivos del laboratorio.

— ¿Has conseguido el informe? ¡Bien, Natalia!

— No, escucha. Ahí está el problema. No encuentro el informe. ¿Cómo se apellidaba Esther?

— Urrutia.

— No, Urrutia no puede ser porque aquí no está— replicó Natalia—. Tiene que ser otro nombre.

— Hija, pues es Urrutia, ya lo siento. ¿No habrás mirado mal?— contestó Carlos.

— No he mirado mal, no soy inútil. Si te digo que no está, es que no está.

El enfado de Natalia continuaba creciendo. Empezó a pasear por el despacho mientras hablaba, intentando calmarse. No era justo que lo pagase con Carlos. En ese momento, sus ojos tropezaron con la mesa del jefe de departamento. El informe estaba ahí, encima de todos los demás papeles, como si la estuviese esperando.

— Carlos, lo he encontrado. Te dejo.

— Vale, vale. Suerte.

Natalia colgó y se lanzó hacia el informe, abriéndolo para ojearlo. Pasó varias páginas antes de darse cuenta que el tiempo se le escapaba y que no iba a poder comprobar todos los detalles antes de que volviesen. Se dirigió hacia la fotocopidora, rogando para que no estuviese apagada. Era un modelo muy antiguo y tardaba más de cinco minutos en calentarse antes de poder utilizarla. Suspiró aliviada. Estaba encendida. Empezó a fotocopiar hoja tras hoja lo más rápido que podía, lanzando repetidas miradas hacia la puerta. ¿Cómo iba a explicar lo que estaba haciendo si alguien volvía antes de tiempo? Cada hoja tardaba una eternidad y le parecía que toda la central debía estar oyendo el atronador ruido de la máquina. Por fin acabó. Recogió las copias, las dobló y se precipitó hacia su sitio para guardarlas en su bolso. Después corrió de nuevo hacia el despacho para dejar el informe sobre la mesa, echando un rápido vistazo a las hojas para comprobar que estuviesen en orden. Sintió un fuerte golpe en el estómago al ver que la última página no estaba. ¿Qué habría hecho con ella? Volvió corriendo hacia su bolso, rezando para que no la hubiese metido allí con las copias y ahora estuviese doblada y arrugada. No, no estaba. Se quedó parada en medio del laboratorio, mirando perdida hacia todos lados. ¿Dónde podía estar? El pánico se apoderó de ella al escuchar a lo

lejos, por el pasillo, las voces de sus compañeros que volvían. Miró su reloj, la hora del café había acabado. Revisó con una rápida mirada el suelo, por si el papel se le había caído con las prisas. No, no estaba. ¿Cómo iba a explicarlo? Con ese error terminaba su carrera en la Ertzantza y todas sus posibilidades de ayudar a Carlos. Su mirada errante tropezó con la fotocopidora. Claro, ahí debía estar. Abrió la tapa y encontró el papel. ¿Cómo había podido ser tan descuidada? ¿Y cómo no se le había ocurrido antes? Le había sucedido lo mismo miles de veces en la universidad.

Corrió con el papel hacia el despacho y abrió el informe, colocando la última página en su sitio. Las voces de los compañeros sonaban muy cerca, casi al otro lado de la puerta. Dejó el informe y salió rápido del despacho, cerrando la puerta con el máximo cuidado posible para que no la oyeran. Después se lanzó hacia su sitio, colocándose en el microscopio en el mismo instante en que la puerta se abría. Marta, una de sus compañeras, se acercó con un vaso de café en la mano:

— Hola, ¿no te has aburrido sin nosotros?

— Bueno, no mucho. Estaba muy ocupada.

— Deberías dejar de trabajar un poco. Te va a dar algo. Toma, para ti — le dijo tendiéndole el vaso.

— Muchas gracias. Me vendrá muy bien— dijo Natalia, pensando que si se metía una sola gota de cafeína al cuerpo, su corazón estallaría.

Los demás compañeros fueron llegando, al igual que el jefe de departamento. Natalia esperó durante unos minutos, con un ojo pegado al microscopio, aunque era incapaz de ver nada, temiendo que saliese en cualquier momento a preguntar quién había estado enredando en su despacho. Temía haber desordenado alguna de las hojas, o no haberlo dejado en el sitio exacto. Y, sobre todo, no podía recordar si había cerrado los cajones de los archivos

después de mirarlos. Pero no sucedió nada. Todo debía estar en orden. Se esforzó en seguir trabajando, intentando no hablar o cruzar una mirada con ninguno de los compañeros, tratando de ocultar su expresión de culpabilidad. Se pasó toda la mañana observando su bolso, sabiendo que no estaría tranquila hasta que no hubiese sacado aquellos papeles de allí. Pero, a pesar de los nervios, se sentía bien, como un niño que consigue que no le pillen después de una travesura. Sentía que había triunfado, le gustaba la sensación de haber pasado por encima de las órdenes. Incluso le había gustado la sensación de las oleadas de adrenalina inundando su cuerpo. Sonrió. Debía tener cuidado, aquello podía resultar muy adictivo.

— Siempre he sido muy mala en matemáticas. La verdad es que no soy buena en ninguna asignatura.

— *No digas tonterías. Si tú eres una chica muy lista... Lo único que tienes que hacer es confiar más en ti, como yo lo hago.*

— Ya, y meter más horas, pero es que estudiar no me gusta.

— *Paso de ponerme en plan padre y decirte lo que deberías hacer, pero quizá sí deberías estudiar más.*

Gus sonrió. Vaya cara tenía el tío. ¿Cómo podía estar planeando asesinar a una chica, saber que no tenía ningún futuro y encima intentar convencerla de que se pasase sus últimos días de vida estudiando?

— Sí, claro... Por ejemplo, podía dedicar las horas que hablo contigo a estudiar matemáticas.

— *No, por favor... :-)*

— Que era broma.

— *Es que no podría vivir sin ti.*

— Ni yo, no te preocupes. Además, tú eres muchísimo más divertido que las matemáticas.

— *Eso espero porque a mí me encanta estar contigo.*

— Hombre, pues lo que se dice estar, no estamos juntos.

Gus aguardó con ansia la contestación, esperando una promesa o al menos una sugerencia de una futura cita. Por el momento, Caronte no había intentado nada y le ponía nervioso pensar que esa falta de prisa podía deberse a que tuviese elegida otra posible víctima con la que citarse. El timbre de la puerta sonó. Debía ser Carlos, que ya volvía de trabajar. Gus no se movió de la silla. Natalia les había entregado una copia de las llaves a cada uno, así que Carlos podría abrir cuando se cansase de esperar. Lo que estaba haciendo en ese momento era mucho más importante.

— *Bueno, eso será porque tú no quieres.*

— ¿Quién ha dicho que yo no quiero? Pero si lo estoy deseando...

— *Ah, pues yo no te había dicho nada porque pensé que igual era demasiado pronto y me ibas a decir que no. No quería asustarte.*

La puerta de la calle se abrió por fin y, al cabo de unos segundos, Carlos entró en el salón seguido del perro, que correteaba entre sus pies. Gus le saludó con una sonrisa.

— Ven, corre... Creo que le tenemos. Estamos hablando sobre la posibilidad de vernos.

Carlos se acercó con rapidez hasta el monitor, agarró una silla y se sentó al lado de Gus.

— ¿En serio? Joder, por fin una buena noticia.

Gus no respondió porque estaba escribiendo la contestación:

— ¿Por qué me iba a asustar? Pensé que sabías que me encanta hablar contigo y que me muero de ganas de conocerte.

— *Ya pero no sabía si querrías una cita tan pronto. Ya sabes, como hay mucho colgado en Internet, sobre todo desde que empezaron los asesinatos de esas chicas... A lo mejor no te atrevías a quedar conmigo a solas.*

— No te preocupes por eso, te conozco. Sé que no tengo nada de lo que preocuparme.

Carlos se rió, mientras sacaba dos cigarrillos de su paquete.

— Joder, con el tío... Hablando con él nadie diría que se dedica a asesinar niñas. Se tira piedras a su propio tejado.

— No, para nada... A pesar de que sigo opinando que el tío es patético, se lo curra muy bien— contestó Gus mientras aceptaba el cigarrillo que le tendía Carlos—. Plantea él las objeciones antes de que las chicas puedan hacerlo, de manera que son ellas las que se las rebaten y se convencen a sí mismas.

— No entiendo a qué te refieres— dijo Carlos.

— Perdona, estaba utilizando palabras de Natalia. Me refiero a que es mucho más convincente que él diga en broma que puede ser un asesino y tú le digas que eso es una tontería a que se te pueda ocurrir a ti, te pases toda la noche dándole vueltas y luego él intente convencerte de que es un buen chico. A ver, ya contesta.

— *Pues ya me alegro. No sabes las ganas que tenía de que pudiésemos encontrarnos. Lo que pasa es que no sé cuándo nos podríamos ver.*

— En cuanto puedas. Yo no tengo nada mejor que hacer y, además, ya me estoy poniendo nerviosa.

— *Tengo que pensarlo. Ya sabes que no es lo mismo que si vivieras en el pueblo de al lado.*

— Pero desde San Sebastián sólo se tarda una hora en autobús hasta Bilbao, y tampoco es muy caro.

— *Ya, pero luego tendría que ir hasta dónde vives tú, y me has dicho que está bastante lejos de Bilbao.*

— Podríamos quedar en Bilbao.

— *No, ni hablar. Un caballero no permitiría que su dama fuese a buscarle. :-)*

— ¡Qué tonto eres! Si con eso voy a conseguir que nos veamos antes, no me importa ir a buscarte. Ni siquiera me importaría ir hasta San Sebastián.

Carlos miró a Gus extrañado. Gus se giró hacia él con una sonrisa en los labios.

— ¿No le estás haciendo dar muchas explicaciones?— preguntó Carlos— Tanta insistencia puede resultar sospechosa.

— No, que va... Éste no se huele nada. Además, es una pequeña venganza por todos los chats que me he tenido que leer. Me gusta ver como intenta lucirse cuando se lo pongo difícil.

— Espero que sepas lo que estás haciendo. No me gustaría que se nos

escapase ahora que estamos tan cerca.

— Tranquilo, no se escapará. Además, es parte del papel. Se supone que estoy muy enamorada de él y que quiero verle cuanto antes. Si no le meto prisa, puede pensar que no tengo interés y ahí es donde podría sospechar.

La contestación de Caronte empezó a aparecer en la pantalla así que Gus volvió a girarse hacia el monitor.

— *Ya te he dicho que no. Mira, tú me importas mucho, sé que te sonará a cursilada y que te reirás de mí, pero me he enamorado de ti. Creo que eres la persona más maravillosa que he conocido en mi vida y quiero que, cuando por fin nos encontremos, todo sea perfecto. Por eso no quiero ir allí sin preparar nada, de cualquier manera, y que todo salga mal. No quiero perderte.*

— Pero si no me vas a perder, si me estoy muriendo de ganas de conocerte... Nada puede salir mal.

— *Lo sé... Yo pienso que todo será maravilloso, pero no quiero arriesgarme, aunque me esté muriendo por verte. Prefiero esperar unos días más y planear un encuentro maravilloso.*

— Me estás poniendo aún más nerviosa.

— *Ja, ja... No te preocupes, todo saldrá bien. Déjame a mí.*

— Está bien, como tú quieras.

— *Te prometo que será muy especial. Será como si tu vida anterior acabase para empezar con algo totalmente nuevo.*

Carlos resopló en el asiento, removiéndose incómodo.

— Sí, claro, tan nuevo como una mesa de autopsias. ¡Qué hijo de puta! Hasta se permite dar pistas.

— Sí, lo hace mucho— dijo Gus—. Parece que le gusta demostrarse a si mismo lo listo que es.

— Pues esta vez se ha pasado. Ya verás lo listo que se siente cuando nos tenga delante.

— *Bueno, Silvia. Me tengo que marchar. :-/*

— Ya, yo también tengo que irme. Ya te había dicho que mañana tengo examen de matemáticas.

— *Estudia mucho. Y suerte mañana.*

— Vale, gracias. ¿Mañana a las seis entonces?

— *Nada podría impedirme estar aquí.*

— Estaré todo el día pensando en ti.

— *Yo también, amor. Hasta mañana entonces.*

— Agur, Alex.

— *Adiós, Silvia.*

Gus salió de ICQ y volvió a entrar en la cuenta en modo invisible. Caronte ya no aparecía conectado.

— Voy a dejarlo así para poder ver si él vuelve a conectarse. Quiero saber si pasa muchas más horas conectado porque eso podría querer decir que está hablando con alguna otra chica y que está preparando más citas. No quiero que nos pille desprevenidos como la otra vez.

— Parece que se ha ido de verdad, aunque podría estar en modo

invisible como tú, ¿no?— preguntó Carlos, inseguro.

— Eso es, muy bien— Gus le sonrió—. Parece que vas aprendiendo. A lo mejor podemos hacer de ti un hacker después de todo.

— No, gracias. Bastante tengo ya con lo mío.

— ¿No has llegado muy pronto hoy?— le preguntó Gus tras consultar su reloj.

— Sí, es que estaba ya cansado de pasear por las Cortes sin conseguir nada. Ya he acabado con los interrogatorios que tenía para hoy y por el momento estoy atascado, así que me he ido. Total, no se iba a enterar nadie de que me marchaba antes.

— Eso es responsabilidad. Tendría que aprender más de ti.

— Ni se te ocurra.

— Oye, ¿tus amigos de comisaría han conseguido ya la información que les pediste sobre el caso de Esther?— se interesó Gus.

— Bueno, sobre eso tengo buenas y malas noticias. Las buenas son que, por mucho que le pese a Roberto, en estos momentos cuento con copias de todos sus informes, además de descripciones detalladas de todas las pruebas y transcripciones de todos sus interrogatorios. Es como si lo hubiese hecho yo, pero sin haber tenido que mover un solo dedo— contestó Carlos, con una sonrisa de triunfo.

— ¿Y las malas?

— Que no tiene nada. Es igual que siempre. Nadie sabía nada, nadie vio nada. Esther no le comentó a nadie algo que pudiese darnos una pista. Ni siquiera nos ha servido que Natalia se jugase el tipo robando la autopsia de Esther. A pesar de que Caronte tuvo que salir pitando del lugar del crimen, no

dejo una sola pista. Seguimos como siempre.

— ¿Y el ordenador de la chica?

— Lo tienen en comisaría y están revisándolo. ¿Crees que necesitaríamos colarnos y hacer una copia de los chats?— Carlos parecía preocupado. Iba a ser muy difícil conseguir esa copia.

— No, no lo creo... y no lo digo solo por no leer más chats. Si a Caronte se le hubiese escapado algo importante, Esther habría sido la primera en darse cuenta y no habría acudido a la cita. La prueba de que fue tan cuidadoso como siempre la tenemos en que ella fue a ese parque y ahora está muerta. No creo que vayamos a sacar nada bueno de robar esos chats.

— Ya, eso mismo pensaba yo. Demasiado arriesgado para los resultados que íbamos a obtener. De todos modos, si Roberto encuentra algo importante, lo sabré en cuanto lo escriba en un informe.

— Pues por una vez dejemos que sea otro el que haga el trabajo sucio. Bien pensado, debimos haber dejado que fuese él quien se tragase todo ese rollo desde el principio— dijo Gus, con una sonrisa.

— Ya, claro. Y entonces, ¿para qué te pagábamos a ti?

— Para que interpretase el papel de la dulce Silvia, está hecho para mí. Incluso creo que deberían darme un Oscar— Gus se levantó de la silla y se dirigió a la cocina—. Bueno, y ahora que hemos acabado el trabajo de hoy, ¿qué tal si tomamos algo mientras me cuentas como te ha ido en tus excursiones por los bajos fondos?

— No te cachondees que bastante quemado estoy con eso— contestó Carlos.

— Venga, hombre. Te estoy dando la oportunidad de que te quejes y te desahogues. ¿Es que no se lo vas a contar a tu buen amigo Gus?

Carlos resopló resignado pero acabó sonriendo y levantándose para seguirle hasta la cocina, dispuesto a aguantar los monólogos de Gus hasta que llegase Natalia.

CAPÍTULO TRECE.

Carlos se encontró de nuevo delante del armario en el que guardaba la botella de vodka. Sí, tenía muchas ganas de beber un trago, de olvidarse un poco del hecho de que volvía a ser sábado por la noche y estaba de nuevo solo en casa, sin nada que hacer, sin nadie con quien hablar. No le dolía el hecho de estar solo, estaba muy acostumbrado. Una vez se había hecho a la idea de que sus esperanzas con Natalia no le llevaban a ninguna parte, la soledad había vuelto a adueñarse de su vida, como una antigua compañera de piso. Hacía ya demasiado tiempo que era así como para que siguiese haciéndole daño, pero, en noches como aquella, una voz interior parecía despertarse, gritando desesperada para que hiciese algo, para que cambiase aquella manera de vivir que no le llevaba a ningún lado. Hasta ahora, la única manera de acallar aquella voz, había sido ahogarla en alcohol. No quería emborracharse, pero quizá un solo trago bastaría para contentarla, para adormecerla. Alargó su mano hacia la botella y volvió a apartarla. Beber no lo arreglaría y sabía que, si empezaba, no sería sólo un trago. Bebería un vaso tras otro hasta acabar inconsciente y a la mañana siguiente se encontraría aun peor, sintiéndose un perdedor. Se apartó del armario y se dirigió hacia la cocina para ponerse un café.

La cafetera estaba vacía. La había terminado aquella mañana y no le había dado tiempo de dejarla preparando más. Aquella pequeña dificultad hizo que el vodka volviese a parecerle una salida más fácil y apetecible. Desechó la idea y la puso en funcionamiento. Mientras se hacía el café, volvió a la sala y recogió el paquete de tabaco que había dejado sobre la mesa. Se llevó un cigarrillo a los labios y lo encendió para ir a fumárselo en la ventana. Las

calles estaban casi vacías. Sólo algunos coches pasaban de vez en cuando levantando una ráfaga de lluvia de los charcos de la carretera, que parecía brillar plateada con la luz de las farolas. Debía ser muy tarde para que hubiese tan poca gente. Miró el reloj y se sorprendió. Ya eran las cuatro menos cuarto de la mañana. Llevaba dos horas en casa, en las que no había hecho otra cosa que mirar el techo en un estado hipnótico, dejándose llevar por el círculo de sus pensamientos sin llegar a ninguna conclusión. No podía sacar de su mente la obsesión por capturar a Caronte, por evitar otra víctima.

Aquella noche, en casa de Natalia, Gus había estado chateando hasta la una y media, hora en la que por fin había dejado que Caronte se marchase porque sabían que nunca atacaba tan tarde. Carlos se había pasado las cuatro horas de chat paseando por el salón, preguntándose qué podría hacer si Caronte decía que se marchaba antes porque había quedado, sabiendo que si avisaba a la central y no atacaba, cometería un error que Aguirre ya no podría pasarle. Pero, por suerte, parecía que ese fin de semana no sucedería nada.

Y, además, tenía el nuevo caso. No podía dejarlo sin más sólo porque estuviese preocupado por los asesinatos en serie. A ese otro chico también le habían asesinado y era su trabajo encontrar al culpable. Pero tampoco sabía qué hacer para solucionarlo. Se encontraba atascado, de nuevo dando vueltas a los problemas en su cabeza sin encontrar ninguna forma de continuar. Igual que en su vida personal. Tampoco sabía qué hacer con Natalia, qué decirle, cómo comportarse... Parecía que lo único que podía hacer con sus problemas era esperar a que sucediese algo, a que las circunstancias mejorasen... Pero él no era capaz de hacer eso, no servía para estar quieto y esperar. Ni siquiera podía sacarse las preocupaciones de la cabeza y pensar en otra cosa por la simple razón de que no había nada más en lo que pensar. Todo le llevaba al mismo punto: atrapar a Caronte. Y, cada vez que veía a Gus chateando con él, sentía una mezcla de frustración y envidia porque, por el momento, ése era un

asunto que no estaba en sus manos. Sólo podía esperar, esperar, esperar... Odiaba esa palabra. Intentó tranquilizarse. Terminó el cigarrillo y arrojó la colilla a la calle mojada. Cerró la ventana para dejar fuera el frío de la noche y recogió los papeles que tenía desperdigados encima de la mesa para llevárselos a la cocina. Se tomaría una taza de café mirándolos de nuevo, rogando para encontrar cualquier cosa que le sacase de esa inactividad que le estaba desquiciando.

— *Explícame bien cómo llegar a La Reineta para que pueda calcular cuánto voy a tardar.*

— Como quieras, pero es muy complicado. Ya te he dicho que mejor iba yo a recogerte a la estación de autobuses de Bilbao.

— *¿Vamos a volver a discutir lo mismo? Ya te he dicho que voy a ir yo.*

— Vale, vale, lo que tú digas... Bueno, al lado de la estación de autobuses tienes una estación de tren, te metes y coges uno a Muskiz. Te bajas en la estación del Valle de Trápaga y allí preguntas por el funicular. Vas hasta allí, lo coges y, cuando llegues arriba, atraviesas el pueblo de la Reineta y sigues la carretera hasta que veas a tu izquierda la cuesta más empinada que hayas visto en tu vida. La subes y, si consigues llegar arriba sin morir en el intento, encontrarás un grupito de casas que se llama Barrionuevo. Ahí vivo yo. Complicado, ¿verdad?

Natalia miró a Gus con el ceño fruncido. Este se giró en el asiento, con una sonrisa, que desapareció al ver la cara de ella:

— ¿Qué pasa? ¿Estoy haciendo algo mal?— le preguntó.

— Mal, no. Sólo retorcido. ¿Se puede saber por qué has elegido un

sitio tan difícil? ¿Qué hacemos si decide no quedar con Silvia?

— No me eches la culpa a mí. Recuerda que creé catorce cuentas con diferentes datos. Elegí sitios diferentes para cada una de las chicas y fue él quien escogió a Silvia.

— Pues no creo que supiese lo difícil que le iba a resultar llegar ahí.

— Bueno, creemos que tiene coche, así que tampoco le va a costar tanto. Y además, si es cierta nuestra hipótesis de que se trata del ex novio de la tal Mónica, el tío es de Bilbao. Espera, que contesta.

— *Buff... Espero no perderme.*

— Ya te he dicho que es mejor que vaya yo...

— *Que no... Y cuando llegue allí, ¿dónde podríamos quedar?*

— Pues no sé... No me apetece que nos vea todo el pueblo y le vayan con el cuento a mi madre.

— *Bueno, pero tiene que haber algún sitio por el que no pase mucha gente, ¿no?*

— Sí, hay un antiguo campo de rugby. En verano se llena de campistas, pero ahora no habrá nadie con este frío.

— *¿Un campo de rugby? ¿Me estás tomando el pelo?*

— No, yo tampoco sé para qué lo pusieron aquí. Creo que no he visto que se utilice en toda mi vida. Supongo que los del Ayuntamiento lo decidieron en plena borrachera.

— *Que raros sois en ese pueblo, por Dios. Bien, entonces quedaremos allí.*

Gus miró a Natalia, buscando su aprobación:

— Ahora le he puesto fácil el sitio de la cita. Le encantan los lugares solitarios. ¿Más contenta ahora?

— No sé, quizá se lo has puesto demasiado fácil. Podría sospechar— contestó Natalia, preocupada.

— Joder, hija... No sé qué hacer para que estés contenta. ¿Quieres ponerte tú al teclado?— Gus se apartó del ordenador, dejándole espacio libre.

— No, tranquilo, si lo estás haciendo muy bien. Contéstale algo, que está esperando.

Gus volvió a colocarse frente al teclado y siguió escribiendo.

— ¿Y cuándo quedaremos?

— *No lo sé todavía. Tengo que mirar los horarios de autobuses a Bilbao y calcular cuánto tiempo me va a llevar llegar hasta ahí. Y también tengo que mirar cuánto dinero puedo reunir para ese día porque me voy a gastar una fortuna en transportes.*

— Siento que sea tan complicado. :-)

— *No te preocupes. Yo haría cualquier cosa por mi princesa.*

— Gracias, eres un encanto.

— *Bueno, pues te tengo que dejar. He quedado con unos amigos. A ver si puedo aprovechar para pasarme por la estación de autobuses a preguntar. Volveré en una hora, más o menos. ¿Estarás todavía conectada?*

— Claro, aprovecharé para ir haciendo los deberes. Hasta luego, entonces.

— *Hasta luego. Te echaré de menos.*

— Y yo. Pensare en ti todo el tiempo.

— *Eso espero porque yo haré lo mismo. Bueno, mi amor. Me tengo que ir.*

— Agur.

— *Adiós.*

Caronte se desconectó y Gus hizo lo mismo. Natalia seguía mirando la pantalla, con el ceño fruncido.

— Ya hemos acabado. ¿Qué pasa?— le preguntó Gus.

— No sé, sigo preocupada. Me parece todo demasiado fácil— contestó ella, mirándole por fin.

— Ya, yo tampoco puedo crearme que vaya a caer. La verdad es que todavía se me acelera el corazón cuando me planteo lo que estoy haciendo, con quien estoy hablando. Pero parece que va bien, ¿no?

— Claro, no te preocupes. Lo estás haciendo muy bien— Natalia le sonrió—. Es muy posible que tengamos la cita para este mismo fin de semana.

— ¿Tú crees?— preguntó Gus, sacando a toda prisa un cigarrillo.

— Sí, creo que por fin lo vamos a conseguir— Natalia le miró y sonrió, divertida—. No tienes por qué estar nervioso, tú no vas a tener que ir.

— No sé por qué me siento así... Llevamos tanto tiempo con esto que me parece imposible que vayamos a acabar.

— A mí también— dijo Natalia, levantándose para acercar un cenicero—. Casi no puedo esperar a ver lo que te dice luego.

— No sé si dirá algo. Todavía es martes, a lo mejor lo deja para más

adelante.

— Espero que no tarde mucho o me va a dar un ataque de nervios.

— Pues imagínate como estoy yo. Va a ser mi primera cita con un hombre— bromeó Gus—. Estoy tan metido en el papel que llevo días planteándome que me voy a poner.

Carlos entró en la central con una gran sonrisa. Saludó a todos los compañeros con los que se cruzó en el camino a su despacho y, cuando por fin llegó, se recostó en la silla y se dedicó a estudiar el techo durante unos segundos. Parecía que las cosas empezaban a marchar bien. Natalia y Gus le habían telefoneado la noche anterior diciéndole que Caronte estaba a punto de caer. Él no había podido estar con ellos porque había estado en San Francisco hasta altas horas de la madrugada, contactando con “antiguos visitantes” de comisaría que le debían algún que otro favor. Al principio había maldecido por no poder estar con ellos, por no poder leer a su lado cada línea del chat, por no poder disfrutar de cómo iban acercándose paso a paso a Caronte. Pero había valido la pena. Por fin una de las pistas había dado resultado y tenían a un detenido por el asesinato de Alfonso Fernández: un primo suyo. Al parecer habían tenido una discusión acerca del porcentaje que Alfonso se quedaba de las drogas que su primo vendía. Sólo había tenido que ir a por él y el chico se había derrumbado, confesándolo todo. Todavía sin creerse que hubiese sido tan fácil, Carlos rellenó los informes rutinarios que cerraban el caso y que debía llevarle a Aguirre. Consiguió enfrascarse en el trabajo y los tuvo preparados en menos de media hora. Después se dirigió al despacho del sargento, dispuesto a conseguir el tiempo que necesitaba para ocuparse de Caronte.

Echó un vistazo desde el pasillo. Estaba solo, leyendo unos papeles. Llamó

dos veces a la puerta y entró. Aguirre levantó la cabeza y le saludó:

— Hola, Carlos. Enhorabuena. He oído que has resuelto el caso del chico colombiano.

— Sí, aquí tienes el informe. La verdad es que no fue muy difícil— Carlos le tendió los papeles y se sentó en la silla de enfrente.

— Gracias. Luego los repasaré. ¿Querías algo más?— le preguntó al ver que se había sentado.

— Pues la verdad es que sí. Bueno, como ves, he terminado con el caso que me asignaste y ahora mismo estoy libre de nuevo...

— Ya, ya sé lo que me quieres decir— le interrumpió Aguirre—, pero no puedo permitir que vuelvas al caso del asesino de Internet, ya te explique por qué y además ahora el caso se lo he asignado a Roberto.

— Eso ya lo sé. Por eso no te iba a pedir que me devolvieras al caso. Tranquilo.

— ¿No? ¿Entonces qué es lo que quieres?— Aguirre le miraba, escéptico.

— Una semana libre. Hace meses que no tengo una. He estado trabajando, casi sin parar, desde principios de septiembre— contestó Carlos.

— Sí, eso es cierto, has trabajado mucho. Está bien, tomate la semana libre, pero recuerda que debes estar localizable por si te necesitamos para algo.

Carlos se levantó sonriendo y se dirigió con rapidez hacia la salida, para no dejarle tiempo a que cambiase de opinión. La voz de Aguirre le paró antes de que llegase a la puerta.

— Carlos, recuerda que es tu semana libre, utilízala para descansar.

Que no me entere de que estás metiendo las narices donde no debes.

— Tranquilo, sólo descansaré. Adiós.

Carlos contestó sin girarse mientras abría la puerta para que Aguirre no viese su sonrisa. Una vez que hubo salido del despacho tuvo que contenerse para no echar a correr hacia la salida. Ahora ya no quedaba ningún obstáculo entre Caronte y él. Cuando hubo salido de la central y estuvo en su coche, llamó a Gus para comunicarle que iba hacia allá y que los próximos días tendría que aguantarle las veinticuatro horas.

El doctor Martínez despidió al último paciente de esa tarde y se sentó, agotado. Aun tenía mucho trabajo por hacer: revisiones de casos, reajustes en la medicación de algunos pacientes, ordenar el papeleo... Pero todo eso tendría que esperar hasta el día siguiente. No lograba sacarse de la cabeza el pensamiento que llevaba torturándole sin cesar desde hacía semanas. ¿Por qué seguía pensando que él debería saber algo acerca de los asesinatos en serie? ¿Por qué seguía despertando un eco en sus recuerdos? Sabía que no había tratado a ningún asesino de niñas en los últimos años, esas cosas no se olvidan con facilidad. Pero algo en lo que le había dicho el policía se le hacía familiar. Había intentado olvidarlo, tomarlo como una obsesión quizá causada por el elevado estado de ansiedad en el que se hallaba desde que había ascendido a director del psiquiátrico, pero no podía apartarlo de su cabeza. Y cada día se sentía más culpable. Si sabía algo, si la información se encontraba en alguno de los expedientes que estaban en los cajones, debía encontrarla. Desde que el inspector Vega había venido a hablarle, otra chica había aparecido asesinada. Y sentía que había estado en su mano evitarlo y que no lo había hecho. No debía volver a repetirse. Iría revisando uno a uno todos los expedientes de los pacientes que había tratado en los dos últimos años. Podía

ir haciéndolo en los ratos entre paciente y paciente, o llevarse algunos expedientes a casa y revisarlos allí. Acabaría aún más agotado de lo que ya estaba, pero tenía que encontrarlo o convencerse del todo, más allá de toda duda, de que no sabía nada, de que aquello no era más que un producto de su imaginación.

Se levantó de la silla y se dirigió a los archivos. Sacó los listados de ingresos de los dos últimos años y les echó un vistazo. Eran muchísimos, podía llevarle semanas revisar todo aquello. Se preguntó si debería usar algún tipo de criba para eliminar los que parecían improbables. No, debía revisarlos todos o su mente seguiría aferrándose a la posibilidad de que se le hubiese pasado algo por alto, volvería a torturarlo cuando apareciese el cadáver de otra chica. Iría mirándolos todos, por orden cronológico, incluso los de aquellos pacientes con los que había tratado a pesar de que el caso correspondiese a otro psiquiatra. Una vez empezó, se sintió más tranquilo. Estaba seguro de que la información estaba allí, más tarde o más temprano la encontraría.

Natalia acabó de recolocar los ceniceros de forma simétrica al florero que adornaba el centro de la mesa y se apartó para mirar como quedaban. Decidió que no le gustaba y probó a colocarlos de manera que dividiesen la mesa con una diagonal, tomando el florero de nuevo como centro. Se recostó otra vez en el sofá para observarlo y, en ese momento, Carlos cogió uno de los ceniceros y se lo llevó al lado del ordenador.

— Podías haber cogido uno de la cocina— le recriminó.

— ¿Por qué? Éste estaba más cerca— contestó Carlos.

— Pero es que vas cogiendo ceniceros por toda la casa y no paras hasta que los has manchado todos. Además, ése lo estaba usando yo.

— Ya lo sé, por eso te lo he quitado. Me estabas poniendo enfermo, todo el rato moviéndolos de un lado para otro.

— Es que estoy nerviosa. Ya llega tarde. ¿Y si se ha asustado y hoy no aparece por ICQ?— preguntó Natalia, mientras empezaba a jugar con su reloj.

— Vendrá— dijo Gus—. Sólo llega dos minutos tarde, tampoco es para pensar que no va a venir.

— Pero es que ya estamos a viernes y todavía no nos ha propuesto una cita. Yo creo que se teme algo— Natalia se levantó del sofá y acercó una silla al otro lado de Gus para poder observar la pantalla.

— Eso no tiene ningún sentido— intervino Carlos—. Nos ha seguido el juego todo este tiempo. Hay que recordar que esto no es un pasatiempo para él, que su tiempo es una inversión para conseguir víctimas. Y si ha invertido las últimas semanas en Silvia, no tenemos por qué pensar que se va a echar atrás justo ahora.

— Ya lo sé, pero normalmente avisaba a las chicas con días o incluso semanas de antelación y a nosotros no nos ha dicho nada por ahora— insistió Natalia.

— Bueno, eso puede significar que va a dejar la cita para otra semana — terció Gus—. O que se ha vuelto más precavido ahora que sabe que vamos tras sus pasos y prefiere avisar en el último momento para no dejar pistas o para que la chica no se pueda arrepentir. Mira, aquí está.

El nick de Caronte se había iluminado en la lista de contactos, avisando de que acababa de conectarse. Al cabo de unos segundos les llegó el aviso de una petición de chat que Gus aceptó.

— *Hola, princesa. ¿Me has echado de menos?*

— Claro. No he pensado en nada más que en ti desde que nos separamos ayer.

— *Cuanto me alegra oírte decir eso porque a mí me pasa lo mismo. Cada día me parece que no voy a poder seguir viviendo un segundo más sin conocerte.*

— ¿Sabes ya cuando vas a poder venir?

Carlos le dio un codazo. Gus se giró enfadado para ver que le pasaba.

— Vas demasiado rápido. Vaya insistencia— le dijo Carlos.

— Joder, se supone que estoy enamorada, ¿no? Tengo que mostrar impaciencia.

— Hombre, ya... Pero es que no habíais hablado ni dos líneas y ya le estás preguntando. Yo creo que tanta prisa por quedar le puede parecer sospechosa.

— Y yo creo que aquí todo el mundo sabe lo que habría que poner, pero ni Dios se quiere sentar al teclado. Se ven muy fáciles los toros desde la barrera— protestó Gus.

— A mí me parece que ibas muy bien— le animó Natalia.

Carlos se encogió de hombros, dando por terminada la discusión y le señaló a Gus el monitor con la cabeza para que siguiese leyendo, mientras encendía un nuevo cigarrillo.

— *Pues la verdad es que todavía no lo sé. Pensaba que iba a tener el dinero para este fin de semana porque un amigo me debía pelas, pero no me lo va a poder devolver por ahora. Y además tengo un gripazo de escándalo,*

así que mejor lo dejamos para otro día. No quiero que me conozcas con la nariz roja y los ojos llorosos.

— ¡Qué tonto! Si seguro que aún así estás guapo. Pero bueno, otro día será. A lo mejor la semana que viene, ¿no?

— *Haré todo lo que pueda, mi vida.*

— No me habías dicho que tenías gripe. ¿Estás muy mal?

— *Bueno, ahora mismo no, pero supongo que dentro de un rato me subirá la fiebre.*

— Pobre, ya me gustaría estar ahí para cuidarte

— *¡Qué encanto! No te preocupes, en un par de días estaré bien.*

El móvil de Carlos empezó a sonar. Se levantó y caminó hasta el rincón más alejado de la sala para no molestar a Gus con la conversación. Habló durante unos segundos y después volvió, con el ceño fruncido.

— ¿Pasa algo?— se interesó Natalia.

— Sí, que Aguirre me quiere volver loco. Se supone que estoy en mi semana libre, pero desde ayer ya me ha llamado tres veces para preguntarme por archivos que no encuentra o expedientes que, según él, he rellenado mal y que es imprescindible que revise. Tengo que ir a la central otra vez.

— A lo mejor sospecha algo— la voz de Natalia sonó preocupada.

— Sí, yo pienso lo mismo. Aguirre no es tonto. Quiere hacerme sentir que estoy controlado para evitar que me entren malos pensamientos. Voy a ver si puedo hablar de nuevo con él y hacerle entender lo que es una semana libre. Volveré en menos de una hora.

— Tranquilo, aquí estaremos— le dijo Gus, mientras seguía tecleando—. Ya sabes que este tío tiene rollo para rato.

Carlos recogió su abrigo y salió de la sala con rapidez. Natalia volvió a girarse para seguir leyendo.

— *No sabes la pena que me da no poder verte ya, de verdad. Lo tenía ya planeado, pero me está saliendo todo al revés.*

— No te preocupes. Sólo serán unos días más. Y lo que sentimos no va a cambiar porque esperemos un poco.

— *Es que esto del ordenador es tan frío que a veces dudo de lo que sientes. No me entiendas mal, no quiero decir que piense que me engañas, es sólo que todo parece tan irreal sin poder ver tus ojos o escuchar tu voz... No sé, a veces me da la impresión de que estoy viviendo en un sueño, de que tú eres demasiado maravillosa para existir de verdad y me da miedo despertarme y que tú no existas.*

— No te preocupes, lo que siento por ti es real.

— *¿Y que sientes? ¿Te caigo bien? ¿Te gusto? Necesito oírtelo decir.*

Gus apartó un momento las manos del teclado y se giró para mirar a Natalia, pidiéndole consejo.

— Ya sabes que necesita estar seguro de que la chica está enamorada antes de atacar. Díselo, dile que le quieres— dijo Natalia.

— No sé... Es que me parece muy fuerte— repuso Gus.

— ¿Qué es lo que te parece muy fuerte? Gus, ¿no te estarás metiendo demasiado en el papel?— preguntó Natalia, preocupada.

— No sé... No me parece bien decir eso siendo mentira.

— Pero si él también te está mintiendo y lo sabes.

— Ya, pero es que eso también me parece muy fuerte, que use los sentimientos de esa manera, que se comporte así. No puedo entenderlo...— la voz de Gus se quebró en un sollozo contenido— ¿No lo ves? Ha habido chicas a las que ha enamorado exactamente igual, ha jugado con sus sentimientos, les ha obligado a decirle que le querían y con esos sentimientos ellas estaban firmando su sentencia de muerte. Y él lo sabía, lo planeaba todo así desde el principio, sin sentir ninguna pena por ellas.

— Gus, tranquilízate, es un asesino. No siente como nosotros. Creí que comprendías como pensaba...

— Pues no lo entiendo— Gus se levantó de un salto, tirando la silla al suelo— Y no puedo seguir con esto.

Gus salió a toda velocidad de la sala y cerró la puerta de la cocina. Natalia se quedó sentada delante del monitor, en el que una nueva frase de Caronte empezaba a formarse.

— *¿Pasa algo, Silvia? Perdona, quizá te estoy presionando demasiado con algo que tú no sientes. No debí haberte preguntado.*

Natalia suspiró con fuerza, se levantó de su silla y colocó de nuevo la de Gus en su sitio, para sentarse en ella. Puso las manos en el teclado y empezó a escribir, intentando imitar la manera de expresarse que había visto utilizar a Gus durante todos los chats.

— No, no es eso. Es que me has pillado desprevenida. No sabía que decirte. Pero claro que me caes bien y que me gustas, mucho...

— *¿Sólo eso? Ya sé que no me conoces en persona, que sólo soy unas letras en tu pantalla pero no sé... Pensé que sentirías algo más fuerte por mí.*

— Y lo siento... Yo te quiero. Pero pensaba que te podías reír si te lo decía, o que te podrías asustar...

— *¿Pero cómo piensas eso de mí? Llevo mucho tiempo esperando oírte decir eso, mi amor.*

— Bueno, yo nunca antes he salido con nadie, ni he tenido novio... No sé cómo debo comportarme, ni qué debo decir.

— *Sólo lo que sientes. Dímelo de nuevo.*

— Te quiero.

— *Yo también te quiero.*

Natalia se permitió respirar de nuevo. Parecía que iba bien, que Caronte no había notado la diferencia entre Gus y ella. Pero no debía relajarse, ahora sí que estaban cerca de conseguir la cita. Él ya tenía lo que iba buscando, el requisito que convertía a una de las chicas en su siguiente víctima. Si conseguía tenerle engañado un rato más, hasta que pudiese cerrar el chat, él le propondría una cita lo antes posible.

— *Creo que esto es lo que necesitaba para la gripe. Estaré curado en nada.*

— Me alegro, así podremos estar juntos pronto.

— *Sí, por eso no te preocupes. Ahora que estoy seguro de que me quieres, haré lo imposible por verte. Me muero de ganas de abrazarte.*

— Y yo. No sé lo que voy a hacer toda la semana. Me voy a volver

loca de tanto esperar.

— *Bueno, nos hablaremos todos los días. Así se nos hará más corto. Oye, ¿te enfadarías si hoy me fuese antes?*

Natalia estuvo a punto de levantarse para besar la pantalla. Se sentía tan nerviosa por poder equivocarse que sabía que, si el chat duraba mucho más, al final cometería un error. Pero, justo antes de contestarle que no le importaba, una señal de alarma resonó en su mente. ¿Por qué quería marcharse tan pronto? ¿No habría quedado con otra chica para esa noche? Era viernes y ya había asesinado a alguna de sus víctimas en ese día.

— No, no me enfadaría pero, ¿por qué te vas? ¿Te encuentras mal?

— *Sí, bastante. Creo que ya me está empezando a subir la fiebre. Lo mejor sería que me metiese en la cama.*

¿Qué podía hacer ahora? Si insistía demasiado para que no se marchase, podría sospechar, pero tampoco podía dejar que se fuese pensando que quizá iba a matar a otra chica.

— ¡Gus!— gritó, rogando para que hubiese recuperado el autocontrol y pudiese ayudarla— ¿Podrías venir?

La puerta de la cocina se abrió y Gus entró de nuevo en la sala, dirigiéndose con pasos rápidos hacia el monitor.

— ¿Qué es lo que pasa?— preguntó, sentándose al lado de Natalia.

— Que dice que tiene mucha gripe y que se va a la cama. ¿Qué hago?

— Pues dejarle que se vaya. ¿Qué es lo que quieres hacer? No hay ninguna manera de retenerle— contestó Gus.

— Pero puede que haya quedado con alguna chica y vaya a matarla—

protestó Natalia— Tiene que haber algo que podamos hacer.

— No podemos hacer nada, pero no creo que haya quedado con nadie más. Despídete que está esperando y ahora te explico.

Natalia le miró preocupada, y después volvió a escribir, sin estar segura de que lo que estaba haciendo fuese lo correcto.

— Está bien. Cuídate mucho y ponte bueno. ¿Nos vemos mañana?

— *Claro, ¿a las seis?*

— ¿No podrías conectarte antes?

— *Ya sabes que no, mi vida. Van a venir mis abuelos a comer y esas cosas se alargan un montón. Bastante mala cara me ponen si todavía están de sobremesa y yo me levanto para irme al ordenador. Pero estaré aquí a las seis en punto.*

— Está bien. Te echaré de menos.

— *Y yo a ti. Dímelo otra vez.*

— Te quiero.

— *Te quiero. Hasta mañana.*

— Hasta mañana.

Natalia se desconectó de Internet y miró a Gus, esperando que la explicación de este fuese buena. Gus empezó a rebuscar entre sus papeles y al fin sacó unas hojas, bastante arrugadas. Las desplegó encima de la mesa y se las mostró a Natalia. Las observó durante unos segundos, sin entender nada. Parecían unos horarios en los que aparecían los nombres de las víctimas. Levantó la vista de las hojas y miró a Gus con expresión interrogadora.

— Bueno, esto lo fui apuntando durante todas las semanas que me pasé

leyendo chats. Cuando ya me aburrí de tanto leer, me puse a hacer unos horarios de las fechas y horas en las que había chateado con cada una de las chicas— empezó a explicar Gus— Ya sabes que en cada chat queda grabada también la fecha y hora en la que se ha producido, así que sólo tuve que ir mirándolos para hacerlo.

— ¿Y para qué sirve?— le preguntó Natalia.

— Bueno, Caronte, como todo ser humano, tiene un tiempo limitado. Dedicar mucho tiempo a cada una de las chicas y por eso pensé que no podía tener una lista de víctimas muy amplia y que debía organizarse el tiempo de alguna manera.

Gus recuperó las hojas de manos de Natalia y las extendió encima de la mesa para ir señalando mientras le explicaba:

— Como puedes ver en los horarios, justo antes de ir a matar a cada una de las víctimas empieza a intimar más con alguna de las que tiene en la lista, a ir preparándolas. Después, una vez que ha acabado con la víctima anterior, va dedicándole cada vez más horas. ¿Lo entiendes?

— Sí, claro— contestó Natalia—. Tiene que parecer que está muy enamorado y que la dedicación es exclusiva.

— Eso es. Lo hace así hasta que la fecha de la cita está fijada, momento en el que empieza de nuevo el proceso con la siguiente de las víctimas. Esto no ha sido exacto del todo en algunos de los casos— siguió explicando Gus—. Por ejemplo, con Susana necesitó varios intentos antes de poder quedar con ella, estuvieron incluso un poco distanciados, de manera que él pasó a dedicar su atención a Patricia, pero básicamente sigue ese esquema. ¿Me sigues?

— Sí, no te preocupes. Sigue explicándome— contestó Natalia,

interesada.

— Bien, calcule más o menos las horas que dedicaba a las chicas una vez que ya eran elegidas como víctimas— Gus revolvió entre las hojas hasta que encontró una llena de operaciones matemáticas—. Mira, solían hablar de dos a tres horas diarias durante el “proceso de enamoramiento”, por llamarlo de alguna manera. Una vez que la chica estaba enamorada, podían hablar incluso cinco o seis horas al día durante una o dos semanas, que es el tiempo que suele tardar desde que las enamora hasta la cita.

— ¿Y cuanto habla contigo últimamente?— preguntó Natalia.

— Unas cinco o seis horas. Ése es el tiempo que Caronte y yo llevamos hablando de media desde la semana pasada— acabó de explicar Gus con una sonrisa—. Créeme, no hay otra. Es posible que ahora mismo esté captando nuevas víctimas, pero no creo que haya tenido tiempo para enamorar a nadie más. Incluso puede ser cierto que esté resfriado. Muchas veces nos olvidamos de que es una persona.

Natalia se quedó mirando de nuevo las hojas, asombrada del trabajo que había realizado Gus. Cuando por fin levanto la vista de los papeles, le sonrió.

— Esto es un trabajo fantástico. Tienes aquí toda la vida de Caronte en Internet durante los últimos seis meses. ¿Por qué no me lo habías enseñado antes?

— Sólo lo hice porque me aburría— contestó él—. No pensé que pudiese tener ninguna utilidad. Después de todo no sabíamos lo que hablaba con una chica hasta que ya la había matado, así que no podríamos haber predicho ningún asesinato por las horas que hablaba con ellas. Pero ahora sí. Sé que nuestra cita está cerca.

— Has trabajado muy bien. ¿No has pensado en dejar la informática y

dedicarte a la psicología criminal?— preguntó Natalia.

— ¿Y pasarme la vida persiguiendo colgados? No, gracias. Creo que con éste voy a tener suficiente para el resto de mi vida. ¿Más tranquila?

— Sí, gracias. ¿Y tú? ¿Ya te encuentras mejor?— el tono de Natalia sonó preocupado.

— Sí, ya siento haberte dejado tirada. No sé qué me pasó.

— Estamos sufriendo mucha tensión. Es normal que estallemos en algún momento.

— No volverá a suceder, de verdad. A partir de ahora lo haré bien— Gus sonrió arrepentido y se rascó la cabeza—. ¿Podrías no contárselo a Carlos?

— Claro, no te preocupes. Quedará entre los dos— Natalia se levantó de la silla y se dirigió a la cocina—. Bueno, pues ya que por esta noche no tendremos que preocuparnos de Caronte, ¿qué te parece si sacas a pasear a Art mientras yo empiezo a preparar la cena para cuando vuelva Carlos?

Los faros de su coche alumbraron la siguiente curva, tan cerrada como las anteriores. ¿Es que nunca iba a llegar arriba? Le parecía imposible que alguien pudiese vivir en un sitio tan alejado de la civilización, pero había consultado algunos mapas y el pueblo existía y, además, no tenía ninguna razón para desconfiar de lo que le dijera Silvia. Sin embargo, como nunca había estado en ese lugar, había preferido subir antes y verlo con sus propios ojos. Quería elegir dónde podría esperarla, desde dónde atacaría...

Al girar una nueva curva se encontró en un pequeño pueblo. Eso debía ser la Reineta, ya estaba llegando. Siguió adelante, despacio y, al dejar atrás el pueblo, sus faros alumbraron una carretera estrecha que subía, muy empinada.

Iba bien, era la cuesta de la que Silvia había hablado. Empezó a subir con el coche. Al menos las curvas habían terminado. Estaba empezando a marearse. Llevaba varios días con el estómago delicado y aquel paseo no había contribuido a que mejorase. Seguro que eran los nervios los que le hacían sentirse tan mal. Hacía ya mucho tiempo que no realizaba un sacrificio perfecto y eso hacía que se sintiese culpable. El próximo debía realizarse lo más pronto posible, y esta vez no debía permitirse el más mínimo fallo. Por eso había decidido venir esa noche: para planearlo todo al detalle.

La cuesta acabó y llegó a un grupo de casas de pueblo. Ahí debía vivir Silvia. Siguió por un pequeño camino blanco y enseguida divisó el campo de rugby. Condujo hasta allí, observando el lugar. Estaba a menos de tres minutos del pueblo, las casas se divisaban perfectamente desde allí. Si ella gritaba, era posible que la oyesen, así que debía atacar con precisión y dejarla inconsciente al primer golpe. Al otro lado del camino empezaba un bosque, que iba elevándose en ligera pendiente hasta cubrir toda la montaña. Paró el coche a un lado del camino y salió. El aire era muy frío y traía un fuerte olor a pino y a humedad. Encendió un cigarrillo y caminó hacia el bosque. El suelo estaba cubierto de agujas mojadas y resultaba muy resbaladizo. Se internó entre los primeros árboles. Estaba muy oscuro y silencioso. Caminó en paralelo al campo de rugby, ocultándose entre los árboles. Sonrió: Ya había encontrado el lugar en el que podría esperarla. Claro que para llegar hasta ella tendría que salir del bosque y cruzar el camino, lo cual haría que Silvia se diese cuenta de su presencia. Para evitar esto, debía dejar pasar la hora de la cita. Silvia se pondría nerviosa al ver que no llegaba y empezaría a pasear arriba y abajo. Todo el mundo paseaba cuando se ponía nervioso. Sólo tendría que esperar el momento en que ella pasase cerca del camino por el lado del campo de rugby que estaba más alejado del pueblo. Además el bosque le serviría para esconderse si algo salía mal. Trató de apartar ese pensamiento

de su mente. No podía salir nada mal, esta vez no.

Se sentó en una roca y continuó fumando mientras pensaba en todos los detalles. Era posible que, al ver que no llegaba, Silvia decidiese ir hasta la cuesta para ver si venía, incluso que decidiese bajar hasta la parada del funicular. Debía evitar eso a toda costa. Ella tenía que quedarse en el lugar de la cita pasase lo que pasase. Le insistiría en ese punto en el próximo chat. Si ella se quedaba allí, mirando hacia el pueblo para ver si llegaba, le sería muy fácil acercarse por el bosque y sorprenderla por detrás. Ella nunca esperaría que apareciese por allí.

Se levantó de la roca y volvió hacia el coche. Resbaló y estuvo a punto de caer. Las agujas de pino habían ocultado un agujero en el suelo en el que había metido el pie. Debía acordarse de traer la linterna. Llegó al coche y arrancó de nuevo, siguiendo el camino blanco hacia delante. Éste seguía bordeando el bosque, rodeando la montaña, subiendo poco a poco hasta llegar arriba. Debía ser un camino muy transitado en verano, pero en una noche de invierno no habría nadie. Dejaría el coche tras la primera curva, lo más cerca posible de la sombra de los árboles y después volvería, andando a través del bosque para colocarse a esperarla. Después utilizaría el mismo camino para volver. Parecía que iba a ser fácil.

Giró con cuidado aprovechando una curva y volvió hacia el pueblo. La sensación de inquietud en su estómago seguía presente, cada vez más fuerte. Debía olvidar sus nervios, todo iba a salir bien. Pasó de nuevo junto al pequeño grupo de casas, pensando que en una de ellas Silvia estaría durmiendo tranquilamente, que estaba tan cerca... Si pudiese llamarla por teléfono y decirle que había ido a verla por sorpresa y que saliese, podrían terminar en ese mismo momento. Pero no podía ser así. Debía hacer las cosas bien. Si tenía un poco más de calma, todo saldría perfecto esta vez.

CAPÍTULO CATORCE.

Carlos levantó la vista del periódico que había estado ojeando y les observó. Natalia jugueteaba con las pulseras de su muñeca derecha mientras miraba al techo, distraída. Gus simulaba estar ocupadísimo con el ordenador, pero ya era la tercera vez que le pillaba jugando al solitario. Incluso el perro se había quedado dormido.

— No aguanto más— dijo Carlos, levantándose—. Todavía queda más de hora y media para que se conecte. No sé qué hacemos aquí sentados.

— Hombre, siempre existe la posibilidad de que aparezca antes— contestó Gus—. A veces lo hace.

— Pues tampoco creo que se vaya a morir si aparece y tú no estás hasta la hora que habíais acordado. Me estoy muriendo de aburrimiento.

— Yo también me aburro— dijo Natalia—. Pero se supone que Silvia está muy enamorada y que, por lo tanto, está impaciente por hablar con él. Por eso quedará más convincente si ya le está esperando.

— Parece mentira que eso lo diga una mujer— repuso Carlos—. ¿No se supone que hay que ponérselo un poco difícil a los hombres? Deberíamos irnos un rato a tomar algo. No te ofendas, Natalia, pero tu casa empieza a producirme claustrofobia.

— A mí más. Vosotros os marcháis luego, pero yo vivo aquí. Y aún así, no me quejo tanto— contestó Natalia.

— Bueno, no os peleéis— intervino Gus, conciliador—. Creo que Carlos tiene razón y que tampoco iba a pasar nada malo porque nos distrayésemos un rato. Vamos a pasear para que me dé el aire. Llevo tanto

tiempo sin ver la luz del sol que me estoy poniendo amarillo.

Gus se desconectó de Internet y apagó el ordenador, dando por finalizada la discusión. Los tres recogieron sus abrigos y se dirigieron hacia la puerta. En ese momento, el teléfono móvil de Carlos volvió a sonar.

— Mierda, otra vez Aguirre— protestó Carlos, mientras lo sacaba del bolsillo.

— Vaya, se acabó el paseo— dijo Gus resignado, volviendo a quitarse la chaqueta.

— Esperad un segundo a ver si puedo librarme.

Carlos se alejó de ellos para hablar más tranquilo. Al mirar la pantalla del móvil vio que el número no correspondía a la central. Descolgó, mientras se preguntaba quién podría ser:

— ¿Diga?

— ¿Es el inspector Carlos Vega?

— Sí, ¿quién es?

— Soy el doctor Martínez, no sé si me recuerda. Estuvimos hablando hace unas semanas con relación a unos expedientes que me pidió.

— Sí, me acuerdo. ¿Qué desea?

— He estado pensando mucho en los datos que me dio sobre el caso que estaba usted investigando y creo que tengo una información que le puede interesar.

— ¿De qué se trata?— preguntó Carlos, ansioso.

— Preferiría hablar con usted en persona, si no le importa pasarse por aquí. Se trata de un expediente que podría coincidir con la persona que está

usted buscando y, como sin duda sabe, son confidenciales. La verdad es que no debería decirle nada de esto sin una orden judicial, pero tratándose de algo tan importante... Bueno, creo que puedo confiar en usted.

— No se preocupe por eso. En caso de que la información resulte relevante para el caso, no la utilizaré hasta haber conseguido la orden correspondiente. ¿Cuándo podría ir a verle?

— Yo voy a estar aquí toda la tarde. Puede pasarse cuando quiera.

— Bien, estaré ahí en media hora.

— Le estaré esperando. Adiós.

Carlos colgó el móvil y se acercó a Gus y Natalia, que le miraban intrigados. Agarró a Natalia del brazo y la empujó hacia la puerta.

— Lo siento, Gus. Tendremos que dejar el paseo para otra ocasión.

— ¿Pero qué es lo que pasa?— preguntó Natalia, parándose en medio del pasillo— ¿Quién era?

— Un psiquiatra al que consulté sobre los expedientes que pediste— contestó Carlos, nervioso—. Dice que tiene información importante sobre Caronte y quiere que vaya a hablar con él lo antes posible.

— ¿Y para qué tengo que ir yo?— dijo Natalia.

— Me va a explicar algo sobre el caso de un paciente suyo que podría ser Caronte. Y yo no entiendo de psicología, ése es tu campo. Necesito alguien que me traduzca lo que me vaya diciendo.

— Bien, vamos entonces— la emoción de Carlos parecía haberse contagiado, así que se dirigió con rapidez hacia la puerta.

— Bueno, Gus, tú te quedas aquí. Volveremos lo antes posible— se despidió Carlos.

— Estarás bien, ¿verdad?— dijo Natalia, volviendo a la sala y mirando a Gus preocupada.

— Claro que estaré bien. Ya he hablado a solas con Caronte muchas veces— contestó Gus, guiñándole un ojo—. Puedes irte tranquila, sabré controlar la situación.

Carlos sintió ganas de preguntar a qué venía esa repentina preocupación de Natalia por que Gus se quedase solo, pero ésta ya había salido de la casa. La siguió y, después de usar el ascensor durante lo que pareció una eternidad, se dirigieron al coche.

— ¿Tú crees que lo que nos diga puede ser importante?— le preguntó Natalia mientras se sentaba a su lado— Después de todo, Gus cree que estamos a punto de pillarle... Ya nos podía haber dado la información hace unas semanas, antes de que estuviésemos tan cerca.

— Estaba pensando lo mismo, pero la verdad es que, si el doctor nos diese la identidad del asesino, me ahorraría muchos problemas— contestó Carlos, mientras arrancaba el coche.

— ¿Por qué dices eso?

— Porque Aguirre se tomaría mucho mejor que yo resolviese esto porque he recibido una información que pedí cuando aun llevaba el caso. No creo que le hiciera mucha gracia saber que hemos seguido con ello aunque él nos lo prohibiera— dijo Carlos, mientras se llevaba la mano al bolsillo—. Y hablando de Aguirre, voy a desconectar el móvil por si se le ocurre hacerme otra llamadita.

— Pero se supone que debes estar localizable— objetó Natalia.

— Ya, pero puedo decirle que me quedé sin batería. Se lo creerá, puedes estar tranquila— Carlos le sonrió—. Ventajas de ser un desastre. Y

apaga también el tuyo. Podría imaginarse que estamos juntos y llamarte a ti.

Natalia sacó su móvil del bolso y obedeció. Carlos se metió entre el tráfico de Bilbao, ansioso por llegar a la autopista y poder acelerar. Intentó no ilusionarse demasiado. Ya habían sido demasiadas las veces que les había parecido que la solución estaba cerca para encontrarse después en el mismo punto. Sin embargo, esta vez parecía distinto. Era la primera vez que alguien parecía saber algo de su fantasma, que creía poder ofrecer algún dato de su pasado o de su personalidad. Era posible que esta vez tuviesen suerte.

Miró de reojo al asiento contiguo. Natalia observaba las calles de Bilbao por la ventanilla, absorta en sus pensamientos. Se planteó que era la primera vez que estaban a solas desde hacía mucho tiempo. Ella se las había arreglado muy bien para mantenerle alejado durante todos esos días. Pensó en hacer alguna broma o en intentar empezar una conversación que les acercase, pero decidió dejarlo pasar. Ella prefería que todo siguiese como estaba hasta que el caso estuviese resuelto, se lo había dejado muy claro y él había decidido no presionarla. Se permitió una sonrisa, mientras se incorporaba a la autopista y aceleraba el coche. Quizá la solución ya estuviese muy cerca, quizá aún quedaba esperanza para ellos dos.

Gus permaneció unos minutos mirando por la ventana, hasta que vio cómo el coche desaparecía tras la primera curva. Después se giró y se encaminó de nuevo hacia el ordenador.

— Bueno, Art, parece que volvemos a quedarnos solos tú y yo. Pues esperaremos juntos— le dijo al perro, que se había tumbado entre las patas de su silla.

Encendió el ordenador y se conectó a ICQ. El programa le avisó que había recibido un mensaje de Caronte. Se extrañó, no había permanecido

desconectado ni diez minutos y, en ese tiempo, Caronte había entrado, le había dejado el mensaje y había vuelto a desaparecer. Parecía como si hubiese estado esperando a que se marchase para dejarle el mensaje sin tener que hablar con Silvia. Lo abrió y leyó lo que Caronte había escrito, temiendo que hubiese sospechado algo y aquello fuese una despedida.

Hola, Silvia. No voy a poder conectarme a la hora que te prometí ayer. Llegare algo más tarde pero no te preocupes. Cuando sepas la razón, no te lo vas a poder creer. Volveré pronto. Espérame. Un beso.

Alex

Lo releyó un par de veces, preguntándose qué podía estar tramando Caronte. Al cabo de un rato, se encogió de hombros, se levantó de la silla y se dirigió a la cocina para mirar qué había en la nevera. Art le siguió, meneando el rabo.

— Pues ya que vamos a estar aquí los dos aburridos, creo que voy a empezar a convertirte en un perro educado— Gus cogió una coca-cola y volvió a la sala—. Vamos a empezar con el truquito de sentarse cuando yo lo mande y, si lo haces bien, quizá me dé tiempo a enseñarte a dar la pata. No te imaginas la de galletas que vas a conseguir con eso.

Empezó a intentar enseñarle, pero el perro no hacía otra cosa que mirarle sin entender nada y lanzarse a robarle las galletas que él le mostraba como premio. Ya empezaba a darse por vencido cuando el sonido de un mensaje entrante le hizo volver la vista hacia el monitor. Era de Caronte. Miró su reloj. Se le había pasado el tiempo muy rápido. Se sentó delante del teclado y aceptó la petición de chat.

- *Hola, mi amor. ¿Me has echado de menos?*
- Pues la verdad es que sí. Llevo aquí sentada un montón de tiempo esperando a que te conectases. Se me ha hecho eterno. Ya puedes ir pidiéndome perdón.
- *No va a hacer falta. Cuando te cuente la sorpresa que te tengo preparada, te olvidarás de todo lo demás.*

Carlos atravesó la verja del psiquiátrico y aparcó cerca de la entrada. Había bastantes coches allí, debía ser día de visitas. Sin embargo, no se veía a nadie paseando por los cuidados jardines. Ya había anochecido, el aire era muy frío y el cielo estaba muy cubierto. No tardaría mucho en empezar a llover de nuevo. Salieron del coche y se dirigieron hacia la puerta.

— Mierda de atasco— se quejó Carlos—. Llegamos con más de tres cuartos de hora de retraso.

— No te preocupes, nos estará esperando. Además, no ha sido culpa nuestra que un camión haya volcado en la autopista— intentó tranquilizarle Natalia.

Carlos asintió, pero aún así aceleró el paso. Empujó la puerta de entrada y se encaminó decidido hacia la recepción. Una enfermera le sonrió desde el otro lado del mostrador.

— Buenas tardes. ¿Qué desea?

— Soy el inspector Vega. Teníamos una cita con el doctor Martínez.

— Sí, me ha dicho que les pida que le esperen— les señaló con la cabeza una sala situada al lado de recepción—. Como llegaban tarde, tuvo que

ir a ver a unos pacientes, pero le avisaré de que ya están ustedes aquí y les recibirá lo antes posible.

Carlos asintió y entró en la sala que le habían indicado, seguido por Natalia. Se sentaron en un rincón y estuvieron unos segundos en silencio, esperando.

— ¿Tú crees que tardará mucho?— preguntó Carlos— Me estoy poniendo nervioso, no me gustan los hospitales.

— No lo sé, espero que no tarde— contestó Natalia—. No tienes por qué estar nervioso, no te van a examinar a ti.

— Ya, ya lo sé..., pero siguen sin gustarme.

Natalia se levantó hasta una mesita situada en medio de la sala y removió las revistas esparcidas hasta elegir dos. Volvió a su sitio y le tendió una de ellas a Carlos.

— Toma, para que te entretengas.

— Pero, ¿no has dicho que esperas que no tarde?— objetó Carlos.

— Es mejor estar preparado— contestó ella, empezando a leer.

Carlos suspiró resignado y abrió la suya. ¿Qué interés podía tener en una revista de coches en ese momento? Quizá fuese una indirecta de Natalia para que cambiase el suyo. Pues no le iba a dar la satisfacción de decirle nada. Eligió un artículo que parecía interesante y trató de distraerse.

- ¿Y qué sorpresa es esa?
- *Bueno, ya te dije ayer que hoy venían mis abuelos a comer y que por eso no podría conectarme hasta las seis.*
- Sí, pero es que son casi las siete.

- *Ya, ya lo sé... No me interrumpas que no tengo mucho tiempo. Mis abuelos no me habían visto desde antes de Navidad, así que no habían podido darme el regalo de Reyes y hoy, cuando han venido, me han dado un montón de dinero. ¿A qué no adivinas lo que he ido a comprar?*
- No lo sé. ¿Una web-cam para que te pueda ver?
- *No, mejor. Un billete de autobús a Bilbao.*
- ¿En serio? ¿Para cuándo?
- *Para dentro de unos veinte minutos. Llegaré al campo de rugby sobre las diez. Me estarás esperando allí, ¿verdad?*

Se sintió desesperado. Joder, ¿por qué en ese momento? Estaba solo, no sabía a qué hora volverían Carlos y Natalia ni si podrían tener desplegado todo el dispositivo policial para cazarle en unas tres horas. Pero tampoco podía negarse y perder a Caronte para siempre ahora que estaba tan cerca.

- No sé... ¿No decías que estabas resfriado?
- *Sí, pero ya estoy bien. No sé si ha sido por la emoción de ir a conocerte, pero la verdad es que me encuentro de maravilla. Silvia, contéstame. Tengo que salir ya o pierdo el autobús. ¿Estarás?*

Gus maldijo su suerte. ¿Qué podía hacer? Respiró un par de veces para tranquilizarse. Así que esa era la nueva estrategia de Caronte: no dejar a las chicas ninguna posibilidad de reacción, no darles tiempo para que pudiesen arrepentirse o para que pidiesen consejo. Muy bien, él sólo tenía que hacer su trabajo. No había nada de lo que preocuparse. Aceptaría la cita y una vez hubiese terminado de hablar con Caronte, llamaría a Carlos para que lo organizase todo.

- Claro, allí estaré.
- *Bien, pero espérame en el campo de rugby, no te vayas a ningún sitio. Ten en cuenta que no nos conocemos más que por unas fotos y que podríamos cruzarnos por el camino sin darnos cuenta. ¿Me lo prometes?*
- Sí, no te preocupes.
- *Me voy ya porque si no, no cojo el autobús. Nos vemos en tres horas. Adiós, mi amor.*
- Adiós.

En cuanto Caronte se desconectó, Gus se lanzó al teléfono y marcó el número del móvil de Carlos. Un mensaje grabado le comunicó que el móvil estaba apagado o fuera de cobertura. No podía ser, tenía que estar encendido. Aguirre le había dicho que debía estar localizable. Seguramente, con los nervios, se había equivocado al marcar el número. Volvió a llamar, para escuchar de nuevo el mismo mensaje. Colgó, sintiéndose más nervioso a cada segundo que pasaba.

Descolgó de nuevo y marcó el número de Natalia. Después de todo, estarían juntos, así que podría pasarle con él. Un mensaje idéntico a los anteriores le hizo estampar el auricular contra la horquilla, furioso. No podían hacerle esto. Había conseguido la cita y de repente ellos dos desaparecían. ¿Qué iba a hacer ahora?

A grandes zancadas cruzó de nuevo la sala para coger un cigarrillo. Lo encendió, agarró un cenicero y volvió al lado del teléfono. Se sentó en el suelo y empezó a marcar de nuevo los números, primero el de Carlos, luego el de Natalia, una y otra vez. Quizá estuviesen atravesando un túnel, o se encontraban en un lugar sin cobertura, pero, en algún momento, tendrían que volver a funcionar.

Carlos se levantó y dejó la revista de nuevo en su sitio. Después salió de la sala de espera sin decir nada y se dirigió al mostrador de recepción.

— Perdona, señorita. ¿Sabe si el doctor Martínez va a tardar mucho todavía?

— No creo que se vaya a retrasar mucho más. Cuando le he llamado, me ha dicho que le esperasen, que acabará enseguida— contestó la enfermera.

— Pero es que llevamos más de media hora ahí sentados— se quejó Carlos.

— Yo no puedo decirle nada más, señor. Supongo que el doctor Martínez habrá tenido algún contratiempo. Si lo prefiere, pueden marcharse y volver en otro momento. Hoy es el día en que tenemos más visitas y el doctor está muy ocupado. Sería mejor que viniesen el lunes— contestó ella.

— No, ya espero. Gracias.

Carlos volvió a la sala, enfadado, y empezó a pasear arriba y abajo. Natalia levantó la vista de la revista que estaba leyendo y le miró durante unos segundos.

— El tiempo no pasará antes porque tú te impacientes— le dijo mientras pasaba las páginas.

— Ya lo sé, pero no aguanto más esto. Por fin encontramos a alguien que dice tener información sobre Caronte, está aquí al lado, en algún lugar de este edificio y no podemos hablar con él. Es de locos— contestó Carlos, echando la mano al bolsillo para sacarla de inmediato—. Y encima en esta mierda de sitio no se puede fumar.

— Sal un momento fuera, si quieres. Yo esperaré aquí— intentó

calmarle Natalia—. Y piensa que, comparado con los meses que llevamos para solucionar este caso, lo que nos queda por esperar es insignificante.

— ¿Pero dónde te han criado a ti? ¿En un monasterio budista? No entiendo cómo puedes estar tan tranquila en un momento así.

— Debería hacer caso a la señorita. Un nivel de ansiedad tan elevado como el suyo no tiene ninguna consecuencia positiva— les dijo una voz desde la puerta.

Carlos se giró para encontrarse con el doctor Martínez, que le miraba divertido. Intentando mantener la compostura, se acercó a él y le tendió la mano.

— Doctor Martínez, soy el inspector Vega. Supongo que me recuerda. Ella es la señorita Egaña, una colaboradora de la Ertzantza, especialista en Psicología Criminal.

— Encantado— dijo el doctor—. Siento mucho el retraso. Tuve que atender a las familias de los pacientes.

— Sí, lo comprendemos. Nosotros también sentimos haber llegado tarde. Había un atasco en la autopista— se disculpó Carlos.

— Si son tan amables de acompañarme a mi despacho, podremos hablar mucho más tranquilos. Y podrán fumar allí— dijo mientras salía.

Le siguieron por el pasillo hasta llegar al despacho. Una vez allí, ambos se sentaron y esperaron mientras el doctor Martínez sacaba de un armario la carpeta con el expediente que quería enseñarles. Después se sentó al otro lado del escritorio y les observó unos segundos antes de empezar a hablar:

— Bueno, como ya le dije por teléfono, he estado dándole muchas vueltas al perfil del asesino que están buscando. Los datos que usted me facilitó me resultaban familiares, así que acabé por revisar los expedientes de

todos mis pacientes de los últimos años, intentando encontrar a alguien que pudiese coincidir. Por fin, encontré el expediente de una persona que tiene muchos puntos en común con la que están buscando, aunque también hay otros que no concuerdan en absoluto, por lo que podría suceder que la información que yo les vaya a revelar no les sea de ninguna utilidad. Por ello, voy a pedirles la máxima confidencialidad respecto a estos datos— explicó el doctor Martínez.

— Por supuesto. No debe preocuparse por eso— se apresuró a contestar Carlos—. Y le damos las gracias de antemano por las molestias que se ha tomado.

— Bien, empecemos entonces— dijo el doctor, abriendo el expediente—. El caso del que voy a hablarles corresponde al de una paciente que fue ingresada en dos ocasiones por sendos intentos de suicidio durante el año dos mil.

— Perdone, doctor— intervino Natalia—. ¿Ha dicho una paciente? Nosotros estamos buscando a un hombre.

— Lo sé. Por eso no relacioné en un primer momento los datos que me facilitó el inspector Vega con este caso. Pero hay muchos detalles que coinciden, demasiados para que sea una casualidad— el doctor esperó a que ambos asintieran para continuar hablando—. Por ejemplo, usted me comentó que el asesino contactaba a sus víctimas por Internet y esta chica sufrió una grave depresión causada por un triángulo amoroso y por su imposibilidad de elección entre su novio de toda la vida y un chico al que conoció a través del ordenador.

— Sí, eso es— exclamó Carlos, impaciente—. ¿Podría decirnos el nombre de esa chica? ¿Se llama Mónica?

— Sí, Mónica Iraza— contestó el doctor, sorprendido—. ¿La conocen?

— No, pero habíamos oído hablar de ella a un testigo. Estamos casi convencidos de que su novio es la persona que estamos buscando— explicó Natalia—. ¿Sabe el nombre de él?

— Sí, se llamaba Rubén. Pero está muerto, se suicidó en julio del año dos mil. Creo que es de la propia Mónica de la que deberíamos hablar.

Gus colgó el teléfono, desesperado. Debían tener los móviles apagados, no había otra explicación posible. Ya que se suponía que no iban a tener una cita con Caronte para esa noche, debían haber decidido tomarse el resto del día libre y largarse por ahí a divertirse solos. Como tenían un rollo tan raro... Pero, ¿por qué tenían que haber elegido precisamente ese día para dejarle colgado? ¿Qué iba a hacer ahora? Si nadie acudía a la cita con Caronte, habrían perdido la oportunidad de cogerle para siempre, él no volvería a fiarse de Silvia. Tendrían que volver a empezar de nuevo, colocar nuevos cebos y esperar a que eligiese a una de ellas como víctima. Y mientras tanto, él seguiría hablando con otras chicas, cometiendo nuevos asesinatos. No podían desperdiciar una oportunidad así pero, ¿qué podía hacer?

Quizá debería ir él mismo. No, no debía ni pensar en eso. Era una tontería. ¿Qué iba a poder hacer él? Además, Carlos pondría el grito en el cielo. Con la de veces que le había dicho que no tenía nada de lo que preocuparse porque él no tendría ni que acercarse al lugar de la cita... No iba a servir de nada que acudiese. Se quedaría sentado allí, llamando una y otra vez por teléfono hasta que contestasen... Y la hora de la cita pasaría y pronto habría otras caras más que se sumarían a las de Bianca, Vanessa, Patricia y Esther para atormentarle en sus pesadillas. No podía permitir eso.

Miró el reloj, preocupado. Quedaban poco más de dos horas para la cita y el lugar quedaba muy lejos. Si iba a ir, tenía que decidirlo ya. Después de todo,

ni siquiera sería peligroso. Caronte estaría esperando a una chica de catorce años, así que a él no le haría nada. Si al menos pudiese verle la cara, para poder describirle después a Carlos como era... Además, podía seguir llamando a Carlos y Natalia desde cada cabina por la que pasase. Seguro que contestarían antes de que él llegase allí. Se levantó corriendo y volvió al ordenador. Envío un mensaje desde Internet a los móviles de Carlos y Natalia, avisándoles de donde iba a estar y de la hora de la cita por si no podía contactar con ellos. Después apagó el ordenador y recogió su chaqueta. Cuando estaba llegando a la puerta, Art apareció ladrando y empezó a girar a su alrededor.

— No, Art. No es la hora de pasear. Tengo que ir a hacer algo importante— se agachó para acariciar al perro—. No te gusta estar solo, ¿verdad? A mí tampoco me gusta, y menos me va a gustar en el sitio al que voy. ¿Sabes lo que he pensado? Que te vienes conmigo. Vas a ser mi coartada. Quedará menos sospechoso si parece que estoy paseando a mi perro que si me quedo plantado en medio del monte sin hacer nada.

Le puso la correa y salieron rápido de la casa hacia la parada de taxis más cercana. Cogería uno hasta el funicular y, desde allí, subirían andando en un momento. Le hubiera gustado poder coger el taxi hasta el lugar de la cita, pero no llevaba suficiente dinero encima y, si Caronte estaba allí esperando y le veía, le resultaría muy sospechoso que alguien fuese en taxi al monte a pasear a su perro. Art tiraba de la correa, intentando pararse a olisquear cada farola y arbusto que veía.

— Ahora no. Tenemos prisa— le dijo Gus, tirando—. Tenemos una cita muy importante y no podemos llegar tarde.

Los dos permanecieron en silencio, invitando al psiquiatra a que continuase

hablando. Éste hojeó de nuevo los papeles que tenía delante, como si intentase ordenar los datos en su mente antes de comenzar a hablar.

— Como les he dicho antes, Mónica ingresó aquí en dos ocasiones. La primera fue en julio del año dos mil. Su novio se suicidó el día trece de ese mes. Después del funeral, ella desapareció de su casa y nadie supo dónde estaba hasta que, al día siguiente, el encargado del cementerio la encontró casi desangrada al lado de la tumba de Rubén. Fue ingresada en el hospital de Cruces hasta que se recuperó de la pérdida de sangre y después nos remitieron su caso.

— ¿Podría decirme qué día estuvo desaparecida?— interrumpió Carlos, sacando sus notas.

— Sí, por supuesto— el doctor buscó el dato en sus papeles—. El dieciséis de julio.

— La fecha del asesinato de Alex— confirmó Carlos—. Por el momento, todo concuerda.

— ¿Está usted diciendo que Mónica mató a una persona antes de intentar suicidarse?— preguntó el doctor.

— Eso sospechamos. Sabíamos que Alex fue la primera víctima y que había formado parte de un triángulo amoroso a través de Internet, que terminó con su asesinato— contestó Natalia—. Pero pensábamos que el asesino había sido el novio de Mónica y no ella misma. Por favor, continúe.

— Como les decía, Mónica permaneció aquí ingresada durante veinte días. Se le diagnosticó un trastorno de estrés post-traumático y una depresión reactiva, causados ambos por la repentina muerte de su novio. Ella se negó a hablar o a recibir cualquier tipo de tratamiento, pero, como parecía que razonaba de manera correcta y que no había peligro de que volviese a atentar

contra su vida, se le dio de alta.

— Pero, ¿no habló de Alex ni de la causa del suicidio de su novio con algún terapeuta?— preguntó Natalia.

— No, se negaba a hablar del tema, casi no hablaba con nadie de nada. Hasta cierto punto, consideramos que era lógico debido a la rabia que acompaña a todo proceso de duelo. Le aconsejamos que siguiese tratamiento con algún terapeuta una vez saliese de la clínica y le dimos de alta. No volvimos a saber nada de ella hasta su siguiente intento de suicidio, en diciembre de ese mismo año. Yo había llevado su caso en el primer ingreso, así que volví a ocuparme de ella. La encontré mucho más deteriorada a nivel psíquico. Teníamos que mantenerla sedada la mayor parte del día y, aún así, presentaba episodios de gran agitación en los que intentaba volver a atentar contra su vida, gritando que la dejásemos morir o pidiendo a otros pacientes que la ayudasen a mutilarse.

— ¿A mutilarse?— exclamó Carlos, horrorizado— ¿Qué quería hacerse exactamente?

— Gritaba que necesitaba librarse de sus ojos y de sus manos y que debía destrozarse su corazón. Supongo que, incluso en su delirio, era consciente de que no podría producirse esas mutilaciones ella sola— contestó el doctor Martínez.

— ¿Y cómo no recordó esos datos cuando el inspector Vega le comentó la clase de mutilaciones que estábamos investigando?— intervino Natalia.

— Aquí se escuchan todos los días cosas muy extrañas, no podemos recordarlas todas. Pero de todos modos creo que fueron esos datos los que me resultaron familiares. Bien, como les decía, tuvimos que mantenerla sedada durante algún tiempo. Una vez que la medicación empezó a hacer efecto, pude

comenzar la psicoterapia con ella. En esas sesiones ella me fue contando toda la historia. Mónica empezó a salir con su novio, Rubén, cuando ambos tenían dieciséis años. Al parecer, eran muy felices y no parecía haber ningún problema en la relación pero en diciembre del 99, cuando tenía diecinueve años, ella conoció a otro chico por Internet. Nunca conseguí que me diese ningún dato sobre ese chico. Se negaba a hablar de él hasta tal punto que llegué a pensar que no existía, que se trataba de una invención de su mente para culpabilizarse por el suicidio de su novio. Claro que con lo que me han comentado ahora ustedes, todo cobra un nuevo sentido— continuó explicando el doctor Martínez—. Según me contó ella, el chico sólo tenía diecisiete años cuando le conoció. Empezaron hablando como amigos, pero, sin darse cuenta, se fue enamorando de él.

— ¿Y cómo se lo tomó su novio?— preguntó Carlos, mientras sacaba el paquete de tabaco.

— No muy bien, desde luego. Él estaba muy enamorado de ella y le pidió que dejase esa relación. Ella se lo prometió muchas veces, pero volvía a caer una y otra vez. Esta situación duró unos siete meses, en los cuales ella fue incapaz de tomar una decisión entre su novio y la relación por Internet.

— No entiendo cómo pudo comportarse así. ¿Por qué seguía hablando con Alex si ya tenía una relación en la que era feliz?— se interesó Natalia.

— Eso debería haberlo contestado ella y nunca lo hizo. Creo que ni ella misma podía explicárselo. Quizá no era del todo feliz, quizá le faltaba la parte de sueño o de aventura que tenía en la otra relación. O quizá algo en su vida no iba bien y soñaba con un amor ideal que lo solucionase todo. O era una persona tan indecisa e inestable que no podía decidir de cuál de las relaciones debería prescindir. El amor y la seguridad son muy atractivos, pero encierran el peligro de la rutina. Todos hemos soñado alguna vez con una

historia de amor imposible, pero da miedo intentar vivirlas porque sabemos que la magia desaparecerá en cuanto confrontamos el sueño con la realidad. Sin embargo, a pesar de saber eso, es difícil renunciar a soñar. El caso es que ella fue incapaz de decidir. Parecía esperar a que la situación estallase por sí sola, a que uno de los dos chicos tomase la decisión por ella, con la consiguiente carga de ansiedad y culpabilidad que ello conllevaba. La solución para alguien que lo hubiese visto desde fuera podría parecer muy fácil: que hubiese dejado a uno de los dos. Pero no era tan sencillo, sobre todo cuando las peleas con su novio empezaron a ser diarias y la relación empezó a fallar. No podía dejar al chico de Internet porque suponía la única vía de escape para una vida que hacía aguas y tampoco podía dejar a su novio por la culpabilidad que sentía ante lo que le estaba haciendo.

— ¿Y qué pasó al final?— preguntó Natalia.

— Como ya les he dicho, Rubén, su novio, no pudo resistir la situación y se suicidó. No conozco las circunstancias por las que tomó esa decisión. Habría sido más lógico que hubiese decidido dejarla y olvidarse de todo, pero no lo hizo. Y como ya les he contado, unos días después Mónica intentó suicidarse por primera vez.

— Después de haber ido hasta San Sebastián a asesinar a Alex como venganza— apuntó Carlos—. O quizá acudió a él como última solución cuando su novio hubo muerto y él se rió de ella. Ya nos han dicho que para Alex esa relación era un juego, que se lo tomaba todo a broma.

— Yo no creo que ella hubiese podido acudir a ese chico como solución. La carga de culpabilidad tras la muerte de Rubén era demasiado fuerte— explicó el doctor—. Ahora que me han dicho que ese chico apareció asesinado justo antes de su intento de suicidio, creo que ella pretendía ponerle un punto final a todo, acabar con los culpables de esa historia.

— ¿Cuánto tiempo permaneció ingresada tras el segundo intento?— preguntó Natalia.

— Unos tres meses. Su delirio de culpa fue variando desde el deseo de muerte y automutilación hacia una obligación casi religiosa de pagar por sus pecados pasados. Le pregunté si el precio de esos pecados podía ser su propia vida y me contestó que no sería suficiente, que debía dedicar su vida a intentar encontrar el perdón por lo que había hecho. Cuando nos convencimos de que no iba a volver a intentar suicidarse, le dimos de alta de nuevo.

— ¿Y en qué fecha sucedió eso?— se interesó Carlos, consultando de nuevo sus notas.

— En marzo del 2001.

— Dos meses antes de que contactara con Bianca, su primera víctima. Utilizaría ese tiempo para decidir el tipo de sacrificios que deseaba realizar y cómo llevarlos a cabo— aventuró Natalia—. Creo que todo concuerda. Supongo que no podremos llevarnos el expediente hasta que no traigamos la orden judicial, ¿verdad?

— Preferiría que lo hiciésemos todo de la manera reglamentaria, si no les importa— contestó el doctor, tendiéndoles el informe—. Sin embargo, puedo dejarles que le echen ahora un vistazo por si necesitan algún dato para la detención.

Carlos cogió el informe y lo abrió por la primera página, en la que constaban los datos personales que se habían recogido cuando ella ingresó en el hospital. Al ver la foto permaneció pensativo unos segundos.

— Creo que la conozco de algo— dijo, intentando ubicar la sonrisa sarcástica, el largo pelo oscuro y, sobre todo, aquellos inquietantes ojos verdes—. Sí, ya la he visto antes... Es la chica a la que tuve que echar de la

playa.

Gus salió del funicular y cruzó el pueblo hasta encontrar la cabina de teléfonos. Entró en ella y marcó el número de Carlos. De nuevo escuchó la misma voz grabada comunicándole que seguía fuera de servicio. Llamó a Natalia, sin ninguna esperanza de que la respuesta resultase diferente. Como sospechaba. Seguía sin poder contactar con ellos. Miró su reloj. Quedaban cincuenta minutos para la cita. Si se entretenía mucho más intentando llamar, no iba a llegar a tiempo. Todavía le quedaba la peor parte del camino. Salió de la cabina, empujando la puerta enfadado y empezó a andar a largas zancadas hacia la salida del pueblo, precedido por Art. Se subió los cuellos de la chaqueta. Ahora que había oscurecido hacía muchísimo frío y además parecía que iba a empezar a llover en cualquier momento.

Siguió la carretera hasta encontrar la cuesta que subía hacia Barrionuevo. Se le cayó el alma a los pies sólo con pensar en subir todo aquello, como cada vez que la veía. Había ido varias veces a esa zona, a acampar con los amigos, y sabía que llegaría arriba agotado. Se consoló pensando que al menos no llevaba el peso de la tienda de campaña y una mochila con comida para toda una semana. Debería ser más fácil. Empezó a subir, intentando no pensar en lo que le quedaba para llegar arriba, ni en la oscuridad que rodeaba la carretera, ni en las sombras que parecían esconderse detrás de cada arbusto. Debía concentrarse en cada paso, en colocar un pie y luego otro y así llegaría arriba casi sin darse cuenta. Al cabo de unos minutos se dio cuenta de que no sería tan fácil. El aire frío traspasaba su chaqueta y hacía que le doliese el pecho. Empezó a respirar más rápido, intentando que llegase más aire a sus pulmones, prometiéndose a si mismo que bajaría la dosis diaria de cigarrillos. Al cabo de un rato, empezó a sentir un pinchazo en el costado. Debería sentarse un rato

a descansar pero, si lo hacía, se quedaría aún más helado. Levantó la vista de la carretera para ver cuánto le quedaba. El final de la cuesta parecía tan lejano como al principio, como si se burlara de él. Miró hacia abajo. El principio de la cuesta también estaba muy abajo, ya debía haber recorrido al menos la mitad del camino. Volvió a girar para seguir subiendo y entonces vio algo que se deslizaba con rapidez hacia él. Saltó hacia atrás, demasiado aterrado incluso para gritar y la figura le siguió, pegada a sus pies. Rió entre dientes por su estupidez. Ya era bastante mayorcito como para asustarse de su propia sombra. Art ladró, debía haber percibido su miedo. Gus se agachó para acariciarle la cabeza y tranquilizarle y después volvió a andar.

Siguió paso a paso, deseando llegar arriba para poder fumarse un cigarrillo que le tranquilizase. Pocos minutos después la pendiente dejó de ser tan pronunciada. Levantó la cabeza y vio las luces de las casas, a unos cincuenta metros. Ya estaba llegando. Agradecido por que la cuesta hubiese acabado por fin, empezó a andar más tranquilo, tratando de normalizar su respiración. Al de unos pasos, sacó su paquete de tabaco. Sólo le quedaban dos cigarrillos. Recordó que había un bar unos metros más adelante. Allí podría comprar tabaco y llamar de nuevo por teléfono. Cruzó el pueblo y llegó al bar. Entró, agradeciendo el calor del interior, y se dirigió a la mujer de la barra.

— Buenas noches— le dijo—. Un paquete de Lucky.

La mujer le tendió el paquete sin decir nada y después recogió el dinero que Gus había dejado encima del mostrador.

— ¿Tienen un teléfono?— preguntó Gus.

— No, aquí no hay teléfonos. Tienes que bajar a La Reineta.

— ¿Cómo que no hay teléfonos? Tiene que haber alguno en una cabina o en algún bar...— insistió, suplicante.

— Pues no hay ninguna cabina. Y éste es el único bar del pueblo y ya te he dicho que no hay teléfono— respondió la mujer, irritada.

— ¿Y no podrían dejarme usar su teléfono particular? Es importante— imploró Gus—. Le pagaré lo que sea.

— Ya te he dicho que no tenemos teléfono— la mujer dio la conversación por finalizada, separándose de él para ir a atender a otro cliente que acababa de entrar.

— Bruja de mierda— susurró Gus, saliendo del bar.

Una vez en la calle se paró un momento, pensando qué hacer. Quedaban quince minutos para la cita. No tenía tiempo para volver a bajar y subir toda la cuesta. Sólo le quedaba rezar para que, en algún momento mientras él subía hasta allí, alguno de ellos hubiese encendido el móvil y recibido su mensaje. Quizá ya estaban de camino hacia allí. Se repitió de nuevo que a él no iba a pasarle nada, que Caronte no podría imaginarse quién era ni qué hacía allí. Un camino blanco partía del bar y se alejaba hacia el campo de rugby. Parecía estar más alejado del pueblo de lo que él recordaba y el bosque parecía más profundo, más oscuro... Lo mejor sería seguir andando sin pensar más o no podría moverse de allí. Agarró fuerte la correa de Art y empezó a andar de nuevo.

CAPÍTULO QUINCE

En cuanto se despidieron del doctor Martínez, salieron del hospital sin perder un momento. Al cruzar la puerta, Carlos se dio cuenta de que debían haber estado hablando mucho más tiempo del que le había parecido. Ya era de noche y el parking aparecía ahora casi vacío. Las familias de los pacientes se habían marchado hacía rato. Caminó rápido hacia el coche y entró. Cuando los dos estuvieron sentados, se giró hacia Natalia.

— Bueno, ya la tenemos. Sabemos su nombre y su dirección— dijo ella.

— No me puedo creer todavía que la haya tenido delante, que haya estado hablando con ella... Joder, cómo se habrá reído.

— No te preocupes por eso, ya no tiene importancia— intentó tranquilizarle Natalia—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

— Llamar a la central para que vayan preparando la orden de detención. Supongo que me dejarán ir aunque no sea mi caso, así que, de camino a la central, te dejaré en tu casa para que no haya problemas— arrancó el coche y después la miró, apenado—. Siento que no vayas a poder estar presente después de todo lo que has hecho para solucionar el caso.

— No te preocupes por mí. Me basta con que la cojáis— contestó Natalia, desviando la mirada hacia la ventanilla.

Carlos sacó el coche del aparcamiento y después cogió su móvil. Al encenderlo, le llegó el sonido de un mensaje.

— Vaya, ¿quién me habrá escrito? Espero que no sea de la central diciéndome que estoy despedido por no haber estado localizable en toda la

tarde— se mantuvo en silencio unos segundos mientras lo abría—. No, es de Gus. A ver qué le pasa ahora al pesado este...

Se quedó callado de repente, acercó el coche al arcén y lo paró. Natalia dejó de mirar por la ventanilla y se giró para ver que le pasaba:

— Carlos, ¿qué pasa? Te has puesto pálido.

— Caronte le ha propuesto una cita y, como no nos encontraba, ha decidido acudir él solo para intentar verle la cara— contestó Carlos con un hilo de voz, con la mirada clavada en el móvil, leyendo el mensaje una y otra vez sin poder creerse lo que ponía—. ¡Este crío es imbécil! ¿Qué vamos a hacer ahora?

— ¿Cuándo es la cita?— preguntó Natalia impaciente, quitándole el móvil de la mano a Carlos.

— A las diez en La Reineta. Joder, eso es el culo del mundo y quedan cinco minutos. Devuélveme el móvil, tengo que avisar a la central. Como le pase algo, no me lo voy a perdonar en la vida— dijo en un susurro mientras marcaba el número a toda velocidad.

Esperaron en silencio mientras una voz electrónica le solicitaba que marcara la extensión con la que quería hablar. Carlos lo hizo y siguió esperando mientras escuchaba los eternos tonos de llamada del teléfono. Por fin descolgaron y le llegó la voz de Roberto desde el otro lado de la línea:

— Brigada de homicidios.

— Roberto, soy Carlos. Pásame con Aguirre.

— Carlos, ¿qué tal las vacaciones, hombre? A nosotros aquí nos va de maravilla. Ni siquiera te echamos de menos.

— Déjate de gilipolleces y pásame con Aguirre. Es urgente.

— Eso no va a ser posible porque en este momento no está. Creo que tenía una cena con algún pez gordo— le explicó Roberto—. Dime lo que quieras y yo le pasaré el mensaje.

— Como me entere de que me estás mintiendo, te juro que te mato.

— No te estoy mintiendo, pero puedes hacer lo que te dé la gana. Puedes decirme lo que quieres o esperar al lunes.

Carlos lo pensó un segundo. Sabía que no podía confiar en Roberto, pero no le quedaba otra opción en ese momento. Tenía que conseguir que le ayudase, aunque tuviese que suplicar. La vida de Gus estaba en peligro, no era momento de acordarse de su orgullo.

— Está bien. Escucha con atención. Sabemos dónde se encuentra el asesino de Internet. Un colaborador mío ha quedado con él en el antiguo campo de rugby de Barrionuevo, en la Reineta, dentro de unos cinco minutos. Tienes que mandar allí unidades inmediatamente.

— ¿Qué es eso de un colaborador? ¿Y qué haces organizando la detención de un caso que llevo yo? Creo que vas a tener que dar un montón de explicaciones.

— Eso da igual. Si es necesario, presentaré mi dimisión el lunes mismo. Pero ahora haz lo que te digo. La vida de mi colaborador está en peligro. ¿Has apuntado la dirección?

— Sí, claro.

— Bien, apunta esto también. El asesino no es un hombre. Se llama Mónica Iraza y es una mujer de veintiún años, de alrededor de un metro setenta de estatura, con el pelo oscuro y los ojos verdes. Es probable que lleve un abrigo negro y una mochila. Va armada y es muy inestable. ¿Has tomado nota de todo?

— Sí, ¿estás seguro de que es una mujer?

— Sí, acabamos de hablar con su psiquiatra. Yo voy para allá, pero tardaré una media hora. Manda las patrullas ahora mismo.

— Tranquilo, eso haré.

Carlos colgó y arrancó el coche. En cuanto lo devolvió a la carretera, pisó a fondo el acelerador. Apretó el volante con las manos hasta que los nudillos se le quedaron blancos, como si intentara empujar el coche para que fuese aún más rápido. En su mente sólo giraba una frase. “Tenemos que llegar a tiempo, tenemos que llegar a tiempo, tenemos que llegar a tiempo...”. A su lado, Natalia permanecía en silencio. Ella encendió un cigarrillo. Carlos sintió ganas de pedirle uno en cuanto sintió el aroma del tabaco, pero no lo hizo. No podía hacer otra cosa que conducir, acelerar al máximo, adelantar a otro coche... Ya fumaría en otro momento.

Se abrazó con fuerza, intentando ahuyentar el frío. Ya habían pasado diez minutos de la hora de la cita y no había aparecido nadie. Había sido una estupidez ir hasta allí. Caronte no iba a aparecer mientras Silvia no estuviese a su alcance. ¿Es qué había esperado que, al ver que su cita no se presentaba, Caronte fuese a salir de entre los árboles para ir a entretenerse hablando con él? Estaría oculto, vigilando el campo desde algún lugar, viéndole y preguntándose quién era y por qué estaba ahí. Al imaginarse los ojos de Caronte clavados en su espalda, no pudo evitar girar rápido la cabeza, mientras un escalofrío recorría su columna. No había nadie, al menos que él pudiese ver. Sólo los árboles que se dibujaban oscuros contra el cielo azul profundo, como paralizados gigantes de innumerables ojos vacíos. No podía adivinar lo que escondían, a pesar de que le parecía ver sombras moviéndose entre ellos, oír ruidos de pasos o de ramas que se quebraban a su espalda. Se

obligó a volver a mirar hacia el campo de rugby. Resultaría sospechoso que mirase el bosque con tanto interés. Además, con ello sólo conseguía que su imaginación volase y le hiciese ver monstruos en cada tronco, rama o sombra. Debía evitar que su mente se desbocase o tendría que marcharse. El terror acabaría por dominarle y no le dejaría pensar. Y todavía quería darle a Caronte algunos minutos más.

Art corría por el campo de rugby, feliz de estar fuera de casa. Parecía que el intenso frío no le afectaba. En aquel momento, paró de correr, levantó la cabeza y miró a Gus durante unos segundos. Después trotó hacia él, ladrando contento. Cuando llegó a la roca en la que Gus estaba sentado, empezó a saltar y a subir sus patas delanteras en las rodillas de Gus.

— ¿Quieres jugar? Ahora no podemos— le dijo Gus, mientras acariciaba su cabeza—. Estamos en medio de una misión, pero te prometo que volveremos otro día.

El perro no se dio por vencido y siguió saltando y ladrando en un volumen cada vez más alto. Gus le acarició una vez más, después se agachó, recogió una piedra del suelo y se la lanzó. Art salió corriendo hacia el campo de rugby, buscándola. Al seguirle con la mirada, Gus divisó una figura que se acercaba por el camino. Su corazón dio un vuelco. ¿Caronte? ¿Se había cansado de esperar a Silvia e iba a volverse a casa, pasando justo por delante de él? Durante unos segundos contuvo la respiración planteándose si debía decir o hacer algo, deseando desaparecer pero, cuando la figura estuvo más cerca, se dio cuenta de que estaba en un error. Era una chica. Caminaba despacio, paseando con las manos en los bolsillos del abrigo. Debía ser alguien del pueblo que había salido a dar un paseo antes de irse a dormir. Intentando tranquilizarse, Gus sacó su paquete de tabaco del bolsillo, no sabiendo si sentirse defraudado o agradecido. La chica siguió caminando hasta

colocarse a unos pasos de él. Gus la saludó con la cabeza, mientras encendía el cigarrillo.

— Hola— dijo ella, parándose a su lado—. ¿Tienes uno?

— Sí, claro— él sacó otro cigarro para ella.

— ¿Y fuego? Ya lo siento, pero se me ha olvidado todo.

— Sí, toma.

Gus se levantó y encendió el mechero. Ella se acercó y se sujetó el pelo para evitar que se acercara a la llama. La luz del mechero iluminó sus facciones. Gus pensó que era guapa, pero, al mismo tiempo, no pudo evitar un cierto rechazo, una leve sensación de peligro. No sabía por qué. Quizá se debía a la intensidad con la que sus ojos verdes habían brillado a la luz del mechero, quizá solo a su imaginación exaltada. Cuando el cigarrillo estuvo encendido, se separó de ella y volvió a sentarse en la piedra. Ella permaneció quieta a unos pasos, fumando y mirando el bosque. Gus se sintió incómodo ante su silencio, a pesar de pensar que debería estar agradecido por no estar solo.

— Vaya frío hace, ¿verdad?— le dijo, intentando que la situación no fuese tan embarazosa.

— Sí, mucho— respondió ella girándose y dirigiéndole una sonrisa ausente.

— Parece que va a empezar a llover, ¿verdad?— volvió a intentarlo él—. A ver si el perro termina de hacer sus cosas y nos marchamos ya.

Ella asintió y volvió a quedar en silencio, paseando su mirada entre el camino, el bosque y el campo de rugby. Art volvió andando hacia Gus, con la piedra en la boca. Gus le acarició la cabeza, contento de tener al perro a su lado. Aquella chica le inquietaba. Seguro que había ido a dar con la loca del pueblo. Lo mejor sería no insistir. Si no quería hablar, no hablarían. Art dejó

la piedra en el suelo y empezó a recorrer el camino, olisqueando nervioso en los matorrales. Al de unos pasos, se paró y empezó a gruñir, cada vez más alterado. Gus se levantó y caminó hacia él, mientras la chica le observaba.

— ¿Qué pasa, bonito? ¿Has encontrado algo?— le preguntó mientras se acercaba despacio, intentando no asustarle.

En ese momento una sombra salió disparada del matorral al que Art estaba ladrando, lanzándose a toda velocidad bosque adentro, seguida del perro. Gus se quedó paralizado por la sorpresa en un primer momento y después empezó a llamarle.

— ¡Art! ¡Art!. Ven aquí.

— ¿Qué ha sido eso?— pregunto la chica detrás de él, sobresaltándole.

— No sé, parecía un gato o quizá una rata grande. Joder, como se pierda...— Gus siguió mirando la espesura, intentando descubrir a Art, pero incluso sus ladridos empezaban a sonar más lejanos.

— No te preocupes. Este bosque no es muy grande, no puede ir muy lejos. Si quieres, te ayudo a buscarle. Tengo una linterna— ofreció ella mientras abría un bolsillo de la mochila que llevaba al hombro y empezaba a caminar hacia el bosque.

Gus lo pensó unos segundos, sin saber qué hacer. No podía volver sin el perro, así que, a pesar de que aquella chica tan extraña le ponía nervioso, decidió que siempre sería mejor ir acompañado. Le sonrió agradecido y empezó a seguirla, internándose entre los primeros árboles.

— ¿Cómo le estabas llamando?— preguntó ella sin volverse, mientras seguía andando.

— Art— contestó Gus—. Es un diminutivo de d'Artagnan.

Ella paró y se giró hacia él, iluminándole un momento. A la débil luz de la linterna, los rasgos de su cara le parecieron aún más intrigantes, sus ojos más peligrosos, como si estuviesen teñidos de odio. Ella le sonrió de nuevo, como si intentase disipar esa sensación.

— Ya verás como no va muy lejos. Vamos, creo que le he oído ladrar por ahí.

Volvió a andar y Gus la siguió, intentando permanecer atento al resbaladizo suelo que el haz de la linterna revelaba fugazmente, mientras se iban internando cada vez más en el bosque.

Tras colgar el teléfono, Roberto se recostó en la silla, dándose unos minutos para reflexionar acerca de qué pasos debería dar a continuación. Sabía que su obligación tras haber recibido esa llamada era dar la alarma. En unos minutos algunas patrullas de la zona de Trápaga podrían estar en La Reineta para ayudar a Carlos a atrapar a Caronte. Le cogerían y Carlos volvería a la central y, por mucho que estuviese apartado del caso, nadie se acordaría de ello. Todo serían felicitaciones. No podía permitir que eso sucediese. Era su caso, Aguirre se lo había asignado y Carlos le había desobedecido. Merecía ser expedientado por ello, pero él sabía que no sería así, no si todo salía como Carlos había planeado. Claro que ahora era él quien tenía la situación en sus manos y podía decidir cómo modificar los acontecimientos.

Carlos había dicho que un colaborador suyo estaba citado con Caronte para las diez. Si las patrullas llegaban, podrían detenerle, pero, si se retrasaban un poco, Caronte escaparía. El misterioso colaborador de Carlos no sería tan estúpido como para intentar atrapar a Caronte solo. Así, el plan de Carlos de efectuar una captura triunfal fracasaría y, después de que Aguirre le pusiese en su sitio y comprobase la veracidad de la identidad de Caronte, él mismo

podría ir a realizar la detención, llevándose la victoria que tenía merecida. Eso era lo único que tenía que hacer: retrasar un poco la alarma. Después de todo, él había sido quien había recibido la llamada de Carlos, así que nadie más tendría constancia de la hora a la que se había realizado.

Se levantó para tomar un café. Buscaría a alguien por los pasillos que luego pudiese corroborar que había estado fuera del despacho. Así podría decir que no recibió la llamada hasta que volvió. Al salir, recordó la advertencia de Carlos acerca de que la vida de su colaborador estaba en peligro. ¿Qué habría querido decir con eso? ¿Quién podría ser ese colaborador? Se trataría de alguno de sus compañeros, por lo que iría armado y tendría la suficiente precaución y entrenamiento para no exponerse. Carlos le habría dicho eso para asustarle. Era imposible que hubiese permitido que alguien no preparado acudiese a una cita con un asesino. Carlos podía ser muchas cosas, pero no era estúpido y se tomaba en serio su trabajo. Se encogió de hombros, salió y cerró la puerta del departamento pensando que, si realmente aquel colaborador estaba en peligro, eso sólo sería responsabilidad de Carlos.

Por fin, el coche acabó de ascender la empinada cuesta y el pequeño pueblo apareció ante sus ojos, iluminado por unas pocas farolas. No se veía a nadie por las calles, ni siquiera había muchas luces en las ventanas, como si todo el mundo estuviese dormido. Carlos siguió conduciendo a toda velocidad hacia el lugar de la cita.

— No hay nadie— murmuró Natalia, preocupada—. ¿Dónde están las patrullas?

— No lo sé— contestó Carlos—. Ya deberían estar aquí, ¿no?

— Sí, son las diez y veinte.

Carlos no dijo nada más. Se limitó a dejar atrás el pueblo hasta llegar al campo de rugby. Tampoco había rastro de Gus. Carlos paró y ambos bajaron sin decir palabra. Miraron en derredor, buscando a Gus en la penumbra del campo de rugby o entre las sombras de las primeras filas de árboles.

— ¿Dónde estará?— preguntó Carlos, nervioso— ¿Estás segura de que éste es el lugar de la cita?

— Sí, claro. Estaba presente el día que Gus le estuvo explicando a Caronte por chat como llegar. Y en el mensaje decía que habían quedado aquí. Tiene que ser este sitio.

— Pues no está. Ni él ni las patrullas que pedí— Carlos empezó a andar despacio por el camino, buscando algún indicio de que Gus hubiese estado allí.

— ¿Es posible que Roberto no te entendiese bien y las mandara a otro lado?

— No lo sé. Espero que no esté intentando joderme como siempre porque ésta no se la paso.

Paró delante de una gran roca situada a uno de los lados del camino y le hizo un gesto a Natalia para que se acercase. Ella se aproximó, mientras Carlos se agachaba y recogía una colilla del suelo.

— Mira, hay más esparcidas alrededor, como si alguien hubiese estado esperando aquí un rato. Es la marca que fuma Gus, ¿verdad?— dijo Carlos, tendiéndole la colilla.

— Sí, sí es. Pero, si ha estado aquí, ¿dónde se ha metido?— el tono de Natalia había pasado de la preocupación a la angustia— Es imposible que nos hayamos cruzado con él.

Carlos no respondió. Continuó mirando el suelo, buscando alguna respuesta.

Natalia se quedó parada al lado de la carretera, abrazándose para no sentir el frío. Unas leves gotas de agua helada estaban empezando a caer, haciendo la noche aún más desagradable. Después de unos minutos, Carlos volvió al lado de Natalia, enfadado.

— No puede haber sido tan estúpido como para haberse metido en el bosque, no tenía ninguna razón para hacerlo— dijo, esperando que Natalia le diese la razón—. No es posible que le haya podido convencer para que le siguiese.

— Bueno, tampoco tenía ninguna razón para venir hasta aquí y ha venido.

— Sí, pero meterse en un bosque en el que puede estar esperando un asesino es una estupidez. Y no creo que Gus tuviese valor para entrar ahí solo.

— A no ser que no estuviese solo— aventuró Natalia.

— ¿Qué quieres decir?

— Que nosotros sabemos que Mónica es una asesina, pero para él sólo sería una chica que pasaba por aquí. Es probable que le engañara.

— No, eso no puede ser— dijo Carlos, negando con la cabeza.

— Bueno, podemos quedarnos aquí diciendo que no puede ser o podemos ir a buscarle.

— Sí, es cierto. No podemos perder más tiempo— contesto Carlos—. Pero tú te quedas aquí a esperar a las patrullas.

— No, ni hablar— dijo Natalia, empezando a andar hacia el bosque—. También es responsabilidad mía y voy a ir.

Carlos la siguió y la agarró por el brazo, obligándola a girarse.

— Natalia, por favor, esto puede ser peligroso. Quédate fuera.

— No, voy a ir. Tú decides si voy contigo o vamos cada uno por nuestro lado, pero no voy a quedarme aquí preguntándome qué os habrá pasado.

Carlos lo pensó durante unos instantes. No podía estar seguro de lo que iban a encontrar más adelante. Era posible que Caronte estuviese en ese momento en el bosque en compañía de Gus, pero también podía ser que no hubiese aparecido y que estuviese oculto, observando el campo de rugby y el camino. Si era así, no podía dejar sola a Natalia. Asintió, mientras volvían a andar.

— Bien, vamos, pero no te separes de mí ni un segundo.

Llegaron a la primera fila de árboles y empezaron a ascender. La débil luz de las farolas de la carretera desapareció en cuanto se hubieron adentrado unos metros. Sólo podían discernir las oscuras siluetas de los árboles más cercanos. La lluvia se hizo más fuerte y continua, chocando contra las ramas y ocultando cualquier otro sonido. Carlos volvió a agarrar a Natalia del brazo para impedirle que resbalase y, paso a paso, siguieron adentrándose en el bosque.

Pararon en un claro y miraron en derredor. Mónica siguió con la mirada al chico que llamaba a su perro con insistencia mientras le buscaba entre las sombras de los árboles. Ella caminó unos pasos hasta llegar al centro exacto del claro. Miró hacia el cielo, totalmente cubierto de nubes, pidiendo perdón por su nuevo fallo. La lluvia caía más fuerte ahora, mojando su rostro y confundiéndose con las lágrimas que empezaban a abrirse paso. Había vuelto a fallar, cuando menos podía permitírselo. Llevaba tanto tiempo sin realizar un sacrificio perfecto... Sabía que no aguantaría el tiempo necesario para preparar otro. Lo único que deseaba en aquel momento era morir, olvidarse de todo, acabar con aquella pesadilla... Esta vez dejaría que su sangre la

abandonase sin miedo, deseando con impaciencia que el momento final llegara, que la muerte viniese para llevarla a un lugar en el que no hubiese recuerdos ni dolor, sólo el olvido eterno, el sueño sin fin. Pero, ¿y si no era así? ¿Y si Rubén estaba esperándola al otro lado para pedirle el pago por el dolor que había causado, por el amor que no había sabido darle a tiempo? Ahogó un sollozo, sintiendo como las dudas volvían a embargar su mente. No, no debía pensar eso. Había hecho todo lo que estaba en su mano para demostrar que le quería, que estaba arrepentida. Quizá él pudiese comprenderlo y aceptarla de nuevo a su lado, quizá pudiesen encontrar en otro mundo la felicidad que no pudieron hallar aquí. Tenía que acabar con todo aquello antes de que el valor la abandonase, lo haría esa misma noche.

Miró de nuevo al chico que caminaba alrededor del claro. Él había tenido la culpa de aquel último fallo, de haberla llevado hasta el límite de sus fuerzas. Estaba claro que era con él con quien había estado hablando las últimas semanas. El nombre del perro coincidía y era la única persona que se había presentado a la cita. Pero, ¿por qué le había hecho eso? Seguramente se trataba de una broma. Se le habría ocurrido jugar con los sentimientos del pobre Alex, enamorarle y hacerle venir desde San Sebastián para después reírse de él por haber sido tan incauto. Ella misma había sufrido ese estúpido juego en el pasado, aquello había sido el desencadenante de toda aquella pesadilla. Sintió crecer la rabia y, por un momento, el rostro en sombras de aquel chico se pareció a aquel otro rostro, a aquel otro chico que tanto daño le había hecho.

El terreno era cada vez más empinado y la lluvia, que caía sin parar, lo hacía muy resbaladizo. Natalia se apoyaba en el brazo de Carlos intentando mantener el equilibrio y conseguir algo de calor. Toda su ropa estaba

empapada y el aire frío pasaba a través y se clavaba en su piel con tanta facilidad como si estuviese desnuda. Carlos notó que temblaba y paró:

— Deberías volver al coche. Estás congelada.

— No, estoy bien y ya te he dicho que voy a ir contigo. Además, ya hemos subido mucho para dejarlo ahora. Tenemos que estar a punto de encontrarles— dijo Natalia mientras miraba a su alrededor, intentando decidir hacia dónde deberían ir.

— Como quieras, pero me estás retrasando. Iría mucho más rápido si no tuviera que tirar de ti— repuso Carlos.

— Ya sé que sólo tratas de protegerme, así que déjalo ya. No me vas a echar. ¿No crees que deberíamos llamarle?— preguntó preocupada.

— No. Si está con Caronte, le alertaríamos.

— ¿Y qué? Ya sabemos donde vive. Podemos ir a buscarla cuando queramos. Ahora lo que necesitamos es que se asuste y se aleje de Gus.

— Ya, pero quizá consigamos que, si va a matarlo, se dé más prisa y después se vaya. No se tarda mucho en matar a una persona. Prefiero sorprenderla. Venga, sigamos— contestó Carlos echando a andar de nuevo.

Natalia le siguió, sin apoyarse en él, intentando mantener su paso. No quería que volviese a decir que le retrasaba, y mucho menos pensar que tenía razón. Si algo le pasaba a Gus, si llegaban demasiado tarde, se pasaría el resto de su vida pensando que había sido culpa suya, que debía haberse quedado en el coche, que quizá Carlos solo habría llegado a tiempo. No debía pensar eso, no iba a ocurrir. Era posible que Gus ni siquiera estuviese en el bosque, que se hubiese cansado de esperar y ahora mismo se encontrara camino de casa. Y, cuando llegasen, le encontrarían sentado delante del ordenador, como siempre, a salvo y seco... Iba a tener que escucharla por su idea de hacerse el héroe y

darles aquel susto. Iba a pagar por cada minuto de angustia, por el frío, la lluvia... La imagen del asiento vacío frente al ordenador apareció en su mente, haciéndole volver a la realidad. ¿Y si nunca volvían a verle con vida? ¿Y si nunca más podían estar los tres allí, sentados con un café delante, escuchando su charla sin fin? Sintió el alfilerazo del llanto contenido en sus ojos e intentó no pensar en nada, sólo seguir andando a través de la lluvia, luchando contra el viento que era cada vez más fuerte, intentando dar un paso más, llegar al siguiente árbol. Entonces resbaló y cayó al suelo. Un lanzazo de dolor subió por su pierna. Se mordió con fuerza el labio inferior, intentando ahogar un grito. Las lágrimas surgieron sin ningún freno. Carlos se giró y corrió a ayudarla:

— ¿Estás bien?— le preguntó preocupado— ¿Qué ha pasado?

— No sé, creo que he resbalado. Ayúdame a levantarme.

— Es que a nadie se le ocurre venir al monte con tacones, joder— protestó Carlos.

— Oye, te recuerdo que yo no sabía nada de esta excursión cuando me los puse. Ayúdame— dijo, tendiéndole los brazos.

Carlos la agarró y tiró de ella. Natalia se levantó, pero, en el momento en que apoyó el pie, un agudo pinchazo volvió a subir por su pierna. Gimió, incapaz de soportar el dolor. Carlos volvió a dejarla en el suelo y se inclinó para examinarla. Palpó su tobillo, que empezaba a hincharse, haciendo que Natalia volviese a quejarse.

— No parece roto, pero creo que tienes un esguince— dijo Carlos, mirándola preocupado—. Mierda, ¿qué vamos a hacer ahora?

— Sigue tú. Yo me quedaré aquí esperando a que volváis o a que lleguen los demás— contestó ella, intentando no parecer asustada.

— ¿Cómo te voy a dejar aquí sola y sin poder moverte? ¿Es que estás loca?

— No hay otra opción. El que está en peligro es Gus, debes ir a buscarle— respondió Natalia con voz firme.

— Joder, te dije que te quedaras en el coche. ¿Por qué tienes que ser tan cabezota?— Carlos se levantó, enfadado, y empezó a quitarse el abrigo— Ponte esto, te morirás de frío si te quedas ahí quieta y empapada. Volveré enseguida.

Ayudó a Natalia a ponerse el abrigo sobre los hombros y empezó a andar alejándose de ella. Cuando había caminado unos pasos, se giró y volvió hacia donde estaba sentada, sacando la pistola. Se la tendió a Natalia, que le miró sin comprender.

— Toma, quédatela tú. Sabes manejarla, ¿verdad?

— Claro, nos dieron unos cursos de tiro antes de entrar en la Ertzantza. Pero no puedo quedármela, tú la necesitas.

— No, no me hace falta— contestó Carlos—. Creemos que ella no lleva armas de fuego, sólo armas blancas. Podré defenderme contra ella cuerpo a cuerpo si llega el caso, pero tú no, y menos con el tobillo roto.

— No pienso quedármela. A mí no va a pasarme nada— volvió a protestar ella.

— Mira, no voy a quedarme aquí toda la noche discutiendo— se alejó un par de pasos y dejó la pistola en el suelo—. Aquí la dejo. Si la necesitas, cógela.

Natalia quiso discutirle de nuevo, pero él se alejó a paso rápido y se internó entre los árboles. Miró de nuevo la pistola, se arrastró intentando no mover la pierna y, cuando estuvo más cerca, se estiró y la cogió. Su tacto duro y frío le

hizo sentirse mucho más segura. La agarró con fuerza y apuntó hacia la espesura, atenta a los ruidos y las sombras de la noche.

Se quedó quieto un momento entre los árboles, esperando a que Natalia cogiese la pistola sin que ella pudiese verle. Cuando lo hubo hecho se sintió más tranquilo, y algo menos culpable por dejarla sola. Sabía que tenía que hacerlo, que era Gus quien podía estar en peligro, pero la idea de dejarla en medio de aquel bosque, rodeada de oscuridad y lluvia y sin poder defenderse, le ponía enfermo. No era su idea de lo que un héroe haría en esa situación. Claro que él no era un héroe, ni Natalia una princesita desvalida. Sabría cuidarse. Volvió a mirarla y después se giró, empezando a andar de nuevo, subiendo por aquel monte alfombrado de árboles que parecía no acabar nunca.

Cuanto más subía, la humedad del suelo era mayor, haciendo más peligroso cada paso que daba. Debía haber algún manantial más arriba que empapaba el subsuelo y volvía el terreno cada vez más pantanoso. La oscuridad era casi total y no podía guiarse por nada para ver por donde pisaba. Sólo veía la silueta de los árboles más cercanos, como gigantescos guardianes que cada vez le cerraban más el paso y cuyas oscuras ramas bailaban con el ritmo frenético del viento, dándole la impresión de estar rodeado por mil sombras, por mil sonidos, por mil enemigos...

El suelo cedió unos centímetros bajo sus pies, dejándole atrapado. Debía haber pisado el curso del riachuelo. Toda la zona en la que estaba era un enorme barrizal que parecía partir el bosque en dos trozos. Tendría que cruzarlo si quería seguir explorando. Con un esfuerzo consiguió sacar uno de sus pies del barro, produciendo un sonido de succión que le pareció que podría ser escuchado en todo el bosque. Permaneció quieto, esperando por si oía a Gus llamándole. No escuchó nada, sólo el viento entre los árboles y las

ramas golpeando. Siguió avanzando con esfuerzo por el barrizal, buscando alguna piedra en la que pudiese apoyar los pies. No había nada. Cuando llegó al otro lado, el barro había manchado toda la parte inferior de sus pantalones, hasta las rodillas. La sensación era desagradable, fría y viscosa, como si un reptil estuviese intentando trepar por sus piernas. Siguió andando, acelerando el paso. Le parecía que llevaba mucho tiempo recorriendo ese bosque, que hacía ya mucho rato que había dejado atrás a Natalia. Se preguntó de nuevo si estaría bien. Era tan desesperante no saber, tener la cabeza tan repleta de dudas... Cada paso que daba en una dirección le hacía plantearse si estaría haciendo lo correcto, si estaba acercándose por fin a Gus o si cada vez estaba más lejos de encontrarle, si con cada elección le dejaba un poco más en manos de Caronte...

El terreno seguía elevándose. Tuvo que concentrar todos sus sentidos en fijarse en el suelo, en no resbalar. Los árboles parecían estar más cerca unos de otros y el terreno aparecía también plagado de arbustos espinosos y zarzas que se engancharon a sus ropas, retrasando su marcha, dándole la impresión de que miles de manos invisibles le agarraban. A pesar de ello se esforzó en andar más rápido, como si estuviese seguro de que seguía el camino correcto y de que pronto llegaría al final. Su respiración se hizo más trabajosa. El aire frío hacía que le doliese el costado y los pulmones parecían trabajar a su máxima potencia. Se obligó a no pensar en nada y seguir, sólo seguir...

Fue agarrándose a los troncos, cada vez más cercanos, para darse impulso y no resbalar. Sentía que estaba muy cerca y que debía darse prisa, mucha prisa. Antes de darse cuenta, estaba corriendo, esquivando los árboles que aparecían a su paso entre las sombras, como oscuros y silenciosos fantasmas. Ignoró las ramas y arbustos que se le engancharon en las ropas, que le arañaban la cara y las manos. Lo único importante era correr, a pesar del cansancio, del sudor que empezaba a empapar su piel, de la sensación de no querer llegar que

empezaba a embargar su mente y que le llenaba de un miedo irracional, de la impresión lejana pero punzante de estar en un sueño conocido.

A lo lejos, divisó un claro entre los árboles. Siguió corriendo hacia allí, usando sus últimas fuerzas, sin saber por qué estaba tan seguro de que era allí, de que ya llegaba. Se planteó que estaba haciendo mucho ruido, que quizá alertaría a Caronte, pero le dio igual. No le importaba si escapaba aquella noche. Acabaría atrapándole. Lo único importante era sacar a Gus de todo aquello, salir de ese bosque en el que el tiempo y el espacio parecían no seguir las leyes naturales, dándole la impresión de llevar siglos corriendo por un bosque infinito, como si estuviese intentando moverse con todas sus fuerzas, a toda velocidad, pero no consiguiese avanzar. Como en las peores pesadillas.

Sin embargo, dándole esperanzas, el claro fue acercándose. Los árboles se distanciaron un poco y le permitieron aproximarse con más rapidez. Llegó al claro aún corriendo y se apoyó en el último árbol, intentando vislumbrar en aquella oscuridad completa si había alguien allí. Una sensación de irrealidad le golpeó, devolviéndole a aquella pesadilla fabricada por su propia mente meses atrás. En el centro del claro divisó la sombra inerte de un cuerpo humano.

Le parecía que hacía ya mucho tiempo que Carlos se había marchado. Había permanecido atenta al ruido de sus pasos, deseando con todas sus fuerzas que ese sonido no se apagase, que no la dejase sola en el silencio. Pero los árboles se habían tragado aquel eco y ya sólo podía oír el sonido de las ramas entrechocando y el viento, cada vez más fuerte, que soplaba entre ellas provocando un suave quejido de alma en pena.

Dejó la pistola en su regazo y se abrazó con fuerza, cerrando el abrigo de

Carlos para intentar entrar en calor. Era imposible. Toda su ropa estaba mojada y el frío penetraba hasta su piel. Todo su cuerpo temblaba y las manos y los pies empezaban a quedarse entumecidos. Intentó mover los dedos para despertarlos y fuertes pinchazos respondieron a sus esfuerzos. Siguió moviéndolos, ignorando el dolor. Necesitaba que sus manos pudiesen reaccionar por si tenía que usar la pistola. Esperaba no tener que utilizarla. De hecho seguía pensando que había sido una tontería que ella se la hubiese quedado. Era la única que podía considerarse a salvo en aquel bosque, con Gus en manos de una asesina y Carlos intentando detenerla. ¿Qué le iba a pasar a ella? Absolutamente nada. Sólo tendría que esperar un rato hasta que todo se hubiese solucionado o llegasen las patrullas.

Volvió a preguntarse por qué no habían llegado todavía. No era posible que Roberto no hubiese avisado. Ante todo era un ertzaina y sabría lo que debía hacer. La vida de unas personas y la detención de un peligroso asesino debían estar antes que cualquier rencilla personal. Pero, ¿y si no era así para Roberto? No le conocía apenas, no sabía qué pensar de él. Sólo podía rogar para que hubiese avisado, esperar que fuese así. Pero, ¿y si las patrullas no venían? ¿Hasta qué punto estaban preparados para enfrentarse a Mónica sin ayuda de nadie más? En aquel momento no le parecía que fuesen un grupo muy preparado: Gus asustado y sin sospechar nada, ella herida y sin posibilidad de defenderse y Carlos desarmado. Él creía que tenía posibilidades contra ella en una lucha cuerpo a cuerpo, pero el hecho de que nunca hubiese usado armas de fuego, no significaba que no tuviese una. Y, aunque no la tuviese, sabían que usaba cuchillos, e incluso un hacha. ¿Qué posibilidades tendría Carlos contra eso? Por un segundo su mente quedó invadida por la imagen de un bosque ensangrentado, de miembros cercenados, tantas veces vistos en las escenas del crimen pero hasta ahora siempre pertenecientes a caras anónimas. La sola idea de que pudiesen pertenecer a Gus o Carlos hizo que un frío aún más intenso

recorriese su cuerpo, parando su respiración. Imaginó una sombra con un hacha ensangrentada recorriendo el bosque hacia ella. Volvió a coger la pistola, con las manos temblorosas y las lágrimas surcando sus mejillas. Le parecía que cada vez había más ruidos en el bosque, que el viento soplaba con más fuerza, como el aullido desesperado de algún animal salvaje. Los sonidos la rodeaban dándole la impresión de miles de seres que se acercaban, corrían, se arrastraban, lloraban y reían. Continuó atenta a la oscuridad apuntando de un lado a otro, siguiendo con el cañón de la pistola cada movimiento de las ramas, cada susurro de los arbustos contra los árboles cercanos. Las lágrimas hacían aún más difícil que enfocase la vista. Sólo veía sombras nubladas por el velo de la lluvia y de su propio llanto. Su corazón se aceleró tanto que le provocó pinchazos en el pecho, su respiración se hizo más trabajosa. Empezó a inspirar con más fuerza intentando conseguir aire pero éste se negaba a llegar a sus pulmones. Tenía que huir, la muerte se acercaba por el bosque buscándola y sabía exactamente dónde encontrarla. Se levantó, ignorando el dolor del tobillo y empezó a andar hacia abajo, intentando salir del bosque y llegar al pueblo. El abrigo de Carlos resbaló de sus hombros, pero no se paró a recogerlo. Intentó andar más rápido mientras seguía vigilando el bosque, temerosa de que cualquier sombra saltase de entre los árboles para agarrarla. El suelo estaba cada vez más resbaladizo por la lluvia. Agarró la pistola sólo con la mano derecha mientras usaba la izquierda para apoyarse en los troncos. Caminó unos pasos más, intentando darse prisa, sintiendo que el tiempo se acababa y que la falta de aire empezaba a marearla. Cayó de nuevo al suelo, resbalando varios metros por el barro, arañándose las piernas, las manos y la cara con piedras y arbustos. La pistola se le escapó en su intento de agarrarse a un árbol y parar la caída y resbaló cuesta abajo.

Natalia se sentó en el suelo, sollozando como una niña. El golpe consiguió que su angustia estallara. Estuvo llorando durante unos minutos mientras su

respiración se tranquilizaba y conseguía recuperar el control de la situación. Tenía que encontrar la pistola. Intentó pensar con coherencia, tratar de adivinar hacia dónde podría haber resbalado. Miró alrededor, buscándola. Le pareció que brillaba unos metros más abajo, apoyada contra una zarza. Y entonces lo oyó. Una respiración jadeante, unos pasos que se acercaban a la carrera. Esta vez no era un producto de su imaginación ni de su miedo. Algo venía hacia ella por el bosque. Llorando de nuevo se arrastró hacia la pistola, rezando por que le diese tiempo de cogerla, moviéndose a ciegas en la dirección en la que la había visto, con la vista nublada por las lágrimas y el miedo. Sus manos rozaron su fría superficie mientras oía como aquello que se acercaba cruzaba los últimos árboles y se lanzaba hacia ella. Se giró intentando apuntar y vio como una sombra oscura saltaba desde el bosque y caía encima de ella. Soltó la pistola y se quedó tumbada boca arriba, riéndose histérica. Art estaba sobre su pecho, moviendo la cola con alegría por haberla encontrado y chupándole la cara. Ella le acarició la cabeza, sintiéndose más tranquila por tenerle a su lado:

— Podría haberte pegado un tiro, estúpido— le dijo entre risas—. ¿Sabes el susto que me has dado?

Se sentó en el suelo y dejó que el perro se acomodase sobre sus piernas mientras seguía acariciándole. Ahora podría esperar sin sentir tanto miedo. Sabía que Art la avisaría si algún desconocido se acercaba por el bosque. Miró al perro y no pudo evitar que la preocupación la invadiese de nuevo. Aquello confirmaba que Gus había acudido a la cita, que estaba en el bosque. Él no habría dejado que Art se quedase solo allí, algo tenía que haberle sucedido para que no estuviesen juntos. No quería preguntarse qué era lo que podía haber pasado, dónde estaría Gus... Se dio cuenta de que volvía a estar llorando, de que su alma ya estaba sufriendo lo que su mente se negaba a aceptar.

La imagen de ese cuerpo llenó todo su campo de visión, como si se hubiese vuelto inmenso, como si todo el universo se redujese en ese momento a ese ser tendido en el centro del claro. Se acercó despacio, sabiendo de antemano a quién pertenecía, qué era lo que había sucedido, pero deseando no estar allí, no saber, no ver su rostro. Se detuvo a unos pasos, sintiendo como la desesperación le embargaba. El cuerpo estaba boca abajo, impidiendo que le viese la cara, pero supo que era Gus, que no podía ser otro. Trató de negárselo, pero era imposible. Esos eran los vaqueros negros que llevaba día tras día, esa era su chaqueta. La sangre que manaba de entre su cabello, brillando imposiblemente roja con aquella oscuridad, era suya.

Se agachó despacio, intentando no sentir, no pensar que le conocía, que se sentía culpable por su muerte, que le consideraba su amigo a pesar de que nunca se lo hubiese demostrado y que ya era tarde. Al agacharse sintió algo extraño. Un aviso de peligro que no sabía de dónde provenía le hizo levantar la mirada. Allí estaba ella, de pie al borde del claro, inmóvil, mirándole. Carlos se levantó de un salto, emitiendo un rugido de rabia. Se acabó. Por fin la tenía delante, por fin iba a terminar con esa pesadilla, con tanto dolor. Ella le miró un segundo más, el tiempo suficiente para darse cuenta de la furia que invadía los ojos de Carlos, de su expresión salvaje. Se giró y empezó a correr, internándose en el bosque.

Carlos la siguió. No iba a permitir que escapase. Se sintió lleno de fuerza, de energía. Todo su cansancio se había esfumado al ver la mirada de miedo de Mónica. Ahora él era el cazador y ella la presa. Veía a la chica corriendo con torpeza entre los árboles, resbalando y agarrándose a las ramas para levantarse y seguir corriendo. En ningún momento la perdió de vista, ella era lo único que importaba en ese momento: perseguirla, atraparla, acabar con

todo aquello. Pero, a pesar de correr con todas sus fuerzas, no conseguía acercarse. Ella iba sacándole cada vez más ventaja, quizá porque no estaba tan cansada como él o quizá espoleada por el miedo, por lo que había visto en sus ojos. Intentó correr aún más rápido, no perderla. Su mente estaba nublada, incapaz de pensar en otra cosa que no fuese descargar todo su dolor en ella, en la culpable.

Los árboles fueron espaciándose, permitiéndole ver con más claridad a su presa. Estaban dejando atrás el bosque y, al salir de él, la lluvia y el viento les atacaron con toda su fuerza. Carlos los ignoró y siguió a Mónica, que corría cuesta arriba hacia un pequeño sendero. Para cuando él llegó allí, ella ya había acabado de ascender, desapareciendo de su vista. Carlos empezó a trepar, agarrándose a la maleza que rodeaba el estrecho camino. Algunas espinas se clavaron en sus manos. Ignoró el dolor y se agarró con más fuerza, concentrando toda su atención en no resbalar. Con aquella oscuridad le era imposible encontrar un lugar en el que afianzar sus pies. Un grueso reguero de agua helada resbalaba por el sendero, dificultando la subida. Gateando, consiguió llegar al final y volvió a descubrir la figura de Mónica, ya muy lejana, corriendo bajo la lluvia hacia una empinada cuesta rematada por una alta torre de electricidad. Volvió a correr tras ella. A pesar de que el suelo seguía siendo irregular, formado por pequeñas subidas y bajadas que no podía distinguir hasta que estaba a dos pasos, pudo acelerar su marcha. El cansancio había desaparecido y ni siquiera notaba el frío. Todo ello había sido sustituido por su ardiente deseo de venganza. Se sentía invadido por la emoción de la caza, lleno de fuerza, como si pudiese seguir corriendo para siempre. Le pareció que ella estaba más cerca. Podía distinguir su silueta con más claridad. Echó mano a su costado, buscando la pistola. Sin árboles de por medio ella sería un blanco fácil, no iba a permitir que escapase. Pero la pistola no estaba. Recordó que se la había dejado a Natalia y entonces su

mente volvió a funcionar. Natalia, su trabajo, sus responsabilidades, su ética... No podía disparar a una mujer que corría asustada a través de la lluvia, no podía matarla por mucho daño que hubiese hecho, por mucho que lo deseara.

Siguió corriendo de todas maneras, subiendo hacia la torre de electricidad, planteándose cómo iba a detenerla sin pistola, cómo iba a conseguir tranquilizarla y que se entregase después de haberla asustado tanto. Alcanzó la explanada a tiempo de ver como Mónica llegaba a un sendero y desaparecía tras la primera curva. Carlos se apresuró de nuevo, temeroso de que pudiese encontrar un sitio en el que esconderse. Llegó al sendero y empezó a correr por él. Al de unos pasos, resbaló y consiguió agarrarse a una piedra que sobresalía de la pared. Era imposible seguir corriendo. El sendero, de unos treinta centímetros de anchura, bordeaba la montaña. A la izquierda, el terreno se elevaba en una pared casi vertical en la que Carlos se apoyó para no caer ante el empuje del fuerte viento. A la derecha, el suelo desaparecía en la oscuridad, en una caída de varios metros. A través de la lluvia, que había arreciado hasta convertirse en una cortina de granizo, divisó la oscura figura de Mónica, parada a unos metros de él, agarrándose con fuerza a la pared para no caer empujada por el viento. La chica giró la cabeza y, al descubrirle, comenzó a andar de nuevo, paso a paso, por el estrecho camino. Carlos la siguió despacio, intentando no asustarla. El viento era tan fuerte que sabía que a esa distancia ella no podría oírle, que debía acercarse para tranquilizarla, para convencerla de que no siguiese huyendo.

El terreno estaba cubierto de barro y piedras sueltas. Carlos miró hacia abajo, intentando calcular la profundidad. A pesar de que el suelo estaba a varios metros de distancia, no parecía una caída a pico. El terreno bajaba en una cuesta muy pronunciada pero cubierta de zarzas y arbustos a los que podría agarrarse para frenar la caída. Intentó darse ánimos pensando que ninguno de los dos se mataría si caían y siguió andando.

Mónica había seguido caminando con dificultad hasta llegar a un punto en el que el sendero cambiaba de dirección. La fuerza del viento, que golpeaba desde ambas caras de la montaña formando un remolino, hizo que parase y se agarrase con fuerza a la pared, incapaz de seguir. Carlos continuó, luchando con el granizo que golpeaba su cara haciéndole daño e impidiéndole ver. Intentando proteger su cara con un brazo, fue acercándose paso a paso a la oscura figura que divisaba a través de sus ojos entornados. Cuando estuvo más cerca, se dio cuenta de que, a partir del lugar en el que se hallaba Mónica, la caída se hacía más profunda y pronunciada. No quería asustarla y obligarla a saltar, o que intentase huir y se cayera. Y tampoco quería que se sintiese acorralada e intentase empujarle. Por eso, se quedó parado a unos pasos de ella, gritando para que pudiese escucharle a pesar del viento:

— Soy oficial de policía, no voy a hacerte daño.

Ella giró la cabeza hacia donde estaba él, sin contestar nada. Se limitó a mirarle asustada, como si no supiera qué hacer o hacia dónde dirigirse.

— Dame la mano y volveremos atrás— le pidió Carlos alargando su brazo—. Te pondré a salvo.

Ella siguió sin contestar. Se limitó a negar con la cabeza, con un gesto triste. Carlos no podía saber si lo que mojaba su cara era la lluvia o unas lágrimas que él nunca habría imaginado en la cara del asesino que llevaba buscando tanto tiempo.

— Vamos, ven conmigo— le insistió—. Te llevaré a un sitio en el que te ayudaran. No va a pasarte nada malo.

Mónica le miró unos segundos más y después giró la cabeza, dirigiendo la vista hacia el precipicio. Carlos se asustó ante aquella mirada, ante la expresión decidida y tranquila de quien ya no tiene nada que perder. Ella se soltó de la pared y se giró, con los brazos extendidos, al borde del precipicio,

como si fuese a volar. Mientras miraba abajo, volvió a negar con la cabeza.

— Estoy cansada— dijo, como disculpándose.

Saltó al vacío. Carlos rozó durante un momento la manga de su abrigo, que se deslizó entre sus manos mientras ella caía, tan despacio como si todo aquello fuese irreal, como si siguiese siendo parte de un extraño sueño. Por un segundo pareció que el aire la mantenía flotando, como si quisiera elevarla, pero después empezó a caer cada vez más rápido, como un halcón en busca de su presa. No gritó, ni un sonido salió de sus labios. Pareció que incluso el viento había callado, que todo sonido había cesado hasta que oyó el eco de su cuerpo al estrellarse algunos metros más abajo.

Se quedó mirando la sombra de aquel cuerpo a través de la espesa cortina de granizo. Desde aquella distancia no podía verle la cara, pero, sin saber por qué, a pesar de todo el odio, la angustia y el rencor acumulados durante esos últimos meses, deseó que todo hubiese acabado también para ella, que hubiese conseguido la paz que anhelaba.

Volvió sobre sus pasos, obligándose a avanzar despacio para no resbalar. La angustia seguía consumiéndole, exigiéndole que acelerase, que volviese al claro. La pesadilla podía no haber acabado, quizá le reservaba un capítulo más. Se sentía culpable por haber salido corriendo detrás de Mónica sin haber comprobado si aún podía hacer algo por Gus. Cuando por fin el sendero terminó, volvió a correr. Temió que no pudiese encontrar con rapidez el sitio exacto, que su estado de furia anterior le hubiese impedido fijarse en el camino recorrido. Casi no recordaba haber pasado por aquellos sitios. Todos los acontecimientos de los minutos anteriores aparecían borrosos en su mente, como si no los hubiese vivido él mismo, como si hubiese sido poseído por una fiera que no conocía pero que habitaba en su interior. Encontró sus huellas, marcadas con claridad en la tierra mojada. Se adentró con rapidez en el

bosque, siguiendo su rastro con dificultad por la oscuridad que volvió a rodearle nada más penetrar entre los árboles. El claro apareció ante sus ojos, a pocos metros. Al llegar al borde volvió a pararse en seco, sintiéndose de nuevo envuelto en aquella pesadilla. Una vez que lo viese se convertiría en algo real, inevitable. Toda esperanza se desvanecería. No quería pasarse los próximos años de su vida con el recuerdo de unas cuencas vacías que le recriminarían no haber llegado a tiempo, haberle dejado morir en aquel bosque. Sin embargo, continuó adelante y se aproximó al cuerpo.

Seguía en la misma posición y aún había más sangre, rodeando su cabeza como una aureola roja. Se agachó y colocó la mano en su hombro para girarle, sintiendo como la angustia le atenazaba la garganta. La sangre manaba de una herida en la sien pero su cara no presentaba ninguna herida más. Parecía que estuviese durmiendo. Carlos le tomó el pulso, rogando por que aún estuviese vivo. Le pareció notar un movimiento muy leve en su muñeca durante un momento, como si aún quedase algo de vida en su cuerpo, pero estaba tan nervioso que lo perdió y no pudo volver a encontrarlo. ¿Lo habría imaginado? Le separó el cabello mojado de la cara y se acercó, intentando descubrir si respiraba. Gus abrió levemente los ojos y le dirigió una mirada asustada y ausente, como si no le reconociese, como si no supiese dónde se encontraba. Carlos sintió como volvía la esperanza y le agarró con fuerza la mano, intentando comunicarle que estaba a su lado.

— Tranquilo, todo ha acabado— le susurró—. Enseguida vendrán a ayudarte.

Miró alrededor, sin saber qué hacer. No podría bajar por el bosque con Gus a cuestas. El camino estaba muy resbaladizo y podrían caerse y no sabía si Gus tendría alguna lesión que impidiese que le movieran. Quizá debería ir a buscar a Natalia. Ella sabría qué tenían que hacer, pero no quería dejar a Gus solo, no

quería abandonarle bajo la lluvia, asustado. Gus le había agarrado ahora, como si le hubiese reconocido y no quisiera dejarle marchar. Su mano estaba muy fría y su piel empezaba a tomar una tonalidad pálida, casi azulada. Si seguían así mucho tiempo, moriría desangrado. Le abrazó con fuerza, apretándole contra su pecho para darle calor mientras decidía qué debía hacer. Entonces sonrió y apretó aún más la mano de Gus, intentando que le escuchara.

— Aguanta un poco más. Ya vienen a ayudarnos.

El bosque se había iluminado, tiñéndose con el brillo azulado de los focos de las patrullas.

CAPÍTULO DIECISEIS

Le parecía que llevaba siglos delante del ascensor, esperando que bajase y las puertas se abriesen. Pensó con amargura que, si hubiese subido andando los seis pisos que llevaban a reanimación, habría estado arriba minutos antes. La angustia por saber cómo estaba Gus no permitía que estuviese quieto, así que se paseaba nervioso de un lado al otro de la puerta, como un soldado que hiciese guardia. Tenía tantas ganas de fumarse un cigarrillo...

Las puertas se abrieron por fin y Carlos entró. Al mirar hacia el suelo, vio el barro que cubría sus zapatos y la mayor parte de sus pantalones. Gracias a Dios eran las cuatro de la mañana y el hospital estaba casi vacío. Se apoyó contra la pared del fondo, mirando hacia el techo. Ya deberían poder decirle algo sobre su estado, hacía más de tres horas que se le habían llevado del bosque en la ambulancia. Él había tenido que permanecer allí sin poder hacer nada por Gus y Natalia, ni tan siquiera acompañarles, hasta que organizó el registro de la zona y el rescate del cuerpo de Mónica del fondo del barranco.

Se encontraba cansado y tardaría días en sacarse de encima la sensación de frío y de humedad, pero todavía no podía ocuparse de eso. Cuando estuviese seguro de que Gus y Natalia se encontraban bien, tendría que acudir a la Central para rellenar los informes de lo sucedido y darle a Aguirre un montón de explicaciones. El día iba a ser muy largo...

El ascensor llegó por fin al último piso. Carlos salió y se paró un momento en el pasillo sin saber qué hacer. Lo más probable era que la familia de Gus estuviese en la sala de espera y que pudiesen decirle algo, pero quizá estuviesen demasiado exaltados como para hablar con ellos en ese momento. Se dirigió a la zona de reanimación e, ignorando el cartel de prohibido el

paso, entró y empezó a andar por el largo y solitario pasillo. Al cabo de unos segundos una enfermera salió de una de las salas y se le acercó con gesto enfadado.

— Perdone, pero no puede estar aquí. Tiene que esperar hasta que sea la hora de visita.

— Soy el inspector Vega— Carlos se detuvo y, tras llevarse la mano al bolsillo, le enseñó la placa—. Estoy en una investigación oficial. Necesito saber el estado de Agustín Guevara.

— Espere un segundo.

Volvió a entrar en la sala de la que había salido. Poco después apareció un médico dispuesto a atenderle. Carlos volvió a presentarse. El médico empezó a andar, indicándole que le siguiese hacia la zona de boxes.

— El señor Guevara se encuentra estabilizado— explicó el doctor—. Parece que no ha habido fractura de cráneo ni se ha producido ningún daño cerebral. Había perdido una gran cantidad de sangre, pero ya le hemos realizado una transfusión. Le mantendremos aquí unos días para observar su evolución.

— ¿Podría verle un momento?— preguntó Carlos.

— Ahora mismo se encuentra desorientado y necesita descansar. No creo que le convenga que le haga preguntas— contestó el doctor, frunciendo el ceño.

— Sólo serán unos minutos. Prometo no molestarle.

— Está bien, dos minutos— se paró y señaló uno de los boxes—. Es aquí.

Carlos se acercó y se quedó mirando a través de las puertas de cristal. Parecía

que Gus dormía. Estaba muy pálido y su cuerpo aparentaba ser aún más delgado y pequeño en aquella camilla. Un aparatoso vendaje le cubría la cabeza. Pulsó el botón de apertura del box y entró. El sonido de las puertas hizo que Gus entreabriese los ojos. Le miró unos segundos desorientado y, por fin, sonrió.

— Vaya pinta que llevas— le susurró con un hilo de voz.

Carlos echó de nuevo un vistazo a sus ropas cubiertas de barro y a los cortes y arañazos de sus manos. Era muy probable que su cara no ofreciese mejor aspecto. Le devolvió la sonrisa.

— Bueno, tú tampoco estás en tu mejor momento. ¿Qué tal te encuentras?

— Cansado... Y parece que me hubiese pasado un tren por encima de la cabeza. ¿Qué me ha pasado?

— La chica del bosque era Caronte, pero ya puedes estar tranquilo. Todo ha terminado.

— ¿Una tía? Joder, no entiendo nada. ¿Y qué ha pasado con ella? ¿La has detenido?— preguntó nervioso.

— No, se suicidó... No pude hacer nada para evitarlo.

— Bien, al menos todo ha acabado.

Cerró los ojos durante unos segundos. Parecía tranquilo de nuevo, tanto que Carlos temió que hubiese vuelto a quedarse dormido. Entonces volvió a abrirlos y le miró fijamente.

— ¿Estabas con ella cuando se suicidó?— le preguntó.

— Sí, ¿por qué?

— ¿Qué viste en sus ojos? ¿Sabes por qué hizo todo esto, cómo pudo

hacerlo?

— Bueno, su psiquiatra nos explicó por qué lo hacía. Estaba enferma. Ya te lo contaré cuando estés mejor.

Gus negó moviendo despacio la cabeza. Volvió a cerrar los ojos y, de entre sus párpados, escapó una lágrima.

— No, no me refiero a eso. Necesitó una explicación para tanta muerte, para tanto dolor... Me gustaría haberla mirado a los ojos y comprender cómo una persona puede hacer todo eso...

— Bueno, tú la tuviste delante, pudiste mirarla a los ojos. ¿Viste algo? ¿Encontraste tu explicación?

Gus volvió a negar, mientras lágrimas de rabia seguían surcando sus mejillas. Carlos se acercó un poco más y apretó su mano.

— Quizá no la haya, pero al menos se acabó. Ya no habrá más niñas en su lista— le consoló Carlos.

Las puertas del box se abrieron y una enfermera le indicó que debía marcharse. Carlos asintió con la cabeza.

— Bueno, me tengo que ir. Todavía tengo que visitar a Natalia. Se cayó en el bosque y se ha roto un tobillo.

— Ya lo siento. Salúdala de mi parte— Gus calló unos segundos y bajó la mirada antes de seguir hablando—. Os echaré de menos a los dos.

— No lo creo, no te vamos a dar tiempo. Estaré aquí mañana.

— ¿Seguro?— sus ojos parecían enormes, brillantes por las lágrimas, como los de un niño.

— Seguro. No tengo tantos amigos como para permitirme perder a uno de los mejores— le sonrió, burlón—, aunque la mayoría de los días piense

que eres un plasta.

Gus sonrió más tranquilo y volvió a cerrar los ojos. Carlos salió del box seguido por la enfermera y se dirigió de nuevo al ascensor. Su móvil empezó a sonar, haciendo que la enfermera le clavase una mirada de odio. Salió corriendo de la zona de rehabilitación y empezó a bajar a toda prisa las escaleras. Cuando considero que estaba lo bastante alejado, contestó.

— ¿Diga?

— ¿Carlos? Soy Aguirre. Necesito que te pases por la central ahora mismo.

— Es que estoy en el hospital y todavía tengo que visitar a Natalia...

— Natalia no está en el hospital. Sólo tenía una torcedura sin importancia. Ya ha pasado por aquí. También tengo que hablarte sobre ella.

— ¿Sobre ella? ¿Por qué? ¿Qué pasa?

— Ven y hablaremos— el tono de Aguirre se hizo más suave—. Tengo que reunirme con la prensa y necesito que me cuentes qué pasó. ¿Podrías venir?

— Está bien. Voy para allí.

Carlos colgó y se dirigió rápido hacia la salida del hospital. Estaba preocupado por lo que pudiese decirle Aguirre, por cómo se tomaría que hubiese desobedecido sus órdenes. Le hubiera gustado retrasar esa visita a la central hasta que fuese inevitable. Sin embargo, el tono de Aguirre no le había parecido demasiado duro. Quizá las cosas fueran a salir bien después de todo.

Aguirre escuchó en silencio toda la historia y después permaneció unos segundos pensativo, mientras golpeteaba su mesa con un bolígrafo. Carlos se

preguntó qué estaría pasando por su cabeza, en qué iba a terminar todo aquello. Por fin, Aguirre le miró y empezó a hablarle:

— Está bien, esto es lo que voy a contarle a la prensa. En ningún momento vamos a hablar sobre el hecho de que estuvieses retirado del caso. No daría muy buena imagen que nuestros agentes actúen por ahí sin ningún control y tendríamos que expedientarte, cosa que, por esta vez, no voy a hacer — le explico muy serio—. En todo momento hablaremos de la resolución de este caso como una operación de la brigada de homicidios y negaremos todo rumor acerca de que tú y tu “equipo” lo hayáis resuelto solos.

Carlos asintió. Después de todo, él nunca había buscado el reconocimiento. Le bastaba con haber hecho su trabajo y haber terminado por fin con todo aquello. Y con que no le echasen de la Ertzantza, claro.

— En cuanto a qué hacía ese amigo tuyo en el bosque jugando a policías— continuó Aguirre—, diremos que iba a ser la próxima víctima de la lista. Después de todo, Mónica ya había asesinado a otro chico tiempo atrás, así que resultará creíble.

— Me parece bien, por mí no hay ningún problema— accedió Carlos, deseando irse—. ¿Algo más?

— Sí, quería hablarte sobre Natalia. Estuvo aquí hace un rato y me trajo esto— dijo Aguirre tendiéndole una carta.

Carlos la abrió preguntándose qué sería. Mientras la leía se planteó que debía estar entendiendo mal, así que la repasó. Por fin, incapaz de creérselo, levantó la vista del papel e interrogó a Aguirre con la mirada.

— Sí, es una carta de dimisión. Dice que no se encuentra satisfecha de su comportamiento de los últimos meses y que prefiere marcharse. Yo ya le expliqué que no iba a haber ningún problema por mi parte, pero aún así dice

que tiene una gran oferta de trabajo en Barcelona y que prefiere irse.

— Pero esto no puede ser. Para ella es muy importante su carrera aquí — dijo Carlos, con la vista fija de nuevo en el papel—. Además, si hubiese recibido una oferta de trabajo, me lo habría dicho.

— Por eso te he enseñado la carta. Natalia puede sernos muy útil aquí. Es inteligente, activa y emprendedora y necesitamos gente así— Aguirre le dirigió una sonrisa cómplice—. Pensé que quizá tú podrías hacerle cambiar de opinión. Por eso voy a guardar esta carta en mi cajón hasta el lunes.

— Gracias, iré a hablar con ella.

Carlos se levantó y se dirigió a la puerta. Aguirre le llamó de nuevo, antes de que la abriese.

— Carlos, hoy me habéis pillado con buen día y voy a olvidar todo lo que ha sucedido, pero la próxima vez puede que no pueda o no quiera cubrirte las espaldas, ¿entendido?

Carlos se giró y le sonrió, agradecido. Aguirre se levantó y se acercó a la puerta para despedirle. Al llegar a su lado, le tendió la mano.

— Buen trabajo.

Carlos chocó su mano y asintió sonriendo, sin saber qué decir. Después salió de la oficina, mucho más contento. Al pasar por delante de una cristalera se vio reflejado. Tenía la cara cubierta de barro. Se dirigió hacia el baño a lavarse un poco. Si se presentaba así delante de Natalia, ella saldría huyendo.

Mientras estaba lavándose, oyó como una de las puertas de los servicios se abría y en el espejo pudo ver como Roberto salía, atándose aún el pantalón. Se giró y se quedó apoyado en el lavabo, observándole. Roberto levantó la vista de su cinturón y le miró, sorprendido.

— Carlos, no esperaba verte por aquí...

— No, claro. Apuesto a que ya pensabas que tendrías que ir a recoger mi cadáver al bosque de un momento a otro. Mala suerte— le dijo mientras se acercaba despacio a él, hablándole en un susurro—. Es una pena, no te retrasaste lo suficiente.

— ¿Por qué dices eso? Di el aviso en cuanto llamaste...

Sus palabras quedaron cortadas por el rechazo que Carlos lanzó a su cara. Roberto cayó de rodillas al suelo, sujetándose la nariz con ambas manos, entre las que empezó a manar un abundante chorro de sangre. Al cabo de unos segundos, levantó la cara y le lanzó una mirada ofendida.

— ¿Pero qué haces? ¿Se puede saber qué te pasa conmigo? Si yo no te he hecho nada...

Carlos se agachó y se colocó a su lado en cuclillas para seguir susurrando.

— Tranquilo, si no me pasa nada contigo, ni siquiera estoy enfadado. Sólo intentaba arreglar un poco tu cara de gilipollas— se acercó aún más, hasta hablarle al oído—. Mas te vale que no consiga pruebas de que retrasaste el aviso, o de que has intentando joderme de alguna manera, porque entonces sabrías como soy cuando estoy enfadado.

Se levantó y salió del baño, silbando una canción. Por un segundo pensó que lo primero que haría Roberto en cuanto consiguiese parar la hemorragia, sería correr al despacho de Aguirre. Siguió silbando tranquilo, con las manos en los bolsillos, de camino a la salida. Si Aguirre tenía tan buen día como para haberlo olvidado todo, también le pasaría este último capricho.

Pulsó el timbre una vez más, dejando el dedo apoyado durante unos segundos. Nada, llevaba llamando a su puerta más de cinco minutos y lo único que había

conseguido era que Art se acercase ladrando histérico y empezase a arañar la puerta. ¿Dónde podía estar Natalia a las cinco y media de la mañana? Tenía que haber pasado por casa si había ido a dejar al perro, pero era imposible que siguiese durmiendo con los timbrazos que había dado. Se giró para dirigirse al ascensor y entonces recordó que tenía una copia de las llaves. Abrió y, después de acariciar al perro para que se calmase, entró en la casa.

Recorrió todas las habitaciones, pero Natalia no estaba y tampoco encontró ninguna nota que explicase dónde podía encontrarla. Sólo descubrió, llenas de barro, las ropas que ella había llevado la noche anterior. Yacían tiradas en medio de su habitación y ese detalle de desorden, tan impropio de ella, le hizo preocuparse aun más. Se sentó en uno de los sillones preguntándose qué hacer a continuación. Su vista tropezó con un montón de hojas, esparcidas en desorden sobre la mesa. Cogió la que estaba encima y la leyó. Era parte de la lista de casos de suicidio que le había pasado a Natalia meses antes para que hiciese una criba. Subrayado en color amarillo brillante aparecía el nombre de Mónica, junto a una anotación de descartado, tachada ahora con el mismo rotulador. A su lado, ella había escrito en grandes letras mayúsculas la palabra “IMBECIL”.

Carlos se sintió aún más preocupado. Debía encontrarla lo antes posible. En algún momento ella tendría que volver, pero no podía quedarse horas allí sentado sin hacer nada. Tenía que buscarla, pero no sabía por donde empezar. Volvió a plantearse que seguía sin saber nada de la vida privada de Natalia, dónde podría haber ido en un momento así. ¿Qué más hacía aparte de estar trabajando en la central o en su casa con ellos dos? Se levantó, dispuesto a remediar esa ignorancia, a pasarse todo el tiempo que hiciese falta hasta saberlo todo de ella, a encontrarla y no soltarla más, aunque tuviese que recorrer todo Bilbao.

Bajó en el ascensor y se dirigió a su coche. Una vez sentado detrás del volante, volvió a plantearse por dónde empezar. Y entonces recordó. Encendió el motor y enfiló a toda velocidad hacia el puente de Deusto.

La ciudad estaba casi vacía. Sólo los últimos jueguistas empedernidos se negaban a retirarse al calor de sus casas. Carlos se cruzaba de vez en cuando con alguno de esos grupos que, ignorando el aire helado, seguían caminando, apoyados los unos en los otros, en busca de algún bar que todavía estuviese abierto. Apenas había tráfico, así que en pocos minutos llegó al puente. Lo cruzó y buscó un sitio para aparcar lo más cerca posible del parque.

Cuando abrió la puerta del coche el intenso frío le sorprendió, despejándole y haciéndole sentir vivo. Miró a su alrededor. Había dejado de llover y las nubes habían desaparecido. Un sol aún tímido empezaba a abrirse paso entre las montañas, inundándolas de una bruma dorada. La ciudad estaba dormida y silenciosa mientras las últimas farolas que bordeaban la ría iban apagándose. Incluso el aire parecía más limpio, como si la lluvia de la noche anterior hubiese vuelto todo más puro, renovado.

Empezó a caminar por el solitario parque, con la única compañía de las estatuas que adornaban la fachada del museo. Sus pasos resonaban en el camino asfaltado. Se sintió igual de tranquilo y feliz que en aquel otro amanecer, en ese mismo parque. Parecía haber pasado muchísimo tiempo desde entonces, pero en su memoria los recuerdos de aquella noche se habían repetido muchas veces, como si hubiesen sido grabados a fuego. Aquella noche no habían hecho nada excepcional: sólo hablar, pasear, confiar por primera vez el uno en el otro... Habían sido ellos dos quienes habían convertido una experiencia ordinaria en una noche mágica. Cada vez que, en las últimas semanas, había buscado un resquicio a la esperanza, algo de fuerza para seguir, aquellos momentos habían acudido a su memoria, haciéndole

sonreír.

Por fin la vio, sentada en el mismo banco, con la vista clavada en algún punto del infinito. Estaba extraña con aquellos vaqueros, el pelo suelto y revuelto por el viento, sin maquillaje... Se parecía mucho a la chica de aquel otro amanecer, a aquella niña que, sin que él se diese cuenta, le había enamorado. Se acercó despacio y se sentó a su lado. Ella debió reconocer sus pasos porque ni siquiera le miró. Se limitó a esbozar una sonrisa, quizá debida a que él había recordado ese lugar. Carlos sacó dos cigarrillos y le ofreció uno.

— ¿Sabes cómo está Gus?— preguntó ella mientras lo aceptaba— No me han dejado pasar a verle.

— Se recuperará. Estaba consciente y te manda recuerdos— ella le miró extrañada—. A mí sí me han dejado. Ventajas de ser inspector de homicidios.

Ella respondió a su broma con una sonrisa forzada y volvió a apartar la mirada, dedicándose a fumar en silencio.

— ¿Qué tal te encuentras?— le preguntó Carlos— ¿Cómo tienes el tobillo?

— Bueno, he estado mejor. Lo del tobillo es sólo una torcedura. Me lo han vendado y me han recomendado que repose unos días— contestó girándose hacia él. Carlos vio que unos arañazos rojos surcaban su mejilla izquierda.

— ¿Cómo te has hecho eso?— le preguntó señalándolos.

— Me caí en el bosque, pero no es nada. La verdad es que parece que tú te llevaste la peor parte.

Carlos volvió a mirar su ropa y sus manos y sonrió, encogiéndose de hombros. Siguieron fumando sin hablar, contemplando el parque, disfrutando del

silencio de la mañana.

— Por cierto, perdí tu abrigo en el bosque. Recuérdame que te compre otro— dijo ella.

— No pasa nada. Llevaba años pidiendo a gritos que lo jubilasen. La verdad es que me has hecho un favor.

Volvieron a callar. Carlos la observó. Tenía la mirada perdida y los ojos rojos de haber estado llorando. No iba a conseguir que ella se sintiese mejor con sus bromas de siempre. Tenía que demostrarle que estaba preocupado por ella, tenía que saber por qué se encontraba tan mal mientras él sentía que todas las preocupaciones habían acabado, que un mundo nuevo había empezado aquella mañana.

— ¿Por qué quieres marcharte de la Ertzantza?— le preguntó.

— Bueno, era parte de nuestro trato, ¿no?— contestó ella con una sonrisa de amargura— Tú me dejabas participar en la investigación y, si yo fracasaba o te causaba cualquier problema, me marchaba y no volvía a molestarte.

— ¿Pero qué tontería es esa?— se enfadó Carlos— ¿De veras crees que quiero librarme de ti?

— No, era una broma— dijo ella apartando la mirada—. Me han ofrecido un trabajo y...

— Si vas a seguir mintiéndome, me largo y se acabó. Sé que no te han ofrecido un trabajo en ningún sitio, me lo habrías dicho. ¿A qué viene todo esto? ¿Y de dónde sacas esa bobada de que has fracasado?

— Es la verdad, Carlos. No he hecho nada bien desde que empezó la investigación— respondió Natalia, estallando en sollozos—. Me he equivocado una y otra vez.

— Pero si todo ha acabado. Lo hemos conseguido.

— No, lo habéis conseguido entre Gus y tú y eso que cada vez que yo abría la boca os mandaba en una dirección equivocada: que si era un hombre, que tenía una deformidad física, que era homosexual... Todas las pistas estaban ahí, para quien quisiera verlas y yo no hice otra cosa que confundiros. Incluso tuve su nombre entre mis manos, mis ojos pasarían por encima una y otra vez y yo la descarté...

— Joder, Natalia... Y yo estuve hablando con ella en la playa, pero tú misma dijiste que todo eso ya no importaba. Se ha acabado.

— Pero todas esas niñas... Si hubiese podido hacer algo más... Estaba tan segura de mi misma, de mis teorías, que no pude verlo. Todo el rato estuvo delante de mis ojos...

— Eso no es cierto, Natalia— dijo Carlos, agarrando su mano—. Ahora todo encaja y puede parecer muy fácil, pero no lo era. Tú estuviste allí y sabes lo perdido que me encontraba. Y, después de todo, la encontramos gracias a que tú te empeñaste en pedir un montón de expedientes de casos de suicidio...

—... que no servían para nada— le interrumpió ella.

— Sí que sirvieron. Al final lo conseguimos y también fue gracias a ti, a tu apoyo, a tus hipótesis, a tus ganas de no rendirte. Sin ti habría estado dando palos de ciego.

Ella no contestó. Se limitó a seguir fumando, con la mirada clavada en el suelo, como si estuviera buscando las razones para hundirse que habían estado torturándola durante toda la noche y que ahora parecían debilitarse.

— Si te vas ahora, volveré a encontrarme a oscuras— continuó Carlos—. Te quedarás, ¿verdad?

Ella levantó la cabeza y le miró. Carlos se sintió un poco avergonzado, parecía que estuviese mendigando un poco de cariño, pero le dio igual. Debía apartar su orgullo, luchar por lo que de verdad quería. Sabía que callar sus sentimientos, como había hecho en el pasado, sólo le traería dolor. Ella asintió con la cabeza.

— ¿Y qué vamos a hacer ahora?— preguntó por fin Natalia— Me encuentro tan perdida ahora que todo ha acabado... Me siento como si en los últimos meses hubiese vivido en una novela y se fuese a cerrar la última página.

Carlos sonrió. Él tenía la misma sensación. Había enfocado toda su vida en los últimos meses a un solo objetivo y, ahora que este había desaparecido, se sentía vacío, extraño. Decidió que iba siendo hora de buscar objetivos nuevos.

— Pues la verdad es que no sé lo que voy a hacer en los próximos meses— contestó sonriendo—, pero sé lo que voy a hacer en el próximo minuto.

Se acercó más a ella y la abrazó, atrayéndola hacia él. La besó con fuerza, impidiéndole que escapase, sintiendo como ella se ponía tensa entre sus brazos. Al cabo de unos segundos el cuerpo de ella se relajó, apretándose más contra el suyo, mientras respondía a su beso con dulzura. Él acarició su pelo, su espalda, deseando que aquel momento no acabase nunca. Por fin se separaron y se miraron a los ojos en silencio durante unos segundos.

— Bueno, bien pensado, creo que podré pasarme los próximos meses haciendo esto mismo. Si tú quieres, claro.

— Claro que sí— contestó Natalia riendo mientras se levantaba del banco al ver que Carlos se lanzaba de nuevo encima de ella—, pero no ahora mismo.

— Ya empezamos con problemas. ¿Y por qué no ahora?

— Porque estamos en un parque y somos dos agentes del orden. No estaría bien que nos detuviesen por escándalo público— le tendió la mano para que se levantase—. Además tenemos cosas que hacer.

Carlos se levantó fingiendo un gesto de enfado y la siguió, agarrando su mano. Notó que ella cojeaba y sonrió pensando en la extraña pareja que debían hacer, él cubierto de barro y ella coja y llena de arañazos. La agarró por la cintura para acercar su cuerpo.

— ¿Y qué es eso tan importante que tenemos que hacer?— le preguntó al oído.

— Bueno, tenemos que ir a la central para que Aguirre me devuelva mi carta de dimisión— dijo ella, pasando también su brazo por la cintura de Carlos—. Y hay que comprarle un móvil a Gus.

NOTA DE LA AUTORA

Hay una escena en la novela de Peter Pan en la que Campanilla le explica que, cada vez que un niño dice no creer en las hadas, una de ellas cae muerta y que, por esa razón, cada vez quedan menos. Ante esa revelación, Peter Pan se dirige a todos los niños lectores y les pide que, si creen, lo demuestren mediante sus aplausos, para así poder salvar la magia del mundo. Me leyeran esa escena con ocho o nueve años y, si no aplaudí como una loca, es porque estábamos en medio de clase y me habría ganado una fama de friki que no me habría quitado hasta terminar el instituto. Pero juro que tuve ganas de aplaudir, de demostrarle al mundo que yo sí creía en la fantasía.

Os estaréis preguntando por qué os cuento esto. Bueno, yo no soy un hada ni nada que se le parezca (de hecho, soy un poco bruja) pero, como todos los escritores, necesito saber que mis lectores creen en mí, que hay alguien al otro lado que se está dejando llevar por mis historias, que durante un momento una persona, en cualquier parte del mundo, ha dejado de lado su vida cotidiana para sumergirse en los mundos que yo he creado.

No os voy a pedir que aplaudáis, tranquilos. Lo único que pido es un comentario, un eco de respuesta. Para ello, podéis contactarme de cualquiera de estas formas:

En Twitter; <https://twitter.com/Idaean>

En facebook: <https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2>

En mi página web: <http://gemmaherrerovirto.wix.com/eilean>

En mi blog: <http://idaean.wordpress.com/>

Os dejo también la sinopsis de mis otras novelas terminadas, por si todavía no os habéis aburrido de leerme y queréis acompañarme un rato más. Espero que disfrutéis de la lectura de mis obras al menos una pequeña parte de lo que yo

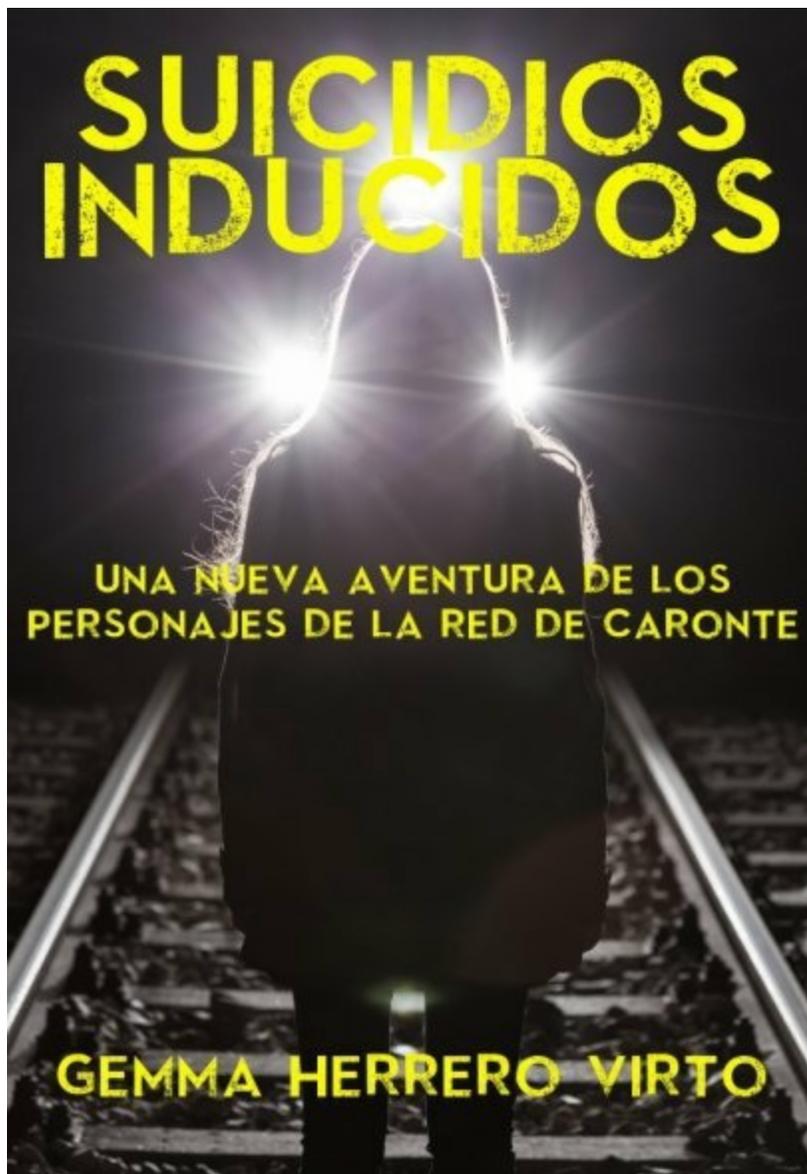
he disfrutado escribiéndolas.

Un abrazo,

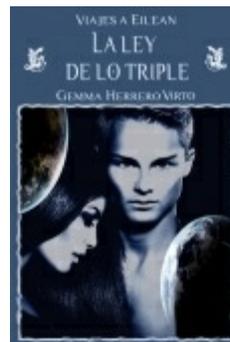
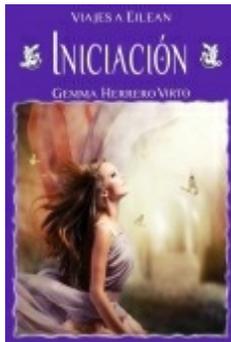
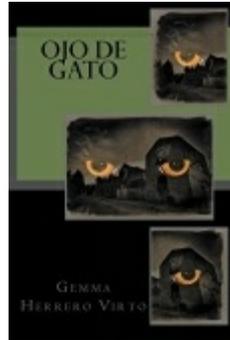
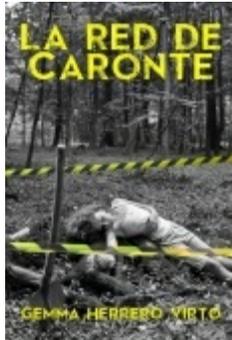
Gemma Herrero Virto

¿Te ha gustado?

Puedes seguir disfrutando de los personajes de La red de Caronte con una nueva investigación. Ya disponible en Amazon.



OBRAS DE LA AUTORA



Si quieres ponerte en contacto conmigo, puedes hacerlo a través de:

Facebook: <https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2>

Twitter: @Idaeam

Blog: <https://idaean.wordpress.com/>

Página web: <http://gemmaherrerovirto.es>

Gracias por valorar mi obra y dejar tu opinión. Un abrazo,

Gemma